largo camino por una pasión aún mucho mayor, su profesión desde la niñez.

Este libro, si se quiere seguir cabalmente al autor, debe estar acompañado por un lector que no lea a las apuradas. Debe contar con tiempo, pausa, aire y tranquilidad; de la misma manera en que fue escrito. Nada es comentado al azar y cada frase, si bien parece rápida, contiene la información necesaria para comprender el próximo párrafo. Por lo tanto, el libro por entero es como escuchar a quien lo escribió directamente en un reunión, distendido y dicharachero, en un *happy hour* con "los suyos", no siempre con una gramática impecable, pero sí auténtico como es.

Otros títulos en preparación de la "Serie Audiornis de Relatos y Biografías":

-*El Saladillo de Los López. Historia de una familia argentina por nueve generaciones entre el campo y la ciudad (1733-2017)*. Por Bernabé F. López Alconada y Bernabé M. López-Lanús.

-*Más allá de Aves del Plata. La obra ornitológica completa de William Henry Hudson en la Argentina*. Por Bernabé M. López-Lanús.

AUDIORNIS
PRODUCCIONES

Este libro es un viaje por un tramo de la vida del autor, desde la infancia hasta la adultez. Quienes lo conocen, transitarán la emoción, el temor, la alegría por sus logros. Quienes lo lean sin conocerlo, disfrutarán de textos plenos de historias de vida, aventuras (siempre, de niño y de adulto) y también desventuras, plasmadas con un lenguaje ameno, muy coloquial, divertido, y por qué no, con algunos pasajes poéticos:

"Con el clima en calma total, nada de brisa, sin ruidos humanos excepto algún avión lejano prácticamente tapado por el coro monocorde y sedante de millones de sapos y ranas, cantando a la luna que asomaba por el este, amarilla, enorme y ajena a mi parecer, me concentraba haciendo mi trabajo"

"...me desvelaba a la luz del firmamento, mientras observaba ya seca y marchita la rosa tinta sobre la última carta de amor que le escribí..."

A lo largo de la vida uno conoce personas diversas, con características particulares, que las identifican. Pero cuando se cruza en nuestro camino alguien como el autor y se tiene la posibilidad de conocer estas historias que aquí nos narra, con la frescura y capacidad intelectual que lo caracterizan, la lectura se transforma en un placer especial. Cada capítulo de la obra nos dejará esperando el siguiente. Reiremos, nuestra imaginación volará para recrear los espléndidos paisajes que son descriptos, sentiremos angustia por algunas circunstancias y real temor por situaciones de sumo peligro.

Carta a Los Míos es un presente de Bernabé López-Lanús para su familia, que terminará convirtiéndose, por extensión, en un regalo para quien tome el libro en sus manos y disfrute de una obra a la que nada le falta. Difícil escribir un comentario sin deslizar, rayando la indiscreción, datos o información que adelanten al lector la sorpresa o la risa espontánea. ¡Apropiense de éstas páginas, vuelen por la vida de un ornitólogo intrépido!

Adriana Salinardi
Preparado para el blog de www.audiornis.com

AUDIORNIS
PRODUCCIONES

ISBN 978-987-33-9634-2

CARTA A LOS MÍOS

Sucesos y vida de una pasión difícil

BERNABÉ LÓPEZ-LANÚS

AUDIORNIS
PRODUCCIONES

AUDIORNIS
PRODUCCIONES

CARTA A LOS MÍOS

Sucesos y vida de una pasión difícil

RELATOS Y BIOGRAFÍAS

BERNABÉ LÓPEZ-LANÚS

Bernabé M. López-Lanús es un ornitólogo de campo independiente dedicado a la bioacústica y biología de la conservación de las aves en América del Sur. Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1968. Creció en el campo tanto en Saladillo como en 25 de Mayo en la cuenca media del arroyo Saladillo, área de influencia de su familia desde antigua data, entre la campiña y la ciudad.

Educado formalmente en los colegios locales y autodidacta en lo académico, desde los doce años de edad adquirió conocimientos avanzados en el estudio de las aves. Ha publicado varios libros, guías sonoras y cerca de una centena de artículos técnicos sobre pájaros, que incluyen la descripción de especies nuevas para la ciencia. Fundó una editora y consultora bajo el nombre Audiornis, siendo autor de una novedosa guía de identificación de aves de la Argentina, de su propia editorial.

Esta autobiografía hasta los treinta y dos años de edad "Carta a Los Míos: Sucesos y vida de una pasión difícil", en gran medida describe su ausencia durante cinco años de aventuras como ornitólogo en los andes ecuatorianos y colombianos, en este último país habiendo sobrevivido por lo menos a tres años de conflicto armado entre paramilitares, guerrillas y militares. Sus amores imposibles, y los posibles abandonados, lo llevaron a recorrer un

Carta a los Míos

Sucesos y vida de una pasión difícil

Bernabé López-Lanús

Carta a los Míos

Sucesos y vida de una pasión difícil

AUDIORNIS
PRODUCCIONES

Bernabé López-Lanús

SERIE AUDIORNIS DE RELATOS Y BIOGRAFÍAS N° 1

AUDIORNIS PRODUCCIONES

SERIE AUDIORNIS DE RELATOS Y BIOGRAFÍAS N° 1

Corrección general: Adriana Salinardi
Corrección parcial en capítulos preliminares: Mariana I. Lanús
Concepto gráfico/diseño/portada/mapas: Bernabé López-Lanús
Consejo gráfico e impresión: Miguel Ángel Roda

Copyright Audiornis Producciones, 2015.

Primera impresión: dos ejemplares (2015).
Segunda impresión: 200 ejemplares (2017).

ISBN 978-987-33-9634-2
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Ilustración de tapa: la imagen corresponde al escritorio del autor donde escribió esta obra, en Villa de Leyva, Colombia, durante el año 2001.

A la patria mía,
de tolerancia aguda,
y de intolerancia aguda,
en el amor y su pasado que me hicieron alguien.

PREFACIO

Por no haber visto a los padres, hermanos y amigos durante más de cinco años, el regreso mío a las pampas argentinas estaría destinado a un incesante bombardeo de preguntas elongadas y meticulosas. Viajando por Sudamérica como ornitólogo por placer y trabajo, hoy día me encuentro dedicado a la investigación y conservación de las aves. Más allá de pareceres eruditos en cuanto a una disciplina que lidera mi vida, una visita de un par de semanas a mi casa paterna y de amigos sería absorbida por contares míos sobre lo cotidiano, sin enterarme tanto de los suyos. Por ello la concepción de este escrito que tiene que ver con una historia personal, superando en varias páginas tantos correos enviados a quienes quiero.

"Carta a los Míos" no estaría mal para comenzar, contándolo todo de una sola vez. Si bien hay poco sobre aves en estas líneas (sino sería un martirio para cualquiera que no comparta mi pasión), se entiende que por andar detrás de tantos pájaros se han acumulado bastantes historias al estudiarlos. Me refiero a la cantidad de sucesos generados por esos viajes al participar de tantos estudios. Recuerdo con cierta angustia la expresión de un gran amigo de Buenos Aires, vía Internet, quien se quejaba por mi ausencia y silencio prolongado. Me contó hace poco, después de cuatro años sin vernos, que recorría como turista una tierra que yo conocía bien por haber vivido en ella. En una parada típica en los caminos, obligada al viajar en ómnibus sin baño, se detuvieron en Baesa. El frío en las montañas de Ecuador le había apurado tal necesidad, y allí se encontraba aliviándose, con la vista perdida en los papeles de periódico que cubrían los tablones de madera. Estaban pegados ahí para aumentar la privacidad del baño o evitar chifletes. Me descubrió en una foto, incluida en un artículo relacionado a estudios de guacamayos en ese país. Fue lo suficientemente corajudo como para arrancar el papel maltrecho, saliendo sonriente con la hoja a la vista de varias expresiones atónitas, gritándole a sus amigos (amigos míos también) que se acercaran porque me había descubierto. Por lo visto, esa era la necesidad de muchos a quienes quiero pero no envío noticias.

Fácil de traspolar a lo que siente seguramente mi familia íntima, tratada sin querer del mismo modo: transcurren meses para otros, horas para mí. El me creía en Ecuador y yo leía su mail desde Colombia.

Supongo que tanto nomadeo y necesidad de vivir paisajes se origina en la niñez. La compañía de esa persona, que existe en la edad adulta, hace al "intercalado" de los capítulos que aquí presento: el niño y el maduro, que en definitiva describen a uno solo. Si alguna vez mis cartas generaron respuestas en cuanto a por qué no me decidía a escribir más extensamente (un libro), a esas personas les doy las gracias por ser mentoras. Creo que queda justificado este intento de contar, tan amenamente como me sea posible, el desquicio personal del diario vivir mío: cinco años de aventuras, junto a toda una vida.

NOTA: al final del libro se agregan siete mapas (páginas 610-617) con todas las localidades nombradas en este escrito. El orden de aparición de los mismos sigue dentro de lo posible la secuencia de los capítulos.

CAPÍTULO 1

—¡Agarralo ahora! —gritaba desde lejos mi padre.

Con diez años de edad, sabía que no me apasionaban tanto los caballos como él lo esperaba. Sí había pasado por una fase de aproximación al tema, pero mi petizo[1] últimamente me había estado aplastando el pié mientras lo ensillaba. Que costara quitármelo de encima me había hecho perder interés, en especial en esas frías mañanas del invierno bonaerense, al tener los dedos helados (cuando más dolía).

—Te felicito, creo que estabas medio asustado al ponerle el freno. Ahora ya sabés qué hacer—, me decía.

Además, la bestia no me pertenecía del todo, por dos razones: por un lado no tenía control sobre ella en su totalidad y, por el otro, mi madre gritaba desde la casa con fuerza para que volviera y se lo pasara a mis hermanos, realizando un acto de justicia.

—¿Tengo que prestarlo justo ahora? —preguntaba conociendo la respuesta.

—Sí, son tus hermanos —agregaba.

—Este petizo me reventó el pie…¿cómo hago?

—Empujalo…

Ya no me hacían gracia esos caballos, ni siquiera en las grandes arreadas cuando participaba de las vacunadas y yerras[2]. Sabía que no me convertiría en un apasionado por la "equitación gaucha", como era la esperanza de papá; en el fondo sabía que él esperaba que esos asuntos fueran pivote en mi vida. En gran parte la "culpa" de mi desinterés por los caballos recaía en la falta de docilidad de ese animal, y en los bríos

1 Término gauchesco para referirse a los caballos de muy baja estatura, inclusive utilizándose para cualquier persona u objeto con características enanas.

2 Término gauchesco para referirse a la marcación del ganado con hierros calientes, a menudo acompañado de castración y perforación de orejas en el ganado juvenil.

de otros criollos[1], debido a las visitas de uno de los hermanos menores de mamá. Él acostumbraba jugar con ellos haciéndolos ir a toda carrera de vuelta a la casa, inspirado al ver películas del lejano oeste en televisión, cosa que yo prácticamente no conocía ante la falta de energía eléctrica en la región, y sobre todo por comenzar esta historia en los años setenta, lejos de toda señal o antenas en aquel entonces. Si bien su estadía con nosotros era temporal, los caballos quedaban con la maña y corrían sin freno cuando regresaban. Realmente un fastidio.

—Listo, yo a éste no lo vuelvo a subir más —decidí, yéndome a jugar a otra cosa ante la sorpresa de los viejos (flamantes viejos debo decirlo, por tratarse de padres jóvenes, y lo uso con cariño), quienes quedaban con su regalo en las manos, sin importarme ni el mejor de los fenotipos del criollo, o su pelaje.

El último potrillo que había nacido en La Querencia, campo de nuestros abuelos en la zona de La Margarita, Saladillo, en la provincia de Buenos Aires, me había sido regalado hacía un año. Según el conocimiento campero de mi padre, estaba listo para castrar al estilo gauchesco, es decir, sin veterinario y a cuchillo limpio. Recuperado el animal de tal faena podría comenzarse a domar hasta quedar blando de riendas, *listo como para mí*. El animal tenía buen porte, apodado Lucero por presentar una pequeña mancha blanca en la frente, y mi última esperanza de tener un caballo de verdad: es decir, sin las mañas de las otras bestias y una inmunidad prometida respecto a las manos de mi querido tío y de alguna manera de mis hermanos (por tratarse de un ejemplar de mayor porte una vez crecido).

Llegó ese día, el potrillo perdería virilidad.

El asunto no me gustaba, menos al ver a nuestros invitados con facones y placer de *desbolarlo*. Todo fue muy rápido, y todo frente a mis ojos... u oídos… Se pretendió enlazarlo, y el animal corrió dentro del corral circular para escapar. Hubo dos o tres intentos por parte del vecino, creo de papá también. A la cuarta vez no hubo oportunidad de más, la madre relinchaba cerca en frenesí, y *el Lucero* decidió escapar saltando por sobre la alta cerca del corral. En segundos hubo corridas

1 Por la raza de caballos oriunda de las pampas.

y gritos por parte de todos, aquellos benditos quienes decidieron hacerlo con el método más tradicional y no dentro de una manga sin posibilidad de desastres. Vi largos intestinos afuera y comprendí lo sucedido. Una vara de madera se había incrustado en el pobre animal, justo cuando caía sobre la empalizada sin el ímpetu suficiente como para quedar libre del otro lado. Todo se detuvo en la mitad, caballo y tradición. Me distrajeron para que no vea más. Y no sé de donde escuché un disparo, la detonación de un revólver para acabar con el sufrimiento. Según parece pertenecían a mi padre: arma y balazos.

—El campo es un poco así —me decía mamá con dolor, tratando de comprender su nueva vida y la que comenzábamos a vivir nosotros, sus chicos—, tu papá tuvo que hacerlo rápido o el potrillo sufriría mucho más —agregó mientras veía mi costado humedecerse en lágrimas—, ya va a venir y te va a explicar, a él también le duele cómo pasó todo —continuaba, mientras acariciaba mi espalda.

Mi ánimo no se recuperó por meses.

No obstante, aún así los caballos podrían haber sido parte de mi vida, en especial cuando mamá me regaló su yegua. Era enorme, alegre, rosilla. Al poco tiempo me llamaba a relinchos todos los días desde un potrero cercano a la casa; pedía su ración de pasto fresco cortado a mano por mí. Se lo entregaba en una gran bolsa blanca que reconocía a distancia. Pero esos relinchos desaparecieron ante la necesidad de la venta del animal. Ya era mucho para soportar, y decidí muy intrínsecamente abandonar lo equino. Muy adentro mío, los días felices en cuanto a caballos se refiere habían terminado, aun así rodeándome a diario el aroma a bestia y bosteo en el galpón, donde se engrasaban recados y monturas los días de lluvia, y el viejo me invitaba a participar de su industrioso *hobby*. Nadie sabía de mi pensar, y quien más me preocupaba se enterase era papá, por su condición orgullosa hacia el hijo mayor.

De todas maneras, si bien esto me acongojaba, en peores condiciones y con más presiones andaba Gonzalo, quien me sigue como hermano, a quien "los grandes", por decir no sólo mis padres sino todos mis abuelos, querían se inclinara por algún pasatiempo de una buena

vez, pues lo encontraban *como desinteresado* en cualquier menester. Sebastián, o Regina la primera de mis hermanas, por aquel entonces eran muy chicos. Esa era mi hegemonía a los diez, abandonando lo ecuestre mientras pintaba paisajes con lápices de colores, hacía fuertes y escondrijos en el amplio parque de la casa, me mezclaba entre tractores y silos durante las cosechas, y hasta en alguna ocasión me las arreglaba para acompañar a distintos familiares en sus cacerías de patos y perdices[1].

En uno de esos días vi algo ridículo, o así me resultó en mi haber de asombros. Unos binoculares y una guía de identificación de pájaros sobre el escritorio de Gonzalo. Estaba de pasada dentro de la casa y de soslayo el tema me llamó la atención. Curioso, pregunté qué pasaba.

—No te lleves nada —dijo mamá—, es el nuevo equipo de Gonzalo para observar pájaros —un incentivo para que tuviese un quehacer, y las aves eran un buen motivo.

Me contó que esos binoculares de Alemania del Este eran los que usaba papá cuando de novios iban a la opera (Teatro Colón), en Buenos Aires, hábito perdido hacía algún tiempo ante una nueva vida entre alambrados, sembrados y ganado. Y ese libro con figuras de aves era para saber cómo se llamaban las diferentes especies que habitaban en nuestro jardín, e inclusive lagunas y pastizales aledaños. Acababa de conocer el concepto más básico de la significancia de la ornitología, y que existían guías para identificar esos bichos.

—"Que disparate" —fue mi pensamiento según mi comprensión del momento. Ella me pidió mesura y que apoye a Gonzalo, a sabiendas de lo que disfrutaría ridiculizándolo: malicia de niño que no tenía nada que ver con verdadera maldad.

—¿Por qué no hace una colección de cajas de fósforos con pinturas de fragatas y veleros?

—Porque no le gusta —y me miró.

—¿Filatelia?

—Tampoco.

—¿Autitos *Matchbox*?

1 Tinamúes.

—Vos se los usás demasiado…
—¿Postales?
—Menos…
—¿Algo que no haga yo?
—¿Cómo qué Bernabeeeee?
—No sé.
—Ese es el punto, él no sabe, así que espero te portes bien.

Mi buen tino duró minutos, algo así como todo lo que tardé en buscarlo.

—¡Pero qué pavada! —le decía a Lalo (su sobrenombre)—, ¡¡¿qué es eso de buscar pájaros?!! ¡Hoy puede ser, pero mañana no! —y lo enrolé como uno de mis conscriptos de los tantos juegos imaginativos que practicábamos en el campo, luego del colegio. Tenía mi ejército que constaba de dos soldados (cuasi esclavos pobres…). Fácil de adivinar: mis dos hermanos; y una enfermera, Regina, que apenas si entendía el peligro que corría ante nuestros inventos, a menudo consistentes en plataformas en los árboles, balsas en las lagunas y sinnúmero de situaciones dignas de antitetánicas. Era una vida perfecta…colegio en el pueblo a veinte kilómetros, y el resto del día pisando pasto. Y los dos nos olvidamos de los "caballos" y de los "pájaros" al son del —un, dos, un dos—, cargando rifles de madera con dispositivos lanza piedras.

Por vivir en el campo, nuestras vacaciones eran en la ciudad, la querida Buenos Aires, en la casa de nuestros abuelos. Oportunidad de cines, televisión doce horas al día, visitas al puerto de la ciudad, y el disfrutar a todos, tíos inclusive, en las mejores épocas del año: navidad y año nuevo. La situación entonces estaba invertida: mientras muchísimos alumnos llegaban a las sierras, playas y estancias para alejarse de lo ciudadano, con mis hermanos preferíamos el cemento que tanto añorábamos. Cuando los divertimentos más ortodoxos se agotaban, me quedaba recurrir a algunos de los cientos de libros de las bibliotecas de la casa. Mariana me llevaba unos seis años de edad, mi tía más joven, y había heredado colecciones completas de Los Hollisters, Tarzán, Bomba el Niño de la Selva, etc. Así me pasaba horas de sopor sentado muy cómodo en el sillón de Tata, hasta que él volvía relevándome el puesto por "reservado".

Año a año, ya a los doce, disfrutaba grandemente esas vacaciones entre bocinas y semáforos, siempre amortiguados por las ventanas altas de la casa en Ugarteche y Gutiérrez, al calor de hogar de los abuelos Lanús Calderón de La Barca y Büll Zawells, a veces intercalado con la ciudad de La Plata, donde desde un piso diecisiete mis otros abuelos, los López Inda y Alconada Aramburú, vivían y veían todo hasta inclusive Uruguay. Pero esta vez, no obstante estar recién llegado del campo, mi mente volvía a armar una imagen única de hacía dos días, cuando todavía no llegaba a Buenos Aires. Pues rumbo a la terminal de ómnibus desde el campo, ahora una estancia del lado de 25 de Mayo, con los pasajes listos para partir y el tiempo estrecho bajo amenaza de perder el viaje, no pude evitar pedir que paráramos al cruzar el arroyo Saladillo.

—¡¡Paren, paren, paren, paren!! —grité.

Debido a la sequía de ese año, el curso de agua tenía el cauce seco, y desde el puente, en el paso Barral, allá abajo, había entre doce y catorce cigüeñas muy desgarbadas. Como cansadas y buscando aguadas, estaban allí, tal vez prontas a realizar otro desplazamiento errante latitudinal para no volverlas a registrar nunca más. Ya que a las dos especies de cigüeñas que habitaban las pampas de ordinario las conocía bien (no me pregunten por qué), entonces, ¿qué bichos eran esos?

—No son cigüeñas comunes, tampoco las otras de pico algo curvo. A mí me parece que…

—Suficiente…o llegamos tarde Bernabé —dijo mamá.

Y así desperté de mi instante eterno, momento al que le di una importancia que no conocía ni había vivido antes. Pero mamá estaba angustiada ante la necesidad de llegar pronto al pueblo, y aceleramos. Los siguientes veinte kilómetros de camino de tierra llevaron un signo de interrogación sobre mi cabeza, luego sobre el asfalto, e incluso al llegar a Buenos Aires cinco horas después.

Carlos, el hermano mayor de mamá, uno de mis tíos más apasionantes, en su casa tenía libros hasta el nivel del techo, y sabía que con él hallaría consejo. Le comenté que había visto a unas cigüeñas extrañas y que andaba curioso ante el hecho. Siempre me había

gustado ver fotos de animales en su estudio (estudio de abogado pero muy versátil), y al sugerirle que me acompañara al museo de ciencias naturales, no lo consideró irrelevante. Mientras, como para contener mis ínfulas supongo y no tener que partir conmigo de inmediato, comentó que me mostraría un libro sobre ornitología…

—¿Pero cómo? —pensaba—, o es un chiste, o me equivoqué profundo.

Que sorpresa cuando me entregó el mismo título que también tenía Gonzalo abandonado en la casa del campo. Era la mismísima guía de identificación de aves que yo conocía desde hacía dos años, y a la cual ridiculicé. Me resultó bochornosa la seriedad científica que poseía mi hermano entre sus pertenencias, aun así olvidada entre libros de estudio e historietas del pato Donald. Debí sacudir aquellos pensamientos y me concentré en las ilustraciones y sugerencias que me mostraba.

—Esta es la *Ciconia maguari* y esta otra la *Mycteria americana*, fijate en las formas de los picos, y decime cual de las dos cigüeñas viste…

—Mmmmm… ninguna de las dos, ¿no hay otras? —pregunté.

—Mmmmm… no, aunque en rigor este libro es sobre la provincia de Buenos Aires nada más.

No reconocí a ninguna y a la hora la conversación continuó frente a la televisión, por ser sábado, en el horario de las 11 a.m.

—Este es " El Maravilloso Mundo de los Animales " —decía Francisco Erize, con su sombrero africano, tal vez adquirido en su luna de miel, prolijamente bandeado con una lonja de cuero de cebra—, y hoy les presentamos un documental de la Kenia salvaje.

—¡Ese es, ese es! —comentaba excitado a la media hora, cuando reconocí unos bicharracos idénticos a los del arroyo Saladillo.

—Imposible…son africanos… —me dijo.

Esa tarde, soportándome pero siempre con su habitual apoyo, llegamos al museo de historia natural. Buscaba algo parecido a un Marabú en la sala de aves (tan fuera de contexto geográfico pero por

buen camino). Y fue así que di con la tercera especie de cigüeña de Argentina, que sólo era conocida para el norte del país, ante la sorpresa de todos. Un paso a lo desconocido: *Jabirú mycteria*. Nombre poco interesante pero de relevancia por haber llegado tan al sur de su distribución habitual en el norte, y sobre todo, por tener un nombre científico que me resultaba cómodo de memorizar, y sobre todo, "que me gustaba memorizar".

En otros veranos pasaron ante mi Verne, Salgari, Kipling, Hergé, parte de mi espíritu aunque ya los conocía bien. Esta vez fue Herriot, el veterinario que contaba en "Todas las cosas grandes y pequeñas" sus vivencias en la campiña inglesa, o "Las Aventuras de Don Camilo" sobre un párroco italiano en época de milicias, todas lecturas un poco serias para mi edad, pero que no evitaron descubriera algo más especial, reminiscente a mi niñez más temprana, con un contenido y concepto que llamaron toda mi atención. Leí a Enid Blyton en sus historias de cinco adolescentes de vacaciones en Escocia, traducido al español como "Historia de los cinco". Esos libros fueron mi segundo mundo aquel enero. Entre los cinco aventureros de Blyton, uno de ellos buscaba en entretiempos un ave extinta, cargaba binoculares, libreta de anotaciones, una guía de identificación de aves y una cámara fotográfica. Consideré que ese personaje, un niño espía en definitiva, era genial (todavía recuerdo su nombre), cargando al hombro inclusive una cacatúa[1]: Jack, y Kiki su mascota.

—¿Una cacatúa es mucho pedir? —comenté con mis padres.

—La verdad, sí —dijeron—, además, ¿de dónde querés que consigamos una cacatúa australiana? Es un pájaro ¿no?

—Un loro, si…

—Igual da…

—Pero quiero uno…

—¿Y si tiene psittacosis?

Llegamos todos al campo luego de dos meses de ciudad, sin la cacatúa por cierto. Creo haber oído a papá decirme que ayude a bajar el equipaje. Pero corrí desobediente a su escritorio en busca de aquellos binóculos de teatro que alguna vez usó mi hermano. Elegí unas botas

1 Loro australiano de plumaje blanco y copete prominente.

pantaneras, un sombrero, busqué la guía de aves de Gonzalo, ya tenía preparadas las libretas para tomar apuntes, una cámara de fotos, y desaparecí. Todo igual a mi admirado de Blyton, Jack, pero a catorce mil kilómetros de distancia. Sólo bastó caminar a campo traviesa media hora hacia una gran laguna que recordaba llena de pájaros, la laguna del potrero San Raúl, de los Gardey, una hectárea circular repleta de juncos, vegetación flotante, sonidos de patos y otras tantas aves acuáticas. Un mundo de fascinación y ansiedad. Aprendí a reconocerme como un apasionado, porque probé entrar al juncal con los cuarenta centímetros de mis botas que no alcanzaron para evitar mojarme hasta la cintura, el pecho, y luego hasta el cuello con el equipo en alto para no inundarlo. Continuaba la sequía y esa aguada concentraba mucha avifauna acuática de la zona. Lo primero que perdí fue la noción del tiempo, luego la orientación, y el sonido de la naturaleza me aturdió por ser la antítesis de la conversación entre hermanos, ladridos, motores, sirenas, o relinchos y vida casera. Esa sensación me aplastó de placer. Apareció el primer cisne de cuello negro, y después patos de colores rojizos con picos azul neón. Para todos esos bichos yo era una cabeza y un sombrero emergente sobre al agua, no podían reconocerme como algo parecido a una persona, me desplazaba agachado sin peso, como podría sentirse un astronauta en el espacio, sin dificultad, casi flotando, a veces con el agua hasta la altura de la nariz, debiendo apretar mucho los labios para no ingerir ese líquido de color ámbar lleno de *Daphnias* y bichitos. De ahí lo confiados. A tres metros, dos metros, metro y medio, las pupilas de ese cisne se podían ver más o menos dilatadas sin el uso de binoculares por tan cerca que estaba. Me impresionó el sonido de chapoteos, persecuciones entre parejas de gallaretas (como patos negros pero de pico amarillo), huevos muy variados por sus colores en diferentes tipos de nidos, y sorprenderme el atardecer sin que mi familia supiese donde estaba. Por atareado no había gatillado la primera toma, una fotografía de alguno de los tantos que nadaban por ahí. Encuadré. Hubo tensión. Pero el tremendo bicharraco emplumado de gris (en la zona le dicen Chajá), estalló a corta distancia con un grito de rabia fuerte y contenido. Todavía guardo esa foto de imagen amorfa e inentendible, al gatillar involuntariamente por el susto.

El principio.

CAPÍTULO 2

No muy lejos de los treinta, en edad, salí de la Argentina en un solo ómnibus que me llevaba de Buenos Aires a Quito. El final del viaje era incierto. En rigor no podía estar totalmente seguro de si me esperaban en aquella ciudad luego de un viaje por tierra tan largo, sin tener contacto con el grupo de personas que partían días después, desde Inglaterra. Además, alguien me había desorganizado la participación en la nueva expedición, entregándome la confirmación del vuelo de mis nuevos amigos muy sobre la fecha, supuestamente por olvido, pero de todas formas preferí arriesgarme. Llevaba conmigo el equivalente a treinta dólares: lo cual significaba nada, o más bien una locura. Serviría para comer algo en cuatro días, aunque a duras penas. De pesos argentinos cambiaría parte de mi capital a pesos chilenos, luego a soles peruanos y finalmente a sucres ecuatorianos. Un largo camino que probaría mi paciencia ávida de paisajes nuevos. La revista *National Geographic* tenía publicado un mapa detallado de Sudamérica, y en mi camino hacia el norte recorrería los desiertos del pacífico hasta Ecuador, los que tantas veces había señalado sobre el papel con el dedo a modo de expresión de deseo. El continente se haría realidad a través de las ventanillas, dejando atrás el paisaje que pasaba lento.

Días antes, en el andén que me correspondía de la terminal de ómnibus de Buenos Aires, había visto muchas caras peruanas. Probando suerte en la gran ciudad, varios de ellos regresaban a visitar a sus familias, tan lejos de sus corazones y por largo tiempo, sin abandonar sus vidas como mozos, domésticos o empleados de la construcción en un país extranjero al que volverían por el mismo medio. La mayoría no había hecho ni el más mínimo dinero. Argentina no los había favorecido tanto, además de ser irrespetuosa con los mal llamados "perucas". Mi compañera de viaje sería una de esas tantas señoras de muy baja estatura. Día y pico después, con el motor rugiendo manso y sin novedad, Chile se extendía hacia el mar, rumbo a la ciudad de Santiago. La carretera sinuosa y de cornisas dejaba atrás el cruce de los Andes. Chile, siempre ordenado, o al menos en los últimos tiempos, practicaba normas que

desencajaban con la idiosincrasia común al resto de Sudamérica. Sabía de ellas por una ocasión sutil, cuando paseábamos por Puerto Montt al sur del país. Esa vez, con varios más de los míos, todos argentinos, discutíamos si cruzar la esquina en una dirección u otra. Era verano y las heladerías tentaban. Por ser dos las opciones, ambas a media cuadra pero con rumbos diferentes, nos tardábamos en decidir. Un conductor local, sin semáforos, igual esperaba paciente a que cruzáramos. No podía avanzar por deber cívico, o temor a una multa, o las dos cosas, no importa. Con más de un minuto de espera su paciencia chocó contra la bocina. Breve, pero llamando la atención. Con los brazos, amablemente expresó que no podía quedarse esperando y si nos decidíamos a cruzar, o no, para él poder avanzar. A esas normas me refiero. Pero ahora el matiz había sido diferente, por el control de alimentos en la frontera. En especial la petición de no introducir en Chile frutas del lado argentino, pues los chilenos tenían erradicadas muchas de las plagas que todavía flagelaban al resto de la Sudamérica templada. En la ignorancia de la gente, la que viajaba conmigo, era un desafío engañar a las autoridades chilenas, los carabineros. Escondieron una gran parte de los alimentos por lo ilógico que se sentía arrojar a la basura manzanas, naranjas y otros tantos comestibles perecederos como sándwiches de milanesas, y muchas variables típicas (¡empanadas, arroz, tallarines con salsa, sopas!)... el ómnibus parecía un restaurant peruano.

En realidad, la Argentina también ha decomisado cualquier comestible en los puestos fronterizos pegados a Paraguay. Soy testigo. Pero en aquel caso por miedo al cólera, injustamente tildado como "endémico", al menos temporalmente de ese país. Sarcásticamente, las pirámides de casi metro y medio de alimentos confiscados que vi, hacían de esas aduanas sitios insalubres, criaderos de moscas y supongo algunas pestes "verdaderamente endémicas". Si los gendarmes[1] argentinos evitarían que el cólera llegara a Buenos Aires no se sabía, pero por acatar órdenes de escritorios lejanos creo que lo generaban precisamente, en la frontera. Cualquier paquete con comida era separado de los pasajeros a la fuerza, a los cuales no les había valido la prevención y ahorro de cargar provisiones para todo el viaje; y sin mirar donde caía, lo arrojaban hacia atrás chocando en la parva como basura. Los carabineros chilenos, mucho más amables, no hacían volar lejos los

1 Policía de frontera en Argentina.

tomates, pero pedían como favor a las señoras que se acercaran a los recipientes bajo el letrero indicador. Muchos de los presentes quedarían sin comida hasta Lima por no conocer esta regla al partir de Buenos Aires. No obstante, la señora que tenía de acompañante, acostumbrada al oficio del ocultamiento, se las había arreglado para pasarlo casi todo: salamines, tortas, postres, tartas y frutas.

—Usted calladito ¿vio? —me dijo.

—¿Y si la descubren señora?

—Ahhh…¿es usted ave de mal agüero? ¿Me va a decir que unas uvitas de su país le van a hacer mal a los chilenos…? Ni para comerlas todas juntas aquí mismo querría Ud. ¿verdad? …Ud. calladito…

Así conversaba ella mientras hacíamos la fila en tierra, y los guardias revisaban el ómnibus de la famosa empresa Ormeño, un trans-Sudamericano sobre neumáticos, que yo no sabía que existía hasta tener la premura de llegar a Quito sí o sí en cinco días (a cambio de no abonar sino una quinta parte de lo que valía un pasaje aéreo, importe tan necesario para la realización de la expedición). Por otro lado, no tenía mucho que perder, ese mismo mes había dejado mi trabajo, mi departamento, muchas cosas. No tenía ningún ahorro. Pero eso sí, estaba posicionado en mi *métier* a raíz de tantos viajes de observación de aves realizados, realzando mi historial, más una buena biblioteca temática en la casa de Saladillo. Sólo tenía la ilusión de un nuevo mundo por descubrir, y hacia allí me dirigía.

Una vez en Chile, pasando por La Serena, con la certeza de que aquel ómnibus no hacía escalas técnicas (me habían informado lo contrario en la boletería) la escucho decir a mi compañera:

—¿Gusta una manzana señor? ¿Una empanadita? Sírvase don, sea buenito…

Miré para atrás por vergüenza a que todos estuvieran como yo, escuálidos y sin poder comprar alimentos en el camino. No quedaba lindo ser un malhechor, tampoco disfrutar un rico bocado delante de tantas miradas con ganas. Por otro lado también había chicos, que aprenden de los malos ejemplos. Pero me equivoqué tanto… Cuando

me di vuelta todos comían, todo sobraba.

—¡Cómo no, señora, me ha convencido!

En medio del desierto de Atacama, donde las distancias no se pueden calcular con certeza debido a la falta de referentes como hierbas, arbustos o casas, en definitiva, por no haber sino polvo y sequedad, de repente el motor se desaceleró. Ese ruido que adormilaba ahora marcaba un ritmo distinto. Todos buscamos algo con qué distraer el tedio ante la nueva situación, esas cabezas recostadas que parecían dormir en realidad demostraban un sueño ligero, al moverse de repente inquietas, asomadas al pasillo con leve inclinación. Cada una, dueña de un plan, una esperanza o un fracaso, con la vista sobre dónde parábamos, ni saber para qué. Sólo encontramos un "PARE", así rezaba el letrero, plantado a la vera de la ruta, la cual recorría en dirección Sur—Norte esa inmensa planicie entre montañas. Nos detuvimos al menos por dos segundos. Y reiniciamos la marcha. Allí no había nada, ni nadie, ni un camino, ni una vía férrea, sólo ese cartel y creo que el motivo era un sendero de cruce eventual de mulas.

—No se ofenda señor… pero estamos en Chile —me dijo el chofer con los ojos reboleados para arriba.

—No, no, si yo no digo nada —respondí por las dudas sonriéndole, sentado adelante desde Buenos Aires para no perderme el paisaje.

—¿De qué hablan? —intervino mi compañera de asiento—. Oiga Ud., ¿para que frena en el medio de la nada, no ve que falta para Lima?

Pronto sentí un cosquilleo incómodo. Sentí preocupación al notar cómo los peruanos se relajaban al acercarse a su patria, porque en realidad mi angustia era proporcional a su alegría, generada en bastante menos que treinta dólares, inservibles para regresar. En realidad desde que me embarqué en esta aventura había llegado al "punto de no retorno".

—Aunque falte para llegar a casa por lo menos ya estamos cerca del Perú —comentaban.

Mi situación era la opuesta, y ni siquiera sabía a donde iba a parar. Un viaje así es destructivo para el buen temple, es necesario tener cierta paciencia, hacérsela, tres días de viaje no parecen mucho si se lo compara con siglo y medio atrás, donde las carretas tardaban semanas en alcanzar una ciudad, pero faltaban dos días y ya estaba destruido, sin haber caminado, ni parado en un restaurant, o poder limpiarme la cara, menos bañarme o afeitarme. El Ormeño era una cápsula aromática en medio del límpido aire de afuera, donde se veían a lo lejos, sobre las cumbres, observatorios astronómicos multinacionales, edificados allí para aprovechar la atmósfera diáfana del Atacama. Por fin, un buen día, llegamos a Lima. Se me avisó que cambiaríamos de bus, que en el que viajaba (listo para aprovisionarse de aceite, líquido de frenos, combustible, y limpiarse) saldrían al día siguiente los pasajeros de Lima a Buenos Aires, y que el próximo a Quito, el que me tocaba, era otra unidad igual que continuaba al norte hasta Caracas vía Bogotá, con la aclaración muy solícita, de que partía al día siguiente.

Fui presuroso a la boletería.

—Buenas noches…

—Buenas noches señor, ¿que se le ofrece?

—¿Sería Ud. tan amable de explicarme cómo es esto que cambiamos de ómnibus y debo esperar hasta mañana a las 5 p.m.?

—Pues sí…

—Tengo un pasaje que indica Buenos Aires—Quito…

—Ajá…

—¿Cómo se explica tener que quedarme una noche en Lima si en Buenos Aires me dijeron, en esta misma empresa, que el viaje era directo sin escalas?

—Pues no…

—¿Pues no qué cosa señor?

—Pues sí…eso dice su pasaje… —se esforzó en explicar el boletero, sin aclarar más.

—¿Pero esto es una situación nueva? ¿Me van a dar un hotel?

—Pues no…

—¿Por qué no? ¿Ó siempre hacen así con todos los que van a Quito? ¿Se tienen que quedar los pasajeros de Buenos Aires casi un día en Lima?

—Pues no…

—¿No o Sí? —pregunté ya algo más impaciente.

—Pues no, porque Ud. es el primer pasajero que conozco viaja de Argentina a Ecuador.

—Venga señor… —dijo una voz de mujer detrás de mí, que reconocí al instante.

Me quedaban veinte dólares, no podría dormir decentemente. Pero fue la misma señora compañera de viaje quien me ofreciera su casa como humilde morada. La recibieron sus hijos de manera parca. Pero estaban felices, sólo que los códigos eran diferentes, diferentes para mí. No se veían hacía años, y sonreían a medias, ni palmadas o exabruptos, sin regalos ni intercambios, pero sí el "*lindo verla, mamita…*". Sin preguntar, al menos eso vi, me cedieron su habitación apenas llegué. Sus familiares durmieron amontonados en otra parte de la vivienda. Su casa estaba en una zona que jamás me hubiese animado a visitar solo, cerca de una cervecería importante, la gloriosa Pilsen Callao del querido Perú. Me resonaba la palabra "sirvienta", "peruana", "peruca", y allí estaba yo, sacudido por la sorpresa, atendido como un rey dentro de sus posibilidades. Mi más grato agradecimiento hacia esa persona fantástica, ya de edad, con sus cincuenta años, chiquita, callada pero astuta, que no sé por qué se apiadó de mí y me trató todo el viaje como a un hijo, sin preguntarme el nombre, ni dándome cabida a saber el suyo.

—¿Podrá llegar a Quito, don? —me dijo al día siguiente ofreciéndome un buen desayuno—, ¿lo espera su amor allí?

—No señora, escapo de un amor.

Tratando de descubrir una explicación a la bondad en sus ojos, me despedí formalmente, pues la circunstancia así lo exigía; frente a su familia que me esperaba para acompañarme al taxi. Y nos dimos la mano. Me hubiese gustado abrazarla y saludarla como a cualquiera de mis tías, o primas, en sus casas de Buenos Aires, al mismo tiempo que el personal doméstico, tal vez una persona como esta señora seguramente, mirara el saludo de una cultura que no comparte, así como yo no comprendía la de ella.

El Expreso Ormeño contaba con su propia terminal de

buses, o como le dicen ellos sin sorna, en alusión a los aeropuertos, ¡"terrapuertos" y "terromosas"! Había guardias uniformados y perros busca drogas. No hubo problema con mi pasaje, fue revisado y sellado, tampoco con mi pasaporte, pero la requisa fue meticulosa en cuanto al equipaje. Se nos ordenó a todos colocar los bultos de mano y equipaje restante sobre unas bancas dispuestas en fila.

—Los señores que viajan, por favor, coloquen sus maletas en las mesitas blancas, con prisa por favor… —pregonaba el de más rango.

—Los señores que viajan, si hacen el favor, pasen a la sala de espera —dijo otro apenas audible, pero indicándonos con señas hacia donde debíamos dirigirnos.

Si bien por un buen rato nos habíamos separado de nuestros equipajes para pasar a ese lugar, es decir, los equipajes habían quedado fuera de nuestra vista, debido a que nos hicieron ubicar en un sitio donde había un vidrio entre la sala de espera y el patio al aire libre donde revisarían los bolsos, podía ver mis cosas a poca distancia, y volví a quedarme tranquilo.

—Elmer, traiga los perros —pidió el de más rango.

Es típico de la región que caiga a diario, y por meses, una garúa fina sin cesar, producto de la corriente fría de Humboldt, proveniente de los mares del sur. Por lo tanto sus cielos siempre están nublados debido a un principio meteorológico que nunca entendí bien en su dimensión, a lo largo de mil o más kilómetros. Esa garúa no parecía mojar los bolsos porque en realidad es muy sutil, pero el piso es otra cosa. Parece seco, pero está mojado. Estos señores hicieron pasar dos perros, uno seguido del otro, olfateando el equipaje con esmero. Ningún problema, pero me sorprendió que los animaran a caminar sobre las maletas, ensuciándolo todo con las patas enlodadas. De allí el enchastre. Pensaba medio distraído, que si bien a mi mucho no me afectaba, había varios bolsos blancos o claritos, y la verdad sus dueños no debían estar muy contentos. De golpe el centro de atención fueron las valijas, bolsos y mi mochila, separadas del resto. Daba angustia pensar que cualquier "vivo" hubiese podido agregar drogas a cualquier equipaje, en ese rato fuera de nuestras vistas. En cierta forma el proceder era injusto por obligarnos a

separarnos de ellas. El primero de los pastores alemanes se inquietó al llegar a la mía, y ladró sacudiendo la cola agitado.

Los policías que acompañaban a los guardias de la empresa se acercaron rápido, y otros abrieron las piernas cerrando el paso en las puertas de entrada del terrapuerto (terminal) para prevenir algún escape. ¿Qué tenía que ver yo con todo aquello? No sé, pero estaba en problemas. Lejos de mi querencia, de cualquier tarjeta de crédito, y con los bolsillos vacíos para enfrentar cualquier situación de ese tenor, llámese recurrir a mi embajada, o alcanzar un abogado en Argentina, no sabría cómo actuar. El corazón se me aceleró a mil y tres o cuatro pasajeros se alejaron varios pasos, sin disimulo, haciendo espacio alrededor mío. Sentí una inmensa desesperación interior, pero no perdí la calma. Continué mirando. La mano de un sargento se introdujo donde el hocico del perro indicaba.

—"Acá me quedo" —pensé aterrado.

—Elmer, felicite a ese perro —pidió el de mayor rango.

—¡Buen perro! ¡Buen perro! —decía el uniformado Elmer, y lo acariciaba.

El sargento alzó la mano y mostró en alto un sobre transparente de plástico grueso, con cocaína, sacado de mi mochila, desde uno de los bolsillos de afuera. Pero no entendía por qué se distendieron todos luego de mutuas felicitaciones, y dieron la orden de subir el equipaje a las bodegas, incluida mi mochila.

—¡¡¿Estaban practicando con los perros?!!

—Pues si… —me contestaron dos pasajeros que volvían a mí, socarrones, haciendo una sola fila para volver al patio.

—¿A nadie le importa que quede olor a cocaína en mi mochila… supongo?

—Pues no… —y escuché esa risita típica que representa la parte casi inocente de un conflicto implícito de ya quinientos años entre la sociedad local y la descendiente de europeos. Y pasó orgullosa la "brigada canina" volviendo a sus vehículos, salvajes en su metodología, colocando "señuelos" frente a mis compañeros de viaje, creyendo demostrar un orden que no existe, en la única mochila, la del extranjero.

Lima fue un quiebre en mi expedición a Ecuador. Un "*¿sos consciente Bernabé que es real, que no hay un vuelta atrás?*". Y subí a ese ómnibus de la empresa Ormeño una vez más. Pues sí…

Me sorprendió continuar por un día más en el mismo paisaje, el desierto que nunca acababa aunque impresionante en su belleza, pequeñas bahías rodeadas de acantilados que albergaban tres o cuatro barcos pesqueros, de esos pequeños, multicolores y casi artesanales; y el Océano Pacífico, que se mostraba afable, pintando sensaciones fuertes con el atardecer furioso en color, por occidente, sobre el mar.

Al día siguiente, el paisaje estaba cambiando. No el suelo, pero si la vegetación. Ahora, ya en el Norte de Perú, si bien seguía el desierto, la vista descansaba sobre una estepa arbustiva… ¡Cómo soñé en siquiera poder estar caminando, así sea media hora, en ese bioma conocido como región Tumbesina! El Tumbes, la meca para los ornitólogos que quieran conocer sus aves endémicas, esas que existen únicamente allí.

¡¡CRÁCK!! Se escuchó. Se rompió algo. El ronroneo del motor ya no marchaba parejo y sin novedad hasta Caracas, fuimos perdiendo velocidad hasta detenernos en un lugar solitario. Imagínense mis planes… muy veloz tomé mi equipo y me sumergí, espiritualmente, en un mar de estepa tumbesina, con algún que otro pozo petrolero girando lento. Jamás sentí tanta euforia, era como que algún "Dios de los zoólogos" existiese, provocando el desperfecto en ese paradero improvisado.

—¿Pero a dónde va Ud.? —me preguntó el chofer.

—¿Cuánto tiempo cree que estaremos acá?

—Mínimo media hora…

—No me alejo más que cincuenta metros, soy biólogo, andaré con cuidado.

—Pero Ud. ¿conoce acá?

—Sí…. (obviamente no conocía)

Único en su geografía, botánica y fauna, me alejé del ómnibus cargando los binoculares. Una oportunidad como aquella era imposible de repetir al menos que preparara un viaje específico. El listado de aves se agrandaba al son de los sonidos sordos de las máquinas que bombeaban

crudo por los alrededores. No había torres, pero las enormes poleas chirriaban sobresaliendo enanas y rítmicamente sobre el arbustal bajo. Las circunstancias me abstrajeron del tiempo, y más de veinte minutos ya era suficiente. Sé que con treinta años uno es un adulto acabado, pero para el que sabe qué se siente en las venas de un observador de aves, todo es entendible. El bus estaba a unos 80 metros, se escuchaban las voces de los pasajeros, las maldiciones de tanto en tanto de un chofer, y la tapa del motor permanecía abierta. Me fui acercando a ellos, pero demasiado lento, porque no daba crédito a las especies que veía. Un ave, un pajarito, era muy azul con amarillo en el pico. Contrastaba mucho su color en el paisaje monocromo. De repente el segundo piso del bus se vio avanzar en un rápido acelere entre los matorrales bajos que flanqueaban la carretera. Corrí desesperado para no quedar en la nada, como jamás corrí en mi vida. Pude atajar su partida sorprendiendo a los choferes, saliendo al frente del ómnibus en una curva. Nunca una bocina o una llamada de aviso. Tampoco un compañero de viaje que viera mi asiento vacío, y anunciara mi ausencia. Nunca comprendieron mis pareceres con semejante idiotez de dejar la "nave" (como ellos manifestaron), no sólo los choferes sino muchos de los pasajeros. No sé si era un castigo, o algo más de su filosofía:

—Pues sí, para que se bajó…
—Pero le avisé…
—Pues sí…
—Ud. me dijo media hora y ha pasado media hora…
—Pues si…

Que suerte tuve que la curva me favoreciera. Y suerte fue que ese motor se rompiera… sólo por un rato.

En pocas horas el paisaje se tornó más verde, con ríos, aguadas arboladas y pastizales, ya no eran oasis correspondientes a los cursos de pequeños ríos, ahora estábamos próximos a Ecuador. Para quién está acostumbrado a ver verde todos los días, el adiós al desierto provocaba una sensación extraña. Ni una, ni otra. Simplemente me sorprendieron los miles de kilómetros de tierras yermas que tiene la costa del pacífico, acompañada por la corriente de Humboldt. Al desierto de tres días, no lo volvería a ver en tres meses; sólo en mi regreso a Argentina, según estaba planeado.

Ahora le tocó el turno a la ciudad de Guayaquil, en pleno Ecuador. El turno de verla por primera vez. La espié cansado por la ventana, mientras cruzábamos el largo puente sobre el río Guayas. Era casi de noche y la ciudad se reflejaba sobre el agua mansa pero de tránsito rápido hacia el mar. No sé por qué, pero ya no sentía que algún día llegaría a Quito, y con todo el tiempo del mundo, me dediqué a practicar un deporte milenario:

—¿Cómo te llamás?
—Fanny
—¿Te ayudo a poner el bolso en el porta equipajes?
—Sí

No sé bien cuándo, llámese por "sopor de viaje" (pues de estado etílico no se trataba, en ese entonces era bastante abstemio), esta chica subió. Creo que a la salida de un pueblo en los alrededores de Guayaquil. Nunca le comenté de donde venía ni a donde iba, tampoco la vi sino tan solo como una silueta de espléndida figura, ya que los choferes no prendieron las luces por respeto a los pasajeros que se disponían a dormir.

—Voy a Bogotá…, me dijo Fanny.

No voy a dar detalles, pero Fanny se convirtió en mi novia de viaje, y quedó dormida en mis brazos. No hubo todo, por supuesto, pero parecíamos amantes en verdad. Calculé que llegaríamos a Quito a las cuatro de la mañana, y sabía que no habría ninguna terminal terrestre donde esperar el amanecer. La tiene, pero la empresa lo había decidido así, no pasar por ella.

—Franklin… —así era el nombre del chofer y ya me conocía bien— ¿ve este pasaje? Dice Buenos Aires-Quito.
—Pues si…
—¿Dónde me va a dejar?
—En Quito, ¿dónde si no?
—¿Pero en qué lugar de Quito? ¿En la terminal, verdad?
—Pues no…
—A ver…¿a qué hora piensa Ud. que llegaremos a Quito?

—Como a las cuatro.

—¿Y por qué no me deja en la terminal de Quito, la capital del país?

—Pues Ud. es el único pasajero que se baja allí, así que lo dejamos en una avenida importante cerca del aeropuerto, porque Ud. tiene que ir al aeropuerto ¿verdad?

—Pues sí… —(ya se me estaba pegando el modismo).

—Yo le aviso… —me dijo, y me fui junto a mi doncella, en el piso de arriba, al fondo.

Antes a los besos, y luego durmiendo, a las tres de la mañana me despertaron unos gritos. Me preguntaban desde la parte de adelante del ómnibus donde quería bajarme, sacudiendo de su sueño a medio pasaje junto a la luz encendida. La opción era cinco cuadras arriba o cinco abajo, sobre la avenida ancha que me habían comentado, pero solitaria, lo cual no era un buen panorama, justo frente a un parque inmenso que me resultó enseguida siniestro. Pude sacar mi equipaje de mano con gran estrés al momento que el chofer, el asistente en realidad, ¡casi que me insultaba por hacerlo parar allí! Aturdido para no olvidarme de nada, en ese momento vi la cara de Fanny con luz por primera vez, y bue… no puedo contar todo pero *salí corriendo*. Como estaba dormida, así la dejé.

El asistente bajó conmigo para dejarme la mochila sobre el asfalto. Y con mejor humor (jamás comprendí por qué tanta gritería allá arriba), dice:

—¿No va a subir para despedirse?

Una anécdota más en mi lista de pillaje y en este caso, inmolación. Se marcharon quedándome solo y envuelto en un pronto silencio. Yo no sé qué habrá pensado la pobre al darse cuenta que no seguí hasta Bogotá, vilmente abandonada, su despertar sería aquello que me provocaría “me pica la nuca, no deben estar hablando bien de mi” al día siguiente. De nuevo en el centro de mi situación, me di cuenta que estaba parado en medio de la calle, pero no era necesario subir a la vereda, por allí no pasaba nadie. Tenía algunos sucres en el bolsillo, lo último del viaje. Si veía un taxi estaría salvado, sino a la buena del azar. La vida o la perdición, así se sentía el comienzo de esa mañana.

—Si no pasa un taxi…no sé a quién preguntar para dónde caminar… —pensaba—. Si me quedo acá expuesto, me roban… —el parque tenia variados árboles y bancos muy poco iluminados.

Fue cuando oí extinguirse totalmente el ruido del motor del Ormeño, y repasé los hechos.

—El aeropuerto no está lejos, mi contacto llega a las 10 a.m. desde Londres, no tengo noticias de ellos hace seis días.

—Cualquier cosa que pase debe suceder esperándolos en el aeropuerto, lleguen o no lleguen, ahí veré.

—Salí de acá Bernabé… —pensaba en vos alta apretando los dientes, mientras veía unas luces que se acercaban.

Un taxista que volvía a su casa me levantó. Un taxi viejo, amarillo, manejado por una persona que no me desvalijó. Me cobró lo justo. Un caballero. Me dejó en la puerta del aeropuerto a dos o tres kilómetros de donde me arrojó la empresa Ormeño, y sospecho, por donde había pasado el mismo ómnibus minutos antes en su camino al Norte. Lo primero que busqué fue un baño, lo único más o menos lujoso que veía en cinco días. El espejo me aturdió, frente a mi había un barbudo, y comprendí al mismo tiempo por qué un policía había entrado detrás mío, haciéndose el ocupado en sus necesidades mundanas. Estaba vigilándome. Yo había bajado de peso, tenía que afeitarme, el pelo completamente revuelto (más por la pasión de las últimas horas) y tenía ojeras considerables.

—Disculpe mi aspecto, buenas noches señor.

—Buenas noches. ¿De dónde viene?

En Ecuador es lo más normal del mundo ver mi aspecto, muchísimos turistas visitan el país desde diversas partes del planeta civilizado; desde *hippies* hasta el más esplendoroso pasa por el aeropuerto.

—De Buenos Aires, en ómnibus, fueron cinco días.

—¿Desde Argentina? Pues bien…bienvenido a Ecuador —no me pidió el pasaporte y se fue.

Me dejó para afeitarme, bañarme como pude, y cambiar mi "presencia" para ser de nuevo alguien con aspecto decente. Estaba en esa ciudad sin un teléfono de algún conocido, ni a nadie a quien recurrir. Si no me encontraba con los integrantes de la expedición, ese mismo día visitaría la Sociedad Ornitológica local, e intentaría mal vender mis binoculares de excelente calidad para volver a Argentina en un único vuelo salvador. De todas maneras, ese era un plan Z, pues si bien estaba angustiado, como nunca en mi vida, el plan A debía funcionar tal cual fuera acordado.

Una masa de personas comenzó a transitar por las salas de espera a la expectativa de familiares y turistas. La afluencia de visitantes se notaba cuantiosa. Era peor de lo que me había imaginado. Al mismo tiempo los vuelos traían cientos de pasajeros y no conocía de vista a ninguno de mis contactos británicos. ¿Podrían no llegar ese día? ¿Podrían pasar desapercibidos? El punto de encuentro era muy general: el aeropuerto de Quito, con arribo de *British Airways* a las 10 a.m. El problema es que además arribaban otros vuelos transatlánticos casi sincronizadamente. En esa época -1996- en Argentina debía ir a las oficinas del Conicet (en el barrio de Belgrano) para establecer contacto por *mail* con direcciones de *mails* de terceros (un favor que me hacían), es decir, prácticamente el uso del *mail* estaba restringido a las instituciones, no al público general, y mucho menos en nuestras casas. ¿Por qué no considerar un cambio de planes durante mis cinco días de viaje y que postergaran su venida? Todo era posible. Una peritonitis, cualquier irregularidad en uno de sus pasaportes, no sé, mi preocupación iba acrecentándose. Pero no debía desesperar. Armé un cartel con el apellido de mi contacto principal en la libreta de campo (esos cuadernos que usamos los ornitólogos para escribir notas), y lo alcé librado a la esperanza, extendidas sus dos hojas abiertas al medio. Cualquier mochila me daría el indicio del encuentro. Pero la mitad de los pasajeros llevaban mochilas. Pasaban cientos de extranjeros de largo ante mi interrogante, por casi una hora. Debo confesar que languidecía, un poco por desesperación, otro por irresponsable, con treinta años me sentía poderoso, pero la realidad era cruda, durante los cinco días de viaje transcurridos fue acrecentándose en mí esa duda de si no había llegado demasiado lejos, más que "literalmente" me refiero, en esta aventura. La gente con mochila continuaba pasando, pero ya eran

menos... y no los encontraba. Tal vez, habían pasado de largo. En ese caso, debía acercarme al consulado británico y preguntar por ellos, maldiciendo el haber pestañeado, bostezado, o aguzado la vista en cualquier dirección perdiendo el foco en otro sector de gente, donde podrían haber estado…

El viaje.

CAPÍTULO 3

Mis padres eran dueños del don de la comprensión, y desde el principio no tardaron en aparecer en mi biblioteca libros sobre aves, su historia natural y métodos para observarlas.

—A ver…. elegí algo… ¿Él de allá te parece bien? —me preguntaba papá en la librería Don Segundo Sombra en la ciudad de 25 de Mayo.

—¿Éste puede ser…?

—¿Cuánto cuesta? —me tanteaba sin mirarme pero llamándome la atención.

—Bastante…creo.

—Bueno, si realmente lo necesitás, llevémoslo.

Lejos de conocer mi futuro de adulto, desde esa época hasta hoy no interpreto bien por qué decidieron apoyarme en esa dirección específica. En Argentina la observación de aves no es común. Menos en ese entonces, al comienzo de los ochenta. Creo que en Gran Bretaña la Sociedad Real para la Preservación de las Aves llegaba al millón de socios, en Argentina nuestra sociedad local apenas alcanzaba los quinientos. Allá ver aves es como jugar al tenis, o al golf; acá no se conoce el concepto sino muy raramente. No es insólito ver a un padre escocés con su hijo chico frente a una laguna, ambos con binoculares, y los sajones saben que hasta el Príncipe de Gales tiene este *hobby*… Pero por estos lares cuesta comprenderlo.

Allí estaban los dos, incondicionales, aguantando de vez en cuando las embestidas de abuelos y tíos que nos visitaban, por no fomentarme ideas más ortodoxas como incentivarme la carrera de la familia, la abogacía, o lo que más deseaban pero muy bien guardado en lo profundo en sus corazones, que me haga cura. Tal vez un viejo familiar fue el que le mostró a papá, en sus años de infancia, Lolo Alconada, que las aves cantaban y se podían grabar, y de allí que supiese de la posibilidad de observarlas, y que su estudio representara una ciencia. Además de ese nuevo libro de aves impecable que me acababan

de entregar en 25 de Mayo por cumplir años, *Aves del Plata* de W.H. Hudson, estaba el otro libro en la casa, la guía de aves de Gonzalo. A ese ejemplar lo usaba con su permiso, a veces suspendido por alguna gresca entre hermanos, por lo cual su utilización en ocasiones era clandestina. Cuando se supo recibí una para mí también. Y en pocos meses, mi pasión, totalmente asimilada, fue acompañada por varias decenas de títulos afines. En todo caso, y en lo personal, el hecho es que hubo una fase inicial paternal de apoyo, que continuó en el tiempo.

—¿Por qué no le escribís al autor y le comentás sobre esas cigüeñas raras que viste? —me dijeron una vez.

La idea era excelente y haciéndola mía en pocos días preparé la carta con una *Remington* que encontré en lo de Alejandro, hermano de mamá, en su estudio de arquitectura en Saladillo. La voy a transcribir en parte, porque recientemente una de mis queridas amigas, con edad de abuela, me dijo que era de no creer el tenor del discurso a esa edad.

Dirigida a la Asociación Ornitológica del Plata, en noviembre de 1982, arrancaba:

"Estimados amigos:

Llevo ya catorce años, curso primer año y resido en el partido de 25 de Mayo, cerca del arroyo Saladillo.- Esta nota se las dirijo a ustedes para recibir información sobre diversas asociaciones relacionadas con el Mundo Animal, ya que quiero integrarme a algunas de ellas. Para esto necesito los datos correspondientes al tema y se cumplirá mi cometido.-

Aparte de este tema, considero mi deber hacerles esta pregunta.- ¿Puede que en la provincia de Buenos Aires se encuentren <u>Jabirúes</u>? —Y subrayaba—. *Cruzando un puente poco circulado, quede sorprendido al divisar…//"*

Y así seguía la esquela, tan circunspecta hasta cerrar con un:

"//...Cordialmente y esperando su amable contestación los saluda…"

Detrás de mí no había nadie, excepto para ayudarme con la máquina de escribir, pero más allá, ese modo de dirigirme a un tercero por carta era el que había aprendido de papá y mamá. Estábamos muy acostumbrados a escribirles a nuestros abuelos o tíos, en especial cerca de las fechas de cumpleaños pidiendo regalos. Sólo faltaba ser un poco más serio y salían con ese tono. Entiendo que ésta, la primera, y que todavía conservo por haber obtenido una copia gracias a Annie Groening, la secretaria *ad honorem* por aquellos años y muchos más, debe haber llamado bastante la atención, porque me contestaron enseguida. Sí, el autor del libro.

"Tengo catorce años" aclaraban al comienzo las cartas (probablemente con trece, pero debía agrandarme para "asegurarme" la respuesta), a veces en cursiva casi ilegible si escribía desde el campo. El efecto fue multiplicador, y hubo varias más provenientes de personalidades ornitológicas serias. Allí estaba mi presencia sin rostro en sus escritorios; estarían preguntándose quién sería, cómo espontáneamente había surgido de las pampas y haría de un pasatiempo su *modus vivendi* este chico del campo.

Mientras, seguía soñando de a caballo como lo había hecho en su momento Hudson[1] en sus descripciones de *Allá Lejos y Hace Tiempo*. El asombro de hallar formas y plumajes en hábitats que antes no había notado comenzó a perdurar en mí y jamás mermaría. Las aves se fusionaron con mi espíritu, dejando de ser niño, en una transición hacia ellas, donde pasó de todo.

Mis últimas historias de infancia tenían orígenes en expediciones ornitológicas por los alrededores más cercanos a la casa, en plena pampa, desde la cual, sentados en la galería, veíamos todo el día un horizonte de montes ausentes, plano, bien llano, apuntando al Noreste hacia los bajos del arroyo El Gato. Pero mejor se ponía de noche, en verano, repleto de estrellas que yo veía bien nítidas sin necesidad de anteojos, y algunas estrellas fugaces "cayendo" sobre el lejano resplandor de Buenos Aires, a 150 kilómetros de distancia, mi meca…

1 Ornitólogo sajón argentino de la segunda mitad del mil ochocientos, luego destacado ensayista en idioma inglés: William Henry Hudson.

Gonzalo o Sebastián participaban de ellas a menudo.

—Prepárense que nos vamos a una laguna que está atravesada por el arroyo Saladillo —les decía.

—Yo no, es muy lejos —se daba de baja Sebastián, quien prefería sin ningún tipo de duda lo caballar con el viejo, antes que una de mis peligrosas incursiones.

Juan Salvatierra, un inteligente pescador de la zona, vecino de la estancia La Armonía, de los Gardey, era muy querido y respetado por todos. Ambos lo tratábamos de vez en cuando y admirábamos, yo por sus conocimientos sobre fauna en general, y Gonzalo por su pasión como pescador. Este tipo de personajes existen en todos los relatos, y en el mío también, porque ésta es una condición de la sociedad… escuchar de labios, y no siempre leyendo libros, la sabiduría de alguien en particular. Salvatierra nos decía feliz de la vida ante nuestros ojos brillantes de atención:

—La laguna debe tener unas mil hectáreas, se llama el "Cañadón del Yatay", y hay muchos pájaros. Hasta flamencos a veces.

Esa laguna era bien conocida por mi familia, no por haber estado alguno de nosotros allí, pero si el padre de nuestra tatarabuela María Tomasa del Corazón de Jesús, me refiero a Bernabé Zaldarriaga, al recibir por parte del socio de Juan Manuel Ortiz de Rosas, Nepomuceno Terrero, unas seis mil hectáreas en 1846 (y muchas más su hermano Fermín Zaldarriaga, según se desprende de viejos mapas). Todos eran parientes, y todos rosistas por supuesto, pero esto ya no compete a este relato. En esa época la estancia era conocida como Siete Leguas y luego San Rafael, y yo tenía mis ojos orientados a conocer ese bajo.

La dulce parte parental más vigilante en ausencia de papá, no percibió nuestra ausencia, ni la de cincuenta metros de cuerda, ni de los cuchillos, machete, botas, ni la del perro; al menos inicialmente, y esa era nuestra intención. Pero para el almuerzo, no aparecimos. Creo que caminamos de ida unos seis kilómetros, la observación de aves se mezclaba con atajos, formalmente por la idea de avanzar en línea recta por esas planicies, para llegar más directo.

—Pero Bernabé —me inquiría mi hermano—, ¿por qué nos metemos con el agua hasta al pecho cruzando estas lagunas chicas, mientras el perro lo hace por la costa rodeándonos sin mojarse y nos espera del otro lado?

A esto le escapaba Sebastián seguramente, al entrenamiento miliciano que yo le daba a cualquier derrotero sea corto o largo.

—Hay que acostumbrase a caminar con la ropa mojada Lalo, además, así dentro del agua no te pican los mosquitos la cintura…. —era mi contestación inventada.

—Ya le va a tocar mojarse a Brown (del inglés marrón, en alusión a su pelaje)… —le aclaraba.

La verdad, Gonzalo era un santo.

Apenas llegamos, la fisonomía del paisaje me generó sensaciones fuertes. Nunca habíamos visto aguas desbordadas hasta donde daba la vista, tan explayadas, toda un área masivamente inundada. El juncal previo a la laguna se veía lejos y la intención era ir hasta allí. Avanzamos cien, doscientos, trescientos metros en aguas que paulatinamente nos llegaron a la cintura. Nada en particular, pero el paso se hacía lento.

—¡¡¡Brown!!! ¡Se está ahogando, Bernabé! —gritó mi hermano.

Habíamos olvidado tanto su fidelidad como sus veinte centímetros de alzada. Por lo cual apenas si tenía fuerzas para seguir nadando y pasaba agua a los pulmones con ojos desorbitados, o así de blancos nos parecían. Fui por un buen manojo de juncos, esos que en gran densidad originan el nombre de “cañadón” supongo, por semejar cañadas o cañuelas, quiero suponer, mientras Gonzalo sostenía el perro avivándolo.

—Ya vas a ver, esperá. Me saco el cinturón. Vos teneme la vaina del cuchillo de monte. Ahora corto todos estos juncos verdes, ¿ves?

Y mi hermano me miraba sin adivinar hacia donde iba con aquello.

—Amarramos todo, perro incluido, atándolo por la cintura panza abajo, sobre esta balsa improvisada… ¿Ves? El manojo de juncos quedó como un cigarro entre sus patas.

El animal, por lo general feroz e intolerante al ser tocado inclusive por nosotros, sus dueños y compañeros de vida, se dejó manipular, lo cual era de esperar debido a su cansancio y cara "*como de agradecimiento*." El sistema dio resultado a medias, había que empujarlo como una única pieza, tipo barquito, con la mano sobre la espalda para que no se diera vuelta a manera de quilla, por contrapeso. Lo llevaba así y nos estábamos divirtiendo.

—¡Bernabé!

—"Ahora que pasa" —pensé—, ¡este Lalo otra vez empieza a marearse con toda esta agua!

—¡Mirá, mirá! —me gritaba a pocos metros atragantado por la emoción, mientras señalaba en mi dirección, hacia mis espaldas, intentando entenderlo.

Un suave batido de alas acompasado me hizo pensar en Salvatierra, y mi hermano tenía razón, flamencos. Aparecieron en formación lineal con aleteos lentos y vuelo bajo. Bien iluminados por el sol y con fondo oscuro de tormenta, con esa coloración negra y rosada en contraste con el carmín intenso rabioso de las alas. Patas y cuello largos, de ambos lados, atrás y adelante, como una sola vara. Nos pasamos varias veces los binoculares que teníamos. Cruzaron despacio, hasta perderlos...

Nos miramos agradecidos.

Pero abandonadas, allí estaban, emergentes únicamente las cuatro patas de nuestro silencioso perro, convulsionando, todas equidistantes formando un rectángulo, con el centro verde de juncos alineados, tapando el resto del cuerpo dado vuelta bajo el agua.

—¡¡¡Se ahogaaaaa!!!

—¡¡¡Noooooo!!!! —contesté.

Pero era de raza "cusco" y se la aguantó bien. Enseguida tenía feliz el rabo y la lengua violácea fue recobrando color. Las notas de ese día, hoy en mi biblioteca y en un rincón preferencial de mi corazón, rezan: "*Vimos los flamencos, diez. Cañadón de Barral de la Estancia el Yatay. 24 de Marzo de 1982, tormentoso. Nota: casi perdimos el perro, hubo que apretarle el pecho para extraerle agua.*"

Así, un día de verano y de antemano aclaro, el último, fue Gonzalo el que me invitó. Consideré más de una vez la posibilidad de caminar esos diez kilómetros para ir a pescar. Yo con las aves, él con su pesca. Inclusive podía tomar la salida como híbrida, es decir, ¿por qué no pescar yo también?

—Hace calor, y ya es tarde Lalo…
—Vos me prometiste…
—¿Cuándo te prometí?
—En mi cumpleaños…
—¡Pero eso fue hace mil!
—Y bueno…vos me prometiste…

Con ese bochorno y sin lombrices para carnada, no daban ganas ni de pensar en hacer el esfuerzo. Pero como estaba bien apoyar a mi hermano, quien se recuperaba emocionalmente de un accidente vial muy serio, acepté. Además, aseguró y aseguró que tenía todo, lombrices, peces pequeños y hasta peces grandes para encarnar aparejos para tarariras, bagres, lisas, pejerreyes, dientudos y mojarritas. Nunca lo había visto tan organizado ni resuelto.

Llegados al arroyo extenuados, confesó que se había olvidado el agua no sé en cuál de los alambrados que atravesamos:

—A mí me queda medio litro, pero… —dije.
—Por favor, si no la tomo, voy a morir…

Y acabó con la mía con una única empinada de cantimplora y unas veinte tragadas.

Con la temperatura tan alta y sin bebida no había posibilidades

de que salga a caminar a observar aves por los alrededores, participaría entonces de la pesca. Apenas abrí esa caja azul de pescador que él llevaba, supe más sobre la selección de carnadas de mi queridísimo hermano explorador. Sin sombra y con el ceño fruncido, sin muchas ganas de entender, un olor penetrante y desagradable disparó mi cabeza para atrás, con un exclamación:

—¡Que-es-es-to…!

Las lombrices que él decía tener: unos pobres seres momificados incrustados en los anzuelos, no podía pensarse en arrancarlas excepto con una herramienta, por lo duras que estaban. La carnada para aparejos de monta: trocitos de carne de pescado seco, amorfos y arenosos. Y supongo que un objeto negro deshidratado podría haber sido carne vacuna, tal vez pensada para tentar a una tararira.

—¡Ey!, ¿cuándo fue la última vez que saliste a pescar?
—Antes del accidente… —gritaba desde el otro lado del puente Barral.
—¿Tenés pique?
—No, debe ser por la hora. O por el calor.
—¿Con qué encarnaste?
—Lombrices…
—¿Las de hace dos meses?
—¡Pero si Bernabeeee!
—"Yo te voy a dar… ya vas a ver…" —pensaba azorado.

Lo conocía, y seguro se había hecho una lista mental de todo lo que obtendría, según sus conocimientos ictiológicos y tamaños añorados.

—Me voy a dar una vuelta a ver si encuentro ñandúes… —mentí.

Enseguida me escondí detrás de una de las barandas del puente. Él seguía en la misma posición, sin verme. Según pude interpretar con mis escasos conocimientos, estaba intentado atrapar mojarras, esos pececitos de no más de cinco o seis centímetros de longitud. Y si ese era el caso ¿por qué no inducirlo a aspiraciones mayores?

—Total… —pensé— tiempo es lo que me sobra.

Ante la primera piedrita en el agua lanzada en un momento preciso en que se distrajo, inmediatamente se sintió el traqueteo fino característico del *reel* enrollando la línea. Estaba cambiando de aparejo ante la eventualidad de peces mayores, digamos… "dientudos", una especie más apetecible y de mayor tamaño para sorprender a toda la familia a nuestro regreso. Lo oí hablando a solas.

—Sí, llegaron los dientudos, voy a usar anzuelos más grandes.

Esperé un buen rato. Esta vez no arrojé una piedrita sino algo mayor. Inmediatamente se sintió el *tik, tik, tik, tik, tik* del *reel* y rabiando criticó la mala idea de pensar en dientudos cuando se trataba de bagres, esos eran peces mayores.

—Bernabé —gritó—, ¡¡volvé!!, ¿dónde estás? ¡¡¡Llegaron los bagres!!!

Y recogía las líneas para un nuevo cambio. Con un aparejo más sofisticado, diferente carnada harinosa y nauseabunda, y otros secretos del gremio que no quise entender, se esmeró en la lanzada llegando casi a la otra orilla del río. Y así quedó… ilusionado… sentado paciente sobre el mismo montículo, espalda encorvada, sombrero de ala ancha, rodillas recogidas y la mano sensible al menor pique. Confieso que debí contenerme en mi impaciencia. Pero esperé varios minutos. Le tocaba el turno a las tarariras, el "pez gordo". Estimé su peso para equiparar el próximo proyectil. Sonó fuerte, sugestivo y claro, casi como estruendo, y convenció a mi hermano. Había llegado la pesca mayor y mascullaba.

—¡Ajá! ya le voy a demostrar al molesto de Bernabé…, hoy va a comer tarariras.

En media hora había cambiado tres veces las líneas en orden de menor a mayor. Preparó otra vez el equipo, y se repitió la misma escena minutos después, quieto y concentrado, habiendo puesto en el anzuelo esa cosa oscura que había sido carnada alguna vez.

Megafauna en peces no existe en esas aguas bonaerenses, pero mordiéndome los labios para no tentarme por demás, llegué arrastrándome para no ser visto hasta un antiguo bloque de concreto que había sobrado de la construcción del puente. Como una explosión, donde casi caigo al arroyo por el esfuerzo de levantar diez kilos o parecido, quedó empapado. Gotas de agua turbia goteando del sombrero, y cólera en aumento previa persecución. Papá nos encontró de regreso del pueblo lejos del puente, sin entender qué hacíamos… El corriéndome y yo riéndome pero esquivando cañas de pescar blandidas peligrosamente.

No me lleven a pescar.

CAPÍTULO 4

La investigación ornitológica de tres meses fue cautivante por el entorno geográfico del país, su cultura, sus desafíos idiosincráticos que incluían la música, el baile, las comidas… No se trata sólo de aves y de haber pasado tres meses con un grupo de ornitólogos ingleses, personas que resultaron todas extraordinarias. Con financiamiento escaso pero como para poder moverme por varias de sus provincias, comenzaría a hacerme parte de Ecuador, recorriéndolo más. Resonaba en mi mente consciente, porque es como que uno tiene dos mentes, la intrepidez del día que preguntaba en el aeropuerto: —*Excuse me, are you Rob Pople?*[1], en mi primer día en Quito, con ese cartel minúsculo para ser tratado como tal, pero en alto, cuando luego de una centésima vez alguien me contestó.

—*No, I´m not Rob, but I´m Ian, Ian Burfield, from Ortalis'96 Bird Conservation Expedition. Nice to meet you Barnaby!!*[2] —dándome la mano.

Había llegado muy lejos en cuanto a la manera lógica de viajar. La manera lógica de dejar por unos meses mi país. La lógica de olvidar un amor no correspondido. Y al mismo tiempo, si bien no parecía lógico, generar un rango nuevo, más abarcativo, respecto a la experiencia que me había autogestionado, la de participar en expediciones multinacionales, ayudando a generar conocimiento en el campo de la biología de la conservación. Un mundo de posibilidades, una perspectiva distinta, y ese sabor de haberle obedecido a una corazonada, la de hacerle caso al mensaje interior de partir lejos, de *cambiar de feria, no de stand*, y agregarle a mi profesión incipiente un aditamento: crecer. Me refiero a ese afamado concepto de "es momento de jugarse," o el "puede ser ahora, o nunca…" que ya en parte había logrado.

1 "¿Disculpe, es Ud. Rob Pople?"

2 "No, no soy Rob, pero soy Ian, Ian Burfield, de la "Expedicion para la Conservación de las Aves Ortalis 96". Gusto en conocerte *Barnaby*!!

—Me quedo… —pensé.

Así que estaba decidido, no volvería a la Argentina.

Primero, para tomar esta decisión debía tener una visa permanente. Pero mi visa de turista había expirado, el pasaporte me delataba como ilegal. En los puestos de control, en especial cerca de la frontera con Perú, cuando me pedían los documentos les entregaba fotocopias, donde justamente la hoja de la visa estaba "*retocada levemente*". Despedidos los estudiantes ingleses con acento "*Cambridge*", antes de regresar a Guayaquil para participar de un nuevo proyecto, esta vez financiado por el gobierno local, me dispuse a realizar algunas expediciones personales de varias semanas, viajando solo y libre. Es por este motivo que la visa debía esperar, porque recién con un contrato firmado podría aspirar a tener una *cédula de extranjería*. Es decir, pensaba conocer rincones remotos del país, como el Parque Nacional Podocarpus, en la provincia de Loja.

—Usted sabe que no puede viajar con fotocopias... —me decía el jefe de turno, al cual de inmediato los soldados me presentaban, incomodándolo.

Ellos no sabían qué hacer con mi desparpajo, siempre cortés, ante el primer interrogatorio que comenzaba dentro del bus repleto de pasajeros, enseres, bolsas, mercados.

—Documentos…

Enseguida debía bajar presentándome ante una garita o control. Por lo general me bastaba conversar un poco: sobre Maradona (de quien nada conocía por no saber nada de fútbol), o cómo alguna vez me habían robado el pasaporte y un cuento de esos sobre *qué difícil era conseguir uno nuevo en país extranjero, experiencia* (que nunca pasé en Ecuador) *que no quería volver a vivir* andando con el original.

—¿Y es por eso que no lleva su pasaporte?
—Sí señor.
—¿Dónde está su pasaporte?

—En la casa de una amiga, señor.

—¿Quién es su amiga?

—Una bióloga, señor.

—¿Le gustan las ecuatorianas?

—Sí señor. Ecuador tiene las chicas más lindas de Sudamérica.

—¿A dónde cree Ud. que va con estos papeles arrugados?

—Al Parque Nacional Podocarpus, voy a estar allí dos semanas, estoy buscando unas becasinas que viven en el páramo. Si Ud. quiere le muestro una ilustr…

—Señor, Ud. no puede viajar con estos documentos, es decir, no son documentos, son copias.

—Pero no ve Ud. que está mi visa como turista aquí, mire…

—Sí, sí, dice que le queda un mes para estar en el país.

—¿Y entonces? —le contestaba, rogando que no se notara en la fotocopia la falsificación que le había hecho a mi pasaporte original, modificándole con lápiz y mucho cuidado el mes.

Había que convencerlos rápido sobre mi inocuidad para el estado ecuatoriano, mientras aprovechaba que el chofer del bus tocaba la bocina presionándolos, impaciente por seguir.

—Así que Ud. es de River Plate…

—Si señor… —le contesté sin saber a dónde iría a parar la conversación, ni por qué suponía que aquel militar era admirador de ese equipo.

—¡¡¡Giménez!!! Venga acá… —mandó a llamar a un soldado—, su enamorada es hija de un argentino, ¿no?

—Si jefe…

—¿Su suegro es de River Plate? —proseguía mientras ambos éramos conscientes que el ómnibus estaba a punto de dejarme.

—No, jefe, ¿de dónde saca eso? Es de Boca Juniors creo señor, o algo así, no sé.

—Puede irse.

Pero tanto el soldado como yo nos quedamos duros. No sabíamos a quién de los dos le daba el permiso.

—Ud. Argentino…puede irse y no ande más sin pasaporte ¿oyó?

Muchos pasajeros quedaban detenidos ante mi situación. No me doy cuenta cómo, sólo me sale, y terminaban perdonándome. Así sucedió durante seis retenes en un viaje de un mes cada vez que salía del parque nacional para llegar a otra área que me interesaba.

A más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, el andar bajo el sol se hacía sofocante; la piel como incendiada y cuarenta kilos de equipo por montañas me provocaron sed aguda. Lejos de pensar en volver a la cabaña del guardaparques, por excesivamente lejana, a pleno mediodía buscaba agua entre las hojas de las bromelias terrestres que crecían en los sectores más húmedos del pastizal altoandino. Inclusive, ahuyentando insectos y retirando pelusas o suciedad, el silencioso paisaje me vio chupando charquitos en el espacio que pueda quedar con agua por la hendidura de una pisada de mula de carga, o persona, a lo largo del sendero. Sentí ser animal, en cuatro patas, acercando los labios como una aspiradora para no enturbiar la semi transparencia de esas gotas salvadoras. Lejos de los ríos por tocarme andar por el filo de esas montañas, me sentía desfallecer bajo el peso de la mochila. Fue el principio de una parasitosis intestinal severa que luego conocería al rojo vivo.

Por la noche, en el lugar donde acampé, al abrigo de arboledas enanas, un pequeño lago y el pastizal bañado por la luz de la luna, zumbaban con fuerza las colas de las becasinas, unas aves de pico largo, muy voladoras, del tamaño de codornices, que realizan picadas ruidosas para llamar la atención de sus parejas. Mi objetivo era ese, conocer esos pájaros, pero la situación no era perfecta. Casi helado y con poco oxígeno, fui invadido con fuerza por un típico malestar abdominal, pero en este caso, totalmente diferente a otros que recordara haber sentido. Con masajes fuertes apretando la ingle se pasó de a poco y pude descansar.

Comenzando a escarchar, me quedaba ingresar al calor de la bolsa de dormir poniéndome a ilustrar algunos de los pájaros que más me atrajeron ese día. Una vez más haciendo leyenda mis libretas de campo nutridas de notas, esquemas, ilustraciones en lápiz e inclusive acuarelas. Las páginas de meses atrás me hicieron viajar de nuevo con tan solo hojearlas y renovar recuerdos. El mapa de Ecuador, luego del

postre, me incitaba qué otras áreas visitar. Luego, los zumbidos de las becasinas, las *Gallinago jamesoni*, acompañaron mi dormitar, lejos del mundo de los hombres por decenas de kilómetros a la redonda, inmerso en mí mismo con convicción y sopor.

A la semana, el dolor abdominal me había abandonado, pero tenía graves hemorragias en mis movimientos intestinales. El último sitio que planeaba visitar completaba mi expedición en la reserva, la cual no pensaba suspender por más que pareciera morirme. Todo ello para conocer dos especies más de aves endémicas en la ladera oriental del Podocarpus. Todavía con fuerzas para caminar, tome el último de los ómnibus que recorrían esa alejada región del país hacia el río Bombuscaro.

Lamentablemente, el mismo sitio al cual arribaba junto a campesinos y buscadores de oro, se presentaba a mi vista y de noche como un puesto militar. O al menos eso parecía la barrera de madera baja con estrías oblicuas blanquinegras resaltadas por los faros encendidos del vehículo en un angosto camino de tierra. Debía pensar rápido, porque esta vez no me salvaría River Plate. No era una simple percepción, se trataba de un puesto de frontera, sin camino al otro lado. Por lo visto en ese caserío terminaba el viaje. Antes que me tocara el turno de entregar mis fotocopias caminé desde el fondo por el pasillo del bus, me fui directo al encuentro del soldado que solicitara los documentos a todos los pasajeros, y le pedí hablar con su superior.

—Mmmmmmm… pues sí, está en la galería señor, pregunte por el teniente Alcides.

Directamente bajé con mi mochila de mano y pedí a un asistente de rango bajo que la cuidara. Sin darle pie a que me interrogara junto a dos soldados que venían rápidamente a mi encuentro, me salió un autoritario pero civilizado…

—¿Me lleva con el teniente Alcides, soldado?

—Sígame —me contestó ese chico con uniforme camuflado, hombros débiles y ropa que le sobraba desde el cuello hasta las botamangas, abombachadas en ajustados borceguíes negros desgastados.

Me presenté en la galería, y fui bien atendido. No me pidieron ninguna documentación sino que la pregunta emanó mansa de ese oficial, excedido en peso, bien vestido, con uniforme de fajina, y botas gastadas también.

—Quiero quedarme aquí señor…, saco fotos a las aves —verdad a medias pero debía hablarle de algo familiar a su cultura, pues seguro veía televisión y los documentales de *National Geographic* supuse eran parte de su conocimiento.

—¿Tiene como dormir y su propia comida?

—Sí señor, traigo carpa y fideos —siempre había que contestar eso o me vería en apuros intercambiando sus galletas húmedas por ricas sopas precocidas y otras delicadezas culinarias inteligentemente compradas en la ciudad. Por lo tanto esperaba no sería curioso en saber qué más traía.

—¡Bienvenido!

—Gracias señor…

—¿De dónde es Ud.?

—Argentino, pero trabajo en Guayaquil... —en definitiva una mentira por adelantado (pero sería verdad en unas semanas), y me quedé por un instante cortando clavos, con cara de nada, mientras abría el equipaje de mano para sacar algunos libros, rogando no me pidiera la bendita documentación.

Miró algunas láminas de aves y de repente hizo rechinar su silla de madera al levantarse.

—¿Su nombre?

Le contesté. Y esperé.

Era mucho más bajo de lo que me imaginaba. Me invitó a seguirlo con un ademán avanzando sobre tablones de madera hasta las barracas.

—Si quiere, puede dormir con mis soldados, pero hoy nos acostaremos tarde, es jueves. Como Ud. quiera.

Al terminar de decirlo, todas las caras, una de tez negra, se

dirigieron a mí a la vez. Varias chicas nos miraban desde unos posters, arrancadas de la página central de alguna revista de rubias lejanas (inexistentes en Ecuador, por cierto). Sentí un retorcijón en el vientre que pude disimular mirando hacia el techo de chapas.

—No voy a molestar a sus muchachos teniente Alcides. Muchas gracias. Si no se ofende, armaré mi carpa al lado del puesto ahora, para dormir temprano. ¿Le parece bien?

—Haga nomás…

—Hasta mañana señores… —dije bastante alto y con respeto mirándolos.

—¡¡¡Hasta mañana señor!!! —respondieron casi todos al unísono.

Al día siguiente, cuando volví luego de una jornada de sol a sol (virtualmente hablando, porque había estado lloviznando todo el tiempo), noté que en ese grupo de personas, militares armados, dos o tres comentaban lacónicos sobre la pérdida reciente de un compañero.

—¿Pero que me está Ud. queriendo decir teniente Alcides?

—Que Ud. no debe andar por cualquier sendero. ¿Por dónde piensa seguir caminando?

—Por donde Ud. me diga. Mire, ya le traigo un mapa que copié de un libro, y le muestro.

—¿Qué libro es ese?

—Está escrito por un europeo, que visitó los mejores lugares para hallar las aves de su país, vine al Podocarpus porque él así lo sugiere en estas páginas, nosotros estamos acá ¿verdad? —indicándole con el dedo apoyado sobre el papel.

—Así es —comentó mientras prestaba ya más atención. Acomodó una lámpara más cerca sobre su escritorio, y llenó su vaso con ron.

—¿Gusta? —me dijo con un ademán, a lo cual le di a entender que sí pero sólo un poco, señalándole simbólicamente la medida con los dedos muy apretados.

—¿Por dónde puedo caminar? Por qué no puedo ir por este otro sendero?

—Mire, nosotros estamos jodidos…
—¿A qué se refiere teniente?
—Perdimos a un amigo la semana que pasó.
—¿Por qué?
—Por los peruanos…
—¿A cuánto está la frontera?
—Estamos en la frontera Bernabé…
—¿Y que anda pasándoles?
Silencio.
—¿Cómo por los peruanos? —insistí
Silencio.
—¿Es por eso que hay tanta vigilancia en esta zona?
—¿No sabe que estuvimos en guerra con el Perú? —respondió por fin.
—Sí, pero eso fue hace uno o dos años ¿no?
—Sí, y no —me interrumpió antes de terminar la pregunta.

Según mi información, Perú y Ecuador habían entrado en guerra, no sé si del todo declarada, por una zona de frontera en litigio, justo en el área del Podocarpus y más al Sur también. Pero tenía entendido que el problema había sido resuelto. Al menos así lo hacía suponer la prensa de Ecuador, diarios y televisión, y toda la población ecuatoriana.

De hecho, cualquier acción bélica estaba suspendida y el comercio entre ambos países era regular. Yo mismo había pasado por lo frontera principal tres meses atrás sin novedad.

—El no, ¿qué significa don Alcides? ¡¿Siguen a los tiros?! ¿Por eso sus soldados mueren?
—Mire, desde que estoy acá mataron a dos de mis soldados, la guerra no terminó, las noticias no dicen nada cuando nuestros soldados mueren. A veces sale, pero no podemos actuar ni hablar. ¿Entiende?
—Minas quiebrapatas ¿verdad?... —algo había oído decir.
—Así es Bernabé. Veo que nos estamos entendiendo.
—¿Quién murió de ustedes?
—Un amigo mío… —y vació su pequeña copa.
—Nosotros salimos a hacer patrullajes de nuestro lado, ellos se meten en el lado Ecuatoriano, y donde suponen que vamos a regresar, ponen las minas quiebrapie. Andamos con cuidado, usamos distintos

senderos, pero hay muchas. Las hacemos detonar. Las detectamos, pero a veces no, y el primero de los nuestros, el que abre la patrulla, con suerte pierde una pierna… o muere. De diez minas cinco son pies perdidos, cortados.

Con esos ánimos, suyos y míos, partí temprano una vez más al alba. Sabía que necesitaba un médico, sabía que estaba mal quedarme unos días más antes de ir a una clínica. Había pasado una noche intranquila y mal dormido. Iba al baño seguido pero al mismo tiempo no quería darles a entender que por dentro sentía que moría. Sangre. Sangraba internamente. Había encontrado una de las aves, pero me faltaba una más, la última, parecía real eso de "se trata de vida o muerte". Sin hijos, sin un gran amor, mi nivel de inconsciencia me permitía salir a paso débil costeando con lento caminar el Bombuscaro.

Ese río era venenoso. Se veía saludable, cristalino, con aguas nuevas aportadas por las montañas aledañas desde sus páramos de altura. Me avisaron que no las pruebe siquiera, tenían mercurio.

Hacía dos días el ómnibus había descargado a los buscadores de oro, no mineros, sino buscadores de oro con plato, malla y mercurio, que utilizaban siempre para aglutinar las minúsculas pepas del metal precioso. La zona era tranquila, en cuanto a que me indicaron que no debía tener temor a peleas o robos; la presencia del ejército del Ecuador me lo garantizaba. No quería encontrarme ni con ellos, ni con soldados del país vecino, así que fui precavido en el paso y en la vista adelante y para atrás, y sobre todo, el oído atento a cualquier ruido o voz humana.

Descalzo y con pericia, más el uso de un bastón improvisado, llegué al otro lado de un arroyo que desembocaba en el Bombuscaro, a unos ochenta metros. Sentía aprensión al pensar que partículas de mercurio tocaban mi piel húmeda, fría por el agua, más aún por lloviznar y no haberse visto el sol por más de varios días. Sacudí a un lado las historias de chicos mal formados o enfermos de nacimiento por beber esas aguas. Tenía la mía y a otra cosa. Me calcé, fui al baño, sangrando cada vez más, y seguí rogando que apareciera el pajarraco, "antes lo vería, antes volvería." Necesitaba socorro en la ciudad, era evidente.

Pasé todo el día soñando descubrir el *Andigena*, un tucán

especial, pues era de los de plumaje gris azulado con pico multicolor en contraste. ¡Y lo vi, lo encontré! Pero las tripas me lo hicieron pagar.

—"Volvé *Barnaby*, volvé idiota, que no sos inmune al destino." —me decía.

Pero pasaba algo, todas esas horas de llovizna en mi piso altitudinal, más arriba era lluvia, montaña arriba digo. Además, por estar el cielo encapotado, la noche me sorprendió antes de lo esperado. En un acto de locura, en los días previos había estado tomando agua con iodo, primero puse varias gotas, y ahora un chorrito. Iodo líquido. Sentía que su contacto con las paredes internas de mis intestinos podía frenar el proceso de infección.

—Volvé, volvé, volvé… —deliraba con fiebre hablando solo con un paso presuroso, todo lo aprisa que podía caminar en mi estado. Ya no me importaba qué belleza natural pudiera cruzárseme, lo único que me importaba era pedir auxilio entre mis amigos del cuartel.

Faltándome poco para llegar "a la civilización", a media luz, me invadió un golpe de pánico, creo. No sé bien qué es el pánico pero creo que lo estaba sintiendo por primera vez. Seriamente desesperado y asustado, vi que la bajada al arroyo no era la misma de antes. Pensé que me había equivocado de camino, pero encontré una roca con un escondrijo pasajero donde había dejado oculto parte de mi equipo, porque ya no lo soportaba de ida en mi debilidad. Supe pragmáticamente que el regreso al puesto militar era imposible. El río, por la mañana límpido y bajo hasta media caña, ahora sonaba furioso, espumante y turbio. Vi pasar un tronco flotando veloz. Quedaban pocos minutos de luz, luego una noche entera de espera, y quien sabe si un día más. Comenzó a llover en el quiebre de la noche, y en los bosques selváticos húmedos pensar en hacer fuego era un chiste. ¡Cómo extrañaba esa madera chaqueña dura como piedra, que arde bajo el primer fósforo! Ya con hambre y frío, soportaría hasta el día siguiente bebiendo iodo diluido…

Cubierto de oscuridad, mi imagen era la de un pobre idiota, con un lindo dibujo del tucán en mi libreta de apuntes, envuelta en plástico para que no se moje, cada tanto moviendo el cuello para un lado o el

otro involuntariamente, sólo por reflejo, según un chorrito de agua fría llegaba a mi piel que por lo visto todavía estaba caliente. Pero sabía que la temperatura bajaría paulatinamente.

—Te jodiste *Barnaby*, te jodiste —me decía, a sabiendas que debía buscar un baño entre el follaje de nuevo, que debía estar allí rogando que despejara así dejaba de llover, y con el deseo de que en unas horas el río bajara y me dejara pasar.

Como hacia las diez de la noche, pensando apagadamente ya, vi resplandores de linternas. Podían ser "mineros", nada novedoso por haber encontrado a varios ese día, inclusive personas gentiles. Porque los busca fortunas no eran solamente personas curtidas y ásperas, había saludado a uno de ellos con unos veinte años de edad, con cierta educación, proveniente de la ciudad haciendo caso a la leyenda dorada, o quien sabe, tal vez escapando de algún embarazo abandonado en Quito. Cuando los noté más cerca del otro lado del río, mi corazón latía fuerte, mi estado de entumecimiento fue reemplazado por adrenalina pura y espere que se acercaran un poco. Definitivamente llegaban del otro lado del río, y si no eran civiles, sino soldados peruanos, el río crecido en este caso me era un aliado, me aseguraba poder pensar con tiempo. Alcé los binoculares y en contraste sus luces con las gotas de lluvia que seguían cayendo, noté que cargaban ametralladoras y fusiles.

—Mierdaaaa… ¡Escondete imbécil, escondete ya! —me dije. Pero no previ un ladrido fuerte y claro, del otro lado del río, que se llegaba a escuchar sobre el ruido del agua. El maldito no paraba y mi presencia en ese lugar estaba descubierta, no vaticinaba nada bueno.

Mucho antes de lo que pensaba ya estaba toda esa gente en la orilla opuesta. No podía creer mi mala suerte, excepto que ese peludo que vi una milésima de segundo con el destello de una linterna no era sino la perrita que me había robado unas salchichas el día anterior. La conocía.

—¡¡¡Ahí está!!! —fue una salvadora voz que se refería a mí. ¡Don Alcides me había mandado buscar!

—¡¡¡Jaa jaaaa!!! ¡¡¡¡Siiiiii, soy yo!!!! ¡Pero no van a poder pasaaaarrrrr! —debí gritar para que me escuchen, al mismo tiempo que me hicieron cerrar los ojos y poner el brazo en visera cuando me iluminaron de lleno la cara. La lluvia en ese momento era torrencial…y si…estaba en el Ecuador, el trópico.

Tenían cuerdas, eran siete y la mascota sin nombre del comando.

—¡Lo venimos a rescatar! —gritaban alzando las manos los soldados y un cabo.

—¡El teniente ya estaba preocupado por usted y nos envió!

—Gracias… —les contestaba estúpidamente con un ademán, asintiendo con la cabeza, disimulando mis lágrimas de alegría. En realidad me estaban haciendo un favor mucho más grande que simplemente "rescatarme" para no pasar la noche solo y mojado.

En un instante sentí distinto.

—Sí, muy amables claro. ¡¡¿Pero me van a obligar a cruzar?!!, ¡Cómo!

—Camine río arriba —vociferaron, mientras uno de ellos iluminaba a otro para que lo vea. Con un mensaje de señas me hacían el ademán de que me agarre fuerte con las manos.

—¡Tómese fuerte de las ramas de aquel tronco o el agua lo arrastraraaaá! —fue la orden.

—"Vaya rescate este" —me decía, haciéndoles ademanes que no.

No sabían que por dentro estaba débil, que me faltaban fuerzas, pero otros gritos me sacaron de mi enmudecimiento mientras miraba donde supuestamente debía avanzar.

—¡¡¡Vaya a las ramas!!!

Me convencieron, así que me fui hasta donde decían,

calculando la posición de las linternas de sus compañeros, a los cuales vi desenrollando una cuerda al lado de un gran árbol caído sobre el agua. La primera parte del tronco se veía bien, liso y claro, la otra estaba mojada, o lo que es peor, hundida hasta mis pies. La angustia de caer por meterme con el agua más arriba de las rodillas se me fue cuando gané equilibrio al agarrarme de las primeras ramas, adivinando donde podía estar el resto del árbol bajo el agua.

—¡Agárrese bien o se va directo al Bombuscaro!

Centímetro a centímetro corrí las piernas de a poco para no desprenderlas del tronco bajo el fragor del torrente. Caer allí era para desaparecer en la negrura rio abajo, tan solo en segundos. Lo sabían y desde el otro extremo eligieron un soldado, que debía ir amarrado a la cintura por si él se caía, haciendo equilibrio por el tronco, hasta pasarme un palo que me sostuviera mejor, porque yo ya estaba haciendo contrapeso con las manos, mochila en la espalda, con todo mi equipo y lo más apreciado, las notas de campo.

—¡A ver el negrito, amárrese! —le ordenaron, haciéndolo caminar endeblemente, indistinguible la piel de su cara en la negrura de la noche.

No podía ser de otra manera, como siempre…

A más de la mitad de su avance la perrita se le adelantó inesperadamente sin temor, pero pronto quedó entre nosotros dos, comenzando a gemir agudo. O pateábamos el animal al agua o nos quedábamos estacionados allí en situación tan precaria. Para mi levantar un pie era despedirme de mi apoyo, debía avanzar centímetro a centímetro ganando altura sobre el tronco. Lo miré al negro en penumbras y adiviné su cara de susto, toda la estructura vibraba y ese animal no se movía. La verdad, muy inoportuno el animal. Marcha atrás la perra, el grupo atento tomando soga, y ya agarrado de mi amigo mano a mano, los tres logramos pisar suelo firme…

No les conté sobre mi estado de salud. Porque había un horario temprano del bus de las 6 a.m. El único, el salvador.

Al extremo.

CAPÍTULO 5

—¿Sabés nadar?
—Si…
—¡Dice que sí! —le aclaré a Gonzalo.

El segundo de mis hermanos, Sebastián, dijo saber nadar.

Mi ornitología de principiante concebía armar una balsa para recorrer mi laguna pampeana preferida, la San Raúl. Era invierno y ya no quería mojarme hasta el cogote para acercarme a los avechuchos que tanto estudiaba. Por lo tanto tenía esta posibilidad, la de ingresar con algo que flotara. Esta laguna tenía buen calado para navegarla, y el corazón de la misma estaba descubierto de vegetación, como un ojo dentro del juncal; presentaba un anillo exterior entero transitable a remo o vara, más una única entrada a su interior. Una especie de atolón. Él la probaría, Sebastián, supuestamente por su menor peso, pero sobre todo, valentía. Entonces, no tanto por sus habilidades como "*testeador*" de cualquier construcción mía, sino por principio. Lo ideal era armar una balsa con base en dos súper troncos adecuados, solo faltaba decidirme.

No había problemática en la idea, pero sí en el transporte del material. Su diseño y estructura se concibió en papel, regla y lápiz, pero teníamos que transportarla por un kilómetro. Su parte principal, los dos troncos, básicos para la flotabilidad principal del aparato, podríamos llevarlos entre varios, hermanos y amigos. Se seleccionaron dos troncos de dos metros, gruesos y secos. ¡De eucaliptos! Quien sabe de chimeneas y asados importantes, conoce lo que ellos pesan. Pero eran rectos, y en esa estancia había un laosiano original. Original por sus ideas, y original por ser de Laos de verdad. Cuando en la estancia él se llevaba del galpón la madera que le correspondía, nunca la cargaba en un auto, carretilla, o lo peor, sobre sus hombros; esa era tarea de su mujer, o de sus chiquitos. El sólo observaba… y nosotros, mis hermanos y yo, lo observábamos a él. Este señor, basado en el principio de la rueda, siempre seleccionaba tres o cuatro troncos bien parejitos, que sumaban entre 40 a 50 kilos.

Conseguía unos ocho clavos chicos y un martillo, ataba un alambre del tipo maleable o mejor dicho, de esos fáciles de usar porque uno los doblaba como quería, y todo lo ajustaba de tal manera que pudieran ser arrastrados normalmente haciéndolos rodar como un trencito por el suelo sobre sus ejes de metal. Todos tiraban, y él caminaba adelante. De tanto en tanto miraba para atrás, pero lo importante para mi asombro de chico, era que llevaba las manos libres como la mayoría de los líderes.

El prototipo de la embarcación fue prefabricado en tierra, en la galería de atrás. El personal de la estancia de tanto en tanto participaba con un buen e italianado comentario.

—¡¡Ni "Dió" va a poderlo levantar!!

Pero el sistema Talatar, ese era el apellido del laosiano que "allanaba mi plan", sí podría. Lo que vino después para los ojos divertidos de varios empleados que hacían su trabajo habitual en el campo, fue una imagen rudimentaria, de chicos tirando como bestias troncos enormes. Los clavos se desprendían de sus ejes haciéndonos caer por la inercia, sobre el pastizal desparejo. También había novillos curiosos, que se acercaron para ver qué pasaba, no nos hacían daño, pero intimidaban a los más chicos. Gritos de mando, risas, sugerencias y maldiciones de nuestra comitiva, pasaron por el largo potrero desde las 9 hasta las 10 a.m. Íbamos haciendo rodar los largos troncos a modo de cilindros, otros arrastrando tablas y rollos de alambre, manos llevando martillos y clavos, y yo, llevando la vara, no lo más pesado, pero así lo había observado según el sistema Talatar.

—Más a la izquierda…

—¡Cuidado con la cueva del Peludo! —mamífero tipo armadillo, muy excavador, que dejaba pequeñas pirámides de tierra suelta…

—¡Más clavos acá!

Esas eran mis indicaciones hasta mitad de camino. Donde se sublevaron todos. Digo… mis hermanos y amigos del campo. Así que, dando el buen ejemplo, ahora me tocaba a mí sacarme el *sweater* y empezar a acalorarme a pesar del frío recio de esa mañana.

Armada, en escasos minutos la botamos en una de las barrancas

en 30° de pendiente, lugar que comenzamos a llamar “el puerto”, más o menos al reparo de los juncos que nos amortiguaban, apenas, del gélido viento Sur. De allí habían salido disparadas, como chapoteando o corriendo sobre el agua, decenas de gallaretas, que hasta el momento disfrutaban su soledad como era a diario en ese alejado lugar.

—¡Sí, se nadar! —se apresuró a insistir Sebastián, y subió. No fuese cosa que el honor fuera reemplazado por algunos de los otros chicos siendo invento e iniciativa nuestra.

—Flashhhhhhhh, quedó mágicamente flotando la embarcación.

No puedo explicar la sensación de que aquello se mantuviera en equilibrio, bien emergente, cincuenta por ciento hundido, el otro cincuenta por ciento afuera, y sobre los troncos, un piso de tablas clavadas. Ingeniería práctica, del papel a la realidad. Y funcionó. El acuanauta en potencia fue ayudado con un empujón y como con el envión la embarcación se alejó enseguida, cosa que no esperábamos sea tan veloz, le tiramos al Sebas la vara, que haría de remo.

—¡Me parece que tenés que ir parado Sebas! —le gritábamos.
—¡Para allá!
—¡No!
—¿No qué?
—Arrodillado.
—¡Tan lejos no!

Y fláshhhhhhhhhhh se escuchó de nuevo, y desapareció, la balsa y Sebastián.

Los patos y otros bichos no soportaron su presencia sin corretear sobre el agua de nuevo, varios metros a su costado, originando una estampida. Que los mirara sorprendido sobre su hombro significó una paulatina pérdida de equilibrio… más el viento… más nuestro aturdimiento. La preocupación comenzó cuando vimos que los troncos reaparecieron, pero mi hermano no.

—¡¡¿Pero dónde está?!!

—No sé, pero él dijo que sabía nadar.

—Sí, sí, ¡pero se está muriendo *boludo*! (ese modismo que ya se usaba, léxico regional utilizado, al menos por nosotros, a escondidas de nuestros padres).

La balsa, que había comenzado a tambalearse al mismo tiempo que el cuerpo de mi hermano hacía de vela, ya estaba lejos del puerto, con lo cual el accidente no nos permitía hacer algo rápido por él. Fue en ese momento que sentí el drama del mañana, cargando con la muerte de mi hermano y la vergüenza de no haber previsto su inexactitud sobre qué estilo sabía nadar, o lo que sea, porque nadie lo veía.

Por ahí apareció a los manotazos y bocanadas varios metros a un lado, chapoteaba y volvía a desaparecer, pero no duraba un segundo que comenzaba otra vez: los brazos en alto y las tosidas. Se estaba ahogando.

Esas cosas de chico mal hechas… que como si tuviéramos un Dios aparte, hace que sigamos poblando el mundo llegando a viejos. Si hubiese estado mi madre se habría arrojado al agua vestida sin pensarlo. Los que restábamos, ahí solos sin ningún adulto que diera una indicación, sólo podíamos atinar a gritar. La culpa me invadió por ser el responsable de esa expedición y con gran coraje grité con toda mi fuerza por si no me escuchara entre tanta salpicada.

—¿Pero sabés nadar o no sabés nadar?

—¡¡Pero andá *pelotudo*!! —me dijeron (otro léxico muy común marca argentina).

—Pará, pará que creo que ya hace pie —aclaré.

Y por ahí emergió *el* Sebas, valiente hermano, *práctico* en aguas sanrauleñas, hacia un despejado de aguas claras, sin las gambarrusas sumergidas que le paraban las brazadas. Desapareció de nuevo, pero de golpe lo descubrimos cerca nuestro, por debajo del agua, tipo nutria por el color del *sweater* y el tono turbio del agua.

Lo ayudamos a salir metiéndonos nosotros para esperarlo, pesado por demás con la ropa de abrigo empapada, de lana; la que nos tejía mamá de vez en cuando a todos igualitos y del mismo color, como

hermanos que éramos, con "ochos" en fila al frente y los lados de las mangas. Chorreando, le sacábamos montones de trozos de vegetación subacuática, unos palitos rosados que de tanto en tanto tenían raíces o algo así, las gambarrusas...

—¿Pero no es que sabías nadar? ¡Ahora mamá me mata!

—Sí, pero por debajo del agua… —contestó resuelto con los ojos irritados y tiritando.

Hicimos silencio todos…, y agregó:

—Debajo del agua había cosas, plantas, no veía nada, y me enredaba.

—Está bien, te perdonamos…

No quiero decir que fui yo el que cerré el caso tan *ratamente*, pero bué, capaz que sí. El problema es que debíamos secarlo antes que nuestros padres me acusaran de asesino, por lo cual lo obligamos a airear sus ropas al viento haciéndolo girar mientras castañeteaba, y su *sweater* reboleándolo al viento suspendido alto de un palo.

Llegamos para la hora del té, o a nuestro chocolate *Nesquik* bien calentito mejor dicho, con Sebastián seco. La balsa, algo maltrecha, quedó flotando libre en la laguna, y debo decir con profundo agradecimiento que mi hermano jamás habló de lo que allí había pasado.

Era durísimo. De espíritu y de fortaleza. Y además… no se enfermó.

Niño y observador de aves; ambos perfiles llegaban a disociarse en mi persona. Podía dedicar medio día a los binóculos pero el resto del tiempo se trataba de estar en el monte armando alguna estructura de juego complejo. Torres de observación, plataformas en los árboles, e inclusive un túnel y un refugio subterráneo. A veces nos lanzábamos proyectiles varios como divertimento, hasta chorrear, cruentas, nuestras narices. Durante la mañana me había alejado a buscar aves a varios kilómetros de la casa, y dada la geografía plana del paisaje, en uno de mis paneos con los binoculares descubrí un punto, ascendente, justamente en una de mis plataformas de observación ornitológica, y otras cosas, en la punta. Más arriba, un palo sostenía una bandera vieja, propiedad de mi clan de

juegos. Yo era el propietario físico e intelectual de esa bandera, la cual representaba horas de esparcimiento, tácticas de guerra y planes de invasión al clan "enemigo", de nuestros amigos los Gardey, que constituían la contraparte de ataques y tácticas en contra de mi símbolo, (pintado en esa bandera). Quien estaba en esas de trepar el árbol era Sebastián: robándome.

Por continuar el invierno, el árbol, uno de los más altos en la isleta de monte, se hallaba descubierto de follaje. Muy conspicuo e inteligente el *traidor*, aprovechó que me fuera a tomar mis apuntes para él llevarse el trofeo, probablemente enviado por el clan enemigo ahorrándose obtenerla dignamente, es decir, por medio de una afrenta.

No podía hacer nada desde esa distancia. Si le gritaba era en vano, estaba demasiado lejos como para llamar su atención y, quiero aclarar, ese árbol era alto. Cualquier apurón de Sebastián, por saberse descubierto, podría provocar un accidente. No supe si el resto de la banda, a la cual se había vendido, estaba al pie del árbol, oculta por el sotobosque.

Llegué para el almuerzo.

—Hola mamá…

—Hola, ¿dónde estabas? —preguntó dulcemente, como siempre.

—Cerca de la laguna San Raúl, ¿Qué hay de comer?

—Hoy carne de cordero al horno con verduras.

—¿Y Coca-Cola?

—Jugo… y no hinches…

—¿Y los chicos?

—Tus hermanas más chicas están jugando a tomar el té en su cuarto, Gonzalo con tu padre que vienen de La Riestra y Sebastián salió un rato con Regina creo que a la casa de los Gardey.

Regina era la enfermera de mi clan, así sea de nombre, por lo tanto el amotinamiento era general, me quedaba Gonzalo.

Fueron llegando todos y en el almuerzo no dije nada. Regina

creo no tenía ni idea qué pasaba, pero Sebastián, si bien calladito, andaba con cara nerviosa y medio hiperactivo. Pero disimulaba bien el buen astuto, con el mismo *sweatercito* marrón del otro día. Por mi parte, no levantaría la perdiz, lo observé como si nada hubiera pasado…. Ya tenía mi plan.

Era obvio que le había pasado la bandera al enemigo antes del almuerzo, yendo a lo de los Gardey. Y que al día siguiente, lunes, en el colegio de campo al cual todos asistíamos por esos días, el clan Gardey, dueños de la estancia La Armonía, anunciaría el éxito de tres meses de juegos bélicos, teniendo mi bandera en su poder.

Pensando cómo desacreditarlo, me haría de otra bandera idéntica, con las mismas siglas, el mismo color, y la enarbolaría antes que me anunciaran la extracción de la original. Argumentaría, al ser interpelado, la falsificación de la bandera, que mi hermano no podía haberla extraído, y podía demostrarlo. Eso sí, apenas pudiese apoderarme de la original con esta artimaña de distracción, sentiría paz interior.

Me aseguré que Gonzalo (a quién no le dije nada lo que pasaba) quedara jugando con Sebastián prestándole mi colección de autitos *Matchbox* que yo casi no usaba, y puse manos a la obra.

—¿A dónde vas? —preguntó mamá del otro lado de la ventana, llamándole la atención que saliera sin mis binoculares y libreta de apuntes.

—¡Ya vengo! —y salí apresurado con risa diabólica en mis pensamientos.

Tenía pintura azul, una bolsa de arpillera blanca, alambre, tenazas…una sierra…todo provisto del *stock* de papá, ¡quién más! con la salvedad de que él no se enteraba de su uso clandestino hasta necesitarlas.

—Tené cuidado…. —observó mamá mientras la escuchaba limpiar los últimos platos en la cocina.

—"Tené cuidado, tené cuidado, pero si ya soy grande mamá!"

—pensaba.

Primer error, me olvidé el pincel, pero con un palo, no muy ancho, no muy fino, podía lograr la marca. Lo hundí en pintura y marqué las siglas en un grito de guerra… L……L……..L, las tres semisuperpuestas.

—Y ahora, del otro lado —dije con satisfacción realizando los trazos lo más parecido posible a la versión original,

—Y a secarla un poco antes de subir.

Miré para arriba y la plataforma se veía alta, una empalizada en el cielo, con barandas en dos lados, uno de mis lugares preferidos para contemplar los cuatro horizontes, meditar a veces, qué sé yo, me gustaba ese lugar por razones muy mías. Pero, costaba llegar hasta allí sin peligro. Pensé que era el único en animarme a trepar pero ya no era así. No había mucho viento, el cielo estaba nublado, escuché las palomas picazuró que decían su nombre con el canto, me puse la sierra como bandolera cruzando el pecho con los pinches para atrás, comprobé que no me dejaba nada. Tenazas, alambre, bandera. ¡Arriba!

Los salvajes habían arrancado mi pabellón sagrado, más que desprendido, o mejor dicho, el salvaje de mi hermano, a juzgar por los flecos blancos que quedaban en los tres puntos de amarre. Tironear así a esa altura debe haber sido arriesgado para Sebastián, o tal vez usó un cuchillo serrucho, ya no importaba. Dispuse la nueva bandera. La sujeté apretándola con torniquetes de alambre. La contemplé con una sonrisa. Y miré para abajo.

—Esto será pesado hacerlo, pero acá no sube nadie más.

Me saqué la sierra y por cada gajo que bajaba lo cortaba bien al ras del tronco cayendo las ramas con fuerza hasta el piso, algunas retardadas por enmarañarse con las de abajo. No pedí permiso para hacerlo, porque jamás me lo hubiesen dado. Hecho consumado. Tardé toda la tarde, y las fuerzas me flaqueaban, pero lo logré. Observé mi obra repitiendo mi mirada para arriba al pie del árbol, y automáticamente me corrió frío por la espalda. Aquel árbol hecho y derecho, ya no

era un árbol. Lo había rebanado, y como obra era, puedo asegurarlo, terriblemente modernista.

Me preocupé cada vez más por su aspecto cuando ya era tarde, el sufrimiento de un elemento vivo, y mi remordimiento de conciencia. En lo más alto seguía la plataforma, más arriba la bandera, flameante, con la LLL, y sobre todo, había dejado el nombre de mi querer estrictamente romántico, porque ni enterada estaba, marcado en la corteza, bien claro y profundo, Cecilia (y dos palabras más). Con esa confesión me aseguraba que el árbol haya quedado como el juego de las *kermesse* de antaño del "palo engrasado"; esa bandera no podría ser robada nunca más. Mi plan había ganado al clan.

Mis padres no vieron nada, hasta que oyeron en pocos días, más de una vez, sobre mi fechoría. Fueron a ese monte y no tardaron en descubrir, desde lejos, el espacio nuevo que había entre los árboles y el fósforo gigante ese, que de repente llamaba tanto la atención desde lejos. Con los binoculares vieron las siglas y ya no podía ocultar mi participación.

—Ese árbol que descabellaste —me dijo casi desesperado mi padre—pertenece a la estancia La Armonía.

—Lo sé...

—¿Por qué lo hiciste?

Y le conté.

—Debes solucionar el problema. Porque hoy hablé con los Gardey, y están preguntando mucho por tus construcciones. Tenés que tener más cuidado con lo que hacés Bernabé…

Solucionar el problema. Solucionar el problema. Cómo solucionar el problema. Nunca supe a qué se refería papá con ello. Hoy sé que el camino era ir a pedir disculpas, pero para mí no fue *dilémico*. Aunque dormí intranquilo, ya tenía una solución. Durante la mañana cayó el árbol con estruendo usando el serrucho más grande que encontré. Luego doblaría la banderilla reventada contra el suelo con cierto protocolo. Y antes de irme, limé, por las dudas, mis escritos en las alturas, sobre todo, el *te quiero*.

El clan de Los López-Lanús …L…L…L…

CAPÍTULO 6

—Le estoy recomendando un potente antibiótico, este antifebril, y por favor, si va a tomar agua verde para evitar "morirse de sed" como usted dice, debe entender que tendrá problemas con los parásitos. Es muy peligroso lo que hizo. Aquí tiene un potente antiparasitario, sentirá un sabor amargo por algunos días en la boca.

—El agua no era verde.

—Cuídese y vaya al médico cuanto antes, el hospital atiende toda la noche, pero cuando llegue el doctor sabrá que hacer. Comience a tomar todo lo que le di… y avísele qué le di.

Salí de esa farmacia (droguería como se estila decir en Ecuador), rumbo a dos días de descanso y recuperación. Me había rescatado mi amiga bióloga, apasionada mujer, que dejó la ciudad para asegurarse mi regreso. Creo que más allá de proteger mi integridad física y asegurar mi presencia en los días por venir (realizar un estudio en la zona costera de la provincia de Manabí), se sentía con derechos.

—Adelantaron el proyecto, así que te vine a buscar…
—Veo…
—¿No estás feliz?
—Mucho más que ello…
—¿Siempre hablan así los argentinos?
Y le di un primer beso.

Esos derechos temporales fueron concedidos a medias todo lo que duró la relación; siempre se supo amiga, *no fuese a ser que se sienta confundida*. No recuerdo su nombre, me refiero al paraje aquél donde me descubrió, tan salvaje no soy (ella era Leticia), pero fue increíble verla aparecida ahí, justo en esos momentos en que para buscar ayuda médica no podía cargar con mi inmenso peso, así de inmenso lo sentía, sin riesgo de ser robado al dejar la mochila en cualquier bar o boletería del parador de ómnibus. El lugar no tenía una "terminal terrestre" con su ciudad, sino que era un caserío de avanzada en las puertas del

territorio amazónico. Es allí donde vendían mercurio, palas, y todas las bebidas espirituosas del país, de las cuales hacían tanto uso los mineros. Guiada por su instinto y lo poco que sabía sobre mi plan de viaje, me encontró inútil esperándome en el único lugar que podía estar, la casa de huéspedes del parque nacional.

Luego, los médicos solucionaron mi *moribundéz* simplemente ratificando la ingesta de la misma ristra de pastillas que me aconsejaran en la droguería. Me recomendaron descanso y buena alimentación. En pocos días llegué a Guayaquil. ¡Qué ciudad húmeda y calurosa para vivir!

Estaba organizándome. Ya tenía mi flamante cédula de extranjería, ya no me desplazaba cruzando las calles ante la presencia de la policía en una esquina, ya no era un ilegal. Y sobre todo, trabajaba en lo mío, me solicitaban como ornitólogo en una región donde recién las universidades producían biólogos competentes, pero se trataba de camadas reducidas y todavía de temprana edad, temprana experiencia. Así andaba distraído en mis cosas, feliz.

Hasta que un malestar me aquejó. Otra vez los parásitos, la misma sensación de aquella vez en el páramo del Parque Nacional Podocarpus, la vez de las becasinas zumbadoras. Hundí mi mano con los dedos rígidos en el punto de dolor, pero no se iba, esta vez apreté más fuerte que aquella vez, pero igual…ahí quedaba la sensación esa de intolerancia, nada muy agudo pero me abombaba. Estaba decidido. Esa mañana suspendí el viaje que me tocaba iniciar por una semana, y fui a pedir ayuda médica para asegurarme poder sentirme sano de manera íntegra de una buena vez. Esa es la tortura de los trópicos, no sólo procurarme tomar agua mineral en los campamentos, para no ser invadido por bichos en los intestinos, sino desconfiar hasta de los bordes de los vasos secos, pues también los tienen, cortar con cuchillos contaminados, lo mismo los platos, los tenedores. En todas partes acecha un problema potencial y de allí, la vida está llena de sorpresas para el que es de afuera y no está acostumbrado a desparasitarse sistemáticamente.

A las ocho de la mañana, cómo sería el dolor, entré a la mejor clínica de Guayaquil. La clínica del Dr. Alzívar. Quería un buen

diagnóstico profesional y serio. Que me demostraran con el nombre técnico de "x" nematelminto sobre un papel, cuál medicación específica existía para matarlo; no que me dieran un cóctel de químicos, de esos que agriaban la boca una semana sólo para una solución temporal.

Esperé mis análisis sentado como todo el mundo: sangre, líquidos, no líquidos. Buscaba una solución científica mientras el dolor no me abandonaba. En ese lugar descubrí un Guayaquil diferente, una cultura paralela a la barbarie que observaba todos los días, barbarie compuesta de personas de buen corazón, queribles inclusive, pero en gran medida apartadas de las posibilidades que la mayoría de la gente tenía, o al menos mi gente en Argentina poseía. En esta clínica el saludo era educado, las caras normales, el trato adecuado. Guayaquil era una ciudad muy grande y pujante sin duda. Había de todo en este país, no solo aves endémicas y maravillas. No sólo gritos, basura y risas de temer. En este ámbito, lleno de médicos y pacientes profesionales, se podía hablar de igual a igual.

—¡López!

Caminé levantándome lento y fui arqueado hasta donde me esperaba un médico con los papeles en la mano.

—¿Ornitólogo verdad?

—Sí.

—Tengo una finca, que le encantaría conocer. ¿Qué le está pasando?

—No aguanto más, toda esta zona me molesta.

—Llamé a un colega para que me ayude a decidir qué es lo que Ud. tiene.

—Como Ud. guste, ¡pero que sea ya!

Los escuché discernir sobre mi caso, y no se ponían de acuerdo.

—Tiene de todo, fiebre, infección, parásitos tipo Áscaris, Amebas y demás.

—¿Qué dice que le duele?

Se hacía largo y miré el reloj. Doce del mediodía. Y sin ganas de comer desde el día anterior.

—A ver, párese si es tan amable —me dijo el recién llegado de los médicos.
—Apóyese sobre el pie izquierdo…
—Ahora lentamente, el derecho…
—Levante la rodilla arriba lo más que pueda…
—Ahora la otra.

Y volvían a discernir.

—Señores…
—¿Si?
—No aguanto más…
—¿Ud. dice que ya se sintió antes así?
—Sí.
—¿Cuándo?
—Hace un mes.
—¿Qué hizo esa vez?
—Me apreté así —y les señalé.
—A ver…recuéstese de nuevo.

De apendicitis recurrente el dolor pasaba a peritonitis. Y la peritonitis mata. No me mató en el Podocarpus, no se puede entender, pero ahora se repetía la situación frente a dos cirujanos. Ya no era un gato con siete vidas; para no ponerme nervioso preferí no contar. Me anunciaron que sería operado.

Volviendo de la anestesia, la que me habían dado no sé bien de qué manera por "metabolizarla de forma distinta a los demás" (repito textual la frase de la enfermera a una de sus compañeras), ahora padecía la orden del médico por defecto, en cuanto a que no me sedaran hasta despertar. Una de esas señoras me habló y la vibración de su voz era como que zarandeaba el infierno de la herida recién cosida. Me anunció que tenía suspendidos los calmantes por orden del médico hasta llevarme a la habitación. Y arrancó conmigo sobre cuatro rueditas sin suspensión, las típicas camillas de hospital. La vibración me ponía tenso y mordía

mis labios de dolor. Duró el largo de todo el pasillo y me salió un gemido cuando me pasaron a la cama.

—Ya estoy despiertoooo….

—Al señor se le puede dar el calmante entonces… —me sonrieron las enfermeras, y me pidieron paciencia amablemente.

Apareció el cirujano. Se reía de mi apéndice en tirabuzón o helicoide.

—Argentino mal hecho —dijo yéndose luego de dar algunas instrucciones mientras aplicaba dos palmadas en mi hombro haciéndome ver estrellas de angustia.

—Ya lo pueden sedar… fue lo último que creí iba a decir, pero reapareció al instante sólo con su cara en el umbral de la puerta y agregó.

—Lo dejamos cero kilómetro… además va a sentir un gusto raro en su boca, no le va a quedar ningún parásito, y se le "apagará" definitivamente esa infección en el intestino, pues la tenía latente. Le hago una pregunta, ¿tiene usted Assist Card, o alguna cobertura médica?

Dos días y medio después, debía dejar la clínica a la cual me había acomodado como en un hotel. Buena comida, buen dormir, ninguna preocupación alrededor mío, ningún canto de ave nocturna que me cortara el sueño con tal de ir a verla linterna en mano. Pero de los dos espantos que me tocaba vivir antes de salir de allí, el primero lo viví por la madrugada. Fue un error de la enfermera.

Se trataba de una morocha linda y joven con uniforme corto y recabado. Se encargaba de las rondas de la noche. Yo sabía, el primer día sin entender mucho, que mi suero lo guardaban en la heladerita de mi habitación. Veinte minutos antes de aplicarlo a mi torrente sanguíneo esa chica, sin prender la luz para no despertarme, recortada contra la luz del pasillo principal al agacharse, sacaba la bolsa y la ponía sobre una bandeja de aluminio. Entre sueños soñaba mejor luego de esa visión y volvía a sumirme en un letargo profundo cada vez que reponía el suero a mi lado y me decía que podía seguir descansando.

—Que duermas bien… —dijo cariñosa, y la seguí con la mirada hasta el último atisbo de luz "de sus pasillos", luego de apagar la luz.

¿Ese ángel repetiría la rutina tal cual al día anterior? Efectivamente, todo lo mismo, pero mi estado de alerta comenzó cuando apenas cinco minutos después de haber sacado el suero regresó, y me dijo…

—No sé qué hacer, me olvidé de sacar su suero para que se caliente un poco antes de aplicárselo. Sigue frío.

—No te voy a pedir el teléfono Gladys, pero "se buenita" y traducime qué me estás queriendo decir.

—La jefa se enojará conmigo si sabe que le tengo que dar el suero frío porque no me acordé de sacarlo antes, para que esté a temperatura ambiente.

Me corrió un frío por las venas…

—¿Me puede pasar algo si lo ponés frío como está?

—No, pero es desagradable me contaron.

Asentí con la cabeza y con mi sí, se animó a dármelo. Se quedó a mi lado para ver mi reacción, le hice notar que estaba todo bien y cuando estaba apagando la luz y la veía de nuevo irse, de golpe se trasformó en un ángel negro.

Supe a la velocidad que recorre el torrente sanguíneo nuestras arterias, con cada bombeo del corazón, sintiendo el frío del suero invadiendo mi cuerpo primero por toda la mano y luego parte del tórax, eso duró mucho y sólo atiné a taparme hasta el cuello.

Vino mi queridísima amiga con la noticia.

—Hoy te vas.

—Suena fantástico —contesté mirándola con ironía.

—Tienes que hacer reposo en mi casa.

Y la miré con la misma cara de ironía.

Esperé la orden final de mi médico, quien vino a verme. Recomendó que hiciera vida normal, de hecho, que me bajara de la cama y caminara como hice todo el tiempo desde la operación. Quería verme en movimiento.

—¿Le preguntaron las enfermeras si ya estaba yendo bien al baño?

Me atraganté, pero respondí que sí, agregando.

—¿Por qué pregunta?

—Para saber. Que tenga buena suerte y es un placer haberlo conocido —y nos dimos la mano con una franca mirada de mutuo agradecimiento, que del lado suyo no llegué a comprender del todo.

En realidad esa pregunta me la había hecho la enfermera hacia veinticuatro horas y, como, efectivamente ella sospechaba que no había ido al baño, esa vez me paré agarrándome de todo el aparataje que acompañaba mi sonda, en realidad un monitor computado que controlaba la pulsación y el ingreso de calmantes según la necesidad del paciente (o algo así según entendí, no viene al caso, no soy médico). Una vez en el baño cerré la puerta todo lo que pude para que no me viera. Con un vaso hice la pantomima de tirar agua despacio a manera de chorro, desde bien arriba, para que sonara convincente, y luego tiré de la cadena.

—Está mal lo que hago —pensaba—, ¡pero no quiero un catéter en mi uretra, por Dios!!

Me negué al uso de las sillas de ruedas, y llegué caminando al ascensor. Aparecí en planta baja con la indicación de acercarme a la ventanilla de administración.

—Son mil seiscientos, señor.

—¿Sucres? —dije tratando de ser gracioso—, vamos señora, dígame cuánto cuesta mi internación. Recuerde que entré aquí por unos parásitos hace tres días y terminaron operándome.

—Dólares, señor —y me miró.

Y fueron *cash*. Plata fuerte para mi médico, el de la mirada agradecida, y en fin… menos mal que la tenía, y que viví.

En los días que siguieron no hice mucho ejercicio. Pero tenía que volver a la clínica a que me sacaran los puntos. Moverme era una tortura, pero si no quería dejar de participar en una de las primeras expediciones del Programa Regional de Recursos Camaroneros, entidad que pertenece al gobierno de Ecuador, con jurisdicción en Guayaquil, debía juntar fuerzas.

—Nos quedamos sin auto —dijo mi bióloga, y agregó—: ¿Taxi?
—No sé.
—¿Por qué?
—Me da terror sentarme o pararme, mejor una buseta[1].
—¿Seguro te sientes tan bien?

Un bus era más seguro, podía viajar parado sin el horror de sentarme estirando suturas. Para bajarme sólo debía pedirle precaución al chofer. Algo así como:

—Ñaño[2], tenga cuidado cuando me baje que me han operado ¿puede ser?—, le dije del mejor modo, y el hombre frenó.
—¿Puedo bajar por adelante? —y asintió.

Pero aquel salvaje aceleró a destiempo.

Las heridas internas me provocaron el más profundo dolor ante el esfuerzo que hice para no caer, y bajo la lluvia de ese día, con el paraguas cerrado, le aboyé a golpes indignado la carrocería hundiendo la chapa en varias partes a medida que se alejaba veloz. En lo único que pensó fue evitar el semáforo en amarillo, cruzando la avenida en rojo. Rogué que aquel tipo no parara furioso, pero el tránsito infernal lo llevaba inmerso alejándose de mí.

Sin los puntos, y con la paciencia de mi nuevo empleador

1 Por colectivo: ómnibus para transporte urbano de pasajeros, por lo general de dimensiones pequeñas.
2 Por hermano: Término utilizado en la región del Guayas.

oficial, quienes esperaron a que me recupere, allí estaba de nuevo, en el campo abierto, con la mochila puesta, en el calor de Manabí, al nivel del mar, adentrado en el Humedal de La Segua, donde realizaba el primer censo de aves en la región. Cruzaba los alambrados muy despacio, me agachaba lentamente para no aflojar las gazas de mi herida, y me enderezaba lento. Así por varios días. Pero un día…

—A ver cómo va esto hoy —me dije una madrugada, seguro de ver cada día mejor la cicatriz.

Pero me bajó la presión ante el espectáculo. Una areola gris verdosa rodeaba por un centímetro la herida.

—Le voy a poner iodo —le dije al equipo de biólogos que me observaba—, no se alarmen.

Por ahí andaba mi bióloga y pegó un grito.

—Tranquila, tranquila, es una infección externa, sino tendría fiebre —dije tratando de transmitir sosiego, mientras, luego de lavarme con agua y jabón, apantallaba con mi libreta de apuntes la zona para que se secara.

—Tenemos que ir al médico —me dijo.

—Esperá, ¿hoy viene el documentalista que prepara el programa para *National Geographic*, no?

—No.

—Sé que viene, si no los atendemos será un lío —dije, mientras tiraba un chorro de iodo en la parte afectada.

Ayyyy, que mal, que mal, saber que salió un chorrito nada más, y el resto, con la inclinación del frasco, así como quien usa un salero, era una lluvia de cristales de iodo. Se habían formado por evaporación con el trajín de mi botiquín durante tantos días, en la mochila. Al principio me sorprendí, al ver puntitos de color óxido sobre la piel verdosa. Me paré rápidamente para que se cayeran, pero no, ya estaban pegados fundiéndose con la piel. Y dolía.

—¿Saben qué? ¿Tenemos una misión hoy, no?

—¡No se justifica! —respondió mi bióloga—, ¡te vas a terminar matando y matándonos a todos del susto!!

—Puede ser, pero traé las gasas. Se va al diablo todo esto, ¡tenemos que trabajar! Si me muevo se disuelven, y ya.

—¿De qué manera se disuelven?

—Sudor…así que a moverme, te prometo que si al terminar el día está peor, nos vamos a Guayaquil.

Más allá de la curiosidad que causa la imbecilidad de ser tan testarudo, con tanta sangre vasca en las venas de mi familia debo admitir, nunca vi la entrevista que nos hicieron con el fondo de la laguna de La Segua a nuestras espaldas. Sí sé que lo pasaron algunas veces por el canal de *National Geographic*, según me contaron, y quién me vea no sé si pueda adivinar que en la zona abdominal los trocitos de iodo cristalizado fueron santa solución para una historia que terminó bien, donde ese color verdoso pasó a violáceo y luego a buen color. Ya podía viajar donde sea sin la amenaza de un apéndice homicida.

Por fin, los problemas fueron tema del pasado. Me quedaba deleitarme con los ecuatorianos, sus salidas, sus métodos de transporte. Situaciones múltiples en definitiva, que no sé por qué disfrutaba tanto en la zona de Manabí. Para esos días, cerca de Navidad, estábamos planeado realizar un vuelo de reconocimiento sobre la zona de estudio. Para llegar al aeropuerto de Bahía de Caráquez, teníamos que utilizar una chiva.[1] Pero no pasaban por La Segua tantas veces al día como uno esperaba. A veces la espera era larga, con expectativas renovadas al ver de lejos aparecer cualquier vehículo.

—¿Ahí viene la chiva ve? —decía mi bióloga todo rapidito, ya que las distinguía de lejos por todos sus colores y carrocería de madera. Una gran caja de zapatos sobre ruedas.

Las chivas, entonces, cuando pasaban lo hacían repletas de gente. En la parte de atrás de la nuestra habían cargado una marrana[2] enorme, de raza rosadita. La chancha protestaba cuando en el corralito

1 Transporte público con carrocería de madera pintada de colores vivos.

2 Cerdo hembra.

trasero (algunas chivas tienen una especie de corral detrás), un vendedor de helados se las arreglaba para incrustarle desde arriba su triciclo, cargado de hielo, agua que chorreaba, helados caseros, es decir, toda la estructura de su negocio ambulante. En un momento el animal se ofuscó chillando y pateando de dolor, y varios debimos trepar al techo. Con tanta gente sentada abajo, allí arriba, aunque con poco espacio, se iba mejor. Mirando para atrás el paisaje que pasaba, en un día soleado.

De repente, recibí en la nuca partes del vómito de un borracho. Según decían, no debía comer naranjas nadie que estuviese ebrio. Y este las comió. Obligamos a ese señor a pararse junto a la chancha, el triciclo, y otros bultos, para que todo lo que hiciera quedara atrás. No era sólo yo el indignado. Varias veces, cuando los pasajeros en tierra nos paraban, este señor se arqueaba y mojaba involuntariamente los pasamanos de la parte posterior de la chiva, sector del vehículo que cuando iba ya muy cargado, estaba permitido colgarse bien agarrado. La gente no sabía y subían peleándose por un lugar, pasándose luego la mano por el pantalón dominguero para secarse. "*Marrano jue porra*" decían, desquitándose con una patada contra el animal cada vez más histérico, creyendo que la inmundicia provenía de él. No tardaban en darse cuenta quien era el culpable, que ahora regaba el asfalto en las calles de la ciudad de Bahía, capital de Manabí.

Una vez llegados a destino, convencí al piloto para que sacara la puerta de la avioneta. Si quería hacer tomas fotográficas de la zona de estudio una ventanilla entreabierta no me serviría, pues necesitaba todo el espacio posible y lo lograría sin la puerta. Hubo varios peros pero aduje experiencia. Sería agradable despegar en avioneta de una pista para vuelos comerciales, los mismos vuelos que traían a los turistas de Quito y Guayaquil para disfrutar las playas del Pacífico en sus vacaciones. Digo agradable porque estaba acostumbrado a despegar desde pistas de pasto o tierra, pareciendo máquinas toscas al vibrar tanto con el carreteo inicial, pero en el asfalto liso y firme, resultaban gentiles y sofisticados esos *Cessna*, los *Land Rovers* del aire, con las alas característicamente ubicadas en la parte superior. Había bastante movimiento de gente, el aeropuerto era moderno, aunque un poco incómodo para llegar. Desde Caráquez no se accedía por tierra sino que era necesario cruzar un ancho espacio por agua, en *ferry*, la misma salida del humedal de La Segua que

estudiábamos, pero ya en el mar.

—Hotel Charlie Cero Cero Ocho Víctor ¿torre de control?
—Torre de control Hotel Charlie Cero adelante.
—Buenas tardes control, autorización para despegue.
—Buenas tardes Antoni, espere confirmación.
—Entendido torre.

Así comenzamos ese viaje corto. En dos horas debíamos estar de vuelta y el tiempo nos alcanzaba bien para hacer las tomas con la mejor luz. Aterrizó un avión de pasajeros y nos dieron la pista. Tardamos en llegar a la cabecera por hallarse a casi un kilómetro, para despegar contra el viento apuntando hacia mar. El piloto realizó su rutina, aceleró el motor varios segundos sin liberar los frenos, comprobaba las lecturas habituales, cantidad de combustible, presión de aceite, pero no salíamos. Pasaban los minutos, pero no. Estar en el medio de la pista sin moverse en un aeropuerto activo de esos, siempre causa cierta aprehensión. El piloto continuaba hablando con la torre y por fin me miró.

—Tenemos que volver —me dijo con una seña. Al mismo tiempo que me pedía acercara mi micrófono a la boca.

—¿Qué está pasando?

—La policía aeroportuaria tiene un problema con nosotros, debemos volver.

Mi sensación era aquella que uno aguanta cuando en la ruta la policía hace que nos detengamos para pedir papeles, pero en este caso pagábamos la hora de vuelo a 120 dólares, y hacía media hora que estábamos en tierra con el motor en marcha.

Tres uniformados armados nos esperaban mientras rodábamos hacia ellos. En mi cabeza repasaba qué podría estar mal con mi documento, y no se me ocurría más.

Apenas se apagó el motor se acercaron esos tres hombres con una máquina de fotos.

—¡Antoni…! —dijo uno con los anteojos negros y una gran sonrisa.

—Nelson…¿qué pasa? (muchísimos se llaman Nelson en Ecuador).

—¿Me quiere decir dónde está la puerta de su avión? ¿Se le cayó o no se dio cuenta Antoni?

En todo caso, si nuestro piloto no había aclarado su plan de vuelo en esas condiciones, ¡la torre de control tenía razón! Yo mismo había ayudado a sacarla momentos previos al vuelo. Pensé que era algo habitual.

—Antoni, es la última vez ¿oyó? La última vez… —sacaron unas fotos mientras sonreía, y le hicieron una señal con el pulgar arriba.

—Son biólogos Nelson, sacan fotos… ¿A qué hora cambias de turno?

—Me quedan cinco.

—Nosotros volvemos en dos horas ¿qué problema hay?

—El problema es que el señor tiene el cinturón de seguridad en la pierna, no en la cintura —dijo señalándome.

—Y que no se vuela sin puerta —agregó

—Estamos cansados de estas cosas. La última vez Antoni ¿oka?

Y ahora era Antoni el que sonreía y ponía el pulgar para arriba.

En veinte minutos estábamos sobre el humedal, en contraste con el largo viaje en chiva y el borracho, volviendo sobre nuestros pasos. Mientras girábamos sobre La Segua a baja altura un pescador reconoció el vuelo.

—¡Allí está Roosevelt en peloto![1] —gritó mi bióloga bajando los binoculares. Pero no entendía a qué se refería.

Agitaba las manos desde el centro del humedal, desde un bote, sacando la red con un amigo. Se hizo un vuelo bajo y los vi, a ambos desnudos, con sus panzas cerveceras prominentes. Pero como nos acercábamos demasiado esta vez blanquearon sus traseros ¡y se tiraron al agua por vergüenza!

1 Manera suave en la región para referir a desnudo (en pelotas).

—¡¡¡¿Andan en bolas?!!! —grité

—Siiiii, siempre es así, ¿no sabías? Es para que no se enganchen las redes de pesca en sus ropas.

Sin duda, nunca imaginaron cuanto alcance tenían los binoculares de las biólogas cuando trabajábamos normalmente en tierra, sino no se estarían tirando al agua.

Roosevelt era un personaje local querible, simpático, buen marido, de unos 35 años de edad, siempre alegre, pero sin chicos por alguna razón que nunca nos contó. Lo que más me sorprendió de él fue lo sucedido cuando lo conocí. Lo descubrió un vecino haciendo una perforación con pico y pala en medio de la carretera asfaltada, por donde siempre pasábamos con la chiva. Ese día bajábamos justo allí a tomar unos refrescos y comer cangrejos en su pequeño restaurant, el cual debo explicar, consistía en una plataforma de tablones sobre palafitos, al mismo nivel de la ruta, con una mesa y dos sillitas, junto al gran pantano. Allí estaba frente a su casa, con el torso desnudo y la raya del trasero siempre descubierta por detrás, con sus bermudas[1] sueltas, y descalzo, sudando por el gran esfuerzo que hacía en ese momento. Karl Berg, un biólogo ex voluntario del Cuerpo de Paz de los Estados Unidos, alguna vez me dijo: "*En Ecuador, un pueblo se funda frente a un bache. Si la carretera tiene un hoyo, cuando frenan las busetas un vendedor ambulante estará allí para ofrecer sus productos. Eso genera comercio en función al bache. Se construye la primera caseta donde dormir, llevan a su esposa y con el tiempo existe una comunidad pequeña.*"

Roosevelt practicaba esa verdad. Con otro hueco a tres kilómetros "estaba hecho". Los choferes frenaban para no destruir el chasis, una parada obligada que él aprovechaba para treparse, y a los tres mil metros otra para bajarse. Entre idas y venidas vendía sus canastas de bollos y otros manjares locales, como las empanaditas de Chame, un pez típico de ese humedal, y a la vera del camino tenía su casa, frente al humedal.

—¿Qué crees que estás haciendo, Roosevelt?

1 Pantalones con el corte sobre las rodillas.

—Trabajando —¡trák! golpeaba con el pico en el asfalto—, ¿por qué la pregunta? —trák, continuaba con el pico dándole la espalda, sin querer aceptar el reclamo de su amigo y vecino.

—¿Cómo se te ocurre romper así la ruta? ¿Querés una denuncia?

—¿Y a ti por qué te importa lo que hago?

—¡Porque para ir a San Antonio tengo que pasar todos los días frente a tu casa, ñaño!

—¿Y qué? ¿No ves que estoy ocupado?

—¿Cómo… y qué? ¿Crees que mi camioneta se aguanta el pozo que estás haciendo? ¿Y de noche? ¿Qué? ¿Vas a poner un cartel?

—Diana, sírvele una cervecita a don Huberto, dile que yo invito... —le contestó al vecino dirigiéndose a su mujer para que acatara la orden, sin dejar de hacer "crák" con el pico en el medio del camino.

Si Argentina estaba 20 años detrás del desarrollo del primer mundo, Ecuador en esos años nos seguía con 10 años de rezago. Y me divertía comprobarlo.

La cirugía, y ya menos de siete vidas.

CAPÍTULO 7

Por jugar siempre en serio, supongo, planeé construir un túnel. No era una cuestión de superarse, sino que faltaba un túnel en nuestras vidas de chicos, ya más grandes. Desaparecer en un fuerte, ante la sorpresa de los perseguidores, y esfumarse mágicamente. Lo logré cavando profundo treinta metros. Había visto fotos en blanco y negro del primer subterráneo de Sudamérica, lo habían hecho así, o más bien, el principio era el mismo. La excavación era abierta y en línea recta. Posteriormente dispuse la colocación de vigas principales, luego las secundarias, el techado de troncos dispuestos juntos uno al lado del otro (eterno), y por fin, después de tres semanas de trabajo, el relleno sobre toda esa estructura, o techo, con la misma tierra que había quedado al excavar. Saqué lo que sobraba. Emparejamos. Quedó perfecto.

Fue un gran esfuerzo entre los tres hermanos varones. Se recorría con luz a vela y en diez minutos, gateando, aparecíamos por el otro extremo. Sí, gateando, porque hubiese sido imposible intentar construirlo para recorrerlo parados, con la madera y herramientas que disponíamos, o debo decir, con las fuerzas limitadas de chicos entre 10 y 13 años, más o menos. Era fascinante aparecer desde bajo tierra, pero en especial realizar el recorrido, con ese "olorcito" a tierra húmeda y raíces.

La noticia fascinó a vecinos, amigos y tíos que llegaban de visita al campo cada tanto. Papá no quería saber del tema por temor a otro desquicio mío como el del árbol, pero supongo lo fue a ver a escondidas, inclusive durante su construcción. Ocultar el trabajo siempre fue nuestra intención, pero la ausencia de las palas en el galpón o más fácil aún, la ropa negra de tierra por tantos días, a mi madre no se le podía haber pasado. Pero como casi nunca preguntaba, dueño de ese libre albedrío sano que teníamos, el asunto, como sea, ya era real, ¡y teníamos un túnel!

Nuestros primeros invitados fueron entrando cada uno con una

vela encendida. Y por supuesto, fueron nuestros mejores amigos, los del "clan vecino", siempre en nuestros juegos. Esta vez, la casa invita. El pasaje estaba repleto de telas de arañas, que no me esperaba en tan poco tiempo desde la última visita. Esas situaciones típicas de quién no conoce, convencido que como lo dejara la última vez así estaría. Los primeros fueron los invitados, desde ya, y al frente "ellas" las hermanas de todos. Al principio todo bien, pero pronto comenzarían las quejas, por las raíces que le tocaban el pelo, las telas, y no avanzaban. Pero sus hermanos y nosotros, los López-Lanús, igual entramos como era lógico para ver qué pasaba, así sea una fila india de diez almas bajo tierra, a tres patas, porque con una mano cada uno sostenía una vela prendida, la cual fui encendiendo al inicio del túnel con gran expectativa.

No me incluyo en ese empujar en cuanto a utilizar las manos sobre el "posterior" de ellas cuando la caravana se atascaba; o sí, no me acuerdo. Los dos clanes éramos muy unidos en esas circunstancias. ¡Pero sobre todo jugábamos como chicos y no debe pensarse nada en particular! El primer cruce con los invitados debía ser todo un éxito, la publicidad buena, y los permisos para nuestras nuevas ideas, no siempre del todo seguras y ediliciamente aceptables, nos serían facilitados por nuestros mayores, cada vez más admirados por todo lo que hacíamos.

—No se asusten —tranquilicé yo cuando oí más quejas y finalmente un llanto de pánico al frente.

En ese momento empezó el pandemonio.

—¡No vuelvan para atrás! —grito Gonzalo.
—¡¡¿Qué pasa?!!
—¡¡Ayyyyyyyyyyy!!
—¡¡¡¡¡¡¡UN DEMONIOOOOOOO!!!!!!!
—¡Me quemo, me quemo estúpido!

Y empezó a olerse a pelo quemado. La caravana empezó a "recular", y me di cuenta que había que abortar el cruce. Algo pasaba.

La queja principal eran las quemaduras y que se hayan apagado las velas por apretarlas cuerpo contra cuerpo y por lo tanto, una repentina

oscuridad. Pero una de las chicas estaba histérica y quería salir corriendo para el casco, bastante lejos, y justamente eso era lo que no queríamos, sino buena publicidad.

—¿Pero qué te pasa? ¿Que viste?

—¡¡¡UN DEMONIO!!! ¡¡¡O algo así!!!

La religiosidad de todos no lindaba con la de los menonitas ni los cuáqueros, pero estaba cerca. No en mí, ya bastante darwiniano gracias a varias lecturas salvadoras (salvadoras en lo que a mí respecta, entiéndase, no quiero ofender a nadie). Por lo tanto, si creían en espíritus y santos, en los más chicos, lo del demonio, podía ser factible. Me refiero a creer verlo. Afuera era pleno día, pero en la oscuridad, la imaginación parece que estaba generando sus efectos.

—¡¡¿Cómo un demonio?!! ¡Los demonios no existen!

—Si existen.

—Bueno si, pero ese que viste vos no, ¿qué es eso de un demonio?

—Está ahí abajo, me quiero ir… —decía mientras señalaba la entrada de la caverna dentro de nuestro fortín.

—Tranquila, ya pasó, estamos todos bien y juntos. Nadie debe irse, y nadie está obligado a entrar ahí de nuevo.

—¡¡¡Era HORRIBLE BERNABÉ!!!

—A ver, ahora entramos los hombres primeros.

—¡Nosotras no entramos más! —dijeron.

—Obvio, porque son unas mariquitas.

—¿Ah sí? —y agarró un palo.

Convengamos que en el campo los juegos entre chicos son más bruscos que en la ciudad, así que no hay que alarmarse si una rubia con risos y ojos azules, alguna de nuestras hermanas o hermanas de nuestros amigos, se defendía tan bien.

—Yo no entro Bernabé.

—Yo tampoco… —dijo Sebastián después de Gonzalo.

—Vela —pedí.

—Fuego por favor, ¿quién tiene la caja de fósforos?

Fussssshhhhhhh sonó fuerte y cavernoso el encendido, y la luz titilante de la vela marcó la primera parte del camino. Había telas de arañas en las partes de arriba de las vigas, sí, y un olor fuerte, pero bué…. quedaba hacer la travesía solo y demostrarles que no había ningún peligro.

No sé qué bicho espantoso decían haber visto nuestras féminas; si era un animal, no podía superar a la zarigüeya o mal llamada comadreja, o un hurón, ¿algún zorro?, vizcachas ya no quedaban. Más monstruos no había en la provincia de Buenos Aires, pero por las dudas, como me sobrecogió ese hábitat, llamaría a mi más fiel y nueva amiga.

—¡¡Dama!! ¡¡¡Damadamadamadama!!! —llamé a la *setter*, una *setter* irlandesa, recién adquirida, que nos habían regalado en Buenos Aires desde cachorra, y con Brown eran nuestros amigos sin diferencia de rango o preferencias por ninguno de los dos clanes. Pero no tomó la delantera.

—¡Brown! ¡¡¡Brownbrownbrownbrown!!! —esta vez si bien llegaron un poco adentro, se volvieron dejándome solo.

Di vuelta mi cara hacia el túnel de nuevo y al mismo momento que agucé la vista para ver en las tinieblas: Fisssssssssss chilló una boca abierta a 10 centímetros de mi frente con lo cual me asusté y al retroceder golpeé mi nuca contra unos de los troncos que hacían de vigas transversales.

Jamás cruzamos ese túnel aquel día, y hasta hoy no sé qué era eso que vi. Por supuesto tenía bigotes, colmillos, ojos rabiosos y orejas rosáceas como pergaminos arrugados, y sobre todo, era muy peludo. Pero de tan cerca no se puede hacer mastozoología y tratar de hacerles cambiar de opinión a Regina y sus amigas sobre lo del demonio.

Al volver tarde, ya nuestros padres estaban disgustados. Y con eso de las historias de las chicas que negaban haberse topado con una comadreja, mi argumento lógico por descarte, se nos prohibió seguir

andando por túneles; por peligrosos.

—Pero mamá —trataba de convencerla días después—, es un marsupial que tenía crías.

—¡¿Qué es esooo?!

—Los animales que guardan sus crías en una bolsa, como los canguros pero acá en Sudamérica. Seguro era una hembra que abrió desjarretada su mandíbula blanqueando la fila larga de dientes. No se caracteriza por sus buenos modales, algo parecido al demonio de Tasmania, y al acercársele la vela a pocos centímetros de sus bigotes me imagino que por eso bufó.

—No quiero volver a saber del tema, ¿entendiste?

—Bueno.

—Ustedes sí, pero solo ustedes ¡¿está?!

—Entendido.

—Las chicas no.

—Sí, sí, entendido.

El túnel, fatalmente, provocó un incidente más, una fractura y deceso. Una de las mejores vacas lecheras en la parición de primavera, la mejor vaca desgraciadamente, se había escapado dentro del potrerito donde crecía la isleta de monte de nuestras aventuras. Asustado el animal, corrió entre árboles ante los gritos de la paisanada que la perseguía, y don Evaristo vio como de repente el animal perdió suelo bajo sus pies, escuchándose la *quebradura* de la vaca. Ahí quedó, y la degollaron según me contaron. No volví a entrar en el túnel, con el tiempo se fue cubriendo de pasto y nunca más supe de él.

En la estancia grande de los Gardey, donde trabajaba mi padre, estaba prohibido cazar o pescar. Esa disposición favorecía mi interés por la fauna pampeana, de gatos pajeros, zorrinos y mulitas. Pero muchos armadillos, justamente las mulitas, formaban parte de la nutrición del personal. No porque les fuera necesario, según contaba papá, sino que era "una cuestión cultural". También los Coipos, los nadadores expertos parecidos a nutrias, eran atrapados por su piel. En mi inocencia, ajena a las estadísticas reales de cuantos había, procuraba desactivar los cepos que les tendían en los juncales, o evitar otras matanzas concientizando

a las cazadores, a los cuales me encontraba en sus recorridas a caballo cuando salían a contar el ganado, para luego llevar el parte al casco donde funcionaba la administración del campo.

Supongo que entendían mi preocupación conservacionista, o mis rabietas ante sucesos como capturar zorros. Aunque para ellos, todos bien criollos o acriollados, sólo escuchaban hablar a un chico. Pero… un chico que no los quería dejar con hambre, porque, digamos la verdad, en la estancia La Armonía había una carnicería, y el tambero tenía entre sus responsabilidades, procurar carne de cordero para todas las familias que allí vivíamos. Por lo tanto cazar animales era sólo una manía, dado que la provista era gratuita.

Un día sucedió…

—Pará Almada, pará. Vi una mulita. ¡El que la agarra se la lleva! —dijo Carlos Pípolo, mientras frenaban sus caballos para desviarse del sendero.

Almada era de estirpe gaucha, y Pípolo, estaba agauchándose pero su apellido italiano indicaba, sin ser una mera coincidencia, que era un "recién llegado", conocedor más bien de la faena agrícola, y su oficio era el de ser responsable del tractor. Se apeó rápido Almada, y Pípolo, corriendo, lo siguió. La mulita, es bien sabido, no ve ni medio, pero si escucha ruido corre para su cueva. Así que si querían agarrarla ¡debían apurarse!

—¡La *tené*, Almada, la *tené*!

Y justo cuando el animal estaba por llegar a la entrada de su cueva recibió una tremenda patada. Aturdido intentó retomar su camino pero Almada ya había desenvainado su cuchillo desde la cintura.

—¡Me ganaste de mano compañero! La próxima es para mí.
—¡No hay próxima Carlitos!
—¡Pero por qué la dejás ir!
—Es la número 9, otra vez mulitas con número.
—¿Pero en *todo* los *potrero* hay mulitas *numerada*? ¿Cuál había

sido la del potrero San José?

—La tres.

—¿Y esta?

—¡La nueve te dije! ¡Y te dije que ya no las vamos a comer! ¡Son las de don Bernabé! Si tiene número no se tocan, sino, eso ya es otra cosa…

Y pegó la patada don Almada subiendo ágilmente a su caballo, volviendo a encarar hacia la manga por el camino que llevaban.

¡Se referían a mí, no papá!

Me enteré de esta conversación porque siempre fui experto en escuchar cuanto podía, y conste que tengo buen oído. En el galpón lanero principal, una vuelta al mediodía rumbo a sus pucheros calentitos de invierno, los oí decir algo a Almada y Francisco (una gran persona de la peonada), sobre mulitas con números, y paré la oreja.

Era obvio que hablaban de mis mulitas, a las cuales atrapaba igual que ellos, sin patadas sino corriéndolas con todos mis pulmones hasta caerles encima para no dañarlas. Ahí nomás destapaba un tarro de pintura verde claro (para que resaltara bien), y con un pincel finito les ponía el número en cada flanco. A continuación sacaba el plano de la estancia, y con lápiz colocaba la fecha y número de captura en el lugar exacto que la volvía a liberar: *17 de julio de 1983, potrero San Ignacio,* por ejemplo. Por ello los oía decir.

—¡Si te digo que parecen mulitas de carrera!

Me acerqué, y me contaron todo.

La resignación del personal en no comérselas era llamativa según los informes que me hacía llegar papá.

—Carlos Pípolo te manda a decir que vio la número nueve en el potrero San José, ayer. Pero que el número se le está tapando por la tierra, y que Francisco la encontró dos días antes en el potrero San Ignacio.

Es así que con el correr del tiempo los empleados comenzaron a usar el "don Bernabé" decididamente conmigo. No sólo por lo de las mulitas sino, infiero, a raíz de sus preguntas y pedidos de descripción más detallada referente a la construcción de las balsas, el mangrullo en la periferia del monte, un refugio bajo tierra cerca del tambo, y lamentablemente, me hacían ruborizar cuando me pedían detalles del árbol que serruché y sobre todo, lo de la vaca lechera quebrada.

Transcurrieron miles de horas entre animales silvestres que templaban mi vocación; gustos y avatares cada vez más relacionados a las aves. Las revistas de la Fundación Vida Silvestre y la Asociación Ornitológica del Plata me presentaron un mundo distinto, conservacionista. Pero Alejandro, el hermano de mamá como dije, sentenciaba, acomodándose sus anteojos con orgullo de arquitecto, y vaivén negativo de cabeza:

—¿Acaso vas a vivir de los pájaros?

Y luego pasada una hora…

—La ornitología es eso, sólo un pasatiempo.

—Andá olvidándote de las aves o te vas a ver con los bolsillos vacíos.

Pero esta presión se contradecía en cierta medida por los regalos de historia natural que me hacía. Por ejemplo, cuando murió mi Tata Lanús, él continuó regalándome por años la gran enciclopedia de los animales en diez tomos, coleccionable por semana, que llegaba los días martes.

—*Gordo*, llegó la número 68, creo que trata sobre patos, leéla toda ¿éh? —me decía en una de sus visitas al campo los fines de semana, mientras me veía salir apurado hacia mi rincón de lectura favorito, totalmente agradecido, mientras le hacía un guiño a mamá.

"Gordo" era yo. Dos de mis tíos siguen llamándome así, por haber sido regordete y gordinflón hasta los diez o doce años. De ahí en más comencé a perder peso creyendo así llamar la atención de la ya nombrada Cecilia Gardey, ese amor imposible porque ya dije, jamás me llevó el apunte. Me fastidiaba mucho cuando nos venía a ver Alejandro, que

como profesional analizaba mis obras y luego decidía si mandarlas a suspender o no, explicándole a mamá sus razones. La vieja, generalmente le decía que sí sin transmitirme nada, pero una única vez efectivamente, cuando se iba a Saladillo donde él vivía, habló conmigo junto a papá, y me suspendieron un proyecto terminado.

Un fin de semana, me pidió conocer una balsa nueva, que reemplazaba la malograda de la laguna San Raúl, esa donde una vez casi se ahogó Sebastián. Impotente, no pude hacerlo desistir, y fuimos todos después del asado, ese que cocinaba papá frente a la vista de horizonte infinito de cara a nuestra casa. Bien abrigados, llegamos al puerto. Me surgieron dudas, muchas partes estaba deterioradas, los troncos demasiado embebidos y los alambres de ajuste, removidos. Sugerí que abandonara la idea, pero tampoco insistí mucho. Con espacio para uno y criticando su diseño partió fumando, por lo tanto, salió haciendo dos cosas a la vez. Obvio terminó en el agua pero con todo lo que tenía en el bolsillo, encendedor, billetes, documentos, reloj (no sé si sumergible).

—¡Ves Ana! —le gritaba a mamá desde el centro de la laguna—, ¡¡Tu hijo es un inconsciente!!

—Sí, pero él está en la costa y vos ahí adentro.

—¡Y además te reís! —seguía, porque no paraba nunca.

Los troncos fueron separándose lentamente mientras me gritaba si lo había engañado. Sus piernas formaron una "y" invertida y el resto fue inevitable, aguando sus posaderas primero. Por lo tanto, por un instante, había desaparecido de nuestra vista, partiendo la balsa en dos. Finalmente, quedó quieto allá lejos, con la cabeza al nivel de nuestros pies, únicamente sin mojarse los anteojos y la nariz. Luego de un rato dijo:

—Gordo, si seguís riéndote así, te la vas a ver conmigo…

En tanto, mi colección de libros ganaba espacio. Ornitología junto a centenas de títulos con temas gauchescos y equinos pertenecientes a papá. Los otros libros de la casa estaban en distintas bibliotecas, pero la de papá era como una catedral, para él supongo y seguramente para mí que necesitaba espacio para mis más apreciadas pertenencias. Tres

puertas anchas del piso a los dos metros, con sus vidrios biselados, cuatro niveles, y calculo que dos metros o algo menos de ancho. De cedro sobre cuatro patas. Cuatro garras de águila, con las escamas de la piel esculpidas muy suavemente, por algún antiguo maestro ebanista, apoyadas a su vez sobre grandes esferas de madera pulida. Descriptas así parecen de mal gusto, pero se veían bien (con el perdón de los coleccionistas de muebles).

Había obtenido su visto bueno para colocar mis volúmenes en un rincón adecuado. Pero yo no pedía permiso para seguir agregando mis nuevas adquisiciones, sino que desplazaba sus mejores títulos a segunda fila. Con el tiempo, los lomos antiguos de papá pasaron a un plano relegado, habiendo ahora muchos de temática emplumada. El cambio fue paulatino pero perceptible llegando hasta su ofuscamiento.

—¡Bernabé, pedí permiso! ¿Dónde pusiste a Paladini Palacios?

Hubo un silencio mientras hacía su escrutinio.

—¡Mirá donde está! ¡Te voy a matar!

—Pero dejalo Bilo —le decía mamá a papá—, ¿No ves que es su pasión?

—Sí, sí, pero Paladini Palacios es mi pasión también y vuelve a donde estaba. ¡Y vos Toto, dejas tus libros acá!

Ofendido y en términos no amistosos decidí mudar todo a mi cuarto. Justo al lado de mi escritorio, donde hacía algunos días había puesto un huevo de chingolo que esperaba ahí a ser descripto o pintado sobre papel. El escritorio consistía en una mesa de bridge, es decir, un cuadrilátero de un metro por un metro sobre el cual se estiraba un paño verde inglés muy lindo. El huevo nunca fue vaciado, por lo tanto, en un momento que lo rocé con el codo mientras acomodaba uno de mis volúmenes cerca, estalló.

Me llamó la atención el despotrique general en la casa, que sumado al incidente de la biblioteca, aumentó aún más el tenor de los humos que se respiraban aquel día. No fue un olor que me diera vuelta el estómago, ni me importó mucho continuar mis notas sobre la mesita, bautizada de esa manera. Aunque mamá la había empapado en detergente el hedor persistía, pero yo no lo notaba. Fue ese día cuando me di cuenta

que de mis cinco sentidos, uno estaba notablemente disminuido.

Esa fue la era en que comenzó la cacería de zorrinos.[1] Supongo que alteré aún más mi olfato, y sobre todo, ofendí recurrentemente al resto de mi familia, excepto a Regina tal vez, quién creíamos que directamente no tenía capacidad olfativa. Agarraba a los bichos de las colas mientras se defendían rociándolo todo. Fétido, muy fétido. Era cierto que una vez tomados del rabo no tenían opción a más, comprobé lo que decía el escritor William Henry Hudson, que un zorrino no puede arrojar ni una gota pestilente si es tomado de la cola. Pero atraparlos era otra cosa.

—¿Se acuerdan de la cacatúa que no me regalaron?
—Te dijimos que no…
—¿Puedo cambiar de mascota?
—No, ya tenés la cachorra *setter*.
—¿Pero no te interesa qué voy a tener ahora?
—¿Qué vas a tener?
—Un zorrino. Está decidido.
—Jamás vamos a encontrar un veterinario en Veinticinco de Mayo o Saladillo que haga esa operación Bernabé —dijo papá—, además, olvidate que vamos a ensuciar el auto con la peste que tienen; simplemente, olvidá el asunto, ¿está?

El primero lo agarré frente a mi familia; aclaro, papá ausente. No le di tiempo para que sacudiera la cola. Científicamente argüí a mi favor que se podía lidiar con esas bestias inofensivas si se las sabía atrapar. Un gran argumento de los míos, tratando de vender una idea que ya había sido vedada, ante los ojos de Eduardo, el mismo que años atrás mal acostumbraba a los caballos en el campo de los viejos y ahora frente a una horrorizada novia que nos visitaba de Buenos Aires. Pero al soltarlo el bicho se desquitó. Brown (el perro), con las patas de atrás hacía tracción sobre el resto del cuerpo flácido, refregándose los ojos y el hocico contra el césped como si la parte delantera del cuerpo la tuviese "muerta", con las "manos" usadas como esquíes y el anca parada para poder deslizarse con la cabeza pegada al suelo. Esto me impresionó

1 Mofetas.

ya que significaba que el ácido le había embadurnado los ojos y por lo tanto (según decía Hudson, por tradición familiar y todo el acervo de conocimiento gauchesco), el perro quedaría ciego.

Muchas veces intervine en la existencia pacífica de esos animales confiados, con la fijación de encontrar una zorrina con familia y llevarme una sóla cría. Mi intención era alimentarla y finalmente, convencer a alguien para que me lleve al pueblo y operarla. De hecho, ya tenía mi veterinario en Saladillo, quién lo intentaría según me había prometido.

Los perros, mis compañeros de aventuras y quienes descubrían en definitiva a los zorrinos en sus cuevas del campo, volvían malolientes de largas jornadas, las que yo estiraba aún más aprovechando que el sol y el viento eliminaban algo el efecto residual del olor. Lo insólito es que pensaba que el aroma les quedaba a ellos, cuando en realidad mi ropa había sido alcanzada. No podia ser de otra manera si hasta ese momento los tomaba con la mano hasta descartar que no tuvieran crías, luego liberándolos. Esto provocó un conflicto en el hogar, papá se enojó y entiendo que habrá sido incómodo dormir conmigo en la casa.

Atrapado otro, fue a parar a una caja de madera con ranuras de ventilación. O mejor dicho, lo encerré en una caja de manzanas, esas de madera de mala calidad, pero que para el caso venía muy bien. Su amansamiento era otra posibilidad si no encontraba crías. ¿Por qué no adiestrarlo?

—¿En cuánto tiempo un animal silvestre podría considerarse domesticado? —anotaba. No tenía otra opción más que amansar un zorrino.

Allí quedó encerrado, hasta el día siguiente, en la galería de atrás. Supuse que colocando un buen peso sobre la tapa no podría escapar, y las ranuras eran suficientes para que respirase cómodo, ahí en su nuevo hogar. Este ejemplar todavía no se había enojado, y al estar encerrado y no ver a los perros, todo marchaba bien. En la madrugada, la paz continuaba, a pesar de la exploración curiosa de Pípolo, a quien le tocaba encargarse del ordeñe de las vacas, y al llegar

de paso a la galería asoció la caja de inmediato a otra de mis capturas. La última había sido un hurón que se escapó. Esta vez, según me contaron, pegó un salto y huyó incrédulo. Seguí mi sueño en paz hasta bien levantado el sol. No tengo ningún problema en aceptar que mis madrugadas podían ser cerca del mediodía, en vacaciones sobre todo. Por ejemplo, esa noche me había quedado leyendo el segundo viaje del Quijote de La Mancha hasta muy tarde, y después dormí mis ocho horas obligadas. Cuando aparecí en la cocina mis hermanos me siguieron, esta vez hasta la mismísima Rosarito, la más chica de mis hermanas, si se exceptúa a Pili, Pilar, que dormía en la cuna.

Mis hermanos y el encargado del tambo que quedaba cerca de la casa eran los únicos que sabían lo que allí tenía.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me preguntó Gonzalo mientras Rosarito sostenía una de sus muñecas, curiosa (asomada detrás de Regina que la protegía).

—¡No sé, primero que nada voy a ver si está!

—Sí que está… —dijo Pípolo que se acercó apenas nos escuchó—, ¡Y tené cuidado con lo que vas a hacer porque eso que hay ahí es una bomba de tiempo!

—Si no hace nada, yo mismo lo traje de la cola y lo encerré ahí.

—*Avisaaa*! (un modismo muy de la cuenca del Salado bonaerense).

—Sí, es el segundo que agarro así.

—¿Qué? ¿No te *meó*?

—No.

—¿Tu papá sabe que tenés eso ahí? ¿Por qué no esperás a que vuelva?

—¡No! No le digas nada. Por favor —y lo miré a los ojos para descubrir si guardaría el secreto.

—Está bien, vos sabrás. Si estos animales alcanzan el ojo de una persona, la dejan ciega.

—De los perros no, me parece, porque Brown todavía ve bien.

—Eso es lo que crees *vó* (otro modismo típico, siempre originado por la falta de "s" en el plural del italiano, extrapolado por *tantos* a todas las "eses" finales del vocabulario español).

Me agaché, y no vi nada adentro, el sol estaba fuerte y la pupila se me cerraba.

—Qué, me va'ha decir que se te escapó, si yo lo vi hoy.
—No sé, pará que me fijo por atrás.

Puse mis ojos al lado de otra ranura más abierta, y recién en ese momento se me abrieron las pupilas por quedar a la sombra. Si bien aún no entendía qué veía, en un instante noté los ojitos dulces, negros y brillantes de mi zorrino, su pequeño hocico húmedo, y bueno, como buen zorrino se sentía su olor.

—Noooo, si se nota que *vo* no t*ené* olfato —dijo Carlos Pípolo.
—Le voy a poner un nombre, lo voy a llamar Tr……

¡¡¡¡Péch!!!! (se escuchó una escupida).

—¡Aaaaaaaaahhhhhhhh!—, comencé a gritar cubriéndome la cara con las dos manos.
—¡¡Me voy a quedar ciego, me voy a quedar ciego!! ¡¡¡Un médico, ayuda!!!

Pípolo desapareció. Nadie más supo que había estado ahí. Mis hermanas lloraban por lo que escuchaban, y mis hermanos corrieron a la casa para pedir socorro.

—Mamaaaá, Bernabé se quedó ciego. Vení, vení —gritaban asustados.

Mis ojos estaban bañados en fuego y ardor. Atinaba a ponerme agua, mucha agua de una canilla que tenía a un paso, y en mi desesperación entreabría los párpados para comprobar que no había pasado lo peor. Todo se veía borroso, no podía distinguir entre el verde del campo y la luz del cielo.

—¡¡¡Me estoy quedando ciego!!! —gritaba desesperado, mientras seguía restregándome los ojos con agua.

—¡¡¡¡¿Qué está pasando acá?!!!! ¡¡¡Que olor!!! ¡¡¡¡¿Otro zorrino?!!!!

—¡Perdón mamá, perdón, soy un estúpido, te prometo que voy a ver, no me reten, no le digas nada a papá!

—A ver, tranquilízate. ¿Qué sentís ahora?

—¡¡Que voy a sentir, me estoy quedando ciego y me duele!!

Y mientras le contestaba, seguía agachado chorreándome agua en la cara y sonándome la nariz. Agregué que me invadía un gran ardor, que me quemaba, pero que se me estaba pasando.

—Tratá de abrir un poco los ojos —dijo angustiada de lejos mientras se persignaba.

Lentamente volví a comprobar el estado de mi visión. No me animaba por miedo a la realidad. En un segundo pasó toda mi vida como en recuerdos, y todas las veces que había visto los flamencos con mi hermano, los cisnes de pupilas dilatadas, la belleza de Cecilia; y tomando coraje fui abriendo los párpados para ver a mamá con un pañuelo en la nariz a diez metros de distancia, todos mis hermanos lejos en el parque, y estallé en un:

—¡Veo, veo, gracias Dios! ¡Veo, veo! —y salí corriendo para pegar una patada a la caja de manzana y dejar libre al animal, que se fue al pastizal sin apurar el trote, todo gordo tipo barrilito.

Pero mamá, aquella niña Lanús educada en la ciudad aunque ahora inserta en el campo, madre y desesperada, prorrumpió en:

—¡¡¡¿Todavía tenías esa porquería de animal ahí?!!! Es la última vez que…bla bla bla… (pobres mis padres…)

El bicharraco se fue por el pajonal, y empecé de nuevo a patear la caja vacía cien veces de alegría mientras seguía gritando ¡¡Veo!! ¡¡Veo!! Y reía.

¡Los demonios de las pampas!

CAPÍTULO 8

Disfrutaba mis días en Ecuador, contando pajarracos y congeniando con la gente de La Segua. Lo mismo que me pasaba en mis queridas pampas pero todo el doble. El doble de aves. El doble de gente. El doble de calor y humedad. En tanto, mi investigación pasaba de participar de tan solo un censado de aves acuáticas, a pensar en realizar una publicación (librito) de la avifauna del lugar, un buen trabajo ornitológico de seis meses de duración, lindo por el tema y por los honorarios.

El presidente de los ecuatorianos por aquel entonces era un personaje. Y como tantas veces sucede, todo tiene que ver con todo. Los problemas políticos no tardaron en presentarse alterando el país. Inicialmente las noticias me eran divertidas por lo insólitas. Una manera de vengarme por todas las que había tenido que padecer en mi patria, pero como ahora no me sucedía a mí sino a los ecuatorianos, escucharlas era como que le sucedía a otro. Debo decir, una sensación muy despreocupada.

—Abdalá Bucaram, el presidente electo por los ecuatorianos —comentaban los periódicos y radios locales—, acaba de comprar un *Mercedes Benz* y un *BMW* con un cheque sin fondos

A los pocos días agregaban:

—La protesta de la concesionaria fue acallada con una amenaza que alguien se animó a revelar: "*Si lo hacen público les cierro las importaciones y no les dejo entrar un solo auto más en el país*", dijo el presidente.

Con tal sistema de gobierno a los pocos meses oía quejarse a sus detractores en entrevistas exclusivas.

—El presidente pudo cantar en público porque creyó que su voz

era agradable. Luego, editando un disco, superó en ventas a cualquier cantante conocido; muy simple si se obliga a cada funcionario del estado a comprar dos copias por decreto, descuento automático de sus sueldos.

O bien:

—El hijo del presidente festeja su primer millón de dólares luego de ser incorporado por su padre como director de la administración de aduanas a cinco meses de iniciar su gestión.

Más:

—El presidente Abdalá canta ante la televisión junto al presidente argentino Carlos Saúl Menem.

No hay que decir más para entender la situación que encaraba el país. Pronto se agotarían los fondos para continuar los estudios en La Segua. El "Programa Regional de Recursos Camaroneros" dependiente de la presidencia, y la bióloga responsable de mi proyecto, no pudieron responder a sus promesas de pago. En definitiva esos pagos, averiguado un poco más, eran sucres que me daban no como sueldo sino como viáticos, que felizmente me alcanzaban para ahorrar y comprar dólares. Nunca me pidieron ningún recibo. No digo nada al respecto, estas situaciones se dan en nuestros países de Sudamérica, y la verdad mis empleadores hacían un esfuerzo para juntar los honorarios que me pagaban. Ante la forzada cancelación del proyecto, entregué en tiempo y forma el censo, pero el resto de la información para publicar el libro quedaba de esta manera truncada y dispuse mi *currículum vitae* urgentemente en nuevas instituciones, en lo posible que no tuvieran que ver con el gobierno nacional. Mis notas de campo habían quedado allí, en mis libretas, por si alguna vez pudieran utilizarse. Y olvidé a regañadientes la cuestión, porque el trabajo para hacer era muy de mi agrado, pero felizmente ahora en peor situación que yo, valga el chiste y doblemente en sorna, estaba el presidente Bucaram con sus bigotitos tipo Adolf, tratando de desmentir frente a cámaras varias situaciones que se sucedían.

—En el jardín de mi casa no tengo enterrado ningún tanque

cisterna de esos que se usan en las estaciones de servicio.

—¡Niego totalmente que ese supuesto tanque sirva para guardar dinero por falta de espacio en mi casa!

—¡Todo ese dinero no es ilegal!

El sistema imperante en la sociedad era el de la no ética, o el de la ética distorsionada. Qué está bien o qué está mal en gran medida la población no lo cuestionaba. Ojo, no digo que en otros países no pase lo mismo, pero me refiero a la situación que yo vivía en esos días.

Mi ex compañera de campo, la bendita Leticia, bióloga responsable del proyecto, en un momento de ausencia mía por ir a comprar a Quito un equipo de escalada (arneses, mosquetones, sogas), graduada en la facultad de biología, universidad del estado, donde esa ética que comentaba no se comprende o no se practica… robó mis notas de campo. Pero no se las llevó, las fotocopió.

—Leti, ¿te puedo dejar todas mis cosas en tu casa mientras estoy en Quito?

—¡Claro argentino! ¿A Ud. sí que no se le despega el tono de su país, no?

—Y qué querés que haga… —le contestaba riéndome, feliz de estar de nuevo bien, en nuevos proyectos, uniendo pasión y trabajo en una misma canasta.

En varias ocasiones me había tocado instruir sobre ética profesional, siempre en conversaciones informales entre colegas, no del todo comprendidas. Uno de esos días, a mi regreso, estaba Leticia en una reserva cerca de Guayaquil donde a veces trabajaba como guía, y discutíamos todos sobre la utilización de los datos científicos y el modo de citar las fuentes de información dentro de los informes y artículos. Traté sobre el uso de bibliografía, siempre y cuando se entienda por ello la información publicada en cualquier medio (impreso o digital), o en su defecto, cómo citar adecuadamente datos pasados a una persona como una comunicación personal verbal (fulano de tal com. pers.), por escrito (fulano de tal *in litt.*), etc.

Me sorprendió que no tuvieran una verdadera noción del

tema. Les pregunté si en la facultad de biología de Guayaquil (aclaro, siempre refiriéndome a esos años), no tenían una materia sobre ética, o en su reemplazo, si no tenían que presentar sus tesinas de grado (licenciamiento) adaptadas al protocolo que utilizan todos los biólogos para publicar.

—¡¿Pero qué protocolo?! ¡Protocolos hay para poder pasar sin estudiar!

—Pero sí Bernabé, que inocente es Ud., de qué protocolos estamos hablando si muchos de los estudiantes que fueron compañeros nuestros pasan sobornando al profesor. Todo es un relajo —sumó el más veterano.

—¿Qué hicieron? —pregunté.

—Y, está el caso de Ulises, que iba borracho a clases ¿Se acuerdan?

—¿Qué hacía? —insistí.

—¿Que qué hacía? Lo que hacemos todos, llevarnos un buen aguardiente para que se pasen bien las horas en clase. Así es más relajado.

—¿Vos me estás cargando…? —le refutaba.

—No, no es chacota, a veces, especialmente los jueves y los viernes, es normal que un grupito esté tomando en clases.

—A ver. ¿Y lo del soborno?

—Bueno —dijo Leticia—, no sé qué tanto preguntas. Ahí estás pintando como argentino "don Perfecto", haciéndote el purito. Un soborno es por ejemplo dejarle cuatro llantas nuevas al profesor antes del examen final, en el patio de su casa, y que sean exactas a las que su modelo de auto necesite… Y le avisas antes que te tome examen… un regalito como para que no se ponga duro. Así hizo Ulises Gutiérrez. Claro, él tiene con qué pagarlo, pero nosotros tenemos que estudiar. Así hay muchos en la facultad…

En lugar de hacerse silencio, todos se rieron.

—Bueno, será gracioso para ustedes, pero la verdad, me dejan sin palabras.

—¿Qué no puedes creer Bernabé?

—Que se rían de una cosa así…, es inadmisible, por parte del alumno y por parte del profesor.

Giró la conversación acerca del tema un buen rato, y de pronto, me preguntaron qué es plagiar. Mi sensación era la de estar hablando con chicos de nivel secundario, pero eran biólogos recibidos. Sabían el concepto en puro pero no con un ejemplo.

—¿Plagiar? Pues tomar un dato que no es de uno y publicarlo como propio.

—Ahh, ¿entonces yo te plagié? —respondió mi queridísima Leticia, y continuó diciendo—, o mejor dicho, no te pude plagiar porque tu letra es ilegible querido —y rieron todos.

—Es que este argentino —continuó, y en ese momento miró a todos con cierta indignación—, ¡tiene una letra desastrosa! Porque es zurdo. ¡El profesor Min Guang de la cátedra de vertebrados no podía entender qué había escrito este personaje, excepto los nombres científicos, nada más! ¡Y aun así con dificultad!

Y de nuevo rieron todos.

—Leticia, ¿quién es el profesor Min Guang? ¿Acaso lo conozco?

—No —me contestó con el más absoluto desparpajo, continuando su conversación sobre el tema.

Quedé aturdido pensando qué había pasado. Le pregunté en privado. Me contó que en mi ausencia había sacado fotocopias de mis libretas de campo para preguntarle al profesor si dentro de mi información había algún dato de mayor interés según el conocimiento que él tenía de la región. Consternado, pero disimulando mi sorpresa, traté de averiguar si había malicia en su forma de actuar.

—¿Y? ¿Encontró algo nuevo el profesor?

—No, excepto un ave que no puede ser porque no está citada para el Ecuador, seguro una confusión tuya, dijo.

—Mirá… mandale saludos al profesor y decile que lo quiero conocer. Con respecto a la especie nueva, lo es, es una primera cita para Ecuador como te había mencionado antes, efectivamente. Con respecto a vos…veo que no tenés arreglo… Te propongo que el libro sobre La Segua igual lo hagamos *ad honorem*. Supongo me espiabas curiosa por saber cuánto más tenía guardado para el libro de las aves de

La Segua ¿no?

Asintió con la cabeza.

—Bueno, allí incluiremos todos los datos que obtuvimos, y cuando aparezcan los fondos para su publicación, algún día cuando a este loco del presidente lo destituyan, se publicará. Pero por favor, no necesitabas robar la información, simplemente me la podrías haber pedido y me hubieses contado que querías mostrársela al profesor, mi amiga…

—¿Tu amiga?

—Una manera de decir Leti…

Y así se hizo.

Pero habría de esperar una situación agravada por parte de otro profesional, que en este caso traspasaba las fronteras de Ecuador.

El director de una prestigiosa institución conservacionista local (en la ciudad de Guayaquil, prefiero no dar nombres), me había conocido varios meses atrás trabajando con los ingleses. Había escrito un proyecto para ser ejecutado a lo largo de medio año, con el fin de conocer la ecología de unas palomas endémicas en el bosque tumbesino de Ecuador, la *Leptotila ochraceiventris*, en grave problema de extinción.

Estadounidense de nacimiento y con formación profesional, formal y ordenado, confié en su buen tino sumado a sus modales corteses y buena reputación como director de una reserva ecológica privada. Típico exponente de su tu tierra por sus ojos azules, cabello rubio y acento californiano en su ya buen español, era especialmente amigo de un hijo de irlandeses que yo también llegaría a conocer bien, Michael O´Connor, otro ingeniero forestal de su país. Los dos habían sido miembros del Cuerpo de Paz y hacían buenas migas, a veces me participaban en los almuerzos del mediodía. Descansé mi intelecto o mejor dicho, mi lógica global con ellos, pudiendo intercambiar tanto cultural como amenamente la libertad de criticar o admirar sanamente lo que estaba bien o mal en el querido Ecuador, que a veces nos asfixiaba. Esta situación es normal, debo justificarme, como extranjeros que

éramos, pero sin ofender a alguien, pues en esas situaciones nadie nos escuchaba.

Acepté el trabajo, justamente remunerado, especialmente por pagárseme en dólares, moneda con la cual en aquellos días podía intercambiar por muchas más cosas que en cualquier otro país de la región. Un apretón de manos me bastaba como acuerdo si la mirada a los ojos era sincera, y así fue que hice, sin más, porque contrato para firmar "no habría". Un semestre fue el tiempo establecido para entregar el reporte final, y por estar cerca de la temporada de reproducción de la especie, debía apurarme a ingresar a las montañas boscosas de la reserva.

Pero, acá aplicaba lo que le decía el viejo paisano Sánchez, valiente y curtido domador, a mi padre en los pagos de Saladillo, cuando le respondía.

—Mire Bernabé, yo no me caso con mi señora porque si me caso, manda ella.— Así, Sánchez no formalizaba una sociedad.

Aquel día festejamos el cierre del contrato tácito por más que lloviera, yéndonos a comer a un buen restaurant de Guayaquil, una forma simbólica de comenzar el buen acuerdo.

Por regresar tarde, la reserva estaba cerrada como era costumbre debido a su proximidad a la gran ciudad. Para el director era más fácil llamar por radio a los guardias, pidiendo cinco minutos antes de entrar le tuviesen abiertas las puertas. Por una cuestión de seguridad la casilla y su barrera de ingreso no se exponían frente a la carretera, en el portón de entrada propiamente dicho, sino doscientos metros adentro, donde vigilaban bajo techo especialmente ese día que llovía. El empleado nos esperó empapado sin paraguas, paciente. Se podría haber evitado hacerlo mojar así abriéndola cualquiera de nosotros tres, porque llaves del candado no nos faltaban; pero allí estaba el pobre por orden de su jefe. Por decencia correspondía esperar a que cerrara las rejas y subiera con nosotros, o aunque sea llevarlo en la parte de atrás de la camioneta. Pero lo dejamos solo en la oscuridad, con gran chaparrón, recorriendo el trecho largo hasta la caseta, con gran vergüenza mía, porque además de conocerlo era mi guardaparque guía. Tal "comienzo luego del comienzo"

me dio mala espina.

Me llamó la atención, días después, que se firmara el contrato con los donantes sin prever mi presencia. Se suponía que no había contratos que firmar, pero por lo visto en una esfera superior era necesario. Con varias instituciones conservacionistas internacionales acordó sumas y totales.

Un día sucedió que leí la copia del acuerdo luego de solicitarlo varias veces previo a mi partida al corazón de la reserva, sin resultados. Fue cuando ya vivía en carpa, en un valle boscoso, muy profundo entre los árboles y quebradas, tan cerca de la planicie de Guayaquil y al mismo tiempo tan salvaje y alejado en las montañas, a varias horas de caminata de las oficinas de la reserva. Este tipo de historias que vaticino aburren a cualquiera por ser todas iguales, pero a mí no me ocurrió igual, porque me generó una gran sorpresa. En los términos del contrato decía:

—"…la duración del acuerdo llevado a doce meses…"

—¿Cómo? —pensaba.

—"…el honorario de seis meses del Sr. Bernabé López Lanús prorrateado en doce meses…"

—¡¡¿Cómo?!!

—"…el abono del primer honorario concluido el primer semestre"

—¡¡¡¡¡¿Cómo?!!!!!

Todos puntos muy bien indicados a los contadores, pero lamentablemente muy diferentes al día que hablamos y cerramos en un "sí, quiero", y entiéndase por ello, como analogía, lo que decía Sánchez, el domador del Saladillo. Así, yo no había firmado nada, dirigía él.

Disponer de una persona en esos términos sin consultarla linda con la demencia, o el esclavismo. Me inundé de rabia pero no podía devolverle una carta de protesta hasta que me encontrara con él ¿La razón? Había hallado los primeros nidos de las palomas de vientre ocráceo y no quería dejar a mi asistente sola en el inicio del estudio. En adición a mi incertidumbre, sólo veía a un par de guardaparques una vez a la semana al proveerme de alimentos, haciendo la comunicación aún

más elongada.

Según contestó verbalmente por medio de un tercero que me visitó, le cayó mal mi posición de negarme a trabajar por un año con la misma paga de seis meses. Además, no sabía darme una respuesta a cómo podía suponer que yo disponía de medio año más sin consultarme. Pero como ya había dado mi sí, ahora mandaba él, sobre la base de que ya me habían presentado en conferencia de prensa como el ejecutor del proyecto y además ya estaba allí en el valle, con muchas personas comprometidas con el trabajo, todos amigos. Por otro lado había efectuado gastos a cuenta y a título personal para asegurar el mejor estudio, como por ejemplo la compra del equipo de escalada y los flamantes elementos de camping.

—Qué se yo… —pensaba— este lugar me gusta, es lo que quiero. En Buenos Aires tuve una casa y todo lo que necesitaba para ser feliz, pero vacía y sin la compañía que quería, o lo que es peor, que fue y ya no es. En este sitio ya no me falta ese amor que no fue, y por lo visto jamás será.

El bosque era maravilloso, la gente con la que trataba también, muchos de ellos formándose al realizar conmigo sus pasantías como futuros biólogos (todas bellas, en realidad no se anotó ningún pasante masculino). Pero aun así, en mi interior luchaba por hallar paz en mi situación laboral.

Cuando digo que el bosque era maravilloso, lo que más me gustaba venía al final del día en el campamento, los días en que a veces me quedaba solo. Las provisiones las elegía yo. Para el mediodía, durante todo el estudio había pan lactal cuadrado, mayonesa, lechuga, tomates, jamón y queso. Y por las noches: "papas fritas a la Bernabé." Para hacerlas se necesitaba una olla de aluminio grande, fósforos, una vela de cebo, dos litros de aceite, un cuchillo, tres huevos, salsa de tomates tipo ketchup, dos tenedores, un plato, sal, leña poderosa y cinco papas bien grandes. Su cocción presentaba tres momentos álgidos. Primero, que el fuego fuese de leña tipo quebracho, de un arbolito seco que encontré tirado inocente y que duró para todo el estudio de lo que tanto rendía; esa leña que si no se apaga mojándola sigue en brasas hasta

el otro día. Se prendía rápido sin dificultad con una vela, que al ser de cebo y no de parafina, genialmente encendía el fuego como por arte de magia. Era un gran combustible, y las llamas enseguida se hacían altas encendiendo las ramas. El segundo momento, era ver que la cacerola desaparecía entre las llamas, encendiéndose inclusive el aceite sin poder ver la comida. Allí perdidas dentro de la fogata, sabía cuándo debía decidir que las papas ya estaban casi listas. Y el tercero, cuando las papas cortadas en bastones y con cáscara, que llenaban toda la olla hasta arriba igual que el aceite hirviente, recibían los huevos que por gravedad y densidad corrían para abajo como en columnas de dos colores, blancas y amarillas, apenas llegando al fondo del cacharro. Al bajar el fuego, sólo me bastaba hacer palanca con dos tenedores y sacaba un cilindro translúcido de papitas entreveradas que quedaban como una torre tubular sobre el plato. Con sal y salsa, eran mi deleite y también el de todas mis huéspedes, cuando estaban. El ingrediente que me falta contar, es el placer de hacer esto cada vez que quería, ellas y el fuego eran los amigos que necesitaba aquellos fines de semana en soledad. Raro.

Pero hay más. Una noche de esas, tomándome todo el tiempo del mundo para tal opípara delicia, a sabiendas por los guardaparques que un puma o un jaguareté había matado una mula en aquel valle, sentí a mis espaldas que alguien más estaba dispuesto a comer, y otro más a no ser comido. Me quedé duro cuando escuché la persecución muy cerca mío. Un venadillo tosía rítmicamente al correr desesperado por su vida, y algo enorme lo perseguía haciendo volar el piso del bosque con hojarasca seca y gran ruido. En un instante la presa fue abatida con poco sonido, pero pesar, al caer. Se sintió un gruñido, y luego que arrastraban al animal lejos hasta hacerse de nuevo total silencio.

—Si es el jaguar, ya hambre no tiene. Yo con mis papas fritas y él con su venado— pensé. Y volví a comer sin siquiera haberme levantado del tronco donde me sentaba a diario.

Un momento sublime y místico.

Mejor mirar menos para atrás, “por las dudas”. Me encontraba en un bosque de ensueño, donde si hasta esa fecha no había sido atacado, ya no se me atacaría. Sentía que no había nada que temer. Allí vivíamos

los dos. Yo no lo conocía a él, y esperaba que él tampoco a mí. Al menos no de frente. Y así es como la intranquilidad laboral a veces se olvidaba, disfrutando mi trabajo, aunque el problema subyacía.

—En qué mundo estamos que terminando el milenio, en ciertos niveles con educación y principios, pudiese alguien tratar de…, no sé cuál es la palabra justa, la más adecuada que se me ocurre es "timar" a un par —le decía a Diana, el alma más cariñosa que me acompañaba a veces tiempo extra en la soledad del monte.

No voy a cansar a nadie contando el desgaste que sufrí, porque repetir la situación a lo largo del tiempo me hace culpable por aceptarla. Sólo puedo decir que tenía tiempo y le presenté batalla. Este señor no se esperaba mi personalidad sumada a una característica que todos los de mi patria tenemos; tan diferente a la de "agachar la cabeza".

—Si no se sincera con los donantes y les cuenta lo que acá está pasando, todo se sabrá y con toda la tranquilidad el mundo —le escribí.

Una vez comenzado el desgaste diplomático que, como en todas las escalas de la vida, es tal desde el nivel de la geopolítica entre naciones hasta entre dos personas minúsculas, me dijo:

—Bernabé, Ud. continúe que yo le pago todo junto… —y me ganó la pulseada por cansancio.

Un buen día, los seis meses se completaron. Correspondía realizar un informe después del cual esperaba, de una buena vez por todas, se me abonara.

—Se le abonará lo suyo siempre y cuando nos entregue un informe total tomando los datos extras que otros asistentes obtengan en el próximo semestre.

—Ud. —continuaba—, debe presentarme un reporte final acabado con sus datos obtenidos, y luego esperará a cobrar. He cumplido en cuanto a que trabajaría un semestre. Pero cobrará luego de completado el año. Ahora ¿dónde piensa vivir? Pues Ud. de acá se va.

—Muy buen español el suyo… —contesté irónicamente,

siempre con buenos modos claro está, aludiendo a lo rápido que se le había pegado la última "frase hecha", probablemente estudiada.

—¿Los donantes esperan seis meses más para recibir el informe final? —inquirí.

—Déjeme a mí los donantes, ya está todo arreglado. Mucho gusto, nos vemos la próxima semana.

—A ver…

—Ya está todo hablado Bernabé, espero su informe en una semana.

—¿Un informe acabado con todos los datos?

—¿Y si no, qué? Pues claro está, con todos los datos que Ud. incluyó en sus informes parciales, pero esta vez como prometió, con formato final.

—Y dentro de seis meses, el informe que entregues a los donantes ¿qué más tendría?

—¿Por qué pregunta?

—¿Tendría mucho más sin un biólogo dedicado a recabar datos? ¿A quién piensas poner en este tiempo que viene?

—Diana podrá cubrir tu lugar.

—Tendrás mi informe, pero deberás pagarme el total de mi trabajo a cambio.

—Ud. no me impone nada Bernabé.

—Son negocios, si no hay dinero, no hay informe final. Arréglate con los informes parciales, y con los donantes.

Más allá de esto estaba mi nombre, no sólo el mío sino por principio, el de mi familia. Y el apellido "no se toca". En cierta manera la temporada de cría ya había finalizado, la que más datos biológicos genera, y el nuevo biólogo designado no acumularía tantas notas como para rehacer de base mi informe más reciente, esto lo sabía por la confidencialidad que tenía con Diana, a la cual conocía de pies a cabeza. En fin, me tocaba esperar la decisión del director. Mientras terminaría mi informe según el plan original, medio año atrás.

Me disponía a abandonar la reserva, con todos mis pertrechos consistentes en una mochila grande y otra de mano. Fueron seis meses muy locos, donde había visto el asfalto sólo durante dos periodos de tres días. Mi espíritu estaba en equilibrio, sin novia y muchos amores

pequeños. Mientras me subía a la camioneta de un gran amigo, esta vez manejada por su chofer, vi de nuevo la silueta del californiano que nos paraba.

—Recuerde Bernabé que Ud. tiene que dejarme sus libretas, son propiedad de la reserva.

Ética.

CAPÍTULO 9

Me enviarían a estudiar el ciclo secundario al pueblo más cercano, separándome de la casa, los hermanos, mi mundo y el calor de hogar. Era mi destino, y el de cualquier adolescente que viviera en el campo, cuando nuestros padres decidían enviarnos a estudiar. Esa situación no era nueva, era sabida y sobre todo, recaía como un manto de tristeza en el sentenciado. Yo.

Un mundo nuevo, en cierta manera alejándome de las lagunas, binoculares y libretas de campo. Abandonaba la pequeña escuela rural de quince alumnos y dos aulas, donde los grados estaban separados no por paredes sino por mesas. Daba angustia pasar a la urbe y media manzana repleta de pizarras, laboratorios, gimnasios y trescientos personajes nuevos de todas las edades con uniforme reglamentario, códigos diferentes, malicias distintas. Tenía una ventaja: parte del nivel primario lo había cursado en ese mismo colegio, el Colegio de Hermanas, hace años mixto, cuando vivía del lado de Saladillo. Había hecho el jardín de infantes y cursado hasta quinto grado, no era una cuestión de miedo. Mi drama era dejar mi corazón pampero y las últimas vacaciones libres, sopesado ante el análisis del porvenir en contraste con el pasado. Me venía a la mente todo lo que me ataba a la familia. La argumentación de mis padres en cómo era mejor cursar mis estudios a treinta kilómetros de distancia y no a doscientos, en Buenos Aires, así sea viviendo con mis abuelos. No percibía mucho la diferencia entre estar ausente de casa toda la semana en un sitio (Saladillo) u otro (Buenos Aires). Y protestaba.

—¿Por qué no me mandan al San Agustín, como mis tíos?

La educación en Buenos Aires era ventajosa, por supuesto, pero no podía convencer a mis padres. Sin que pudiese defenderme, en lugar de ir a vivir en la casa de mis abuelos, donde estaba invitado, lo haría en pensiones, esas casas de señoras viudas que alquilaban un cuarto para estudiantes chacareros. No me gustaba nada. Por otro lado, todos los

sucesos vividos en casa, millares, me hacían querer evitar echar raíces en otra parte. Tenía nostalgias antes de vivirlas, un temor profundo no asumido en aquellos años, no hablado, ocultado para que se me olvidara. Probablemente un trasfondo psicológico importante. No sólo mío, sino de mis padres. Y de allí que era mejor que me fuese cerca, y no lejos. Una vez, mucho tiempo atrás, casi fui separado también de mi casa, por motivos diferentes, pues tenía menos de cuatro años de edad. Me venían a la mente los relatos de un accidente, del cual todavía tengo cierta cicatriz en la frente.

Habíamos salido tarde del pueblo, de noche, y voy a describir lo que me contaron, que con tanto cuidado almacené en mi memoria porque estas cosas duelen. Los padres se quiebran al recordar, sienten culpas, las tengan o no y prefieren callar para no provocar lágrimas, con lo cual fueron raras las ocasiones en que se abrieron y comenzaron a hablar, para luego olvidarlo lo más que pudieron. Sucedió una vez, como tantas otras, donde regresaba a La Querencia con "mi papá" desde Saladillo. Era mío, desde ya, a pesar de tener uno o dos hermanos más, privilegio de ser el mayor y tan prontamente destronado. Y me llevaba a todas partes siempre que podía.

Tal vez debido a que mamá aumentaba su ansiedad por quedar sola en el campo o por el propio apuro de papá, regresábamos rápido. Teníamos una Estanciera blanca. Para aquellos que no la conocen, es algo así como una camioneta o jeep cerrado, todo terreno, muy característico entre los que teníamos campo. La ruta asfaltada estaba invadida por ganado, unos cinco o seis novillos aturdidos por los faros del vehículo. Según contaba el viejo, pudo esquivarlos a todos logrando no volcar. No vio si había más. Superado el susto y sintiéndose aturdido volvió a acelerar, pero un animal más se le cruzó y al dar el volantazo el vehículo dio varias vueltas volcando por la ruta. Sin cinturón de seguridad, porque en mil novecientos setenta y dos en la Argentina no se imponía, volé por la ventanilla o la puerta abierta y caí en una cuneta inundada, inconsciente. El animal quedó muerto a un costado y la camioneta en otro. Papá logró no ser despedido al sujetarse del volante, pero cuando todo pasó, no me encontró. Sin luna y en la soledad de la carretera me buscaba gritando. Caminaba en círculos con las costillas fracturadas. Desesperado guardó silencio un momento, tal vez porque me oyó o tal

vez para oírme, no se acuerda. Sintió un tenue burbujeo de respiración. Se acercó a tientas mientras se le acostumbraba la vista a la oscuridad. Y me encontró. Estaba boca arriba, con la cabeza hundida en el agua hasta la altura de la nariz, sin dientes, con la cara hecha pedazos y los pies en lo seco, uno fracturado en dos partes (tibia y peroné a la misma altura). Con borbotones de sangre también mezclada en mis pulmones me sacó a tiempo antes de ahogarme. Lo que él no sabe y se lo digo por primera vez por este medio, es que si bien casi me mata sin quererlo por apretar fuerte el acelerador, también me salvó la vida. Tiene culpa de por vida por lo primero, supongo, pero también por nuestra unión especial para siempre, por ser padre e hijo y salir de esa aventura juntos. Y no es poca cosa…

Ahora era la primera vez que me impelían a salir de la casa, a un sitio que no quería, y ello dolía. Convirtiéndome en un solitario algo triste con mucho matiz de rebelde. Si existía algo para aborrecer, que se llame estudiar. Estudiar obligado lo que no me importaba estudiar. Se me ocurría pensar en cómo no existía un sistema de educación secundaria especializada en aves.

Esto me da vergüenza contarlo, pero en un momento, pocos días antes de que me enviaran al cadalso, cuando era evidente que las vacaciones se habían terminado, estando con los brazos apoyados sobre una tranquera cerrada y mirando el lejano paisaje, me distrajo la silueta en vuelo de un chimango; una rapaz chica de color mayormente marrón, que vino a verme curiosa, sin susto porque sabía quién era. Cuando dejó de darme un saludo con su típico chillido que le da el nombre, lo miré a los ojos y le dije en voz alta:

—Si en este momento de mi vida, por un acto de magia, pudiese cambiarme por vos, pájaro libre, tú en el colegio y yo volando en la cuenca del Saladillo, lo haría…

Así de asustado estaba y así me despedía, dejando apesadumbrado ese amor que jamás osé pronunciar en vos alta y el cual jamás confesé, comentándolo sólo con mis dos hermanos.

Desde que comencé los estudios en el pueblo mi educación fue

repartida entre lo impuesto por los programas lectivos por ley y la práctica de la ornitología con lo que tuviese a mi alcance, de manera autodidacta. Esta modalidad disminuyó mis notas, que eran únicamente suficientes para pasar de un año a otro. Algunos conocidos, como compañeros de clase, estaban monitoreados por sus padres más o menos de cerca, siguiéndoles los pasos a diario y sin licencias para desviar sus estudios. Pero conmigo, lejos de mi familia y con una interpretación de la libertad diferente, esto no sucedía. Esta aversión por la disciplina y lo impuesto me acompañaría por décadas. Con esto puede llegar a interpretarse que me refiero a mala conducta o desenfreno con mis compañeritas de banco, pero no, todo lo opuesto. Me refiero a la rebeldía de pensamiento ante la imposición del paradigma cultural de esos años. De relativizar axiomas de pensamiento. De todas maneras, estaba consciente que disfrutaba o cargaba mi vida según el caso, ornitología o "estudios del aburrimiento", como decía yo, con las imposiciones de la opción, lejos de la elección.

Este sentir, reconozco que en menor medida, pero que ya me pintaba entero, venía de varios años atrás, cuando vivíamos todavía en La Querencia y llovió en la región toda la noche a ritmo parejo y abundante.

Según comentaba agitado mi padre a la madrugada del día siguiente, habían caído doscientos milímetros en doce horas. Era mucho más de lo que podía absorber nuestro suelo ya húmedo de por sí, caracterizado por su geografía de ríos lentos, planicies sin fin, y un drenaje exiguo repleto de lagunas o bajos. Todo era agua hasta la tranquera de la entrada principal. Habíamos quedado aislados del colegio. Obsérvese: no de las fuentes de energía como el gas o combustibles, comida y correspondencia, sino "del colegio". Ese mar brillaba abundante hasta donde hacía poco tiempo se andaba por suelo firme. ¡Y fui feliz! Primero se movilizó el ganado a niveles más altos y secos. La casa estaba en la lomada, por lo tanto lejos de las napas emergentes aunque comenzaba a notarse la humedad en los pisos. Papá rumbeó de a caballo hacia lo de unos vecinos, los Di Santi, mojando la panza del equino hasta la altura de la montura. No sabía que intenciones llevaba.

Volvió arriba de un tractor, trayendo atado y al trote a su caballo y una yegua que no conocíamos. Engancharon el auto al tractor (la

Estanciera había sido destruida y nunca quisimos otra) y lo arrastraron con agua hasta la altura del volante, bien despacio, desparramando líquido como las lanchas. Consternado, entendí. Para estacionarlo cerca de la ruta. Así asegurarían una vía de acceso para nuestra educación, reaprovisionamiento de alimentos y seguridad general en contacto con el pueblo. Así las cosas, todavía no sabía cómo podíamos a diario dejar nuestra isla y volver.

—¿Y la yegua para qué es?
—Es una yegua de tiro —me decían.
—¿Para?
—Ya verás…

A papá se le ocurrió volver a ser de campo como nuestros ancestros antes de la aparición del "automóvil". Había un carruaje viejo por ahí. Y de allí lo de la yegua recién llegada, adiestrada como "animal de tiro." Durante meses el agua no escurrió, y el clima fresco de otoño pasó al frío de invierno. Todas las mañanas salíamos madrugados en *sulky*[1]. La escarcha era aplastada por los primeros pasos del trote gentil del animal, pero hasta aguas más profundas no dejaba de salpicarnos las caras ateridas por el frío. Era novedoso al comienzo, pero se hizo eterno con el pasar de las semanas. En principio, llegábamos al pueblo mediante tracción a sangre, al menos en la primera parte del trayecto, y esto nos dio el perfil de alumnos afamados. Un día diferente, partimos más tarde para participar de una de esas fiestas patrias donde debíamos actuar en el colegio, un 9 de Julio. Pedí no sentarme en la parte de atrás del *sulky*. Me intrigaba viajar con mis hermanos adelante, inclusive para apreciar los pasos del animal y verlo desde esa perspectiva: como alto y desde atrás.

—Mirá Bernabé que se hace tarde. ¿Justo hoy querés cambiar de lugar? ¿Qué tiene de malo donde viajas siempre?
—Ustedes ven el paisaje de frente, yo de atrás, usado. ¿Puedo sentarme adelante alguna vez?

Mis padres pensaron que sería un inconveniente, pero por lo

1 Carruaje de dos ruedas tirado por un sólo caballo.

visto Gonzalo quería ir con Sebastián atrás, así que el canje fue rápido. Un *sulky* consiste en dos ruedas, una caja elegante con asientos y techo plegable. Dos varas, para que vaya un solo animal en el medio, que tira de él y pueden viajar dos personas mirando para adelante o tres si le hacen suficiente espacio. Dos chicos sentados en la caja de madera a sus pies, donde se podían guardar muy pocas cosas y en la parte de atrás, detrás del asiento y del capote, había una tabla horizontal para poner cajas, o en ese caso, mis asentaderas y las de Sebastián y así se hizo desde el primer día, una forma de evitar las peleas que yo tenía con Gonzalo, el "hincha de mi hermano".

Papá estaba fascinado con la situación de ir a la madrugada a buscar el animal, ponerle todos los pertrechos, ajustar el *sulky* y partir a la aventura. Mamá, tan de ciudad como papá, no sé qué pensaba del asunto y nosotros lo tomamos como lo más natural del mundo.

Así arrancamos ese 9 de Julio, con las mejores ropas de nuestro uniforme, saliendo hacia la chacra de los Di Santi donde nos esperaba el auto. Iba pulcro y preparado para actuar en las representaciones que haríamos ante todos los padres; es decir, algo nervioso. Me concentré en los vaivenes del anca del animal para observar como cambiaba del tranco lento al trote y disfrutaba de ver cómo pasaba rápido el camino por debajo nuestro hacia la laguna que debíamos atravesar. Antes de llegar al agua noté cómo papá manejaba mágicamente al animal, con esas riendas largas, mientras emitía besos ruidosos en el aire para indicarle mantener el ritmo. Comencé a sentir un sonido que iba más allá de los cascos contra el suelo, el roce de cueros y arneses o el chirrido de las ruedas de madera contra el eje. Lo sospeché como cloacal pero no podía ser. La cola comenzó a levantarse con cierta gracia por las crines largas y cuando llegué a enfocar el esfínter de la bestia vi una perdigonada líquida transformada en lluvia de diarrea verde que el animal expulsaba al ritmo del trote. A cada zancada veloz una rociada más, hasta extinguirse poco después, bajando la cola de nuevo. Difícil evitar que me entrara mucho de todo aquello por el cuello de la camisa, aun estando apretado por la corbata y definitivamente, la carcajada fue humillante hasta el día de hoy, cada vez que se recuerda. Aun así, volvimos al casco, me cambiaron, e igual fuimos al colegio. Por lo visto ni vivir en una isla con ese tipo de accidentes cambiaba las cosas; el

colegio era una realidad de por vida.

Pero algo más hizo que naciera el aborrecimiento por la educación y tenía que ver con los horarios lectivos. Entrar al establecimiento a las siete y media de la mañana significaba madrugar. Mucho más que el resto del alumnado que vivía en el pueblo. Considerando la necesidad de atravesar tantos kilómetros hasta llegar a Saladillo, se hacía necesario levantarnos por lo menos dos horas antes. En invierno, a esa latitud bonaerense, las cinco y media no solo nos torturaba siendo de noche hasta después del desayuno, sino que afuera la temperatura era de algunos grados bajo cero. Por no tratarse de una región con nevadas o temperaturas bajas durante todo el día, en general los sistemas de calefacción alcanzaban con chimeneas, salamandras y marmitas. Pero por lo mismo, debido a la dificultad de mantener leña encendida toda la noche, se acostumbra pasar las horas más frías bien tapado y con pijamas gruesos hasta el amanecer, sin preocuparse nadie por el fuego. Estoy seguro que en sitios con inviernos mortíferos, dentro de los hogares no se pasa tanto frío porque calentarse es un tema de supervivencia durante toda la jornada. Por lo menos en casa, la filosofía era la de utilizar varios abrigos de lana gruesa, en especial al levantarse hasta que la casa "fuera entrando en calor." Papá nos despertaba cuando el fuego de la chimenea ni siquiera calentaba a medio metro de distancia, por estar recién encendido. Decidí hacer algo al respecto: filosofar.

¿Qué es lo que más detestaba? Precisamente, levantarme para cambiarme la ropa caliente de cama por camisas frías, zapatos helados y medias reglamentarias que no entibiaban los pies. Analizado el hecho, durante una semana fui el primero en estar listo para desayunar. Detrás de papá, apenas me llamaba para vestirme, aparecía feliz y sin tedio con el uniforme puesto. Me felicitaron.

Pasados unos días me preguntó por qué estaba tan desgreñado y arrugado de pies a cabeza. Y mentí. En una de esas madrugadas papá despertaba a todos los hermanos varones por igual.

—Chicos, es hora de despertarse, vamos al colegio. Bernabé, Gonzalo, Sebastián… —mientras se iniciaban los primeros gemidos de protesta.

—Cinco minutos más… —pedía yo.
—De acuerdo, cinco minut… Pero, ¡¡¿qué es esto?!!

Él acompañaba cada frase con una caricia leve. No mamá, ¡porque mamá no asomaba la nariz ni hasta dos horas después! Y vio, entre penumbras antes de prender la luz, mi uniforme por debajo del pijama. Corrió las sábanas y mantas desde la cabeza a los pies mientras me quedé duro horrorizado, escuchándole decir al mismo tiempo,

—¡Lo único que falta es que duermas vestido con los zapatos puestos!

Por supuesto, los tenía puestos, bien calentitos.

Por esos días, acumulando puntos, también se me acusó de indisciplinado por incendiar el campo. Después de la inundación vino la sequía, y el pastizal amarillaba. Con mis primos de visita, de varias edades (diez, ocho, seis años), decidimos sentir el fragor de ser bomberos. Con fósforos y pastizales altos era fácil. Logramos una humareda considerable y sin agua ahogábamos las llamas con nuestras ropas de abrigo sacudiendo el fuego hasta la base. Quedaban negras de hollín, pero era divertido. Lejos de nuestros padres, confiamos en las habilidades que habíamos desarrollado y uno de nosotros pensó en encender una parte contigua al sembrado de maíz, próximo a cosechar.

—¡Miguelito! ¡Yo ahí no prendería, está muy alto! —le dije, pero ya era tarde.

El viento nos jugó en contra perdiendo el control del fuego. Ahora el incendio era real e independiente, había que avisar urgente que uno de los potreros de maíz listo para cosecharse estaba por encenderse. La situación era apremiante, debíamos apurarnos o nos cortarían las cabezas. Decidimos separarnos. Iría yo solo corriendo por un atajo y el resto de los chicos a paso lento de regreso por el otro lado del potrero, camino que ya conocían y podían realizar sin guía. Hice el kilómetro y medio con un dolor agudo en el bazo, sin querer pensar en las represalias, calculando el grado de gravedad por provocar el incendio, por quemar la cosecha de maíz; el cepo por un mes. Atento a la humareda creciente que

dejaba a mis espaldas, al mirar atrás contrastaban las lenguas de fuego con las siluetas de mis hermanos y primos. Pero a veces esas siluetas las veía y otras veces no. A pesar de mi preocupación y esfuerzo, corriendo para llegar cuanto antes al casco, no podía dejar de intentar entender cómo en un paisaje llano la geografía del terreno ocultaba al grupo.

Entré corriendo con todo mi sobrepeso, un gordito de pelo castaño sin el ondulado por llegar mojado de calor, sorprendiendo a todos en su larga sobremesa por la cantidad de hollín en la ropa y mi cara. Tratando de recuperarme, arqueado y apoyando las manos sobre mis rodillas, anuncié contundente mientras escuchaba a mi queridísimo abuelo López preguntarme que pasó…

—¡Tata, quemamos el campo!

Cuando me enderecé, un bofetazo me cruzó la cara y al mismo tiempo me preguntó, mientras todos los hombres de la casa comenzaban a correr hacia los autos y el galpón:

—¿Dónde?
—Pasando la tapera, en el molino de atrás.

Palas y bolsas de arpillera mojadas evitaron que el fuego se descontrolara. El viento, así como terminó con nuestro juego, luego dejó de soplar con la fuerza que había tomado y ahí quedó. El sembrado se salvó. Pasaron varias horas y con mejor humor, luego de sermones y disculpas, me acerqué al mayor de mis primos.

—¿Qué hacían?
—¿Cuándo qué hacíamos? Hicimos de todo esta tarde.
—Cuando caminaban para la casa, no entiendo pero era como que desaparecían del paisaje —le comentaba incrédulo.
—Sí, contábamos veinte pasos y nos arrodillábamos para rezar. Debe ser eso.
—¿Qué?
—Sí, para que no nos retaran por incendiar el campo. Una vez un Padre Nuestro y después un Ave María.

Quedarse en el campo a lo salvaje era siempre mucho más divertido que el mejor de los recreos en el colegio. El campo lo era todo, la ciudad un lugar de paso. Así pensábamos los López-Lanús.

Fueron pasando los años, y en esta nueva etapa de mi vida como bachiller me adapté al sistema, al orden social del pueblo, aunque siempre con los binoculares en mano, colgados o en mi mente. Siempre me liberé del tedio y nunca me sentí aburrido en cuanto a no saber qué hacer. Por curiosidad contenida e hiperactividad siempre salí al campo en busca de material científico, inclusive colegio de por medio. Pero esta vez de una manera nueva. De actuar en solitario pasé a formar un equipo de a dos, dos ornitólogos.

Llegar al colegio.

CAPÍTULO 10

Entre conversaciones largas e historias de vida, con Miguel y Tina Fitz-Patrick establecimos una amistad de las lindas. Compartimos muchas tertulias, diarias diría, con un buen whisky, siempre etiqueta negra, emparejando pareceres. Nos acompañábamos en el sofá con Grumpy, el *busset haunt* de la familia y allí me reencontraba con la argentinidad, pues Miguel era nacido en San Isidro (localidad ubicada en los alrededores de Buenos Aires donde se encuentran las casas con más jardines de toda la Argentina), y con el calor de hogar (gracias a Tina, guatemalteca de pura cepa, que por las mañanas nos preparaba unos brebajes con dos o tres decenas de verduras, sales y frutas para que recuperáramos el conocimiento).

En tantas idas y venidas a lo de los Fitz-Patrick, se gestó una idea. Entregaría el reporte final sobre el estudio que hiciera sobre las palomas aquellas del bosque Chongón-Colonche al mismísimo director de la reserva, como correspondía. Pero por ser el director poco de fiar en cuanto al pago por mi medio año de trabajo durmiendo en carpa en el bosque, entregaría el reporte si me firmaba un acuso de recibo, así me quedaba una constancia. Necesitaba esa constancia, para avisarle a los donantes sobre la entrega del trabajo y finalizar el contrato con el visto bueno de todas las partes. En definitiva, una precaución básica para cubrir el abono por mis servicios prestados y asegurar se supiese que mi trabajo estaba terminado.

La carta con formato de "acuso recibo" no estaba dirigida sólo al director de la reserva sino también a sus jefes inmediatos, directores de una gran fábrica dueña de la reserva ecológica; además a los donantes, donde se mencionaba en grande "Con Copia" a los citados anteriormente.

Miguel me prestó su campero (un flamante vehículo 4 x 4 digno de la presidencia de una importante agencia de publicidad de la cual era accionista principal) y a su chofer, Pepino. Pepino congeniaba mucho

con Miguel, se entendían; con un par de indicaciones cortas trazaban un plan y surgían sin dificultad compras en el supermercado, idas al cine a buscar a la pequeña Michelle, su hija, cargados de amigas y gran algarabía. Y esta vez Miguel le dijo:

—Llevalo.

Pepino debía haber sido guardia o policía alguna vez, no estaba armado pero se imponía, precisamente por ser grandote; pero sobre todo, era tranquilo y observador. Él había escuchado todas nuestras conversaciones durante el trayecto entre la casa de Miguel y Tina, en el barrio cerrado de *Puerto Azul* y la *Trattoria de Enrico* (el mejor restaurant de restoranes de Guayaquil), en las cuales mi querido consejero y amigo me recomendaba en cómo hacer las cosas para terminar con tan largo flagelo. Pepino entonces conocía mis planes, no hacía mucha falta saber a qué íbamos los dos.

Llegado a la reserva pasé la guardia armada de la entrada. Me había anunciado diciendo:

—Para hablar con el director y cerrar un proyecto con la entrega de unos papeles.

Los guardias me preguntaron porque sabían que los ánimos estaban caldeados. Es decir, esos mismos guardias con uniformes negros de combate eran los mismos guardaparques, en parte, con los que compartí largas caminatas, chistes y anécdotas. ¡Eran mis amigos! Pero debían preguntar y esperar la autorización. Habían escuchado mi última conversación en público con el director (y si no habían sido ellos igual debe haberse sabido), cuando lo vieron parando con una señal de mano el mismo auto y al mismo chofer con el que ahora entraba y al irnos lanzarme una maldición. Fue en ocasión del día en que dejaba la reserva, cuando el director reapareció en el umbral de la galería de la administración bajando las escaleras para pedirme mis libretas de campo.

—Esas libretas deben quedar aquí, por ser propiedad de la

reserva —me dijo.

—De ninguna manera, si quieres le saco fotocopias.

—No, de nada nos sirve, porque su letra ya vi es ilegible. Debes transcribir tus libretas de campo a un medio digital.

—Sí, ya me habían dicho eso hace poco —recordando el apellido del profesor chino y mi amiga Leticia involucrada—. ¿Qué pretende que haga con mis libretas?

—Que las transcriba.

—Oye, son cientos y cientos de páginas.

En realidad, la estrategia de cómo tomaría las notas de campo nunca fue acordada y poco importaba. A nadie incumbía si lo hacía en papel, directo en una computadora o realizaba grabaciones con mis notas. Mil doscientas cincuenta y cuatro páginas repletas de notas, esquemas y manuscritos servirían como documentación y variables en los análisis de datos del informe final. El acuerdo era realizar un reporte final con fundamento de datos, no entregar todas las observaciones minuto a minuto.

—¿Quieres seis meses de "paloma de la izquierda levanta la cabeza asustada desde el nido número trece, 13:53hs, llega el macho, 13:55hs, se dieron un besito con los picos"? El reporte tiene el resultado de todas esas observaciones en tablas con estadísticas por tipo de comportamiento. No tengo problema en hacerte copias, pero transcribirlas me llevaría más de un mes, además del error humano al mecanografiar ¿Entiendes?

—Lo lamento, pero las libretas se quedan.

Y fue en ese momento que hice una seña al pobre de Pepino que escuchaba entre aburrido, por el tema de conversación, y tenso, por lo que pudiera pasar, aceptando acelerar el auto ante mi seña de:

—¡Vámonos!

Y así llegamos en mi regreso al paisaje que consideré mi casa por medio año. Le pedí a Pepino que dejara el auto encendido.

—Volveré pronto... —dije mientras lo miraba y me ponía el pulgar en alto.

Mi corazón corría a mil. Entré a las oficinas. Me esperaban no el director, sino todos, porque el audio de la radio sonaba a todos por igual. Saludé a todas esas caras conocidas que no me veían hacia unas tres semanas, secretarias, biólogos, algunos guardaparques, reunidos en la administración o estando cerca por acercarse el mediodía y ser la hora previa al almuerzo.

Supongo que, estratégicamente me hizo esperar un buen rato, casi media hora. Pero un ornitólogo tiene paciencia.

En esa administración no se escuchaba sino el teclado de las computadoras, el aire se cortaba, denso y angustiante. Las miradas de mis más allegados hacían señas sobre si estaba o no estaba él en su escritorio, a puertas abiertas, pero no visible desde mi ángulo. Debía lograr entregar el informe y cobrar, pero no entregarlo si no me firmaba un acuso recibo. No era tan sencillo que lo hiciera, pero en la parte de arriba a la derecha el papel rezaba grande "con copia a fulano, fulano, fulano". Entiéndase, entregaba el informe y pedía un recibo, pero en paralelo se sabría que el directorio de la reserva y de la fábrica en general, también se estaba enterando de mi entrega. El auto seguía en marcha, lo escuchaba. Me paré, aparecí en la galería y le hice una seña a Pepino para que sepa que me demoraría.

Fue allí que apareció con su andar desgarbado, él alto y del norte, yo chico y del sur, ambos tensos, ambos sin conocer de dónde podía venir la sorpresa. Me saludó apenas.

—Te traigo el informe —dije. Me hizo pasar enseguida a su escritorio con una breve inclinación del cuerpo y ademán de mano. En su cara noté un destello de alegría. En seguida agregó:

—No me importa que dice Ud. aquí. Sólo le pregunto si está todo completo según los términos de nuestros donantes.

Debí ser redundante con un sí. Escudriñándolo estoico.

—Mire, lo he pensado bien. Ud. recibirá su dinero dentro de dos o tres meses. Muchas gracias por su trabajo.

Pero cuando se paraba para darme la mano mirando hacia la ventana y tal vez orgulloso con el informe en su poder en el escritorio, le coloqué las cartas de acuso recibo sobre el mismo, precisamente las que tenía preparadas en el caso en que se saliera con una idiotez extra como la que me acababa de anunciar.

—Por favor, no tan rápido, me gustaría que veas y firmes esto.

Las estudió. Su rostro se transformó encolerizado. Pidió que no enviara las copias a sus jefes, que él no pensaba firmar nada y que me pagaría cuando fuese conveniente.

—Si te fijas bien, acá dice que me recibes el informe completo, y me abonas lo que me debe esta institución por mis servicios prestados hace por lo menos seis meses.

—¡De ninguna manera! —me gritó.

Cambié mi tono y forma de dirigirme a quien en principio había sido un compinche, amigo de amigos, incluido Michael el irlandés, y una persona a quien admiré.

—Mire, hace un año que usted no es muy ortodoxo en cuanto al comportamiento medio que se espera de alguien respetable y la verdad, temo que robe mi trabajo. Allí no dice esto último, pero por favor deme su palabra retenida con su firma. Firme el recibo y yo le prometo que esta carta no pasará al directorio.

—De ninguna manera, no se lo firmo, y Ud. no va a mandar ninguna carta al directorio.

Pocas veces, sino la única, tuve que gritar casi para que me escuchen. Me oyó tapándole la voz, como todos los que andaban cerca del lugar, atentos a la reyerta. Le manifesté qué pensaba de su liderazgo y trato con la gente, que entendía el desgano de todos los empleados y

sobre todo, el poco valor de su palabra, que en definitiva no tenía tónica de caballeros.

Se levantó furioso desde su escritorio gritándome que no firmaría nada y que me fuera, saliendo nervioso de su despacho para darle otras órdenes a su secretaria sobre un tema diferente, bajando la voz.

Quedé parado frente a un escritorio vacío, esperándose que me marchara como si no existiese.

No sabía qué hacer, había entregado el reporte y el acuso de recibo no estaba firmado. Pero sobre el escritorio, relucía la carpeta de color manila que acababa de darle con el informe. En definitiva, allí estaba mi trabajo y él lo había dejado abandonado. Di un paso adelante, la tomé para colocármela bajo el brazo con otros papeles y luego di un paso atrás. Rápido y conciso. Di media vuelta y mientras me marchaba hacia la recepción para abandonar el lugar, casi me empuja en su regreso. Había percibido que era absurdo dejarme a solas en su escritorio. Caminé decidido hacia el estacionamiento, mientras le hacía un gesto a Pepino indicando que nos íbamos.

Era cuestión de segundos que él percibiese quién se había salido con la suya. Con solo utilizar la radio los guardias cerrarían la entrada. Pepino me vio subir rápido mientras el personal se levantaba de sus escritorios y corría afuera para preguntarme si me encontraba bien. Se dieron cuenta que algo pasaba y no me demoraron un segundo. Vieron a una cuatro por cuatro morder el pedregullo levantando polvo. El cierre de la reserva fue efectivo pero no tan rápido como para detenernos a toda velocidad cuando pasábamos frente a la guardia. En la caseta estaba el mismo señor que había visto empaparse de lluvia aquel día y mientras dejaba la radio sobre una mesa para correr a bajar la barrera, sólo me saludó con una sonrisa cómplice ya demasiado tarde. En realidad con mi escape había expresado la bronca contenida de muchos.

Durante varias horas sonaron los teléfonos en lo de los Fitz-Patrick y en casa de otros amigos. Miguel, con razón, se preocupó de que el "robo" del informe haya sido gracias a su auto y Pepino. De hecho, él tenía una finca pegada a la reserva y como vecino pacífico

no quería tener un roce con el director. Lo que estaba pasando no era lo planeado, pero sucedió. Varios conocidos habían sido impelidos a llamarme para convencerme en regresar el informe, pero eso tampoco estaba en los planes, porque no debía "devolver" algo que era mi trabajo intelectual a cambio de un pago incumplido. Algunos, más allegados a la administración de la reserva, me acusaron inclusive de "irreverente" y los otros, muchos, de "genio".

—Me *empelota* que tu escape haya sido en mi auto, pero hubiese hecho lo mismo que vos —afirmó Miguel, mientras brindábamos—. ¿Ahora qué vas a hacer?

—Entregar el informe.

—No te entiendo.

—Debo entregar el informe, pero a los donantes.

Por correo privado el reporte salió hacia Europa. Mi parte y la de mis coautores estaban terminadas, asegurándome la garantía del deber cumplido. Tiempo después, recibiría una carta de los donantes, agradecidos y entendiendo por qué les enviaba el informe yo, y no el director de la reserva. *A posteriori* recibí una del director de la reserva, con copia a los donantes, saludándome amablemente y con el anuncio de que me enviaría el cheque sin peros. A él nunca más lo vi.

Su informe plagiado, tomado de unos escritos míos que aparecieron en un computador como reportes parciales, le recayó en vergüenza al enviarlos bajo mi nombre. Como no podía ser de otra manera, desactualizado y con errores, en gran medida deficiente por las gráficas de barras toscas y en crudo. Mi antigua asistente de campo fue manipulada para que extrajera tal información y la ordenase como mejor pudiera. No obstante ella había sido utilizada y yo la quería, por lo cual la participé como coautora a pesar de lo que había pasado. Nuestro estudio fue publicado en una revista especializada de Alemania.

—¿Y ahora qué planes tenés? —me preguntaron Miguel y su también amigo Michael, que estaba de visita en su casa, mientras levantábamos copas de dorado líquido *sobre las rocas*.

—Irme al Amazonas.

Y se hoyó el tintineo del hielo y el cristal.

Así las cosas, una semana después, recibí un reto del guía en mis nuevas vacaciones.

Recorría una amplia zona del río Yuturi, afluente del rio Napo en el corazón de una región amazónica que hacía tiempo quería visitar. Ya lejos de mis palomas, y guerras frías pegadas al Pacífico.

—¡¡No haga eso!! —me dijo con una señal y prácticamente sin hablar para no delatar nuestra presencia a los animales de la selva.

Varias horas dentro de lo monótono del bosque hicieron que un caño[1] con apenas agua atrajera mi atención. Con el machete estaba a punto de molestar unos peces largos como anguilas amontonados en el barro pero al recibir la orden, me detuve. Debajo del tronco que utilizaba como puente para pasar de un lado al otro, estaban, a la sombra, cinco o seis peces eléctricos moviéndose. Esos peces famosos que pueden tumbar hasta a un tapir, de tener la mala suerte de toparse con ellas. Levanté mi machete, de puro metal, agradeciéndole con un gesto.

Buscábamos una especie de ave, del género *Neomorphus* o mejor conocido como *Correcaminos* si se aduce el dibujo animado del Coyote. En este caso, por estar en el neotrópico y literalmente sobre la línea ecuatorial, estos pájaros se hallan adaptados a la selva, con una coloración bien diferente y un nombre genérico distinto al de sus parientes de Norteamérica. Ese era el objetivo de mi presencia en la región del Napo durante diez días, todos los días, durante todo el día. Planeábamos una transecta y esa era toda la actividad de la jornada.

La vista fija cuarenta metros adelante tratando de ver entre el follaje, caminado lento junto a un conocedor de la zona totalmente nativo, y por ello, experto. El hombre marcaba sin hacer mucho ruido los tallos de los arbolitos incipientes y dispersos en el sotobosque, con el

1 Arroyo con cauce reducido.

fin de guiarse al regresar. Avanzábamos durante horas tierra adentro con el más absoluto silencio. Al cruzar los morichales[1] encontré la marca de una anaconda, su peso había dejado una hendidura lineal en el lodo fresco, suficiente para saber que andaba cerca. Me di vuelta para atrás e hice un gesto con el brazo serpenteante pidiendo a mi guía me confirmara por sí o por no, y asintió con la cabeza. El sistema de señas que teníamos era para no hablar durante periodos largos, literalmente para no ser descubiertos por el Correcaminos que por algún lugar andaba como "un perfecto esquivo". Este método no era acordado, nos salía naturalmente y ese señor congenió conmigo disfrutando doblemente la paga.

Pero por un momento me distraje. Si bien tenía diez días para hallar el ave y solo me concentré en mirar el suelo, estaba en el Amazonas virgen y arriba, en el follaje había acción al pasar dos guacamayos rojos volando. Pero no debía tentarme. De nuevo enfocado en la misión, sentí que mi guía podía haber cambiado de posición. Ahora no a mi izquierda sino a la derecha. ¿Sin darme cuenta había pasado por alguna razón a mi otro lado? Pero imposible que tan rápido, cuando segundos atrás lo veía, un pedazo de nariz, algo del hombro. Una hoja más resquebrajándose del lado que no esperaba me dio escalofríos. Si no era él ¿quién estaba allí? Quería ver a Horacio y lo encontré más cerca de lo que pensaba; jamás se había movido, pero esta vez su rostro apuntaba con los ojos en un *rictus* espantoso, como aquel que habrán visto los primeros colonizadores, mientras movía el índice con un vaivén desesperado en la misma dirección. Se me encrespó el espinazo al mismo tiempo que vi entre el follaje, a un metro de altura, una piel gris. Lo tenía cerca, muy cerca, pero el bicho no me había visto. Siguió acercándoseme y paró. Dos metros. Orinó, largo y con ruido contagiante. El aroma de sus "litros" tapó el de nuestro sudor por la humedad del trópico y así siguió engañado creyendo estar solo. Era un tapir macho, de sexo elocuente, pero me angustió cuando siguió hacia mí.

¿Y si me embestía asustado? Se detuvo un momento, se hizo un espacio de indecisión y de golpe reventó en adrenalina contenida huyendo monstruosamente, sobresaltándome de miedo.

1 Zonas inundadas donde crecen moriches, una especie de palma.

Si seguíamos así de inmersos en aquella selva, de haber *Neomorphus* tendríamos que verlos. Esos pájaros hacen chasquidos con el pico, ruidos parecidos al de los pecaríes[1]. Inclusive, los lugareños usan el quechua para nominarlos, Saino Pishco, por pájaro saino o pájaro pecarí. Todavía no sé bien si esa nominación era por los chasquidos que producen con el pico, parecido al choque de dientes de los sainos, o porque es sabido que persiguen sus piaras siguiendo sus osadas en busca de gusanos, los insectos que huyen de las hojas que sacuden esos cerdos, o quien sabe, pero por ahí viene el asunto. Estando en esos pensamientos, luego de nueve días de búsqueda, se sintieron chasquidos, cada vez más seguidos. Tan parecidos a los de los Saínos que el guía fue optimista. Pero hurgando el suelo con algo de follaje, los binoculares me mostraron el pelaje de varios cerdos salvajes que avanzaban. Una vez más no era el *Neomorphus*. Fueron marchándose lentos sin asustarse. Otra opción era buscar formaciones de hormigas guerreras, tipo marabuntas. Difíciles de encontrar, el hallarlas espantando insectos y devorándolos, podía atraer el oportunismo de los *Neomorphus*. Las hallamos, pero también fue en vano. Llegaba a pensar que estaba frente a un fracaso, habiendo desperdiciado durante todos esos días el no alzar la vista al dosel para dedicarme a observar guacamayos, loros y cotingas, los pájaros coloridos de la selva amazónica.

Una figura inconfundible corrió varios metros frente a mí. ¡¡Pero no era *Neomorphus geoffroyi* sino *Neomorphus pucheranii*, el segundo registro de esta especie para Ecuador y esa región del Amazonas!! ¡¡Salía a buscar una especie, que nunca encontré, pero me encontré con otra mucho mejor!! La clave de la suerte, si así se le puede llamar, era permanecer en aquel estado cuasi místico-religioso, convirtiéndonos en selva, tronco y animal hasta formar algo más del entorno. La mayoría de las veces la única manera de hacer buenos registros. No se habla, se respira lento, se camina despacio, se dan pasos con cuidado, se mira todo, se olfatea todo, se oye todo. Me daba cuenta que los mejores estados de mi vida sucedían en esos momentos. Atavismo, que me formaba.

Pronto habría de pasar a otros paisajes en varios días de descanso y recorridas por sitios que me había prometido visitar. Podía dejar el lugar, misión cumplida, y un bosquejo de acuarela en mis notas de

1 La versión americana del Jabalí.

campo cerraba la última página. Esperando llegar a tiempo al aeropuerto de Tena, la capital del departamento de Amazonas, las cuatro horas en lancha por el río Napo debían elongarse aún más, y por mi culpa.

Luego de un almuerzo en las Cabañas Yuturi, el calor imperante a mediodía por el cielo despejado, exigió calmar la sed. Ahora, con el fresco de la lancha descubierta y otra vez nublado y por llover, mi aguante para evacuar aguas no daba para más. Sentado de costado en la rápida embarcación y sudando frío, cada golpe del casco contra el río era un suplicio. Los lancheros apuraban la marcha esquivando lo mejor que podían los troncos que flotaban y bancos de arena, con caras que no tenían nada que ver con mi situación. Todos los demás pasajeros dormían. Colgándome del techo y con los pies sobre las barandas, llegué de proa a popa a los dos pilotos que dirigían el timón.

—¡Necesito un baño! ¡Necesidades menores! ¡Pero no aguanto más! ¡Háganse a un lado y prometo que no les doy!

—¡No se puede! —me decían preocupados mirando dónde encontrar una solución.

Creo que el piloto estaba más preocupado por el viento y consecuencias, que por el hecho de que "no se podía". Agarrado con una mano a uno de los parantes y ya listo para aliviarme, me agaché mirando al frente y por debajo del techo para saber si los pasajeros (compañeros de comidas diarias por la noche en el *lodge*, algunos ya compinches, unos matrimonios de Chicago, otros alemanes y franceses) seguían durmiendo. Pero al disminuir la marcha el motor para evitar el viento, también bajó la intensidad del ruido que arrullaba al pasaje. Justo cuando estaba en el momento principal de equilibrio, doce turistas se despertaron y dirigieron la mirada interrogante hacia atrás, a los pilotos. Así no podía continuar con lo mío y disimulando, quedó como que estaba arreglando mi equipaje sobre el techo. Pedí desesperado que pararan en algún lugar. Sabía que costaba detener nuestra marcha porque debíamos llegar a tiempo al aeropuerto. Confieso que me costó anunciar a mis amigos que aquella parada era por culpa mía. Nadie dijo nada, todos se prepararon y los siete hombres que había me siguieron, trepando el terreno en un puerto que encontramos, dos metros arriba, hasta una casa de indígenas sorprendidos. Con todos aquellos rubios de

piel blanca y ojos claros les rociamos ocho árboles, cada uno en el suyo, hasta volver nuestras almas al cuerpo. Pobre gente… y nos marchamos dando las gracias con saludos de mano en el aire.

Continuaría recorriendo algunos sitios claves más, *hot spots* de la observación de aves obligados, con el más alto fanatismo del *bird watching*. En el aeropuerto de Loja (ciudad que ya conocía y en esta oportunidad me encontraba arribando en un vuelo directo desde Quito), me reencontré con un fanático igual a mí, Simon Allen, de nacionalidad inglesa, quien vivía normalmente en Londres pero se estaba tomando unos meses de vacaciones, igual que yo. Por coincidir nuestros caminos, emprendimos algunas expediciones juntos, con el objetivo de conocer las mismas raras especies que nos faltaban en nuestros listados de chequeo (las famosas *checklists*). Aquí debo pedir disculpas por agregar tantos términos en inglés, pero la connotación de cada uno, si bien se puede traducir como lo hice, nació entre angloparlantes y todos los ornitólogos llevamos esas palabras como un escudo en el corazón.

Sentados en aquel bar atestado de pasajeros locales, Simon me preguntaba cómo era Guayaquil, ciudad a la cual partía y sabía que yo conocía bien. En el centro de la sala le conté mi parecer sobre su gente y sus taxis. Abstraído en la conversación y como muy pocas veces me ha sucedido, perdí la noción cultural de dónde estaba.

—Mirá Simon, Guayaquil es totalmente diferente a Quito.

—Ah, ¿por qué?

—Los taxis son unas carcachas destartaladas.

—Ajá..

—La gente no utiliza el buen día ni el perdón.

—¡Ahh!

—Sus caras te hacen pensar que todos son ladrones.

—*Yes*…

—Y está conformada por gente informal que odia a los de la sierra, es decir, a los quiteños, a quienes llaman *serranos* despectivamente.

—Continúa.

—La verdad que prefiero a Quito en muchos sentidos, por opuesta.

Para ese entonces no percibí el silencio creciente en el ambiente

y mi voz se había hecho cada vez más conspicua a medida que eran más los que escuchaban.

—Además, no esperes ver ni una mujer linda…

Algunos sonreían, otros me odiarían; era fácil darse cuenta quién en la sala de espera iba para Quito y quién para Guayaquil. Más allá de mi metida de pata, porque no tuve la intención de ofender ni de hacer que otros se mofen de los ofendidos, esa puja entre costeños (monos) y serranos, tiene al país casi dividido en dos naciones. Sólo podía agregar que no era de esperar otra cosa del Guayas y Guayaquil, ya que conocía la idiosincrasia de su gente inclusive antes de haber pisado Ecuador.

—¿Ahora qué quieres decir? —me preguntó Simon siempre con su buen español, haciéndome un ademán para que bajara la voz y riéndose.

—En Buenos Aires, mucho tiempo antes de pensar en vivir en Ecuador, un matrimonio amigo me la había descripto únicamente con una historia que vieron en televisión, en la sala de espera de un hotel, una vez que estuvieron de vacaciones. A la hora de las noticias el canal local dispuso de cinco minutos para investigar el caso de una sirenita perdida.

—¿Una sirena?

—Sí, la de los cuentos de piratas, pero pequeña.

—No puede ser *Barnaby*. ¿Es real lo que me cuentas?

—En un barrio periférico de la ciudad el periodista entraba a una casa de una señora gorda, pero de esas que usan vestimenta estrecha.

—¡Ahh! ¡*Yes, yes, yes*!

—A la primera pregunta del periodista aquella mujer contó que la gente del barrio la visitaba para conocer la sirena en miniatura, que su esposo había pescado en el mar aquella semana.

—Sigue, pero no te creo —decía Simon golpeando con los puños la mesa, riendo, mientras disfrutábamos la segunda cerveza, pues yo ya no era tan abstemio como antes, contagiado por el espíritu de mis amigos sajones.

—La describió como rubia, de ojos verdes y tenía escamas en la cola hasta las aletas. Podía nadar pero no conversaba. Era muy bonita y sonreía.

—¿Y?

—Faltaba verla, mostrársela a toda la audiencia de Guayaquil, pero las cámaras mostraron una batea amarilla vacía en el patio de la maltrecha casa.

—¿Y cómo termina la historia?

—La señora dijo que se le había perdido esa noche, que *tal vez los perros tuvieron la culpa, pobre criatura*.

Esta narración de un hecho aislado formando parte de la descripción del modo en que era visto Ecuador por dos turistas argentinos, describe indirectamente cómo es la población mayoritaria media en las grandes urbes de este país. Esa vez, en Buenos Aires, como decía, no di crédito al cuento, no tanto por el contenido, sino que semejante patraña fuese presentada en un canal de televisión en la hora pico de las noticias.

—¿Y cómo es eso de los piratas?-, seguía Simon, una pregunta por información que escuchó suelta.

—Las granjas camaroneras cada cuatro meses, creo, vacían sus piletones, para retirar los camarones para exportación. Esas granjas están pegadas al mar, y hacen uso del agua salada para criar los camarones, y utilizan el mar como medio de comunicación hasta el puerto de la ciudad de Guayaquil. Allí se embarcan grandes contenedores con los camarones refrigerados. Para el productor cada cosecha significa facturar una pequeña fortuna. Para los piratas una oportunidad de robarla y luego venderla en el mercado negro en puertos clandestinos entre el manglar, como en Puerto Boca, cerca de la reserva Cerro Blanco, hacia donde vos vas.

—¿Pero cómo accionan?

—Según vi en las noticias, se acercan a los lanchones cargueros con lanchas rápidas, encapuchados y con armas automáticas. Son ladrones pesados. Lo que se llevan lo hacen a alta velocidad, con tantos caballos de fuerza que la guardia costera no puede alcanzarlos…"o no quiere". Una vez que llegan a los árboles, se pierden por atajos que solamente ellos conocen. Piratas en el siglo XX.

Lo mío no es una crítica, sino una descripción del mundo en el que me movía y Simon se movería casi siempre solo como europeo en

Ecuador, por lo cual estaba doblemente expuesto y debía ser precavido.

—¿Te ha pasado algo malo?

—No, nunca, son todas personas encantadoras, pero debes estar atento. Pasar desapercibido algunas veces y no meterte.

—Entiendo.

—Antes de encontrarme contigo, hace unos días, perdí el último transporte a Quito y ya era de noche. Fue en un parador en el camino, cerca de las Cabañas San Isidro.

—Ahhh sí, tengo que ir ahí, luego me cuentas.

—En un bar aceptaron hospedarme a cambio de un pago, porque no había hoteles sino unas diez casas a los flancos de la ruta. El dueño del local tenía su habitación tapia de por medio y sin cambiar las sábanas me ordenó que durmiera en una cama que había allí. Él con su mujer durmió al lado. Lo comento más por él que por mí, porque dormí vestido. Tipo a las dos de la mañana, un borracho pidió le abrieran. Pero nadie se dio por aludido. Hasta romper los vidrios de una de las ventanas de la casa, a metros de donde yo estaba. Esta vez el dueño sí respondió, pero con un machete. Luego de una discusión la situación pasó a peores y se sintió el blandido del metal contra algún hierro o algo por el estilo. Me tapé la cabeza queriendo no saber en que andaban esos dos; y si la policía llegara a preguntar era mejor no ser testigo. Madrugué dejando el lugar con una nota de agradecimiento y el dinero al lado. Jamás sabría otro dato sobre aquello, pero te cuento Simon, que no es todo un cuento de hadas en este país. Debes andar con cuidado, no con miedo pero si con cuidado.

Inmerso en Ecuador.

CAPÍTULO 11

En esa inmensidad geográfica de la provincia de Buenos Aires, repleta de ganado y agricultura, quedaban relictos de lo que alguna vez fue pampa prístina. En especial en inmediaciones de arroyos y lagunas extensas donde los propietarios no acercaban tanto sus arados. Me apasionaban esos ecosistemas de antaño, repletos de pajonales bajos o aguadas, con aves casi endémicas adaptadas a nuestras llanuras. Mi lectura más respetada, la de Hudson, en uno de sus libros afamados que todavía no nombré, *El Naturalista en El Plata*, describe la estancia El Mangrullo, la cual abarcaba hasta el campo donde yo viví, La Querencia, pegada a la estación ferroviaria Esther, tan cerca de la Laguna El Potrillo que él recorrió. El Mangrullo, de los Carranza, en la época de los relatos de Hudson sobre jaguares y pumas, como soldado de frontera o trabajando en ella, era inmenso (más de 60.000 hectáreas), y tenía un mayordomo muy nombrado, parte de la historia de la región hacia 1859, Dionisio Pereyra. El señor Pereyra, ostentaba otro cargo además, otorgado por el estado y el consenso de la mayoría de los estancieros de la zona: el de comandante. El Comandante Militar de la región, de quién Hudson habla pero no da nombres, era este mismo señor como ahora sabemos. Cuando conocí los pastizales de pajas coloradas, altos y densos, en los alrededores de la laguna El Potrillo, no podía dejar de estar impregnado de esa mística, 120 años después. Las mismas aves, pastizales parecidos, sin jaguares ni pumas, pero la pluma de Hudson siempre presente. A esto, debo agregar, mi tatarabuelo José Santiago López Remus, casado con Tomasa, a quien ya me referí, tenía en su estancia una posta, la posta de López. Entre sus tantas actividades como ganadero y caudillo político local, amigo de Liborio Luna, proveía de patriadas (caballos) al ejército, cosa que sabemos hacía fehacientemente años después para su ya pariente y también amigo Adolfo Alsina, el vicepresidente. Por lo tanto cuando los biógrafos describen que Hudson y su hermano iban a la estancia de un amigo inglés en Pedernales durante el servicio militar, los Keen, la posta de López podía ser un paso obligado a Azul (eso creemos), donde estaban destinados oficialmente.

—¿Se habrán conocido? —pensaba, porque para un par de pajueranos de la talla de los Hudson, uno al menos de por sí excéntrico, si considero que como naturalista llegó a tener por perro un peludo con el que salía a pasear, no pueden haber pasado desapercibidos.

En esos pensamientos andaba de la pensión al colegio, caminando un otoño aburrido con mis libros por Saladillo, cuando el padre de un amigo, matrimonio muy amigo de mis viejos, me dice en la esquina desde el auto.

—¿Tenés que hacer algo después de clases?

—No —comenté poniendo los labios en U para abajo, mientras meneaba la cabeza tratando de recordar alguna obligación pendiente.

—Te paso a buscar.

No fue un "los paso" sino un "te" paso. No estaba incluido su hijo Santiago, así que me quedé pensando intrigado.

—Che, ¿vos sabes a donde me quiere llevar tu papá?

—Ni idea —y ahí quedó.

"*Audiovisual sobre las aves de Saladillo*" rezaba un anuncio invitando al pueblo en la Biblioteca Municipal Bartolomé Mitre. *Conferencia y fotografías.* Alguien desconocido para mí, dentro de Saladillo, sabía de aves.

Isidro Díaz, sabio de pocas palabras, llevaba al hijo de su amigo, de catorce años, a una conferencia que sabía le iba a gustar, amén que él también lo pasaría bárbaro. Por lo visto Santiago disparó, pero igual tenía *ladero*[1]. No debía sorprenderme la invitación, si él mismo en su campo años atrás me interrumpía en las salvajadas que inventaba con Santiago y me mostraba en el parque una fila de cipreses comentando de la nada:

—¿Ves esa fila de arbolitos?

1 Compañero asegurado: modismo criollo referido a estar acompañado por un segundo caballo nominado "de reposición" en travesías largas sin carruaje, es decir "el caballo que iba al lado".

Y me quedaba mudo contemplando, pensando qué contestar.

—Cuando crezcan van a llenarse de jilgueros y cabecitas negras… Shhhhhh, no digas nada —agregaba. Y sonriéndole salía corriendo a jugar de nuevo, no traicionando su secreto sino hasta ahora.

Isidro tenía, en su biblioteca, segundo estante a la derecha, el viejo libro de Cläes Olrog sobre las aves de la Argentina, era el único en la región excepto, otro ejemplar, a la mano del público, exactamente en la biblioteca municipal. Por cierto, una persona bien interesante para mí, haciendo esta vez el sitio memorable por asociación. Más allá de ello, la colección de libros del pueblo dejaba mucho que desear en cuanto a temas ornitológicos. Pero allí estábamos.

El ornitólogo local, ayudado por su pelirroja y flamante Tina, hacía algunos años casados, presentaban la charla. La temática por especie fue impecable, el audio con sonidos de pájaros ¡mejor! y la calidad de las fotografías y sus anuncios por nominación científica me dejaron directamente "anonadado". Me llevaba veinte años de edad (podría ser mi padre) y al momento de los aplausos fue rodeado de personas, tanto Isidro como yo nos fuimos, comentando lo bueno que había estado. Isidro fue sabio en haberme llevado, pero recuérdese, "de pocas palabras", por lo tanto no hubo una presentación mía con el fotógrafo. Quién sabe, tal vez para continuar salvando distancias entre los que en definitiva éramos nacidos en Buenos Aires y considerados medio forasteros por los locales.

Le conté a mis padres, quienes quedaron contentos con mi aventura, esta vez civilizada.

—Debe ser el fotógrafo que te conté, al que vi agachado cerca del puente del Saladillo acercándose escondido a unas garzas. Usaba un teleobjetivo de los grandes.

Ese fotógrafo de aves, Miguel Ángel Roda, era profesor en uno de los colegios secundarios de Saladillo, no ejercía su carrera como diseñador industrial y era una persona estimada por todos en el pueblo como sucedía con su padre. Atendía un negocio familiar de reparación

de “heladeras de campo”. Lo digo así porque heladeras eléctricas las había, sí, pero a las de kerosene y gas… a esas, las arreglaban los Roda; y eran las que se usaban en las zonas donde todavía la luz no llegaba.

Un día me decidí y me presenté por la tarde en su negocio, pero no al poco tiempo de la conferencia, lo maduré por un año o dos. El empleado del local, sin entender mucho repitió mi discurso a su jefe, casa al fondo, probablemente distorsionado y reapareció un rato largo después.

—¿Quién dice Ud. qué es?

Repetí mi discurso nervioso, rápido y veloz.

—Me gustaría conocer al Sr. Miguel Ángel Roda, me llamo Bernabé López-Lanús, me dedico a la ornitología, soy socio de la Fundación Vida Silvestre Argentina y de la Asociación Ornitológica del Plata, vengo de la biblioteca Mitre donde Roda presentó una conferencia y me dijeron que vive aquí. Quiero conocerlo.

Pasó un rato.

Esta vez corrí con más suerte, porque escuché que se aproximaban dos personas hablando. Pero tampoco, ahora era Tina, su mujer, a quién reconocí y supe que estaba en el sitio indicado.

—Hola —me dijo con una sonrisa.
—Hola.
—¿Que buscás? ¿Sos alumno de Lito?
—No sé quién es Lito, soy alumno del Colegio de Hermanas, y él no es profesor allí. Y arranqué de nuevo con mi discurso ante el cual el empleado desapareció para no escucharlo de nuevo. No podía creer tanta vuelta para poder hablar con una persona; pero terminé el relato y Tina me miró con atención renovada.
—¿Vos estuviste en la charla que dio Lito sobre aves de Saladillo?
—Si.
—Esperá.

Y me quedé solo de nuevo. Y esperé. Y esperé.

Finalmente nos presentaron y me preguntó como asustado y sorprendido.

—¿Quién sos vos?

Como no me consideraba un ente fuera del común de la gente, me sorprendió de nuevo tanta alharaca y le dije.

—¡¡Soy un observador de aves!!
—¡¡¡Ahhhhh!!!

Y bué, terminé una vez más dejando de estudiar historia o geografía para el día siguiente con tal de zambullirme en el mundo ornitológico de Lito Roda. Un genio el hombre, gran persona sobre todo y tal vez sorprendido o decepcionado al principio con mi edad, oyéndome hablar de *Botaurus* y *Muscisaxicolas*. Seguimos desarrollando doctamente varios temas hasta hacerse tarde, mientras Tina Roda y el padre de Lito me miraban con incredulidad. Para mí ser así como soy era normal, para ellos no. El contraste no podía ser mayor, el adulto con el chico, el profesor con un alumno del pueblo, el local con el "hijo de los de la ciudad" y en definitiva, aplica una amistad eterna con Lito, surgiendo la moraleja de que un tema en común une a las personas desde su nacimiento y sin fin, sin importar edades.

En mil novecientos ochenta y siete publicamos una pequeña nota en coautoría, de perfil ornitológico, con los primeros datos de un ave acuática que no debía estar en nuestra región, según los libros. Como esa especie además la hallamos anidando, gracias a los datos de un amigo del colegio, Fernando Cisneros, en los bajos del Saladillo (en plena cuenca del Salado y en el centro de la provincia de Buenos Aires) nuestra región comenzaba a hacerse notar como un sitio de importancia ornitológica a nivel nacional. Saladillo y 25 de Mayo esta vez no eran la frontera con el indio, eran frontera ornitológica. Alejada de los museos de historia natural de La Plata y Buenos Aires comenzamos a hacer "patria" una vez más.

Todo el año lectivo entonces, era con el signo "aves" sobre mi

es que la época de reproducción, el momento más álgido para cualquier naturalista, era justamente en plena finalización de clases, cuando se concentraba la mayor cantidad de exámenes, y la dicotomía "estudios *versus* ornitología" más dolía.

—Quiero faltar dos semanas a clase para observar aves.

Papá y mamá se quedaron mirándome incrédulos.

—Voy a recuperar el tiempo perdido, estudiando el triple a mi regreso. Pero necesito saber qué se siente estar zambullido en la naturaleza en un sitio alejado como el cañadón del Yatay, viviendo en carpa dos semanas.

—Imposible Bernabé.

—Se trata de faltar cuatro horas a matemática, cuatro a física, cuatro a química, cuatro a inglés…

—Sí, sí, sí, sabemos la barbaridad que estás tramando. ¿Por qué es tan importante para vos estar viviendo con los pájaros?

—Los pájaros son mi vida, quiero estudiarlos en su reproducción, tomar datos, medir huevos con calibres como me enseñó Lito Roda y aparece en el libro de Raúl Leonardo Carman, anotar sus colores, saber en cuánto tiempo nacen los pichones, ver qué animales los depredan, saber qué se escucha de noche en la laguna, aprender sus sonidos, e injustamente, todo esto no pasa en vacaciones, sino precisamente en época de clases.

Se hizo el silencio más absoluto. Esperaba que con la mención de la carta de Carman, recientemente entregada personalmente por papá traída del correo, mi perorata diera efecto; además de poner cara de bueno por supuesto.

—De acuerdo, pero si no pasás los exámenes no hay próxima vez.

A mi madre no le quedó otra que sugerirme algunas provisiones. A la segunda semana de estar viviendo en carpa junto a lagunones con

juncales altos y densos, y el arroyo corriendo lento y tranquilo, mi pensamiento era acompañado por la palabra. Es decir, ya hablaba solo, sin saber si lo hacía en voz alta o no. Esto lo percibí a los varios días, donde la única presencia humana que noté era la del encargado de los potreros que pasaba lejos recorriendo el campo, el cual me saludaba con la mano en alto una vez al día, o lo mismo con los nutrieros, una "especie humana" de idiosincrasia al margen de la sociedad, consistente en caminar por días a lo largo de los arroyos cazando coipos (nutrias), durmiendo bajo algún árbol a la intemperie y alimentándose de ellas todo lo que durara su expedición, la que podía llegar a durar quince días. En fila india, un día aparecieron sus siluetas cruzando la zona, algo encorvados y mal vestidos, ajenos al sistema y códigos en uso, sin pedir permisos para estar allí, siempre nómadas; sin molestarme, sin molestar, solo amigables por su saludo lejano y el "no te metas con nadie". Felizmente desaparecieron el mismo día que los vi y mi existencia no se vio alterada excepto por los millardos de mosquitos que azotaban mi paciencia cuando no soplaba viento.

Así transcurrían los días como perfecto anacoreta, para el que me veía de afuera, pareciendo no días sino minutos para mí, espantando bichos y descubriendo huevos verdes, celestes, turquesas, marmolados, estallaba mi cabeza de euforia hablando solo mientras recogía datos y pensaba qué comer de lo que observaba. De pronto, me sobresalté y no di crédito a lo que acababa de pensar. Tal vez por estrategia paterna o malos cálculos míos, los víveres escasearon rápido y me vería obligado a volver. El regreso a casa antes de lo prometido significaba derrota para mí, por lo tanto, recurriría a la supervivencia. Una estupidez… pero, ¿quién no ha sido estúpido alguna vez? Además, esto debía vivirlo, y me preparé, ajeno a los ojos atónitos de los animales donde de observador pasaba a ser parte de su ciclo de vida.

Paulatinamente, quien se acercara a un garzal en reproducción con binoculares para estudiar sus pichones, ahora lo hacía con un palo a manera de garrote. Cual cavernícola blandía varas y arrojaba palos hasta llevar a mi olla muchos de aquellos pobres pichones. Una garza parece grande, y me la imaginaba como un pollo dorado después de asarlo. Pero su volumen es irrisorio luego de desplumarla y de deshidratarse al fuego; para colmo, por su alimentación hacía fruncir el ceño al dar

el primer mordisco. Entonces, salteé el almuerzo. A los dos días ya no tenía horarios de comidas, porque no la tenía, sino que me dedicaba toda la jornada a pensar qué comer e idear el sistema para atrapar "carne". Ya preocupado por ayunar a la fuerza debía dar con algo para el desayuno y esa misma tarde, antes de la puesta del sol, tenía que encontrar rápido qué masticar. Así fue que preparé un arpón atando fuertemente mi cuchillo tremendo a un palo.

—Esto no me fallará. Tengo una lanza y sobran los peces.

Era el mismo cuchillo que había comprado años atrás, ofuscando a mi madre cuando me negó algún dinero al querer adquirirlo. Se trataba de esos diseños de monte, largos, pesados e innecesarios a los ojos de ella. Y no tuve mejor idea que vender una cruz de plata que con tanto simbolismo me había regalado mi tata Lanús para mi "primera comunión".

—Hoy, esta cruz de plata hecha cuchillo, me dará de comer —decía en voz alta ya desesperado por el hambre.

Cualquier pez cercano sería alcanzado. Metido en el agua hasta la rodilla, recorrí algunas áreas de inundación cerca del arroyo, donde grandes carpas y tarariras se presentaban entre el pastizal ahora inundado. Herí a varias, pero se escapaban así provocara largos tajos; el filo era exagerado pero por liso no retenía el pez. Estaba fracasando de nuevo. Otro método más conocido, aunque más lento, podría sacarme de esa situación. Entonces me dediqué a hacer anzuelos a la luz del farol, con trozos de alambre que había conseguido ese día y una tanza vieja que encontré enroscada en un alambrado oxidado, en la costa del arroyo. Con el clima en calma total, nada de brisa, sin ruidos humanos excepto algún avión lejano prácticamente tapado por el coro monocorde y sedante de millones de sapos y ranas, cantando a la luna que asomaba por el este, amarilla, enorme y ajena a mi parecer, me concentraba haciendo mi trabajo,

Al día siguiente, dispuse mi sistema de aparejos y anzuelos sumergidos, encarnados con unos pececitos que capturé pero que preferí sacrificar a cambio de una presa mayor, no comiéndolos. Para ese

entonces ya no pensaba con claridad. Mientras esperaba funcionara mi pesca, me adormilé, desinteresándome en actualizar mis notas de campo. En pocas horas había atrapado una gaviota, por piscívora (comedora de peces), pero no vi esta situación como para atraparla y asarla. La gaviota voló arrastrando todo el aparejo al comerse el pececito de carnada, hasta descarnarse la boca y morir al pie del juncal. Para cuando llegué, con paso lento y desganado, los chimangos la habían comido. La naturaleza me estaba ganando. No su astucia, sino la falta de la mía. Ahora me acordaba de los nutrieros, que silbaban alegres el día que los vi pasar. Ellos seguro seguían en la zona, bien nutridos; tan distinto a mi situación.

Por alguna razón, al volver desfallecido a la carpa, no la encontré. No estaba perdido, sólo que la carpa no aparecía en el horizonte cercano. Una veintena de novillos, ya toritos, se hallaban en su lugar, o al menos lo que me quedaba de conocimiento me hacía verlo así.

—Me robaron —pensé.

Pero no, las pezuñas del ganado estaban bien marcadas; la evidencia a flor de vista, la tela toda pisoteada y desgarrada a lo bruto. Habían traspasado el ganado de otro potrero al que yo ocupaba, provocando tal calamidad. No existía otro término para describirlo. La estructura era irreparable, la lámpara a querosene no funcionaría más por abollada o con pérdidas y la guía de aves había pasado a ser verde por tanto bosteo de regalo. Alejé el ganado con dificultad.

Debía hacer algo urgente. Tenía que regresar y para hacerlo antes de lo pensado (pues me había dejado allí papá y me pasaría a buscar Roda en varios días más), era necesario dirigirme a una de las estancias amigas. Esa noche recurrí a las hormigas coloradas, recogiendo manojos enteros de estos insectos que no escaparon al calor de la olla a fuego lento; así, en seco, quedaban inmediatamente chamuscadas. La verdad, era como masticar papas fritas, ¡no necesitaban sal! Pero…

—¿Y si las pinzas de estos bichos me hacen mal en el estómago y no puedo digerirlas provocándome un mal mayor? —me dije, y desistí de continuar con la “comilona”.

En adelante, comencé a debilitarme, ya sin nada para beber. Por falta de experiencia cometí el error de no tomar el agua que sea, así fuera esa de color bastante translúcido que corría por todas partes, pero estaba contaminada por las heces de la colonia de anidación de miles de pichones de garzas. No tuve voluntad para morder cruda una rana, la mente se me obnubilaba. Dormiría a la intemperie y a la madrugada terminaría con la aventura.

Por tercera vez pasaría la noche sin comer. Esta vez la luna me fue indiferente y no escribí nada. La noche fue larga, porque algo que nadie sabe, o tan solo unos pocos, es que el hambre severa provoca contorsiones en los intestinos, sin dolor, pero tantas, que el abdomen se mueve continuamente, por momentos sacudiéndose. Este fenómeno me despertaba. A la madrugada era tanto que me até ajustado el cinturón a la altura del ombligo apretando lo más que podía mis tripas. Solucioné el problema para lograr dormir una horas más, a pesar del zumbido de los mosquitos que esta vez no tenían un mosquitero que les impidiera acribillarme (porque ya no tenía carpa). El repelente era efectivo, sí, pero no por mucho tiempo.

Al cuarto día llegué a la estancia de unos amigos de papá, no por preferencia sino porque sabía que todavía estaban luego del fin de semana. El día anterior habían jugado al polo, lo cual sabía no por haberlos visto sino porque al recostarme en el piso para descansar había escuchado el ruido sordo que producen los cascos de los caballos en cada *chukker* de diez minutos. Ni loco iría a pedirles auxilio estando todos allí; además me avergonzaría que me vieran famélico y desesperado por agua y comida. ¡Ni que hablar del papelón que significaría para papá y mamá escuchar los relatos! Debo resaltar que en estos casos, nunca se debe juzgar el buen tino de quien padece una situación como la mía, pues insisto, en esas circunstancias no se piensa con lógica sino que las decisiones tomadas son generalmente incoherentes. Me acerqué caminando lento, con la esperanza de que estuvieran aún los dueños de casa, Fernando y Florencia, a quienes tan bien conocía. Estaba Fernando, quien se preocupó por mi aspecto y consideró seriamente ofrecerme como primera medida un té tibio. Vi millones de estrellas de dolor al pasar el líquido por el paladar blando reseco. No estaba prevenido. La sensación es dolorosa, como si la piel adentro se quebrara. Un sorbo más,

otro y de a poco, pude hablar. Cuando volví a mi casa donde en aquel momento vivíamos, en los alrededores de Saladillo, a la que los viejos la bautizaron La Rinconada, dormí dos días antes de dar explicaciones.

Hoy, me valen las notas de campo compiladas en esos tiempos. Son los mejores y múltiples recuerdos de aquella época. Nunca me importaron las marcas de sangre que alguna vez me hice en los hombros al realizar caminatas largas con mochilas pesadas; o alguna carpa abandonada a la vera de un camino para alivianar el peso y así poder regresar; o mi organismo maltratado hasta la incongruencia, a veces con sanguijuelas colgándome de los muslos por la necesidad de medir un nido de pato en el juncal sin importarme entrar con botas de goma. Me era irrelevante si se trataba de andar caminando por las pampas, mi único horizonte conocido.

Pero… todo cambia.

Por aquellos días, Julio alias *¡Yuyo!* (así, con signo de admiración se pronuncia), un hermano de papá famoso por su corazón noble y desprendido, me ofreció viajar a la Patagonia. Se trataba de una expedición organizada por la Asociación Ornitológica del Plata, hoy Aves Argentinas. En ese viaje, el primero de larga duración que organizaba la entidad creada en 1916, ignoraba mi futuro próximo; no así mis padres y queridísimo tío por supuesto, que sabían por qué me enviaban.

El trayecto de ida ya entró en la categoría de inolvidable, por lo humano. Pero bajarme del ómnibus luego de un día de viaje, en la montaña, el bosque araucano, perfumado de aromas distintos, helechos, cañas y árboles inmensos, con la proximidad del volcán Lanín nevado y el lago Huechulafquen diáfano, silencioso por la máxima calma que en ese día me recibía por primera vez, en semejante ecosistema nuevo para ojos acostumbrados al Saladillo… ¿Cómo puedo explicarlo? Creo que no tiene explicación. Quiero hacer notar que tenía dieciséis años, que las vacaciones recién comenzaban, que era libre del corazón y de preocupación alguna, con todo el mundo y el futuro para mí, en esa "selva" repleta de verde, humedad, fresco e intimidad inmediata. El paisaje me llamaba para que ingrese a todo aquello que escuchaba,

tan fuerte y con ecos por la geografía del lugar. Ahí dentro del bosque milenario, no afuera, había canastas de especies por conocer, que sabía tenían nombre porque la nueva guía de aves de Cläes Olrog así lo decía; pero en lo personal, embelesado como estaba, no podía dar crédito, ajeno a todos los pasajeros ornitólogos y observadores de aves, casi todos socios, que se apuraban a bajar las mochilas y buscaban el mejor lugar para acampar. Sólo me sacó del trance Paula, morocha divina de ojos marrones, sonrisa blanca y franca, con su pelo lacio y hebilla que se le resbalaba, agarrándole el pelo hasta los hombros como a cualquiera de mis hermanas excepto por el color; apenas más chica que yo, sencilla y absoluta al mismo tiempo.

—¡¿No te apurás?! ¡Los pájaros se van!

Todos chicos, Luciano, Eduardo, Paula, Juancito y yo nos cargamos las mochilas y buscábamos la mejor vista, pisoteando a los adultos con apenas un perdón, repletos de ilusiones y motivos para tenerlas.

Esperé el anochecer para volver. Pues me había metido temprano entre los cañaverales, absorto por la altura y densidad de los *Nothofagus*[1]. Me encontraba más alejado del campamento de lo que creía y no había avisado mi recorrida. Cuando decidí mirar la hora, aunque con luz, pude comprobar atónito que eran cerca de las once de la noche.

—¡Maldito verano austral a latitud tan baja!

Para aquel entonces ya debían estar organizando una redada de búsqueda y de hecho comencé a oír los primeros gritos con mi nombre.

—Bernabéééééééé —se oía en estéreo y lejano.

—¡¡¡¡¡¡¡Acá estoy!!!!!!! —respondía; pero el follaje se tragaba la energía de mi voz.

1 Género representativo de árboles de gran porte en la patagonia andina, en este caso coihues.

Pronto, las llamadas se esfumaron. Por lo menos tenía una dirección que seguir, la de las voces que había oído; además, más allá de que *todo lo que sube tiene que bajar*, no había manera de perderse, pues habiendo trepado esa pendiente paralela al camino, solo bastaba regresar. Como fuese, caminaba varios pasos por donde podía abrirme espacios. Pero hubo más...

Sentí aprehensión porque alguien me seguía. Diez pasos rápidos y ruidos detrás mío por debajo del nivel de los helechos. Me daba vuelta colérico y temeroso al mismo tiempo. Nada. Otros pasos, ahora cinco, más lentos, e igual algo me seguía, más lento, pero más cerca. No obstante, al detenerme no podía ver nada. ¿Qué broma de mal gusto era esa? Otra vez y otra vez. Hasta sentir tensar mis piernas. Debía haber algo a mis pies, prácticamente sobre mis pies, o estaba loco.

—CraÁAAuuu —gritó algo potentísimo casi al lado de mi tobillo.

Corrí despavorido, me sonrojo al contarlo, so pena de perder parte del equipo, llámese lapiceras, libreta o algún alfajor, antes de ponerme a pensar qué podría haber sido aquello.

—*Pselorchilus rubecula* tal vez, un Tapaculo, son típicos de por aquí y la gente los llama Chucao, su grito es onomatopéyico, es un ave enana de sotobosque —me dijeron.

Y guardé mi secreto, pidiendo disculpas por aparecer tan tarde y haberlos preocupado. Aparecí justo en ese momento entre la penumbra y la noche, en el cual el fuego alto anunciaba buenas historias, con la sagrada comida en una gran olla tiznada para cuarenta fanáticos, de nueve a setenta años de edad. Con noches así de cortas, pronto salimos listos a recorrer la costa del lago, esta vez organizados en grupos de seis o siete, con un guía igual a nosotros. Es decir, un socio más presto a colaborar y enseñar su conocimiento a los demás.

—Varias figuras de patos, son claros, justo del otro lado del Huechulafquen —dijo alguien.

—No los veo… —comentaron otros.

Allí estaban los patos vapor, pero podían no serlo, estaban lejos. Mis binoculares no eran buenos y para esa fecha les quedaba poco de utilidad por sucios y maltratados. Decidí nadar para acercarme, pero las distancias de alguien no acostumbrado a ese paisaje fueron mal interpretadas. En realidad estaban mucho más lejos de lo que creía.

—¡¡¡¡¿Pero adónde vas?!!!! —me increparon.

—Quiero que se asusten y muevan de lugar, así ustedes los miran por mí y tenemos una identificación certera.

Era un trabajo en equipo. El agua estaba a diez o quince grados, creo, por más que en el aire brillara el sol e hiciera calor. Sentí entumecerse mis músculos en todo el cuerpo a cuarenta metros del grupo que me esperaba en la costa.

—Se están moviendo, seguí así.

Pasó volando bajo una garza bruja, que me llamó la atención por no ser de la misma raza que la bonaerense, pero mi destino ya estaba echado.

—Son patos vapores, del tipo volador, ya está Bernabé, seguí asustándolos —me dijeron.

Confuso por mi malestar, ajeno ya a la garza y a los patos, no escuché nada de lo que decían e intentaba volver lo más rápido posible. Casi lo logro. Aspirando algo de aire y llegando a gritar pidiendo ayuda, me dejé hundir a sabiendas que por estar tan cerca de la costa, al sentir el piso bajo mis pies pegaría un patadón para arriba logrando reaparecer salvadoramente. Pero no estaba tan cerca del fondo, ni la costa tan próxima. Muchos lo tomaron como un chiste, mientras yo abandonaba el mundo en paz, con los ojos abiertos mirando arriba, dejando el vaivén del agua en la superficie, cada vez más alta, percibiendo brillos y tonos verdosos entre transparencias. Uno de los chicos, menor que yo, no tan atento a los bichos, el menos ornitólogo del grupo en definitiva, me observaba. Seguía sumergiéndome con las extremidades tiesas, consciente, con una mano estirada hacia arriba. Me contaron que se sacó la ropa más pesada rápidamente y se zambulló. Sentí el piso muy

al fondo y logré impeler el cuerpo bastante hacia arriba pero ya no me importaba mucho, es raro, así es la hipotermia… Apenas subí un poco y ahí quedé, viendo la superficie desde abajo, real y fría; entonces sentí que me pasaban una mano tibia por el pecho y me dejé salvar, sin poder hacer nada hasta que percibí el aire caliente y seco en la cara. Aspiré una bocanada de aire en forma compulsiva y otra y otra. El resto del grupo llegó corriendo, sin entender qué pasaba, desde donde se habían ido los patos vapores. Aún sentado en la negra arena volcánica no podía mover las articulaciones, quedándome en la misma posición que me dejaran por minutos. El sol calentaba la roca y esa tibieza se transmitía a mis piernas, mientras el calor de media mañana me devolvía la vida lentamente.

—¿Alguien los identificó? —logré preguntar sin mirar a nadie.

—Sí, eran *Tachyeres patachonicus* —dijo una voz de mujer que reconocí dándome el ánimo que necesitaba.

—Bien.

Eduardo Zar, a quién le debo la vida, moriría escalando el Fitz Roy tiempo después. Su cara y alegría franca me acompañarán de por vida, prácticamente sin haberlo conocido; siempre negó haberme salvado.

—No te salvé, eso es lo que vos decís. ¡Si respirabas! —resumía.

—Vos no tenés idea de lo que se siente tener en frente a alguien que se equivoca tanto —le contestaba. Pero no quería escucharme.

Así era de bueno.

El contacto con todos ellos se convertiría en amistad por décadas. Muchos de los chicos preferirían la escalada, los mismos que con Eduardo habían llegado a *rappelar* desde el piso séptimo hasta planta baja en Las Heras y Junín (en Buenos Aires, donde vivían) para horror de los vecinos que los habían visto. Y el resto, me incluyo, continuó con los binoculares.

Y Paula, a quien escribí tantas veces, sin querer se fue convirtiendo en alguien especial y sus sobres, que llegaban a la Casilla

de Correo 38 de papá, en la oficina postal de Saladillo, harían de ese lugar algo muy apreciado, más que por sus cientos de puertitas de vidrio esmerilado con marcos de cedro claro y numeración en laca con letra azul. Por esa puertita llegaba Paula, a la que finalmente, con todo anhelo, llegué a leer una vez casi cayéndome sentado:

—Cuando vuelvo del colegio busco una carta tuya sobre mi cama y cuando la veo, se me acelera el corazón.

Amigos sin edad.

CAPÍTULO 12

—¡¡Cuidado con las piedras!! ¡¡Jaaa, Jaaa!! —dijo y se rió el doctor Niels Krabbe (*PhD*) en el momento en que, para evitarlas, aceleraba y volanteaba su Land Rover modelo Santana. Esos cortitos fabricados en España, perfectos para su trabajo en la montaña.

Era de noche todavía. Llovía y habíamos despertado tempranísimo en su casa de Tumbaco. Andábamos por caminos de cornisa por la arteria principal de Ecuador, entre Quito y Guayaquil y a mitad de camino debíamos tomar a la izquierda por una vía secundaria en plena cordillera.

—¿Viste esas piedras que caían con agua desde arriba, entre la selva? ¡Si no te apuras cortarán el camino y deberemos abortar! —agregó alzando la voz sobre el motor que de nuevo rugía encaramando la próxima cuesta.

Esa ruta, como cualquiera de cornisa y en Sudamérica, era una aventura. El chofer de un camión de combustible había preferido chocar contra la pared opuesta del camino para no arrojarse al vacío.

—¡Probablemente se le cortaron los frenos y prefirió chocar antes que caer! ¡Es lógico! —me decía.

—¡Debemos llegar temprano, sostente! —y como un bólido reconoció el camino de entrada por el cual dobló.

—¡Espero no haber roto el chasis! —agregaba divertido, dejando atrás un cráter en el sendero, con el que habíamos hecho vibrar toda la carrocería.

—¡Tengo otro igual a éste! —me aclaraba mientras golpeaba con la palma de la mano dos o tres veces el volante y me miraba sin prestar atención al camino por delante, ya al amanecer.

Por fin, llegamos a un punto que me pidió no divulgara jamás, y tampoco pienso hacerlo ahora, pues estábamos en el área de estudio de

unos loros en peligro de extinción, los Orejiamarillos o Cariperos, como les decían en Ecuador. Los coleccionistas de aves exóticas, de enterarse, podrían enviar a capturarlos a cambio de miles de dólares. Estaba con el mejor ornitólogo del mundo, admirado por mí. Por lo mismo, aunque no tuviera nada que ver, lo consideré siempre un experto al volante; o al menos, nunca me enteré que tuviera algún accidente. Niels era un amigo, un amigo ornitológico y todos sus amigos eran ornitólogos, su vida era eso, las aves. Nominó aves no descriptas para la ciencia con el nombre de sus hijos. Su piano le descansaba la mente cuando la presionaba mucho escribiendo ornitología y además de sus cientos de artículos de alto nivel ornitológico había escrito un libro enorme con su amigo Jon Fjeldså, igual de danés, de igual barba larga blanca darwiniana e igual de *hippies*: "La ornitología de las aves de los Andes".

—Este es el mapa, debes seguirlo con tu guía; no te veré hasta dentro de cinco días. Saldrás del otro lado de la cordillera, todo el trayecto por zonas frías pero boscosas, ¡o lo que queda de selva claro está!

—Pero…

—Te pasaré a buscar o enviaré a alguien por el otro lado, en este pueblo al Este ¿*Okay*? No te retrases o te quedas —me dijo mientras sacaba el dedo índice del mapa.

—Pero Niels…

—¡¡Si tienes éxito, tendrás mucho trabajo!! ¡Encuéntralos! Porque hace un año que no vemos ninguno. Yo pienso que ya se comieron el último y no quedan más. Si es verdad que existe una pareja anidando, ya lo sabrás. ¡Comprueba que sea verídico!

—*Okay*.

—No le cuentes a nadie; si los ves, niégalo, porque valen mucho en el mercado negro y no queremos levantar la perdiz. ¿Alguna pregunta?

—Ehhhhh…

—¡¡*Bye bye*!! —y se marchó rápido de la misma manera que llegó.

Ese era el buen Niels.

Congenié enseguida con Manuel, mi nuevo guía. Confiaría

totalmente en su instinto, porque yo sabía muy poco sobre el viaje que emprendía; por ejemplo si debía llevar más alimentos o no, si viajaría a pie o a caballo. Niels siempre me contestaba que con lo que pagaba estaba todo arreglado. Tuvimos un día entero de caminata hasta su finca, una pequeña parcela con una casita en medio de un paisaje inmenso que se repetía: lomadas peladas y selva en los ríos en cada quebrada, donde no se podía cultivar. A medida que avanzábamos esa era la constante. Ningún parque nacional. Me mostrarían el camino para luego regresar sin guía en las siguientes ocasiones. Siempre era interesante conocer geografías nuevas pero en esta ocasión desesperaba. No sabría dónde iría a parar, y por ello llevaba bolsa de dormir y una buena colchoneta. Según decían, una palma de cera aislada, de esas palmeras altísimas de fuste (tronco) angosto, tenía un hueco parecido al de los carpinteros y al parecer habían anidado alguna vez aquellos loros pero sin corroborarlo nunca ornitólogo alguno. Por lo tanto la casa más cercana a ese sitio que ya había servido de paradero para Niels y su amigo Pancho Sornosa, ahora lo sería para mí, es decir, la casa de Manuel. Pobre y desvencijada, sin baño excepto los alrededores que hacían de tal, me daban la bienvenida cantidades de papel higiénico disperso. Con sólo ver aquello, sabía lo que me esperaba.

Apenas entré, por educación y porque una garúa fina me obligaba, hallé un fogón sobre tierra desnuda; ese era el piso. Me encontraba en la cocina. El concepto de chimenea no existía, ni pensaban en ella, apenas pudiendo respirar bien o ver entre el humo a los anfitriones que me recibían con alegría e incondicionalidad. No había señora de la casa, y fue lo primero que supe en un monólogo.

—La mamá de los niños me abandonó por otro. Dejó a estas criaturas desamparadas igual que a mí. Ahora yo cuido de ellos. Hace como cinco años que se fue.

Un paperío terragoso sería nuestra habitación, es decir, las esquinas de la cocina y otra habitación estaban atiborradas de papines, prácticamente su único elemento de canje para comerciar. De allí que mi guía deforestara la selva con gran dificultad, a cambio de utilizar esa tierra negra y tan nutrida, característica de los andes de altura media hasta Venezuela. Las palmas de cera eran propias de ese tipo de terreno

y los loros orejiamarillos sus fanáticos habitantes, para comerlas en parte (sus pequeños cocos rojo rabiosos) y sobre todo, por utilizar sus troncos para anidar.

Los más pequeños de los tres hermanos, patearon jugando las papitas más pequeñas hasta despejar el área para dormir. Le entregué al señor su paga y sin ocultarme su escondite, no tuvo el menor problema en dirigirse a su "rincón secreto" frente a mí, con la mayor de las confianzas como gesto de amistad. Subió por sobre el tumbado[1] y arrastró para sí una caja de madera con tapa. Allí había algunos sucres amontonados y las escrituras humedecidas de su propiedad, todo dentro de un talego[2] plástico.

Nos dispusimos a dormir luego de comer algunas papas hervidas, a las cuales sumé fideos y otros regalos. En esas circunstancias no había que mostrar alimentos exóticos para ellos (una sopa instantánea por ejemplo), para evitar una comida "incómoda". Es decir, no sabrían que hacer con los sobrecitos. Me puse medio intranquilo al notar que el hijo mayor era "opa" o tenía al menos algún problema motriz, no por ser agresivo, por el contrario, pero lo trataban diferente y se veía raro.

A la una de la mañana el jefe de la familia encendió un grabador a *cassette* despertándonos sin sentir culpa alguna. Una voz de hombre parecida a la de una mujer por lo aguda gritoneaba temas de abandonos amorosos y despechos. Se llaman *corraleras*, bien mejicanas. No entendía desvelarme así y a esa hora, además, en tales momentos de la medianoche no creía que aquella gente saliese a ordeñar vacas, que además no tenían.

—¡Levanten niños! Escuchen lo que hizo su madre. Como los abandonó.

Sin recato por mi presencia, como si yo no existiera, fue sacudiéndolos uno a uno, con amor pero sin dejar de ser brusco, por el dolor que le provocaba su esposa.

1 Cieloraso.
2 Bolsa.

— ¡Maldita! Maldita mía.

Uno de los niños más movedizos encendió una vela sin que se lo pidieran y creo recordar algún Ave María al son de la música estridente y saturada. Se agregó una llamada angustiada de uno de los chicos, porque el mayor entraba en estado de epilepsia. Todo lo oía, pero no vi nada. Y todo aquello casi casi en el medio de esa familia, porque dormíamos en una sola habitación. Me senté para entender qué pasaba pero se calmaron rápido y antes de lo que calculé, se durmieron todos menos yo, quedando desvelado como si hubiese soñado lo que viví. La *cassette* se terminó a la media hora, y quedé en el más profundo silencio de nuevo. Y me dormí.

No sé cuánto habrá pasado, pero un ratón de los grandes caminó sobre la cama de los tres hijos: unas cobijas en el suelo. Los tres dormían así, sin colchón, sobre unos tablones de madera, todos juntos. Me desperté cuando Manuel les ordenó que no la dejaran escapar. Cuando abrí los ojos noté que habían encendido una vela y uno de ellos intentó darle caza.

—¡Cójalo con la mano pues!¡Qué espera! —dijo el padre al hijo mayor.

Se sintió un alarido, porque por supuesto el animal se defendió mordiendo al sentir una palma sobre la espalda. Había escapado y el niño se lamía la mano con fruición. Encendieron el apreciado equipo de música destartalado, algo así como la única reliquia en el haber de familia, y se durmieron todos de nuevo esta vez con la música del lado B. Debería convivir con aquella gente dos a tres noches más. Todas fueron ruidosas como la primera, un evento casi insoportable que duraba una hora, lado A y B, aunque no me correspondía protestar. Eran mis anfitriones y aquel "mi hotel". Me impresionaba porque se dormían de nuevo como si hubiese sido una escena de sonambulismo colectivo. Y el único que quedaba desvelado y eléctrico era el invitado.

Mientras me dedicaba a estudiar a los loros en la zona, podía observar de tanto en tanto a esa familia, en especial al mayor de todos con ataques de epilepsia.

—¿Cada cuánto tiempo su hermano entra en trance? —pregunté al del medio.

—Dos o tres veces por día —y se quedó en silencio. Pero antes que le preguntara más decidió abrirse y dijo corroborando que su padre no estuviera cerca:

—Mi papá dice que es tonto. Cuando se pone así es que lo retiene el mismo diablo.

—Mi papá entonces le pega para sacarle el embrujo. Si no responde lo bota al suelo y patea, luego rezamos hasta que quede tranquilo.

—Mi hermano es así, está poseído…

Desde aquel día, el mayor de los hermanos, aquella criatura desgraciada con la cara desfigurada por el fuego, recuerdos de sus ataques cayendo sobre las brasas sin poder reaccionar, acarrearía mi atención. Una de las manos podía articularla apenas, todavía se recuperaba de una cortada de tendones por haber sido enviado a cortar maleza con el machete: *si había que alimentarlo, que para algo sirviera*. En otro de sus ataques apretó el filo en una mala posición, a modo de bastón, y de allí otra herida ya cicatrizada. Pero en cuanto a la derecha quién sabe qué le había sucedido en la infancia, la tenía tullida.

Tal espectáculo era tenso de soportar, ya que en cualquier momento podía comenzar a convulsionar.

Hablé con Manuel y parecía una gran persona. Digna de respeto por sus vecinos, e incomprendido. Era un hombre útil para la sociedad del campo, pero vivía sin atender a su hijo como correspondía. Esa misma tarde luego de las lluvias, crucé a la finca de otro vecino, a no más de trescientos metros. Éste, en comparación, era el rico de la zona.

—No comprendo por qué usted se queda a dormir en la casa de esos miserables —dijo en un momento de confianza, mientras preparaba unos pisones de madera para moler cañas de azúcar, pues tenía un trapiche.

Pero miserable me resultó a mí ver cómo un pajarito, en muy

buen estado de salud y de diez o más colores, un *Tangara* capturado atontándolo con una cauchera[1], había sido atado en el piso de tierra de una pata a un hilito y en el otro extremo a una estaca mínima. Allí estaba aterrorizado, saltando entre los perros y gallinas tratando de volar de vez cuando en el patio, al lado de la galería. Parecía manso, pero cuando se asustaba parecía tener un motorcito y haciendo "TRRRRRRRRT" con el aleteo de las alas no llegaba a elevarse un metro y caía desfigurado hasta reponerse. Si un perro se acercaba era castigado.

—¿Y esto? —le pregunté a un niño feliz.
—Me lo regaló mi papá, lo cazó esta mañana. ¿Le gusta don?

Me reafirmaron que el "bobo" era considerado diabólico en su casa y por ello a veces le pegaban, por ignorancia, para espantarle los espíritus. No obstante, su dolencia había sido diagnosticada por los médicos y con una serie de pastillas diarias era suficiente para evitarle los espasmos. De eso hacía años, pero el papá no tenía dinero para comprarlas de por vida.

—Es un hombre bueno, pero ignorante —agregó el dueño de casa.

Terminados mis censos en los bosques de los alrededores, al anochecer me encontré a los tres hijos en la cocina de la casa. Manuel se había ausentado. Los dos más chicos, terribles y enormemente inquietos, se hicieron querer de inmediato por sus ocurrencias. El mayor y epiléptico, se puso repentinamente desconfiado, y andaba escondido por ahí. Los ayudé a pelar papas a la espera de su padre, quién regresaría en cualquier momento. Con el tiempo ganado por mi participación decidieron jugar con una monedas que ya no tenían valor. No supe bien que frase utilizaban cada vez que uno de ellos ganaba, pero tenía que ver con arrojar una moneda al suelo y con otra en la mano dispararla con la puntería suficiente como para que impactara la que estaba en el piso, dándola vuelta, hasta mostrar efectivamente la cara opuesta. Aquellos dos niños gritaban cada vez más con el entusiasmo creciente del juego. Esto atrajo al mayor, que por primera vez reía, pero por lo mismo se puso nervioso y comenzó con uno de sus ataques delante de mí.

1 También: honda o cauchera.

Desmayado y cayendo debí golpearlo con fuerza con una patada para que no diera repentinamente sobre el fuego. Y en el suelo siguió echando babas mientras sacudía el esqueleto de manera patética. Pero el juego de los hermanos, acostumbrados a esas escenas, no se interrumpió mucho cuando vieron que lo había salvado de las brasas; por el contrario, una de las monedas fue a parar sobre una de las piernas del pobre desgraciado, todavía tembleque, pero ya mejor.

—Déjelo ahí que se recupera solito don—me ordenaron esos salvajes.

Su única intención era la de no parar el juego y como ya estaba quieto, dispararon de nuevo una moneda, arrancándole al enfermo y exhausto hermano un grito de dolor con un último impacto ganador sobre su rodilla. Vitoreaban el fragor de la competencia alzando las manos en sus edades inciertas, tal vez siendo mellizos de nueve años pero pareciendo de siete por desnutrición. Y así fueron esfumándose sus siluetas en la oscuridad y el humo de la cocina, siempre alegres, hasta hacerse de noche y acabarse el fuego, dicharacheros al reconocer la llegada de su padre por alguno de los perros recién llegados. El hermano mayor se levantó confundido sin recordar nada y molesto se sentó en un rincón sucio del gallinero, al cual se accedía gateando por la parte de abajo de la casa.

El último día, aquel jefe de familia todavía dudaba si alquilarme una mula para salir a la civilización sin cargar la mochila al hombro. Su bestia predilecta, y la única que tenía, había sido forzada con mucha carga el día anterior. Tal vez no había descansado lo suficiente. Pero como el dinero extra le venía bien, no aceptó que cruzara a lo del vecino a pedir ayuda y sin tardarse le pidió a sus dos hijos revoltosos la prepararan para partir. Me sorprendió que Manuel les encargara el trabajo.

—¿Usted no la va a montar?

—No Manuel, sólo la mochila —le contesté.

—Entonces no hay más que hablar —y nos estrechamos fuertemente la mano.

Ese lugar me aplastó. La pobreza extrema en que vivían no

era mi responsabilidad, y el buen Niels y Pancho Sornosa lo habían contratado precisamente a él, para ayudarlo. Les dejé todo lo que podía y partimos temprano por la mañana. Fuera de la vista de Manuel esos chicos comenzaron a jugar con el animal, del cual se colgaban cuando podían para no esforzarse en las trepadas. Me ofrecieron montar, pero les dije que le había prometido a su padre no hacerlo, que el viaje era largo y no exigiría más al animal. Caminando horas, mi mente se alejaba de ese entorno físico, tal vez contenta de haber hablado bien y a favor de aquel chico con Manuel, haciéndole ver que unas pastillas en el centro de salud más cercano podían evitar más ataques de epilepsia, así costaran caro y comentándole del peligro que significaba que ese niño siguiera cayéndose sobre el fuego; le sugerí levantar un poco su fogón con una base de tierra.

De golpe me sobresalté. A mitad de camino, una viejecita que conocía bien a los chicos les pidió mesura a gritos, por los latigazos que le daban a la bestia.

—¡Ese animal debe ser tratado mejor, sabandijas!

La mula aguantó muy bien hasta que me sacaron a un sendero más ancho donde ya podía caminar sin guía ni ayuda y al llegar a un caserío, luego de "convidarlos" con Coca-cola y papas fritas, atiborrando sus cachetes, regresaron con la mula.

Me habrían de contar que esos dos granujas volvieron con el animal en andas y justo en la zona donde la viejecita los retó, el animal se echó de lo cansado que estaba. Quedó en el suelo y no se movería hasta expirar por agotamiento. Desesperados ante el previsible enojo de su padre, trataron de resucitar el animal, metiéndole los dedos en los ojos y el trasero sin compasión, aunque ya no podían hacer nada para que caminara de nuevo. El lagrimeo duró semanas y la ruina recaería aún más en la familia, pero el proyecto de Niels les compraría una nueva.

Ahora, debía salir del centro de los Andes tropicales, tenía que avanzar hacia el Este. Según indicaba el mapa, me encontraba de repente en la cuenca amazónica, no la del pacífico. Había dos maneras para llegar al pueblo: una chiva al día siguiente, no ese día como estaba

planeado (lo cual provocaría un desencuentro con quién me pasaría a buscar) o caminar como nunca lo había hecho en mi vida, no por la distancia, sino para llegar antes que se hiciera de noche a la ciudad de destino. Y así lo hice. A varios kilómetros de caminata sobre un camino ancho y de pedregullo entre cornisas ya más afables, cedió la plantilla de mis flamantes zapatos de *trekking*, de muy buena marca por cierto, producto de tantos días en la humedad y consiguiente flojera del calzado. Unas cruces en el interior de la suela, no entiendo por qué el modelo era así, comenzaban a marcarme la planta del pie y en una última escena de dolor, caí en la banquina. No sabía cómo solucionar el problema, mientras sacaba las plantillas deformadas del zapato. Pero en un acto reflejo abrí la tijera de la infaltable navaja *Victorinox*. Sacrificando las tapas de mi libreta de campo, improvisé unas plantillas de horma idéntica a la anterior, me cambie las medias y pude seguir, llegando a tiempo.

Del loro orejiamarillo ni noticias y lamentablemente nunca más se vio en Ecuador. Cazado para su venta o comido. Por lo que había vivido, probablemente la última opción.

Ecuador, la tierra de las selvas y los volcanes con glaciares perpetuos y a veces activos, el amazonas o el mar pacífico, selvas del chocó biogeográfico o los páramos helados; un país fascinante. Hacía un año lo recorría y la visa una vez más expiraba. En contraste con la búsqueda de los orejiamarillos en la montaña, los siguientes días debería invertirlos en legalizar mi situación entre pitazos, asfalto y semáforos. El presidente loco ya había sido substituido y las reglas eran más claras, se hacían cumplir. Más allá de terminar contactado con el Secretario del Ministro de Relaciones Exteriores de la Nación, un favor inmenso gestionado por el presidente de la Corporación Ornitológica del Ecuador, de todas maneras se me pedía que saliera del país unos días y el destino más favorable desde Quito era vía Colombia. Así recomendado, me darían una nueva cédula de extranjería. En Quito me gustaba trabajar con Niels e ir siempre a la oficina de BirdLife International, una federación global para la protección de las aves con casa central en Gran Bretaña, para luego pasarme a Cecia, la asociación ornitológica local. El clima me gustaba, me recuperaba de mis excursiones y veía por nuevas ofertas de trabajo. Todos me instruyeron en el modo de cómo llegar al Norte del país.

Tendría que realizar el viaje por tierra, durante seis horas en bus. Llegar a Tulcán, cruzar en taxi a Ipiales, del lado colombiano y recién en aquel otro país, procurar hablar con el cónsul encargado de Ecuador. Pero este plan alarmó a unos empleados administrativos en Quito, menos teóricos que su jefe en la oficina de migraciones, quienes me insistieron que si salía del país en la frontera no me dejarían volver a entrar.

—Su cédula de extranjería expiró, necesita una nueva visa; si el Cónsul no se la da, no podemos hacer nada por usted —me dijo otro oficial cuando miraba mis papeles.

—Lo sé, lo sé, sólo deséeme suerte.

Y así salí para la frontera colombiana. La amenaza era lógica y por ello tenía conmigo todos los papeles necesarios, como había dicho; estaba informado y recomendado por el secretario de un ministro de la Nación. Pero como es costumbre, no bastarían. Cuando me presenté ante el cónsul, me pidió realizar un trámite más en Quito. Estaba en aprietos, una vez más. Había un error en uno de los sellos, si lo hacía corregir, no habría problema. Escuché incrédulo la sentencia a lo cual comenté:

—Señor, no puedo volver a entrar en Ecuador y estamos hablando de un sello que el mismo Ministerio de Relaciones Exteriores omitió utilizar bien, es un error nada más, puedo hacerlo corregir a mi regreso si Ud. me da la visa.

—No puedo hacer nada señor. Lo lamento mucho.

—¿Este sello está mal?

—Ya le dije que sí.

—¿Qué debe tener que ya no tenga?

—La firma del segundo secretario.

—¿No será ésta?

—No, ésta es la del primer secretario, a quien conozco muy bien.

—De acuerdo.

Como era de esperar, ya estaba sentenciado. Para volver a entrar a Ecuador seguro tendría graves problemas. Nuevamente en la frontera,

una sargento, de unos cincuenta y cinco años de edad, me escuchó rogar por su clemencia. Fui a parar a la fila de ella de inmediato, al mismo tiempo que me enteraba, por dos que hablaban sobre fútbol, que el día anterior la Argentina había goleado a Ecuador. De pronto podía entender, tal vez, un poco más la actitud del cónsul. Si el hombre se trataba de un fanático de este deporte, no había amanecido de buen humor. Cuando me coloqué en mi ventanilla vi que un funcionario uniformado le pasaba una pelota a un compañero, prometiendo "ir a jugar a las 3 p.m."; era muy posible que cuando me tocara el turno para pedir hablar con la sargento ese hombre se desquitara el enojo de la noche anterior. Y así fue de inmediato.

—Argentino, con problemas de visa. ¿Vio el partido anoche?
—No, pero ganamos.

Para que iba a andar con vueltas. Pero debía agregar:

—Pero no me gusta el fútbol —y sonreí—, lamento perdiéramos.
—¿Cómo "perdiéramos"?
—Y sí, si bien soy argentino, también me siento ecuatoriano. Mi novia es ecuatoriana y me quedaré a vivir en Ecuador.
—¿A quién quiere ver? —me dijo de golpe serio mirando mi cédula de extranjería—. Mire que con estos papeles no podrá entrar de nuevo al Ecuador.
—A la jefa, quiero hablar con ella para pedirle piedad, que sólo me deje pasar dos días, es para agregarle una firma a un sello en el ministerio.

Me pusieron frente a la jefa de turno. Tragué saliva y me dispuse a hablar.

—Ten…
—Ya escuché la conversación. Imposible —dijo interrumpiéndome.

Hubo un largo silencio y no me miraba a los ojos.

—Mi sargento, si fuese su hijo, ¿me dejaría del lado colombiano

por siempre por no darme dos días de permiso para entrar a Ecuador?

Y me miró.

Concedido, el mismo día que llegaba a Quito debía regresar. Y habiendo cumplido y habiendo conseguido la bendita firma que faltaba, a la mañana siguiente otra vez aparecía por la frontera. Una pérdida invalorable de tiempo, pero tenía lo que faltaba. Algo así como cuando a uno lo pasean del primero al segundo piso y del segundo al primero en un edificio de la administración pública; aunque en este caso entre la capital del país y su frontera con Colombia. Llegué a tiempo a la frontera el último día laboral de la semana, el tiempo apremiaba. Quería evitar pasarlo encerrado en un hotel sin hacer mucho excepto escribir hasta que reabrieran el consulado el lunes. Ipiales, en Colombia, era una ciudad que no conocía y bastante peligrosa, o al menos no tenía buena fama. No eran esos mis planes. Apenas llegué a la frontera, en territorio ecuatoriano, pregunté a qué hora cerraba el consulado de Ecuador en Colombia, de lo cual deduje que me quedaban dos horas de tiempo para obtener la visa. Pero en la aduana de Ecuador me confundieron diciéndome que por más que corriera, ya no llegaría, por una diferencia de cambio de horario reciente del otro lado. Crucé tranquilo a Colombia entonces. Ahora debía esperar hasta el lunes a las diez de la mañana, cuando el cónsul volviera luego de marcharse a Bogotá, cosa que sabía por él mismo. Estaba en Colombia y no sabía qué hacer.

—Piensa rápido Bernabé. Piensa rápido —me dije varias veces mientras aguzaba el ingenio.

Me hallaba en el departamento de Nariño, en Ipiales, Colombia, en el país de las aves por antonomasia. A menos de doscientos kilómetros, en Ricaurte, existía una reserva. Y la visité. Pero ¡oh sorpresa!, el lunes no me fue grato descubrir saberme víctima de una mentira. Pues ese viernes pasado no cerraban a la hora que me habían dicho, sino varias después. El país que tantas emociones buenas me había dado, esta vez fue vil por medio de sus militares de frontera. Una vez más pensé en el partido que perdieron y sí, eran capaces de una cosa así. No obstante estábamos en equilibrio: "Ayer" no me habían deportado dándome cuarenta y ocho horas de gracia; "Hoy" no protestaría más. Tenía una

nueva y flamante cédula de extranjería por un año más.

Con el orejiamarillo que no aparecía, las expediciones locas fueron mermando hasta que Niels cerró el proyecto. Pero como atendía varios programas donde me solicitaban como ornitólogo de campo, siempre estaba ocupado. En uno de ellos, terminé frente al mar, mientras escuchaba por segunda vez una pregunta que no era fácil de contestar:

—¡*Sanderling*! ¿Te vienes a Austria conmigo?

Así me llamaba Andrea Richter, en alusión a esos playeritos del género *Calidris* que en la playa, con cada ola que llega se alejan y cuando se va la persiguen, buscando los minibichitos que deja el agua salada sobre la arena. Esta ironía en chiste era en alusión a que yo, en traje de baño y disfrutando una encendida y cálida puesta de sol sobre el Pacífico, sentía el agua sólo hasta los tobillos porque no me metía nunca.

—La acción esta acá *doctordoctor*, en Sudamérica —le respondí de repente a mi querida y joven austríaca, que así llamaba en alusión a sus dos carreras y dos doctorados, primero en psicología y recientemente en biología.

—¿No vienes conmigo?

—No. Te dije que no te enamores de mí.

—¿No quieres hacer un doctorado en mi país?

—Sí, y me iría por las ramas, la academia y lo *docto* cercenaría mi rico pensamiento lateral.

—Eres incorregible.

—Te extrañaré.

—Sí, pero todavía no me fui…

Cerrábamos todos la culminación de varias semanas de estudios viviendo en la selva. Las playas de Montañita y Manglaralto en la provincia de Santa Elena nos revivían. Yo, de mi dengue. En la montaña los mosquitos te acribillaban (de allí mi contagio) pero abajo no había ni uno y esto permitía hacer fuego en la playa feliz, escuchando *reggae music* hasta el amanecer entre pizzas y cervezas.

—Es increíble que te hayas recuperado tan rápido de tu enfermedad, ayer a esta hora temblabas y transpirabas.

—Gracias Andrea —le dije mirándola un instante profundamente, consciente que durante los últimos cuatro días me habían atacado picos de fiebre que duraban una hora, al crepúsculo, y era ella la que me socorría haciendo de *chaman* repartiendo lo mejor que pudiese el botiquín de primeros auxilios repleto de medicamentos—, es raro, estoy muy bien ahora.

—¿Qué sentías?

—Dolor repentino en los huesos, la luz me producía dolor en los ojos.

—¿Estarás bien?

—Estoy bien —y la miré de nuevo tratando de adivinar qué pensaba más allá de su mirada azul y pelo castaño, con pecas brillantes de arena mojada en la cara debido a su reciente chapuzón.

—¿Qué piensas *Barnaby*?

—La doctora Becker es genial en hacer estas expediciones con voluntarios. Jamás pensé en estar en un campamento americano, tan característico.

—¿Característico?

—Con los ingleses abunda el *porridge*[1]—la miré divertido.

—¿Y con los americanos?

—Escasea el whisky.

—Vamos, habla en serio.

—Los campamentos con Dusty son ejemplares, un frasco con chocolates m&m, otro con almendras, otro con caramelos, otro con nueces y mucho kétchup[2].

—Basta de comer kétchup, te hará mal —me decía riéndose mientras me veía parado lanzando caracoles al mar y ella seguía sentada con sus trenzas tirolesas tapándole las orejas, perdida en los rojos, naranjas, azules y amarillos de las nubes pegadas a la creciente oscuridad.

—Dos cosas me impresionaron en esta expedición.

Me miró.

1 Avena con agua, batida.

2 Salsa de tomate.

—Bueno tres ahora que te veo ahí sentada y tan descubierta…

No se ruborizó y sonrió.

—La primera, haber estado enseñándole a un voluntario a sacar aves de la red de niebla, cuidando que no rompa las patitas de los pobres pájaros. Como pasó con Kevin el primer día y que esa misma noche, en la presentación del grupo, enterarme que pagó este viaje para trabajar con nosotros, sólo para *desestresarse* de su trabajo como ingeniero en sistemas, ¡en la NASA! ¡Porque es el programador del ensamble del taxi espacial *Challenger*!

Se sonrió y agregó:

—También teníamos un artista plástico famoso, *Barnaby*, y un millonario de Long Island.

—¿De verdad?

Y rió.

—Segundo, los cuatro minutos de silencio por Ted Parker, todos parados luego de las palabras de Dusty, mirando la selva sin poder ver el valle ni el cerro Loma Alta, donde sigue estrellada la avioneta.

—¿Quién fue? ¿Por qué tan famoso?

—Tal vez no más famoso que cualquiera de los famosos de Cornell o Luisiana, pero sí un grande como ornitólogo de campo. Su oído y la capacidad de identificar hasta cuatro mil especies de aves con solo escuchar un poco el canto, el empuje que le dio a la universidad de Cornell, su trabajo en conservación…

—¿Cómo fue el accidente?

—¿Te lo cuento corto o largo?

—Mediano está bien —dijo despreocupada.

—Va corto. Esto me lo contó Nancy, la fundadora de Cecia, la asociación ornitológica de Ecuador.

— ¿Hilgert de Benavides?

—Exacto.

—¿Por qué tanto misterio?

—No hay misterio, según Nancy. Iban en una avioneta de fabricación biplaza, pero modificada en Guayaquil con asientos para cuatro plazas, y con seis pasajeros. El piloto, Parker y Gentry, una botánica ecuatoriana, el director de una ONG de Guayaquil y el presidente de Cecia. Y no sé si no me olvido de alguien más porque creo

que fueron dos las biólogas que pudieron bajar el cerro que nosotros conocemos ahora y pedir ayuda. Murieron tres, los tres primeros. Por lo tanto se sabe mucho más de lo que parece. El cerro Loma Alta ese día debía ser recorrido para evaluar su estado de conservación desde el aire, porque nadie había ingresado antes como para conocer la calidad de su ecosistema. Esta región pertenece a la cordillera Chongón-Colonche y quedan muy pocos relictos prístinos de bosque en todo el Sudoeste de Ecuador, excepto acá. Volaron por la mañana desde Guayaquil y cuando llegaron había niebla, mucha niebla. La botánica le dijo preocupada al director de la ONG de Guayaquil que si ya estaban volando sobre el Loma Alta debían tener la precaución de hacerlo más arriba porque el cerro era más elevado que lo que marcaba el altímetro del avioncito. Le contestó que se tranquilizara con cierta jactancia aduciendo que el piloto sabía lo que hacía y mientras elevaban el avión, en ese momento se llenó de ramas de árboles la cabina chocando directamente contra los mismos en una ladera empinada, cayendo hasta el suelo. Todos estaban vivos después del accidente. Las únicas ilesas eran ellas, y desesperadas hicieron una travesía por la selva buscando las quebradas más importantes hasta hallar a un campesino en mula que las socorrió, creo que un día después. Cuando llegó la patrulla de rescate era tarde para los tres, el piloto murió primero; ellos dos, Parker y Gentry podían hablar lentamente pero sus aneurismas eran múltiples y muy severos, era una cuestión de tiempo. El director de Cecia hasta el día de hoy lucha para no perder su pierna por necropsia interna y toma químicos muy fuertes para detener el problema.

—¿Y los otros tres?

—Perfectos.

—¿Y el avión sigue ahí?

—Sí. Una historia desastrosa. Y me parece fantástico que Dusty nos hiciera dedicar esos minutos de silencio justamente frente al cerro Loma Alta, creo hicimos una buena prospección ornitológica en su honor.

—¿Tú dices que Gentry y Parker tal vez no eran más famosos que los famosos?

—No los conocí, no soy académico para juzgar su conocimiento a la par. Sólo digo que la forma en que murieron y las circunstancias impactaron en nuestro ambiente mucho más que si se hubiesen perdido para la ciencia por una enfermedad o accidente en auto. Para ser honestos,

para la sociedad los héroes en vida no son héroes hasta su muerte y si es prematura, se destacan más entre los vivos.

—¿Qué más sabes?

—No puedo contar más.

—Fuerte.

—Sí, muy triste.

—¿Y qué te impresionó en tercer puesto?

Andrea me había sorprendido por su interés por mí, no me lo esperaba, para mí fue repentino, para ella un proceso que no vi llegar. De golpe el viento cálido del momento, el aire salado, el sonido sórdido y constante de donde estábamos, las luces del pueblito con sus tantas casitas de madera, mezcla de turismo global y villa de pescadores, *surf* y marihuana (en estas últimas no soy práctico ni sabría cómo hacer), invadían nuestra intimidad, donde el grupo ya no estaba cerca nuestro sino a varios tiros de piedra, haciéndonos señas, marcando Dusty el reloj, el *happy hour*, con un dedo sobre su muñeca.

—*Okay*, acá va. Me impresionó poder atrapar con vos el picaflor más chico de Sudamérica, el *Acestrura*, de tres centímetros ¿no? y abrir la caja de anillado para descubrir en una plancha de aluminio números mínimos en negro, todos pegados, sin saber que se podía cortar con una simple tijera el número 47455, pulir los bordes con una lija de carpintero y tener la capacidad de enrollarlo alrededor de la minúscula pata de ese ser que me miraba asustado, ajustarlo hasta que quedara suelto pero no muy grande como para que se le salga y abrir la mano para que volara sin que lo hiciera, por haber quedado helado por mis manos frías…

—¿Y qué te impresionó?

—Tu actitud de mujer cálida, poniéndolo entre tus abundantes lolas y en cinco minutos, a mil grados, salir zumbando como un abejorro.

—¿Qué son lolas? ¿"Dos españolas" le dicen en tu país a esto? —y se rió.

—¿Te veo en el barrio bohemio de Quito en unos días *doctordoctor*?

Y asintió con una sonrisa.

Andrea me había puesto entre la espada y la pared. Por un segundo al menos, porque mi respuesta fue rápida y contundente.

Quería que me vaya con ella a Viena. Yo estaba seguro que lograría un doctorado con base en mi bachiller en ciencias naturales, mis ya decenas de publicaciones y empuje para llegar a la luna si era necesario. No me paraba nada. Todo lo podía. Pero Andrea ya era un romance desde mi última visita a Quito y cinco años de doctorado entreverado era poco recomendable. Sudamérica era mi ancla, ya me estaba haciendo ella, ya no era sólo Argentina. No sentía ser de un país, a los ojos de los de afuera era un latino con patria en América del Sur, sin distinción de estados. Lentamente, los países ahora ya me parecían provincias de un único territorio. Estaba posicionándome en el concierto de ornitólogos como un experto de campo regional. No estaba bien desaparecer alocadamente yéndome a Europa. Me tomaría unos días para pensarlo y lo mejor para pensar era un poco de soledad y naturaleza. A la cual partí.

San Lorenzo. Una de las últimas ciudades lejanas de Ecuador pegada al mar, en la provincia de Esmeraldas, junto a Colombia. Rodeada de selva virgen perteneciente al chocó biogeográfico, su atractivo económico corresponde, o correspondía, a la colonización mediante el pillaje, venta de mercaderías básicas y extracción de la madera para dar paso a la ganadería en tierras inmediatamente empobrecidas. De lo exuberante a lo yermo en cuestión de un año, parcela a parcela, muriendo rápidamente. Gente de espanto y pobreza, un sitio donde te recibe una decena de niños ofreciendo hoteles con mujeres, tironeando de las ropas para obtener atención. En las últimas horas de la tarde, la imagen de padres de familia con algún hijo tomado de la mano y una escopeta al hombro del otro lado, se recortaba contra el cielo. Seriamente, era tal cual me la habían descripto, el *far west*.

Luego de las siete de la noche no debería dejarme ver, según me recomendaron allí mismo. Me llevaron a una posada maltrecha caminando por la calle central, antiguo riel de ferrocarril, donde ahora no entraban las locomotoras, pero quedó un pueblo alargado hasta el mar a los flancos de ese ancho espacio. Pronto oscurecería y debía apurarme en obtener la comida para el día siguiente. Esa noche me encerré mirando al océano por la ventana. Los brillos del agua en la marea cambiante, mezclados con manglar, tendrían que haberme embelesado; pero si cerraban la comisaría para evitar ser atacados por las pandillas y excepto

que cerrara las persianas y apagara la luz para no llamar la atención.

Por el mismo consejo no madrugué a las cinco para tomar el primer bus hacia un área de desmonte. A esa hora era de noche todavía y la precaución sería la misma. Mi plan consistía en alcanzar un área intermedia entre la frontera y el pueblo de San Lorenzo (puerto pesquero en realidad), donde el gobierno central intentaba abrir una carretera hasta Colombia y de esa manera desarrollar la economía local. Satelitalmente (me refiero por imagen desde arriba), todavía era pura selva, no San Lorenzo y los alrededores, sino casi todo el estado, pero los tiempos corrían rápido. Figurativamente, si no aprovechaba ese año para descubrir el ave que buscaba, luego sería tarde; o bien, mucho más difícil de ver. Y a pequeña escala de tiempo, visto el estado de inseguridad reinante y ser yo como un semáforo extranjero en esas calles, literalmente debía aprovechar ese único día sin lluvia para tener éxito y desaparecer lo antes posible de aquel antro. El bus de las siete ya estaba atiborrado de trabajadores a mi llegada, en realidad los dos buses, pues partían a diario en caravana.

La tierra era de nadie, o debo decir, del gobierno. Y esas personas que subían con una motosierra al hombro y un rifle en la mano salían a cortar madera y venderla, el primer paso del caos provocado al bosque. Luego vendrían las quemas de los árboles no maderables y con el crecimiento de pastizales ralos, la suma del ganado cebuíno pastando entre los esqueletos de los troncos carbonizados que alguna vez le dieron gloria al planeta verde. La colonización quedaría con dueños por derecho de *usucapión* (posesión real por determinada cantidad de años), pero pobres a la larga sin la alfombra vegetal de antes que le daba riqueza y lluvia al suelo. Como economía fácil a corto plazo al estado le convenía, una manera de ganar terrenos a la naturaleza inexplotada valorándose la hectárea de uno a veinte.

Por lo que suponía, cada persona armada intentaba dar con alguna presa silvestre de pelo o emplumada al finalizar el día, un aporte más para la alimentación de sus familias. Colocaban el rifle bajo el asiento y las motosierras de cadenas largas en el pasillo. Mi presencia alteró a todos los que subieron, no estaban acostumbrados a ver forasteros y enseguida me estudiaban de reojo, pero a decir verdad, sin meterse

conmigo. Prontos a partir, al primer avance el pequeño bus fue detenido por dos niños que apuntaban con pistolas al chofer. Los trataba de ver a duras penas por la ventanilla desde mi ángulo, mientras comencé a esconder mi documentos y casi todos mis sucres en una hendidura del asiento. No todo el dinero porque "siempre algo hay que tener", si se quiere calmar la expectativa del ladrón. Así era el consejo y así hacía la primera vez que me robaban en mi vida. Con el corazón a mil, escuché una discusión con el chofer y subieron.

Lo que vino después fue que no pasó nada.

Subieron saludando y se acomodaron en la parte de adelante, al lado de la puerta de acceso. No los podía ver bien, y se quedaron calladitos mirando para abajo, haciendo alguna mirada furtiva de vez en cuando. Cuando percibieron que los miraba de reojo, en un momento de equivocación donde me animé a espiarlos, no reaccionaron de ningún modo. Pero sus armas las tenían. Ambos no superarían los once años de edad. Nadie se movió demasiado excepto para darles cabida en ese bus repleto de cosas y personas paradas amontonadas. Superado el inconveniente, que no supe cual fue, partimos detrás de una chiva para darnos apoyo mutuo en caso de "atracos". Sólo tocaba esperar y decidir donde bajarme al azar según el plano que me había hecho un amigo ornitólogo.

A las dos horas, luego de desviarnos por una amplia lonja de cien metros de ancho y veinte kilómetros de largo, ahora repleta de tierra removida y troncos cortados a medias, futura ruta asfaltada, me bajé haciéndome el resuelto. De la misma manera que me dejaron allí, antes y después descendían los aserradores con sus motosierras, uno por aquí, otro por allá. Fueron perdiéndose en el bosque con sus herramientas y la escopeta.

—¡Gracias ñaño! ¿Ud. vuelve por acá? —le pregunté al chofer casi cuando partía.

—A las siete regreso.

—Acá mismo me encontrará —y le hice una seña con el pulgar para arriba.

Y se fue con su inmensa panza desnuda, acalorado, con la remera doblada arriba sobre su pecho.

A los pocos minutos comenzaría a escuchar rabiosas a las motosierras, cortando los árboles más grandes y luego sus troncos, para hacer tablones, así, a ojo, con absoluta presteza si querían poder venderlos a buen precio. Por ello las hojas de sus máquinas eran tan largas. Ahora me tocaba alejarme del ruido si quería ver mi ave, *Dacnis berlepschi*, un pequeño emplumado azul intenso con la parte ventral amarillo encendido y la nota de más color, el más profundo de los naranjas, en el pecho. Su ojo amarillo pálido le daba el toque final. Así, con el cerebro permeable a algo predeterminado, podía pasar un dinosaurio emplumado volando que no le prestaría atención, mi "modo búsqueda" comenzó.

Caminé, caminé muchísimo. Pero siempre se oía una motosierra, lejos o cerca, tal cual esperaba el modelo del progreso local, primero la ruta, luego la deforestación. Debía esmerarme más o no lo lograría. El ave habita la parte más alta de los árboles, el dosel de notable altura y por ser tan pequeña, estaba perdiendo el desafío. Curiosamente no oí ni un solo disparo en todo aquel día. Por lo visto, irían lejos a cazar o bien ese día sólo trabajaban la madera. Las marcas de orugas de topadoras y neumáticos de tractores en el suelo lodoso selva adentro, era evidencia de una extracción selectiva de los ejemplares arbóreos más codiciados. Toda una sucesión destructiva angustiante hasta la barbarie y tan elocuente con sólo pasear un rato por la zona. Finalmente, vi un ejemplar, vivaracho, inquieto, ajeno al vaticinio de los próximos años; a su especie le tocaría habitar rincones inexplorados por el hombre. Fantástica ave que me sacó una exclamación de asombro.

Con la luz acabándose, de repente me preocupó que aquel bus no volviera, eran mucho más de las siete. Pero se oyó desde lejos parando y arrancando, hasta que me tocó el turno de subir. Esta vez, esa gente ruda de la mañana, me saludó hosca reconociéndome. Ninguno cargaba animales muertos. En un ataque de curiosidad me acerqué al chofer para preguntarle sin vueltas qué sucedía en la zona.

—Don, ¿me puede explicar por qué todos van armados? —dije

alzando la voz debido al esfuerzo del vehículo en esa tierra blanda, en parte encharcada.

Fue directo al puntualizar:

—¡Nadie entra al monte con motosierras si no lleva un arma! Los ladrones desde Colombia se las roban y hay que defenderse.

Cuando dijo eso se alzó la panza inflada y a la altura de la ingle me mostró un revólver sostenido debajo del cinturón.

—Denuncié a la policía a los niños de hoy, pero los padres ahora me andan buscando. Hay que estar preparado.

—¿Qué fue eso de los niños de esta mañana, querían asaltarlo?

Se rió sin mirar el camino un largo instante.

—No, sólo me obligaron a dejarlos viajar gratis.

Me quedé mudo mirándolo y volanteando otro charco agregó.

—¿Se acuerda de la chiva de esta mañana? Dios nos libre, fue desvalijada justo después de donde doblamos.

La provincia de Esmeraldas era de contrastes. Desde esta situación describiendo los sucesos de una pesadilla angustiante para quienes iniciaban la aventura, a la sensación de sosiego como turista VIP en medio de una piara de pecaríes en las montañas de Bilsa por ejemplo (una reserva de la Fundación Jatum Sacha donde estuve, totalmente alejada de San Lorenzo, con turistas de todo el mundo inmersos en aquella virginidad). Jamás hubiese pensado antes de conocerlo, que Ecuador pudiese tener mosaicos con sociedades tan anormativizadas. Pero al mismo tiempo momentos de paz total.

Angustiado, esa última noche, la segunda, quedaba marcharme lo antes posible. Estaba planeado mi regreso en tren, pero comencé a sospechar que “el tren” no podía ser algo estándar, no al menos en ese lugar del país y con todo lo que pasaba allí. Todavía a tiempo de poder tomar el ómnibus de la mañana, no lo dudé, pagué y me fui de San Lorenzo sobre ruedas de caucho. Mi viaje había sido “quirúrgico”, preciso y lo más veloz posible. Por la ventanilla, a unos

kilómetros de San Lorenzo, vi estacionado "el tren", en un sitio que no tenía estación. Las vías destruidas llegaban hasta allí, al lado de un árbol que hacía de "estación ferroviaria". El tren consistía en un camioncito carrozado con partes de distinto color, de vehículos varios, con varias hileras de asientos, una parrilla en el techo para el equipaje y sin vidrios en las ventanas. Los neumáticos habían sido reemplazados por ruedas de vagón de ferrocarril. Podía ser divertido andar en "eso" pero un mínimo sentido de supervivencia en mi cabeza por esta vez estaba bien. Los pasajeros entraban por una apertura en la parte de atrás, atestado de gente, marranos, gallos de riña y sacos de papas. Así, a los tumbos por el camino maltrecho seguí sin novedad a carreteras asfaltadas. San Lorenzo quedaba atrás.

Y Viena también.

Por alguna razón misteriosa de mis adentros diría sí a un proyecto de conservación de fauna en Colombia, el cual pintaba muy similar en cuanto a costumbres a lo vivido en ese pueblo de San Lorenzo. Mi dilema estaba resuelto, sólo me quedaba partir. Andrea ya sabía que sería así y además nunca le mentí.

En el escritorio de Niels Krabbe, con un vino tinto chileno *Casillero del Diablo* de por medio (nuestra etiqueta preferida con la consigna siempre de tomar dos entre dos), acordamos mi contacto en Colombia. Los mismos loros orejiamarillos en extinción buscados en Ecuador habían sido vistos en aquel país que me atraía. Necesitaban a alguien porque por allá los biólogos locales no se animaban a recorrer ciertas zonas con existencia de guerrillas. Por una buena remuneración y la dosis doble de locura personal que me caracterizaba, dejaría a mi querido Ecuador en que viví y al cual conocí durante un par de buenos años.

Lo último que hablamos tenía que ver con una duda que le quedaba a Niels.

—¿Qué pasó con Galápagos? Al final no fuiste nunca. —preguntó.

—Era eso o tener un grabador profesional para capturar el sonido de las aves de Colombia, debí decidir y me compré el grabador.

—¡Bien hecho! ¡Galápagos ya vendrá!

Pedí no ser despedido por una buena cantidad de amigos en el aeropuerto de Quito. Me dolería más si los veía con las manos alzadas a modo de saludo hasta último momento. Y esa sensación de adiós que le di a aquella Argentina que no veía hace tanto tiempo, ahora me inundaba de nuevo pero en otro país.

¿Academia o pensamiento lateral?

CAPÍTULO 13

En el tedio de un aula por la mañana, en mi colegio de Saladillo, el Instituto Niño Jesús, el profesor de religión nos anunció una visita, a la cual minutos después hizo pasar.

Un seminarista colombiano, con su atuendo mayormente blanco, entró junto al padre Antonio para que rezáramos por él. Yo conocía al padre Antonio desde que había llegado al campo con un año de edad. Si estaba con él aquel aspirante a sacerdote, por más exótico que se oyera en su forma de hablar, debía ser respetado.

—Queridos chicos, benditos míos, quiero que recen todos fervientemente por mí para que me convierta en un sacerdote santo, por favor, recen por mí.

Mi colegio, del que tantas anécdotas *non sanctas* tengo, sean de chico o de más grande, era como una segunda casa, un segundo hogar y así debe ser. Su parte espiritual, más allá de tener su consabida capilla como es normal en cualquier colegio confesional, estaba unida a la parroquia esquina en cruz, separado por una avenida; por lo tanto la presencia de las monjitas en la iglesia o donde yo estudiaba era casi indistinta y de la misma manera el padre Antonio cada tanto nos visitaba, para dar alguna misa o confesarnos.

Más de una vez se debe haber contenido como cura cabal, por enterarse quién había sido el que había llenado, junto a sus amigos, todos los floreros de la iglesia. Los guardaban en el depósito del baño de nuestro colegio, con "pipí humeante" (para consternación de la hermana Bermann o Edith, justo en el recreo cuando todos bajábamos "cargados" y tres "waters" no eran suficientes para los que hacíamos cola). Confieso haber sido el líder. En otras ocasiones era con el Negro Roldán (cariñosamente recordado en este momento que lo traigo a la memoria), el hijo del comisario. Hacía saltar la "térmica" del sistema eléctrico de todo el edificio, con un dispositivo que funcionaba

enchufándolo con un peligroso "martillazo" dado con el taco de mi mocasín (pues era rápido volvérselo a poner y casi todos usaban zapatos con cordón). Mientras, le campaneábamos si venía el profesor de Física, oh! que casualidad justo cuando nos tomaba examen en la última post hora en otoño, cuando a las 6:30 p.m. ya era casi de noche, suspendiendo las clases y mandándonos a todos a nuestras casas. Pero lo que ponía tal vez más a prueba el secreto confesional del pobre padre Antonio, fue cuando debí arrepentirme de mi pecado principal, el haber comprado masilla metálica y mandar a mis amigos a rellenar de noche las cuatro únicas entradas del colegio, todas con las cerraduras cerradas, para que a primera hora trecientos alumnos, decenas de profesores, personal de limpieza, y padres quedaran afuera esperando al cerrajero, las monjitas adentro sin saber qué hacer, y nuestras caras impávidas escuchando las quejas por el simple placer de haber cometido una fechoría.

—Ah, padre, y una más, fui yo con Santiago los que hacemos la clásica.

—¡¡¿Qué clásica Bernabé?!!!!—, preguntaba Antonio alzando las manos desesperado.

—No me va a retar ¿no? Estoy en confesión.

—Pues no hijo…

—Prometo no inundar más los patios y baños tapando los desagües de los lavatorios con hojas justo cuando suena el timbre para formar fila.

—¿Algo más?

—No

—¿Estás arrepentido?

—Si padre Antonio.

—Tienes que rezar entonces un Padre Nuestro y un Ave María, pero no lo vuelvas a hacer ¿estamos?

—No padre.

—¿No o sí?!

—Que no, no volverá a pasar…—, y arrancaba con el "yo te absuelvo en el nombre del Padr…", liberándome santo y liviano pleno de gracia.

Por lo tanto, cuando el futuro padre Fabián Beláustegui, ahí parado frente a todos, pedía que recemos por su santidad, Antonio me

reconocía frente a tantos otros santitos que ahí estudiábamos, sin perder su cara adusta e invocando el buen orden.

—Insisto que invoquen a Dios con fervor para que sea un buen sacerdote… Un sacerdote santo—, enfatizaba el forastero.

—Los invito a ponernos de pie y recemos todos juntos…"Padre Nuestro que est…"—, Y todo el alumnado rezó así, aula por aula, el "Padre Nuestro".

Para la facción católica del pueblo, incluidos mis padres y amigos de la familia, tener en el corazón de la sociedad un personaje tan pintoresco asociado al clérigo, era una bendición. A media cuadra del colegio teníamos un amigo que siempre visitaba, y ¡qué sorpresa!, allí estaba el padre Fabián, siempre querendón, abrazando a medio mundo menos el jefe de familia que lo observaba divertido pero con distancia. Por esos días oí por primera vez el término "paisa", y se me dijo que él era oriundo de la zona de Antioquia, nacido en Medellín, núcleo de una cultura dicharachera, emprendedora, con perfil físico rubio y de ojos claros muchos, otros no por supuesto, y el aditamento de su amor por lo comercial y humor impecable. Él entonces era un paisa hecho y derecho, bromista, caluroso y efusivo, de ojos claros, ya entrecano, algo venido en peso en sus cincuenta años, abrazando largo a todos en sus saludos.

Me enseñó a manejar una maravilla tecnológica para esa época. Una radio digital de onda corta que había adquirido en los Estados Unidos.

—Viví casi toda mi vida en Estados Unidos.
—Wow! me quedaba admirándolo.
—Y he traído esto de allá. Te lo presto.

Me quedaba anonadado con la transmisión de las doce campanadas del Big Ben por la BBC, o escuchar en español programas sobre fauna japonesa directamente desde oriente. Fabián, ya cura, sabía ganar mi corazón. Los viejos lo conocieron también, no al punto de invitarlo a nuestra casa, pero si lo saludaban, comulgaban con él en alguna misa, siempre agradecidos por ser tan desprendido con sus más apreciadas posesiones personales. Tenía a varios de mis compositores

preferidos, pudiendo llevar a casa los *cassettes* que me prestaba inundándome en lo barroco con espíritu descubridor. Eran tantos los programas por radio extranjeros hablados en inglés, que acordó implementar clases personales para que lo aprendiera mejor, o mejor dicho, lo aprehendiera, porque era un desastre.

Todos sus años viviendo entre angloparlantes me ayudarían a interpretar ese idioma.

—¿Puedo ir?—, le pregunté a mamá.
—Por supuesto! ¿dónde van a estudiar inglés?
—En la parroquia.
—Mandale saludos, y no te olvides de saludar a Antonio. ¿A qué hora es?
—Los miércoles a las diez.

Sentía que el padre Fabián era como un oasis en medio de la "pampa bárbara". De aprender inglés fluido bien podría leer las revistas de *National Geographic* por ejemplo, no sólo estar adivinando el contenido de los artículos, pues el inglés del colegio dejaba bastante que desear, no por mal dado, sino por *emparejar para abajo* para que pasemos todos y no para arriba, situación en que se eximirían muy pocos.

La secretaria de la parroquia era la hermana del padre Antonio. Apenas me vio se sorprendió.

—¿A qué venís?
—Tengo clases de inglés con el padre Fabián.
—El padre me anunció que está enfermo, en cama.
—¿Qué hago?
—Preguntale si puede darte esa clase de inglés y si no, te tocará volver otro día.
—Toc toc toc—, se escuchó en su puerta.
—Bernabé, haz venido! Ven aquí a darme un abrazo.

Saldría literalmente corriendo de esa habitación, pasando de largo frente a la secretaria que habrá supuesto me habían mandado de

vuelta. Sí, efectivamente el padre era un enamorado de los chicos, y no voy a entrar en detalle pero cuando insistió que no me siente en su escritorio sino que me quedara a su lado, y percibí alevosamente horrible algo en la espalda…disparé como pude sacándome sus brazos de encima.

Así soy yo, de no esconder verdades, obvio el nombre que doy de este señor no es el verdadero, cada uno en lo suyo y que lo juzgue alguien alguna vez. Cuando entré a mi casa fue lo primero que conté, le tocó escucharme a mamá, la pobre casi se desmaya.

Pasaron unos días, no escuché hablar del tema. No me preguntaron más, ni yo toqué el asunto. Así son en mi familia, no debía sorprenderme.

Un domingo, mientras el padre Fabián daba misa, el padre Antonio confesaba. Papá fue con él, y bajo el secreto de tal sacramento en plena privacidad y confianza, le susurró la barbaridad que le había comentado su hijo mayor. Más o menos la conversación fue así.

—Mil perdones por permitirme dudar en el buen sacerdocio Padre. Indudablemente mi hijo puede estar equivocado.

Pero el cura estalló de un salto, escapándosele el recato de la confesión.

—Ya me parecía que estaba sucediendo algo así, tenía mis sospechas. Gracias, gracias por contarme. Quedará en privado. Que no se hable más, manos a la obra!

Por lo visto, según lo que llegué a socavarle a papá pero luego con el correr de los años se olvidó bastante, la reacción de Antonio fue la de liberación, por sospechar largamente de su compañero eclesiástico pero sin poder acusarlo de nada. Tenía una firme convicción, pero nada sobre qué fundamentar una idea fija que lo aquejaba. Con la descripción del caso ahora podía actuar todo lo que lo dejaran actuar.

El padre Fabián desapareció del pueblo, yo seguí yendo a misa como siempre, tranquilo, y enamorado de mis amores mujeres (justo conmigo se vino a hacer el vivo, peor imposible!). Pero papá… papá es

mi héroe. Se fue a hablar con el obispo de nuestra diócesis, contra todo el peso de su religiosidad más absoluta, poniéndose de acuerdo con mi madre, y mortificado por la denuncia que debía hacer. Un largo viaje.

Por resultado, obtuvo una respuesta directa del prelado.

—No debe ser para tanto…

Él se jugó a ser señalado, o que su hijo sea el señalado. Pero igual trató de hacer justicia. Una vez le pregunté al viejo por qué, siendo yo consciente que ese "por qué" lo utilizaba como la expresión más fastidiosa que cualquier idioma pueda tener, el obispo no continuó interesado en la conversación. Me contestó con un gesto y cara de circunstancia, sus ojos verdosos brillantes, hasta que dijo.

—No podía hablar una palabra más con una persona así. Descubrirlo a Beláustegui implicaría descubrirse él.

—¿Así cómo papá?

Y me miró con cara de si era idiota.

Podría haberlo no contado por siempre, pero si alguna vez llego a tener un hijo, quiero que lo sepa, y que siempre mire bien atento su entorno. Sólo por ello estoy en paz exponiendo el caso. Lamento si en la iglesia muchos asuntos impostergables se tapan, es un problema de esta institución, no la de los chicos que la padecen, ni de los padres que creen es santa. Le conté a mis hermanos, que se asustaban o acusaban por ser tan poco precavido, pero con mi mente de chico y esa inocencia que nos caracterizaba, cómo podía verlo venir. Luego, Sebastián, que iba a un colegio Salesiano en el partido de 25 de Mayo, me contó (aunque ahora no lo recuerda) que supo de un padre de familia que apareció en un auto de alta gama en el colegio, habiendo recorrido trescientos kilómetros de distancia desde Buenos Aires, y bajó a los gritos con una escopeta cargada para fusilar a uno de los Hermanos. A ese Hermano también lo echaron.

Pero sabemos cómo los castigan, como luego supe de un penitente redescubierto.

Publíquese y archívese.

CAPÍTULO 14

Estaba en un hostal espectacular, de esos del barrio bohemio en Quito, que concentran a tantos extranjeros de viaje, acostumbrados a no gastar mucho. Estos hostales están ubicados a no más de media cuadra unos de otros y entre los mismos, en general, hay una casa idéntica convertida en restaurant. Así de agradable y fácil era mi barrio temporal. Había un barcito en una esquina donde se podía pedir tostadas, manteca y mermelada; y en un lugar que prefería sobre todos los demás, servían ravioles también, único sitio donde podía comerlos en casi todo Ecuador. Bueno, debo decir que en la *trattoria* de Enrico en Guayaquil había ravioles. ¡Cómo no! Negros en tinta de calamar. Allí los comíamos con la familia de Miguel Fitz-Patrick bajo un techo transparente, de placas de vidrio muy gruesas, donde nadaban grandes peces coloridos que con la luz del sol y el movimiento del agua, formaban luces sobre nuestros platos, como sucede con los fondos de las piletas.

En ese hostal, donde me había despedido de Andrea hacía pocos días y de María Belén… y de Ana…. y de…. no viene al caso seguir, una tarde sonó el teléfono en el living, donde varios se divertían viendo *Friends* por televisión, serie que en definitiva presentaba un ambiente humano muy similar al que vivíamos todos ahí, aunque estábamos de paso. Armaba lo más inteligentemente posible mis mochilas ya que en tres días partiría rumbo a Colombia y el arte de repartir el peso era crucial. Mientras decidía donde poner los libros que iba acumulando la dueña me llamó:

—Es para usted —dijo.

—Gracias señora.

Me llamó la atención, pues nunca había dado un número de teléfono a nadie, es más, no conocía cual era el del hostal.

—¿Hola? —dije.

—Hola. ¿Con Bernabé? —preguntaron.

La voz era grave, formal, *adoctorada*.

—Así es, ¿quién llama?

—Soy Luis, ¿cómo te va?

Luis, Luis, Luis, pensaba, qué Luis conozco. Y ese tono…

—¡Hola! —insistían del otro lado.

—¿Pero qué Luis?

El tono era argentino, me confundía.

—¿Estoy hablando con Bernabé López-Lanús sí o no?

—Sí, soy Bernabé pero ¿quién sos?

—¡Soy tu tío, *pelotudo*!

—Pero ¿dónde estás? ¿Cómo me encontraste? ¿Estás en Ecuador?

—Fácil… Trabajo para la Shell, soy geólogo, en Ecuador hay mucho petróleo, soy experto en buscarlo… ¿Por qué no dejás de preguntar tanto y te venís al Hilton a comer sushi? Te invito.

Mi alegría no tenía medida. No veía a nadie de mi familia hacía un par de años y tenía poca información de ellos. Menos aún había mandado noticias mías. Luis Cazau, primo de papá, de paso por la ciudad, estaba encargado de averiguar mi paradero, estado de salud y planes a futuro. Ahora, cómo dio conmigo era un misterio.

Nos dimos un abrazo de genes, todo grandote él, siempre igual, no puedo explicar la gran sorpresa que sentía. Entre vino va y vino viene, siempre medidos, por fin sació mis dudas cuando me contestó.

—Bueno, para ubicarte me fui al museo de ciencias naturales, pregunté por vos en la sección de ornitología y qué casualidad, una linda bióloga a la cual llamaron sabía exactamente dónde estabas. Le expliqué y me dio el nombre del hostal donde estás, se llama Ana, la conocés bien por lo que percibí.

Con esa sensación de haberme unido a la Argentina y la familia así sea por esa única vez, pues Luis salía al día siguiente para el Amazonas, cargué baterías y arranqué con nostalgias disminuidas hacia mi nuevo país anfitrión.

Estaba en el aeropuerto, luego de una demora considerable, tal vez una hora o más. Los pasajeros del vuelo nos encontrábamos todos reunidos en la sala de espera sin saber que pasaría.

—Señores, su atención por favor —dijo un empleado de TAME, las siglas de Transportes Aéreos Militares de Ecuador—. El vuelo a Cali, Colombia, ha sido suspendido.

Un murmullo general de protesta llenó la sala. Supe, entre tantos comentarios indignados, que esa situación se originaba por la asunción del nuevo presidente de Colombia.

—Señores, señoras, deben volver mañana a la misma hora, pero tenemos una opción.

—¿Esto se debe a un desperfecto en el avión? —pregunté.

—No señor, nuestro presidente tomó el transporte con su comitiva, está por asumir el mando un nuevo mandatario en Colombia y Ecuador va al acto por protocolo.

—¿Y? ¿No tiene una nave propia?

—Sí, todos los aviones de TAME, por pertenecer al ejército y él es el comandante en jefe.

—¿Y deja 250 pasajeros en tierra?

—A menos que los señores quieran viajar en un carguero militar —nos propuso.

En ese momento la mitad de los que estábamos se marcharon.

La otra mitad, entre los que me quedé, en pocos minutos subíamos a un Hércules, que en poco tiempo ensordeció la pista con sus cuatro turbohélices. Por una ventanita, de las escasas que tenía la aeronave, llegué a ver la ciudad contrastada por los tres volcanes que la rodean. Adiós y aires nuevos para un viajero que ya se hacía eterno.

En lugar de azafatas, unos soldados con uniforme de piloto repartían algodón a quien quería para aminorar el zumbido en los oídos. Del techo y en los flancos colgaban arneses. Nadie avisó ni chequeó que tuviéramos los cinturones puestos. Era divertido. Por primera vez corroboraba como se sostenía el equipaje en uno de esos vuelos, acaso en cualquiera, con una red gigante que se ajusta con un malacate. Por suerte mi mochila, bien ubicada, estaba en el centro de todos los bolsos; los de más arriba iban tan apretados que parecían una L si la red le pasaba por el medio, casi partidos en dos. Por cierto, cualquier desodorante o libro, de estar bajo las lonjas de amarre, se rompería.

Fue fantástico el aterrizaje, no porque sucediera algo en especial, sino por la actitud del piloto. Éste, apurado y en su nueva faena inesperada de llevar civiles, sin ningún tipo de problema decidió abrir la compuerta de carga, aquella por donde pueden subir un jeep u otro vehículo. Esto en pleno rodaje hacia la torre de control, todavía a buena velocidad. Una manera de aclimatarnos al calor y la humedad, tan distinto al fresco y la altura de Quito. Se apagaron los motores y mientras todavía seguían haciendo cierto zumbido por no dejar de girar las hélices hasta detenerse totalmente, el piloto nos dijo sonriente:

—¿Tuvieron un buen vuelo? Bienvenidos a San Lorenzo.

—¡¿QUÉ?! —casi grité.

—¿Señor?

—Querrá decir Cali, Colombia.

—No señor, no estábamos autorizados a volar con civiles sobre Colombia, usted ha llegado a San Lorenzo, estamos en Ecuador.

—Sí, sí —pensaba—, sé muy bien donde estoy.

—No se preocupe, una línea aérea colombiana ya los está esperando. TAME cumple.

Y volví a respirar.

En dos horas más, llegaba a Colombia con el objetivo de descubrir tal vez la última población de ese loro con problemas graves de extinción que todavía no conocía, el orejiamarillo. Todavía ocupando mi mente en quehaceres heredados de Ecuador, la preparación de mi llegada a este nuevo país no fue muy elaborada. Tenía un mínimo de cinco meses para ejecutar mi investigación, que consistía como fase inicial en toparme de una vez por todas con la especie. Cómo llegar y dónde radicarme sólo lo tenía escrito en una servilleta de papel que decía de manera encolumnada:

Cali
Armenia
Salento
Toche

En Salento debía hablar con mi contacto. Todavía me sonaban

las palabras de Niels:

—No sé, Henry Man me pasó este mail, él ahora será el jefe del proyecto; en el mail que me envió me dio estos sitios claves para llegar, no debe ser difícil.

No se pregunte mucho por qué, pero ahí estaba, en el aeropuerto de Cali, plano, con las montañas bastante distantes y sin rastros de ninguna ciudad. No como el aeropuerto de Quito donde los aviones aterrizaban rozando las terrazas de los edificios; tan cerca pasaban sobre las cabezas de uno que así parecía. La verdad, no sabía bien a dónde iba. Teniendo todavía en mente el trajín de mis últimas obligaciones en el país vecino, recién comenzaba a establecer el plan de llegada. Salento no debía estar tan lejos, pero algo era real: Ecuador, visto en un mapa general del país, parecía grande y a todos los sitios se llegaba en un lapso de tiempo relativamente corto; pero ahora estaba en Colombia y el mapa del mismo tamaño, representaba escalas muy diferentes. Sólo llegar a Cali me tomó cuarenta minutos.

En la terminal de ómnibus de Cali pregunté por Armenia. Fácil, salí rápido en un minibús. Apenas pude pregunté a algún pasajero para enterarme a qué distancia estaba esa capital de departamento.

—A mí se me hace que a unos 200 km.

—Pues sí, unas cuatro horas de viaje.

—Pues bien, esto hace que llegue de noche —pensaba— y no llegaré a Toche sino hasta mañana.

—¿Toche? ¿Dónde es eso? —me preguntaron.

—Ni idea —tuve que responder.

El transporte a Salento también lo tomé en la terminal de la ciudad. Unas combis de modelo japonés, diminutas pero que hacían bien su trabajo. Ya casi de noche, noté que subíamos por una ruta asfaltada, por cornisas, dando zigzags. Una señora muy amable, dicharachera y querendona me iba preparando respecto del lugar al que llegaría en los próximos minutos. Se llamaba Cielito Arbeláez. Me contó lo que tenían en su pequeño pueblo, sus buenos quesos, ricos cruasanes.

—Seré curiosa —finalmente preguntó—, ¿Usted a qué se dedica?

—Soy ornitólogo, estudio las aves.

—¡Qué maravilla! —exclamó— ¿Y dónde se quedará?

—Voy para Toche, pero antes debo preguntar por mi contacto en la ONG local.

Pero no habló más. Se quedó muda y sin mirarme se bajó poco antes de arribar a la única plaza principal.

Colombia ya me había dado sorpresas antes, pero este silencio no era normal. Repasé en mi mente qué podría haberla ofendido. Recordé que una vez, estando en este país como turista, hacía varios años, me pasó que debí adaptarme a las circunstancias si quería aprender más. Debía escuchar para no meter la pata. Recién llegado a Bogotá, totalmente *aporteñado*, apenas subí a un taxi, pedí que me llevara a un hotel que figuraba en un libro que tenía abierto en mis manos, la *Lonely Planet*, esas publicaciones que aconsejan dónde dormir, dónde comer, cómo viajar, las cuales en definitiva hacen a uno "viajar antes de viajar". Es decir, ¡más pinta de turista imposible! El señor me daba miedo, debo confesarlo. No tardaría en ponerse a hablar, pues del aeropuerto El Dorado a la ciudad de Bogotá había un buen trecho. Me miraba por el espejo retrovisor con sus bigotes negros, piel curtida, pelo grasoso y el infaltable "diente de oro" o metal similar. En esa época se escuchaba en las radios la canción Pedro Navaja de Rubén Blades y ese diente me puso doblemente alerta.

—¿De dónde viene el señor? —me dijo con voz nasal.

—De Buenos Aires.

—¿Argentino?

Ya se me había complicado la conversación. No sabía si me estaba cargando o no sabía mucho de la geografía de mi país.

—Uruguayo —contesté por las dudas.

—Ah, ya me parecía que usted era uruguayo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque usted saludó.

En los minutos que siguieron me enumeró unos diez adjetivos despectivos hacia los argentinos, mientras me convencía de llevarme a otro hotel que me "convendría más". Un viaje de terror.

—Suerte tiene, vio como son esos argentinos. Insoportables. Engreídos. Altaneros. Creídos. Mandamases. Caciques. Lacras. Petulantes. Ratas. Cobardes. ¡Pero les ganamos 5 a 0! ¿Puede creer usted? ¡Cinco a cero! ¡Bien merecido lo tienen, para que vean! —terminó.

El hotel que me recomendaba el señor estaba en la *Lonely Planet* y dejé que me llevara, no quería contradecirlo. Estoy seguro que tendría su comisión, de ello no hay por qué preocuparse, es común y a mí no me afectaba el bolsillo en definitiva. Se hizo tan compinche mío en tan poco tiempo que me resultó afable, en especial cuando después de pagarle el viaje se dispuso a ayudarme a bajar el equipaje, pues claro, necesitaba entrar al hotel para recibir subrepticiamente "su billete". Fue gracioso cuando escuchó decir a la recepcionista cuando se marchaba:

—¿Pasaporte, señor?
—Como no, acá tiene.
—Argentino.
—Sí.

En Salento, durante las siguientes horas, sentí una mirada penetrante, y debo decir, cierta satisfacción de haber llegado a salvo por mantenerme alerta al contestar y omitir siempre lo necesario. Pero esta vez, con Cielito Arbelaez, no sabía de dónde venía la equivocación y en Colombia, las equivocaciones se pagan caras.

Cuando llegué a ese pueblo de ensueño, se me abrió el entendimiento a una dimensión diferente. Podía cerrar los ojos y comprender sobre qué lugar geográfico estaban parados mis pies. Me encontraba en el centro del país, a mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, en un área montañosa y según parecía, próximo a un volcán inactivo rodeado de bosques selváticos. No es recomendable un arribo nocturno a ninguna parte en Colombia, pero me había sucedido. Así todo, su edificaciones de dos plantas, de paredes blancas de estuco y

madera en sus puertas, ventanas, columnas y escaleras siempre pintadas de un naranja fuerte, azul o verde, un color por casa, le daban un aire cautivante a sus calles de veredas estrechas y subidas o bajadas, donde lo único plano era el cuadrilátero de la plaza, con su palma de cera bicenteneria, la iglesia y en la penumbra de las esquinas, resaltando sus brasas encendidas, los carritos de venta de arepas[1], apetitosas a la nariz. Hacía trece horas estaba en mi Quito añorado pero Salento ya me sabía a querido.

El viaje había sido largo y los preparativos muchos. Todavía me sentía atormentado por lo ocurrido hacía horas, en el aeropuerto de Cali, mientras veía pasar con incredulidad entre el equipaje de otros pasajeros, *cassettes* y libros míos desperdigados sobre la cinta transportadora (señal de que una de las mochilas se había o la habían abierto). Ahora debía hacer el recuento de cuanto había perdido. Necesitaba un hotel. Y allí no lo veía. Recién llegado, mi único aliento era el de saber que en ese pueblito encantador de estilo paisa, al igual que su gente, existía una fundación en pro de la vida silvestre y protección del medio ambiente, sucursal de Cali, donde estaba mi contacto. Averigüé que en una de las casas de más arriba, en plena planta urbana (no más de 30 manzanas), existía una especie de posada y era económica.

Me disponía a dormir, exhausto, al mismo tiempo que sentía acercarse el motor de una moto hasta la entrada de la casa. Durmiéndome sentí una corta conversación en los pasillos y a los pocos minutos me despabilaba. La dueña de casa, bien antioqueña en sus facciones, de tez blanca y en versión de ojos marrones y pelo bien negro, lacio y largo, lindísima como casi todos por allí, me despertaba cortésmente, con su niño en brazos y avergonzada por no permitirme descansar.

—Lo buscan señor. Usted disculpe.

Salí al pasillo y me encontré entre uniformes verdes y armas largas de calibre militar.

1 Comestible substituto del pan. Masa a base de granos de maíz fresco, presentado en forma de disco de medio centímetro de alto. Se sirve caliente a la brasa con una pátina de manteca derretida al calentarse, rociada de sal.

—Son de la policía —me dijo.
—Buenas noches señores.
—Buenas noches señor, ¿será que nos puede acompañar?
—¿Qué necesito llevar? Documentos, supongo.
—Nada más.

Salí a la calle, que daba justo a una ladera de la montaña, donde vi varias vacas lecheras pastando a la luz del alumbrado municipal. No era tarde, sino que yo me había acostado temprano.

—Suba a la moto, señor.

Y salimos hacia la plaza en esos dos vehículos, ambas motos *cross*, donde me esperaba, en la comandancia, un sargento; así se presentó.

—¿Qué hace Ud. por aquí? —me preguntó amablemente.

Me costó convencerlo que mi presencia no era de paso sino por lo menos de unos tres meses, con expectativas a un año y que mi zona de trabajo correspondía a Toche. Fue en ese momento que maldije mi bocota, cuando, sin saberlo se lo nombré a la buena de Cielito, la señora tan amable de la combi desde Armenia.

—Mire, yo no puedo prohibirle que ingrese a Toche, pero es zona roja, ¿entiende? —justamente donde a ellos no se les hacía muy fácil llegar—, y la guerrilla de las Farc lo puede raptar —agregó mirándome fijo.

El sargento Hernández (bien clarito leía su apellido en su pecho con letras negras sobre un rectángulo colorado dispuesto sobre el bolsillo izquierdo de la camisa), era un soldado más que un comisario. Las armas que veía en la comisaría, comandancia como la nominaban, eran de combate. El uniforme de todos era verde, no usaban casco sino una típica gorra militar de visera angosta y patrón cuadrado. Ninguno tenía zapatos sino borceguíes acordonados, negros.

Recuerdo haber dudado en preguntarle si eso significaba mi

muerte, a lo cual contestó que no le parecía.

—A "ellos" no les interesa aparecer en la prensa como asesinos, pero cabe la posibilidad de que viva varios meses amarrado en el bosque. Mire —agregó—, es de esperar que le pase algo; hace dos años a un gringo[1] le sucedió, lo tomaron cuatro meses hasta que se negoció su liberación, por ir a ver pajaritos como usted.

—¿Qué pasa si entro?

—No sé qué pueda pasarle, pero quiero que sepa algo. Nosotros no podemos ir a rescatarlo allí; si sucede algo estará bajo su propia cuenta ¿oyó?

Tragué saliva. Le di las gracias. Y me despedí. Debo decir que en todo momento fue sumamente cortés y educado, al punto que cuando me iba nuevamente en las motos me dijo desde la puerta de la comandancia:

—¿Sabe usted que el hospedaje donde está es de mala fama por sus mujeres que cobran? Ahora lo sabe.

—¿Pero es el único?

—Sí señor.

—Mmmm —murmuré. Y partí.

Amanecí tarde, pero repuesto. La verdad, el hotel era silencioso y no vi a nadie más que a otro huésped de aspecto campesino. Conocí al dueño de casa, el cual me cayó muy bien, sorprendiéndome en el desayuno al contarme que pronto viajaría a Estados Unidos para trabajar como albañil, o lo que sea, dejando a su hijita y a su mujer.

—María se queda con su mamá, estará bien —me explicó.

Cambiando de tema le pregunté si sabía cómo llegar a la Fundación Conservar.

—Ahí la tiene —y la señaló.

1 Por estadounidense. Del inglés *green go* (verdes lárguense): utilizado por los soldados mexicanos en combates con el ejército de los EE.UU. en referencia a sus uniformes.

Curiosamente, el pulmón de manzana donde estábamos daba a la parte de atrás del edificio de la fundación, por lo cual llegar a la puerta principal fue cuestión de medio minuto. Ese día tenía dos objetivos. Establecer contacto con la persona que abría las puertas al proyecto a escala local y organizar mi primera expedición de veinte días, que por lo que me había dicho el sargento era peligrosa, por lo cual dejaría todo lo que no usaría para moverme ágil y liviano. La secretaria de la fundación, angelical y tímida, me preguntó a quien buscaba. Según me había dicho Henry Man debía presentarme e invocar su nombre. Cualquier recién llegado iba a ser bien recibido.

—Buen día, Juan Jiménez, siéntese —, se presentó.

—Buen día, gracias. Me llamó Bernabé —y observé su reacción para contestar acorde. Pero noté su cara indiferente.

—¿Qué lo trae por acá? Argentino por su tonada ¿no?

Me llamó muchísimo la atención lo perdido que estaba aquel hombre, no tenía idea de nada, siendo mi contacto. Repasé la situación como un rayo y no había equivocación, estaba hablando con el director de la Fundación Conservar.

—Soy Bernabé López-Lanús, como usted bien sabrá vengo de parte de Henry Man, espero sus instrucciones.

Una vez más en menos de veinticuatro horas había provocado un efecto indeseado. Su cara de repente se puso seria y pensativa antes de responderme. Otra vez pasaba. Y esperé a ver qué me contestaba.

—¿Henry Man, el inglés? ¿El mismo tan criticado en todo Colombia en nuestro ambiente? ¿Qué le hace pensar que lo conozco?

Si bien mi economía era independiente en cuanto a que se cubriría el proyecto por medio de envíos por la *Western Union* hasta su finalización, el apoyo local logístico significaba entrar con las puertas abiertas en la región. Esto no era lo pactado con Henry, a quien no conocía excepto por mail, y me había dicho que todo estaba arreglado.

—Honestamente, me deja descolocado, no sé qué decir.

—Sé quién es y sé que no queremos saber nada con él, pero ¿en qué podemos ayudarle? —preguntó.

—¿Permisos para poder entrar a los palmares de palma de cera en el área de Toche?

—¿Toche? —me dijo bajando la voz para que no escuchen la secretaria y otros empleados que habían comenzado a llegar—. Nadie entra en Toche, por lo menos nosotros no. ¿Ve? Es por eso que no queremos saber nada con su amigo, nosotros no trabajamos así.

—¿Así? —pregunté.

—No hacemos tratos con la guerrilla y que no se hable más. Sé que estuvo en la comandancia ayer y sé que ingresará allí, pero por favor, ni nos nombre.

—Señor, sobre todas las cosas, quédese tranquilo que así será. Le pido disculpas por la situación. Y sé que no es nada personal —le dije.

—¡Claro que no! Es política y estamos bien como estamos, no debemos tener ningún incidente como ONG, ya bastante con lo que pasó con el gringo hace un par de años. Y sé que está informado.

—Sí, algo me dijeron ayer en la comandancia.

Increíblemente, no solo estaba a mi merced logísticamente, sino que además no debía hacer entender a la guerrilla que yo tuviera algo que ver con esa fundación. Quedaba claro. Pero lo increíble era cómo me habían enviado tan campante a invocar ayuda a una ONG tan sensible políticamente, sin previo contacto. No se hacen así las cosas en un país como en el que estaba, pero, siempre hay un pero en estos casos, supongo que desde afuera no se veían las cosas como eran y aplica la justificación de pecar por ignorancia. Como dicen en Colombia, estaba *fregado*. Podía abortar la misión o seguir por mi cuenta, abriendo camino. Ahora entendía por qué ningún biólogo colombiano, menos extranjero (gringo como ellos dicen) quería aceptar el liderazgo del "Proyecto *Ognorhynchus icterotis*, un loro en peligro de extinción" como director de campo. En mi camino a Toche esperaba al menos algún respaldo de la fundación. Pero estaba en el lugar equivocado, sin amparo. En definitiva, un desastre bien pago, pero desastre al fin.

Mientras recorría los almacenes del pueblo buscando provisiones para la expedición, seguían resonando en mis oídos las últimas palabras de Jiménez.

—¿Cómo sé que Ud. no es guerrillero?

Y mi miedo póstumo al pronosticarme mi "alta posibilidad de ser raptado".

Fue condescendiente en hacerme un bosquejo indicándome por donde era la carretera y como llegar a Toche. Así que me animé a insistir cuando regresaba con mis alimentos.

—Tengo un problema y debo hacerle una petición a pesar de todo.

—Diga.

—¿Sería posible que deje parte de mi equipaje en este edificio? No conozco a nadie y mi equipo es complejo.

Me dijo que sí, pero al volver con el mismo, más libros y *cassettes* de sonidos de aves, las puertas estaban cerradas.

Con angustia, partí en un "*turno*" (así llaman al servicio de transportes de pasajeros en viejos *jeeps Willies* o *Land Rovers*). Es notable como estacionan en la plaza principal todos esos vehículos, uno al lado del otro en 90 grados, en especial los días de mercado, sábados y domingos, cuando los campesinos llegan, compran y se van, alquilando el servicio o aprovechando a menor precio un servicio regular. Los vehículos están acondicionados a la geografía de los caminos de cornisa entre las montañas, reforzando los diferenciales y frenos; y debido al clima, agregan capotes de lona gruesa y efectiva. Todavía sentía el beso de Andrea en mi alma mientras miraba bucólico cada curva como sin ver y al mismo tiempo tenía la sensación de que hallaría un grupo de guerrilleros armados en cada vuelta del camino. A medida que pasaban los minutos era una obsesión.

—¿Cómo será el primer encuentro? —pensaba.

Como el viaje consistía en cruzar la cordillera central de un lado a otro desde el departamento del Quindío al del Tolima, no era difícil suponer que la carretera entre cornisas les diera pie para realizar un retén estratégico. Un nudo en la garganta ante la eventualidad de este tipo de encuentro se repitió cientos de veces ante cada nueva curva.

A mi regreso escribí a quienes quiero (textual).

"Salento, departamento Quindío, Colombia, 30 de junio de 1998.

Queridos todos:

En menos de un mes de estadía se más de guerrillas, paramilitares, ejército y policía que de las aves en mi lista de veinte y dos días de campaña. Músculos tonificados y vista aguda para andar por empinadas cuestas atento a todo, no es fácil, ni tranquilizante, el pensar que cualquier sonido de rama quebrándose a mis espaldas puede provenir tanto de una ardilla como de quien sea dueño de gatillos y balas. Si pienso que por trabajar en zona roja cabe la posibilidad que la inteligencia de estado hasta me lea las cartas que envío mediante Internet a colegas, familia y amigos, debería dejarlo todo. Pero las osadías pueden terminar en catástrofes como en éxitos, y me inclino por lo segundo no obstante exponerme a perder la vida o ser raptado. La filosofía aplicable a estas circunstancias tremendas de inseguridad personal, parece ser la de mantenerme por encima de los sucesos, y no dejarme arremeter por los arrastres de los decires, chismes e imaginaciones. ¿Acaso no se ve todo pacifico, amable, hospitalario y acogedor en los aires que me rodean? ¿Acaso no existe amor, casamientos, hijos, risas, flores y amistad entre estos paisajes que llaman a la contemplación y reflexión? Está claro que se debe ser neutro, la cuestión es que ningún sector de los contrapuestos crea lo contrario. La policía me hace prometerles dar parte en cada una de mis salidas y llegadas desde el área de estudio. Pero al mismo tiempo me imagino a la guerrilla jugando cartas en la plaza de Salento, viéndome entrar a la comandancia. Solo me queda esperar que me crean, cuando me toque contestar preguntas en las montañas, en cuanto a que sólo me ajusto a una rutina impuesta por la "autoridad". La guerrilla ya debe saber de mi existencia en estas tierras, y no es al azar que voy pidiendo permisos meticulosos en cada hacienda que visito. Me quedo hasta una semana en cada propiedad, jugando con los hijos y hablando con los padres, acercándome de tiempo en tiempo

cada vez más al pueblo de Toche, destino final por albergar los loros, pero al parecer también la cara de la revolución.

Mientras, me queda contemplar un volcán cargado de nieves perpetuas que llaman Nevado del Tolima. Y un cerro bajo con fumarolas que a diario se ven crecer o disminuir en intensidad. Nubes que le dan al mismo paisaje de montañas alfombradas de selva, fisonomías distintas según humedades, vientos o presiones. Sinnúmeros de elongadas palmas de cera flotando sobre el bosque como un segundo bosque, por crecer sus follajes a más de diez metros sobre el estrato superior de los árboles, viéndose como en dos capas unidas por los finos troncos blanquecinos que las caracterizan. Los dos mil pequeños cocos por cada racimo tornándose rojizos, y los tucanes de montaña tragándolos enteros de a montones. Al llegar no sabía dónde estaba ubicado ornitológicamente. Qué especies habitaban esos bosques que se ven tan prometedores. Al pasar por la experiencia de comenzar a usar los binóculos sin tener de antemano ninguna lista de aves, puedo comprender que estoy en uno de los sitios más importantes de Colombia por su biodiversidad y como centro de endemismo. Pero al Loro Orejiamarillo, conocido técnicamente como Ognorhynchus icterotis, no lo encuentro. Es cuestión de tiempo, pues algunas personas lo conocen. Como el ejemplo de un viejito, quien me dijo que si, que los había visto. Que "¿hace cuánto?" pregunté. Que "hace como quince años" me contestó. Que "¿en dónde?". ¡No se acordaba! No obstante parecen estar en la zona, aunque cada vez que veo la inmensidad del área me desespero. ¿Cuánto tiempo necesito para recorrerlo todo? Bosques distantísimos, páramos a lo lejos, crestas de montañas que se repiten una detrás de otra. Laderas inundadas con millones de palmas. En cada parche miles, y entre esas miles tal vez algunas tengan algún hueco como para que le apetezca anidar a algunas parejas de estos loros inencontrables. Por lo tanto trabajar con la gente del lugar es clave. Ellos pueden saber dónde están, en que roto[1], en cuál quebrada.

1 Hueco o cavidad.

El trabajo de búsqueda no es rutinario. Las estrategias de monitoreo siempre se acomodan de forma diferente en cada finca que visito. A veces es necesario armar carpa, en otras dormir sobre pisos de madera pulida y muy encerada con paredes de adobe (barheque) y techos de cinc pintados. Los desayunos pueden ser míos: a base de avena y leche en polvo; o de la casa, al estilo montañés colombiano, con chocolate caliente sin leche, parvas de arroz con arepas, huevos revueltos, quesos, y comidas que no sé cómo se hacen y ni quiero saber. Los frijoles[1] *no doman mi paladar y los cretinos son abundantísimos en cada plato. En este último caso es cuando la metodología de trabajo cambia y por ello digo que no es rutinario. Pues no es lo mismo subir una cuesta quiebra corazones con un desayuno de avena, que con dos platos de frijoles dentro de uno. Es cuando en lugar de subir vigoroso al parche de bosque más lejano, termino panza al cielo esperando ver pasar una bandada de los mágicos buscados, desde un punto estratégico a cien metros del último desayuno. Y es tan grande la hospitalidad de los vecinos, que en una ocasión me hicieron aceptar hasta tres desayunos, en casas distintas, en una sola mañana subiendo una misma cuesta. Se decir no, pero en un ambiente con algunas carencias decir no al plato es ofender. En resumidas cuentas, no puedo bajar los kilos que me he ganado en Quito. Más allá de la comicidad y tragedia del caso, oír los problemas, los temas, las felicidades simples pero verdaderas, los temores y las euforias de cada habitante en cada hogar forma parte de la búsqueda del loro. Noches riendo con historias, suyas o mías, siempre algo exageradas para enfatizar las sensaciones, para después sin preguntar cuenten qué aves reconocen en la zona. Porque nunca pregunto, sólo me cuentan, y es un modo de estrategia. Es obvio que las aves fantásticas nunca falten, pues hablan de loros de dos metros de longitud a lo cual me resultaba cruel no negarlo. Al final, de tanto en tanto se descubre a quien sí sabe del caso, entonces esas narraciones sí las anoto en mis elaboradas libretas, en el silencio de un momento a solas. En un caso me preguntaron si un gallo me molestaba por las madrugadas, cuando se dieron cuenta que*

1 Porotos.

había armado la carpa a cincuenta centímetros del poste donde se encaramaba el cínico para practicar sus afonismos. Así de doméstico todo, la mayoría de las veces.

Estoy muy bien. Los quiere mucho.

Bernabé.

Un nuevo destino.

CAPÍTULO 15

—¿Te quedó algo de lo que te di Bernabé?

—¡Nada!

—¿Pero cuánto costaba?

—Todo lo que me diste mamá.

—¿Me los mostrás?

—¡Son unos *Bushnell* 8 x 50 con enfoque mediante balancín, los mejores!

—¿Realmente necesitabas estos binoculares?

—Totalmente. ¡Gracias!

—De nada.

—¿Y esos libros nuevos?

—Pasé por la biblioteca de la Asociación Ornitológica del Plata.

—Y te gastaste todo.

—Y…

—¡Qué serio andás! —me interrumpió y me pidió que me apurara si quería terminar de comer con todos.

Mamá era igual que su mamá, esas personas desprendidas. Ojo, papá también, pero esta vez la desprendida era mamá. Mi abuela la había preparado así por lo visto, era una cuestión de familia. El día anterior atípicamente me apartó de mis hermanos y me dijo.

—No tengo dólares como para que los cambies y te compres esos benditos prismáticos que querés, pero te doy esto —curioso miré entre sus manos una caja chica.

—¿Qué es?

La abrió y vi miles de brillos que reflejaban el cielo azul de ese día, junto a las ventanas con vidrios de cristal de La Rinconada. Todo era luz.

—Un prendedor de mi abuela Regina Zawells, me lo dio mamá,

se llama lágrima, es de platino y diamantes. No lo uso nunca. A mamá mucho no le gustaba, a mí tampoco.

—¿Y qué hago con esto?

—Si te animás, mañana faltás al colegio, te vas solo a Buenos Aires bien temprano, averiguás dónde lo debés vender, en la planta baja del Hotel Plaza hay un buen lugar, y con lo que conseguís te comprás el binocular y con el resto, después vemos qué hago. ¿Viste? En definitiva soy tan tonta como vos con la cruz de plata de tu abuelo que mal vendiste.

Fue el viaje relámpago más extraño de mi vida.

Papá me llevó temprano a Saladillo. Mi abuela me mataba si sabía que iba y no la saludaba y a mamá también si sabía a qué iba y cual era mi plan. Así que mi viaje era secreto y en lo personal, para lo más preciado de mi vida, ¡unos nuevos largavistas! Pero además, tenía un fin extra. Partí en ómnibus, pocas veces había viajado solo. Al final del día volvía con mi caja *Bushnell*, el estuche *Bushnell* y el binóculo *Bushnell* impecables (olorcito a nuevo se dice).

Paula ya no me escribía. Normal. Cuando entré en la biblioteca de la asociación, en el viejo domicilio de 25 de Mayo 749, piso 2do. D, desde el cual se veía el río, la vi abrazada a alguien que no conocía, unos pocos años más grande que yo. Hablaban de viajes al Norte de Argentina cuando la vi de atrás. Le dio un beso en la boca, y justo me vio entrar. Ni lindo ni feo para ella, hacía bastante tiempo no tenía noticias suyas. Estaba ahí, en la asociación, para saber de ella y lo supe todo en cuestión de segundos. Así la situación de cruda, asimilando la realidad a borbotones, supe disimular y saludar efusivo cuando me lo presentó. Apenas se distrajeron, hui a la secretaría, donde estaban los libros en venta y compré una guía de aves de la Argentina, esta no era la que ya teníamos todos, sino una nueva, la de De la Peña. De eso hablaba con algunos de los chicos que también conocía del viaje al Lanín en Patagonia con su lago Huechulafquen, que casi me costara la vida. Mientras, las paredes me daban vueltas. Sin despedirme, me fui.

—Por qué estás tan serio —volvieron a preguntar en casa.

Y desde ese momento, a sabiendas que el día había sido todo un regalo para mí, así de la nada y de parte de ellos dos, me aguanté

mostrándome feliz, hasta acostarme. Lo único que quería era acostarme. Para poder estar solo y lagrimear, mientras pasaba el dedo sobre las imágenes de la guía nublándoseme los colores en los ojos, viendo sin ver, junto a la caja de los binoculares nuevos pegados a mí. Que mala suerte la mía y que suerte al mismo tiempo por tener tanto calor de hogar ese día, habiendo sido cualquier otro mucho más gris y desolado.

—Si ellos se van para el Norte, yo me voy para el Sur —decidí, simbólicamente.

Una situación como la que me pasaba debía ir acompañada de un viaje acorde, con aves acordes, emociones fuertes a la par y pronto comenzaban las vacaciones. Debía olvidar. Y debía preparar una expedición a modo de estreno formal para esos binóculos. El nuevo destino sería a mil quinientos kilómetros de donde me encontraba.

Pero no en familia, papá y mamá no viajaban nunca, sino con un amigo, mi mejor y único amigo en aquellos días, Santiago. Conseguimos convencer a nuestros padres que contactaran a un camionero de la cerealera *Cargill* y nos llevase a Puerto Madryn, en el litoral patagónico frente al mar, justo en la puerta de Península Valdés.

—¿En camión, haciendo dedo? ¡Pero ustedes están locos!

—Sí, volvemos en ómnibus, pero nos ahorramos la ida, que nos servirá para entrar en la península que es difícil de llegar porque no existen transportes públicos hasta Puerto Pirámides.

—Si ustedes insisten —dijo papá, cruzando una mirada con Isidro, su amigo y el padre de Santiago.

No sé cómo hicieron, pero fueron a la fábrica de alimentos balanceados en el pueblo y hablando con distintos choferes a uno le pareció bien. El señor era empleado, me refiero, no era el dueño del camión. Nuestras madres estaban horrorizadas, las hermanas de Santiago también, una de ellas, Alejandra, se reía menos, que sé yo, por lo menos no me desaprobaba. Para nuestros padres, en cambio, era una aventura necesaria en una Argentina todavía calma y segura fuera del ámbito de las grandes ciudades.

—¡Ana, son grandes! —le decía papá a mamá—. ¿Qué les puede pasar?

El camionero era responsable de un flamante camión de carga. Un Mercedes Benz colorado modelo 1114. Era un personaje curtido, atleta, pelilargo, narigón y mujeriego. En nuestro concepto, con respecto a esto último, no podía ser de otra manera. ¡De hecho casi me muero cuando pasamos a buscarlo en la casa de su chica de turno y atendió mi ex maestra de cuarto grado de la primaria!

—¡Bilo, te dije! —le decía ahora mamá a papá.

Y bueno, la señora casi se muere más que nosotros cuando nos vio. Es decir, señora para esos dos estudiantes casi por salir del secundario, no para mí como ahora la recuerdo, de mi misma edad; o para resumir, digamos que el camionero tenía muy buen gusto.

Mi amigo no estaba interesado en lo mío, ni en mis libros, ni mis binoculares, pero era feliz por salir de su casa. Yo, el más grande de los hermanos, él el más chico. Un viaje insólito para nuestras familias, no para nuestra inconsciencia y así nos embarcamos aunque no teníamos ni la más remota idea de cómo hacer para gastar poco, comer mucho y llegar lo más lejos posible.

El conductor había tenido una noche de fatiga. Y dormía. Sí, dormía manejando. Pero con despertador. Arrancamos al atardecer y los primeros kilómetros fueron bien, inclusive durante toda la noche. Pasamos por Olavarría, donde nos quedamos esperando en el camión mientras él comía con su verdadera familia, su mujer y dos chicos. Nos dijo que esperemos y ahí estábamos. Se tomó un par de vasos del consabido vino tinto en envase tetrabrik y nos reunimos los tres de nuevo en el camión. Muy entrada la noche ya, hizo una serie de maniobras con el acoplado, marcha atrás, girar, marcha atrás, girar, marcha atrás, girar. Quedó el acoplado, que sabíamos cargado en Saladillo de alimento balanceado en grano, en un corralón de su casa. Así fue un rato hasta que reapareció el hombre, limpiándose las manos de polvo rumbo a la cocina de su casa. Le dije a Santiago.

—Che, mirá esto.

—¿Qué ves?

—Hay un agujero.

—¿Dónde?

—Al frente del acoplado, en la chapa.

—¡Pero es un chapón de metal gruesísimo!

—Sí, parece que con tanta maniobra hizo chocar la parte de adelante con la de atrás y lo perforó —agregué, mientras metía el dedo en el orificio repleto de granos.

Cuando lo retiré salió una pequeña cantidad y comenté:

—Esto es lo que llevamos —mostrándole a Santiago.

— ¿Qué hacemos? Tenemos que decirle.

— ¡Ni loco!

— ¿Por qué?

—Porque todavía seguimos en Olavarría, Santiago y este no sé qué está haciendo ahí adentro pero si seguimos así no llegaremos nunca.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —dije y enseguida se me ocurrió—. Hagamos una cosa.

—¿Qué?

—Mirá, ves este palo, lo encajo así y listo, quedó trabado. Además es tan chico el orificio que no pasa nada.

Nos miramos satisfechos. ¡Y a viajar!

—¡Ahora sí! Vamos —dijo el conductor subiendo rápido a la cabina.

Liberó los frenos con mucho ruido de aire, pura aventura para nosotros y reanudamos el viaje.

Él aguantó bien toda la noche, a pesar del vino. Nosotros no. Nos decía que no nos durmiéramos para que lo mantengamos despierto.

—Háblenme, no dejen de darme charla —repetía cada vez que hacíamos silencio aburridos por la noche, el ruido del motor, la velocidad constante pero tan lenta y el túnel de negrura solo iluminado por los faros del camión; kilómetros eternos.

En ese viaje me habré enterado de todo lo que me faltaba conocer de la anatomía de la mujer, supongo, porque éramos (o por lo menos yo, si Santiago no me contaba todo), un par de inocentes, no completos claro está, pero al lado de este señor no podíamos compararnos. Así es como pasé atónito toda la noche, entre el hablarle para no estrellarnos y los asuntos sobre las féminas que nos comentaba.

A la madrugada siguiente, siempre sin parar y a setenta o sesenta kilómetros por hora, avanzábamos lento, muy lento en las subidas, a paso humano. Llegamos al fin a una cima y en adelante había un abra, en plena serranía de la ventania. En cambio los desplazamientos para abajo eran libres, sin frenos. La carga del acoplado, más pesado que la cabina y el cajón de la parte de adelante, tendía a marchar más rápido, sacudiéndonos con cabezazos hacia atrás, evento que me producía terror. En esos momentos de descenso no era necesario pisar el acelerador hasta por ocho kilómetros, algo así como una montaña rusa con propulsión a gravedad.

—¿El motor está apagado?

—¡No, está regulando, ahora escuchen! —y aceleraba haciendo oír el pistoneo. Por lo tanto íbamos con el cambio en punto muerto.

—¿El puente angosto de allá abajo lo vamos a atravesar a esta velocidad? —dije mirando el velocímetro que se iba acercando a los 110 km. por hora a medida que bajábamos.

—Sí, agárrense porque se va a sacudir el camión un poco más.

Nos explicó que la misma velocidad que generábamos nos serviría para llegar a la próxima cima rápidamente. Y así fue.

Todo bien durante el día, hasta que llegó la próxima noche. Ya estábamos en un paisaje con vegetación achaparrada y rutas muy solitarias. De vez en cuando nos cruzábamos con algún camión. Sin dejar el volante, este señor trabó el acelerador. Y no era él solo sino los tres quienes estábamos somnolientos. Pronto comprendí que la estrategia de aquel desgraciado debía preocuparme más de lo que creía. Su filosofía era la de cerrar los ojos unos segundos. En ese caso debíamos estar atentos para despertarlo. Pero al hacerlo sistemáticamente se malhumoraba. La situación era seria. Él hacía así. Dormitaba unos

segundos, convirtiéndose en varios cuando sabía que no venía nadie de frente o detrás, sostenía el volante en la recta, esperaba a que el camión se fuera saliendo de la ruta, misteriosamente siempre hacia el lado derecho (nuestra mano) y al llegar al borde de la ruta las ruedas anchas del acoplado hacían morder antes que las de adelante el filo de la carretera, generalmente los dos ejes traseros de más atrás. Siendo tan larga la estructura de carga, apenas comenzaba a colear en la soledad de la noche, las gomas se salían un poco de la ruta al rodar contra el polvo y pedregullo de la banquina. El zarandeo era tan fuerte que no había manera de seguir soñando y él corregía el curso hasta la próxima ocasión para angustia de quienes lo acompañábamos.

Debí sacudir al idiota más de una vez (porque otro término no cabía) y se molestó en todas. No quería parar para dormir.

—¡Dormir nunca, salimos tarde de Saladillo! ¡Y debo estar mañana al mediodía en Comodoro Rivadavia!

—¡Pero nos podemos matar!

—¿Ahhhh? ¿Qué les pasa a ustedes dos? —nos amenazaba. Y mientras seguíamos avanzando.

Al día siguiente, en una de las pocas paradas para almorzar o cargar combustible, descubrí que el agujero de un centímetro de diámetro estaba al descubierto. Conseguí otro palo igual y lo introduje, ¡pero pasó de largo! Por lo tanto puse uno más grueso pero me quedé helado.

—¡Si el otro palo entró así nomás —se me ocurrió pensar—, quiere decir que hemos ido como en el cuento de Hansel y Gretel pero por más de mil kilómetros! Por lo tanto este acoplado estará bastante vacío. Por las dudas no dejes ningún palito Bernabé —me dije—, a ver si por no avisar nos metemos en un problema mayor —y lo tiré lejos sin que me vean.

A Santiago no le conté nada y continuamos. Rogaba que ese viaje terminara y sobre todo, alejarnos del chofer que ya estaba desgreñado, sucio y era insoportable en su forma de manejar. A unos doscientos cincuenta kilómetros de Madryn el paisaje era de estepa total.

Vi los primeros ñandúes petizos, esos que Darwin se había comido y al terminar el banquete con unos gauchos, salió corriendo para preguntar por las plumas y lo que quedara del animal dándose cuenta que se trataba de una nueva especie para la ciencia (aunque Alcide d'Orbigny se le adelantaría en la descripción) y de pronto, una piedra en el medio del camino y detrás, otra más.

—¡Cuidado con las piedras!

—No son piedras —dijo nuestro conductor— y lentamente desvió el camión a la mitad de la ruta para pasarlas por arriba con las ruedas.

Crash…crash… se escuchó, apenas sacudiendo el camión.

—¿Qué eran?

—Tortugas terrestres silvestres.

—¡¿Las mataste?!

—Sí, si no tengo tiempo para parar y atraparlas las paso por arriba así no las agarra otro.

—¡¿Qué?!

—Las vendo en Olavarría. Las pongo en la parte de arriba del techo del camión, se aguantan bien varios días sin tomar agua ni comer. Pero si no las levanto yo y me pierdo el negocio, tampoco otro lo hará, porque ya están muertas —y rió.

Finalmente, cerca del mar pero sin verlo, en un atardecer encendido de media bóveda celeste, tan típico en esa latitud, pedimos ser dejados en una intersección del camino. El sitio era bueno para parar, con una estación de servicio como construcción única en medio del desierto patagónico. Fue imposible pensar pedir que nos llevara a Madryn, distante a unos doce kilómetros de donde estábamos.

Mientras bajábamos las mochilas con esfuerzo desde el techo, colgando de una escalerita de metal, se sentían los "tóc tóc" huecos que corroboraban el buen estado de los neumáticos, costumbre de los camioneros utilizando un bastón corto de madera. Pero se sintió un grito de desesperación.

Frenético daba puñetazos a los flancos del acoplado sonando a vacío desde un metro para arriba. La carga se había perdido mucho más de la mitad, grano a grano, minuto a minuto. La vibración de la carrocería dejó arruinado a nuestro compañero, de quien preferimos despedirnos cuanto antes por temor a su ira, dejándolo solo y en desgracia con un argumento irrelevante para él.

—Debemos hallar un sitio donde dormir antes que se haga de noche.

—¡¡Estoy arruinado!! ¡¡Maldición!! ¿Cómo puede ser?

—Por las tortugas que matás —pensé, alivianando mi consciencia y nos fuimos.

—¡Acá está! Un hueco en el chapón. ¡Maldición! —se escuchó lejano.

—Por el alimento balanceado que te robás en el corralón de tu casa en Olavarría —pensé de nuevo y seguimos.

Ya era tarde y en veinte minutos anochecería. El aire estaba cargado de cierto aroma salado y conocíamos la dirección a seguir, hacia el mar por la ruta que decía Puerto Madryn, al frente. Una cuesta larga acabó con nuestras fuerzas y la oscuridad total nos dio intranquilidad. Al llegar a la cima vimos nuestra meta. La bahía iluminada por las luces de la ciudad, el gran muelle, el puerto de una aluminera con barcos de ultramar encendidos. Habíamos llegado al litoral marítimo patagónico, con ballenas, elefantes marinos, pingüinos y orcas. Un paraíso a nuestros pies.

Debíamos acampar y descansar, así no llegáramos a la ciudad. Trepamos a campo traviesa un montículo pegado a la ruta y avanzamos unos cien metros adentro cruzando un alambrado. Como pudimos martillamos las estacas entre rocas sobre el suelo sucio y aroma fuerte en un plano inclinado. Los vientos de la tienda de campaña quedaron asimétricos de la misma manera que el armazón. El cielo estaba estrellado, rabioso de estrellas, y reinaba una absoluta calma chicha. Nos acostamos prácticamente sin comer.

A la madrugada, grillos y poleas nos aturdieron. El rugir de varias máquinas pesadas tipo *Caterpillar* nos rodeaban. La primera

impresión ante el cierre abierto y asomada de cabeza fue de pánico. Estábamos instalados en el medio del basurero de Madryn.

Mantente caminando.

CAPÍTULO 16

El camión lechero, único vehículo de transporte hasta Toche, pasaba todos los días por el camino de cornisa. Pintada toda su carrocería de madera con azul y blanco, más la cabina de metal que era azul con chapas plateadas, firuletes y dibujos, la nota final la daban unos bastones platinados con borlas en la parte superior, dispuestos a los flancos del motor. Pascual con su hermano recogían los tubos de leche, en ocasiones todavía calentitos. Los finqueros dejaban uno o dos recipientes, en el borde del camino, justo al lado de la tranquera, donde por lo general sólo se veía eso, pues la casa quedaba arriba o abajo según la cuesta, rodeada de árboles o setos.

Al lado de esos tubos lecheros me encontraba, nervioso, esperando escuchar el camión de Pascual, mientras leía sin concentrarme una nota del finquero: "*Pascualito, si es tan amable, tráigame media bolsa de papas, un kilo de azúcar, media bolsa de maíz para arepas*."

Por lo visto, el camión lechero proveía todo tipo de servicios, era el contacto diario con la civilización y el único vehículo que entraba. A Pascual ya lo conocía, era divertido, tosco, morocho y bueno, siempre radiante. Cuando andaba por la cornisa, por el frío, se ponía un poncho de lana de oveja marrón oscuro, con unas finas líneas blancas. Cargaba mucho más que leche entonces. He visto chanchos vivos, otras veces una cosecha entera de papas, en cuyo caso, debía esperar a que terminaran el trabajo antes de llegar a destino según lo programado.

Ese día que llegué a Toche en el camión de Pascual, por la mañana, fue uno de esos casos. Iba parando en cada portón entregando pedidos, tomando otros. Mis nervios aumentaban.

Buscaba un permiso oficial de la guerrilla para trabajar en la zona y hasta el momento no me habían visitado. Toche era la capital de la guerrilla en aquel lugar, una capital de veinte casas y cinco manzanas. Mi discurso en primera instancia siempre era parecido. Mencionaba

que estaba estudiando aves y mantenía esa conversación, haciendo caso omiso a peticiones de posiciones mías sobre política. Utilizaba el permiso para entrar en cada hogar con dos sentidos. La primera respuesta era general.

—Sí señor, bien pueda, pase y siéntase en su casa. ¿Le provoca un aguardientico?

Entonces debía insistir para que se comprendiera a qué tipo de permiso me refería. Precisamente a aquel que no tenía mucho que ver con que me dejaran entrar a la casa, sino con que se me permitiera pasear por la zona con la venia de la guerrilla. Nada directo, dándoles vueltas, arte difícil de manejar donde cualquier desmido podía ser fatal. Hubo quien me sugirió que partiera de inmediato sin regresar y hubo quien se fijó en mí de otra manera, existiendo aceptación, aunque sea por divertimento. Inspiré confianza porque me nacía, simplemente por ajustarme al viejo refrán colombiano de supervivencia.

—*El que nada debe, nada teme*, usted tranquilo.

Apenas se apagó el motor, bajé de la parte de atrás como otros parroquianos. Estratégicamente y para quemar el tiempo mientras esperaba un contacto conciso, no un vocero, me instalé a esperar en uno de los dos bares del pueblito, el más frecuentado en ese momento. Para hacer tiempo, comencé a ilustrar en mi libreta de apuntes, con pincel y acuarelas, una de las especies de aves difíciles de hallar en toda su distribución endémica de Colombia. Esto lo hacía a veces como para que le quede raro a un mirón (informante) que un espía pudiese pintar con pincel los pájaros que decía estudiar. De la misma manera, oí bien fuerte todas mis grabaciones de aves de los días previos, escuchando los quetzales de cola corta para interés de los presentes y fui anotando una a una las especies en un papel, por orden de aparición. Ello significó mostrar mucho equipo caro, grabadores, micrófonos, audífonos, sistemas de posicionamiento global mediante satélites. No tenía que ocultar nada, de todas maneras, si querían, igual se lo llevarían.

Al mediodía del segundo día nuevamente estaba almorzando en el almacén y restaurant de don Vicente, como también lo llamaban.

Afuera el cielo seguía azul y adentro oscuro, en comparación, debido a que la construcción presentaba sólo dos puertas de entrada, separadas por tres metros, altas y angostas, ambas abiertas. Cada vez que miraba distraído para afuera, donde estaba la placita (un cuarto de manzana), tardaba en enfocar el paisaje sin encandilarme un poco, vista que invitaba a la contemplación, siempre adornado con las palmas de cera más allá del caserío, cuesta arriba.

—Don —dijo Vicente, bajo—, le llegó la hora, prepárese que ya viene el comandante a entrevistarlo. ¡Suerte!

Fue la única vez en mi vida que se me atragantó la comida de verdad. Un nudo en el estómago. Trataba de tragar pero no podía. Tosí, mientras tomaba agua y miraba a Vicente diciéndole que sí, que iría afuera, con un ademán afirmativo de cabeza. El hombre me había tomado simpatía en mi corta estadía, sabía de mí hacía un mes por los cuentos de los lecheros, hasta conocerme el día anterior. La expectativa de ver la cara del argentino que estudiaba aves en una zona prohibida era generalizada.

Noté que Vicente estaba tenso; me paré para obedecer su señal de que salga a la calle, que me apurara. Ese era el momento en que un tercero decidía si en los próximos minutos yo viviría, o no. Para el resto del pueblo también era un instante de tensión y no volaba una mosca. Fue cuando vi, recortado como una sombra en el umbral de la puerta, a quien me buscaba. Nada tenía de diferente a cualquier campesino. Menudo, chiquito, con bigote negro, pelo negro revuelto, no era un paisa sino un *rolo*, es decir, sus facciones no eran mayormente *aespañoladas* sino más bien aindiadas, con todo el respeto que ello merece.

—Salga —me dijo.
Y obedecí. Pero de una manera que él no esperaba.

Arrastré conmigo ambas mochilas, la de espalda y la de mano, una con cada mano, una manera de entregarme totalmente a sabiendas que estaba a su merced y que mi intención era la de no ocultar nada. A la vista de todo el pueblito, frente a esa plaza, creo que el latido de mi corazón se oía. Miré su poncho y tenía oculta una de las manos, la otra

estaba visible y sin ninguna arma. Era zurdo para disparar, ocultaba una pistola.

—Buen día —dije y enseguida corregí—, o buenas tardes.

—Buen día —me interrumpió, agregando de inmediato—, sus documentos por favor.

No me buscaba la vista, nunca. Él miraba desesperado por un posible ataque o trampa. Depositaba su vista en una azotea y al segundo, literalmente, en una esquina, luego detrás de mí o en la puerta del bar por donde había salido. Me impresionó la tensión que tenía ese hombre mientras al mismo tiempo era seguro que estaba protegido estratégicamente. Yo apuntado por el resto del grupo escondido, pues el sólo cubría su frente a distancia, no estaba prevenido en lo que hipotéticamente pudiera hacerle yo a quemarropa. Las espaldas y los flancos, por lo visto, los tenía más que asegurados; es decir, nunca miró sobre su hombro y tampoco me palpó por la tenencia de armas. La situación era grave.

—Los tengo en el bolsillo de la mochila grande, si me permite —y asintió con la cabeza, mientras, siempre con las manos separadas de mi cuerpo, pero como despreocupado, saqué con la punta de los dedos el pasaporte.

Lo miró rápidamente y lo cerró, demasiado rápido me pareció, pero entendí al instante.

—Esto me lo quedo, se le devolverá cuando decidamos qué hacer con usted.

Continuaba mirando todos los rincones como desesperado, llegué a creer que era algo patológico inclusive, algún mal neurológico.

—Dígame que tiene en sus mochilas.

Un trípode *Manfrotto*, un telescopio *Leica Trinovid* con fluorite de 32 aumentos fijo, sus estuches, un binocular *Leica* 10 x 50, un grabador a *cassette Sony* 5000, un micrófono direccional *Sennheiser ME* 66, un

discman Sony, sus audífonos y diez cds, dos de ellos dobles con las óperas de Un Ballo in Maschera y el otro Rigoletto de Giuseppe Verdi, más Pink Floyd, U2 y R.E.M, una guía de aves de Colombia, en su única versión en inglés, un GPS *Garmin*, una caja de madera con 50 pomos de colores y cinco pinceles de pelos de marta *Winsor & Newton* para pintura, una colchoneta *Thermarest*, una carpa *Cacique*, una bolsa de duvet *Deuter*, una batería de cocina *Trangia* sueca, mi libreta de campo, una linterna *Maglite* de cuatro pilas y una *Petzel* tipo minero, campera de *goretex Patagonia*, camisas *Cacique*, pantalones, zapatos náuticos de cuero, un par de botas de goma, camisas para salir, una máquina *Pentax*, calzoncillos y medias térmicas, diez paquetes de fideos, chocolate. Lo mareé.

—A ver, hágase a un lado —y revisó todo aquello que enumeré.

El acto de esconder es muy mal visto en la idiosincrasia local. No me refiero a negarle que tenía un telescopio, sino mencionarle que el telescopio y el resto del equipo, era lo mejor que había en el mercado y no se lo estaba ocultando. Consideraba que así como se veía el comandante guerrillero, podía ser un erudito con una maestría en Europa, hijo de un adinerado de Bogotá o un gran conocedor de lo que es bueno o malo en calidad de equipo de camping. Jamás se debe tratar de tonto o minimizar una realidad frente a una persona que puede despacharte al frente de todos y luego mandar a limpiar tus restos. Se tomó su tiempo y separó todo. Esta vez me miró distinto.

—Muy bien. Tendrá que quedarse hasta que le devolvamos el pasaporte. El binocular lo tomamos como donación —y me miró.

Automáticamente en mi mente se escuchó un "clínk caja", porque ese prismático me había costado mil doscientos dólares, pero no había nada que hacer, no en ese momento. En realidad me estaba aplicando una prisión domiciliaria en el pueblo, lo cual era mucho peor, pero había pasado la prueba. Vivía.

—Bien puede don —y le entregué el binocular en la mano, siempre a la vista de todo el pueblo que observaba oculto espiando por rendijas y ventanas supuestamente cerradas—. Le agradezco su

propuesta.

Desde ese momento dejó de estar nervioso, ya no miraba desorbitado todos los rincones a distancia de emboscada.

Le estiré la mano y le dije:
—Me llamo Bernabé.
Me estiró la suya:
—Walter, comandante Walter.

Me impresionaba que usase una categoría militar en su rango, que pidiera los documentos como hizo el sargento de la policía en Salento; por lo visto tenían una estructura muy organizada. Agregó:

—Usted no puede quedarse aquí si no es recomendado por nadie.

—¿Me cree semejante *destejado*[1] como para meterme aquí sabiendo que pueden llegar a raptarme o matarme, si no fuese por la convicción que en esta zona se encuentran esos loros y quiero estudiarlos?

—Sí, ya tuvimos a uno como usted por acá hace algún tiempo, un *marine* estadounidense de la embajada americana en Bogotá.

—Lo sé.

—¿Era su amigo?

—No lo conozco, es de la otra punta del continente, al Norte, yo vengo del Sur, desde bien abajo.

—¿Qué quiere usted hacer acá?

—Si es tan amable, quiero mostrarle esta lámina de los orejiamarillos.

—No me pregunte a mí.

—¿Pero los conoce?

—No tenemos tiempo para conocerlos.

—Mientras espero decidan qué hacer conmigo, ¿le molesta si en lugar de quedarme en Toche doy una vuelta por la vereda Verón? (un sitio cercano cuesta arriba).

1 Por loco, conocidos en gran parte de Colombia como aquellos a los cuales le falta una teja en la cabeza.

Se quedó mirándome.

—Mi pasaporte podrá introducirlos en mis antecedentes y mientras me dejan hacer (trabajar).

—Puede recorrer el valle sólo en lo que es el área con palmeras, desde la primera finca arriba hasta este pueblo y no puede caminar más allá de aquel cerro (haciendo un ademán con la mano) y estos dos (marcándomelos en el mapa que le mostraba). Dentro de estos límites haga como quiera.

Mucho más no debería contar, pero creo que por atónito y pasmado aquel señor comandante local de las Farc me recomendó anduviera con cuidado. Un cuidado especial. Pero me creía y aunque no acostumbraba aceptar ningún forastero, haría una excepción por esta vez.

Pero hubo una situación más. Yo tenía que cerrar dos temas, uno me preocupaba, el otro me angustiaba.

—Walter, necesito su consejo.

Como ya se iba, le molestó la interrupción, por la confianza que le mostré más probablemente. Me respondió mirándome en silencio.

—Suponiendo que usted me da permiso para regresar a Salento, solo suponiéndolo, es muy probable que algún amigo suyo me vea entrando en la comisaría del sargento Hernández.

—¿Por qué?

—Porque así se me obliga a hacerlo, cada vez que entre a Salento debo darle parte, así me lo pidió.

Ese momento fue indescriptible, hizo una mueca de sonrisa y replicó de inmediato.

—¿Acaso usted está hablando con un guerrillero?

Me dejó mudo, en rigor, no tenía tal aspecto.

—Y algo más, si no le es inconveniente y no lo molesto más.

—Diga.

—El binocular ese que se lleva, habrá notado que es bastante grueso. ¿No quiere que se lo reemplace por uno más liviano? Si me tiene paciencia le traigo uno, o me va a decir que corriendo en una balacera se le hace cómodo llevar tanto peso…

—Lo veremos.

Y se fue mientras ponía todas mis cosas dentro de la mochila de nuevo, con la vista fija en el suelo, una manera de darles a saber que no quería observar sus movimientos, que no me interesaba lo que hacían.

Volví a entrar al bar y allí estaba don Vicente, secando unos vasos enanos de tragos cortos.

—¿Un aguardientico? Yo lo invito.

—Si —le sonreí agradecido—, claro que sí.

Su hijo se sentó de nuevo junto a mí como el día anterior, ahora curioso por las láminas del libro que le había mostrado a "su" comandante. Tenía unos siete años, era regordete igual que el padre, rubión, curioso. Me seguía a todas partes.

—¿Y ahora, dónde quiere ir? Algo le escuché decir. ¿Por la vereda Verón?

—Pues sí, en la última finca que estuve me dijeron que una vez vieron los loros allí.

—Yo voy a disponer todo para que usted llegue ahí.

—Le agradezco don Vicente.

—Ahhhh, y me pidieron que tenga usted esto consigo y no se olvide de su promesa —y acercando el vasito con aguardiente me entregó mis binoculares.

—Si de buenas está usted hoy… —aseveró.

—Pues sí don Vicente, pues sí —dije emocionado, mientras continuaba con mi almuerzo consistente en pan, dos huevos fritos y salchichón.

Cuando regresé al bar a los siete días, con las manos vacías una vez más respecto a los orejiamarillos, estaban esperándome Pascual y su hermano.

—¡Argentino! ¡Usted sí que está de buenas! ¡Bienvenido! ¿Vuelve con nosotros hoy o esperará a mañana?

—¡Hoy Pascual!

—¡Pues vámonos! —me dijo y mientras me ponía su mano sobre el hombro en gesto de amistad, socarronamente aunque a la vez serio agregó—: Me ordenaron que le entregue este sobre para usted.

Mi pasaporte.

—¿Esto quiere decir que podré volver?

—¡Quien sabe don Bernabé! Si se porta bien, me mandaron decir que cuando usted quiera.

Y no se habló más del tema.

No puedo dejar de mencionar mi próxima conversación con el comandante de la policía a los pocos minutos que llegué a Salento.

—Mi sargento, usted me pregunta si me contactó la Farc —hice un breve silencio—. También usted días atrás me contestó que 'ellos' se distinguen por estar vestidos como soldados, excepto por usar botas de caucho —y asintió—. Si le digo que sí, que los vi, deberé describirle a todos los campesinos que habitan por allá, porque desde roanas[1] y sombreros mi vista no ha encontrado nada más. Y si están vestidos así, son todos. Y todos no son. Aunque hubo quien me preguntó y conversó mucho aconsejándome cómo hacer para sobrevivir.

—¿Ud. cree que estará bien en el futuro Bernabé?

—Creo que sí, han sido todos muy amables.

—De acuerdo, vaya nomás —fue lo último que le oí decir serio, ambos conociendo el todo y el nada de una Colombia complicada.

Cuando regresaba de mis salidas ornitológicas en la zona de

1 Ponchos.

Toche, en Salento, hallaba a mis nuevos compinches como era de esperar, pero no sucedía lo mismo con su trato hacia mí. Cuando antes me saludaban por la calle con un "*buen día*", "*pase Ud*." o el "*¿me acepta una arepa, Don?*", esta vez eran fríos. De todas maneras me encontraba en un clima afable e inmerso en esa armonía paisa arquitectónica de fachadas y colores hasta el hechizo. Si me pongo a comparar mi angustia de cada partir hacia zona roja con la sensación cómoda del haber podido volver, no percibía donde estaba más a gusto y distendido, pues en Salento no era una nimiedad las tantas puertas que se me habían cerrado sin razón aparente. En un par de meses había tenido la oportunidad de conocer a pocos, pocos que habían sido tan amables hasta el punto de asustarme con las intenciones de alguna madre en empotrarme a alguna de sus hijas pensando que yo era un muy buen partido. Pero esa misma gente que semanas antes me ofrecía tazones de chocolate caliente, ahora podía negarme el saludo. Lo interpretaba así por ser grande el hermetismo de quienes desconfiaban en por qué, dónde, cómo y para qué llegué a la comunidad. Había chisme, de eso se trataba. Hasta el "*Buenos días, ¿cómo está?*" la amabilidad funcionaba, también la pregunta obligada "¿C*ómo así por aquí?*", típico en su cantito final, pero esta última pregunta podía interpretarse con un segundo sentido. Algo así como "¿C*ómo, no te secuestraron? Entonces sos uno de ellos*".

Para que me dijeran nuevamente venga a mi casa a tomar un tinto[1] habría de pasar bastante tiempo. Es normal entre tanta paranoia, oculta bajo el *tranquilismo* aparente. Pero eso sí, ante tanta gente llegada de otras ciudades cercanas, generalmente como turistas ávidos de artesanías y una buena foto, la hospitalidad local se mostraba en todo su apogeo. Entonces, ¿qué les sucedía conmigo de manera recurrente? ¿Por qué hoy "doña Elvira" me saludaba, pero a la otra semana no?

Mientras, enviaba cartas a mi familia y amigos con anécdotas positivas (textual). "*Quiero describirles la personalidad tan abierta de la gente en la región de Armenia, Manizales y otras ciudades circundantes que los sábados y domingos visitan Salento. Una persona que almorzaba en un restaurante con su familia, biólogo, se despidió rápido porque sus hijas lo llamaban. Lo había conocido en esa mesa, en*

1 Café.

ese momento, pero cuando me tocó preguntar cuánto le debía a quien asaba la carne me dijo que nada, que el señor con el que había estado hablando me invitó mi almuerzo. O el caso de mi servidor de internet en Armenia, capital del Quindío, que me fue gratuito durante siete meses, un regalo sorprendente de su amable director, simplemente porque le gustaron mis andanzas comparables a las de un hermano que vivía en Chile. Querían hacerme sentir bien. Inmensamente amables, nada más, un estilo que no existe de esta manera en países más templados." No obstante, en lo que al pueblo íntimo de refiere, esas atenciones siempre mutuas, fueron desvaneciéndose. No debía pasar mucho tiempo más para entender. Estaba en Colombia, Salento, Toche, recién llegado. Tenía que tener paciencia. Pero habiendo visto y escuchado varios sucesos de violencia que jamás pensé podían alcanzar a tanto, ni puedo contar "*muy a lo abierto*" por no firmar estos textos con un pseudónimo, los motivos se resumían creo que en "desconfianza" en ambos bandos. Pero sea como se llame esta situación, más allá de la seguridad nacional, existe un enemigo acérrimo para cualquier persona, mucho más peligroso que sentir la muerte o disparos. Ese enemigo para todos en el poblado era "el chisme" y "la envidia", ambos patéticos y destructivos. Si siguen por la mano, esos chismes tienen efectos de daga. Esta situación puede soslayar la magia cultural del país y tiene que ver con sucesos que me estaban alcanzando.

Envuelto en tales pensamientos, descubrí que la magia edilicia siempre me brindaba una sorpresa nueva; ahora tejas cubriendo a modo de galerías cuadras enteras con cielorrasos en bicolor y zócalos altos a dos pinturas en las veredas. Todo colonial, pero tan distinto al colonial de arcadas, guardillas y rejas de la arquitectura pampeana de antaño. Todo el caserío era intenso a las pupilas y fue total esa noche de devoción mariana el día de mi regreso, la cual en la comunidad es fortísima. Desde media tarde las calles se llenaron de ametralladoras, soldados y una banda de músicos uniformados. En la plaza comenzó al oscurecer una larga procesión precedida por la gran música marcial y detrás, la virgen bamboleante, cargada a mano sobre varas paralelas por sobre la cabeza de cientos de creyentes. El toque mágico de la música lo daban dos instrumentos atípicos entre armas. Unos clarines larguísimos parecidos a los medievales en las cortes, incluso con banderas colgando de ellos mientras sonaban muy amables en medio del desfile; y una

especie de marimba con timbres de triángulos[1]. Detrás caminaba la gente, rezando entre el tronar de la música, la virgen en lo alto, velas encendidas y muchos guardias, en contraste con la espiritualidad santa de la ocasión. Largas ametralladoras, bien pesadas, haciendo lentos los pasos de quienes las cargaban. Colores de Colombia, amarillos, rojos y azules, los mismos de la antigua y perdida Gran Granada con Ecuador, Panamá y Venezuela, todos países vecinos con banderas-estandartes de tres bandas y los mismos tonos. Y su gente, el brillo de los instrumentos que hacen música, el iluminar de las velas. Al llegar a la plaza, tronaron miles y miles de cohetes. El rezo con la pólvora. Así de paradójico como milenario. Y así, a lo colombiano. Salento tenía mucho para el asombro, siendo exponente representativo de las intimidades más folclóricas del país. Por ello estaba declarado como patrimonio mundial de la humanidad. Y en la procesión se destacaba un camión de apoyo, era el camión lechero, manejado por los dos hermanos, Pacual y Fulgencio.

Walter, el comandante guerrillero.

1 Por el instrumento musical: metalófono.

CAPÍTULO 17

Mi bachiller en el secundario es en Ciencias Naturales. Mi carrera sería biología, a falta de zoología o en su defecto ornitología, o aún más ornitología de campo como en algunos lugares lo llaman del otro lado del Atlántico. Pero terminé estudiando dos años de abogacía. Y luego me fui.

Fue así.

La biología la descarté alocadamente como un exceso en cuanto a cómo se la enseñaba o enseña, en Buenos Aires. No opino sobre la carrera porque nunca la hice, pero el programa hasta cuarto año era muy bioquímico y con matemática y física en los primeros años. No obstante me anoté y comencé a cursar el primer año del ciclo básico. Es gracioso porque este ciclo, inventado por mi tío abuelo, Ministro de Educación y Justicia de la Nación, Carlos Alconada Aramburú, permitía ingresar a cualquier facultad sin examen de ingreso. El ingreso consistía en cursar todo un año aprobando seis materias más o menos acordes a cada conjunto de facultades. En definitiva, un año más agregado a cualquier carrera que uno eligiera. Mi bachiller en ciencias naturales, por otro lado, dejaba bastante que desear como tal ya que estaba orientado a la bromatología, pues el colegio de Saladillo buscaba asegurar un perfil de inserción laboral en sus alumnos más que una formación afín al título, pensando en que muchos de ellos no continuarían sus estudios,

Tal era mi convicción con la biología que jamás pensé que a mí me gustaban las aves de las plumas y cáscara para "afuera": sus colores, sus sonidos, sus nombres, observarlas; no para "adentro": su organismo, su ADN, su fisiología. Esto que digo lo aplico a mi pensamiento a esa edad. Pero la verdad, si volviera en una máquina del tiempo y pudiera elegir de nuevo, otra vez no la estudiaría.

Viendo un entorno familiar tan atiborrado de abogados, con sus oficinas ya armadas por generaciones y el reconocimiento como

tales tanto en Buenos Aires como en La Plata, rápidamente me fui convenciendo de cambiar la carrera. Pasarme a abogacía fue definitivo cuando con dieciocho años en febrero de 1987, estando entre sesenta alumnos próximos a comenzar la materia "Biología I", con mis pensamientos en la estratósfera elucubrando mi futuro sobre la marcha, repentinamente el profesor que acababa de entrar y no había visto por su perfil bajo dijo:

—Buen día. Soy su profesor titular de esta materia. ¡Bernabéééééé!

Atónito me senté bien y allí al frente estaba mi compinche de pajareadas en el Huechulafquen, Ricardo Banchs, también socio de la Ornitológica del Plata.

—Bernabé, que bueno verte. ¿Cuándo llegaste? No sabía que venias a estudiar biología en Buenos Aires. ¿Dónde estabas?

Se hizo el más absoluto silencio y cincuenta y nueve caras me miraban esperando curiosas a que respondiera algo ante tan insólito comienzo de clases. Era mi primer día en la facultad y había comenzado dando la nota. ¡Cuándo no! A Ricardo le había llamado la atención mi desaparición en los últimos tiempos, provocado por mi desencuentro amoroso de la vez que fui a comprar los binóculos y pasé por la asociación, por lo que no pudo evitar saber de mí en ese instante, sabiendo que después debía correr a otras aulas sin verme. Esa situación me mortificó porque ahora se sabría que estaba cursando biología. ¿Cómo echarme atrás?

—Pues bien, que sea abogacía nomás, definitivamente la biología conmigo no va.

Me las ingenié para cambiar mi ciclo a la orientación de derecho, porque materias como antropología eran comunes a las dos carreras y ya estaba anotado en ellas, no era mucho el "complique" y con dos materias reemplazadas en los primeros días de inicio de clases, una de ellas Biología a Sociología y Química a "Sociedad y Estado", se podía.

Un año después, en una de las tantas veces que pasaba por la asociación ahora que estaba en Buenos Aires, un ornitólogo mucho mayor que yo, que me conocía bien y que había escrito bastante sobre aves, a sabiendas que estaba estudiando abogacía atropelladamente (según él), leyó el título de uno de los libros que tenía en la mano. Trajeado con saco y corbata como estaba, tan característico de mi nuevo trabajo con el doctor Lanús, ni más ni menos que Carlos Lanús, mi tío asesor de aquella vez en el Museo de Ciencias Naturales, subí de pasada para saber a dónde nos iríamos a ver pájaros ese fin de semana. Rápido, porque no llegaría a tiempo a Penal I, lo saludé y me preguntó con chispa:

—Ese libro que tenés, ¿lo escribió Hans Kelsen?
—Sí, Teoría Pura del Derecho es el título. ¿Por qué?
—No, por nada.

Me preguntó cómo me iba en la carrera y le conté contento sobre mis avances. Nos despedimos apurados porque le confesé que si no corría no llegaba a clases. Cuando ya me iba, saludando también a otros, escuché clarito su pregunta final, filosófica para quien iba dirigida.

—¿Teoría Pura o pura teoría?

La realidad es que mi perfil seguía siendo ornitológico. El "Estudio R. y C. Lanús" de mi abuelo y ahora de mi paciente tío, en lo personal funcionaba como una sucursal de mi *hobby*. En los ratos libres actualizaba mis notas de campo y luego en horas de trabajo llevaba amigos y amigas. Y gastaba el papel del fax para hacer copias de tiras larguísimas de los listados de sonidos que acompañaban los *cassettes* de cantos de aves. Usaba el teléfono para armar viajes. Es decir, dentro del estudio R. y C. Lanús, como en el resto de mi vida, en mi cabeza sólo había tiempo y pasión para las aves. ¡Es más! Algunas sociedades anónimas o de responsabilidad limitada creadas por el estudio salían con nombres de pájaros que los clientes me pedían porque eran ocurrentes, Choique S.A., por ejemplo, o Ñacurutú S.R.L.

En paralelo, más allá de amores platónicos, nunca había tenido una amiga ni novia y jamás había dado un beso a una mujer, hasta ese

año; así que mi carrera estuvo en la cuerda floja hasta que la vi caer y no me dieron nada de ganas en salirle al rescate. Estaba enamorado de mi novia, de mis pájaros. Adiós abogacía y adiós biología. Un amigo siempre recuerda el siguiente indicador, como abogado que es, luego director de la Asociación Ornitológica del Plata:

—¿Te acordás cuando te encontré haciendo fila en tribunales esperando ver un expediente?

—Sí.

—¿Te acordás qué estabas leyendo mientras esperabas aburrido?

—No —respondí.

—La guía de aves.

—¿Qué?

—¡Sí, estabas estudiando los nombres en inglés porque te ibas a guiar a no sé qué extranjeros!

Todo esto me llevó a que comenzara una carrera diferente, totalmente anacrónica para el mundo de las maestrías y doctorados. Una carrera sin academia. Una carrera de pensamiento propio, de autodidacta, mezclado con lecturas de libros, artículos, guías ornitológicas. Ese conocimiento me llevó a trabajar como guía para grupos de observadores de aves e inclusive guié una vez a *BirdQuest* (una agencia de viajes *top* para *birdwatchers* británicos). Pronto comencé a participar de algunos congresos a escala regional. Pero sobre todo, al mismo tiempo me animé a escribir.

Pero escribir ornitología era bravo. Más allá del nivel y el alcance que quisiera, o mejor dicho, pudiera darle a un artículo mío en aquella época, lo "bravo" era su entorno social, que nada tenía que ver con lo académico en rigor sino con pequeñas dosis de miseria humana. Esto me formaría, pero el sablazo sería amargo.

Mientras continuaba trabajando en el estudio Lanús para hacer sociedades de existencia ideal (aquellas sociedades anónimas y en lo que a mí correspondía mejor, sociedades de responsabilidad limitada), comencé a escribir una nota sobre un ave diminuta de los pastizales pampeanos y la forma comprobada en que hacen sus nidos.

La especie desde siempre fue un misterio en sus hábitos de reproducción pero un ornitólogo al que conocía bien, había dado con su nido hacía rato publicando los datos. De mi experiencia pasada en Saladillo, estaba contagiado por el espíritu de búsqueda de nidos, huevos y pichones de bichos con costumbres esquivas y ocultas, datos todavía no publicados. Como tenía una buena muestra de nidos de la especie en cuestión, *Spartonoica maluroides*, pensé en preparar un artículo demostrando que los nidos de esta especie eran cerrados, con forma de horno (*hurnus-furnus*) como cualquier furnárido (las aves que hacen nidos cerrados con forma de horno) y no abiertos, como una excepción a la regla. No pienso aburrir con una línea más agregando datos técnicos, pero aprendí a notar cómo los intereses creados podían distorsionar la realidad. Yo decía que eran cerrados e hice una serie de ilustraciones para publicarlas, pero cuando al experto le tocó revisar el trabajo, por ser contrario a sus intereses y contradecir su afirmación, puso el pulgar para abajo y el artículo jamás vio la luz. Tenía diecinueve años, él sesenta; pero no había logrado estar más allá del bien y del mal. Lo creía amigo, un protector, pero eso no valía cuando se trataba de cuidar su reputación, cuando en definitiva la reputación del autocrítico es la que más prevalece.

—Una cuestión de tiempo en el tiempo, alguna vez se habrá de saber el ocultamiento de la verdad —me decía a mí mismo.

A este pequeño revés, más tarde se sumaría otro, cuando en una revista ornitológica británica encontré publicada una nota que reconocí de inmediato. Trataba sobre una especie que habíamos descubierto con el autor en una localidad alejada de la provincia de Entre Ríos. El ave daba qué hablar por ser una especie rara de hallar y estar en peligro de extinción. Seguido al título aparecían los autores, como en cualquier artículo. Mi amigo era el primer autor y el segundo un conocido en común que no había estado en el lugar. La nota trataba sobre los avistajes que hiciéramos en esa ocasión, pero no me había invitado a participar y tampoco estaba en agradecimientos. Paso a paso, unos meses antes nos habíamos preparado para realizar una expedición de las "dolorosas", esas con mucho caminar, dormir a la intemperie, inclusive en el baño de un camping atestado de mosquitos, mal alimentados por decidir no regresar a Buenos Aires ese día como estaba previsto, sino

quedarnos por esa *mística* que nos envolvía como observadores de aves serios. Finalmente recorrimos por la noche con linternas los bordes de los caminos para hallar una de las aves nocturnas más extrañas, motivo luego de la publicación. Todas esas vivencias compartidas con el mismo entusiasmo e interés del momento, se redujeron a un interrogatorio mío incómodo frente a la publicación reluciente y en presencia de mi querido admirado.

—¡Eyy! Estaba contigo pero aparece otro autor y ni siquiera me nombrás después del gran momento que pasamos.

—¿Y qué quieres decir? —preguntó.

—¿Qué pasó que no estoy?

—Ahhhhhhh… —se quedó pensando con la vista perdida.

—¿Si?

—Me olvidé.

Estaba claro, tenía un estigma sobre mi nombre, si no me ocupaba en primera fila de cuidar mis logros o de cuidar los compartidos, la regla era que tu propio amigo lo rapiñaría, era una *máxima* y estaba perdiendo al demorarme en asimilarla. La ética no se conocía; o se la ignoraba. No tenían ética. Una nueva raza de ornitólogos en formación. Me daba cuenta que en sus cabezas el pensamiento podía ser: Bernabé estudia abogacía, ya no es competencia y con ello, si hace algo de ornitología es por *hobby;* por lo tanto, sus datos son nuestros.

Me importaba ser un práctico en el campo, no un teórico recibido; una persona que se convirtiera en aquel que sabe como el hombre de campo pero que tiene un nombre científico para todo aquello que ve y escucha. Me jugaba a que por lo "no académico" de mi investidura se diera por tierra mi conocimiento y mi capacidad de transmitirlo, ese era el desafío y más me gustaba. No quería anteojeras como las que le ponían a nuestro caballo de tiro del *sulky*, quería el panorama abierto, esa era la analogía: pienso como le enseñaron a pensar a otros o pienso por mí mismo. A eso se llama rebeldía, pero buscaba originalidad. En mi mente de joven, desapercibido en el entorno en que me movía, sin importarme las teorías de los demás, era muy irreverente pero creativo.

Un día conocí la intención de la Asociación Ornitológica

del Plata y la Administración de Parques Nacionales de realizar una actividad en conjunto. Habían firmado un convenio para realizar los inventarios de la avifauna de cada parque nacional o área protegida a escala de país. La asociación tenía mucha gente joven para aportar ese conocimiento o la capacidad de adquirirlo, Parques Nacionales aportaba la logística y Collin Sharp, de la editora Literature of Latin America, se encargaría de publicar los trabajos a manera de monografías.

Me acerqué al asistente de la asociación de aquel entonces, un estudiante de arquitectura con conocimientos completísimos de ornitología argentina. A manera de punta de ovillo, le conté que me gustaría mucho participar de esa actividad en mis tiempos libres, por ejemplo en mis vacaciones de un mes en verano. Quedamos en que él comunicaba mi intención a un comité organizador del cual formaba parte importante. Pasaron dos, tres semanas y mis mensajes se repetían; luego le preguntaba si había obtenido una invitación o aprobación, pero respondía que lamentablemente nunca había podido exponer mi tema o no había logrado algún tipo de interés por parte del comité. Cerrándose el círculo de participantes, estaba casi afuera en la organización. El tiempo apremiaba. Le anuncié que en la próxima reunión me atrevería a hablar personalmente con uno de los coordinadores. Lo cual no le apeteció tratando de disuadirme por no ser una estrategia de acceso formal. Pero igual insistí.

Un miércoles, único día en que el comité se juntaba para avanzar en los arreglos de los viajes y planificación, aparecí decidido en la asociación para hablar con Agustín, el asistente, para saber si tenía noticias; pero la secretaria me dijo que estaba dando un final en arquitectura.

—A ver, esperá.

—Espero Alicia, cómo no.

Miró por la puerta entreabierta y notó que el grupo estaba sentado en ronda, dentro de la biblioteca. Preguntó algo y volvió.

—¿Por qué venís Bernabé?

—Hace mucho tiempo quiero saber por qué me dejan a un lado en el acuerdo de inventario de fauna de Parques Nacionales con nuestra

asociación. Esperaba que Agustín me dé una respuesta.

—Están todos reunidos, preguntá personalmente; pasá, te están esperando.

Me senté con ellos, pero no entendían mi presencia. Por lo tanto debí apurarme en presentar mi intención.

—Como les habrá comentado nuestro asistente en las últimas tres semanas, estoy dispuesto a participar de este proyecto.

Nadie sabía nada y se sorprendieron. Entendí la ausencia del personaje, Agustín, que sabía de mi arribo previo aviso de mi parte. Quedé sorprendido pero no vencido. Expliqué que mi vocero debiera haberlos instruido sobre mi intención de participar; que hacía casi un mes, desde la primera reunión del comité, me había sido negada la posibilidad de peticionar. En definitiva, insistí en saber si podían hacerme un lugar, ahora que había venido personalmente.

—Bernabé, es tarde para que te presentes así con tus ideas nuevas —dijo el antiguo director de la asociación.

—Tienen un asistente que no me presentó y les ocultó mi disposición, diría yo —contesté.

—Vos no tenés tiempo, estás ocupado —volvió a la carga.

—Tengo mis vacaciones de un mes en el feriado judicial. No pido que me integren a ninguno de los tres parques nacionales que ya tienen predeterminado inventariar, pero les propongo uno nuevo y a mi costa. De esta manera no molesto a nadie. ¿Qué les parece? Puedo buscar biólogos que me acompañen, que pagarán su pasaje y comida.

—De ninguna manera —insistió.

—No puedo comprenderlos. ¿Qué pasa aquí? —contesté.

Pero antes de terminar la frase escuché una voz.

—Soy el representante de Parques Nacionales en esta reunión, Bernabé, te conocemos muy bien, sos bienvenido —dijo Juan Carlos Chebez.

Y se terminó la discusión.

El director de la asociación volvió a la carga y manifestó que no era conveniente para mí, dado que ese parque nacional, Baritú, era de

los más inaccesibles por el estado de sus carreteras, veranos lluviosos complicados y sin guardaparques como para recibir apoyo.

—Sometámoslo a votación ahora—dijo Juan Carlos.

—Pero falta Agustín —comentó el director.

—Igual votemos y después esperamos el parecer de Agustín —aseveró Juan Carlos.

Y es así como en un escrutinio a voto cantado sumé cuatro votos a mi favor, contra uno. Me ajusté la corbata. Les agradecí. Y volví a la oficina a trabajar feliz.

Ese final del día fue el inicio de mi carrera como ornitólogo de campo no académico. Sin estar facultado entraba en la competencia, la cual no percibía como tal, pero lo era entre un mundo de "halcones y chorlitos". Y yo me ubicaba en el medio como otra especie.

La carrera.

CAPÍTULO 18

A mí, Colombia siempre me atrajo, no más que Venezuela, pero ganó mi atención porque su guía de identificación de aves en 1994 era superior a la del vecino país. Elegí Colombia entonces como destino turístico para observar aves por su guía, la de Hilty & Brown. Solamente por eso. La razón era práctica: Ecuador o Perú también presentaban cordillera, Amazonas y costa de mar y más de 1.500 especies de aves, pero no tenía forma de identificarlas por medio de un sólo libro bien ilustrado y de calidad. La verdad, necesitaba saber qué se sentía ser un observador de aves con un libro así en las manos, no la continua deficiencia de mi país en materia de guías, donde hay muchas pero ninguna tremendamente buena (por lo menos hasta el cambio de milenio cuando escribo este libro).

La introducción de esa obra, con su mapa y la descripción de ambientes, me instruyeron para preparar el viaje; y una buena carta gigante de las que publica National Geographic, cuando no, era un aliciente más. El viaje que estaba organizando era soñado.

Conté la vez del "taxista sincero" cuando me llevó a un hotel de Bogotá, y voy a encuadrar la historia aquí de cómo siguió ese viaje, debido a mis aburridas esperas en Toche, aguardando escuchar por primera vez así sea un solo individuo de loro orejiamarillo. Aunque pasaban los meses y no tenía noticias de ellos. Las palmas de cera y las montañas con nuboselva eran mi deleite, pero las horas de vigilancia sistemática en el mismo vestigio de lo que fue el camino real por donde pasó Alexander von Humboldt con Bompland casi doscientos años atrás, me hacían volar la mente a todas partes, mientras tenía la esperanza de redescubrir mi especie verde y amarilla. Medio dormido en mi guardia, tomé una pluma y papel y me puse a escribir así…

El vuelo de Bogotá a Leticia ya me sabía amargo. La noche anterior en el hotel había descubierto que me habían robado la afeitadora eléctrica y mi querida navaja *Victorinox*. No sabía si en Ezeiza (Buenos

Aires) o en El Dorado; ya no importaba pues el viaje de un mes que emprendía era mucho más importante. El problema radicaba que en mi nuevo destino, el Parque Nacional Amacayacu, otra vez tendría que fijarme si no faltaba algo más.

Una hora y media de vuelo sobre una hora y media de selva ininterrumpida, desacreditaban tantos documentales que había visto en televisión sobre el vaticinio del 2000, donde si seguíamos así no quedarían selvas en pocos años. Los meandros de tantos ríos todo el tiempo brillaban entre la jungla a la que me dirigía. Por fin apareció el gran río, uno enorme, el río Amazonas. El ambiente en el avión era fresco como en el aeropuerto de salida, con humedad normal y temperatura moderada. Por un instante hice esperar a quienes venían detrás en el momento de decidirme a salir del aparato. Una pared de "pegajosidad" y atmósfera pesada me dio una cachetada al bajar las escaleras en aquel ambiente pisado por primera vez en mi vida.

En las vidrieras de las agencias de viaje de Leticia habían pegado fotos y artículos periodísticos acerca de una anaconda muerta, abierta, con un *Homo sapiens* violeta y triturado adentro; al mismo tiempo invitaban a ver la anaconda viva que se había tragado a esa persona, pagando la entrada en el zoológico. Ya con ese panorama de engaño al desprevenido, mientras esperaba me entregaran un boleto para ir en lancha al parque nacional más famoso de Colombia, sabía que tenía que cuidarme de los lenguaraces y vendedores pesados como el clima, que querían convencerme con viajes y mejores destinos.

La lancha era poderosa, en una hora y media llegaríamos. No podía creer que árboles gigantes enteros flotaran sobre el río, con sus ramajes, troncos y raíces. Pasábamos barcazas de dos pisos, con perfil arqueado como palanganas, donde los turistas dormían o leían lentamente sobre hamacas colgantes (como los cruceros sin apuro donde el destino es el camino); o barcazas anchas y a paso de hombre, contra la corriente amazónica, repletas de víveres, tambores con combustible, cajas y herramientas de los colonizadores religiosos protestantes, con ánimo de salvar almas nativas, todavía "salvajes", esperando ser esclavizados por la malsana cultura civilizada. Por querer verlo todo, me quedé parado, junto al motor que tronaba y el piloto que gesticulaba y apenas oía.

El viento me refrescaba mientras veía pasar veloz el paisaje, rico en islas y costas selváticas. Con el cielo mitad despejado, mitad nublado, cada nube estaba transformada en una columna apuntando como hongo a la estratósfera, blanca arriba, negra abajo. Un buen chaparrón podía durar dos minutos, lo que tardaba la lancha en cruzar por debajo de esa negrura, para luego ver el cielo y el sol de nuevo. Era la misma sensación que la de abrir la ducha; sabíamos que ahí entrábamos con un grito de atención del lanchero para aquellos desprevenidos. Y la atravesábamos.

—¿Dónde queda el Amacayacu?
—Justo en la intersección con el río Matamata.
—¿Por la tortuga se llama así?
—No sé.

Llegué en una época en que el río estaba apenas desbordado. Las construcciones que nos hospedarían, de parques nacionales, eran palafitos, erigidas sobre pilares en el agua; el muelle estaba alto, los pasillos y cada casa, como islas, unidas por pasarelas, también se apoyaban sobre pilares. Los mosquiteros protegían de la peste de insectos que se apoyaban en el sudor de nuestra piel, ávidos de sal. No había casi gente, pero sí unos parientes muy lejanos, de cuatro especies: un mono araña y un lanudo, ambos decomisados, tres *caí* y un mini mono que parecía de juguete (algo increíble por su pequeño tamaño), que los libros llaman Mono pigmeo. El animalito se encontraba en poder de la sobrina del guardaparque; entraba entero en el puño cerrado, sobresaliendo la cabeza como una bolita marrón, con sus dos ojitos vivarachos. ¡Qué sorpresa fue encontrar ejemplares salvajes, en grupos, haciendo sonidos como de pájaros cantores! ¡Y acercarme engañado, para darme cuenta, al no hallar ningún ave, que habían sido ellos, los pigmeos! Todos a la altura de las pasarelas.

Tanto de día como de noche, la humedad se dedicaba a estropear mi grabador; la última vez que lo usé presioné "*play*" y ahí quedó, en esa posición y no pude destrabarlo. A las veinticuatro horas ya me lo habían robado, tal vez por dejarlo casi a la vista a un costado de un estante, donde el sol pegaba un par de horas al día, al lado de mi hamaca (en ese hotel de selva no había camas).

Amacayacu era alucinante. La atracción más cercana para disfrutar sin guía, era ir a ver una ceiba, ese árbol que sobresale eterno de vez en cuando sobre toda la selva. Luego de varios días de paredes verdes alrededor de uno, subir y descomprimir la vista mirando hacia todas partes era un placer y un desahogo, también contra los insectos, pues allí arriba había menos; pero sobre todo, desde ese lugar se veían volar guacamayos rojos, con su lento pasar y sonidos de protesta, por sentirse interrumpidos en su soledad.

Por las noches, la magia era la misma. Sin salir a ninguna parte, desde la hamaca; horas en las cuales sorpresivamente hasta refrescaba un poco. La luna llena apagaba los sonidos de búhos y lechuzas y la nota la daban unos buzos, con sus respiraciones ruidosas, de vez en cuando, al salir a la superficie, en la mayor quietud de la madrugada, en aguas del Matamata. Respiraban jugando y comiendo. Ellos, los delfines de agua dulce ¿grises o rosados?, nos despertaban a diario a pocos metros, separados por nuestras paredes que no eran paredes, sino mosquiteros de metal.

Me habían asignado un guía, una persona vestida a la europea sobre su esencia de milenario amazónico. Orgulloso de su pueblo y yo admirador del suyo. Nos hicimos amigos, no por pagarle, porque no me cobró desmedido, sino por notarme más del bosque que de la civilización.

—Quiero salir apenas con luz y que me deje lejos, me abandone, hasta la noche.

—No puedo hacer eso señor.

Pero al segundo día había comprendido. No avanzábamos más de 100 metros en una hora, yo todo lo miraba, lo anotaba, un segundo de pestañeo era perderse algo.

—¿Hoy sí me va a dejar?

—Hoy si, así hago doble turista —se rió, en alusión a que yo le pagaba por el día y el quedaba libre para atender a mis compinches de la cabaña, que también le pagaban la jornada completa.

—Lo voy a llevar a un lugar especial —me dijo—, pero debe prometerme que estará cuando caiga el sol donde yo lo deje.

Nos subimos a una canoa de árbol ahuecado, que él piloteaba como todos los de su raza, es decir, desde la parte de adelante. Él mismo hizo su barca y lo mismo el remo, una pieza de un metro o poco más de largo, con una paleta de forma ilógica en principio, por su forma de corazón. De esa manera podía remar acortando camino, entre árboles inundados, haciendo esquivar la proa de la embarcación con gran rapidez estando él al frente, decidiendo en décimas de segundo si debía sortear cualquier tronco por la izquierda o la derecha. Tantas son las remadas, que la forma en punta (corazón) de la paleta evita que el remo se trabe con la canoa y la empresa se lleva a cabo con éxito. Cuando el río Matamata se encontraba un poco inundado y se podía atravesar en línea recta (ya que éste da decenas de giros en meandros), el hombre podía saltearse las largas vueltas y de esa manera llegar rápido a destino. En estas zonas de inundación, el sotobosque no existe sino tan solo una capa de hojas y palitos en el suelo barroso, más las marcas del agua, allá arriba, en su apogeo, de hasta tres metros de altura. Al haber poca agua, a veces era optimista y encaraba por el suelo de la selva con la canoa, apenas con veinte centímetros de profundidad; y en esas ocasiones, al rozar la espalda de los peces eléctricos, sentíamos el voltaje como una vibración en la madera salvadora y el guía se reía girando la cabeza para atrás para ver mi cara de circunstancia.

—No se asuste, no pasa nada, ya se van o los aplastamos.

Me dejó en la salida de un sendero, uno que era carretera de indios vírgenes en su cultura, que vivían en el centro del parque nacional y tenían derecho sobre sus tierras. Él era de ahí y saludó a dos personas que se encontraban asando un mono, mientras con el humo ahuyentaban los mosquitos; un humo blanco, hecho con hojas húmedas al aplicarlas al fuego, para que sea más denso y los bichos los dejaran en paz. Noté que no tenían mosquiteros, sólo un techo sin paredes, sobre un tablado de madera a cincuenta centímetros del piso. Dormían en hamacas, como nosotros por decirlo así. Apenas los saludamos y me dejaron pasar, quedándome solo.

Al medio día escuché voces. Desde tierra adentro. Me hallaba a unos veinte metros del sendero rectilíneo. Un hombre y una mujer con su niño llevado en la espalda, casi desnudos, pasaron por allí. Me quedé quieto, mirando al suelo, para que no resalte mi cara blanca y no asustarlos. Caminaron hablando de vez en cuando una lengua que no entendí y así se fueron, pasando yo desapercibido. El corazón latiendo. Me había convertido en un animal más.

Tal era la humedad, que un buen día mi máquina de fotos se atascó; era con rollo y mi impresión fue que el celuloide se trabó. Tenía buenas tomas y no quería abrir la cámara oscura por no velar mis primeras fotos. Debía buscar un sitio en tinieblas en pleno día. Mis acompañantes, dos *caí* y el bendito mono lanudo, no marrón como los *caí* sino negro, no mediano sino más bien grandecito, me acompañaban siempre cuando andaba por los palafitos. Habían sido decomisados en la ciudad y traídos aquí. El guardaparque los estaba aclimatando para que volvieran a la selva, pero era una tarea ardua y difícil, pues los turistas le daban de comer frutas y los acariciaban a pesar de que nos estaba prohibido. El hijo de una cocinera del restaurant, junto a un amigo de la misma edad, ambos de unos diez años, cometían el atropello de tirar fuertemente de la cola de los *caí* mortificando a los turistas, los cuales inmediatamente regalaban una deposición por enojo y estrés; y cuando la pillería me tocó a mí con uno de los *caí* sobre mi hombro, me entró "aquello" por el cuello. A esos *caí* yo ya no los tocaba, porque me había pasado que eran muy consentidos y un día, al crepúsculo, descubrieron que les hacía de percha a los tres juntos sobre mi brazo y esto les venía bien, pensando que les era una atalaya para pasar la noche. Ridículo, se agarraron de mi brazo cuando quería ahuyentarlos y como no podía, hice un mayor esfuerzo pero me mostraban los dientes amenazantes. Tuvo que ser el guardaparque o su mujer la bióloga, quienes me sacaron de ese atolladero ¡persiguiéndolos a varazos simulados! Pero con el lanudo era diferente, enseguida me resultó educado y buen compañero, más tipo perro.

Entré cerca del mediodía a la cabaña donde tenía mi equipo y decidí fabricarme una cámara oscura. No era espaciosa, sino absurdamente armada con mi abrigo, un *pyle* Patagonia de *nylon* con interior *windproof* (cortaviento) grueso y oscuro, que usaba para taparme de noche. Si lo cerraba poniendo la cámara adentro, lo sellaba con otra

ropa arriba y metía una mano por cada manga desde afuera, a tientas podría operar la apertura de la máquina con cuidado, retirar el rollo sin que se velara, ponerlo en un tubito negro y estanco de los que venían cuando uno los compraba y recién ahí, salvadas las fotografías, estudiar cual era el problema de la cámara. Así hice, pero el calor del mediodía asediaba, gotas de transpiración corrían por mi cara, las manos se me humedecieron dificultando la operación y algunas abejitas saleras me picoteaban el cuello, haciéndome cosquillas; y cada vez eran más.

De pronto sentí que dos extranjeros entraban a la cabaña pero no escuché que la puerta mosquitero se cerrara. Como entraron y salieron rápido no pensé nada, pero los maldije para mis adentros cuando me di cuenta que el lanudo aprovechó para meterse. Él me había estado observando desde afuera, protestando porque no lo dejé entrar. Ahora, debía esperar que no rompiera nada de los demás y que no se aproximara a molestarme… ¡Justo en ese momento!

—Juijuijuí —lo escuché muy cerca de mí.

Caminó en cuatro patas por el piso, trepó a mis espaldas y protesté.

—¡Fuera, fuera Woolly! —le dije como lo llamábamos todos en alusión a su nombre en inglés (por lanoso), mientras me pasaba su cola prensil por el cuello como le gustaba hacer.

—Esto me pasa por llevarlo a todas partes, maldición —pensaba.

Mientras me concentraba, sin poder sacar el rollo que no salía de su rosca, el mono me apretaba las orejas y me metía sus dedos negros y uñitas del mismo color en los orificios de la nariz.

—¡Estás aprovechando para hacer todo lo que no te permiten, canalla! —protestaba, esperando poder terminar con mi operación rápido y así poder rascarme la nariz.

Ese mono, todavía joven, era muy simpático. Una de sus actividades preferidas era ser llevado colgando de la cola mientras con su cara miraba pasar cerca el piso. Su cola era mejor que una mano o una pata, podía hacer más proezas con ella que con sus otras extremidades. Pero esta vez, con el calor que hacía, la transpiración, las molestias de sus manos y la cola acogotándome, mi paciencia estaba a punto de estallar.

Y fue cuando se le ocurrió meter lentamente sus mini dedos índice, que los tienen muy largos, en los oídos del lado izquierdo y del lado derecho. Los sacaba y los ponía mientras yo lo maldecía en voz alta para risa de unas personas que pasaban por allí. ¡Pero llegó al fondo! Y exploté, soltando todo con el inmediato velado de mi rollo, comenzando a perseguir al tal Woolly riéndome y furioso al mismo tiempo, gritándole "¡*maldito Lagothrix!*" mientras chillaba revolviendo y tirando hacia arriba todo lo que encontraba. Recién en ese momento comprendí que mi grabador no había sido robado sino extraído probablemente por Woolly, ¡y quién sabe dónde habría ido a parar!

La anécdota trascendió.

En uno de esos días, estando largamente solo en una torre de observación de madera, contigua a un bañado, en horas del mediodía y con poca actividad por el calor, sentí voces que se aproximaban. El guía me comentó que ese día no habría nadie por la zona y por ello me llevó allí. Pero me llamó la atención horas después, cuando me incorporé en el segundo piso para mirar para afuera, ver llegar el guardaparque, la bióloga y sobrina con compañía. ¡Los tres monos *caí*!

—¿Tienes algún inconveniente si te dejamos a estos tres aquí?

—Ninguno, pero ¿cuál es la intención?

—Mira, en los palafitos nunca se van a aclimatar más de lo que están, los turistas le dan de comer y después los *caí* los molestan.

—¿Trajeron a Woolly también?

Rieron.

—¡¡Sabemos lo del lanoso también, lo lamentamos!! —dijeron risueños.

—¿Y con éstos qué tengo que hacer cuando me vaya?

—Mira, esto es científicamente así, debes correr.

—¿Ustedes van a correr?

—¡Sí, nos vienes de perlas! Los distraes con estas bananas que trajimos y nos vamos a toda prisa hasta la canoa.

—¡Fantástico! Yo no tengo canoa hasta el anochecer.

—¡Pues corre al anochecer!

No hace falta describir el pandemonio que armaron esos tres monos en unos instantes. Y pasó así.

Mientras los distraía pelándole unas bananas, noté que estaban nerviosos. No era para menos. Habían viajado en canoa media hora hasta el otro lado de un río y luego de un bañado. Los introdujeron en la selva en un área que no conocían, en la cual no sabían bien cómo vivir y mientras, desconfiaban asustados hasta del vuelo de una mariposa (o debo decir, la caída de una hoja que en realidad tiene la forma, color y movimiento de hoja pero es mariposa). Mis amigos cautelosamente bajaron los dos pisos y una vez que estuvieron en tierra corrieron salvajemente. Apenas los vi desaparecer entre el follaje desde arriba, mis inquilinos, los *caí*, comenzaron a chillar dramáticamente, bajando a gran velocidad. Los vi correr tras ellos. ¡Por el suelo, como perros!

Me olvidé del asunto pensando que habían conseguido alcanzarlos. Pero a la hora escuché ruidos, estaba dormitando sobre las tablas y cuando me conecté a la realidad, despabilándome, de golpe vi a los tres en las barandas. Se paseaban nerviosos de un lado a otro, me amenazaban mostrándome sus dientes con falsas sonrisas. Debía cuidarme especialmente de que subieran a mi brazo, porque no podría sacármelos de encima sin que me mordieran, tal era el estado de histeria en que estaban. Un rato después parecían andar más tranquilos y se fueron a comer por las barandas y las vigas de las torre. Decidí acostarme de nuevo, pues por las noches dormía poco "*linterneando*" en búsqueda de fauna y madrugaba temprano. Entre sueños percibí que venían a mí y al rato, entre sueños también, noté que se habían acurrucado dos al lado de mis pies y uno pegado a mis manos, pero sin subirse.

Cuando desperté y me desperecé, mil estrellas de dolor se incrustaron en un dedo de mi mano derecha. El dolor aumentaba mientras trataba de entender qué me pasaba y cuál era la fuente. Con una reacción automática me saqué el *caí* de encima haciéndolo volar del pasamanos al vacío. Horrorizado, corrí a verlo pensando que estaría enganchado de algún palo, pero la caída fue larga y lo vi justo cuando llegaba al suelo. Se me hizo un nudo en la garganta.

—¡Lo maté! —pensé, mientras me paraba la sangre con una

gasa y los otros dos monos zarandeaban todo de rabia y a los gritos.

Lentamente se incorporó, moviendo algo sus extremidades y logró subir a la escalera, donde se quedó quieto.

Al caer el día, y eso pasa veloz a la altura del Ecuador, más dentro de la frondosa selva, pronto se hizo de noche. Corrí también como hizo el biólogo. Mi guía se sorprendió, pero comprendió ágil y rápidamente qué debía hacer y nos alejamos ligero espantando hoatzines en su típico hábitat de plantas anfibias y hojas anchas.

Pasaba mucho tiempo en la casa del biólogo y cuando llegué ya me tenían una silla reservada.

—¿Qué sucedió entonces? —me preguntaron ansiosos.
—Allí quedaron.
—Sí, sí, casi se suben a la canoa —dijo el guía.
—Igual nos pasó a nosotros; tuvimos que remar rápido porque casi nos alcanzan por los árboles.

No dije nada sobre el episodio. Sí debí aceptar que me habían mordido porque la herida era elocuente.

La semana siguiente me hice bastante amigo de un matrimonio colombo-germano y de otro anglo-colombiano. Mi guía ya me prestaba la canoa cuando no la utilizaba por estar con turistas en tierra y decidí ir a comprar unas pilas a un caserío, río Amazonas abajo. Debía salir por el Matamata y luego seguir por el Amazonas unos cuatrocientos metros. No recomiendo a nadie que lo haga si piensa regresar contra la corriente. Ésta es tal que había observado desde la lancha (días atrás, tanto cuando llegué al Amacayacu, como otra vez que fuimos a unas lagunas cercanas a conocer los delfines grises -debo decir que en el río Amazonas de cuando en cuando también se ven las cabezas de los rosados, pero nadie me creía por lo rápido que se zambullían-), que las pobres familias que remontaban el río, por ejemplo una pareja de nativos con su niño en canoa, remaban bien pegados a la pared de tierra. Muchas veces pasando

por debajo de las raíces de árboles socavadas por la corriente cuando está alta, y a la mitad de la velocidad de una persona caminando. Es tan fuerte que de lo contrario, más al centro o en el centro mismo del río, el intento es infructífero. En esos viajes en lancha, me impresionaba notar la presencia indígena en este medio de transporte milenario, tan disimulados en la pequeña barranca del río con sus cuerpos cobrizos, canoas oscuras y tan solo algún elemento blanco, como la ropa, distinguiéndolos. Esos eran mis pensamientos mientras llevaba al límite mis esfuerzos tratando de regresar desafiando el Amazonas. La situación era más ardua de lo que pensaba, porque de tanto en tanto, en la costa y contra la barranca crecen unas gramíneas verdes flotantes, que debía rodear y esto me complicaba la operación. Llegué incendiado y a duras penas al muelle. Y allí quedé sentado, exhausto.

Cuando el guía nos ofreció a todos cruzar el Amazonas hasta el lado peruano para conocer una isla que a su vez tenía una isla de agua adentro, no le di crédito. Su plan era usar un botecito para tres y otro para cuatro. Al no utilizar una lancha nos asegurábamos de llegar con las canoas, que en la isla transportaríamos por tierra y podríamos reingresar en la laguna del centro. Así conoceríamos las *Victoria amazónica*, esas hojas flotantes que efectivamente sostienen un bebito o un perro pequeño a manera de balsa, por lo grandes que son y el borde levantado periférico que poseen y hace de bote. Con respecto al uso de las canoas, de cuando en cuando esos días los había visto cruzar el río con gran deriva. Sobresalían tan poco del agua, que a más de medio kilómetro de distancia el remero parece ir sentado solo, flotando sobre el agua milagrosamente. No me hacía ninguna gracia embarcar, pero salimos. La técnica, por supuesto, era la de llegar a un punto X realizando una elíptica, remando treinta minutos más o menos contra corriente y luego dejándonos llevar a destino. El tema era hacer la travesía sin que ninguna lancha o barco pasara por el río justo en ese momento, porque la marejada bien podía inundarnos. Además, no llevábamos salvavidas; era decididamente una locura. Transportar las canoas de troncos arrastrándolas por tierra fue una odisea. La humedad a diario llega al nivel de saturación y mis anteojos, recién estrenados (y mal graduados por un oftalmólogo poco recomendable que me los había hecho en Buenos Aires), cada vez que parábamos para hacer un descanso se me empañaban por la respiración (tal era el nivel del higrómetro). Sin agua

prevista para beber, estábamos destruidos también por la sed. Además, tendríamos que hacer lo mismo para volver, sin todavía haber llegado a destino. Pero, allí dentro, fue fantástico. Mi guía tenía razón en habernos llevado a ese lugar como algo especial para ojos privilegiados. El agua, ámbar y profunda; las *Victoria* adornándolas verde arriba, bordó abajo; los sonidos de las más exquisitas aves acuáticas de selva en mis oídos; y en un suspiro de admiración otra vez empañe mis lentes. Eran ofensivos para el espíritu, me los saqué con reverencia, los doblé y los arrojé de un sacudón a la selva de aquella isla Mocagua (ese modelo no era para mí, había malgastado pesos y dedicación al tema, sin ningún éxito); allí estarán todavía devorados por la jungla. Y así, continué extasiado con las *Victoria*.

Con la mente en los días que le quedaban al guardaparque para que el surco de un parásito subcutáneo le llegara al hombro (le avanzaba desde el codo cuatro centímetros por día y todavía le quedaban cuatro más antes de ir a una clínica en Leticia), al regreso de una de esas salidas cansadoras de todo el día con tramo en canoa, de repente mi guía me alarmó.

—¡Mire, el caí del guardaparque!

—Es uno solo, ¿dónde andarán los otros?

—Se los deben haber comido las águilas. No tenían experiencia para vivir en la selva.

—¿Qué hacemos?

Pero mientras preguntaba, el mono se subió a la canoa. Estaba flaco, inactivo.

—Vamos a llevarlo.

¡Oh! ¿Sorpresa? ¡No dimos ninguna sorpresa! Nos avisaron desde el muelle que dos caíes estaban de vuelta y que el tercero se lo habrían comido las águilas. ¡Quien decía esto era la bióloga, pescando pirañas! ¡Y la hermana, la sobrina del guardaparque, nadando!

—Pues acá traemos el tercero. ¿Y esas son las famosas pirañas? —preguntaba mientras llegábamos a la escalera y el monito se iba

corriendo para la casa.

—Sí, nuestra cena de hoy.

—¡Vamos!

—En realidad se prenden a la carnada, son insoportables. Busco pescar otra cosa.

—¿Y vos? ¿No tenés miedo de que te coman? —le dije a la sobrina.

—No seas gracioso, el agua está deliciosa, ¿vienes?

—¡Ni loco!

Pero la verdad, lo de las pirañas come hombres, es un mito.

—¿Cuándo comen hombres?

—Nunca —dijo la bióloga.

—¿Nunca?

—Es puro cuento. Si dejas un trozo de carne se lo comerán, si, y en pocas horas quedará solo el hueso, pero con un animal vivo no hay problema.

Mientras íbamos caminando por el pasillo con todo el equipo le pregunté al guía. Pero me contestó lo mismo con una salvedad.

—Si navegas en canoa y pones el dedo como carnada, te faltará el pedazo, eso sí.

—¿Cuándo son peligrosas?

—En la época de desove, si hay poca agua y están muy concentradas, donde el agua parece que hierve. ¡Pero si no, nunca!

El crepúsculo sin lluvia y de cielo pintado, sobre el Matamata y la arquitectura del muelle reflejada en perfecta calma, anunciaban una última noche perfecta. Miraba los tablones de madera con las marcas de nuestros pies descalzos mojados, comparándolas en mi mente perdida con todas las huellas de animales amazónicos en el barro de los senderos. Eso somos, un animal más cuando nos bajábamos de nuestros aviones y lanchas a motor.

—¡En una hora está la comida, argentino! —gritó la bióloga—, si limpias los platos estás invitado.

—¿Sopa de pescado?
—¡Así parece!

Cuando volvía, ya entrada la noche, desde el hotel a la casa con mis provisiones para compartir, sin hacer sonar mis zapatos por la empalizada que me llevaba a mis amigos, mi linterna alumbraba el bosque por las dudas que me encontrara con alguna lechuza. De repente me sentí incómodo, sentí una presencia, bajo mis pies. El sistema de palafitos es alto, en esa parte lo era más y no se veía del todo el suelo, semioculto por unas hojas anchas. Por intuición preferí no alumbrar abajo y continué caminando. Por el rincón del ojo vi entonces que dos o tres personas escondidas, paralizadas bajo mío ahí nomás, continuaban de nuevo su camino por tierra, sin linternas y sin hablar.

En el postre lo comenté.

—Contrabando, siempre pasan, no sé quiénes son, me tienen cansado —dijo el biólogo.

Y ahí quedó, porque había algo más que me preocupaba. Y que por suerte estaba saliendo bien. De los tres *caíes*, tema principal de conversación durante la comida, ninguno parecía estar herido, motivo por el cual se disipaba mi culpa por no avisar que casi había matado a uno, al que me mordió.

Limpiaba los platos, en la sección de cocina, separada de la casa, mientras me ayudaban a poner todo lo que enjuagaba en una viga. Cacerola de aluminio arriba, tenedores acá, sartén arriba, cuchillos allá, cuando aparecieron los tres a verme.

—Te vienen a visitar —dijo la sobrina.
—Eso parece.
—¿Este está medio malito, sabes?
—¿Cuál? —pregunté.
—El que renguea pobrecito.
—¿Qué le habrá pasado?
—Cualquier cosa puede ser. ¿Cuál fue el que te mordió?
—Cualquiera de los tres.

—¿Estás seguro? —insistió.

En ese momento debí mirar disimulando al trío que me observaba desde arriba. Apenas levanté la vista lo reconocí. No me pregunten por qué, pero era él. Esto provocó que él también fijara la vista en mí y ya fue tarde. Lo que siguió terminó en un gran griterío mientras me arrojaba las cacerolas provocando gran ruido, los tenedores cayendo bajo los palafitos y la sobrina riendo, pidiéndome:

—¡Ahora, cuéntamelo todo!

Finalmente llegamos a Leticia. El vuelo muy ajustado, porque el motor de la lancha que nos regresaba se rompió y arribamos con el equipo de auxilio, mucho menos poderoso y por lo tanto más lento. Salíamos rumbo a Bogotá y de allí, partiría al chocó colombiano cerca de Utría, contra el Pacífico.

Logramos sentarnos todos juntos, a mi lado el matrimonio colombo-germano y atrás los anglo-colombianos. Nos disponíamos a abrocharnos los cinturones; varios todavía estaban parados. El pasaje era mixto, trabajo por un lado y turistas por el otro, día Viernes; todos tenían ganas de volver.

La azafata pasaba mirando los respaldos bien posicionados, las mesitas levantadas. Era la misma persona que me hizo el favor de permitirme entrar con un remo, el remo regalado por mi guía. Pero Astrid, la alemana, le susurró algo al marido. Presté poca atención y veía distraído que cerraban la puerta del avión. Al segundo susurro ambos miraban para adelante, buscando con sus cabezas una buena posición para corroborar lo que habían sospechado. Y en ese momento también lo vi. Los pasajeros de enfrente llevaban un mono. Era una señora con dos chicos, de unos ocho y diez años. Parecían de Leticia, por sus gorras de propaganda política local los chicos, y la madre con su vestido de verano floreado, yendo a una Bogotá que de noche es inclusive fría.

—¡Ey, tienen un monito pigmeo, eso está mal! —les dije sin cavilar a los tres e inmediatamente la señora me fulminó con sus ojos

negros y mirada rabiosa.

Comenzaron a mover la aeronave mientras la azafata se disponía a explicar las bases de seguridad en la cabina y miré a Astrid y su marido.

—Si ese animal llega a Bogotá muere, es tropical —explotó Astrid.

—Peor, ese monito se va a enloquecer cuando zumben los motores —agregó su marido justamente cuando habían desenganchado el tractor y el avión comenzaba a hacer fuerza para rodar aumentando la potencia de las turbinas.

—Yo voy —les dije.

—Siéntese señor, no puede pasar al baño —mal interpretó la azafata, pero sin hacerle caso me acerqué y le dije bajo.

—De mi asiento, los tres de adelante, tienen un mono escondido, cumplo en avisar —y regresé.

La azafata se dirigió a su jefa y de allí le avisaron por el teléfono interno al piloto, quien inmediatamente suspendió el vuelo. Cuando dejé de escuchar los motores, desde ya encendidos pero regulando, se me hizo un nudo en la garganta. Había provocado se detenga un vuelo repleto de pasajeros. No obstante no era mi culpa, en la sala de espera aparecían muchos carteles prohibiendo el comercio ilegal de fauna; por lo visto una actividad regular en el aeropuerto.

La azafata con la que hablé se acercó al asiento de los chicos, los miró, y luego miró a su mamá.

—¿Usted es la madre de estos niños señora?

Y ella asintió, seria.

—No podemos viajar con animales, está prohibido y es peligroso para los pasajeros.

—Nosotros no tenemos ningún animal —dijo respondona.

—Señora por favor —le pidió amable la azafata.

—¡Ningún animal, pregúntele a los niños!

—¿Niños?

—No señora, no tenemos ningún animal —respondieron los

dos.

—¿No tienen un mono?

—¡Un mono! —se escuchó repetir en el resto del avión hasta que llegó la noticia hasta el último de los asientos de atrás. Al mismo tiempo se abrió la puerta de la cabina y apareció el piloto con cara de paciencia.

—Señor… —me miró la azafata con un dejo de duda de si yo había visto bien.

Pero respondimos los tres al unísono.

—Sí, tienen un mono pigmeo, están en peligro de extinción, son muy chicos. Lo acabamos de ver, no puede haber desaparecido.

En ese momento algunos pasajeros comenzaron a protestar diciendo que querían llegar a Bogotá. Otros que estaba bien haberse detenido, porque no correspondía viajar con un animal que podía morder. Y cuando llegó la información atrás, la desinformación ya era generalizada.

El piloto comenzó a revisar un poco los asientos y abrió el compartimento de arriba. ¡Nosotros tres no sabíamos dónde podría haberlo escondido o si se había escapado! Ahora lo que faltaba era que el monito apareciera en mi mochila. Se sintió un movimiento en el avión, señal de que la escalera portátil estaba de nuevo puesta y abrieron la puerta. En ese momento comenzó la protesta y el murmullo generalizado ¡los acusados no eran los que tenían el mono sino nosotros por avisar!

—Señora, por favor —dijo el piloto—, muéstreme el animal. ¿Dónde lo escondió?

Al negarlo de nuevo, lo mismo los chicos, me miró a mí y tuve que explicar, a él y a todos los que me odiaban cerca, como atenuante.

—Es un mono pigmeo, viven en la selva, en Amacayacu por ejemplo, andan en grupos y no pueden vivir solos (esto no sabía si era

del todo así pero por las dudas debía ser enfático), es de color marrón y no sobreviviría en un ambiente como el de Bogotá. No se puede viajar con animales sin permiso, menos suelto; el bichito está aterrado.

Mientras se reían por lo de "bichito aterrado" por orden hasta que llegó el mensaje distorsionado hasta atrás, el piloto advirtió con voz de mando.

—Acá no sale nadie si el animal no queda en tierra. O quedará usted misma, señora, con toda su familia, si no lo quiere entregar. No puedo revisar su equipaje, no me está permitido, pero el ejército sí.

Me pareció totalmente ridículo ver entrar dos soldados con un oficial de fauna, no porque sean soldados, sino porque estaban armados con fusiles dentro de un avión con civiles. El que era negro y alto se acercó a la familia y sin muchas ganas comenzó a abrir la cartera de la señora, unas bolsas de compra. El mono no aparecía.

Pero Astrid se dio cuenta y en su español con tonada alemana dijo bien fuerte:

—¡¡Lo tiene en la cachucha!!

—Que horrible —respondí, mientras esperaba que el soldado le levantara las faldas a la mujer para descubrir al pobre mono agarrado tan adentro en la entrepierna (según mi argentinidad, por allí "esa palabra"). Pero el hombre en un instante le sacó la gorra al niño de once años y ahí lo vimos todos.

—Ahhhhhh… —suspiraron los que lo vieron con sensación de lástima.

Mientras, el monito, efectivamente aterrado, estaba agarrado a los pelos del niño y el oficial de fauna lo retiraba con cuidado protegiéndolo.

Miré al oficial y le pregunté:

—¿Sale para el Amacayacu?

—Probablemente señor, ¡tenemos otro allí!

—¡Lo conocemos! —dijo Astrid y aquel hombre sonrió.

Para ese momento una brisa fría desde el volcán Tolima me sacó del sopor, cerré la libreta y miré a mi alrededor, ni Humboldt ni Bompland pasaban por allí, ni el ruido de hojas de palmera anunciaban ningún grito de loros. Otro día más sin noticias. Los orejiamarillos no vivían allí.

Monos.

CAPÍTULO 19

Revolviendo libros y cartas geográficas en la Administración de Parques Nacionales, preguntaba al bibliotecario por información concerniente al Parque Nacional Baritú. Estar en ese edificio es especial, es el corazón del sentimiento "conservar" de nuestro estado nacional y permanecer un rato allí dentro, en las entrañas de esa arquitectura neogótica frente a la plaza San Martín, justamente en la biblioteca, resultaba ser como estar de viaje precisamente en un parque nacional. Se viaja cuando se viaja y cuando se recuerda el viaje, siempre digo, pero también cuando se lo prepara.

Baritú, sólo por su nombre, tiene un halo de misterio. En ese tiempo era el único parque nacional casi ajeno al manejo de la administración de parques. Figuraba en la nómina pero sin información. Asimismo, su acceso era geográficamente vedado: por un lado limita con Bolivia y para entrar por el Norte era necesario ingresar a ese país no menos de doscientos kilómetros, bordeando el río Bermejo. Por el Sur, pues bien, su límite era una pared de montañas naturales en 90°, una fortaleza.

Sin esperar ninguna situación, un hombre alto con barba en candado (podría decirse, en gran medida el sello de muchos argentinos), de unos treinta y largos años de edad, se asomó mirándome detrás de unos estantes con libros de por medio.

—¿Estás preguntando por el Baritú para viajar?

—Mmmm… sí. Estoy armando un grupo de ornitólogos para su relevamiento de aves.

—Te puedo ayudar.

Dijo ser un observador de aves con experiencia, guardaparque nacional, que estaría de vacaciones en la fecha que queríamos ingresar y me insinuó participar. Se presentó como Mario, salteño, interesado en su tierra. Estalló en anécdotas y quereres por Baritú.

—Mirá que recién estoy buscando los participantes, a los cuales no puedo pagar ni sueldos ni comida, no sé si…

Excitado con el proyecto, manifestó que entendía la situación; le expliqué que consistía en una expedición extra al acuerdo de Parques Nacionales con Aves Argentinas, por lo cual no contaba con el apoyo monetario pero sí con el visto bueno de ambas instituciones.

Él se prepararía para partir desde Salta, mientras yo armaba la logística en Buenos Aires. Invité a mi buen primo Juan Cruz, biólogo de Bahía Blanca, y con él ya el grupo estaba cerrado. Pero Juan Cruz me propuso un cuarto integrante, a Eduardo, un amigo de la facultad que yo no conocía. Era consciente que cuatro podía ser un número elevado de personas para un viaje de cuatro semanas en condiciones extremas; lo mejor eran tres, una manera de evitar amotinamientos contra "el líder espiritual" de la expedición. Dos o tres personas, en esas circunstancias, son políticamente un grupo de amigos, pero cuatro puede decaer en tumulto, o dos grupos. No obstante confiaba en mi buen tino, basado en el buen juicio de mi primo y de esta manera el equipo ya estaba formado, con Mario en su perfil dual, observador de aves (así no fuese un experto como yo sospechaba) y al mismo tiempo guardaparque nacional. Mejor, imposible.

Con dos meses de antelación para el inicio del viaje, la logística estaba armada con los pasajes comprados y los permisos de ingreso obtenidos. Bastaba instruirnos ahora en la metodología para realizar el inventario. Cuando estaba por comunicarme al respecto recibí un mensaje.

Que tal Bernabé, soy Eduardo, el amigo de Juan Cruz, voy con vos. Acá te envío los formularios para que los adoptemos como metodología de toma de datos en el viaje. Luego te mando las instrucciones. Chau.

Palabras más, palabras menos, ya que esto fue hace muchos años, quedaba confirmado su potencial en el desparpajo; como mencioné, no me conocía, pero lo acepté por Juan Cruz.

—Igual seamos cuatro, hablando se entiende la gente —me

dije.

Mes de enero, pleno verano de Argentina, comenzaba el inventario de las aves del parque nacional Baritú. En tren durante dos días nos dirigimos hacia el norte. Pulgas y cansancio. Nuestro anfitrión guardaparque, Mario, nos esperaría en la estación ferroviaria de Salta. Pero no estaba allí.

—Esperen que lo llamo, algo le debe haber pasado mientras viajábamos.

—¿Mario? ¿Qué pasó? Estamos en la estación.

En aquellos días no había mails ni mensajes por celulares, de hecho no existían los celulares. Habíamos llegado con cinco horas de retraso sin poderle avisar, pero el personal de la estación tendría que haberle informado. Estos retrasos en el sistema ferroviario por otro lado eran esperables. Así, al ubicarlo en su casa, Mario me indicaba que hacía rato no estaba en la estación.

—Me cansé de esperar y me volví.

—De acuerdo, ¿pero tu equipo está acá? ¿Te volviste con todo tu equipaje o lo dejaste en un guardador? Decinos si te esperamos acá o nos vamos a la terminal de ómnibus.

Pero Mario contestaba raro. Algo pasaba.

—Vénganse a casa, yo los hospedo, te paso la dirección.

Sorprendidos, debimos abortar el viaje y nos retuvo en Salta cuatro días. Todavía no había ido a buscar una bolsa de dormir que necesitaba y negó haber armado su equipaje. Como el éxito de la expedición dependía del aporte monetario individual, no pude contradecirlo y así vi como armaba lentamente el viaje, un día trayendo unas botas, otro un sombrero.

—¿Todo bien Mario? ¿Mañana salimos?

—No, no, tengo que armar de nuevo mi equipo. ¿No ves que como no llegaban creí que no venían y devolví todo a mis amigos?

—¿En esas cinco horas te dedicaste a devolverlo todo?

—Sí.

—¿Te parece que te esperemos en el parque nacional mientras vos armás todo tu equipaje de nuevo?

—¡No! No pueden entrar sin mí.

—¿Por qué no?

—Porque ya arreglé nuestro ingreso y nos esperan unos baqueanos, que trabajan para Parques Nacionales, el único personal que tiene la administración en Baritú.

Debimos esperar todos esos días hasta que se alistara de nuevo. Mientras perdíamos tiempo de estudio por supuesto consumíamos restaurants y bares en la espera. Al cuarto día debí hablar seriamente, no podíamos esperar más tiempo. Debía asegurarnos que saldría con nosotros o lo esperábamos en el parque como sea, no en la ciudad de Salta. Pudo darme su respuesta al quinto día, de repente confesó que no había cobrado y que por ello necesitaba retenernos. Me dejó con la boca abierta.

—¡Pero hubieses comenzado por ahí Mario! Es entendible, pero perdimos cinco días de treinta. Contanos si te pasa algo así, para entender todo esto "de que habías devuelto todo tu equipo" —al decir esto, marqué las comillas con los dedos en el aire—. Pero sobre todo, no nos mientas, que tenemos un largo viaje por delante y somos un grupo de amigos —le dije sonriendo, mirándolo como tal.

Mario se convirtió en una suerte de logista, manejando las relaciones humanas en los sitios que visitábamos rumbo al Baritú. Ingresados a Bolivia, el contraste entre ambas naciones se hacía conspicuo, no sólo por su arquitectura, la constitución pequeña de su gente, con mujeres en falda, lanas multicolores y el pelo largo y negro en trenzas, por llevar las señoras sus mercaderías en canastas transportadas en la cabeza sin tocarlas con las manos, o la venta de hojas de coca por kilos, sino sobre todo por el tamaño de los perros. O por lo menos eso creí mientras esperábamos partir por territorio boliviano.

Las fecas de los perros por las calles eran enormes. Desde que cruzamos el río Bermejo en el pueblo de frontera de Aguas Blancas no entendía como de un lado del río no las había visto y de éste otro había

tantas. Grandes y gruesas, de diferentes tonos y sobre todo, aromáticas. Bienvenidos al nuevo país, pensaba con mis aires de bonaerense *aporteñado*. Aburrido, miraba distraído a una madre e hija. La señora, sin dejar de sostener el niño (pues todas tenían un niño), se agachó en cuclillas delante nuestro vistiendo las típicas polleras hasta por debajo de las rodillas.

—Lindo lugar para sentarse a descansar —pensé.

Al marcharse, sin haber movido las manos por debajo, un montículo oscuro sobre el suelo que no había visto antes indicaba cuan equivocado estaba respecto a mi teoría de los perros gigantes. ¡Obvio, si no había visto a ninguno con más de veinte centímetros de alzada!

Con el transporte repleto de pasajeros parados en los pasillos, señoras indígenas con sombreros y olores fuertes, antes de partir el chofer puso una película sobre artes marciales, en inglés, con un volumen taladrante. Los bebitos lloraban. Y así salimos atentos, con la mayor parte del equipaje en el techo, atiborrado de mercaderías, siempre vigilando a los pasajeros por la posibilidad de un robo soslayado. Avanzamos por una carretera de tierra, paralela al Bermejo, por caminos de cornisa. Los morros pequeños de tierra roja no eran rodeados sino que con máquinas potentes se excavaban hasta que pasara un ómnibus por dentro con altura suficiente como para que quepa con todo el equipaje sobre el techo. Cavados en la tierra, no la piedra, no tenían mampostería de seguridad; por lo tanto eran algo difusos en su arquitectura debido a los desprendimientos que sufrían, especialmente en los bordes del techo. Esos túneles cortos permitían ver la entraña de la tierra en cada pasada.

En una de las paradas en un pueblito con mucha gente, nos contaron que se acercaron dos o tres ladrones con agujas, no como malhechores sino que parecían pasajeros que querían mirar su equipaje en el techo. Habían subido por la escalerilla de atrás y con disimulo perforaron los bolsos. Si se topaban con algo muy sólido podía tratarse de una cámara fotográfica o parecido y en ese caso, efectuaban el robo. Al parecer, si se le quita algo a un extranjero nadie dice nada, supongo que no por insensibilidad sino por la posibilidad de represalias posteriores de los maleantes. Es decir, en estos transportes cada uno brega por lo

suyo. Pero no nos faltó nada y tampoco pude comprobar que estuviese "pinchado" nuestro equipaje.

El vehículo esperaba al sol, por lo cual fue necesario cambiar por agua fresca un termo que cargábamos desde Buenos Aires con suero antiofídico. La idea había sido de Eduardo; no era mala, sino impráctica porque el suero debía mantenerse entre no más de 22° C y no menos 10°, ridículo en las condiciones que viajábamos, sin hielo disponible. Por no contrariarlo ni incomodarnos por la parafernalia de su discurso, lo aceptamos, aunque sinceramente desde hacía muchos días el rango de temperatura requerida había sido superado.

Mario nos retuvo cinco días más apenas llegamos a Los Toldos, un caserío ya del lado Argentino donde se entraba desde Bolivia a la altura de La Mamora, siempre en la provincia de Tarija. Aquel sitio era accesible cruzando el furioso río Bermejo con caballos o en su defecto por un alambre con una caja transportadora. Nos esperaban efectivamente los dos baquianos quienes nos pasaron con las bestias. A pesar de mi experiencia con los caballos fui el primero en subir y el único en caer sin tocar la silla de montar, el peso de la mochila era tal que me desequilibró terminando en el suelo para sorpresa de Juan Cruz que me hacía "hombre de a caballo".

Ahora, cinco días más sumados a los cinco ya perdidos.

—¿Por qué tenemos que esperar tanto más sin movernos? —preguntaba.

—Por la falta de mulas para transportar el equipaje hasta la entrada del parque.

—Vamos caminando, ¿no te parece?

—Los animales andan por allá arriba, en las cuestas y allá arriba llueve, hay que esperar.

—Antes que esperar días podemos caminar, en dos días estaríamos.

—Vos haceme caso, tenemos que esperar.

Los Toldos (al parecer se llama así por las nubes bajas que cubren la mayor parte del tiempo esa pequeña llanura), estaba estigmatizada por

la vagancia, el ritmo lento de una idiosincrasia indolente a los términos, plazos perentorios y planeamientos. El interés de los baquianos de Parques, que eran hermanos, era el de alquilarnos sus bestias y no las de otros vecinos, con las mulas atadas y a disposición. Y de allí la espera. Por otro lado, los baquianos cobraban "pastaje" aparentemente dentro del parque, no sé qué pasaba pero Mario nos pidió paciencia. Es decir, esos dos alquilaban parte del Parque Nacional y lo que cobraban iba a parar a sus bolsillos. Mario, que era el guardaparque, debía denunciarlos y no sé si lo haría. En lo que respecta a mí, no estaba dentro de mi rango de acción, sólo quería alguna vez llegar a Baritú. Mientras, en el pueblito, se organizó una fiesta no por nosotros pero si en relación a nuestra presencia, supongo garantizando la afluencia de personas curiosas, buen negocio para el único almacenero importante de la localidad a quien le cerraban los números con la venta de bebidas. Los preparativos de dos "señoritas", las hijas, resultaron efectivos, asunto respetado por todos menos por mi preocupación y paciencia, más con mi querida novia Patricia esperándome en Buenos Aires, atenta a este viaje incierto. En realidad fue al día siguiente de ese evento que partimos, sin importar la lluvia de los cerros por allá arriba, ya que las mulas "habían regresado" supuestamente solas.

De treinta días nos quedaban diecisiete, si sumábamos el tiempo de viaje, y todavía no habíamos comenzado la expedición, financiada con nuestros bolsillos. La jornada fue larga. El movimiento de los animales combinado con la tensión de las cuerdas de amarre, terminaron desgarrando una mochila. Cansados, bastante detrás de las mulas, podíamos recoger una pasta de dientes, un paquete de fideos, una media. Con el último objeto supimos que se trataba de la mochila de Juan Cruz, pero no vimos los animales hasta un río donde los baquianos nos esperaban para cruzar. Las mulas cargaban las mochilas, nosotros caminábamos.

Llegamos a Lipeo, un sitio con tres casas. Una maestra, su colegio y dos familias. Si cruzábamos el Lipeo estaríamos dentro del Parque Nacional. Pero el río arreciaba cargado en agua.

—¡Las mulas no pasan! —dijo uno de los hermanos.
—¿Opción?

—Por la caja.

Sobre el río Lipeo, de unos treinta metros de ancho, yacía una cuerda de acero bien estirada entre los árboles. Unas roldanas de hierro, robustas, sostenían una pequeña caja de madera. Por turnos, hombres y mochilas todos por separado, pasamos al otro lado. Finalmente estábamos en el Baritú. De repente, llegaron soldados de gendarmería, quienes se encontraban de paso ese día y nos recibieron como dueños de casa. Nuestro sitio de pernocte ahora quedaba atiborrado.

Como estaba fresco por las lluvias -convengamos que llueve siempre en la región, no solo estaba "entoldado" en Los Toldos-, esos soldados desordenados y la gente del lugar prepararon una tarde de alcohol caliente. Lo primero que consumieron, yo absoluto abstemio desde siempre en esos años y por varios más, fue el alcohol del botiquín (es decir, alcohol de farmacia), pero calentado con cuidado, para que no se incendiara. Era servido tibio en un vaso de vidrio con azúcar en los bordes. Se repartía por rondas tomando quienes querían un sorbo corto. Por la noche abrieron cajas de vino tinto. De la misma manera que con los sesenta grados del otro trago, esta vez lo repartían en rondas pero en más cantidad. Cada caja vacía era tirada fuera de la galería, acumulándose alrededor de la escuela como señal de hombría. Ya bastante ebrios, uno de los de rango principal me obligó a tomar y debí hacer la pantomima que tragaba. Pero se dio cuenta y me puso el dedo en la garganta para comprobar que efectivamente lo tomaba.

Si seguía así y sin poder escabullirnos "por cortesía", además de no tener a donde ir porque sólo podíamos dormir en ese lugar, me emborracharían. Como los gendarmes ya estaban bien alegres, pasaría desapercibido con la poca luz de la noche y alguna vela prendida, si decidía derramar mi sorbo. En una risotada general pasé la mano atrás de donde estaba sentado y volqué el vino en el pasto. Pero la pendiente del suelo lo arrastró entre mis pies avanzando hacia el centro de la ronda, por el cemento del patio del colegio.

Aquel hombre, el principal, era un oso. Se levantó corpulento con una tasa de losa repleta en tinto, colocó su índice atravesado sobre la nuez de mi garganta otra vez y murmuró mareado.

—Conque desperdiciando mi vino haciendo que tomaba. Ahora si lo vamos a ver tomar. A ver, por cada trago quiero verle mover el garguero que para eso le apoyo el dedo, porteñito vivo. Y bébase todo.

Debíamos partir sin más retrasos alejándonos de aquel ambiente. La mitad del viaje había sido desperdiciado. Ese mismo día había tenido que caminar desnudo una cuadra, cerca del caserío, luego que mi grupo me escondió la ropa al bañarme en el río, un chiste clásico y bienvenido, pero no estábamos para eso. Con la mala suerte de la aparición de los gendarmes, los baquianos se sumaron y mi equipo también. Ésta se había convertido en una fiesta más. No estábamos bien. Como cierre de la noche, la maestra gimoteaba en la habitación de al lado contenta con la visita y el principal dormía abrazado con un soldado, situación que me llamó la atención. Sólo una noche más y la campaña propiamente dicha comenzaría, nos quedaba un día a pie hasta el caserío de Baritú, centro del Parque Nacional. ¿Qué más podía pasar? Y me dormí.

A media noche, cuando hasta el último despierto decidió ir a dormir, terminada tanta vuelta y eructos, se desató una tormenta memorable. Los rayos nacían a la misma altura o más abajo de donde estábamos, sobre el pequeño valle del Lipeo, mientras que las nubes tenían su techo apenas más arriba que la antena de radio. Los truenos se fueron tornando insoportables y más rayos caían sobre las puntas secas de los árboles, uno en la pequeña hondonada del río Lipeo. No se podía dormir y todos preocupados observamos la naturaleza cruel levantándonos uno a uno para estar atentos a cualquier evento y reaccionar rápido. Los caballos y mulas de los gendarmes corrieron cerca de las galerías, asustados. Sonaban varios truenos por minuto previo relampagueo, algunos rayos descargaban su furia muy cerca nuestro. La situación pasó a peligrosa. Se nos apretaba el pecho con cada detonación y la luz fuerte de los refusilos[1]. Un árbol se apagó por la lluvia luego de ser tocado por una descarga azul. Mientras el chaparrón arreciaba y viendo la selva sacudida por el viento con cada golpe de relámpago, reconocimos cinco figuras humanas, arrodilladas, alzando las manos

1 Por relámpago. Término acuñado del habla gauchesca bonaerense, aludiendo al resplandor azulado que produce el disparo de fusil a chispa, por lo menos hasta el siglo XIX.

a manera de rezo descubiertos sobre el césped, implorando con gritos piedad a Dios. La familia entera se sintió obligada a pedir clemencia, con los mismos niños que ese día estuvieron en clase atendidos por su tímida docente. Imagen fantasmagórica no por la actitud, sino por el cuadro que representaban entre luz y luz, debido a la sensación de que en cualquier momento los alcanzaría una descarga.

A la madrugada, todavía de noche, el Lipeo fue creciendo. Nos trajo un murmullo y luego, al poco tiempo, rugía arrastrando árboles y haciendo sonar las rocas de a miles por debajo en el cauce. El suelo vibraba suave hasta donde estábamos cuesta arriba, con un caudal de tres metros de más. El alambre carril con la caja para cruzar el río no podría ser utilizado de querer regresar.

Por la mañana, entrábamos en la segunda quincena de estudio con la libreta vacía. Por lo tanto el ánimo mejoró al amanecer el día radiante. Esta vez, con las mochilas sobre nuestras espaldas, en una de las curvas del caminó hallé un ave rapaz del género *Accipiter*, me distrajo de mi obligación principal en ese momento, transportar el antiofídico, y con una explosión baja se rompía el termo contra el suelo al alzar los binóculos para identificar la especie. Lo había dejado caer al suelo accidentalmente por el apuro de que no vuele antes de observarlo. A mis tres compañeros no les gustó el accidente, aludiendo ser a propósito luego de mis comentarios repetidos sobre lo superfluo de transportar con cuidado una droga ya vencida. Era culpable del hecho, y por romper un termo matero que no era mío tuve que pedir disculpas dobles.

Baritú no era Baritú. Llegamos a la nada. Un valle muy chico rodeado de montañas bajas repletas de selva, nuevamente tiempo lluvioso y dos chozas.

Nos ubicamos en la "propiedad" de Renato Troncoso, un hombre de monte, menudo, muy desnutrido y de baja estatura, señor muy pobre con varios hijos, uno opa. Nos dio cabida en su pequeño depósito de hortalizas, en ese momento vacío, aposentos donde el techo de paja semi destruido no evitaba la lluvia, que caía libre de nuevo. Los equipos eran difíciles de mantener secos; y cerca del trópico de Capricornio, a dos mil metros sobre el nivel del mar, cuando el clima arrecia hace frío. El opa

tenía una fuerza descomunal, y contrariamente a su padre, era enorme. Seguía lloviendo y habíamos hecho una ronda alrededor del fuego para secar el calzado y nuestras ropas. Repentinamente, a nuestras espaldas, arrojó un tronco muy grueso tronando el piso. No hablaba, según su padre, por tonto, pero ayudaba; en ese lugar perdido de la Argentina no parecía haber sentimientos. Frente al fuego lo vi arrancarse las garrapatas que arrojaba una por una a las llamas. Supuestamente los mudos no hablan pero ante la primera papa cocida que esperaba comer, le pedimos que le dé un nombre y dijo con dificultad "papa" y luego repitió "gracias". Aprendía rápido para ser tonto. Su papá era de esa gente con corazón grande, pero no podía entender a su inmenso hijo. No lo enviaba a ningún colegio y prefería gastar el dinero en vino, simplemente esperaba meses hasta tenerlo y era prácticamente en lo único que gastaba.

Por fin, comenzamos a trabajar. Dejó de llover y aparecieron grandes números de loros aliseros, generando unas de mis primeras grabaciones realizadas. Debí pedir bajaran el volumen de una radio destartalada, que oíamos atentos porque se iniciaba la guerra del golfo del otro lado del mundo y un cosmonauta ruso en la estación espacial no podría regresar a casa.

—Señores, nos quedan diez días para realizar nuestro trabajo —dije contento al otro día con el sol de mañana a mis espaldas—. Buena suerte a todos y a dispersarnos dentro de los bosques buscando especies —agregué—. Por mi parte no volveré a almorzar para aprovechar todo el día en la montaña.

Me alejé decidido, previa concertación sobre la metodología a seguir, en principio basada en limitarnos a identificar todas las especies de aves que pudiéramos hallar y sumar horas hombre por día, tratando de abarcar la mayor cantidad de ambientes.

—No, espere Bernabé, usted nos tiene que enseñar qué observar —me dijo Mario de repente tratándome de "usted".

—¿Cómo decías Mario?

—Sí, le estaba contando a tus amigos que tenés que llevarnos y enseñarnos a identificar las aves.

con dudas. ¿Cuál es el problema?

—Además, tenés que volver al mediodía a cocinar, todos cocinamos juntos.

—Che, Mario, es un chiste ¿no?

—No, no es un chiste… No tenés espíritu de equipo.

—Hagamos así, si te parece bien, hoy les cocino a ustedes, así tienen tiempo de trabajar hasta el mediodía, somos cuatro, cuatro almuerzos, pero en los próximos tres días prefiero no bajar de la montaña para almorzar, me llevo la comida en la mochila y el día rinde entero. Es mi elección, ustedes adáptense a este ritmo, como nosotros nos hemos adaptado al tuyo todos estos días.

Primer síntoma de que las cosas no funcionaban bien.

—Tu metodología es una *cagada*, Bernabé —dijo Eduardo riéndose.

—Es estándar y como la de los otros grupos de trabajo que hacen este mismo inventario pero en otros parques nacionales. Por los pocos días que nos quedan antes de empezar a volver, no podemos hacer transectas y conteos de punto en esta instancia. Necesitamos volver con datos de observaciones, grabaciones, alguna foto. Es el primer viaje a un sitio muy difícil de llegar, es más, ningún ornitólogo estuvo antes que nosotros. Esto es exploratorio. ¡Vamos que podemos encontrar cualquier cosa! ¡Inclusive algún bicho nuevo para la Argentina! Pero si te parece Eduardo, aplicá tus planillas, también nos vienen bien. ¡Todo suma!

—Pero usted no puede dejarnos así, sin saber cómo mirar aves.

—Mario, antes me tuteabas…

—No es lo que estaba acordado, te voy a denunciar.

—En la biblioteca de parques nacionales, en Buenos Aires, me dijiste que eras un experto en aves; no es obligación serlo, juntá las descripciones y no tengo ningún problema en después discutir la identificación. Pero dejame trabajar, porque esto va para un fracaso, perdimos muchos días y brilla el sol. ¡Vamos señores!

Mi pobre primo, no opinaba. Me di media vuelta para no seguir viendo a Mario tirado en el suelo con el cuerpo de costado y apoyado sobre un codo mientras cortaba pastitos y los mordía en una punta con la boca.

—Al mediodía les cocino, salgamos a trabajar —y partí.

Mi metodología en realidad no tenía nada de estándar en lo que respecta a acordarse de comer, una vez que el frenesí del estudio comenzaba. Siempre consciente de que uno está allí, en ese sitio, momento y circunstancias, por única vez en la vida (así se regrese mil veces); no había una ocasión igual a la otra. Mis jabirúes de chico pasaron una sola vez a esa hora en ese día y sitio, no valen los después. Percibido de ello, no dejaba pasar un minuto sin estar hiperactivo y así lo transmitía. Inclusive de noche, si era necesario, los incitaba a salir a buscar aves nocturnas con la linterna, con el grabador preparado y una actitud proactiva, pero a veces me quedaba solo, igual contento, cada uno aportando lo que pudiera. Debo aceptar, no soy de los comunes, pero no me podían limitar en ese aspecto. No correspondía por parte de Mario, que en definitiva resultó ser un fiasco como observador de aves, siempre mentiroso y que además llevó a Eduardo y un poco a Juan Cruz a rebelarse contra el principal objetivo del viaje: la identificación de aves.

Un buen día ingresamos al centro del parque por las montañas con un clima nuevamente inclemente por lo húmedo, lluvioso y siempre nublado. Así se caracterizaban las "yungas". Por esa cantidad de agua, vapor y garúa estábamos allí; porque ese clima, la nube metiéndose en la selva, tenía las aves de la guía que buscábamos. Obvio provocaba irascibilidad en nuestras personas mal comidas, cansadas, con doce horas al día caminando. Pero bien llevado, es anécdota y por ello se puede contar.

Esta vez Renato Troncoso, ese señor tan amable, nos instruía en que temía a los jaguares; e iba armado. Llegar al centro del parque nos desafiaba a caminar por el fino borde de las montañas, con árboles altos y un sotobosque bastante disperso. En los filos, una sola planta podía evitar que avancemos so pena de caer al vacío por cualquiera de los lados. El avance era lento, con las capas de lluvia en uso, condensando el calor por debajo y por lo tanto empapándonos tanto por dentro como por fuera. Mirando bien donde poner el pie para no tropezar, sin darme cuenta, por un momento, di cinco pasos fáciles y planos en un curva que pasaba por debajo de una gran roca mohosa. Al encontrarme de nuevo

con el suelo desparejo decidí parar y volver. En medio del Baritú, en ese bosque incómodo con pendientes asesinas en caso de distracción, contra el paso del tiempo se mantenía una acera de adoquines chicos, hoy verdosos y húmedos, en perfecto orden, de unos ochenta centímetros de largo.

—¿Renato… y esto?
—A veces hay de eso acá.
—¿Usted sigue un camino?
—No.
—Pero esto es muy avanzado, incaico, seguramente precolombino.
—No sé don Bernabé, debe ser de los indios que vivían antiguamente aquí.
—¡Caminos de Incas Renato, caminos de Incas!

Cada paso en esa selva chorreante era un sacrificio. Casi siempre invisible por el trabajo de raíces y árboles derrumbados, Renato encontró un viejo rastro que él mismo, tiempo atrás, había abierto.

—¡Acá está la virgencita! —anunció.

Se acercó a unas piedras acumuladas, alrededor de las cuales había restos de velas encendidas y al fondo una virgen en miniatura.

—Pero Renato, quién hizo esto, ¿usted?
—No, unos biólogos que estudiaban plantas y llegamos hasta aquí.

Renato comentó que la única vez que había ingresado al parque con unas personas de "la capital" (se refería a la ciudad de Salta), se perdieron. Uno de los asistentes, que por creyente llevaba la virgen, tan cuerdo como para pedirle a María los iluminara sacándolos del atolladero, hizo la ermita y allí la dejó. Cazaron pavas de monte para sobrevivir y en varios días, bajando un río, lograron saber cómo regresar.

—¿Y quién era el guía esa vez don Renato?
—Yo —me contestó—, pero no se preocupe que ahora conozco.

Renato había querido volver al lugar para rezarle; por lo visto estaba ubicado y no me preocupé. Seguimos avanzando, pero comenzó a ponerse nervioso.

—¿Hasta dónde quiere llegar, don Renato?

—Hasta el centro del parque.

—¿Falta mucho?

—No, ya llegamos.

—Mire que no es absolutamente necesario entrar tanto Renato, ya el ambiente no va a cambiar.

—Cada sombra, así como ésta, puede tener un jaguareté; hay que mirar bien —me dio por respuesta.

Y preferí callar y mirar con doble atención el camino.

Mientras, la Zorrita, su perra famélica, nos acompañaba. Y por fin.

—Aquí acamparemos, Bernabé.

No había madera seca en esa arboleda mojada con sotobosque en penumbras, aún en plena tarde. Nada de viento, solos, dentro de una nube eterna a manera de garúa. Renato tiró un árbol aparentemente podrido y húmedo, pero intacto y seco por dentro. Nuestro fuego. Esa noche hicimos turnos para prevenir la llegada de algún jaguar. No dejaba de gotear. Dos horas cada uno en vela, mirando la espesura próxima con luz tenue de linterna o hasta donde alcanzaba la penumbra de las llamas. A cada encendida las baterías se agotaban y se disuadía la impresión de ser observados por un par de ojos brillando verdosos. Jaguares nunca veríamos, pero la sugestión de Renato era tremenda. Porque él sentía miedo y nos lo transmitía a casi todos, excepto a Eduardo, que dormía a pata suelta sin tener que hacer guardia, mofándose de nosotros.

Ordenado lo que se podía llamar un campamento, ya más tranquilo Renato tomó un cigarrillo armado de modo casero y pitó.

—No fumo, solo pito —aseguró—, es por si el tigre está cerca —mascullaba inteligible—. ¿Ve? Hay que echar el humo así —y soplaba para todas partes en tanta oscuridad y lejanía.

—¿Pero Renato, no será al revés y viene por el aroma a tabaco?
—Capaz...

Sentí miedo a un animal por primera vez en la vida. La "Zorrita" también, aunque tal vez no de primeras con semejante dueño. Renato llevaba a esa perrita como carnada por las dudas, atándola por lo común a veinte metros del campamento. Casi todos dormíamos con las piernas encogidas, por esa sensación incómoda de que el "el tigre" nos tomara por las "patas". Pero si alguien caía primero, sería la perra de Renato y es por ello, que entre sueños, cada tanto nos sobresaltábamos viéndolo a Renato castigando al animal con una vara verde y rígida y la perrita gemía.

—¡Pero Renato! ¿Qué hace?
—Para que sepa que no se tiene que dormir y no nos joda el gato.
—Pero pobre animal, deje eso… —le decía.
—Ella debe estar despabilada para ladrar si viene.

Dormía a media noche hasta que sentí una garrapata caminándome hacia el tímpano. Desesperado saqué el animal sacudiendo la cabeza y utilizando ramas finitas. El fuego estaba casi apagado y a Renato, a quien le tocaba hacer guardia atizándolo, se lo veía seminclinado a un lado con los ojos dormidos y a punto de caerse.

—¡Renato, Renato! No debe dormirse —le dije sacudiéndolo brevemente—, haga su guardia, acuérdese del TIGRE.

—¡TIGRE! —gritó y sacó un revólver con el que comenzó a disparar tres veces, asustado, a ninguna parte.

¡No puedo explicar el susto que me dio y mucho más a los otros que dormían!

Regresamos luego de siete días en el parque. De un mes para estar en Baritú, habíamos ingresado tan solo una semana. Teníamos varios datos interesantes por reportar. El primero de los viajes zoológicos a Baritú había dado resultado. El conocimiento de Renato sobre las aves

era importante y decidí regalarle mi querida guía de identificación de los pájaros argentinos. La recibió con gusto, pero aturdido. Habría de guardarla en su rancho destartalado, aislada del agua con plásticos. Con la "paga" que recibió decidió dos cosas: una, acompañarnos a Lipeo a comprar vino; y dos, muy resuelto se me acercó con una niñita de unos cinco años de su mano, que lloraba.

Los había visto venir, luego de notar que la madre la abrazaba y al final la siguiera con la mirada desde el rancho.

—Esta hija mía, se la regalo, usted debe llevársela.

—¿Qué dice don Renato?

—Quiero que tenga una oportunidad, usted es una buena persona, se le ve en los ojos, sé que con usted estará bien.

—No llores más —le dije a la pobre niña agachándome—, nadie te llevará —y salió corriendo hacia su madre con su bolsito.

—Don Renato, yo le agradezco mucho su gesto, pero de ninguna manera. Mi novia jamás aceptaría una cosa así, ni yo tampoco. Ella debe estar con su mamá y usted tráigale algo cuando vuelva de Lipeo, así la hace feliz. Esmérese y la podrá sacar adelante. Usted podrá.

Protestó un rato y olvidó el caso. Hizo una seña a su mujer levantando la mano a modo de saludo ya montado en su minúsculo caballo y partimos. En más, debíamos volver sobre nuestros pasos.

En una finca a mitad de camino, Renato se adelantó para saludar a sus ocupantes. Por lo visto era un parque nacional algo habitado, con vacas y áreas de deforestación.

—¡Vengan a ver el tigre! —salió diciendo Renato.

—Vamos Renato, que tenemos una caminata larga.

—Pues es verdad, pasen a ver —decía feliz.

Qué sorpresa, colgaba del árbol junto a la galería de la casa, desde una rama alta, un gran cuero fresco de jaguareté estaqueado.

—Lo carnearon esta mañana, vino a comer el ternero que mató la noche anterior pero le envenenaron la carne. Amaneció muerto al lado.

El dueño de casa se quejaba que el cuero no tendría ningún valor en el mercado. Según él cuando mueren con veneno el pelo se desprende. Me invitó a tironear del mismo y sí, se salía a mechones si lo hacía con cierta fuerza. Estaba tan estirado con varas rectas a lo ancho y en cruz que el gato parecía más grande de lo que muestran los libros. No obstante de cola a cabeza se notaba que era un animal adulto. Las garras impresionaban, su herramienta macabra de minino *malcriado*, que hacía lo que quería con sus presas. Un manotazo de esos con fuerza debía ser aterrador. Un trago amargo, doble dentro de un parque nacional. Eduardo preguntó por la cabeza interesado en colectar el cráneo pero luego de buscarla no sabían dónde los perros la pudieran tener.

La felicidad de Renato observando a su "amigo enemigo" derrotado me dejó pensando. Días atrás cuando nos mostraba un árbol descortezado donde uno igual a ese, sino el mismo, afilaba las uñas, me hacía pensar que no podía vivir sin él. Ese temor/admiración tan atávico que todos debiéramos respetar pero ya estamos muy aislados, por permanecer en nuestra seguridad.

En Lipeo fue la última vez que vi a Renato. Los hermanos baquianos nos esperaban (nunca supe qué se habían quedado haciendo por allí). Supieron luego que le había regalado la guía a Renato y se rieron.

—¡Pero si Renato no sabe leer!

En pocas horas estábamos frente al río Bermejo, nos parecía ver la civilización por los camiones que pasaban por la carretera de tierra del lado de Bolivia. Pero el Bermejo estaba subido. Nos contaron los baquianos que el día anterior dejó muerto a un borracho por caerse del caballo y antes, una señora también se ahogó cuando una bestia perdió equilibrio con agua más arriba de la panza. Argumentaron que había bajado bastante y nos pidieron que cruzáramos el río como estaba, para no perder tiempo dándole vueltas al camino hasta un cruce por alambre carril. De cuatro que éramos convencieron a tres. A mí no.

Decidí caminar solo cinco kilómetros y cruzar por el carril. Tuve una discusión fuerte con Mario. Argumenté el peligro de perder

libros, notas de campo e inclusive nuestras vidas si lo hacíamos por el agua. Pero prefirieron afrontar el peligro.

Mientras caminaba alejándome, media hora después, veía pequeñas sus siluetas en los caballos, serpenteando las corrientes del Bermejo. En veinte minutos habían pasado sin novedad. A mí me quedaba una hora más con peso excesivo en la espalda y terreno dispar. Siempre al paso, llegué a la garganta del Bermejo donde el río se hacía angosto y muy profundo. Un cable de acero igual de grueso que el de Lipeo esta vez daba más miedo. Había gente esperando cruzar en ambos sentidos, del otro lado una casucha era el paradero en la ruta donde vendían algunos alimentos y mercaderías básicas. Debía arriesgarme a pasar primero el equipo (y lo robe alguien del lado boliviano), o pasar yo primero y que me roben la mochila por quedar del lado argentino. El señor que manejaba esa cosa tenía la cara desfigurada, precisamente por trabajar en ese oficio, el de cruzar gente en el cajón.

La primera parte de la trayectoria consistía en una caída rápida hacia la parte más baja de la cuerda, normalmente parabólica y colgante por el peso del metal. Las ruedas de hierro sonaban sórdidas a gran rapidez mientras salpicaban grasa como lubricante. De a dos por vez en el cajón, cara contra cara, el asistente me dio la recomendación de siempre en estos casos.

—Haga la cabeza hacia un costado — por si el dispositivo de arrastre, un palo suelto colgante de una roldana entre medio de las dos que sostenían la caja, se trababa, fracturándome la nariz, mandíbula o pómulos.

De allí la cara del pobre señor. La segunda mitad del viaje se hacía larga y cada vez más pesada. El hombre debía darse maña y con mucha fuerza poder arrastrar el cajón hasta el otro extremo, trepando en un ángulo de casi treinta grados de pendiente. Mientras avanzábamos de a veinte centímetros por vez percibí una vocalización de un ave que me llamó la atención.

Cuando bajé, el señor se fue a buscar mi mochila, de paso con un pasajero que se iba para el lado argentino. Me acerqué al pajarraco y

no lo reconocía.

—Un Tiránido —pensaba—. Un *Myiodynastes* —cuando lo vi mejor—. ¡¿Pero cuál?!

Armado de mis binóculos, Bolivia me había recibido con una especie que no estaba citada para Argentina. Realicé las anotaciones básicas con mano rápida y luego fui a la ruta para saber si mis amigos ya habían llegado y me esperaban. Pero todavía no estaban. Regresé rápidamente y esta vez saqué las guías que llevaba, porque eso sí, mi equipo sería muy pesado, ¡pero andaba con una biblioteca ambulante! Una era la de Venezuela de Meyer de Schauensee y allí estaba el ave descripta e ilustrada.

—*Myiodynastes chrysocephalus* —repetía mentalmente y observé de nuevo el ejemplar que seguía en el sector— ¡¡Un Benteveo de corbata!! ¡Sí señor! Mmmm, ¿pero si el registro no fuese considerado nuevo para Argentina por hallarse estrictamente en suelo boliviano? —me dije.

Y fue así, debo confesar, que el pájaro no voló porque quiso para el lado argentino como lo publiqué formalmente, sino porque desesperado le tiré palos, piedras y le grité hasta que el bicho pasó a mi país, perdiéndose en la espesura del bosque en el lado opuesto.

—Tome su mochila señor… —me dijo extrañado el asistente del alambre carril y recogiendo todas mis cosas me fui a esperar a mi gente en el borde de la ruta.

—Esto no es un alambre carril, sépalo Ud., se llama *maroma*.… —agregó con una sonrisa pícara.

Baritú.

CAPÍTULO 20

Recorría las diferentes fincas "colgadas" en las laderas, siempre en sectores con palmas, mapeando los mejores sitios con la esperanza de hallar orejiamarillos. Sus dueños o encargados que hacían de dueños, aclaro, porque muchos de los verdaderos propietarios no las visitaban por años debido al "problema de orden público", ya me conocían de pasada o por comentarios, y me daban permiso con alegría.

¿Qué sentí cuando con orgullo la señora de una casa donde pasaba unos días decidió limpiar mi cocina de campaña sin que yo lo imaginara? Creo que ahora pesa menos. No sabía si agradecerle en favor de mi espalda que la carga, o pedirle una indemnización. La había raspado tanto para que brille en su totalidad, por dentro y por fuera, que el medio milímetro de ancho de su estructura quedó reducido. Todavía recuerdo su mirada de orgullo al entregármela como sorpresa. La señora era obsesiva por la limpieza. En un momento de descanso por los alrededores de ese hogar vi a uno de los cerdos con temblores recurrentes. A la noche como descuidado pregunté si se habían fijado en el estado de salud del marrano. De inmediato le reconocí esa misma cara en relación a mis ollas.

—No, si no está enfermo, es que día por medio lo cepillo con agua al pobrecito...

El tedio de pasar haciendo guardia en el palmar tantas horas por día, me hacía un ávido observador de la vida doméstica al regresar por la noche. En algunos sectores llegaba la televisión, que encendían con una batería suelta previamente cargada junto a algún motor a lo largo del día. En la pantalla veía como en Cali estaban consternados por la falta de financiamiento por parte del gobierno para la elección de su reina de belleza. Ésta concursaría a nivel nacional para el certamen mundial como famosamente lo venían haciendo anualmente y desde hacía décadas. El gobernador del departamento del Valle entendió que el presupuesto podría erogarse de los impuestos. Solo había que

recaudarlos. ¿De dónde? No tuvo mejor idea que aparecer al aire en una propaganda bebiendo con satisfacción Aguardiente Valle (o un nombre parecido), en el típico vasito de plástico blanco que usan en los bares de pueblo.

—¡Beba… nuestro Aguardiente Valle! —terminaba diciendo luego de apretarse los labios para un mejor saboreo y así cerraba la tanda publicitaria con gran música local de fondo.

El noticiero trataba el tema con consternación. Pronto el gobernador fue entrevistado.

—De tomar aguardiente se cobran impuestos, más se tome, más dinero para la reina de belleza —dijo en la entrevista indagatoria, mientras una de las candidatas al reinado defendía a su lado con indignación la bondad de aquel hombre acusado de fomentar el alcoholismo en la población.

Con este tipo de *flashazos* iba de a poco entendiendo la "forma de ser" del país. Por lo menos me transportaba un rato a un mundo distinto al de mi trabajo, no más pensar en "loros" inexistentes, frustrado ya por no encontrarlos en Ecuador y ahora tampoco en Colombia. ¡Por esos días me habían financiado ya diez meses! El proyecto había pasado por donaciones de alemanes, estadounidenses y ahora por una organización con sede en Canarias. Ellos confiaban en mí pero se hacía difícil presentar informes sin mayores avances que el de seguir buscando y esperando. Sentía el tedio, de sol a sol, caminando lento entre montañas, atento a escuchar alguna bandada. Pasaban las semanas sin novedad. Leía artículos científicos desde miradores estratégicos de panorámica amplia. Oía sólo el mecer de las hojas de las palmas al mediodía, contrastado con un poco de acción cuando debía calcular cuantos minutos más tendría sin lluvia hasta que las primeras gotas golpearan las hojas; horas de volver bajo los árboles de la selva, en el límite de los potreros dedicados al ganado, donde allí "me grababa todo".

A veces la guerrilla me interrogaba, cuando alguna noche dormían en lo de algún finquero e inclusive me pasaban datos sobre aves que todavía no había encontrado en la zona. De todas maneras, luego del

adiós a la mañana, luego de sentir sus ronquidos toda una noche, cuando mi corazón se suavizaba con palpitaciones normales, la monotonía volvía; y la aprovechaba para escribir. Últimamente prefería estar allí, entre el bosque, antes que volver al radical cambio de Salento. De alguna forma allá ya me habían "estocado" y pocos seguían tratándome con buen saludo. Antes de averiguar qué sucedía y el porqué del cambio abrupto de actitud, me quedaría unos días más en el campo. Porque así no daban ganas de volver.

Durante largas lluvias me dediqué a observar de cerca a mis anfitriones en esa finca. Sucesos con elementos que dilatan lo que hasta el momento no me era permisible creer. No me refiero a violencia y balas diarias en el país, sino el trasfondo, feliz o triste, del convivir mundano.

—Colombia cuenta con treinta a treinta y cinco millones de habitantes don Bernabé —me decía don Enrique, padre de familia, encargado de una de las fincas más grandes de la zona y la que mejor posición estratégica tenía—, de los cuales votan para presidente aproximadamente unos tres; el voto no es obligatorio. Tal es el descontento y desinterés para llegar a estos porcentajes demostrando semejante desidia política —me comentaba—. Esto tiene origen en la corrupción de los gobernantes. Y la pobreza es grande…

Y de verdad que la pobreza era grande, pero en el campo ellos no sabían que "verdadera pobreza" era más bien la que yo conocía de las fincas de Ecuador. Igual escuchaba cosas insólitas, cuentos de la ciudad, de su mujer que le contaba a una vecina de visita que se había sentido muy consternada cuando en unas casas de barrio pobre en Manizales, encontró a un niño de unos cinco años muy "acabado" por mordidas en la cara y piernas. La mamá de esa criatura le había comentado que las mordidas eran de ratas, por haber muchas en la casa y por ello estaba tan "lastimadito". Aunque ello no era todo, pues hacía unos meses le habían matado al hijo más pequeño, por haberlo comido tanto al "pobrecito".

Frente al fuego, esperando que "escampara", no quería dejarme influir por la energía violenta de las noticias aparecidas en televisión y las conversaciones que me rodeaban. Me quedaba ser un resignado más, convencido de que no se llama Colombia únicamente a lo que tiene que ver con disparos y bombardeos, porque sin violencia ni narcotráfico este

país igual seguiría siendo noticia siempre, así fuera por esas "cuantas mordidas".

Decidí partir para Salento.

Fiestas sin saber qué festejar, tragos para olvidar, viejitos pintorescos con cuentos desde crueles a sabrosos y amas de casa chismoseándolo todo. Cuando llegué, los presos en custodia de la policía del pueblo fueron invitados a un banquete comunal, organizado por la parroquia. No pude dejar de intervenir.

—¿Había un preso en esa reunión?

—Pues sí —dijo Josefa, la señora del intendente—, en Salento los presos son muy bien tratados.

Se me ocurrió disponer el telescopio en la calle, ante la visita que me hizo una familia. La luna llamaba a contemplarla. Preparé así el equipo, para que vean sus cráteres. Una manera de agradecimiento ante tanta hospitalidad y por qué no decirlo, por todavía hablarme. Por otro lado era bueno que vean que un trípode no era un mortero, como había oído que decían por ahí.

—Tan cerquitica, que maravilla…—comentaban sobre la luna.

En un momento hubo una capa fina de nubes y por allí arriba el viento corría rápido. Las nubes pasaban velozmente frente al astro. El que tenía la cara más instruida le dijo a su amigo, en voz baja como para que yo no oiga por temor a pasar vergüenza.

—Pero mire, si esa luna se está moviendo, ¿cómo así?

A lo cual, la madre, oído atento, refutó doctamente para que yo la escuche.

—Pues no, la luna no se mueve nunca mijo, nosotros volamos alrededor de ella pues, ¡qué carajo!

No me correspondía intervenir, era así de centenario, el pueblo era campesino, increíblemente queribles, increíblemente no instruidos,

pero eso sí, no había que contradecirlos.

Otros hechos me recordaron a las vivencias de Harriot, el veterinario ingles de Yorkshire, que no aguantaba la grasa como platillos especiales en ofrenda a su faena profesional. Hacía un rato que estaba escuchando a madre e hija hablar de la manteca para freír chicharrones[1]. Como estaba de visita en esa casa no tardaron de aparecer desde la cocina con un plato repleto.

—Sírvase un poquito pues —mientras me alcanzan una parva. Tarde para replicar con un "no tanto".

Tanta cantidad cae mal y cuando se va por la mitad del sacrificio no es bueno descubrir secretos de cocina. Pensé que no me quedaban consuelos en cuanto a la sensación de producción de colesterol. Pero mencionaron la igualdad entre manteca (para mi asociada a la mantequilla) y la grasa pura de vaca.

—¿Un pancito untado en manteca señor? —como para salir corriendo de la cocina ¡"pues"!, pero por respeto y buenos modales era mejor no fruncir el ceño e ingerir.

—Ya pasará el momento y alguna sal digestiva me permitirá continuar latente hasta el amanecer —pensaba.

Y así transcurrían los días entre Salento, el pueblo y el campo, que por estar en la montaña cubría desde la selva hasta los helados páramos. Sin viajar lejos estando lejos, sin ver otros paisajes imponentes estando en uno, viajaba durante todas esas caminatas de finca en finca registrando todo el tiempo contrastes. Diferentes altitudes, mucho más arriba a veces, ajustando la ropa de montaña a climas dispares de un minuto a otro, según ráfagas más tibias en un momento, o el pasar de nubes sombreando las laderas con frío, en otro. Desde el dormir en una cueva entre pastizales a cuatro mil metros de altura, a sufrir las corridas de las ratas sobre el vientre en una habitación maltrecha de finca perdida. Sitios donde sólo basta entreabrir los ojos, desde la bolsa de dormir a la intemperie sobre un colchón de secas orejas de conejo (la planta de

1 Cuero de cerdo frito, por lo general adherido a abundantes lonjas de grasa.

páramo *Espeletia*), para ver el amanecer en las soledades nevadas del gran volcán Tolima. Escuchar a los campesinos decir "los todos tres" para referirse a cuál de los terneros querían les ayudase a arrear cuando regresaba al bosque y los desmontes. Ver la nieve del atardecer llena de brillos bronceados con las últimas luces de un sol despejado en el páramo, o envolverme en una niebla repentina de regreso, a alturas menores donde el fuego del tambero calentaba su casa.

Tal vez esa noche *desescondiera* mi buena música digital y deleitara mis sentidos en boca de Leo Nucci o el Duque de Mantua por el mismo Pavarotti. En un último esfuerzo llegué al corredor de la casa cubierto en una visión blanquecina, la niebla. A medida que pisaba las tablas, el perro que más recibía mis regalos de comida a escondidas del dueño, comenzó a recortarse desde una viga. Grande, bien lanudo, con orejas de lobo. La lengua afuera y sin jadeos. Una cabuya[1] ahorcaba su cuello. Así pendía, así de inerte.

—¿Se acuerda lo que le dije de los perros que andaban matando mis terneros? Pues era el mío, ayer lo vi y el juemadre esta mañana pagó —me dijo el campesino.

Me puse al lado de sus ojos ya opacados, mirándolo y me pregunté qué necesidad había en tenerlo tantas horas colgando. Y lo acaricié una vez más al pasar a mi habitación.

Fui para el fogón, que estaba en la cocina, un sitio cubierto y con paredes, pero sin chimenea. Apenas si se podía respirar o ver por el lagrimeo que me provocaba el humo. Vi cómo el agua, que sería parte de mi recibimiento, un chocolate caliente (nunca con leche al menos en la zona), salía a través de una media, sujeta con caucho al grifo. Para pasar la bebida sin trabar la garganta decidí ahuyentar la aprensión por lo menos preguntando por qué la usaban.

—¡Ah, la media de mi esposo! Para filtrar el agua pues. ¿No sabía que viene de los bebederos de las vacas desde allá arriba y trae cosas?

1 Cuerda, generalmente de material vegetal.

Después vino la arepa, siempre un acompañamiento con el tazón vaporeante. Dije que son ricas, pero otras veces las hacían gruesas y sosas. Y sobre todo, abundaban. Había que ponerle fin a lo tortuoso de comerla sin ganas. Entre penumbras no tuve dificultades para esconderla en el bolsillo de mi campera. Con la mano dentro la trituraba disimuladamente en el bolsillo de afuera, quedando como antes de amasar. Era cuestión de ganar espacio para la llegada de la próxima, que siendo negada con un gracias, igual recibía. Acostumbrándome la vista al humo noté que el nietito, en un rincón, miraba mis pecados con incredulidad. ¡Casi me muero! Allí había estado sin que contrastara en el entorno, con su ropa raída oscura. A punto el niño de gesticular algo a su abuela me apuré a decirle que me gustaba más así, mientras la sacaba de a puñados hacia mi boca en acción reversa, con pastitos, trozos de papel de caramelos y tantas cosas más minúsculas incluidas, y la comí.

Me decían ante mi condición de extranjero.

—Mire señor, si en Colombia muere alguien de manera violenta algo debe haber hecho.

El hijo mayor salió al patio, hizo pipí y volvió metiendo su mano directamente a la gran olla llena de leche, la cual cuajaba para preparar el queso del día. Me permití aprovechar el monólogo sobre política local para hojear unas páginas de un libro de visitantes para montañistas. Algún club de caminantes o escalada lo había dejado allí por ser un sitio de pernocte obligado de los que hacían cumbre. Concentrado en entender manuscritos escritos por manos ateridas de frío, volví a la realidad cuando el mismo señor que me hablaba me ofreció una taza repleta de leche. Tenía bastante nata, nunca había visto tanta y de ese color amarillito. Por su grosor no podía ser leche ordeñada del día. Me acomodé sobre unas pieles de oveja dispuestas alrededor del fogón, porque tal recibimiento seria lento de acabar. Seguí leyendo y en los últimos sorbos le escucho decir.

—Ah, está mirando lo que escribieron esos tres señores que pasaron hace dos domingos. Eran parecidos a su merced, pero desagradecidos, no quisieron el tazón de leche, si no era por usted hubiese tenido que botarla (sí, era la leche que yo tomaba y de allí la

torre de nata).

—El frío está muy berriondo[1] —agregó, y se fue a apartar los terneros.

Filosofaba sobre el tazón de leche y cómo no se descomponía, mientras lo escuchaba afuera por los alrededores dándole órdenes a sus terneros.

—Mova, mova![2] —azotándolos.

Entró una niñita (nunca entendí si hija o nieta), adorablemente simpática, buscándome, y comentó mientras me miraba consternada que su perrito se había "poposeado" en el tablado[3]. Con las manos repletas de melaza, a pesar de las chupadas de dedos esporádicas, todavía encuentro sus marcas en varias láminas ilustradas de mi guía para identificación de aves. Hija de tan ilustres padres campesinos de montaña, entendí la ira de su mamá dos días después, cuando llegué al anochecer. La misma niña luego me contó.

—Hoy mi papá me amarró a la mula para que aprendiera a montar. Hice todo el camino solita. Pero mi papá se quedó tomando[4]. Y mi mamá me desató cuando volví. ¡Y se enojó!

Yo sabía dónde había quedado su padre, era un bar a la vera del camino de tierra principal, cuesta abajo. Ese hombre a veces se ponía a conversar largo. Era común hallar su caballo ensillado, también adentro, sobre los tablones, porque "mientras se toma una copita de aguardiente no hay que perder de vista a la bestia". En estos casos, vistos seguido, a veces el responsable del bar pedía espacio y el jinete se lo llevaba reapareciendo con un lazo largo que va desenrollando. Así, si alguien se lo roba, se siente. Ese bar lo conocía, en él, sitio obligado de paso para todo el mundo, no sólo había venta de bebidas sino que además era un almacén, donde contrastaba la foto de una mujer ligera en ropas sobre

1 Por verraco. Empedernidamente fuerte.
2 Por mueva (caminen).
3 Por piso con tablas de madera.
4 Por emborracharse.

un calendario, con el poster del orejiamarillo y sus letras grandes.

SE BUSCA.

En ese bar me había tocado escuchar de un parroquiano entonado.

—Le machacaron la cabeza y la echaron a rodar por el barranco..., que verraquera.

—Sí, que verraquera —asentimos todos.

—¿Y? ¿Dónde tiene el pata de gallina, don Bernabé? —me preguntó un buen señor que conocía brindándome atención.

Había que contestar rápido para mantener el equilibrio de la conversación y el respeto que me había ganado en la comunidad; pero la verdad me desconcertó la pregunta. Esta vez no entendía. Imaginé que era una pregunta en doble sentido, de esas que tienen que ver con tomarme de punto amistosamente. Y quedé mudo.

—Eso que usted utiliza don, el '*bípode*' para el catalejo. Ayer lo vi con él en mi finca.

Fantástico, porque el trípode abierto le recordaba de una manera exagerada al pie de una gallina. Decidí no perderme en su plática con los demás, pero me costaba seguirlo.

—Oiga pues, se me ha acabado el "cuido"[1].

De pronto, entre otras cosas, según oía, el pueblito de Toche padecía meningitis desde hacía algún tiempo. Se me hacía raro que fuese tan grave enfermedad y mis síntomas, de los que ellos sospechaban, no eran esos; tal vez gripe por las tragadas de frío en mañanas heladas subiendo las cuestas acalorado.

—Para curar su "*mungalitis*" (por meningitis) —me dijo el dueño del local una vez— debe *provocarse* con unas pastas.

—¡Viejita!

—¿Si señor? —apareció su mujer para ver qué pasaba.

1 De 'cuidar' a los animales domésticos dándole alimentos balanceados.

—¡Gardenia, si eres tan amable, unas pastas para el personaje![1]

No tenía ánimos de almorzar pero ante tanto arroz y frijoles por meses eso de unas pastas sonaba bien. Me imaginaba con qué salsa vendría y qué tipo de fideos me servirían. Me invitaron pasar a la cocina y vi como vaciaban una gaseosa de lima[2] en una olla al fuego.

—Hasta que hierva —enfatizaron mirándome contentos.

Aparecieron con un tazón frente a mí, sin fideos o *spaghettis*. Solo me dijeron.

—Tómese estas pastas[3] su merced y bébase la lima tibiecita.

Las pastillas, no sé cuántas pero vi varios colores, se pegaban desteñidas a la mano sudada de la señora, pero las recibí. Nunca supe si eran desparasitarios, analgésicos, anticonceptivos o qué; al día siguiente amanecí perfecto.

Efectivamente. Conocía bien donde estaba mi anfitrión en aquella finca pegada alto al Tolima, justo en el borde con el páramo. Y sabía que se quedaba en ese bar por lo bien que lo pasaba, y ¡bue! el caballo de la niña no tenía otro sitio a donde volver y finalmente volvió, más allá de la madre que seguía protestando contra su marido, esperando a que llegara. Por las dudas, esa noche me fui a dormir temprano.

Modismos.

1 Por excéntrico, pero querido.
2 Sabor a lima (cítrico).
3 Pastillas (medicina).

CAPÍTULO 21

El viaje a Baritú precedió a otros. En uno de ellos partiría solo, para luego ser alcanzado por tres amigos, uno de ellos un eximio pintor de aves, otro un experto en ranas y sapos y finalmente una entusiasta conservacionista. Los tres no formaban parte del inventario de aves, pero trabajaríamos juntos. Planeé entrar por la parte meridional del parque, sin necesitar salir del país por Bolivia. Pero la entrada sur significaba contactar a Kostka, *el geólogo del machete*.

Me contaron, no sé si sea del todo así, que Dionisio Kostka vivía en la ciudad de Salta, se había casado con una señorita de muy buen nombre en aquella sociedad y su suegro, descontento, decidió que su hija no podía desposarse con un "sin tierra". Por lo tanto, según parece, le regalaron varios miles de hectáreas en una selva perdida de montañas inaccesibles. De eso se trataba la zona, montañas altas y bajas repletas de selva, la mayoría con una geografía tan caprichosa que en muchas partes las placas originales estaban en posición vertical con paredes de doscientos metros de roca desnuda. De las cumbres hacia el otro lado las laderas eran en cuarenta y cinco grados, repletas de selva. Y de robles. Dionisio sabía que esos robles le significaban una fortuna y durante toda su vida marital había vivido, en gran parte, de la madera. Según me contaba viajando por ruta desde Salta (capital) hacia sus tierras (cuatro horas), en un principio los cientos de kilómetros cuadrados aledaños a su propiedad pertenecían al estado. Como no quería infiltrados, a futuro, retirando madera cerca de sus pertenencias o inclusive dentro de su campo, llamó la atención de Parques Nacionales como para que pensaran en declarar la zona área protegida. Y lo había logrado (sea o no verdad lo antedicho), con el Parque Nacional Baritú resguardando sus espaldas en el límite Norte. Además, le pidió a la administración de Parques Nacionales una topadora *Caterpillar*[1], vieja pero efectiva, como para mantener abiertos algunos senderos de modo permanente. Él se encargaría de su mantenimiento y combustible. Un canje que algún

1 Marca muy difundida de máquinas topadoras.

funcionario estatal consideró pertinente, pero se convirtió en el modo de extraer y arrastrar los árboles que él cortaba utilizando los caminos de acceso que abría.

Era geólogo, de la Universidad de Ciencias Naturales de la ciudad de La Plata y sin ejercer la carrera había realizado la primera exportación de petróleo de Argentina a Bolivia. Me sonó a cuento, él contaba muchas historias de esas, pero de repente frenó abruptamente por el camino de cornisas debido a unas rocas no muy grandes que habían caído desde lo alto, luego de las lluvias. Ayudé a correrlas para poder pasar, no eran tan grandes ni tantas. Distraído en el esfuerzo, repentinamente me di cuenta que Dionisio no estaba en el volante. Lo descubrí caminando hacia un manchón negro en la pared de roca y tierra, se agachó y con el machete, siempre a mano en su cintura, raspó la pared. Regresó con el metal untado con un ungüento negro mezclado con polvo.

—Hace años, cuando no existía el camino largo por el que vinimos desde Aguas Blancas, en esta misma área dejaba una botella bajo el goteo del crudo por una semana. Luego, pagaba el cruce del río Bermejo en lanchón con la botella de petróleo llenita. Los bolivianos lo utilizaban como aceite para sus lámparas —se reía y me hacía chequear el producto ensuciándome los dedos y la punta de la lengua.

Por lo tanto, podían no ser cuentos sino verdaderas historias las que él me narraba, ya que en varios sitios había grietas de donde emanaba lento el crudo por presión.

Viajar con Dionisio era un evento, más allá de sus recitaciones de una hora, sin parar, en prosa española clásica (impresionante su memoria) o de sus conocimientos geográficos, al nombrar todas las capitales del planeta por continentes nación por nación. Se las sabía a todas.

Lo primero que vi en su finca fue la topadora amarilla abriendo una brecha en la selva dentro de su propiedad. Luego, asociado a los caminos incipientes, troncos apilados de robles enormes listos para la venta. Sin duda, la máquina de parques servía a su beneficio, aunque

técnicamente no ingresaba dentro de los límites del área protegida. Insisto, hasta aquí llegué con datos contados por él o por terceros, aplica entonces la frase *cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia*.

Ansioso por comenzar a realizar el inventario de aves en esta zona, me dejó con uno de sus peones, marchándose a Aguas Blancas. En tres días volvería con mis amigos. Disipado el ruido del motor, recién me acostumbraba a los otros sonidos, los de millones de insectos y varias especies de loros en aquel angosto valle. Saludé, ahora sí tranquilo, a Julio. Mediaba los cincuenta, aunque su pelo abundante no daba paso a las canas.

—El Dr. Dionisio me pidió que le permitiera acomodarse en la casa —me aclaró.

Pero mis intenciones eran otras; sin la presencia de Dionisio podía confesarlas y le señalé la carpa amarrada a la mochila.

—No, usted no puede acampar. Por el gato. Por las tardes "ese" se sienta a la sombra de aquel árbol ¿ve? Hay que tener cuidado.

Nótese que no lo nominaba por su nombre, por cábala.

—Estoy armado don Julio, esta vez basta de sustos. Tengo un pistolón Rexio calibre 16.

Así fue que fui convincente. Al poco rato crucé con la mochila por debajo de ese *Ficus* descomunal que él señaló y seguí el sendero hasta un arroyito. Lo remonté un buen trecho con cuidado de no resbalar en las piedras, hasta que hallé un terreno plano. Y acampé bajo árboles centenarios y sotobosque espeso en plena selva.

—¡Basta de historias de jaguares! —pensé y armé la carpa dentro de la selva tierra adentro.

No aconteció nada especial durante todo el día, durante el cual recorrí los alrededores, bien armado. La excepción fue encontrar una

garza-tigre, la *Tigrisoma fasciatum* y ya con eso me bastaba la felicidad para el resto del viaje, es decir, con esa observación ya daba por hecha la expedición. Ir armado tenía un riesgo, accidentarse con un disparo. La cartuchera que llevaba colgada del cinturón no era de las que cubrían todo el percutor/martillo y por estar andando en un sector con tantas ramas, me daba miedo que alguna se trabara generando la explosión; por lo tanto los cartuchos, unos cuatro, los llevaba en un bolsillo de mi chaleco a la altura del pecho. Al acercarme al campamento, en la arena del arroyo, descubrí pisadas del gato, del jaguar, sobre las huellas mías del mediodía. Inequívocas, anchas como una mano humana cerrada, sin la marca de las uñas típica de los perros, solo las almohadillas correspondientes al centro y la de los cinco dedos al costado y adelante. ¡Horrible! Tenía un pistolón de un caño y me valdría de él si fuese necesario. Es impresionante la seguridad que daba poder defenderme efectivamente en un caso de ataque, por lo tanto, si bien sabía que era muy remota la posibilidad de algo así y que todo el mundo exageraba con eso del tigre come hombres, me quedé en el lugar de lo más tranquilo, mientras duró el día. O debo decir, aparentemente tranquilo, hasta caer la noche.

No es fácil acampar en los bosques húmedos, la nuboselva. Mi única experiencia había sido con Renato aquella vez en el centro del Parque, pero ahora tenía una carpa iglú. Comí rápido apenas con penumbra y me invadió la angustia.

—Ese animal anda cerca, no tiene sentido pasar la noche acá. Don Julio tenía razón.

Pero ya no había marcha atrás y me encerré en la carpa. Lidié una hora con la condensación y las polillas. Las gotitas de agua pegadas al techo se desprendían sobre mi cara cuando los insectos reventaban sus alas contra la tela semi transparente, desesperados por llegar a la luz interior de la carpa. Decidí no leer ni escribir por no mojar el papel; los datos de la garza-tigre los completaría al otro día. Así que apagué la luz y se terminó el problema. La verdad, mí última noche había sido en un ómnibus desde Buenos Aires, a la madrugada me había encontrado en Salta con Dionisio para agregar cuatrocientos kilómetros a mi viaje y por la tarde quedé debilitado por el calor y la caminata. Estaba cansado

y además, asustado. Apenas me recosté, oía todo, hasta el más mínimo vuelo de insecto afuera; decidí acariciar el pistolón y dormir con media oreja despierta (dormitar), pero caí muerto justo cuando luchaba, casi en sueños, para despertarme y cargar el arma, a la que tanto respeto tenía y siempre llevaba separada de la pólvora. Y me ausenté, quedé profundamente dormido.

No sé cuánto habrá pasado, pero en plena quietud de la noche de golpe la oscuridad fue más tranquila, no sonaba ni el grillo, ni la rana, ni la lechuza.

El gruñido más gutural, bajo y cavernoso que sentí en mi vida provenía de unos diez metros de distancia, según calculo. Muchas veces quise imitar ese sonido al narrarlo, pero no hay forma de hacerlo tan profundo, tan espeluznante. Las piernas, sin haberles dado ninguna orden se me hicieron una bolita y con cuidado manoteé el pistolón, tanteé el chaleco a la altura del bolsillo y tenso pensaba a mil.

—Lo asusto disparando al aire como hace Renato. Dos o tres disparos. Debo abrir bastante la puerta para no incendiar el plástico ni romperlo. ¡Son dos cierres, idiota! Harán ruido al abrirlo. ¡Apurate Bernabé, apurate!

Y cuando saco el estuche de plástico donde estaban los cartuchos en mi chaleco…

—¡No están! No están! ¡Imbécil, no están! ¡¡¡Nunca los puse!!! ¡La caja entera está en Buenos Aires! ¡Malditas sean mis precauciones! ¡Imbécil! ¡Imbécil!

Mi mente estallaba y hasta me dio la sensación que el bicho me escuchaba. En ese preciso instante disparé un torrente de adrenalina y la espalda se me erizó atávicamente. Manoteaba el suelo desesperado tratando de prender la luz de la linterna aunque sea, pero no la encontraba, todo era oscuro y él estaba afuera, o lo que es peor, no había adentro, yo también estaba afuera, una carpa no era protección.

Y así fue mi noche, nunca más lo escuché, ni oí otra cosa.

Cuando prendí la linterna, cientos de gotas se formaban en la bóveda de la carpa; enseguida llamé la atención de las polillas y comenzaron a hacer ruido sus alas contra el techo de nuevo. Aterrado la apagué. Y esperé a que clareara. Con el tiempo los grillos y ranas cantaban. Escuché algún ratón correr. Ya no estaba.

Primero fue un tucán, luego aves del dosel y las sacudidas de plumas de las pavas de monte contra sus patas con ruido de motor. Hubo luz y me animé a asomar la cabeza. Miré alrededor lento y con mucho cuidado como un periscopio; no estaba y salí. Rápidamente desarmé la carpa como podía, metiendo todo desordenado en la mochila. Una vez listo me cercioré que no quedara nada y salí con cautela hacia el arroyito.

Me invadió el miedo, todavía más. Había decenas de pisadas, todas nuevas y muchas más que el día anterior, sobre mis marcas. Llegué a la casa y don Julio escuchó mi historia. No dijo nada. Me permitió acampar en la casa de al lado, dentro de la cual, además, armé la carpa. Y trabé las ventanas. Cuando hube terminado reapareció don Julio. Había estado en mi sitio de acampe para estudiar mi historia. Me miró y me dijo serio.

—El gato lo ha visitado.

Nunca más cargué con un arma. Lo del olvido de los cartuchos recién lo cuento ahora. Lecciones de la vida.

Pasaron dos días. Mi euforia superaba la alegría, no veía el momento que llegaran mis amigos para descargarme y poder contar las buenas nuevas, a un par y colega, pues a don Julio le daba lo mismo y debía contenerme.

Comíamos tarde, bien entrada la noche y se sintió pasar una camioneta por al lado de la casa, lo cual estaba prohibido en la propiedad porque el camino no llevaba a otra parte más que al río Pescado, siempre dentro del campo de Dionisio y la única vivienda en la región era la nuestra. Don Julio, lento, se asomó para ver, pero ya era tarde y no vio quién pasó.

—Cazadores —murmuró.
—¿Los va a detener?
—¿Con qué? No tengo auto.

Antes de media noche se escucharon disparos de grueso calibre. Y a la madrugada, de la misma manera, pasaron otra vez de regreso, esta vez riendo y con música.

A media mañana apareció Dionisio con toda la tropa. Se maravillaron al ver tantos libros en mi "bunker" y se sorprendieron por todo lo que les contaba. Don Julio les corroboró lo que no me creían, contándoles sobre el jaguareté. Pero el punto era que por segunda vez visitaba el Baritú y nuevamente hallaba otra especie de ave nueva para el país.

—¡Registré un Ticotico perlado! ¡Un *Margarornis*! Si seguimos así se seguirá cumpliendo el listado.
—¿Cuál listado?
—El de las diez especies bolivianas de yunga que no llegan sino hasta cerca de la Argentina, nunca antes vistas en nuestro territorio.

Pasado un rato y listos para visitar con Dionisio el río Pescado, le contamos con Julio lo de los disparos.

—¿Pero ya se fueron?
—Si, a la madrugada.
—Gendarmes o militares —nos dijo—, lo sé, suelen venir.

Iniciada la recorrida, yendo en la parte de atrás, en la caja de la camioneta para ver mejor, avanzábamos lentamente por el sinuoso camino de montaña. Un tapir enorme, un adulto, corrió frente nuestro sin querer escapar por la selva, pero obligado por nuestro acercamiento se tiró barranca abajo con gran ruido. Nos detuvimos eufóricos por la observación, tan rara de día además, perdiéndose el animal entre la espesura y rápidamente, como si nunca hubiese estado allí. A la siguiente vuelta del camino encontramos otro, su pareja, este era el macho, gris y rojo, muerto, cazado, comido, semicuereado. Carne allá, carne ahí, los restos de una fogata y cajas de vino vacías. Todo eso había sido en

medio del camino, mientras nosotros dormíamos.

—¿Han matado un animal del peso de una mula sólo para comerle una pata? —comentaba impotente pero aceptando la realidad y miseria del hombre.

—Lo que está mal es que lo hayan matado —me recriminaron—, no si se lo comieron todo o no.

—En todo caso las dos cosas están mal —agregó Dionisio.

—Y está mal que lo dejemos tirado, desperdiciado —dijo alguien más, y ese era don Julio—, pero no tengo un cuchillo.

—Yo tengo uno don Julio, ¿qué piensa usted hacer? —le comenté mientras buscaba en la mochila.

—Si no les parece mal, quiero aprovechar la carne.

Todos nos quedamos en silencio, sintiendo a la hembra cerca, ella percibiendo al hombre, su enemigo, nosotros. La bestia, mitad chancho, mitad caballo, mitad mula, mitad rinoceronte, era ultrajada una vez más; esta vez no por los culpables, pero eso parecíamos por pertenecer a nuestra especie. Sin necesidad. ¿Para qué matarlo? ¿Por el hecho de cazar? ¿De hacer un fueguito con compinches, comiendo solo el cuarto? ¿Para volver con una anécdota de cacería entre los suyos, parecida a la de todas las generaciones que nos hicieron hombre, desde el primitivo hasta el que usa un arma de última generación? De haberse llevado el animal esa gente, para que llegue a platos de familias carenciadas, podría tener un poco más de sentido. Pero escucharlos a ellos pasar riendo, ver ahora el tapir inerte, sacudido flácidamente al vaivén de mi cuchillo en manos de don Julio… no parecía tener justificación. Y de allí nuestro silencio.

Se sometió a consideración pensar en una denuncia, negándose la posibilidad de una investigación por no meterse la policía ni jueces con los uniformes verdes. Por otro lado a mí no me constaba que fueran gendarmes o militares; a Julio y Dionisio, fehacientemente, tampoco.

—¿Este acero que tiene? —dijo serio don Julio.

—¿Por qué dice eso don Julio? —murmuré.

—Porque más se calienta, más se afila.

—Debe ser por tratarse de un *Puma*[1], de los de antes —respondí.

1 Marca prestigiosa alemana de cuchillos.

—Se lo compro.

—No está en venta, don Julio, no está en venta… —suspiré, inmerso en mis pensamientos.

Me lo devolvió cubierto de sangre y no lo utilizaría más por asociarlo a esos recuerdos. Ahora es propiedad de mi padre, luego de regalárselo (una historia más de la que él se entera recién ahora). Recuerdos que se suman al comer aquella carne, asada o como charqui[1], durante varios días. La bala y perdigones que fulminaron al animal nos las sacamos de nuestras bocas al masticar, varias veces.

Desde ese día, tapir, formás parte de mí y no bajaré los brazos en tu memoria o en la de tantos otros abatidos, animales o árboles; en pos de ecosistemas enteros, trabajando por la conservación de ustedes y la nuestra en definitiva, con *inteligencia* y *respeto,* como lo he hecho hasta ahora. Este es mi civilizado grito de guerra.

Baritú II y una promesa.

1 Cecina (carne seca al sol y al viento).

CAPÍTULO 22

Estaba marcando palmas de cera, las famosas *Ceroxylon quindiuense*, como estudio adicional para conocer más sobre la ecología de los orejiamarillos. Por cada planta seleccionada retiraba todas las hojas secas que existían en un radio de veinte metros, ¡no viene al caso explicar para qué! y luego colocaba una cinta ancha plástica de color rosa flúor alrededor del tronco a la altura del pecho, un modo de hallar de lejos el sitio entre tantas, más allá de la posición del GPS (sistema de posicionamiento global por satélites). Con tinta indeleble de color negro y trazo ancho escribía números sobre esas bandas, correspondiendo a un código que llevaba en planillas elaboradas a pulso en mis libretas de campo. En esas andaba por la tarde, bajo el sol, sin viento y en calma total, observando de tanto en tanto el volcán Machín, cercano al del Tolima, pero en miniatura. Últimamente había atraído la atención de varios geólogos por su inusitada actividad. Sus fumarolas achicharraban con vapor hirviente el bosque contiguo a ellas y podían ser vistas desde lejos elevando sus columnas blancas brumosas, a veces con cierta intensidad. Según contaban los lugareños, en algunas ocasiones podían "*bujar*"[1], pero en realidad no tenían apariencia amenazante. Algunos expertos que me había encontrado días atrás, luego de asustarse al verme con binoculares y sombrero creyéndome guerrillero, me aseguraron que su aspecto de inocente y tamaño tan reducido no lo hace menos fatal, de hecho el valle de Toche en gran medida había sido formado por su explosión cientos de miles de años atrás. Y ahora estaba romo, con arboledas hasta la cima, y una ladera "humeante" donde se contaba que las aguas termales servían para cocinar huevos. ¡Yo nunca fui!

Con esos pensamientos en mente jadeaba para llegar a la última finca, trepando un sector alto del valle. De acuerdo a la costumbre, casi un rito diría, me ofrecieron un tazón de leche recién ordeñada que no quería, y que ya había aceptado en las dos últimas fincas por las que había pasado. Cuando me disponía a tomarla porque estaba "negado

1 Por tronar.

negarla" me salvó de beberla un movimiento sísmico. La tierra comenzó a tambalearse, la leche se cayó al suelo y con toda la familia disparamos de la casa de adobe y techos de cinc a una lomada donde nada nos podía caer sobre la cabeza. Las maderas y el metal rechinaban, el revoque y pintura blanca caían al piso, que se movía. Enseguida se oyeron caer grandes rocas por los despeñaderos más altos en los alrededores y la anfitriona lloraba nerviosa abrazada a dos hijos que la consolaban. Los hombres decían haberlo sentido venir. A mí me liberó del deber de tomar el tazón, así dicho a la ligera, porque en Quito a veces pasaba. Sucedía una vez al mes o en un semestre, pero cada tanto el suelo se movía recordando siempre las palabras de mi queridísimo "tío Carlos Lanús, abogado" *vivir en la montaña simplemente es un acto de irresponsabilidad civil*. Los irresponsables en realidad eran los hermanos de una muy amiga de un amigo inglés, que una noche de cumpleaños, nos quisieron engañar luego de un cimbronazo de uno o dos segundos, moviendo la pesada araña de madera que colgaba en el comedor, sugiriendo que corriéramos porque era un terremoto. También había vivido el terremoto de Bahía de Caraquez, estando en Guayaquil con mi amigo Miguel, en su oficina, día en el cual fui el único que corría para abajo por las escaleras mientras todos los empleados lo hacían tranquilamente caminando, para consternación de su presidente, que me excusó por ser compatriota y de las pampas argentinas (?).

Por lo tanto partí cuesta arriba, hacia otras palmeras, dándome la impresión que el Machín podía ser peligroso, inclusive responsable de semejante sacudida, pero a la vista parecía tranquilo, soplando despacio el "humo blanco" sin novedad.

Cuando marcaba un número en una nueva palma, un trueno de frecuencia muy baja en pleno cielo azul vino hacia mí a tanta velocidad que ni siquiera me permitió reaccionar. De repente la tierra se estremeció nuevamente pero esta vez fue feroz. Las hojas de las palmas se zarandearon de cinco a siete segundos produciendo un sonido parecido a cuando hay viento. De inmediato… quietud. Abrazado al tronco por miedo a perder el equilibrio, nuevamente se sintieron caer rocas en el desfiladero de enfrente, muchas más, y varios chulos[1], antes

1 Aves carroñeras con aspecto de rapaces, también conocidas como jotes o buitres.

posados en las palmas, volaban por el susto dando círculos sobre mí. El número cinco que acababa de dibujar no se podía reconocer como tal y el marcador negro yacía en el suelo.

No podía ser el volcán Machín el responsable, él seguía con las fumarolas tranquilas. Volví velozmente a la casa del tazón de leche y me quedé boquiabierto al notar que allá lejos, en lo profundo del valle ¡la torre de la iglesia de Toche estaba totalmente rajada! La familia ya escuchaba la radio reunida afuera, por las dudas.

—Un terremoto en Armenia y Pereira… —me dijeron.

Cuesta abajo me lancé hacia el pueblito, hallando el único teléfono sin funcionar.

—No funciona ¿y ahora qué?

Mi angustia incipiente por el destino de tantos conocidos en Salento, tan cerca de Armenia, ya era realidad. Tenía temor que mi casa alquilada estuviese en escombros. Pensé en muertes de amigos, ladrones aprovechando la ocasión.

—¿Alguna noticia más en la radio?

—No se sabe nada, las estaciones de Armenia no funcionan —y me hacían escuchar la frecuencia blanca parecida a los canales de televisión cuando cortaban la transmisión.

—¿Qué radios están transmitiendo, sólo las de Cali, Medellín y Bogotá?

—Por ahora sí y una de Manizales; ahí están bien.

—¿Dicen algo sobre Salento?

—No dicen nada, nadie sabe nada.

—¡Me voy caminando a Salento!

—No haga eso, es un día de camino y pronto será de noche.

Me convencieron y pasé la noche en Toche. No fue agradable, porque hubo una réplica[1], durante la cual salimos corriendo a la calle,

1 Temblores posteriores a los terremotos.

en mi caso con medio pantalón puesto, para finalmente terminar saludando a otros en las mismas. La reacción de la poca gente que había en Toche era la misma que la mía, no ir a descansar hasta pasados los largos comentarios post estrés.

Toche había quedado aislada. Su carretera de acceso de ambos lados estaba acabada, repleta de restos de derrumbes. Por otro lado mi partida debía ser controlada. Cada paso que daba se me vigilaba. Hacía varios días se habían escuchado disparos en las laderas, muy lejos. En la montaña, más con selva, no se puede saber bien su procedencia, porque el ruido se propaga diferente, a veces rebota dos o tres veces, por el eco, y la situación había movilizado al pueblo. Quien yo creía ciudadano pacífico, había resultado ser muchacho[1], viendo a dos partir a caballo de urgencia laderas arriba llevando armas largas tapadas por una roana de lana (poncho) cruzada sobre sus piernas. El hermano de *fulana*, el tío de *este otro* que yo conocía, salían a lo incierto mientras quedaban caras de mujeres angustiadas y los ceños adustos de los más viejos sin poder hacer nada más que esperar. Me arrepentí de ver lo que no tenía que ver y seguí en lo mío como si nada hubiera sucedido, acostándome aterrado de que el ejército descendiera en combate hallándome en un pueblito guerrillero, durmiendo. ¿Cómo lo explicaría? Otra réplica me sacó de mis pensamientos y estaba decidido.

—Mañana parto, quieran o no.

Al amanecer me sentí aturdido. Decenas de personas transitaban por el caserío normalmente solitario, pensando igual que yo: ir a pie a Salento. Todos tenían un familiar, un conocido u otros intereses en los alrededores y querían saber qué había sucedido. Es notable como nuestra sociedad es una red y de estática no tiene nada. La incomunicación era general, la información difícil de conseguir. Por radio AM (de amplitud modulada) anunciaban como zona de desastre a Armenia, pero no eran mencionados los pueblitos periféricos, tal vez más afectados sin ser noticia, por la dificultad de los periodistas en acceder ante el estado de los caminos; o por acción directa de los retenes que ya comenzaban a poner las fuerzas vivas del país, como el ejército, bomberos o defensa

1 Por guerrillero.

civil. Con varios más caminamos diez horas sin parar ni comer, desde los dos mil metros sobre el nivel del mar hasta los tres mil cuatrocientos, cruzando la divisoria de los Andes centrales de Colombia para alcanzar Salento, al otro lado. En cincuenta kilómetros contamos sesenta derrumbes que evitaban el paso de cualquier vehículo. Los montones de tierra marrón oscura, siempre con piedras, llegaban a tapar el ancho total del camino de cornisa.

Al atardecer, con los pies adoloridos por las llagas, vi a Salento maltrecha, desde lo alto del camino, antes de llegar. La torre de la iglesia estaba para caerse por haber perdido sus flancos, viéndose el paisaje a través. Decenas de casas habían perdido sus techos de tejas. Salento la bonita, ahora era un desastre. Caminé por el centro de sus calles para evitar las caídas rezagadas de tejas enclenques. Mi casa no pasaba de unas grietas sin importancia en la pared y libros tumbados en el suelo. Un vino tinto, Casillero del Diablo, que tenía reservado por si me visitaba Niels, había manchado el piso con vidrios esparcidos al caer. No me había pasado nada. A mí. A otros y muchos, sí. Sin energía eléctrica, ni teléfono ni agua, me deshice del cansancio de un día bañándome con el agua del depósito del inodoro, procurando guardar algo para tomar. Los días felices en esa ciudad se marcharon de un día a otro. Tardaríamos en volver a sonreír y caí exhausto, luego de enterarme que ningún conocido mío había muerto.

Necesitaba descansar, dormir, olvidar por un rato.

En Armenia la mitad de la ciudad, con más de 120.000 habitantes, había desaparecido. Según contaban, edificios de hasta ocho pisos se habían desmoronado y algunas manzanas, por entero. El radio de muerte alcanzó hasta muy cerca de donde me encontraba, matando a la maestra después de salvada, por entrar a ver que quedaba de la escuelita cayéndosele una viga y aplastándola.

Con cojera, aparecí ante la alcaldía del pueblo temprano y me ofrecí como voluntario. Con los ojos llorosos, era inevitable compadecerse de todas esas personas que venían a pedir ayuda. Querían plásticos para evitar que la lluvia escurriera por techos calamitosos, ropas con que abrigarse y alimentos. Me sorprendió el orden impecable

impuesto por el alcalde y la policía con el sargento Hernández a la cabeza. Ayudé en lo que pude, transitando en *jeeps* cargados de alimentos las veredas[1] más necesitadas. Se hicieron inventarios sobre cuales familias presentaban situaciones de urgencia, con un arquitecto que catalogaba las condiciones de las casas y si se podía seguir viviendo en ellas. Al final del día, compungido, no pude rechazar una de las últimas tazas de chocolate que me ofrecía una familia numerosa de niños descalzos. Al menos podrían dormir seguros en sus aposentos de siempre, pues la casa había resistido. Con tanto chocolate tomado, de verdad casi enfermo, me dirigí hacia la parte posterior del patio. Ya que comenzaba a hacerse oscuro por terminar el día, se me ocurrió botar el chocolate sin ser visto, justo en la pileta del lavabo. Pero hacerlo cuando los alimentos comenzaban a escasear y ante tanta pobreza, no. No me daba la valentía como para actuar tan insensible a la situación. Con dudas, me acerque a donde corría agua natural y haciendo una mirada de soslayo por si alguien me observaba, quedé en el dilema y la tensión si debía o no hacerlo. Tan negro y tan quietecito, sin haber sido visto, un perro percibió mi malicia, por el olfato supongo y desde donde estaba escondido estalló en ladridos histéricos. Chocolate al piso, goteando algo desde el techo también y la disyuntiva resuelta recogiendo el tazón quebrado.

Tanta era la ansiedad que provocaban las réplicas en los días que siguieron, que muchos amigos se reunían para dormir juntos en la casa de uno o del otro, tomando ron, pasándolo mejor acompañados. Caras tristes que me azotan hoy en día al rememorarlas. Porque no es fácil oír sucesos de amigos que se salvaron en Armenia, pero con muertos a su alrededor. O que entre el polvo inmenso de un edificio de cinco pisos venido abajo, una señora escape como un fantasma y pregunte incrédula a alguien si su niño decapitado en brazos todavía vive (eso le preguntó a Jonathan, de quién luego hablaré). Mientras, la radiodifusora más conocida de Colombia suspendió toda su programación habitual, incluida la publicidad y durante las veinticuatro horas sólo se utilizaba para pasar mensajes de la zona afectada, repetidos dos o tres veces por día.

La familia Aguirre, de Salento, avisa a sus familiares de Cali

1 Subdivisión política de un municipio o partido.

que están bien, no necesitan más. María Bedoya, de Manizales, pide que su hermana de Armenia se comunique con ella. Horacio Gutiérrez pide a su hijo Horacio que se quede en el saladero.

En el supermercado comenzaron a escasear las mercaderías de primer orden, velas, fósforos, agua mineral, fideos, arroz, fríjoles, etc., no solo por la falta de energía y falta de aprovisionamiento por el estado de los caminos, sino porque la población de Armenia, sin supermercados directamente, se abastecía de los pueblos periféricos como en el que yo estaba. Por lo tanto, se corrió el rumor de boca en boca que nos estábamos quedando sin alimentos por "culpa" de los que venían de afuera. No me exceptué y fui directo al almacén más grande que quedaba a media cuadra, a aprovisionarme de comida para una o más semanas por las dudas. Me impresionó llegar y encontrar los estantes prácticamente vacíos. La situación era seria. Opté por comprar otros alimentos no tan consumidos, como por ejemplo duraznos en conserva u otras cosas que allí eran consideradas exquisiteces y por más caras, todavía no se las habían llevado. Cuando estaba saliendo de una panadería, donde me acababan de avisar que ya no había harina en el pueblo y que no tenían pan, me llamaron unos amigos.

—Bernabé, lo estábamos buscando.
—¿*Quiubo*[1]? (ya se me estaba pegando el modismo).
—Escuchamos su nombre en la radio.
—¿Radio Caracol?
—Tal vez.
—¿Qué escucharon?
—No supimos bien, porque el mensaje era corto.
—¿Qué decía?
—Algo así como "Bernabé López-Lanús, que se comunique".
—¿Nada más?
—Nada.
—¿No decía quién?
Silencio.
—¡Ese es mi papá con mamá! —y me reí—, no puede haber alguien más que sin dar el nombre supusiera que en mis oídos no era

1 Un saludo, derivado de "qué hubo" en reemplazo del hola, o el cómo estás.

él el que me buscaba. Pero no tenía manera de llamarlos, sin mail, sin teléfono todavía, menos correo.

De pronto, lo tragicómico.

Todos conocíamos a un labrador dorado de una vecina amiga, el cual como buen representante de su raza y glotonería, iba a diario a la panadería donde estábamos, más o menos a la misma hora, a pedir limosna. Salió el dueño y se topó con el perro que lo miraba esperando. Lo escuchamos decir hablando a solas.

> —¿No sabe perro que hubo un terremoto? —y así todo entró al local y reapareció con una galleta dura y no un pancito fresco, que le colocó frente a la nariz—. Cójalo o váyase.

El pueblo recibía ayuda internacional. Pero muchos alimentos importados fueron rechazados por los campesinos al no conocer la manera de utilizarlos o no los apetecían por su aroma y sabor foráneo. Puedo decir que fui damnificado por el terremoto con varios frascos de un dólar con setenta y cinco centavos (tenían el precio) repletos de *mantequilla de maní,* un alimento que ni soñando se consigue en toda Sudamérica.

Una de las personas que más se destacó por su ayuda, en gran medida por permanecer en el aeropuerto de Armenia recibiendo los vuelos de la Cruz Roja y haciendo de intérprete con las comitivas internacionales, fue Jonathan Smith. Muchos lo conocíamos por tantas veces que nos invitaba a su casa recibiéndonos, a mí y a biólogos de Bogotá. Empezamos a reunirnos con él para ponernos al día de las nuevas noticias que no pasaban todavía por radio o televisión, recién traídas de Armenia. Pero cuando llegamos, esta vez lo encontramos muy alterado.

—¿Qué pasó?

—¡No saben lo que les tengo que contar! —exclamó, siempre bonachón junto a su pareja que lo abrazaba serio. Su amigo.

—¿Pero qué paso?

—Logré que mamá no me viniera a visitar por primera vez

desde que vivo aquí, ya estaba en Atlanta y la paré a tiempo.

—Nunca nos hablaste de tu madre.

—Se me enojó… Pero le dije que no sumaba una persona más en el aeropuerto con el caos que hay.

—¿Cuál es el problema? ¿No viene, no?

—Es que tuvo que devolver su pasaje y no se lo aceptan.

—¿Por qué no? Lo cambia para una fecha más adelante y todos felices.

—¡Sí, pero no es así, Bernabé! Hace siete años que vivo en Colombia pero mamá sacó un pasaje por Aeroflot vía Moscú, no le sirve, siempre pensó que le escribía desde la otra Armenia, la que está sobre Turquía. ¿No es increíble?

Y lloró por lo que acababa de contar, en realidad sumado a lo que vivía a diario en el sitio del terremoto, resignado a lo que veía en los hospitales de campaña y por lo que sintió en una ciudad de escombros, en el mismo instante en que se derrumbó. Por eso lloraba, como tantos otros.

Armenia.

CAPÍTULO 23

Una mastozoóloga asociada a la administración de Parques Nacionales no tuvo tapujos para criticar mi actitud. Casada con Juan Carlos, un amigo que en esos años era el director de la región Noreste de los Parques Nacionales de la Argentina, conocía los pormenores. Acusaba mi desidia respecto a mi negativa en la elaboración de un libro sobre la avifauna del Baritú. ¡Y hablaba por los dos, ni ella ni Juan Carlos habían entendido mi comportamiento jamás!

—¡Porque esos viajes que hiciste los financiaste de tu bolsillo! —decía al volante mientras atravesábamos a ciento veinte kilómetros por hora caminos de tierra en el chaco húmedo, cerca de Laguna Blanca, en Formosa—. ¡Hiciste tres! ¡Más que nosotros! —agregaba.

Aclaro que la cabina y media de la flamante camioneta blanca recién salida al mercado había sido comprada canjeando en San Isidro no sé cómo todos sus regalos de casamiento por el vehículo.

—¡Y en la expedición que organizamos oficialmente no aceptaste venir, ni te comunicaste! —se indignó mientras con un pozo más perdía su bolsa de dormir de *duvet*, mal agarrada en la parte de atrás del vehículo, situación comprobada cuando llegamos a destino sin cambiar de conversación.

Sofía tiene la particularidad del empuje permanente en el quehacer de la vida y yo también. Cuando me informé cabalmente de esta situación a mis espaldas, luego del monólogo pude responderle mientras bajábamos el equipaje.

—¿A quién le pasaste el aviso de que preparabas un inventario en el Baritú? —pregunté.

—Al vocero de la Asociación ante el comité del acuerdo que tenemos entre Parques y la Asociación.

—-¡¿Agustín?! —exclamé.

Fue grande la decepción. Agustín había omitido hablar conmigo

y una vez más tenía un traspié con él.

—¿Pero qué te dijo? ¿No te avisó? ¿No te pasó nuestro mensaje? —me preguntaba Sofía ya sorprendida.

—No a tiempo. Una estrategia vieja como el mundo por lo que veo. Me acuerdo que me dijo le había ido muy bien en Baritú ¡y me sorprendió! Me disgustó cuando agregó que el comité no me necesitaba porque "*yo vivía ocupado en otras cosas*". Y la verdad, no me gusta trabajar con gente así.

—"Esa gente así", ¿soy yo? ¿Somos nosotros? (refiriéndose a Juan Carlos).

—Recién ahora veo que ustedes no.

—Hagamos así. Estás en este Parque Nacional por sus aves, por su estudio, por el conocimiento que necesita nuestra institución, de saber qué tenemos en nuestras reservas. Te necesitamos. ¿Podés escribirnos un libro sobre las aves del Pilcomayo?

—Dalo por hecho.

Y lo pactamos con un apretón de manos.

El Baritú, hasta la fecha, continúa bajo la influencia de aquel asistente, por lo visto siempre interesado en ese sitio y de allí que me quería lejos de él desde un principio. Una manera de ocupar un nicho sin ocuparlo, con promesas de "haré", porque la monografía de Baritú jamás salió. De expertos con este perfil está lleno en nuestros países del Neotrópico o debo suponer que es condición inherente a la especie humana. Mi *carrera* no académica no sólo era codo a codo desde el principio; al mismo tiempo no era limpia.

Este viaje había comenzado diferente, más largo que otros tantos plasmados en cientos de páginas de libretas de anotaciones. Se iniciaba con la entrega de un departamento rentado en Buenos Aires para mudarme a otro. Algunas cosas no valía la pena llevármelas por ya tenerlas donde iba, en particular la heladera[1] que había formado parte de mi vida durante el último año y medio sin funcionar. Tenía que deshacerme de ella y ese era un dilema. No es fácil tirar algo así, ni siquiera recurriendo a los viernes, el día donde en Buenos Aires, en

1 Refrigeradora o nevera.

aquellos años, los vecinos eran libres de sacar a las veredas aquello de la casa que no sirviera. Los estudiantes aprovechan esta oportunidad obteniendo alguna silla vieja, un sofá pequeño, botellas de Coca-Cola vacías y así con otras cosas. Si no, lo recogían los cirujas de la calle, atentos a este día en busca de cualquier metal, vidrio o papel; y en última instancia, la gente del camión de recolección de residuos. Pero no con una heladera de ese tamaño, menos en la calle Quintana angosta de mi pituca[1] Recoleta[2]. No podía elegir la opción salvaje de Edgardo, un amigo. Su método, que una vez nos contó mientras lo mirábamos incrédulos, tenía que ver con que en su casa recibieron un aparato de éstos nuevo y el viejo, por no poder regalarlo, venderlo o lo que sea, fue subido a la camioneta de su padre. Su táctica, sin que supieran en su familia, fue la de alejarse a otra zona de la ciudad y en cualquier calle solitaria de Buenos Aires, por la tarde, cometer la siguiente fechoría: bajó la tapa de seguridad en la parte de atrás y puso la heladera cerca del borde, aceleró chirriando las ruedas y por gravedad el problema quedó resuelto. Quedó una gran estructura blanca haciendo estruendo contra el suelo, al borde de una vereda. Manejó rápido hasta perderse de un giro en la próxima esquina. El problema ya no era suyo sino del vecino asustado, quien se asomó atónito para ver qué ruido fue ese; ahora le tocaba a otro planear qué haría con el trasto de regalo, ya no era de su incumbencia. Puedo asegurar, que a Edgardo lo seguimos mirando en silencio un buen rato después de terminar su historia. Otra opción era devolvérsela a mi padre. Pero el problema era explicarle que no me servía. Repararla era casi tan caro como comprar una nueva, eso se decía. Tal vez, el portero del edificio la recibiera.

—¿Y, Eduardo?

—Y, no sé, ¿vos decís que puede ser el enchufe?

—Seguramente.

—¿No será que anda mal el motor?

—Y… puede ser, también.

—¿El trato es que si es el motor me jodo y es mi problema hacerla desaparecer y que si es el enchufe me la quedo yo?

—Sí, porque ya me voy, y no tenés tiempo para arrepentirte.

1 Femenino de ‘pituco’: arreglado y prolijo.

2 Barrio de la ciudad de Buenos Aires.

Dudando, aceptó el presente con algunas protestas. Su plan era el de hacerse de cubitos helados en esos días calurosos de verano, mientras trabajaba en el edificio, llevándola al sótano.

En dos horas de mudanza, mientras algunos peones cargaban una gran biblioteca en el camión, ayudé a Eduardo a deshacerme de la porquería inservible. Llegamos hasta abajo por escaleras y la vi por última vez.

Unos cuarenta minutos después apareció con vasos de agua helada y su cara radiante.

—Pero, ¿de dónde sacaste agua fresca Eduardo?

—¿Vos me la regalaste no?

—Toda tuya —dije preocupado de que me la devuelva, viendo que el camión de mudanzas todavía estaba ahí.

Con una sonrisa fruncida e incómoda me anunció que mi regalo funcionaba perfectamente, sólo la había conectado y arrancó.

—¿Querés decir que andaba mal mi enchufe en la pared?

—Exactamente —y se rió.

Así era yo, un colgado; no me refiero a regalar una heladera excelente, sino a haber estado año y medio sin usarla. Pero también era un jugado y a donde me iba, no podía llevarme agua fresca. Ya mi mente casi estaba de viaje. Unos arreglos más con mi trabajo haciendo sociedades, una dosis de paciencia extra exprimida al queridísimo Carlos y su estudio R. y C. Lanús, y la ruta libre el Noreste argentino estuvo asegurada.

Partí cavilando sobre mi alergia a la mordedura de las garrapatas, justo por dirigirme a la nación de los ácaros, el monte y la sabana chaqueña. Pero no iba directo, antes pasaría por la oficina de parques nacionales en Puerto Iguazú, provincia de Misiones. El tren era una buena opción de transporte y parecía divertido hacer así el trayecto, pues quería ver de pasada el paisaje de los pastizales al Norte de Monte Caseros, Corrientes, y Apóstoles, al sur de Misiones. Doce horas en

micro[1]; día y medio a dos por los rieles. Así de pésimo es el sistema ferroviario en mi país. En esos viajes en tren, entre leer y mirar, ¿qué se hace? ¡Comer! A la mitad del recorrido había terminado con todas mis provisiones. Eterno, con paradas injustificadas. Me fui al vagón comedor. Esperaba encontrar cierto *glamour*, por lo que me describieron alguna vez mis abuelos, pero no. Fue como entrar a un bar de esquina en un pueblo, con sus mesas cubiertas de manteles floreados y un plástico transparente arriba, con canastas y flores de plástico como adorno. Lo único diferente era que sus patas estaban atornilladas al suelo. Así todo, nada más placentero que ver pasar por la ventana el paisaje cambiante, a veces con las siluetas de los ñandúes corriendo disparados por el susto ante el paso del *convoy*.

Esas locomotoras diesel pintadas de amarillo exigían los motores al hacer fuerza, siempre haciendo silbar sus dínamos eléctricos, en definitiva la última instancia de nuestra tracción. En las curvas me daba curiosidad verlas lejos, adelante, asomándome por la ventana, algo así como que la tracción de "allá" nada tenía que ver con el relativo silencio de los vagones de atrás. A esas máquinas las conocía bien, en especial en invierno durante mis salidas de un día a estudiar pájaros en Otamendi. Algunas veces "tentaba" a los maquinistas en horas de la madrugada, cuando no existían inspectores, con un paquete lleno de facturas[2]. Aceptaban entonces mi petición de viaje en la cabina. Desayunaban por segunda vez y yo me entibiaba con el calor de tanta fricción ruidosa sobre quién sabe cuántos caballos de fuerza. Afuera helaba blanco sobre los campos, adentro esos señores sudaban con el torso desnudo y una gorra empetrolada en sus cabezas. Por un instante sentí la tremenda sensación de caer en el río Luján cuando lo cruzamos, debido a que los rieles atravesados por los durmientes de quebracho[3] en los puentes ferroviarios, a cierta velocidad, parecen transparentes. Pero si el sol quemaba mi brazo expuesto sobre el marco de la ventanilla como pasaba en ese momento, mis recuerdos no alcanzaban imaginándome los fríos de invierno. Cuando volví a mi vagón todo estaba en orden, en el asiento de al lado un conocido circunstancial había cumplido en

1 Ómnibus o bus.
2 Mazas dulces en diferentes presentaciones adquiribles en pastelerías o panaderías.
3 Árbol chaqueño de madera extremadamente dura (quiebra hacha).

vigilarme el equipaje; y así canjeábamos.

La velocidad del desplazamiento no llegaba a cincuenta o sesenta kilómetros por hora. Y en cualquier momento la formación podía quedar detenida en medio de la nada, no porque algún mecanismo funcionase mal, sino por las señales a los flancos de la vía que indicaban no avanzar. En poco tiempo cualquiera sabe reconocerlas.

Arriba: aburrirse más sin moverse.
Abajo: aburrirse menos avanzando.

Una hora de lectura, otra de pensamientos libres. Así transcurrían esos momentos hasta que el hambre llamó de nuevo a mi ingenio. Los vendedores de los pasillos competían entre varios en clase turista y había que tenerles paciencia. Irrumpían en gritos en el extremo de un vagón luego de esperar a que el compañero anterior se callara desapareciendo por el otro lado.

—Manímaní... manímaní —ofrecía aquel vendedor, muy entrado en edad; insólito pero tan común en mi querida Argentina.

Un pasajero le pidió los maníes. Me imaginaba verlos salados, empaquetados, sin la cáscara tinta, pero enseguida quedó descartado al observar la venta al lado mío. El hombre elaboraba con destreza un cono con papel de diario[1], habilidad que debía llamar la atención de otros posibles compradores mientras disfrutaba ese corto instante de triunfo de una venta realizada. Luego arrojaba adentro como podía por el tambalear del vagón, un manojo de lo que vendía, tan fresco como lo había arrancado de la planta. La vaina entera marrón y polvorienta, con dos o tres maníes adentro que el cliente luego de pagar abría con uñas fuertes y curtidas o con los dientes, quedando pronto todo lo que no comía en el piso. Todavía tenía unas bananas, pero las había descartado el día anterior por demasiado maduras. Las conservaba en donde me las habían puesto al comprarlas, una bolsa de plástico blanca. Cuando las vi, o mejor dicho, las olí, se me frunció el seño por el aroma entre rancio y dulzón que emanaban; un gran puré.

1 Periódico.

Mi compañero de viaje, un chico de unos dieciocho años, a quién consideré todo ese tiempo por bien cuidado por su madre, preocupada por su salud y bajo peso, me habló.

—Mire —me dijo en tercera persona como siempre—, tengo un pollo al horno que hizo mi abuela antes de ayer, hay que comerlo antes de que se eche a perder —y me miró con ojos bondadosos—. Deje sus bananas que yo le doy pollo. No se preocupe que este mediodía almorzamos bien —y me lo mostró con satisfacción abriendo una bolsa igual a la mía, donde reconocí sobre una fuente de aluminio hasta papitas y zanahorias tostadas.

Ese panorama me gustó, total, con el calor que hacía, no era necesario calentarlo. Aportaría con mi Coca-Cola, aunque no quedaba mucho y movimos los asientos para hacer espacio. En unos de mis giros agachándome para sacar servilletas de la mochila de mano, por el rabo del ojo vi volar por la ventana mi bolsa con las bananas.

—¡No hagas eso! Bue… Ok… —tuve que frenarme porque aquel chico no entendía ni medio a qué me refería con no arrojar basura por la ventana, de hecho por eso yo todavía la conservaba.

Pero el chico pegó un grito.

—Bueno, no es para tanto, sólo que no hay que tirar la bas…

Y dio otro grito interrumpiéndome mientras se agarraba la cabeza con las manos.

Su cara miraba desfigurada la bolsa blanca; al abrirla disparó sus exclamaciones de horror. De allí salía un genio tipo al de Aladino con su lámpara, el vaho de mis bananas con mosquitas dulceras en escolta.

—¿Y mi pollo al horno?

—En la vía —le contesté—, con la fuente de tu abuela. Te dije que no había que arrojar nada por la ventana.

Admirado por la arquitectura de Bustillo en las oficinas centrales de Parques Nacionales en Puerto Iguazú, me recibió Juan Carlos dentro

del corazón de su casa. Juan Carlos y Sofía tenían dentro de ese espacio privilegiado, más allá de sus escritorios como oficina en un sector aparte, una habitación con una gran mesa y tres paredes completas de libros. En ese lugar fue que me dijo Juan.

—Sabemos que ya no trabajás con tus familiares abogados.

—Veo que las noticias corren rápido —comenté sorprendido.

—Y sabemos que no harías nada que no sea ornitología de campo.

Hice silencio, otorgando.

—No te podemos pagar un sueldo, pero sí te damos transporte, comida y derecho a publicación de lo que investigues.

Esos fueron formalmente sus términos en la investidura de Parques; luego agregó.

—¡Qué bueno tenerte acá!

Juan Carlos Chebez alguna vez había sido tan de campo como yo, me refiero a investigar bajo el sol. Ahora era director y pasaba entre paredes mucho más de ocho horas al día. Prosiguió.

—Es hora de que cuelgues los binoculares Bernabé, y pases a sentarte frente a un escritorio. Es la única manera de hacer conservación —pregonaba—. No hay tiempo para más investigaciones sobre historia natural si los ambientes desaparecen con sus especies hoy.

Y así siguió, sabiendo en el fondo que no me retendría en ninguna oficina.

Su decir me daba pavor. Mis piernas daban para llegar a los bosques y cruzar ríos turbios con el agua a la nariz, con la mente lúcida y ávida de conocimiento. Nos dimos la mano y acordamos mi próximo movimiento. Formosa se postergaba unas semanas y yo participaría de una expedición bien diferente en la provincia de Misiones.

Un grupo de británicos determinó la extinción del Pato Serrucho (*Mergus octosetaceus*) en la Argentina, bicho que me fascinaba por su capacidad de bucear y pico transformado en una aguja aserrada; justo

para atrapar peces sosteniéndolos con éxito antes de tragarlos. Juan Carlos no quería aceptar esa aseveración tan generalista, de allí la organización de algunas expediciones extras antes de darse por vencido. Por años pregonó la atención de los gobiernos locales en cuanto a no acabar con el hábitat de este anátido único, pero fue en vano. Algunas represas luego inservibles, por planificación cortoplacista y en miras de obtener votos fáciles por dar empleos a los desocupados de la provincia de Misiones, lo exterminaron en el bajo río Urugua-í, último bastión en Argentina. Los ríos cristalinos de antaño ahora presentaban los lechos bajo lagos artificiales de varios metros de profundidad, y los cientos de ríos a la sombra, otrora selva, ahora cargaban tantos sedimentos que enturbiaban las aguas impidiendo la visibilidad necesaria para que los patos atraparan los peces; o los peces no prosperaban. Por lo que fuese, más allá de estos detalles, él tenía la esperanza de que los tres que haríamos la expedición reencontráramos al pato.

La canoa, especial para tal faena, no era de fibra de vidrio, portátil o liviana. La había mandado a construir Sofía, que era la que iba al campo, andaba a caballo, macheteaba el monte y era "hacedora" imparable de imposibles. El hermano de Sofía, que nos acompañaría, ovacionó la embarcación. Por lo que a mí respecta me quedé en silencio mirándola. Esa cosa de madera era enorme, dura, difícil para sortear rocas entre los rápidos de la selva de geografía serrana.

Por fin, en la cabecera de uno de los tantos ríos de Misiones al norte de la represa Uruguaí, arrojamos la estructura desde veinte metros de altura en un ángulo de 50°, por supuesto al estilo Sofía. La camioneta no podía bajar más cerca del río sin comprometerla (es decir, sin que se dé vuelta), por lo tanto su decisión unilateral fue hacer como los tapires hacen, arrojarse cuesta abajo pero en este caso se trataba de toda la masa de la super canoa. Esa fue su primera botadura, maleza y arbustos quebrándose, hasta flotar perfecta allá abajo en un remanso.

—¡Funciona perfecto! —comentó Sofía.

Durante cinco días escudriñaríamos las curvas del río buscando la silueta furtiva del pato. Al principio el ramerío era denso sobre el curso de agua, inclusive había que bajarse del bote para que pasara

apenas entre manojos de avispas o espinas. Cinco días al azar, donde dormiríamos cuando nos sorprendiera la noche, acampando a la vera del arroyo, primero, y río después; recorriendo la selva en galería, en algunos sitios con chacras aledañas y en otros bosques tupidos bien densos. La geografía era moderadamente montañosa afuera, dentro del río esto no se notaba aunque corría rápido en las partes más estrechas de tanto en tanto. Sofía nos había sido recomendada por Juan Carlos, porque formaba parte principal de la partida. Y nos pasó un secreto a voces, que ella supuestamente no sabía que conocíamos.

—Está embarazada, cuídenla —dijo.

¡Lo abrazamos, revolvimos su pelo y lo felicitamos antes que pudiera terminar su frase!

Pero fallamos. Lo primero que le pasó fue desmayarse por clavarse un cuchillo con fuerza en la mano. Era dura, por supuesto, pero la bióloga encinta perdía el conocimiento con golpes fuertes.

—Me pasa desde el colegio —confesó, mientras Willy ponía cara de no tener ni idea (típico de hermano bastante menor) —. Cada vez que me golpeo fuerte —explicaba.

La segunda noche el terreno de acampe fue diferente. Con el transcurrir de las horas el cauce se tornaba más ancho y los flancos casi no tenían costa. En lugar de arena afloraban rocas. Éstas eran desnudas, de superficie lisa y coloración terracota. Perfecto para hacer fuego, secar los equipos empapados y dormir a la intemperie sin opción a levantar carpas, por mojadas durante la travesía. Cansados, en lo personal casi exhausto. Esta vez ameritaba hacer un buen fuego, porque teníamos tiempo y ganas. En círculo, alrededor de la fogata, calentamos algo de comer y nuestros cuerpos envueltos por la oscuridad contrastaban con las caras iluminadas y de ojos brillantes, sonrosadas por el duro sol que de tanto en tanto nos pegaba de día sin piedad. Disfrutando el ruido de las chicharras rezagadas, ese sonido que hace a la selva misionera intercalada con repiqueteos de ranas, alguien decidió alimentar el fuego antes de irnos a dormir y nos quedamos un rato más. Reíamos.

¡Búúm!

Una fuerte detonación sonó entre nosotros. Aturdido pensé en un disparo de escopeta porque entre las llamas volaron las brasas quemándonos, en especial a Sofía, supuestamente a la que protegíamos con ahínco. Por otro lado la luz del fuego desapareció, volando por el aire quedando brasas encendidas alrededor. Sin tener tiempo para asustarme, me pasaron por la mente, como películas a gran velocidad: la vez que de chico había sido amenazado con un revólver por un encargado de chacra embriagado, quien tambaleante me mostraba el negro de la punta del caño apuntándome al pecho; o bien cuando había visto el fogonazo que produce una detonación de esas en la noche, en el barrio de Los Troncos de Mar del Plata, ciudad veraniega de la provincia de Buenos Aires. Esa vez había sido más parecido a lo que nos pasaba ahora, en cuanto al temor, aunque de origen muy diferente. Por jugar a la noche con mis primos, unos doce, tocando el timbre de las casas y escondiéndonos, nos metimos en aprietos. "Atávico" si se quiere, pero nos mantenía despiertos molestar a tantos vecinos, los cuales estaban en las mismas que nuestros padres, disfrutando de unas buenas vacaciones. En una esquina decidí no tocar el timbre sino reventar a manotazos la persiana cerrada de una ventana. Alguien asustado no tardó en salir a la entrada principal de la casa, exponerse y disparar dos veces. Tenía el pelo largo pero creo era hombre, esa casa pertenecía a una afamada vecina soltera, grande, rubia y divina (el más grande de nosotros apenas si llegaba a los diez). El pelo que había visto era negro así que ella no podía ser. El primer disparo lo hizo hacia el cielo y fue cuando vi el fogonazo una milésima antes de sentir el ruido, el otro no lo vi porque me agaché aterrado y con sigilo para que no me vea. En esta segunda detonación sentí la bala chocar dos o tres veces contra las tejas sobre mi cabeza. Habrá quedado satisfecho asustando a supuestos ladrones que nunca vio, o a los insoportables hijos de los vecinos, tal vez; pero no era lo mismo conmigo, escondido enfrente, calle de por medio, detrás de un ligustro que hacía de cerca en un jardín. Pasó la patrulla de la policía a los diez minutos. Alguien habría denunciado las detonaciones, probablemente el mismo señor si pensó en ladrones, pero nuestras familias nunca los vieron (a los policías) ni escucharon ningún disparo por estar reunidos en el jardín entre postres y charlas. Tenía la esperanza que salieran a la calle, los podría haber visto desde mi ángulo, pero ellos no aparecieron y el auto de la policía a su vez siguió de largo. A la media hora supongo, seguía allí petrificado pero ante la quietud

me animé a exponerme. Me asusté cuando vi pasar a una pareja; iban abrazados y me ignoraron cuando les dije que tuvieran cuidado porque me acababan de disparar. Miraron en dirección a donde yo les indicaba y no me prestaron atención ni les insistí. Era mi oportunidad para escapar de mi escondite y apenas salté las maderas del jardín corrí lejos haciendo una vuelta a la manzana para evitar pasar frente al loco del disparo. Con el peso de mi niñez, lo digo porque llegué a ser gordito; corrí con toda mi alma. Tenía que saber si estaba solo o si el resto de mis hermanos y primos seguían escondidos por ahí todos juntos, como noté que estaban la última vez que los vi. Llegué resoplando con dificultad, la última parte agachado por las dudas, para no provocar otro disparo. Y ahí los vi a todos, rubiecitos, serios y con caras tristes esperando ser socorridos, pensando en que me habían dado muerte por tocar un timbre (o parecido). Juan Cruz (mi primo de Baritú pero en la infancia), me vio y quedó pálido, me señaló el cuello con el dedo sin poder hablar y los más chicos, y chicas, empezaron a llorar. Puse mi mano sobre la remera a la altura del cuello y al sacarla la tenía roja de sangre. Pero la causa era por mi obesidad al correr, estallándome por la desesperación una venita de la nariz.

En este caso Sofía se quejaba quemándose la piel del pecho con las brasas que entraron en su ropa y pudo sacar por la cintura. La oscuridad señalaba hasta donde había volado la fogata alrededor del campamento brillando aquí o allá una brasa. Lo absurdo del hecho es que no tenía explicación, porque la detonación en realidad había sido entre nosotros, no desde un costado. Entonces no era un disparo.

Sin respuesta, todo quedó en silencio. El fuego de la tercera noche no dio novedad, pero el de la cuarta nos incendió de nuevo. Por la dilatación de la roca en capas, en algún momento explotaba hacia arriba, con tanta fuerza que aprendimos lo peligroso de no encenderlo sobre pedregullos sueltos o tierra arenosa. Nuevamente Sofía había sido la más afectada, pero en este caso el agua hirviendo para la comida apagó lo que quedaba de llamas al derramarse.

—Willy, no la estamos cuidando bien, no se la podremos devolver a Juan Carlos —dije de repente.

—¿De qué hablan ustedes dos?

—¡¡Felicitaciones boba!! —y ahora le tocaba a ella recibir palmadas.

—¿Como saben que estoy embarazada? —se reía.

—Y *nena*…porque sos un peligro suelta y venías recomendada.

A los patos nunca los encontramos.

Vida nueva.

CAPÍTULO 24

—Ese argentino se paseaba en Toche por donde quería, debe ser el comandante de la guerrilla o algo así.

Esa fue la frase que por fin escuché y supe que el chisme podía ser mucho más "homicida" de lo que uno puede suponer. No es ni idiotez social ni metodología, simplemente es así. Los cuentos me llegaron a los oídos por inercia, no es que me lo dijera alguien directamente. Hacía rato sentía sus efectos y supe identificar al personaje que lo inició. Yo me lo buscaba también, porque amigas tenía muchas en Salento y muchas eran más que amigas. No al mismo tiempo por supuesto, pero la venganza de una mujer por un corazón confundido (pues nunca prometí ni comprometí sentimientos, o eso intentaba) podía ser fatal. Por un lado unas médicas, de las que hacen sus pasantías en pueblos rurales, espectaculares todas pero bravísimas, y por el otro una encantadora solitaria con su perra pastor alemán, que oficiaba algo así como de *ermitaña* de la comunidad. Primero fue un comentario al andar. Habían dicho en la imaginación de su necedad que yo era un "comandante" en Toche, pero la ermitaña lo empeoró.

Tenía cierta lógica. Me habían visto allí en una jornada de salud que había realizado el hospital zonal de Salento, por beneficencia. Muchos especialistas atendieron sin saberlo a Walter, el verdadero comandante de las Farc. Lo supe porque lo vi por allí en esa fecha, y porque luego la odontóloga me lo comentó angustiada.

—Tenía una pistola en el cinturón mi gordo… ¿tú lo conoces? Me dio miedito, porque si le hacía doler con el torno podía enojarse.

—¿Y la anestesia?

—¡No se dejó! *"Agujas no"*, me dijo.

Ese día bajé de la montaña a Toche sin saber lo que pasaba. Me encontré en el caserío a casi todos los médicos de Salento, trabajando. Los saludé contento y como me vieron allí con hablar cortés y sin

angustias, al irme, regaron el comentario.

También ayudaba a la situación del chisme el sopor etílico, esas reuniones nocturnas de amigos, compinches, compadres, no me hacían nada bien. Era conspicuo en Salento tan solo por verme y era inevitable el perfil que me estaban creando en el pueblo. También habrá sido porque en mí no encontraron un novio.

—Fue la del perro, Bernabé, ella es conocida del sargento Hernández y le fue con la historia de que sospechaba que tú eras guerrillero y mandabas en Toche —me confesó un amigo.

—Pues bien, ahora que lo sé, es fácil —decidí en silencio y muy dentro de mi ser. Si pude con Walter podré con Hernández.

Di por terminada la charla cortésmente, cerré mi escritorio (donde vivía oficiaba de hospedaje para ornitólogos y amigos de amigos, asados y fiestas con mis más allegados, y por último de oficina del proyecto y por fin mi casa en definitiva), y todo el pueblo me vio a la puesta de sol caminando por el medio de la plaza un viernes repleto de parroquianos en las mesitas de los bares y puestos de venta.

—¡Buenas tardes don Bernabé! ¿Un aguardientico?

—No señores, hoy no, voy para la comisaría —y se hizo silencio hasta que terminé de pasar oyendo reanudar la conversación, ahora en tono de confidencias.

Dos o tres saludos así fueron suficientes.

Llegué a la comandancia de policía. Un guardia sin preguntarme qué se me ofrecía me anunció al Sargento y pronto estuve en su despacho, en el primer piso, con vista a la plaza, la iglesia, todos los bares y sobre todo, frente a la palma de cera que jamás se cortó desde la fundación del pueblo y seguía creciendo con un cantero de piedra de protección en el medio del asfalto y plena calle.

—Bernabé, ¿qué lo trae por aquí.

—Una situación que me preocupa y no sé cuándo comenzó del todo. Tiene que ver con un pastor alemán.

—¿Que usted es comandante de la Farc tal vez?

Quedé en silencio.

—Vaya Bernabé, si yo creyera que usted es un "*guerro*" no estaría hablando conmigo.

—Gracias sargento.

—Gracias a usted por venir.

Los apretones de mano con el sargento también eran volver a respirar, no había mucha diferencia con los de Walter.

En más, la desconfianza e hipocresía en las calles disminuyó, inclusive dando lugar a más juerga (juerga sana) con más amigos, muchos excelentes personas, más reuniones y asados con música taladrando el oído en más de un vecino desvelado, y así me observaban miríadas de estrellas en el cielo negro de Salento esas noches en que las nubes no estaban, con un firmamento distinto al mío, acostumbrado al del Sur.

En aquellos días, el alzar la vista en cualquier calle de esa comunidad, podía significar dar con páramos blanqueados por las nevadas de alguna tormenta de altura, el nevado del Tolima, o reconocer algunas laderas donde recordaba vivencias puntuales en contraste a la seguridad del pueblo. El frío y las condiciones de vida duras de la campiña no me alcanzaba en esos momentos, aunque el alma se me iba hasta allí sin freno. El contraste del vuelo de las moscas al encuentro de cada deposición vacuna en un sendero de ganado trepando hacia la montaña, con el vino tinto en mi casa, Vivaldi de fondo, el aroma de la cocina al fuego, una cita en puerta. Mientras, pensaba paciente mis correos. Y así escribía a los míos (textual).

> "*Desde este Salento, pueblito donde se oyen por la ventana más cascos de caballos que motores, se percibe el aroma a bosta por herencia rural. Y por tanta, es más fácil encontrarla que los "regalos" de los perros en estas calles asfaltadas. Su gente utiliza oraciones tales como "no se queden echando de ver mucho" por no se queden mirando mucho, o "agua coagulada" por hacer entender agua congelada. Algunos me llaman "don señor", para no complicarse con mi nombre sin desmerecer respeto. Y otros golpean a la puerta*

para pedirme dinero. Desde montar en chiva[1] con un cerdo sucio aplastándome las piernas y sosteniendo kilos de verdes[2] de otro, a sentir dentro de un ómnibus cantar un gallo adentro a la madrugada. El trajín de estar en el campo y al regreso encontrarme con correos que significan cumplir a peticiones de presentación de reportes y hacer artículos, tornan mi vida cada vez más ocupada. Esto ya no me está gustando tanto dado que por obsesivo no me tomo el descanso debido y en definitiva no me doy a mi familia y amigos tan seguido escribiéndoles como ahora. No he encontrado los loros, frustrante luego de casi un año de trabajo. No obstante llama la atención que siendo estos los resultados, de todas formas me renueven el acuerdo de trabajo. Pero si no aparecen los bichos en esta próxima etapa no creo que el proyecto siga vigente ya que ningún donante gusta erogar tantos billetes sin avistajes como recompensa. En ese caso no sé qué haré con mi vida a corto plazo."

Con Tizi (Beatriz) en mis "pensamientos", que se había ido hace rato, porque siempre desayunaba solo -y conste que no dije "recuerdos"-, dormía al son de un chaparrón arrullador. La sirena desde el cuartel de bomberos suena todos los días sin excepción a las doce del mediodía marcando la transición entre la mañana y el resto del día, pero me despertó a las cuatro o cinco de la mañana. Algo pasaba. Supuse que podría haber habido algún derrumbe o alud en alguna parte, por lo cual se daba la alarma convocando a los bomberos. El sueño me dominaba por lo cual quedé inerte, pero no del todo, casi atento a decidir levantarme sólo de ser absolutamente necesario. A los diez minutos se sintió una sirena de ambulancia, seguro que había algún accidentado. Luego otra vez, y dos veces más. Me despabilé y apenas debatía mi consciencia entre ir a ayudar o no, acercándome al hospital o a la alcaldía, sentí disparos. Dos, tres, hasta once. Algo pasaba en el pueblo. Me preocupé más ante unas ráfagas de ametralladora.

—¡Mierda! ¡Las FARC!

Esto pasaba de vez en cuando en los pueblos de Colombia, ese

1 Transporte público con carrocería de madera pintada de varios colores chillones.
2 Plátanos sin madurar utilizados para cocinar patacones.

temor era eterno. Pero se hizo silencio. Bajé las escaleras de la casa y me cercioré, pleno de angustia, de que la cerradura trababa bien la puerta de entrada. Luego subí y me quedé escondido escuchando, pero no hubo más disparos, ni sirenas. No se oían voces. Ya había alguna luz en el cielo, esa luz que aparece en todas partes por igual hasta que se hace de día, no la del amanecer desde el Este y sobre el horizonte plano, sino esa iluminación típica de cuando uno vive rodeado de montañas. Decidí acercarme a la ventana de afuera, la que daba a la calle, pero lo hice gateando. Un solo ruido podía llamar la atención y meterme en problemas antes de lo destinado, porque si los guerrilleros eran los ganadores, seguro me buscarían por h o por b. El silencio angustiaba, podían haber atacado a la comisaría solamente, o también el único banco; como sea, debía esperar. Vi pasar tres soldados caminando, esos de los comandos que andan en grupos de no más de diez, conformando patrullas de reconocimiento. Era fácil reconocerlos, por sus borceguíes de cuero y uniformes siempre camuflados. Bajé la cabeza para que no me vean la cara, si alguno de casualidad miraba para arriba. Y me quedé quieto; seguía tenso y asustado.

Tiroteos de nuevo. Silencio. Tiroteos. Silencio. Siempre desde la plaza, de la cual estaba a una cuadra pero cuesta arriba. Luego, las campanas de la iglesia, que todavía funcionaban (el terremoto no pudo con ellas), comenzaron a estallar en sonido. Sonaron un minuto. A continuación se oyó que conectaban unos altavoces y en un instante se irradió la siguiente voz, gruesa y familiar.

—En esta alborada del seis de enero y como sucede todos los años por tradición, se da comienzo a las fiestas de Salento en su septuagésimo aniversario.

—¡El padre Ernesto! —pensé—, pe…

Y estalló la algarabía de la música y más cohetes, a las cinco y media de la mañana.

—¡¡¿Perdón?!! ¿Cómo? ¡Estos están todos locos! —grité y me paré para irme *adrenalínico* a tratar de dormir.

La comunidad no dejaba de sorprenderme con sus permanentes

desgarbos socioculturales. Poco después anotaría:

> "*en este momento me invade una sirena en casa. Veo gente en un jeep rojo lleno de mangueras, escaleras y sin agua. Los bomberos recorren las calles con fines que no puedo imaginar. Lo más conspicuo es ver a un niño ayudante, al cual se ve dar vueltas a una manivela que provoca el sonido lastimero y ululante. Cuando se extingue comienza de nuevo luego de tomar aliento. Nunca supe que estaban haciendo. Tan pintoresco, tan disfrutable. Costumbres que parecen haber tomado vida desde una dimensión inventada*".

Más allá de las fronteras de Salento, por la televisión del restaurant que más frecuentaba, el canal más importante del país notificaba que un grupo de personas que habían desaparecido por formar una secta religiosa fue llevado al espacio exterior por unos extraterrestres.

—¡Já! —exclame—. ¡La sirenita dos!

Unos parroquianos me miraron y volvieron a la suyo, sin saber a qué me refería. Luego comunicaban que con cuarenta grados de temperatura, en Valledupar había nieve en una parte del ramaje de un árbol. Un grupo de personas estaban reunidas bajo el árbol y era noticia a nivel nacional filmando la baba del árbol en defensa de algún insecto sobre su corteza mientras el dueño del local se animó a hablarme aludiendo al periodista.

—Si será cansón[1] —no muy convencido de si lo que oía fuese mentira, tan sólo por salir en las noticias.

—¡¿*Quiubo* con los loros pues?! —me sobresaltó una voz de mujer a mis espaldas, enseguida sentándoseme en frente.

—¡Hola! —le dije feliz de ver a una bióloga de Bogotá, quien traía noticias nuevas y me sacaba de semejante chatura de vez en cuando, al visitar el pueblo por su doctorado con base en Luisiana, Estados Unidos.

1 Por cansador.

—¿Qué has encontrado en tu última entrada a Toche?

—Bueno, no di con los orejiamarillos pero mirá mis libretas, me animé a dibujar en acuarela a *Grallaria milleri, Atlapetes flavipes y Saltator cinctus*, ¡feítas pero se identifican bien!

—¡¿Te encontraste con esas aves?!

Nada mal tratándose de una especie considerada prácticamente extinta, otra observada por única vez hacia setenta y cinco años desde su descubrimiento para la ciencia, y la última nueva para el territorio colombiano. La inyección de riqueza intelectual distinta me entraba a borbotones en las venas, ávidas de ella.

—¿Pero cuando hiciste esas pinturas?

—Cuando llueve, junto a algún fogón campesino probando el pincel pintando de memoria. Estoy pensando cómo elaborar los nuevos artículos científicos presentándolas para el área de Toche y alrededores.

—Pues me temo que esos datos están siendo publicados por unos amigos míos, hallaron lo mismo hace un par de años en ecosistemas idénticos, ¡llegas tarde!

—¡Bueno, serán presentados como los segundos registros entonces!

—Mira, hace diez años que recorro esta área y no me he encontrado con ningún loro de los que tú buscas.

—¿Qué hacemos con el registro del norteamericano que los vio el día que lo secuestraron, entonces?

—Mmmmm, ¿será que los vio?

—¿Crees que mintió?

—Y, no se sabe.

—¿Piensas que yo mentí en encontrar estas otras especies que te mostré? —inquirí.

—Tú las has dibujado.

—¿Y si no lo hubiese hecho no vale mi descripción?

—Depende.

—¡De que depende mujer! —y me reí— ¿de lo que crees o de lo que hay realmente dentro de esos bosques?

—Es que tú eres muy arriesgado en meterte en Toche.

—¿Y?

—Eso, que nadie se mete en un lugar así en su sano juicio.

—¿Es por ello entonces que el gringo en aquel momento no vio los loros?

—Aquí las cosas son diferentes… —cerró la conversación con un gesto serio mirando hacia abajo y estirando su espalda para atrás.

—Pues mira, Sandra, sacaré una foto de esos orejiamarillos como que me llamo Bernabé, ¡ya verás! —y nos pedimos unas cervecitas.

Luego agregó.

—¿Es cierto eso que me contaron?

—¿Que te contaron Sandrita?

—Que ayudaste a abrir los derrumbes de la carretera cerca de Toche a pala y pico cuando lo del terremoto.

—¡Pues sí!

—¿Pero cómo así?

—Bueno Sandra, cuando volví el camión lechero me dejó a dos kilómetros de Toche porque no había forma de pasar, la cantidad de tierra era mucha y nadie se había decidido a sacar aquello sin maquinaria.

—¿Y qué?

—Bueno, tú sabes, cuando llegué caminando al poblado con la mochila en la espalda, me encontré a quien ya sabes.

—¿Walter? —susurró para no ser escuchada.

—Shhhhhhhhhh —le chisté.

—¡¡Cuente pues!!

—Sí, él mismo dio instrucciones a la comunidad de Toche para que cada propietario de finca y de casa fuese con una pala a sacar aquello para darle vida al pueblo que se estaba desaprovisionando.

—¿Sólo a los propietarios? —se sorprendió.

—¡Pues si! A los “burgueses” —me sonreí haciendo la señal de las comillas.

—¿Y los empleados no?

—Y…no hay muchos empleados ahí, pero efectivamente, los empleados no.

—¿Y tú qué hiciste?

—¡Lo que debía hacer, pedí una pala de más prestada y me fui con ellos a cavar tierra!

—¡¡¿Pero por qué?!!

—Porque correspondía Sandrita… se llama diplomacia y

sentido común.

—¿Cuánto duraste?

—¡Dos carretilladas y ya tenía una ampolla!

Y se rió.

Como se rieron todos aquellos señores aquella vez, admirados de que sin pedírmelo acatara indirectamente las órdenes de Walter, el comandante guerrillero. Todo se sabía y esas cosas hacían que yo viviera. Así todo lo hice por lógica, usaba ese camino como ellos y me interesaba que estuviera abierto.

—¡Estás loco! —dijo Sandra levantando su botellita Poker de cerveza rubia de arroz.

—¡*Cheers* Sandrita!

Al mes siguiente recibí una carta que podía cambiar las cosas. Una persona no conocida como ornitólogo decía haber visto veinte ejemplares de los orejiamarillos en un área que no tenía idea existiese. Esta vez era una verdadera locura ingresar en una nueva área guerrillera. Las cosas no estaban fáciles en Colombia en cuestión de orden público. La guerra entre las Farc y el ejército también era entre el ejército y los paramilitares, grupos nacidos como guardias personales armados por terratenientes, hoy alzados en armas e independientes, mitad mercenarios mitad odiosos de la guerrilla y la izquierda, o mejor dicho, de la guerrilla y su industria del narcotráfico, por lo tanto en las noticias también se sabía de tiroteos entre Farc y Paras, es decir, un pandemonio difícil de comprender.

La indicación del lugar me la alcanzó el líder y mentor del proyecto, Henry Man, a quien se la hicieron llegar unos biólogos de las oficinas de BirdLife International en Cambridge, Gran Bretaña. A estos últimos, a su vez, se la hizo llegar un colombiano que, pasando por Toche, una vez que yo no estaba allí, encontró el cartel del orejiamarillo y se dio cuenta que lo conocía, no de allí sino de otra localidad con palmas de cera llamada Roncesvalles, muy lejos de mi sector pero en el mismo departamento del Tolima. Este señor en lugar de contactarme a mí que me encontraba a cincuenta kilómetros de distancia, buscó la dirección de BirdLife International y les escribió, pasándoles el dato.

Quedaba contactarlo en Ibagué (Tolima) y ver qué me decía. Por primera vez el poster SE BUSCA, impreso en Ecuador pero utilizado en Colombia, aparentemente daba resultados. ¡Niels y Henry estaban felices!

—¿Alguna foto? —pregunté por mail.
—Ninguna, debes cerciorarte —contestaba Henry.
—¿Hace cuánto de todo esto?
—Fue tan lento el proceso de comunicación que creo pasaron tres meses.
— ¡¿Tres?! Ok, hacia allí voy.

Un mensaje de muchas vueltas, iniciado por alguien que no me conocía, o no me tenía confianza. Además, tratándose de aves y porque las que buscaba normalmente se desplazan mucho, era desmoralizante haber tardado tanto en enterarme.

Partí con nuevas esperanzas a Ibagué. En línea recta desde Salento no era muy lejos, en definitiva, a grosso modo, del otro lado del volcán Tolima, pero para llegar debía ir a Armenia, luego tomar la ruta asfaltada, arteria principal que cruzaba peligrosamente la cordillera central, y finalmente se llegaba a Ibagué, en la cuenca del río Magdalena, una ciudad importante al pie de la cordillera. Tuve una entrevista con la persona que decía haberlos visto, asociado a una corporación autónoma regional (léase: estatal y en pro del medio ambiente), y me convenció que estaba en lo cierto, basándome en sus descripciones.

— ¿Eres ornitólogo u observador de aves?
—No.
—¿Nada?
—No sé de aves —me dijo, divertido.
—Pero eres biólogo.
—No, abogado.

Prometí cargar con sus gastos de viaje y estadía si me llevaba, sorprendiéndome por tener que cubrir también los de su novia, como invitada suya, que gastaba en desayunos y almuerzos de hotel acompañándonos; pero era simpática.

Apenas le dije que sí, me hizo pasar a otra dependencia, con un compañero de trabajo; el discurso cambió aunque siempre en términos amistosos.

—Se lo acusa de no haber obtenido permisos formales al Ministerio del Medio Ambiente para poder realizar su estudio.

—Les pido perdón por ello, pero tengo un plan.

—¿Cuál es ese plan Bernabé?

—De hallar los loros pediré el permiso, sino es como pedir permiso para buscar un fantasma, mientras no se vea, no existe y como estos loros podrían estar extintos…

No podía argüir que de haber pedido un permiso, pues en realidad sí corresponde pedirlo, tenía la garantía rotunda, más como extranjero, que el Ministerio de Medio Ambiente me lo negaría por hallarse esos parches de palmares que a nosotros nos interesaban en zona roja (con guerrilla o paramilitarismo). Insistieron en que como autoridad ambiental local les competía cargarme con una sanción, aunque lo olvidaron, de alguna manera, creo, por haberles pedido disculpas.

—Usted desde este momento queda a disposición de la corporación regional departamental.

—Si —acepté sin saber bien a qué se referían pero con tal de ver los orejiamarillos no me importaba.

Hicimos ciento diez kilómetros entre valles, primero calurosos, pero el aire iba refrescándose conforme pasaban los minutos ganando altura entre caminos de montaña, ricos en cornisas severas y abismos de espanto. Esta expedición era en ómnibus, directo de Ibagué a Roncesvalles.

—En mil novecientos noventa y tres el chofer no quiso que se bajaran los pasajeros en este paso que llaman del Diablo e intentó cruzar el derrumbe inclinando mucho el vehículo —me contaba Alfonso Quejada junto a su chica, mientras todos apretábamos los dedos del pie y agarrábamos nerviosamente el tapizado sucio del apoyabrazos justo en el mismo sitio.

Una vez que atravesamos el estrecho, esperando que dejara

de rugir el motor del bus en una parte más calmada de la carretera, pedí que terminara con el cuento.

—¿Y qué`pasó?

—¡Se fueron todos a pique pues! ¿Usted qué cree?

—Carajo… —pensaba mientras buscaba algunos trastos de metal allá abajo, tratando de reconocer el logo de la compañía de transporte, la misma que me llevaba en esas alturas a un nuevo territorio desconocido, de paisaje similar al de Toche y una vez más, hegemonía de las Farc.

Esperanza.

CAPÍTULO 25

La expedición a Formosa con Sofía se volvió a retrasar unas semanas. En mi estado de "vida nueva" me encontraba disponible para partir a donde sea. Se acercaba Navidad y fin de año y, cosa rara, no pasaría en casa con los míos sino en la selva misionera, en la chacra de los padres de Coco Mackoviak. Coco era un personaje grandioso y ocurrente que me presentaron Juan Carlos y Sofía. Tenía cara de serio siempre tipo "hombre pensante", pero de golpe sonreía espontáneo cuando escuchaba y algo le divertía. Le llevaba unos diez años de edad, sino más; caminaba algo encorvado y era más bajo que yo, siendo yo, ya de por sí bajo. Su papá fue quien construyó el bote de la expedición para la búsqueda del pato serrucho y además lo conocía de nombre bastante antes de que me lo presentaran.

Samuel, mi amigo ornitólogo de Buenos Aires, me había contado que estuvo viviendo unos días con una familia misionera cuya chacra estaba pegada a la reserva natural Urugua-í. Conocer a esta familia me daba curiosidad porque este amigo mío se presentaba diferente luego de vivir aquel corto tiempo con ellos. Digo esto, porque cuando lo sabía dentro de la selva del Urugua-í estudiando aves mientras yo me moría todavía encerrado en el estudio R. y C. Lanús en Buenos Aires preparando manuscritos, un día me llamó. Lo hizo a mi oficina, no a mi departamento, lo cual me llamó la atención. Si bien la conversación no se oía bien (llamada de larga distancia), lo noté alterado, casi asustado.

—Estudio Lanús —contesté automáticamente el teléfono.

—¿Hola, Bernabé?

—Soy yo, ¿quién habla? ¡¿Samuelito?! —dije reconociendo su voz.

—Sí, tengo que contarte algo —y fue cuando me di cuenta que "algo" no andaba bien.

Según le entendí, estaba próximo a regresar a Buenos Aires, antes de lo planeado, ya que varias vivencias en lo de una tal familia

Mackoviak, pegada a la selva, lo habían mal dispuesto.

—Espíritus, o algo así Bernabé —me decía temeroso.

Pensé preocupado que mi buen amigo había perdido el buen tino.

Me siguió hablando, dando varios ejemplos sobre situaciones sobrenaturales que no pude comprender bien. No lo entendí. No sé si él, pero para ese entonces yo ya era un "*antiespíritus*" acabado y convencido; cualquier evento "sobrenatural" me causaba gracia, comenzando por cualquier tipo de religiosidad, con todo el respeto del mundo a quienes me rodeaban, por supuesto. Pero viniendo de Samuelito el asunto debía ser serio. No me venía a la mente un motivo por el cual podría haber perdido su objetividad.

—¿Entendés? Fuimos a cavar con este amigo Coco que te digo y su hermano, buscando un caldero de oro en el bosque de palmitos.

—Pero Samuelito, ¿estás bien?

—Sé que no me creés, pero estuve allí, por lo del caldero.

—¿Y lo encontraron?

—No, pero porque buscamos mal, tenemos que volver.

—Samuel, ¿te sentís bien? ¿Qué te está pasando? Podés contarme.

—Sé que no me crees, es horrible, pasan cosas en la selva, no aguanto más, me vuelvo.

Y cortó.

Me cabía creer en la sugestión. De alguna manera yo la había vivido tiempo atrás con los sustos de Renato en Baritú y sus historias sobre tigres. A su regreso lo escuché. Insistió sobre lo sobrenatural en los aconteceres de aquella familia. La búsqueda de un tesoro sobre la base de un sueño y los espíritus que vivían en la selva. Lo conminé a que me diera un ejemplo concreto y el mejor fue el caso de la desaparición de un tajo de carne recién cocida, al darse vuelta o distraerse en la cocina de los Mackoviak.

—Samuel, se trata de una familia grande, tienen perros dentro

de la casa, todos estaban por comer y tenían hambre —le decía, acordándome cuando de chicos le desaparecía a mamá media tarta de manzana argumentando que había sido alguno de mis hermanos sonámbulos, o un gato (que no teníamos, no al menos dentro de la casa en el campo).

Samuel era mi mejor amigo y lo respeté no riéndome. Por lo cual se animó a contarme más hasta creerlo un poco loco. Habían estado cavando una fosa en la selva para descubrir si alguno de los sueños era realidad. Por eso buscaban un caldero español con monedas de oro. Según me contaba, había perdido el tiempo no sólo participando en cavar una fosa sino en tres. Además nunca en su vida había tocado una pala. Todo muy insólito, porque con lo fanático que era en el tema nuestro, las aves, no podía creerle que hubiese estado dedicándole tiempo a una fantasía en lugar de dedicarse de lleno a la ornitología. Un tipo híper lógico, inteligentísimo (por arriba de la media), recién terminado el secundario en uno de los mejores colegios del país.

En fin, eso había pasado hacía algunos meses y con estos pensamientos en mente terminé frente a los Mackoviak en su chacra, quienes me recibieron felices.

Nadie de esa familia habló del tema en los primeros días. No pensaba indagar, tenía tiempo para averiguar qué le habían hecho al cerebro de mi amigo sin inducirlos a que me hagan un resumen poco informativo. Tenían la casa a doscientos metros de una superficie de selva virgen espectacular, la reserva Urugua-í que mencioné, de 84.000 hectáreas, la cual inclusive no quedaba tan lejos de las cataratas del Iguazú y el parque nacional del mismo nombre. Se hizo de noche y Coco me cedió su cama para él ir a dormir al piso. No hubo peros en mi negativa a usurparle el mejor puesto. Celso, su hermano, andaba con un dedo del pie inflamado por haberse puesto una bota de goma sin mirar qué había dentro. Sin medias, a pura piel, una araña le había dado una buena mordida. Si fuese en el centro de la provincia de Buenos Aires, siendo una zona templada y donde lo peor que puede sucederle a alguien es toparse con un zorrino, lo entendería. Pero no en el subtrópico lleno de bichos con mala fama, serpientes venenosas y quién sabe qué más. Además, las botas las arrojaban bajo la casa, ni siquiera paradas

sino como cayeran. En esa zona y el sur de Brasil, por costumbre las viviendas son palafitos, se arman sobre pilares bajos, a un metro del suelo, justamente para evitar el ingreso de alimañas rastreras. Pero no importaba, allí estaba Celso con su inflamación mientras se hurgaba la herida con la uña larga del índice (su herramienta) a manera de tirabuzón. La primera noche fue como todas las demás. Era un agravio armar una carpa ante tanta hospitalidad insistente. Y tocaba pasarla en ese colchón. Por lo menos me permitieron utilizar mi bolsa de dormir. Varias veces pasaron ratas sobre mi estómago, despertándome. Me quedaba dudando si era posible lo que había vivido hasta que sentía el mismo individuo regresar por el mismo camino.

Al día siguiente noté que en ese lugar el sexo era el pasatiempo favorito, no tenían otra cosa para divertirse. Me explico. La chacra estaba a seiscientos metros de un caserío, donde no había cine, bares familiares, iglesia, paisaje distinto al de sus chacras, ni estación de servicio; nada. En la casa no había libros, juegos, *hobbies*, sólo trabajo y una pequeña pantalla de televisión en blanco y negro con un solo canal en portugués. Por otro lado, el pasatiempo no podía ser solamente de hombres, pues con alguien se veían y ya sospechaba que "ellas" eran del mismo calibre que Coco y Celso. Cuando realizamos la primera caminata por la ruta hacia la entrada a la reserva, una rubia descendiente de polacos me mostraba sus senos desde la ventana de una casa de madera, cada vez que mis amigos miraban para otro lado, distraídos en las aves que les mostraba; o mejor dicho, me las señalaban y yo les daba un nombre para cotejarlo con el de ellos. Y en la otra ventana, sin que la madre supiera, ¡su hija de once años hacía lo mismo! (y no por imitarla). Por esto había tantos bebés en brazos de mujeres sin adolescencia, que de infantas pasaban a ser mamás. Región repleta de pobreza con niños sucios de pelo blanquecino e iris azules.

Coco no veía lo que pasaba, estaba mal y había amanecido tarde. Además su madre lo había estado regañando, acusándolo de vago, aunque la señora dio un chillido por la impresión al ver un ojo de su hijo hinchado, la córnea repleta de vasos sanguíneos inflamados y algo así como una conjuntivitis aguda. Me sentí culpable cuando Coco dijo:

—Me despertó una rata sobre mi cabeza y le pegué un manotazo,

pero se asustó, haciéndome pis en los ojos.

No había nada que hacer, Coco necesitaba recuperarse. Teníamos tiempo para ingresar a la selva al día siguiente. La pequeña expedición de un día así se postergaba, metiendo en un bolsillo mi ansiedad por conocer ese bosque. Decidí dar una vuelta por los alrededores. Pero quería pasar por el baño urgente, no me aguantaría tanto afuera donde sólo había arbolitos. Temía lo peor y así fue: la casa donde estaba no lo tenía. Pero había una caseta a seis metros de la construcción principal. Me enteré que estaba ocupada sin preguntar a nadie, pues descubrí que Coco y Celso probaban si las balas calibre veintidós no estaban humedecidas disparando a la base del escusado.

¡Búm! ¡Búm!
—¡Ayyyy! ¡Idiotas!

¡La hermana estaba adentro ocupada y estos dos ni habían preguntado! Me dio un ataque de risa, no podía creerlo. Fue cuando salió colorada de indignación y despavorida; de una manera decente.

Entrar a ese retrete era curioso. Del sol de afuera se pasaba a la oscuridad del interior cuando la puerta se cerraba. Por las rendijas de cada tablón de madera vertical, entraba algo de luz. Abajo, lo supuestamente inerte se movía, era como algo latente, millones de gusanos de moscas. La pirámide fatal estaba bien lejos y debía arreglármelas practicando la mejor de mis concentraciones haciendo de cuenta que estaba en un palacio. A veces es la única manera de sobrevivir en lugares donde, por observar pájaros nuevos, el sacrificio a cambio es de ese tipo. Sólo con que se quebrara alguna de las tablas del piso, podridas por la humedad que venía del fondo, mi control mental se alteraba. Había que moverse con cautela. Allí estaba, asfixia de por medio, tratando de irme veloz. Pero mientras se me acostumbraba la vista a la relativa oscuridad, percibí algo más en el interior. Recordé a Samuel y sus espectros. A un costado sobre mi cabeza, tal vez a no más de diez centímetros, percibí un ojo pequeño que brillaba, estático. Contuve la impresión que me daba hasta que lo miré fijo. Y parpadeó. Salí corriendo de ahí junto con una gallina, pasando a la vez por la puertita abierta con brusquedad y mucho grito. En esta oportunidad fui yo el que intentó hacerlo de una manera decente.

Ahora reían la hermana y la madre.

—¡Déjela en paz que está empollando!

Cuando se hizo tarde, Celso me encontró en el límite de la selva, me dijo que su hermano estaba mejor y apuntando con su machete en dirección al bosque, me invitó a acompañarlo al palmital. Justamente en un palmital sabía que Samuel había estado buscando oro con Celso. Apenas llegamos agregó.

—Ahora vamos a cortar nuestra cena Bernabé.

—Pero… ¿no estamos oficialmente dentro de la reserva? ¿Qué vas a cortar?

—¡Hoy comemos palmitos! Y en su honor.

Obvio acepté de muy buen grado, pensando en que abrirían unas latas de palmitos en conserva. Pero me equivoqué, en su vida habían abierto una. Celso se empeñó en una planta ni muy grande, ni muy chica, de varios metros de altura y a machetazos la tiró, cortándola por completo desde tu base.

—¿Qué diablos estás haciendo Celso?

—¡Si hay muchos! —respondió.

De nuevo, utilizando con presteza el machete, partió longitudinalmente la parte superior del tronco, cerca de las hojas, y en el centro apareció un cilindro (cogollo) de "palmito", no blanco casi inmaculado como los envasados, sino amarillento. Lo separó y me pasó un cilindro de unos sesenta centímetros de longitud. Me di media vuelta para volver sobre mis pasos y a su vez dejarlo salir de entre el ramaje que estábamos, pero sentí de inmediato otra vez machetazos y una planta más cayó.

—No te preocupes que te van a gustar —dijo a mi quinta protesta mientras caía el quinto palmito.

—¡Quedan pocos, se está extinguiendo Celso!

—Nosotros vivimos acá desde siempre y nunca los extinguimos.

—¿No abusan de ellos?

—No, Bernabé, hay que sacar una vez si, otra vez no, unos acá, la próxima en otro monte de palmitos.

—¿Ustedes cazan?

—¡Uuuu, todo el tiempo! Lo que más le va a gustar es la paca (un ciervillo en miniatura).

—¿Y no se acaban?

—No hay que abusar Bernabé, como dijo usted.

—En esa pequeña plantación de tabaco de afuera en que me encontraste, ¿qué había antes?

—Más selva con palmitos igual que esta de la reserva.

—Si la reserva fuera tuya Celso, ¿qué harías?

—¡Le dejaría sólo tabaco!

—¿La finca de tu padre era todo selva antes?

—Uuuuuuuu, pues claro.

—¿Qué hay dentro de la selva? —pregunté a propósito cuando muy lejano comencé a escuchar el grito del Yasí Yateré, un ave que yo no conocía, muy escurridiza y de una mística especial entre la población local, aun los que eran como los Mackoviak llegados de afuera como colonos; mucho más entre los que tenían mezcla guaraní en su sangre.

—¡No quiere usted saber! —y señaló con el machete en dirección hacia donde provenía el silbo, tipo sirena para ellos, su perdición—. ¿Escucha eso? Nunca se le acerque Bernabé.

—¿Qué pasaría si lo veo?

—Su vida entraría en desgracia. No hay que verlo, es una especie de duende bastante enano, muy bajito, el pelo lo tiene bastante blanco, como la luna; anda más de noche, cuando se pone el sol, camina desnudo, con un sombrero de paja y tiene un bastón de oro, ¡de puro oro! Usted no querría encontrarse con él! Uuuuuuuu —exclamaba ya nervioso. Al escucharlo otra vez un poco más cerca dijo—: Es hora de irnos a la casa.

—¡Esperá Celso!

—¡No, vamos!

—¡Mañana quiero verlo, es un ave!

—¿Un ave? Contentos tenemos que estar nosotros que no nos haya llevado cuando niños…

—¿Que hace esa cosa?

—Shhhhhhh, no hable así de él, dígale Yasí.

—¿Pero qué te hace?

—Anda por el monte y cuando escucha voces de personas como nosotros silba como ahora, para atraer a las *crianzas* (niños, por su mezcla de español y portugués en toda esa región de frontera con Brasil). Cuando los ve, con su bastón mágico los hipnotiza, los lame y los besa, y se los lleva para darles de comer frutas y miel. Luego los abandona y se pierden para siempre.

—*Fiuuuú-fiiiíí* silbó de nuevo el ave, ya la selva oscura, con el sonido del día cambiando al de la noche.

—¡¡Vamos Bernabé!! —dijo de nuevo Celso, incómodo y alterado, a pesar de sus diecinueve años—. Tenemos que ir a hervir los palmitos y no debemos estar aquí.

Pensé en que si así era mi segundo día con ellos, las historias de calderos con oro de mi buen amigo Samuel habrían comenzado sus días en ese palmital, de la misma manera que me pasara a mí en esos instantes.

El caldero de oro.

CAPÍTULO 26

Prácticamente había pasado un año desde mi arribo a Colombia. Un periodo largo sin resultados en lo que a descubrir una población de loros orejiamarillos se refiere. La frustración era grande, si así puede describirse, porque con mi eterno optimismo las frustraciones no tenían cabida, pero sí era real que la especie parecía estar extinta.

Ahí me encontraba, en un camino de cornisa llegando en bus a esta nueva localidad, Roncesvalles, al sudoeste de Ibagué, en las montañas del Tolima, con la promesa y seguridad de mi anfitrión que estaba seguro de no estar equivocado. Así sea mediante la utilización de afiches de conservación con la imagen de la especie buscada, muchas veces los campesinos la confundían con otros loros de coloración similar. Me había pasado decenas de veces tanto ahora en Colombia como en Ecuador, por lo tanto, por experiencia, solía no creer totalmente en esos avistajes hasta corroborarlos personalmente. El proyecto de Ecuador tenía la variable de que, potencialmente, podían ser compradas las tierras donde permanecían los orejiamarillos. Estas propiedades, de alguna manera repentinamente revalorizadas, eran la ilusión de los campesinos propietarios, que con el signo pesos en sus ojos tendían a ver lo que no era, invitándonos a realizar caminatas forzadas en vano para llegar a la conclusión de que se confundieron, o lo que es peor, "inocentemente" nos engañaron. Por lo tanto, extrapolando, si esta gente que me llevaba a ver los orejiamarillos ahora en Colombia, pecaba de no objetiva, esta larga expedición sería una más en vano. Quedaba optar por dudar siempre antes que sentir siquiera esperanzas. A los tumbos por el estado de la carretera, sacudí mis pensamientos ante la realidad: en pocas horas lo sabría.

Recién llegados observé que, ese sector remoto de Colombia, pueblo del mismo tamaño que Salento estaba habitado por caras de una etnia más local, ya sin rubios ni tez blancas sino por el contrario, más bien blancos mate y con caras adustas, serias, de ojos negros o muy oscuros, con franca mirada de desconfianza. A diferencia de Salento, pueblo

paisa, acá no se usaba la edificación colorida y con mucha madera; las construcciones eran mayormente nuevas, de cemento, con techos a dos aguas y paredes blancas. Eso sí, el paisaje alrededor alcanzaba el triple de lejos y todo eran palmas de cera, realmente imponente. Luego de las palmas, siempre con pasturas para el ganado en lo que antes era selva de montaña, seguían los grandes bosques, vírgenes, hasta el páramo, donde los árboles ya no podían crecer más por el frío y el paisaje era reemplazado con el pastizal y las orejas de conejo o frailejones, que mencioné alguna vez antes.

Lo primero que me llamó la atención era que si bien la policía existía, y tenía su comisaría, comandante y agentes como en cualquier otro lugar, oh sorpresa, no portaba armas. No me refiero a armas largas, sino tampoco la característica pistola en la cintura. Uniformes verdes, sin cinturón. Lo único que se les observaba era la camisa, pantalón y botas. A cualquier hora andaban así.

—Sólo las pueden llevar hasta unos metros de la comisaría, hasta la esquina nomás, más se les tiene prohibido.

—¿Y por qué no está la comisaría en frente a la plaza como en cualquier pueblo? —pregunté a mis nuevos conocidos que me llevaron ahí.

—Porque antes estaba en la plaza, pero la atacaron las Farc ya dos veces haciéndola volar y eso podía quemar las casas de al lado, así que esta vez está más alejada y con perfil más bajo.

—Este pueblo no tiene una iglesia en la plaza.

—Eso es porque como ve, el pueblo es alargado debido a la forma de esta montaña dentro del gran valle y como la hicieron bastante después que la plaza, quedó a varias cuadras, en la punta de la avenida principal, como alejado del resto. Raro ¿no?

—Si —contesté.

—Estese atento, que en cualquier momento nos puede entrevistar alguien de las Farc, usted tranquilo, que está conmigo.

Me dio curiosidad también la poca atención al comisario, quien no me fue presentado ni me mandó a buscar, un signo adicional de cómo funcionaba el orden público por allí. La guerrilla mandaba, aunque toleraba a la policía siempre y cuando estuviese desarmada. Un acuerdo

tácito entre el gobierno y la subversión. Me explico, para el gobierno, Roncesvalles era oficialmente estado colombiano en la práctica, y para la guerrilla era su territorio sin que el gobierno estuviera forzado a atacarlos.

Me presentaron ante un personaje importante del pueblo, quién trabajaba en la alcaldía. Habló con mis "anfitriones" de Ibagué y decidió "apadrinarme". Algo así como responder ante las Farc por mí ante cualquier falta de mi parte. De fallarle, la represalia de la guerrilla sería para los dos. Me preguntó con total apoyo, qué necesitaba para ir a la finca donde estaban los loros.

—¡Verlos nada más! —y reí. Para mis adentros, de no existir los orejiamarillos, era lo mismo, debía investigar por meses ese gran valle tan parecido al de Toche en cuestión de palmares.

Luego de instalarnos en el hotel principal, el más frecuentado por su restaurant en el pueblo de cuatro mil habitantes, partimos todos para caminar dos horas desde el ejido con varios ojos pegados a nuestras espaldas desde lejos. Mientras prestaba atención al sendero en pendiente para no rodar, me preguntaba si estaba bien la cuasi forma de extorsión o negocio que había sucedido momentos antes en la alcaldía.

—Le vamos a prestar la cámara de video de la alcaldía y una cinta virgen quiéralo o no, pero luego usted nos repone con dos o tres cintas vírgenes sin utilizar, quiéralo o no.

Como había tenido que entregar algo a cambio por estar en zona roja en Toche, cuando terminé comprando unos binoculares livianos para Walter el comandante, porque si no robaría los míos de calidad, ahora esto me sonaba a ese tipo de peticiones impuestas que podían tener que ver con la modalidad Farc.

—Muchas gracias, pero no necesito por ahora ninguna cámara de video.

—Sí, usted la necesitará.

La verdad esto no estaba bien, pero antes que decidiera cualquier

cosa tenía que fijarme si los loros eran o no eran los que buscaba.

—Espere a que vengan de comer tipo cuatro de la tarde o un poco más; a esa hora estarán llegando —me convenció el dueño de la finca, al mismo tiempo el único veterinario del pueblo, quien nos recibió con alegría.

Había que esperar una hora. Nos instalamos en un sitio favorable, preparando el grabador y micrófono, máquina de fotos, otros con la cámara de video de la alcaldía y allí hicimos un alto a trescientos metros de la casa, viéndose desde arriba su techo color terracota y los corrales de ganado aledaño, todo adornado con centenarias palmas de cera, éstas jamás rodeadas de un retoño debido al poder de masticación de la vacas. Por lo tanto, todos los palmares que ya conocía, aunque pintorescos, estaban muertos, no por estarlo propiamente dicho, sino porque sin descendientes era lo mismo.

Los escuché con nervios de principiante y poco después pude ver la silueta de unos veinte, en bandada desde lejos, acercándose paulatinamente justo hacia donde estábamos. La imagen se compuso de tonos verdes y amarillos mezclados con gran gritería y acción hasta posarse cerca de mi cabeza. Iris rojizos y picos negros. ¡Con las lenguas oscuras, aterrizaron muy cerca, entre nosotros, ramaje arriba! Saboreaban frutos dulces de *Citharexylon subflavescens*, un árbol aislado al que le llaman Gavilán.

—¿Bernabé, son o no son? Aquí los tiene —me interrogó Alfonso, triunfante pero serio.

Su color verde y su amarillo en la cabeza detrás de los ojos no sólo los identificaba sino que en un instante fue secundario, porque la acción había comenzado de golpe, sin poder dar lugar a las emociones del encuentro; ¡en ese instante comencé a tomar notas y notas con un ritmo desenfrenado! Comían los frutitos de esa planta, se peleaban, nos miraban a cinco metros de distancia; sus gritos eran ensordecedores, lo inundaban todo, el aire y mi espíritu incrédulo por lo que estaba por fin viviendo. ¡Toda la información que me otorgaban de golpe, contrastaba con la larga espera de antes! Y lagrimeé por la emoción fuerte, por qué no decirlo, y no pude disimularla ante quienes me habían llevado

a ese lugar espectacular. Mis anfitriones no me habían defraudado y cumpliría mi palabra en hacer coautor de un artículo científico a quien me acompañara con su novia, Alfonso Quejada, en más involucrado con la causa por siempre. A él también le impresionaba lo que vivía, ahora no tan solo por las aves, a las que ya conocía y no sabía de la importancia que tenía su registro al principio, sino por notar que corría por mis venas una extrema pasión. No sólo por el éxtasis estético, sino también por la meticulosidad en el registro, en conjunto la base para armar en lo inmediato con Henry Man un plan de conservación para la especie, para lo cual era necesario el estudio de su ecología.

—Por fin Bernabé…

Esto decía en mi interior, mientras volvía al viejo hotel para poder descansar, no tanto de la gran caminata de ese día trepando como bestias las bestiales cuestas, pues sucedía tanto para ir como para volver a cualquier sitio cercano alrededor del pueblo, sino sobre todo de un largo esperar que tenía que ver con muchos meses sin resultados.

Esa noche miraba el cielo raso en la intimidad de la habitación del hotel, luego de una rica comida bien bebida por los festejos. Era una realidad que por estar Salento, tan lejos, debería mudarme a Roncesvalles. Y me preocupó pensar en dejar a tanta gente linda en el Quindío, aunque parecía ser irreversible. Al parecer viviría en esta nueva comuna por mucho tiempo. Debía decidirlo.

Desde mil novecientos once, cuando se describió por única vez dónde anidaban los orejiamarillos, no se tenían datos sobre su reproducción. Cualquier dato era importante para conocer en definitiva cómo protegerlos de la extinción. Allí había sesenta y un individuos, el máximo contado. Ellos eran en apariencia los únicos supervivientes de toda su población en toda su distribución. Caminando atentamente entre el palmar, pronto hallé un nido activo, a los días de que Quejada y su novia regresaran sin mí a Ibagué. No podía darme el lujo de regresar habiendo tanta actividad en el nuevo sitio de estudio. Ellos se encargarían de avisar a Salento que no volvería hasta nuevo aviso, pero que estaba bien, no… secuestrado.

Pasé varias semanas frente al nido. Lo habían ubicado en un

tronco vertical muy alto de palma muerta, es decir, sin la macolla de arriba; esto sucede cuando se caen todas las hojas secas. Con el paso de los decenios se desintegra el corazón del tronco allí arriba y luego queda vacío todo el palo paulatinamente hacia abajo hasta a tres metros o cinco de altura, pero por afuera se ve con sus paredes intactas, como un alto poste. Me armé un refugio, con hojas de palma secas que había tiradas en el suelo; siempre se encontraban bastantes, entre el pasto corto verde y fuerte que comían las vacas, en esas cuestas de cincuenta grados. Bastó subir la pendiente más empinada cerca del nido, ponerse lo más "adelante posible" del palo, el cual tenía la base bastante más abajo, y esperar a diario que regresaran de comer los que no empollaban. Mientras, yo me quedaba con el individuo que calentaba los huevos. Debía andar silencioso y quedarme escondido para no asustarlo; a veces inclusive escuchando música con mis audífonos, pues la verdad ¡hacía guardias de hasta dieciséis horas! El refugio era mi segundo hogar.

Las Farc me habían ordenado, por medio de mi "padrino", no pernoctar en aquella finca, ni salir de noche por el pueblo, o volver tarde. Deduje que trataban de evitar ser hallados en sus movimientos nocturnos, pero luego me enteraría que era para observar a diario, con buena luz, mis desplazamientos. Me estaban vigilando, pero no importaba mientras me dejaran trabajar. Al ir pasando los días, por no tener planeado quedarme por tanto tiempo, comencé a necesitar dinero y ropa adecuada, pero no quería volver a Salento temiendo que alguien depredara el nido. No porque alguien supiese que en el mercado negro de tráfico de fauna un pichón podría ser pagado hasta en cuarenta mil dólares por un consumidor final europeo, sino por la eventualidad de que tumbaran el tronco para hacer alambradas o similares. Este temor mío se supo en el pueblo (no el valor de los animales por supuesto), y comenzaron a defender mi causa.

En Salento trabajaba conmigo un asistente de campo biólogo, Adrián, recién graduado, físicamente capaz a pesar de haber perdido la pierna de niño. Lo llamé una noche contándole como era de delicada la situación en la zona, si a términos de seguridad nos referíamos. Pero que no había tenido mayores inconvenientes y que él estaba invitado a seguir en el proyecto si así le gustaba, aunque quedara tan a trasmano de su casa. Me sorprendió con su beneplácito y con un incentivo económico extra

en su sueldo, retiró dinero del banco para mí, cargó con mercaderías y lo esperé en la plaza central del pueblo de Roncesvalles, con su más conspicuo estilo *paisa* y cara de europeo, el pié ortopédico bajo el brazo (¡con el borcego puesto!) y las muletas para poder desplazarse sin caer. ¡Un genio!

—¿Te vas a aguantar subir la cuesta todos los días?

—Sí, puedo llevar el *jeep* hasta la entrada de la finca donde está el nido y sigo a pie.

—Siento que a futuro esto te puede llegar a cansar mucho, avísame si es así.

—Nunca Bernabé, es uno de mis primeros trabajos como biólogo y estoy feliz.

Instrucciones de por medio frente al nido, concertados los horarios de observación diaria, y convenida mi ausencia por cuatro o cinco días para arreglar mi mudanza, esa noche nos despedimos apretando palmas como amigos. Madrugando, saldría para Salento para hacerme de mis pertenencias cuanto antes pudiera. Mientras, con alguna cerveza de más por el festejo del hallazgo, decidí afinar la precisión de uno de mis pinceles de pelo de marta (el animal europeo tipo hurón) y tijereteé con la navaja suiza sus noventa dólares de costo dejando tres pelos para mayor agudeza en las ilustraciones a acuarela, es decir, para que me salga bien pintada la periferia del ojo que quería quedara bien finita. Mis libretas de campo una vez más habían logrado su lugar en la historia de la ornitología. En esas andaba, mezclando pigmentos, cuando me sobresaltó con violencia un disparo de fusil a media cuadra, justo desde el parque. Pero preferí no asomarme y seguir paleteando colores para esa ilustración que representaba no sólo el éxito del estudio de los orejiamarillos que recién comenzaba, sino también el peligro de donde me encontraba.

Partí a las seis de la mañana y pasado el mediodía me hallaba contra todo pronóstico hablando en una emisora de radio, por gentileza de la corporación autónoma local, a todo el Tolima desde Ibagué. Me pidieron que le pasara las noticias a la prensa, ya que todo estaba arreglado. Enumeré las generalidades de los principales resultados, que luego se publicaría en el periódico local con un exagerado pero

contundente.

POR HALLAZGO DE UN EXTRAÑO LORO, TOLIMA TIENE EN ASCUAS AL MUNDO.

Con una fotografía mía del animal en su entorno natural, que aparecía publicada por primera vez, e inclusive con una réplica de mi acuarela todavía fresca, se anunciaba en letra conspicua.

"*Ocupan el tercer puesto en rareza en el mundo, se parecen a un guacamayo pequeño, se alimentan de la palma de cera y los pichones más viejos ayudan a alimentar a sus hermanos. Hasta el pasado mes de abril, fueron protegidos, sin saberlo, por las propias Farc. Ahora son estudiados por un ornitólogo argentino*."

¡No había anunciado tal evento a la periodista, no lo de las Farc!, aunque sí era cierto que al menos localmente ellos protegían la fauna por medio de una escala de multas según las especies abatidas por los cazadores. Por ejemplo, ante la matanza de una Danta[1] un campesino debía abonar el equivalente a quinientos dólares. Esto por un lado. Por el otro tenían otro sistema donde no era necesario pagar en pesos, pues me habían contado de una vez que un vecino de Roncesvalles (a quién ya conocía) había sido conminado a no pescar más en un río que yo cruzaba a diario, si comerciaba con las piezas obtenidas. Sorprendido por tercera vez vendiéndolas, en lugar de consumir solo lo necesario en su casa, fue obligado a masticar y tragar seis truchas chicas crudas con cabeza, huesos y entrañas, es decir, todo lo que tenía a la venta en el mercado. Asimismo, ante este régimen de normas impuestas, atrapar los pichones de los loros podía ser una calamidad para los vecinos, por lo antedicho. No obstante, el tono del periódico parecía querer alcanzar un favor ulterior congraciándose con la guerrilla.

"*Es un milagro, y esto sí es anecdótico, que la guerrilla de la Farc haya prohibido en este municipio considerado como zona roja en el Tolima, la tala de árboles, la caza de animales o la pesca con dinamita. De esta manera, el Loro Orejiamarillo estuvo siempre protegido a punta*

1 Tapir.

de fusil."

¿Qué necesidad había de ser tan explícito así sea verdad?

Habría problemas en puerta seguramente ante tales declaraciones consideradas de mi boca y sometí el artículo informalmente a un abogado de la corporación para que me dijera "*tranquilo, esto no lo dice usted sino el parecer de la periodista.*" Más allá de que había sido utilizado para mezclar ciencia con política local, la nota ganaría luego un premio internacional.

"*Por su enfoque ecológico, buen texto y diseño impecable.*"

Así, retenido en Ibagué un par de días por el periodismo y la corporación, partí hacia Salento con retraso. Nostálgico por la necesidad de despedirme, una vez más, situación eterna para el ornitólogo itinerante en que me había convertido. Regresé a mi departamento para avisarle a los dueños que debía irme. Sorprendidos, la noticia fue regándose con tristeza; un amigo se les iba. E igual de triste era para mí. Tizi (Beatriz) sabía que me encontraría de vez en cuando en la nueva Armenia, donde tenía una casa, aunque la distancia hace estragos hasta en las amistades más íntimas. Mientras, armaba mis bolsos y mi amiga bióloga bogotana, en mi ausencia, terminaría de vender unos pocos muebles que no usaría en mi nuevo destino; recorrí las calles del pueblo para saludar a mis amigos y contarles que me iba.

—Adrián te manda decir que quiere hablar con vos —me dijo Sonia o Marta su hermana, a quienes me encontré antes de almorzar en su casa por separado.

—¿Adrián? Sí, ¡pero ya hablamos! Está en la montaña en Roncesvalles cuidando el nido de los orejiamarillos.

Me extrañó igual el comentario, porque vi en sus caras una mirada extraña. Por la tarde seguí organizando mi mudanza y entregué las llaves de la casa. Nuevamente alguien me comentó que Adrián quería hablar conmigo. Y a la hora un tercer amigo me dijo lo mismo, con el agregado de que estaba en el bar de la esquina esperándome.

Fui al lugar incrédulo y verlo jugando a las cartas, con sus botellitas de cerveza *Poker* consumidas en las mesitas mínimas de ese bar, me desconcertó. Allí estaba, rojo al verme, tartamudeando varias incoherencias.

—¡Adrián! ¡¿Qué pasó?! ¿Dejaste tu puesto de trabajo? —le pregunté tranquilo con la cara atónita, saludando apenas a las personas con las que estaba porque no las conocía.

—Pues sí Bernabé, es que me quedé pensando lo que usted me dijo, si no sería mucho para mí el subir la cuesta de la montaña, pero además, me pasaron un mensaje por debajo de la puerta, que vi cuando desperté y usted ya se había ido.

—Bueno, muy bien, pero por lo menos podrías haber esperado a que regresara. ¿Cuándo llegaste? ¿Hoy? ¿El nido está bien? ¿Dejaste los loros bien recomendados por el dueño de la finca?

—Bue…ehhhhh.

—¿Que pasó Adrián? ¿Algún inconveniente con los "permisos" allá? —haciendo alusión a las Farc.

—Y…. —y se quedó en silencio.

—¡Decime con confianza, no hay problema compañero!

—Bueno, le cuento, me fui de Roncesvalles en el bus siguiente al suyo.

—¿El mismo día que me fui?

—Si.

—¿A las cinco horas?

—Pues sí Bernabé, perdóneme.

—Entonces nunca más volviste al nido. ¿Lo viste conmigo ese día que fuimos y nadie más volvió a él?

—Eso parece.

—¿Qué es eso de la nota?

—Firmada por el mismo comandante —se apresuró a decir.

—Bueno, muéstramela si eres tan amable porque a mí me toca volver y quiero saber que dice.

—Ehhhh, la boté.

Debí presionarlo, ya que el anuncio me preocupaba sobremanera, dado que podía decidirme a no volver por supervivencia. Dijo que el

mensaje fue dirigido a él de manera específica con una leyenda que rezaba "*váyase de aquí*".

—De seguro el mensaje no era para usted —enfatizó, dejándome más confundido.

El nido había quedado a la merced de las contingencias y librado al azar. Mientras no daba crédito a la presencia de Adrián en Salento, calculaba sin creerlo que habían pasado ochenta y siete años sin descubrirse un nido de esos loros, para que quedara solo a los tres días de su redescubrimiento. Me angustiaba más allá de eso mi seguridad personal. Él ya estaba seguro con los suyos, a mí me quedaba volver y la incertidumbre era total.

—Adrián, tú con esto me estás diciendo que no regresas.
—¡Pues no! Y quiero mi paga del mes anterior y la de éste.
—¿Quieres tu paga?
—Si pues.
—¿Por haber arreglado conmigo trabajar en Roncesvalles y no haber tomado un solo dato del nido porque nunca más volviste, debido a una nota de las Farc echándote, pero de la cual no tienes nada para mostrarme?
—Así es la vida.
—Bien, pero no te pagaré excepto lo que te debo, ¿está? El mes anterior aquí en Salento, y los pesos que me prestaste cuando llegaste. Pero ante el proyecto, y mis jefes, no puedo erogar un sueldo por un trabajo que ni comenzaste a hacer este mes. ¡No sin esa nota, dime que paso!

Y se quedó en silencio.

—¿No hubo tal nota verdad? Mi "padrino" me dijo que todo estaba bien contigo y les caíste bien.

Y guardó de nuevo silencio mirando para abajo.

—¿Te despediste de él al menos?
—No.

—Mira Adrián, somos amigos y venga tu mano (alcanzándole la mía), no hay problema y muchísimas gracias por tu ayuda.

—Gracias Bernabé —me dijo y nos dimos la mano efusivamente.

—¿Fue miedo?

—Sí, don Bernabé, no quiero quedarme solo en un lugar así.

Me alejé de aquel bar, su entorno. Enseguida fui llamado con una seña por su padre y su madre, personas muy queridas por mí, que pasaban caminando ese día de feria por la mañana, tan transitado el pueblo como era habitual.

—¿*Quiubo* don Bernabé? ¿Lo convenció a mi hijo para que regrese? —comprendí entonces que me habían estado mirando todo el tiempo desde la esquina, obligando a su hijo a hablar conmigo en lugar de esconderse.

—No se trata de eso don Julio, ya está hecho, abandonó su puesto de trabajo y quiere su paga.

—Bien puede usted no pagarle —dijo el papá avergonzado.

—No don Julio, es un buen biólogo y en lo que a Toche respecta, hizo un muy buen trabajo.

—Que muchacho éste —se quejó el hombre, campesino de toda la vida, quién consciente de un futuro mejor para sus hijos, hizo lo imposible para que estudien una carrera, deseoso de que Adrián continuara adelante con su pierna de plástico, su carrera esta vez cacheteada, y que hiciera progresos destacándose.

—Miren, no lo exijan tanto, está recién recibido y tal vez algunas cosas no las quiera hacer. Apóyelo pero no lo obligue, no se ofenda usted.

Y nos despedimos cordialmente, a la vista de su hijo, quién al darme vuelta me saludó con una sonrisa, colorado como siempre y con su muleta bajo el brazo.

De ahora en más, debería descubrir por mí mismo si al regresar a Roncesvalles sus puertas me estaban abiertas, o peor, si no me las cerraban a mis espaldas.

¡Por fin!

CAPÍTULO 27

Encontré una de las víboras más venenosas, la Yararacusú o *Bothrops*[1] junto a un tronco que atravesaba un sendero. Coco me había pedido que dirigiera la marcha para que aprendiera a ser baquiano. Debía reconocer rastros humanos por esa senda invisible. El mejor indicativo era hallar las marcas de cortaduras de machete en arbolitos o cortezas de árboles. Ya habíamos visto una Coral a la madrugada a la que Coco le perdonó la vida por pedido mío. Ahora, cuando les avisé con una seña la presencia del animal enroscado y les pregunté qué especie era esa *Bothrops* negra con marcas amarillas, su destino fue diferente.

—Mire que bonita Bernabé —dijo Coco sin peros, fulminándola con un piedrazo (a ella se refería), que pasó por arriba mío trazando una perfecta elíptica sin siquiera avisarme que tuviera cuidado. La sombra del proyectil pasó sobre mi cara y sonó sordo al caer.

Ni yo ni el bicho ese habíamos podido reaccionar ante la rapidez de Coco. Él muerto, yo medio asustado. Recién entrábamos y el bicherío venenoso que nunca se deja ver ese día parecía estar de moda.

—Muy bien por verla, si hubiese estado del otro lado del tronco en una de esas la pisaba y ahora estaríamos corriendo para Puerto Iguazú… si llegaba… —dijo Celso, serio.

—Siga adelante Bernabé y con cuidado, así como iba —agregó Coco pidiendo al mismo tiempo con el dedo que continuemos en silencio.

Dejamos atrás el cadáver todavía retorciéndose por los reflejos y avanzamos tierra adentro por horas. Esos dos chicos eran realmente expertos. De golpe Celso detuvo la marcha. Su nariz olfateaba como la de un animal, no sólo se sentía su inhalación asincopada con un suave *snif snif* sino que los flancos de la nariz se le movían, agrandándose.

1 Serpiente venenosa.

—Saínos[1] —anunció—, ¿no los siente en el aire?

Por el aroma no, pero sí a los minutos comenzaron a oírse chasquidos y vimos ramas que se movían cerca del suelo.

—Son unos cien... —agregó, pasando de tener la cabeza erguida con la nariz en alto, a agacharse tratando de escudriñar el entorno.

Avanzamos hasta hallar su dormidero. Eso era lo que había estado oliendo, o por lo menos a mí me parecía. El hedor era penetrante, las osadas por todas partes. Se me indicó dónde habían estado recostados esa noche y en qué dirección habían partido. Comenzó a dar vueltas alrededor, utilizó su nariz de nuevo y me anunció que era misterioso, porque estaban todavía por allí cerca, pero habían desaparecido. De hecho así era, no quedaba ninguno.

—¿Tiene sed Bernabé? —me preguntó Coco.

—Les dije que trajéramos agua —agregué—. Sí, tengo sed y bastante; debemos volver porque estamos muy lejos.

—Espere, espere, que acá tenemos agua mineral envasada —y lo miró a Celso que era bastante más alto.

Celso se acercó a una liana gruesa que colgaba desde lo alto, se apuró a trozarla un metro arriba y un metro abajo; la altura no le daba para más. A manera de grifo por la parte inferior comenzó a chorrear un chorro tímido de agua. La podíamos beber, sorprendentemente fresca y de gusto perfecto, elevando el tronco como un periscopio sobre nuestras cabezas y con los labios atentos para alcanzarla. Renovadas nuestras fuerzas y animados, Celso aportó su propia historia con una Yararacusú como la de la mañana.

—Hay que matarlas Bernabé, no se las puede perdonar, porque ella no le va a perdonar a usted si le pone el pie cerca. La coral también, no hay que dejarla viva. La víbora no le va a perdonar la vida aunque usted la perdone antes, ¿entiende?

—Pero Bernabé me lo pidió —protestó Coco sintiéndose aludido por no matar la Coral.

---

1 Pecaríes, cerdos de monte americanos.

—En ese claro del monte en el cual lo encontré ayer, Bernabé —dijo Celso mientras terminaba de tomar agua—, donde están las quince hectáreas de tabaco de mi familia, en una oportunidad usábamos las guadañas haciendo limpieza y vi una Yararacusú muy cerca de mí —en ese momento del relato Celso levantó la voz algo aflautadamente, haciendo énfasis en el peligro—, cerquita, cerquita, tanto que no me dió tiempo ni para correr antes que me picara.

—¿Y qué pasó?

—Mi papá me gritaba que me perseguía y yo más miraba para atrás, más corría.

—¿Qué, te persiguen a esa velocidad? —pregunté algo incrédulo.

—Uuuuuuuu no, pero ésta me tiró a morder clavándosele los colmillos, ¡los dos! en el taco de la bota de goma y quedó prendida sin poder soltarse. Por eso es que me perseguía. Estaba atrapada, sin querer, en mi pie.

—¿Pero Celso, no es que estas víboras pierden los dientes enseguida o se le quiebran en una situación así?

—¿Cómo? Uuuuuuuuu, no. ¿Si no cómo les vuelven a crecer para poder envenenar a los ratones de nuevo?

—Creo que les vuelven a crecer en un mes, lo que se aguantan normalmente sin comer.

Pero en ese momento el aroma a pecaríes se volvió a hacer notar. Celso interrumpió su relato y se puso tenso. Para mí no había de qué preocuparse, no era que los cien pecaríes habían desaparecido, simplemente se habían ido en silencio al asustarse, pero Coco y Celso estaban intranquilos.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? —les susurré.

—Uuuuuuuu, cuando desaparecen así los pecaríes es porque anda el venado sin cabeza.

Interesante. Ya comenzaban a hacerme la cabeza; pero el éxito que tenían era porque ellos lo creían… entonces podían contagiar esa mística.

—El venado sin cabeza —les seguí el hilo de la conversación—.

¡Pero cómo puede ser que crean en semejante patraña, Coco!

—¡¡Uuuuuuu, yo lo vi —aseveró Celso—, y es horrible ver eso!!

—¿Pero cómo es, cómo ve y cómo hace para pensar?

—No piensa, no necesita ver…el camina, sin cuello, ni cabeza —me miró enojado junto a su hermano, ambos en medio de la selva con pantalones cortos, torsos desnudos sudados y botas de goma como única prenda.

Al regreso cedieron para dejarme llevar la Yararacusú muerta a su casa, para intentar prepararla en alcohol y que su piedrazo no fuera en vano donándola a la sección de herpetología del Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia de Buenos Aires.

Fue a la noche cuando Coco comentó.

—Miren, les tengo que contar algo —y atrajo la atención de todos, inclusive sus hermanas.

—Hoy con Bernabé me sucedió algo extraño... —agregó.

Me sorprendí, porque no me parecía "extraño" un día así de intenso sino ciertamente peligroso. Por más que hiciera memoria, más allá de las aves que encontramos con éxito, no recordaba nada extraño. Sí me había sorprendido cuando identificó un rastro mío de varias horas antes, cuando caminábamos de regreso hacia los tabacos. "*¿Usted orinó aquí Bernabé*?" me preguntó mientras había hecho una parada porque su nariz se lo pedía y hacía "fuelle" con sus fosas nasales. A lo cual sentí vergüenza y debí contestar con un sí. "*Ya me parecía que no podía ser de un animal, su orina huele como a picante*." Creí haber sido discreto en aquel momento por la mañana, pero de qué valía si él no lo era varias horas después.

—¿Qué, Coco? ¿Qué sentiste de extraño? —pregunté sacudiendo mi abstracción.

—Los pecaríes Bernabé. Mire papá, a ver si usted sabe. Los teníamos bien cerca, pero desaparecieron como por magia. Así es el *mato*[1].

1 Selva.

Como la vez que vi un venado corriendo sin cabeza y lo intenté cazar. Como magia desaparecen.

Con algunos condimentos u aportes míos de vez en cuando, la iluminación tenue del comedor aquella noche se tornó en la indicada para alargar la conversación nocturna. Coco se aventuraba a hablar y yo quería conocer hasta dónde podía invadir la razón trocándola a sinrazón, por sugestión. Su aseveración del venado fue asentida por todos los suyos, nadie se lo cuestionó.

—¿Lo viste? —le pregunté.
—Sí, sin poder cazarlo, ¡no te digo que desapareció!

No sé qué clase de elucubraciones se inventaba, pero el principal alucinógeno era la fe con la que lo contaba. Las leyendas del monte me volvían a atrapar, ahora clínicamente atendidas en procura de lo que pudo haberle pasado a mi amigo Samuel. Y lo gocé. Hablaron del enano que caminaba por el sotobosque despistando a los demás, porque las plantas del pie las puede girar para atrás pareciendo que viene cuando va[1]. O de luces en los árboles como espíritus de antiguos muertos.

Pero nunca habló se sueños que le indicaran dónde estaba escondido un caldero de oro. En ningún momento. Tenía que hacerle una pregunta mínima para generar el relato.

—¿Y cuando uno duerme Coco, puede soñar con secretos de la selva, con objetos preciosos o armas de historias pasadas?

Pero guardó silencio. Y todos se quedaron mudos. Por lo visto, era verdad que andaban detrás de un tesoro, sólo que desde hace algún tiempo se les estaba escapando de las manos encontrarlo; a menos que lo hallaran luego de la estadía de Samuel, pensé divertido.

Siguió con otros temas, más relacionados a aventuras de cacería. La historia más creíble fue la del camino por donde inclusive, a veces, pasaban camiones o tractores en busca de madera.

1 El "Pombero".

—De noche una vez quedé paralizado —seguía contando Coco—, sentí la presencia de un animal. Caminé lento unos pasos más con la linterna estirada hacia adelante como para ver más lejos y un cuchillo en la otra mano. ¡Un jaguareté se lanzó sobre mí! Pero lo apuñale haciéndolo escapar.

—¿Se lo clavaste?

—Sí, Bernabé.

—¿Lo mataste?

—No, se fugó a morir por ahí.

Al terminar con esa parte del relato, la mamá lo interrumpió severa en nombre de Jehová.

—¡Mentir es una ofensa al divino! —comentó exaltada congraciándose conmigo con una mirada, donde yo debía darle a entender en ese mismo instante que "yo, dioses, no" o me metería el concepto con su ánimo eterno de evangelización. Pero Celso y el papá defendieron a Coco, aclarando que había regresado rasguñado y con el cuchillo ensangrentado.

¿Sabe por qué me salvé Bernabé? Porque el tigre me saltó a la mano, a la linterna, por eso me salvé. Sino no lo estaría contando...

Esa noche Mackoviak padre me había invitado para que los ayudara a cortar tabaco al día siguiente.

—¿A qué hora?

—A media mañana.

—¿Es mucho lo que tengo que hacer?

—Si usted nos ayuda será menos para todos.

Esto evitaba que pudiera irme lejos por la selva, pero acepté con dudas. Argumenté no tener botas de goma contra las víboras, pues siempre ayudan.

—En ese tabacal no me voy a meter ni loco sabiendo la historia de Celso escapando de la Yararacusú.

—Pero sí puedes ayudar a colgar las hojas en el galpón —me

dijeron.

Para ellos funcionaría bien así y estaban contentos. Y para mí era una experiencia única a cambio de divertirme un rato.

A tres metros de altura y haciendo equilibrio, aquel espacio fue pintándose de verde a medida que aumentaba el volumen de plantas colgando hacia abajo, esperando secarse para la venta. Me las lanzaban con las manos y debía atraparlas con cuidado para no romper sus hojas, y engancharlas en un alambre. Una junto a la otra pero no muy apretadas. De pronto hubo un enojo por parte del padre. Al lado del galpón sin paredes donde estábamos, descubrió que una gran cantidad de avispas carnívoras merodeaban el lugar y una lo había mordido o al menos atacado. Observador, detectó la fuente de comida hallándolas en buen número.

—¡¡Una Yararácusú!! —grito de repente.

Ya era mucho una Yarará por día, por lo cual bajé del tinglado y con mis nuevos amigos fuimos a donde estaba el padre; Coco con una vara larga en la mano para ultimar el animal. Para mí era una lástima, porque al cadáver del ejemplar muerto el día anterior, no había podido conservarlo por falta de alcohol y los chicos se encargaron del cuerpo; ahora éste también se perdería. Pero cuando llegué a la víbora la situación era bien distinta.

—¡Ustedes *crianzas*! —les decía a los dos grandulones— ¡No saben qué peligroso es que una avispa de estas nos pique, tan cerca de la casa! —protestaba—. ¡Y una me atacó!

—¿Pero cómo vino a parar este animal acá? —continuaba— ¡Si la avispa come carne de Yararacusú y después los pica, ustedes se mueren envenenados como si la misma víbora los hubiese picado! —tronó.

—Perdón padre, es la víbora muerta que trajo Bernabé ayer; no sabíamos dónde ponerla cuando él la desechó y la tiré —anunció lo más neutral que pudo Coco.

—¿Para qué la trajo?

—Para el museo o algo así, pero no le sirvió —contestó Celso.

Por lo tanto debí acercarme rápido a pedir disculpas y aceptar mi intervención en el hecho. Lo que este señor decía era puro cuento pero si lo creía no hacía falta el esfuerzo de tratar de disuadirlo, menos si estaba tan asustado tocándose la parte donde la avispa se le apoyó en el hombro.

—¡Ya mismo entierran a ese animal! —y mirándome me dijo— Usted ha aprendido hoy una lección, hay que tener mucho cuidado ahora con esas avispas venenosas.

Pedí una pala y con cautela fui tirando tierra sobre el cuerpo inerte, a medida que la lluvia de terrones rojizos, típico del suelo misionero, espantaba el enjambre que ya había dado buena cuenta del cadáver. En el fondo me causaba gracia la situación y más me valía apurarme a volver al galpón a continuar mi trabajo de "tabacalero" o me dejarían sin almuerzo. Miré alrededor y la realidad me abstrajo de mi vida postiza en semejante lugar, donde el concepto de basurero o sitio donde arrojar la basura no existe. En Misiones y sur de Brasil todo lo que sobra vuela por la ventana; la peor de todas es la de la cocina, junto a la cual nunca hay que pararse mucho rato si se está en el patio. Las casas son limpias por dentro, pero afuera son un caos. Pasaría Navidad entre las ratas, las que se comían todo eso y volvían a dormir durante el día entre la ropa de mis amigos. Un panorama común para ellos.

Con los días, como siempre pasaba las veces que visitaba Misiones, el sudor y la tierra de mis manos teñían de óxido los bordes blancos de mis libretas. Los dibujos de pájaros en lápiz que hacía mucho tiempo anhelaba ver, fueron tomando forma en tardes de mal tiempo. Misiones y su selva me habían atrapado. Finalmente, sería Navidad esa misma noche y me habían prohibido por convicción religiosa que "trabajara". Mis dos horas de "tabacalero" junto a ellos, aquella vez de la víbora, ahora me daban la confianza como para protestar. Es decir, yo era su huésped, pero me mortificaba que sugirieran no mirar aves los "días del Señor". Mi actividad allí con ellos, esperando salir rumbo a Formosa al primer aviso de Sofía, era un *hobby;* si se quiere un estado religioso del alma, diferente, sí, pero para nada un trabajo.

No obstante, no los convencí y además era de muy mala

educación pretender algo diferente siendo mis anfitriones. Así, debí adaptarme al ritmo de la familia en vísperas de Nochebuena. Conseguí mis mejores ropas; me bañé más tiempo que lo habitual, al aire libre, al lado de una batea pegada a un riachuelo; utilicé una buena cantidad de colonia para aromatizarme diferente, en mi estado de salvajismo, tan lejano al saco y corbata del estudio R. y C. Lanús; y pensé que todos harían lo mismo. Más no hubo actividad excepto ir a comprar algunas gaseosas al pueblito y dos kilos de carne. Con poca luz, nadie preparaba ninguna mesa, por humilde que fuera, ni se habló del tema. Pensé que sería tal vez como los días domingo, cuando aparecía el pastor evangélico a llevarse su diezmo, es decir, el baúl completo de su auto repleto de zanahorias, papas, sandías, lechugas. El hombre despelechaba a la familia Mackoviak, utilizando su envestidura, con el más absoluto desparpajo. Pero tampoco sucedió esto. Nada pasaba allí en esa víspera de Navidad, con los niños ajenos a cualquier regalo y sin noción de ningún Santa o Noel o Klaus que hiciera su paso a las doce de la medianoche o al día siguiente. Ningún rezo, ninguna oración. Por el contrario, la humedad y el calor sofocante mantenían la zona en un profundo sopor. Finalmente, ya de noche, desde algunas hamacas, los hombres de la casa fueron a buscar leña, se sacó del basural la parrilla, la acomodaron sobre unos ladrillos y comenzó la cocción de la carne, sin una gota de alcohol. En esa Misiones, conformada por una mezcla de cultura milenaria guaranítica con el europeo moderno ya adaptado al castigo del clima, donde la religión evangélica se mezcla con la música mejicana a manera de rancheras, un partido de fútbol entre Argentina y Brasil se vitorea gritando en portugués "*vamos Aryyyentina*", se ven novelas brasileñas sin traducción y todos la entienden, o las maestras locales hablan portuñol a sus alumnos en territorio argentino, no podía esperar una Navidad de las típicas. Y no lo fue. A una veintena de metros de la casa, lleno de unos mosquitos y otros bichitos que llaman "*caga fogo*[1]", de repente alguien dijo.

—¡La carne ya está asada!

Y todos se lanzaron sobre la parrilla, arrancando trozos con las manos. No quedó nada en una pasada. A esta familia yo la recuerdo con

1 Del portugués, por "caga fuego".

especial afecto, como a muchas más que me cobijaron en acontecimientos similares. Nunca pude conocer su secreto del caldero de oro y Samuel, cuando me preguntó si lo había descubierto (incluyéndome, y me lo preguntaba en serio), me dejó con la boca abierta.

El venado sin cabeza.

CAPÍTULO 28

Llegué a Roncesvalles sin ser recibido. Eso era bueno pero ninguna garantía de mi destino. Me refiero a que podría pasar que la guerrilla hubiese salido a combatir a alguna parte y recién volvería en semanas para ajusticiarme, por haber regresado. Pero, siempre hay un pero, la nota a mi ex asistente de campo no parecía ser real. Además, aquello de que se fuera, de haber esa nota, sólo se refería a él. En lo personal, quien respondía por mí, mi "padrino", no dijo nada al verme y hasta preguntó por mi ayudante.

—Se fue sin avisar, de un momento para otro ya no estaba en Ronces (como abreviaban el nombre del pueblo allí).

Atento a evitar cualquier tipo de desinformación le comenté.

—Tengo una idea. ¿Existe en este poblado una radio al aire?

—Pues claro que sí, y televisión privada también —me contestó satisfecho.

—Pues bien, llévame a la radio si eres tan amable.

Efectivamente, existía una estación de frecuencia modulada, incipiente y sin legalizar. Por la desconfianza generalizada que me tenía la comunidad, como a cualquier recién llegado, que mi voz recorriera las fincas de los alrededores me daba la posibilidad de alcanzar los sitios inaccesibles con un mensaje claro. Inclusive emití al aire las vocalizaciones de los loros, lo cual causó gracia y asombro. Mi discurso puntualizaba la necesidad de proteger la especie y presentar los planes de acción que teníamos para evitar su extinción. Por esto, si a corto plazo debía presentarme por cualquier motivo en una propiedad no visitada previamente, sus moradores ya conocerían mis intenciones, recibiéndome con menos desconfianza.

El dueño de la radio no sólo era su dueño, también secretario, periodista, guardia, sereno, cocinero, vivía ahí, y atendía los teléfonos él

solo, pero las llamadas eran ficticias, él mismo hacía sonar una campana (*ring*) simulando las llamadas, que no atendía arguyendo con voz gruesa.

—¡*Nos llaman, nos llaman de todas partes en el Tolima y más allá también! ¡Pero no atendemos porque tenemos un visitante de paso, que vino a verme para saludarlos! ¡En un minuto les presento… al ornitólogo Bernabé, venido de la Argentina, para estudiar nuestros loros orejiamarillos!* —y en ese instante yo le ponía cerca del micrófono los gritos de los bichos mientras él me miraba concentrado hasta indicarme que era suficiente y lo alejara paulatinamente emulando que se marchaban a comer—. ¡*Nuestro amigo, luego de esta entrevista, se marcha tras ellos antes de perderlos de vista! ¡¡Muchas gracias amigo Bernabéééééé!!*

¡Más no le podía pedir!

Desde ese día, cuando me veían ascender una cuesta con lentitud, los campesinos preparaban un tintico o arepas para cuando apareciera bajo el umbral de sus galerías. La radio local era una herramienta para poder ingresar en todos los hogares y en cierta manera, presentar mis intenciones indirectamente a las Farc, sin intermediarios y voceros que pudieran ir cambiando mis discursos según su conveniencia. El nido de los loros no había sido saqueado y mi rutina de inmediato se ajustó a un sendero que repetía a diario entre una cabaña de madera muy linda que había alquilado y el refugio, dándole comodidad a quienes me observaban, relajando sus guardias.

Desde ese mismo día, si bien nadie se refería a mí como don Bernabé, más o menos me saludaban. No como en Salento, donde por algunos periodos la gran mayoría me retiraba el saludo según la oleada y procedencia del chisme. No obstante, no podía intimar con nadie y mucho menos ser dicharachero con mi sexo opuesto, pues en este pueblo, totalmente tomado por las Farc, no podía saber con quién hablaba más allá de sus fachadas. Mi celibato era practicado al pie de la letra. ¡Cómo extrañaba Salento! Al mismo tiempo, al ser sus pobladores más oscos por naturaleza, esta situación se daba naturalmente. La cabaña tenía teléfono, siendo la única construcción de Roncesvalles enteramente

de madera a la vista, realmente muy cálida y con una vista magnífica. Ese teléfono me permitió conectarme a Internet y mi gran secreto era difícil de acallar cuando se escuchaba la chicharra en diferentes tonos si necesitaba enviar los mails. Esta necesidad, ahora que el proyecto ganaba acción a diario por los resultados que obtenía, era crucial para conectarme con Henry Man, su líder. Di un paso más. Insólitamente, contratando el servicio en Ibagué, entró una pequeña camioneta con el logo de una famosa marca de televisión satelital. Fue la primera vez que la empresa colocó el servicio en aquel remoto paraje, contra todo pronóstico.

—Tener televisión privada por satélite es de burgués —me dijo mi consejero "padrino".

—¡Sí, pero si grabo en VHS los documentales, se pueden pasar por el canal privado local! ¿No es excelente idea?

—Pero no es legal.

—Bueno, haremos nuestro propio documental entonces.

Increíblemente, los dejaron pasar y pusieron la antena parabólica a la vista, en la ventana de mi escritorio. Tanta era la soledad social allí (autoimpuesta de alguna manera), que la programación de películas me llevó a un plano de éxtasis espectacular, haciendo tronar la estructura de la casa con parlantes de frecuencias bajas y muy buen sonido, justo como a mí me gustaba. Por otro lado, no tenía ningún vehículo todo terreno y más allá de utilizar un caballo algunas veces, siempre caminaba y esto era bien visto por la comunidad. Mantenía mi perfil bajo y no ostentaba, lo único excéntrico era la antena de televisión.

Una costumbre que me quedó de Salento era no visitar solo ningún bar, jamás hacer papelones, e ir a comer todas las puestas de sol las riquísimas arepas. En toda Colombia son realmente una delicia, en especial "de parado" al lado de una parrilla en la vereda, calentitas con sus brasas a leña encendidas. La comida era de lo más sencilla. A veces iba al restaurant del hotel, pero por lo general cocinaba solo en mi casa. Todo este orden me hacía pensar con claridad y extrañar mucho a una persona que me gustaba de verdad, de Bogotá, que conocí en Salento y me quitaba el sueño. Pero nada más alejado de Bogotá, de donde era ella, que el lugar donde estaba. Nada más a trasmano. Estos impases

míos para moderarme, no haciendo doler corazones por ahí, eran muy de vez en cuando, pero siempre que los viví duraron años. Así como era un terrible, también me convertía en la persona más fiel sin excepciones cuando de amor y amar se trataba. Justo cuando aparecieron los loros, ahora que los tenía a mano y por fin eran reales, me pasaba esto. Pero, en la práctica, no importaba para nada, porque ella no estaba todavía enterada. Mis cartas eran más bien neutras y muy técnicas, en su calidad de estudiante de ingeniería en sonido y audio.

El proyecto necesitaba un nuevo asistente de campo. El candidato idóneo era aquel que justamente me había presentado a los loros, Alfonso Quejada. De unos treinta años, vivido en la Unión Soviética y a punto de graduarse de médico hasta que el régimen colapsó (léase Perestroika). Muy inteligente (luego estudió abogacía en Colombia) y con la intención de trabajar con pasión. Últimamente asociado al estudio de la danta (tapir) de montaña. Por supuesto esa condición de *asistente* era impuesta. Por él mismo y por la corporación regional, indirectamente, debido a sus contactos con el sector político en la zona.

—¿Cuándo puedes comenzar a trabajar? —le pregunté por teléfono.

—¡En diez días!

Llegó la fecha y volví a preguntarle cuando venía.

—En diez días —aseveró.

Pasó ese tiempo y me comuniqué de nuevo, pero atendió su novia. Me convenció que tuviese paciencia, que en cinco días regresaría de un trabajo imprevisto y se uniría al proyecto.

—Llamo en cinco, el líder del proyecto no puede esperar más —le comenté.

—¡En cinco días lo tienes contigo! —dijo muy amablemente.

Pasaron los cinco, y sin noticias. Por lo cual llamé de nuevo. Ésta vez di con él y prometió aparecer en diez días más. Me estaba

tomando el pelo, o realmente era normal ser así por el Tolima, no lo sé. Me aburrí de esperar y algo debía hacer. Decidí contratar a otra persona y el día que la conseguí recibí una llamada de Alfonso (porque las noticias volaban en Roncesvalles). Ya habían pasado cuarenta y cinco días y yo no daba más entre realizar el trabajo de campo yendo a diario al sitio del nido y otras áreas de alimentación, y al mismo tiempo realizar informes y armar la logística para el resto del proyecto con Henry. Mi "padrino" Infráin tenía una sobrina ingeniera agrónoma, a quién me presentó como una profesional excelente. Me conminó a emplearla y así tuvo que ser. Necesitaba un perfil de biólogo, pero nadie accedería a esas soledades por miedo a la guerrilla, al menos que estuviese muy habituada a Roncesvalles, donde todo el mundo tenía que "convivir", gustara o no, con ellos. Por otro lado, Infráin no me era de total confianza, mentía en cosas chicas y no sabía hasta qué punto podía involucrarme desfavorablemente con las Farc como mi responsable o padrino. Por lo tanto mejor era no mover el avispero y acepté a Leonarda.

Unas de las primeras actividades asignadas consistieron en que perdiera indirectamente varios kilos de peso caminando por los bordes de los parches de palmas de cera y bosque en contraste con las áreas de pastura para el ganado, utilizando un sistema de posicionamiento global (GPS) para contornear las áreas y luego calcular superficies en hectáreas. Sólo en mis ausencias cortas atendería la vigilancia de nidos activos, conteo de las bandadas y colección de muestras para aquellas plantas de las que se alimentaran los loros. No funcionó en ninguna de las tareas encomendadas, templando mi paciencia, sin perderla nunca. Correspondía expulsarla, de la misma manera que me la impusieron. Pero no podía hacerlo en aras del progreso del proyecto a escala macro. Su figura era necesaria para Henry, por un lado desde Inglaterra, y para Infráin a nivel local. En fin, tenía que arreglármelas como pudiera. Ojo, era muy correcta, pero también una ingeniera agrónoma sin ganas que cobraba bien.

Infráin comenzó a darse cuenta que prefería hacer gran parte de mi trabajo solo, como ornitólogo que soy. Tal vez percibiendo la falencia de Leonarda, y probablemente su negativa a trabajar con agilidad, comenzó paulatinamente a suplantarla para realizar la toma de datos él, porque en definitiva siempre éramos tres (aunque Infráin sólo

mirara), por el tema del "qué dirán" si la veían sola conmigo. Muy poco profesional todo, pero era lo que había.

La situación se estaba convirtiendo en insostenible, pero por otro lado siempre existió un buen trato entre los tres, o cuatro cuando aparecía el marido, inclusive con cenas de por medio y alojándome en su casa de Ibagué. A la larga terminé en el campo solitario sin poder hacerla renunciar por temor a represalias. En una balanza, debía medir la consecución del proyecto con una asistente improductiva, con echarla so pena de alterar mi existencia y la del estudio de los loros. Al menos podría canalizar la justificación de su sueldo si la asociaba al incipiente programa de educación ambiental.

Unos amigos muy queridos de Manizales, Jaime y Lucía, por medio de un fondo filantrópico del que ellos son dueños, con ese desprendimiento que los caracteriza, nos donaron remeras con la figura de los loros y un mensaje de conservación. Unas cien. Son muchas en principio y teniendo en cuenta los costos, pero escasas para repartir entre tantos niños de finca. En su nueva obligación, le asigné a Leonarda elaborar una lista de familias que vivieran exclusivamente dentro del bosque de palmas de cera donde pernoctaban los loros. Allí se repartirían. En dos meses nunca lo logró. Situación a la cual no daba crédito.

—¿Podría usted elaborar una serie de cuadernillos educativos para repartir en las escuelas? —fue una de mis últimas preguntas.

Pero una vez elaborados los escondió, argumentando que si la sacábamos del proyecto no le daría créditos por su trabajo realizado. ¿Algo más? ¡Ahhh, si! Quedó embarazada de su primer niño. Ley y estudios de loros, guerrilla presionando y mis jefes en el extranjero que no asimilaban lo complejo de la problemática local. ¿El principio del fin de un proyecto bien encaminado, por incompatibilidad de circunstancias?

Tendría que ir a Bogotá a solucionar algunos temas, de visa entre otros, y mediante una buena comunicación con Henry, sin ser escuchado por teléfono o interferidos mis mails como pareciera estar sucediendo en

Roncesvalles (mi línea tenía ruidos muchas veces mientras hablaba, o se sentía una respiración), podría de una buena vez por todas explicarle cómo era mi vida en ese pueblo. Él pensaba que yo podía actuar con toda la libertad del mundo, con la mejor buena intención por supuesto, pero donde en realidad se me ponían restricciones que él pensaba podía transgredir so pena de acusarme de no profesional. En definitiva, debía enfrentarlo y hacerle entender que tenía que equilibrar la situación y aceptar mis condiciones, por mi supervivencia y la del proyecto.

Mascullando este asunto, en Bogotá visité a la bióloga de Salento, pero antes debía ir a cambiar un cheque al Banco Cafetero sobre una de las avenidas más conocidas de esa capital. Cuán grande fue mi sorpresa cuando reconocí la fachada del edificio, el banco propiamente dicho.

Llegué a su casa atolondrado.

—¿Pero qué te pasa? —me preguntó al rato.

—¿Puedes creer lo que son las cosas Sandrita?

—¿Qué? Te veo como serio. ¿Acaso mi primita te ha estado escribiendo?

—¿Cómo sabes eso?

—Por algo somos primas, Bernabé. Me dijo que si venías te comunicaras con ellos.

—¿Ella o ellos?

—Ellos, sí. Todos, mis tíos, ella y sus hermanos, quedaron muy contentos cuando te conocieron en Salento hace varios meses.

—Sí, sí claro, me encantará verlos.

—¿Verlos o verla?

—Muy graciosa.

—Dime ahora que te anda pasando.

—Nada trascendente, pero te cuento un caso extremo de las vueltas de la vida. Debía cobrar un dinero al Banco Cafetero y fui a la misma sucursal en la cual estuve hace años como turista por Colombia. De cientos de bancos y habiendo estado sólo tres días en Bogotá en un viaje de un mes, esa vez fui a un Banco Cafetero a cambiar unos

Travellers Checks[1].

—¿Y qué? ¿Era la misma cajera a la cual habrás enamorado?

—Pues no, mi enamorada ese día quedó en el auto.

—¿Me estaá…?

—No importa —y me reí.

—Esa vez, luego de esperar un buen rato en la ventanilla, me dieron mis pesos colombianos. Mientras los contaba rápido porque debía partir al aeropuerto (ya que me iba al Pacífico a terminar mi viaje), caminé lento para no tropezar en dirección a la puerta de calle. Como había de guardia un señor con un tremendo "trabuco" afuera, me sentí seguro contando. Pero ya no pude concentrarme: sentado, a un costado, esperando ser atendido detrás de mí, había estado todo el tiempo una persona que conocía de Argentina, de mi pueblo, de cuando yo era chico. ¿Entendés?

—No.

—Era un cura, con hábito de cura todavía, que me observaba cuando yo iba saliendo, mirando para arriba y para abajo, al piso, tantas veces que fue lo que me llamó la atención y por eso le clavé los ojos asombrado cuando lo reconocí.

—¿Pero cuál es el cuento? ¡Lo habrás saludado y ya! ¿Cómo se llama? Puede ser que lo conozca.

— Fabián Beláustegui, es un sacerdote paisa. O seguía siéndolo aquella vez.

—Explícate…

Y le hice un resumen, quedando consternada, sobre aquella historia que ya conté capítulos atrás.

—¿Pero y tú cómo estás?

—¡Pero no seas aparato! —y me reí—. Fue hace mil años lo de Saladillo y hace varios años lo de la coincidencia impresionante de hallarlo en Colombia, no en Medellín sino en Bogotá, habiendo pasado aquí sólo tres días, y más impresionado quedé cuando lo vi con el hábito de sacerdote a pesar de haber sido denunciado por mí y por mi familia.

—¿Y qué hiciste? ¿Te reconoció?

—Yo creo que sí, pero pues claro, él me había conocido de

1 Cheques para viajeros.

chico y en Argentina, entre tanto me cambió la cara a adulto y él me veía en Colombia, tan lejos de mi país. Le costaba dar crédito a lo que veía.

—¿Y qué hiciste? ¿Lo saludaste?

—¡Ni loco! Debiera decirle que es una vergüenza que ande todavía haciendo quedar mal el catolicismo con su cuellito de sacerdote. Cuando me quedé duro con el fajo de billetes bajo el censor de metales del banco, otro guardia de civil amablemente me dijo que debía permanecer adentro o salir, pero no estar en el medio. Y decidí salir. Continuar mis vacaciones…lo que me faltaba… Estar de plática con el muy imbécil.

—Y, si, te entiendo…

—Me da gracia la casualidad de esa vez, y ésta donde terminé repitiendo la sucursal del banco una vez más. Te digo una cosa, algún día tendría que ponerme a escribir un libro con todas estas cosas.

Henry Man me escuchó enfático con respecto a que él no debía insistir en ingresar a nadie de afuera en Roncesvalles hasta que la guerrilla me lo permitiera. Que era yo el que decidía cuándo podía ser el momento para que esa persona ingresara. Y que yo decidía que la asistente, a pesar de que era un fraude, debía quedar allí hasta nuevo aviso para evitar cualquier enojo por parte de las Farc, quienes podían provocar mi expulsión por ser persona no grata o lo que es peor, que me mataran. Todo esto, que es fácil de entender, por nuestra idiosincrasia, no lo es para un británico. Hay que ubicarlo en las circunstancias, con la dificultad del idioma, por más pulido que éste lo hable (especialmente Henry que manejaba muy bien el español), porque va más allá de lo que es mera comprensión, pues pasa por lo práctico/cultural.

—¿Si no sirve, para que *la* pagamos *Barnaby*? —era su respuesta.

Y tenía razón.

Pero sólo con el tiempo comprendió. En ese momento el gran problema mío radicaba en su ansiedad respecto a solicitar a los donantes que continuaran liberando fondos en Colombia para ingresar más asistentes. Él decía que ya era un país seguro. ¡Nada más opuesto a la realidad! En Londres él desarrollaba un clima de confianza haciendo de cuenta que se trataba de un proyecto de conservación como cualquier

otro. Mientras los donantes querían ver resultados estándares con profesionales idóneos, lindas fotos, expertos ornitólogos de visita, y por lo tanto, más ingresos de fondos en un efecto retroactivo. Siempre lo entendí, no había discusión en eso, pero el tema era de vida o muerte para mí *in situ*. Las cosas debían continuar un tiempo más sin cambios por "mi decreto de hecho" en la zona roja donde vivía. Le gustara o no, fui enfático en negarle la presencia de más personas en el área de estudio.

Ya culminando mi viaje y pronto a partir de nuevo para la montaña -la cordillera central (Bogotá está en la Oriental)-, debiera haberme ido nomás, pero me quedé dos días más. Y tres también.

Me llamaban poderosamente la atención unos ojazos marrones con el corazón más dulce que hubiera conocido en mi vida, mezcla de inteligencia y femineidad, sonrisa y risa, alegría y tesón. Y caí bajo su hechizo a pesar de mi resistencia. Desde ese día las cosas ya no serían como antes.

Por ser el amor lo más sagrado que protegemos y más guardamos de los demás, ésta no será una excepción y mi descripción de ella no llegará más que hasta acá.

Virginia.

CAPÍTULO 29

Al parque nacional Pilcomayo lo conocía bien, de dos viajes previos. Uno de ellos había sido en verano, cuando a las dos de la tarde hay que concentrarse para caminar bajo el sol con cuarenta y dos grados de temperatura. El aire húmedo se vuelve tan caliente que a cada bocanada parece quemar los pulmones. Por eso lo de concentrarse, me refiero a no sentir temor por el sofoque constante a cada inhalación, hasta que en horas, al bajar el sol o por la presencia de nubes, disminuya esa sensación. Mientras caminaba lento campo adentro, los guardaparques se podían oír lejos, gritando un gol al sol en su mediodía de descanso. Increíble que pudieran recortar sus sombras en pleno contraste contra el suelo blanquecino de un polvo fino y volátil, sin caer desmayados jugando al fútbol.

Nuevamente en ese paisaje, ésta vez la expedición se convertiría en un libro. Acababa de enterarme por Sofía. La tenía enfrente, caja de la camioneta de por medio, mientras la descargábamos repleta de equipo científico y equipaje. Misiones quedaba a nuestras espaldas habiendo atravesado Paraguay entre Ciudad del Este y Asunción, una forma de acortar camino. El anhelo largamente esperado de poder aportar una publicación sobre aves para un parque nacional se hacía realidad con un comienzo que no esperaba.

—¿Y mi mochila con toda mi ropa? —dije de repente habiendo bajado todo y sin que apareciera.

—¡Si no sabés vos! —se rió Sofía.

—¿A veces pasa no?

—Por lo menos no la perdiste, debe haberte quedado en el galpón de parques, en cambio mi bolsa de dormir voló por los aires.

—Mal día, pero lo más importante lo tengo… —dije sonriéndole mientras levantaba los binoculares y la libreta de apuntes en el aire.

Vi una carreta de las antiguas, de dos ruedas, junto a cuatro bueyes de distinto color y largas guampas a los cuales ubicaban a cada

lado de una pértiga. Estábamos en una finca de las de antaño, cien o doscientos años atrás en su fisonomía y actividad, con paredes de barro, una familia curiosa con niños que esperaban ver quiénes llegaban y una mujer atenta a su marido, el cual se iría unos días con unos biólogos para hacerse de unos pesos siempre bienvenidos.

—"Eso" no puede ser para nosotros —pensé, aunque muy en el interior añoraba que sí.

Pero Sofía y dos guardaparques pronto cargaban el carretón. Las ruedas también eran de madera como el resto de la estructura, mucho más altas que mi estatura, con pintura que había sido alguna vez blanca. El dueño de todo esto se movía ágilmente ubicando en sus puestos a los animales, actividad que parecía haber mamado desde niño. No improvisaba. Por lo visto por esa zona de Formosa seguían utilizando ese método de transporte. Sofía y el mismísimo Coco Mackoviak por primera vez salido de la selva del Urugua-í, más otros asistentes, estaban prestos a la primera orden de salida. Ingresaríamos al Parque Nacional Río Pilcomayo en su parte norte, la que nunca era visitada por los expertos en animales o plantas. Por lo difícil del terreno con bajíos y barro, pastizales secos altos y esteros recurrentes, e inclusive montes con palmares inundados que había que esquivar, no servía ningún vehículo para ingresar excepto la tracción a sangre. Al parecer hubo una expedición hacía dos años donde recurrieron a un tractor, pero se encajaba y además del ruido espantando la fauna dejaba destruido el suelo. Sea o no buena idea llegar al Pilcomayo en ese carretón, así partimos desde temprano rumbo a la frontera con Paraguay a un punto denominado Juntas.

Once horas cansaron a las bestias, caballos, paciencia y personas. Los mosquitos se tornaban insoportables bajo ese sol recalcitrante. Acepté tomar el whisky de las petacas de bolsillo que más de uno cargaba en lugar de bañarme de repelente de insectos. Éste desaparecía rápido de la piel debido al sudor, ante el avance lento bajo el sol. En cambio algo espirituoso como cualquier trago adormecía las picaduras de tantos bichos.

Se avanzaba a campo traviesa. El pastizal era aplastado por los

dos primeros bueyes, algún colaborador cansado iba trepado al carro, y el resto caminábamos detrás tratando de no rezagarnos. La caravana la cerraban los jinetes (por guardaparques), quienes estaban sorprendidos por la metodología de ingreso, aunque la disfrutaban grandemente. Era mucho el peso para las bestias de tiro, en especial debido al suelo húmedo que cedía y hacía lento el andar. Pero al final del día, a sabiendas que no llegaríamos al río sin un esfuerzo extra, hubieron de jalonar la carga los jinetes con sus pobres caballos. Un mosquito especial, entre los millones que nos *vaciaban*, se posó en mi sien. Por el cansancio no sentí el dolor de la picadura hasta tarde, justo cuando se marchaba cargado de sangre. Se fue hinchado haciendo el típico "sonido de mosquito cargado". Rabioso, seguí su vuelo con la mirada y luego con los binoculares. Allí iba pesado y lento hasta posarse pastizal de por medio en el tronco gris y liso de una palmera Yatay. Me detuve decidido.

—¿Qué pasó? —me preguntaron los de retaguardia.

—Ustedes sigan, ya vuelvo —dije, mientras veía a todos parando la marcha, mientras se espantaban aquel tormento alado esperando saber que haría.

Me vieron desviándome, avanzando por el pasto entre zancadas extenuadas, fija mi vista en el maldito que se había llevado mi sangre. ¡Llegué al poste medio minuto después y le incrusté un palmazo bien sonoro y alegórico por todos los millardos que me habían picado, no sólo a mí sino al resto de la expedición!

—Ya está, un mosquito menos —dije volviendo satisfecho, con cien más zumbándome en las orejas y viendo la cara incrédula del resto de la expedición.

Era momento de reparar en que no valía la pena seguir. Las monturas habían pelado hasta su sangrado los lomos de algunas yeguas y los bueyes desfallecían. Sentí culpa porque esos animales arrastraran mi equipo, así de mal estaban los cuatro. Pero qué puedo decir si uno solo de los yugos de madera sobre los cuellos de los bueyes pesaba el doble que cada mochila. El paisaje de todo el parque nacional era inmenso, admirable y monótono. Con el sol en alto me había puesto insensible, pero ahora al sentarme por primera vez en el día, sabiendo

que una carpa me aislaría de los mosquitos para poder dormir bien por más que mi estado de limpieza fuese deplorable, dejarse inundar por la puesta de sol era acogedor. Al mirar hacia donde se acababa el día, las nubes llegaban a mi mirada joven rabiosamente coloreadas, recortadas por el distinto tamaño de cada palmera estática, que ya se veían negras, sin una pizca de viento. A la voz de "alto" para toda la caravana, los baquianos machetearon algunas áreas para instalar el campamento. Ellos, luego de comer frugalmente y "hacer" bastante humo blanco para espantar las sabandijas, se acomodaron junto a un árbol o bajo el carro, únicamente tapándose con una manta y arriba un mosquitero. De almohada servían partes de sus monturas. Gente aromática, sí, igual que todos, como siempre habrá sido desde la llegada del europeo a esas tierras que mucho después, pero tanto antes que nosotros, descubrieron vírgenes los primeros jesuitas naturalistas. El tiempo se hacía uno mientras anotaba lo que pasó en el día, oyendo cerca a los caballos y los bueyes recuperar fuerzas, masticando en el gran pastizal, frente a la salida de la luna, enorme y amarilla. De repente, una sombra en forma de ave rapaz voló hasta el tronco alto de una Yatay. Y gritó su canto largo y loco de varios minutos. Tanto que al terminar era noche cerrada. Un Guaicurú, me dijeron. *Herpetotheres cachinnans*, anoté. Desde ese momento decidí que la tapa sobre mi monografía de las aves del Pilcomayo tendría ilustrada esa especie.

Del diario de campo, transcribo textual a modo de resumen y como ayuda memoria:

"*Primero de junio de 1995. P.N. Pilcomayo. Llegada por Ciudad del Este. Puente repleto de mercaderes. Churrasquerías en la ruta hacia Asunción (carne colgada en la banquina). Camión se nos tiró al pasar a otro, podríamos habernos reventado. Coco, Celso, Edi y Sofía, todos a 140 km por hora. Policía de contrabando, sin novedad. Llegada a Laguna Blanca sin novedad. Salida a las 6 a.m., cambio de camioneta. Carro pronosticado para todo el día. Partida 7:30 a.m. con dos yuntas. Me rompo la cara con trampa de aluminio para ratones caída desde arriba del carretón. Carreta durante veintidós kilómetros. Coco Marayá (?), yo caminando. Varios golpes de ruedas contra palmeras. Me hicieron caer en un pozo. Mamíferos entre mis patas en el pastizal (?). La jaula contra la cara por segunda vez. Curado y pintado*

todo el día con Merthiolate (iodo). Carreta tirada por dos yuntas de bueyes, Noser y Manzo adelante, Oro y Ciervo los de atrás, más cuatro caballos al final. La carreta iba casi tapada por los pastizales. Se hace pesada con barro o en los esteros. El carrero va sentado en el medio: pértiga, entre los animales. Almuerzo: milanesas con licor de chocolate calentado a 36º. Nos encontramos con los guardaparques. Pertiguero vive en Miguel Arce: calle Alfonso entre Dominica y Rivadavia (3613) Laguna Blanca, Formosa. El látigo casi nos da en la cara. 'Los bueyes no querían venir por el yuyal' dijo el pertiguero. Cuando choca con el tacurú[1] *se levanta el carro y todo el equipo se sacude al caer. Se acostó un caballo y cayó Daniel (guardaparque), caballo muy cansado. Sofía cocinó muy bien en plena noche. Lugar de acampe espectacular, bruma se ilumina con la luna. Edi (misionero) se bañó con una palangana. 'El hombre que se baña con una tasa' dijo el pertiguero. Grandes quebrachos. Encontraron las zanahorias después del tacurú.*"

Amanecimos temprano. No habíamos dormido tan lejos del río. Reconocimos su proximidad por una tenue selva en galería a lo lejos. Los guardaparques nos acompañaban en especial por si hallábamos al ejército del Paraguay. No entendí la precaución aunque sí conocía su fama, a pesar de que estábamos del lado argentino. Tiempo atrás unos conocidos de todos se animaron a bajar el Pilcomayo en canoas, río binacional. Una expedición excelente con filmadoras y teleobjetivos potentes para elaborar un documental. Pero habían sido detenidos por militares de Paraguay que no entendían razones. Fue extraño, porque su situación no era ilegal, por el contrario, de una simple petición de documentos no debía pasar. Pero no practicando ninguna regla de diplomacia esos soldados desaparecían sus miradas bajando las viceras verdes. Sin poder vérseles las caras mientras escuchaban sus argumentos y le contaban que se dedicaban a documentar la naturaleza, guardaban un silencio incómodo sin bajar las armas. Bajo promesa que siguieran río abajo, los habían dejado partir. De allí mi conocimiento, al menos, sobre la fama no tan mal infundada del militar paraguayo en la frontera con Argentina.

Mario, uno de los guardaparques al cual conocía bien por ser el más ornitólogo, me hizo una seña para que lo acompañara con unos

1 Termitero de tierra maciza protuberante sobre el pastizal.

baquianos. Me intrigaron cuando avanzamos en fila india costeando el río entre los árboles, todos en absoluto silencio. En las Juntas, sitio en el cual se unen el Pilcomayo con otro río más, encontramos fosas realmente inmensas, de doce metros cuadrados, con una profundidad de tres o más metros; no podía darme cuenta si eran más profundas, por el agua que se juntaba en el interior. Los montículos de la tierra removida también eran prominentes. Unas escaleras caseras y maltrechas permitían descender. Otra fosa más grande la encontramos contigua a la primera y sucesivamente iban apareciendo más.

—¿Quiénes desvarían de tal modo en esas soledades? —me preguntaba en silencio.

—Esto no lo puede hacer una sola persona sino un grupo organizado. ¿Serán mineros? —seguía mascullando mientras procuraba llegar a Mario que caminaba siempre rápido, para preguntarle.

—Los militares paraguayos entran al territorio argentino buscando tesoros. Los soldados realizan el trabajo. Han hecho tantos pozos que parecen no haber encontrado nada. Buscan el oro de alguien que recorrió el río hace más de ciento cincuenta años y al parecer escondió una fortuna en metal. Las crónicas hablan de un sitio específico, las Juntas del río Pilcomayo. Agáchense para ver entre la vegetación, vean, allí se junta el brazo norte con el brazo sur del río. Ellos traen un experto con una sensibilidad especial para sentir oro en sus manos a través de una rama como ésta —se agachó y recogió una de las horquetas abandonadas que los había llevado a trabajar tantos meses en una faena totalmente desquiciada e ilegal.

Paraguay debía tener gente que creía en los calderos de oro también.

Del diario de campo:

"*Dos de junio de 1995. Edi se cae en el pozo de los tesoros. Se armaron las redes. Calor. Extiendo las trampas de aluminio para ratones en una transecta, se llaman Sherman. Perdí una trampa, no la encuentro en el pastizal. Se expulsan unos cazadores con lanchones a motor, tenían un pecarí. Por la noche cayeron los primeros murciélagos. Sofía no usa los guantes para sacar los bichos. Whisky y de los*

guardaparques, pero se acabó al mediodía. Espínola se fue y también los carreros. Lo más duro es cebar (?). Coco captura mojarras en una especie de madrejón. Coco fue punzado en la mano por un Mandí de la familia de los bagres. Todos capturados con la mano. Coco recibe otro puazo de Bagre y tiene mal la mano todo el día. Vampiro en red. Hormigas por todas partes, bajo la ropa y hasta arriba. Sofía duerme en una hamaca y por la mañana asoma la cabeza para saludar. Hoy preparó ratones que mató con agujas repletas de alcohol. Lo mismo con una rana pero poniéndola en formol diluido al 10%. Las manos las tengo destruidas."

Luego, en días siguientes:

"*El día es enteramente dedicado a las aves, sin el uso de redes. Buenas fotos del Guaicurú. Recién comienzo a ver algunas buenas especies. Sofía está de acuerdo en no darle tanta bola a las redes por lo poco que cae. Glaucidium brasilianum, tremendo Caburé, me metió las garras sucias entre las uñas del índice y anular, necesité ayuda para sacármelo. Redes de Sofía con agujeros por mordida de murciélagos, no recogieron las redes anoche y escaparon masticando los hilos. La rutina es: redes y trampas por la mañana, tarde preparando ratas (Sofía) y una Urraca (yo). Quedó bastante aceptable pero se le cae el cuello*". "*Partimos al quebrachal. Se va haciendo de noche y contrastan los bultos blancos de las cargas siendo útil para seguir los caballos de Mario y el carguero. Toda la travesía con algo de luna (nubes) en el pastizal.*"

Para aquel entonces mi capacidad de asombro tenía más rango que hoy. Me costó concentrarme en mis faenas colocando redes de neblina para atrapar pájaros en inmediaciones a las fosas. Más de una vez miraba el suelo desnudo en búsqueda de una moneda de oro. Exótico. No obstante, ese mismo día por la tarde me ocupé de registrar un área más alejada en la cual nadie había incursionado. Hallándome en eso, en algún momento mi guía de aves cayó entre el pasto. Al descubrirlo me di cuenta que podía estar en cualquier parte de un pajonal de veinte o más hectáreas. Regresé por la senda que había dejado por pisoteo entre el pasto. El rastro era confuso y finalmente desapareció. Cuando di por sentado que no tenía manera de saber por dónde había caminado,

pero convencido que estaba cerca del libro tirado en el piso, decidí desplazarme dando círculos cada vez más amplios hasta de una buena vez poder toparme con él.

—Debe estar por acá —pensaba—, dale Bernabé, tené paciencia que lo vas a encontrar. Dos metros para allá, dos metros más, ahora dos a la izquierda y volver a doblar.

Un chasquido de pajas como sacudidas por alguien con una vara hasta casi mi rodilla, me hizo parar en seco y retroceder por precaución.

—Que no sea…. Que no sea…

¡Y si, era una tremenda Yarará que por fallar me perdonó la vida! La vi al asomarme un poco, estirando la cabeza desde donde provino la mordida, reacomodándose gorda y escamosa, bien reptil, con su nariz y mirada detestable, enrollándose de nuevo. La esperé y pronto se desenroscó para continuar reptando por el pastizal. ¡Su cabeza había llegado hasta a unos diez centímetros de mi rótula, no lo podía creer! Alcé la vista y mire los 360° de pajonal alrededor mío.

—Si hay una, hay decenas —pensaba amargado por tener que atravesar ese mar de vegetación de nuevo.

Así como lo cuento tranquilo ahora, sentado y sin susto, en ese momento el corazón me latía a mil y la adrenalina me mantenía desmedidamente alerta. Como siempre pasa en estos casos, una visión es la teórica; otra, vivirla de verdad. Desde ese día un manto de precaución exagerada invadió mi existencia, porque realmente estábamos muy lejos de cualquier centro de asistencia y sin comunicación posible para tratar una mordedura venenosa. Más allá de que los guardaparques tuviesen sus radios, no había a dónde llamar. Hasta la noche me quedé en la carpa que cerré meticulosamente. Y allí quedé por horas impresionado sin salir.

—¿Alguien vio a Bernabé? —preguntó Sofía, que desde hacía horas estaba sentada en el campamento preparando sus ratones muertos destinados al museo.

—La verdad, nadie sabe nada —escuché que decía Coco a pocos metros.

Todo lo escuchaba, obviamente, por encontrarme en el campamento.

—Hoy temprano lo vi meterse en su carpa —sumó Mario, con lo cual ya no podía esconderme más.

—Acá estoy —les hablé—, no me hablen de yararás…

Y les conté.

—Salí de ahí ahora o no vas a salir más —me dijo sabiamente Mario y hasta hoy le estoy agradecido.

La prospección ornitológica fue tornándose en éxito. Aunque me faltaba algo. *Basileuterus flaveolus*, uno de los pájaros más pequeños de las selvas en galería, un Arañero, el cual había sido descubierto como nuevo para la Argentina un año y medio atrás. El bicho había provocado sin quererlo una situación intensa con un amigo ornitólogo de vanguardia, semanas atrás, en el centro de investigación del Parque Nacional Iguazú, donde a veces nos hospedábamos. Me mostró una caja de zapatos azul, con tapa. Una leyenda rezaba con un título parecido a "*especímenes de aves para depositar en el museo de ciencias naturales de Buenos Aires*", o algo así. Antes de abrirla me insistió en que identificara aquellos ejemplares sin etiqueta. Entiéndase por etiqueta al trozo de papel con los datos del animal: género y especie, sitio de captura, fecha, etc., etc., que el colector no se había tomado el trabajo de anotar, o bien porque se había desprendido el papel del cordón que lo sostenía al ave. Si estábamos en el parque Iguazú debían tratarse de aves capturadas en Iguazú. Pero la situación tenía un dejo de cinismo, la ocasión era frente a muchos colegas de otras disciplinas, que estando encerrados hacía horas por la lluvia de afuera, prestaron más atención de la que debían. Conociendo a mi amigo, podía haber una trampa.

Incómodo, podía fallar, porque es una condición natural del hombre, claro está, pero no en una situación donde el resultado sería distribuido, si bien informalmente, en todo el ambiente académico. Tenía dos opciones, negarme, o aceptar someterme a un examen

gratuitamente. La primera opción era la más justa, porque si hubiésemos estado apartados quedaba entre nos y como amigos, no pasando a mayores. La segunda era injusta, y mi culpa si me exponía o no, pero como mucho no me importa en definitiva lo que digan los demás, acepté el reto contra mi voluntad.

—¿Vos ya las miraste? ¿O me estás dando esta caja así porque sí? —le pregunté.

—Noo, sii, bueno, algo me fijé.

—¿Alguna en duda?

—¡No! Todas fáciles. ¡Por eso te las doy! —y se rió de su propio chiste malo, frente a medio círculo de personas, él incluido.

—¿Y esta piel[1] de plumaje amarillo ocráceo? —dije separando una que me confundía.

—Te dije, todo fácil.

—Mmmmmmmm.

—¿En serio Bernabé, no sabes qué es eso? —preguntó con sorna ya algo triunfante.

Me había agarrado en una, en una décima de segundo, ayudado por mí al decidir seleccionar el único ejemplar que no reconocía.

—Es uno de los pájaros más comunes de la zona, no puedo creer que no sepas.

—¿Me das un minuto?

—Vas cinco, yo tardé dos en darme cuenta.

—Pará, pará, dejame ver —le contesté tranquilo ya intrigado por el bicho.

—Por favor. A ver... qué te pasa...

—Mmmm, esto es raro, esto no es de acá.

—¿De acá de dónde? ¿Me vas a decir que no es del Parque Nacional Iguazú?

—Me parece raro.

—Te voy a decir, es un *Capsiempis*. Género monotípico. ¡Pensé

1 Término de museo de historia natural, referido a los cuerpos sin vida de animales desprovistos de esqueleto y musculatura, rellenados con material suave.

que llegabas a más!

Ser tratado así en público es común en algunos colegas. Una forma de jactancia ruin que generalmente no va acompañada por su propia inseguridad, sino la ceguera de su megalomanía y creencia de ser infalible.

—¡Qué querés que te conteste, si no sé qué es!

—¡Ya te dije lo que es! —y se apuró a cerrar la caja.

—¡Eyy, me ganaste, todo bien! Pero dejame la caja que quiero estudiarlo mejor.

Y se fue cerca, con él dispersándose el grupo. Nadie dijo nada, Era sólo eso, dos observadores de aves jugando a ser ornitólogos dentro de un centro de investigación, entre académicos.

Me quedé sentado unos segundos más, a ver si tenía la iluminación para poder identificarlo yo, porque me gusta llegar al fondo de las dudas por más que algo parezca certero.

—Puede que estés equivocado —dije de repente feliz—, esto se asemeja a un *Capsiempis* pero no lo es. Fijate bien en la forma y largo del pico. Yo lo pondría con el género *Basileuterus*.

—¡Ah bueno! ¡Estamos todos locos! —lo escuché decir desde la cocina, que estaba cerca.

—¿Por qué no pensar que es el mismísimo *Basileuterus flaveolus* nuevo para Argentina atrapado en Formosa? —agregué hablando en voz alta—. Ya está publicado por Sofía y dice el artículo que el espécimen está depositado en el museo de Buenos Aires, pero sabiendo que Sofía y Juan Carlos viven en Puerto Iguazú. Mmmmm, si, mirá la forma del pico, la disposición y proporción de las narinas iguales a este otro *Basileuterus* de esta otra especie… Si, y además por el color, esto no puede ser sino más que un *Basileuterus flaveolus*.

Y lo era. Era esa especie. ¡Y era el mismo espécimen! Así es la historia de muchos supuestos especímenes que se prometen a los museos y así se publica, pero luego, por cualquier razón, no llegan y se pierden, como casi sucedió en este caso en esa caja que estaba esperando ser

enviada alguna vez a Buenos Aires, ¡con ejemplares tan importantes sin siquiera etiquetar!

Ahora, en suelo formoseño, quería dar con ejemplares vivos de esa ave (de verdad la especie me había dado cierta satisfacción aquel día). Si había sido capturado uno al azar en la selva en galería de ese mismo río Pilcomayo en el que me encontraba, habría más. Digo "al azar" porque es palabra clave en esta historia. Aquel ejemplar que había ido a parar a la caja de zapatos, originalmente se había enganchado de unos pocos hilos de una red de neblina cerrada hasta la madrugada. Sofía lo descubrió temprano cuando se acercó para abrirlas al despunte del sol.

"*Por lo menos cinco parejas en dos kilómetros*" anotaría en la monografía que preparaba, luego de observarlo personalmente en los próximos días.

Satisfacción.

CAPÍTULO 30

Transcurrían iguales las caminatas diarias sobre las montañas que rodeaban el gran valle. Todos los días lo mismo. Todos los días trepaba esas laderas.

Tal vez, por ser nacido en las pampas nunca podría adaptarme del todo a esas pendientes. Luego de la partida de los loros orejiamarillos hacia sus sitios de alimentación, temprano por la mañana, las veces que me quedaba a hacer guardia leía o escribía. Ellos comían lejos y la señal del transmisor que llevaban se perdía. Uno de los loros ya tenía un radio transmisor en el cuello, atornillado con un anillo de metal para que sus picos no lo destruyeran. Debían estar a más de diez kilómetros o bien ocultando la frecuencia tras alguna quebrada, porque la señal ya no llegaba. La guerrilla me prohibió alcanzar los bosques altos, justo hacia donde ellos se dirigían. El pequeño transmisor emitía una señal cada dos segundos y una antena portátil que siempre me acompañaba, desplegable, parecida a las antiguas para captar señales de televisión por aire tipo parrilla de aluminio o latón, hacía que ingresara en el receptor un espaciado *púp*...! *púp*…! *púp*…! Si sonaba fuerte, estaba al frente, si sonaba débil, no era el camino correcto a seguir. La dirección la marcaba la antena y el camino a seguir hacia donde estaba ésta dirigida. ¿Pero qué pasaba? En la montaña la señal rebota en las quebradas y en todos los casos me pasó que luego de seguir la señal fuerte, esta de repente sonaba fuerte a mis espaldas y al minuto otra vez al frente. En un terreno plano no es tan problemático equivocarse, menos en un vehículo, pero a pie cruzando la montaña de una ladera a otra, bajando y subiendo por las quebradas, más la necesidad de vadear un río, la situación desesperaba pues esas travesías podían durar horas. Sí funcionaba certeramente cuando las aves volvían a mí, al dormidero, exponiendo la señal desde el aire y en línea directa con el receptor de *bíps*, pero en esos casos sus gritos identificatorios se oían pronto corroborando con el radio transmisor no más que su procedencia, y ya daba igual. Por lo tanto, el gran esfuerzo de atrapar los orejiamarillos para poner los collares era muchísimo, pero no tenía mucho uso. Pusimos dos y a uno, con

sus picos me imagino, lo masticaron el mismo día, inutilizándolo (a la madrugada siguiente, sin haber partido del dormidero todavía, la señal ya no se escuchaba).

De repente, absorto mientras escribía en un sitio contiguo a un gran parche de bosque, oí tres silbos fuertes y claros. Sonaron desde la espesura. Otros tres iguales le contestaron. Y un tercer individuo más allá. No pude reconocer esa vocalización, aunque podía asociarlo a un pájaro caminador, del sotobosque, parecido a una pelota emplumada medio patilargo, cabezón y casi sin cuello. Un típico Tororoi como lo llaman en Colombia y Ecuador, del género *Grallaria*. No tenía micrófonos o grabadora conmigo ese día. Es común entre ornitólogos grabar un canto y luego rebobinar la cinta para repetir el sonido. Al sentir su propia voz los individuos se excitan para pelear o al menos por curiosidad, acercándose a la fuente del sonido como para ver dónde está el intruso. A esto se llama hacer *play back* y generalmente funciona. Miré la hora y faltaba mucho para que los loros regresaran, así que me transformé en "ave" y me metí en la selva, repleta de cañaverales y musgos empapados. El bosque era denso, una pared verde. Este hábitat es la mejor de las casas para estos duendes. Me agaché, me quedé un rato quieto y silbé lo más parecido posible para engañarlo. Pero no tenía que equivocarme, solo si él silbaba yo le contestaba, de lo contrario esperaba. A estos pájaros los admiro por simpáticos, y además de ser en cierta manera "adorables", es un desafío poder decir, ¡lo vi! Pero dio resultado, uno se mostró varios segundos ante mis binoculares que debí enfocar velozmente, pues enseguida se van. Tenía el plumaje de una de las especies más conocidas de la zona, pero por otro lado era muy grande, ¡y el canto era totalmente nuevo!

—¿He descubierto una nueva especie de ave para la ciencia? —me pregunté eufórico.

El Hudson de las pampas, aquel que hacía rato ya no leía, me acuerdo que comentaba algo así como que *"cuánto más linda que todas las otras aves le parecía un pequeño pájaro marrón que todavía no tenía nombre."* No hace falta entenderlo, absolutamente ningún ornitólogo no sueña, así sea en lo más recóndito de su corazón, descubrir un ave nueva alguna vez en su vida. Con la diferencia de que ésta no era

"marroncita" sino plena de tonos, desde el castaño intenso en la cabeza al gris verdoso en sus rayas del pecho, del pardo oliva en la espalda, al blanco inmaculado en el pecho. Pero, pasaron varios meses y no los oí de vuelta. Desde ese día no me importó dejar en la cabaña el trípode con el telescopio o la cámara de video, la antena o el radio receptor: el grabador y el micrófono siempre debían estar conmigo. Al fin llegó la vez en que comenzaron a vocalizar como aquel día. Y los *recontra*[1] grabé.

Ahora tenía la evidencia en mis *cassettes*, bastaba hacer una llamada internacional a un amigo experto en estas especies.

—¡Niels! Bernabé desde la cordillera central de Colombia.

—¡Hola! ¡Mucho gusto en oírte! ¿Ya te secuestraron? ¿Qué pasó? —y se oía su risa del otro lado de la línea.

—Creo que tengo una nueva especie para la ciencia, óyela.

Se hizo un buen silencio y de repente gritó.

—¡¡Una *Grallaria*!! Correcto, ese canto no existe en otras especies.

—El problema es su plumaje —agregué.

—¿Cómo es? ¡Dime cómo es!

—Es común al de otra especie, la *ruficapilla*, pero con un cuerpo mucho más grande, ¡parece bastante más pesado!

Más allá del lenguaje técnico en esta conversación, voy al punto de la alegría que me daba romper el silencio cultural de tantos meses, encerrado en un valle. No me refiero a comunicarme por escrito porque lo hacía mucho, sino a estar frente a un evento más allá de los orejiamarillos usando mi voz. Rememoré los días que tomábamos tintos mágicos en su casa de Tumbaco, al lado del piano, mientras preparaba pieles de otras *Grallaria*, como la *gigantea* o la *ridgelyi*, esta última nueva para la ciencia y que él tenía que describir. Al descongelar los individuos y los cuereaba, me daba la carne cruda de sus muslos, él el izquierdo y yo el derecho, que comíamos para gran sorpresa mía. ¡Pero

1 Término muy argentino en alusión a "más que con mucha insistencia".

como decirle que no! Si de eso se trató mi tapir de aquella vez en Baritú, hacerse hombre y naturaleza uno solo.

En aquella ocasión, me contó que cuando se doctoró con su amigo Jon Fjeldså en Dinamarca, en el museo real de historia natural de Copenhague, habían celebrado comiendo carne cruda del ave extinta más conocida de Europa, el Alca gigante, la mismísima especie de la "Historia de los cinco" de Enid Blyton que leía yo de chico, la que buscaba Jack con su cacatúa Kiki, y que en parte me hicieron el ornitólogo que soy.

—¡No me imagino cómo puedes haber comido carne de un ave totalmente extinta Niels! —le comenté incrédulo en aquella ocasión.

—¡Pues fácil! ¡Sacas el ave inmersa en formol, haces un tajo en la pata, sacas una partícula de músculo y te la comes con mucho vodka!

Pero volviendo a Roncesvalles, Niels seguía vociferando de alegría por el tubo del teléfono.

—Ahora tienes que atrapar uno y llevarlo a un museo, sino no puedes describirlo para la ciencia.

—Lo sé, lo sé… —le contestaba cabizbajo.

Debía obtener especímenes. Al menos uno. Así es el paradigma científico hoy en día, como el de hace doscientos años no sé si comenzado con Linneo. No se puede describir un animal, es decir, no se le puede poner nombre científico, si no existe al menos un ejemplar disecado o taxidermizado (una piel) en un museo respetable. Esto parece ser una barbaridad, pues me estaba preparando para matar tal vez la tercera parte de su población conocida, uno de los tres que había oído. Pero la filosofía y lógica imperante en el medio científico es que cualquier ornitólogo, después de una publicación, pueda corroborar tomando él mismo las medidas del ave en el sitio donde se dice que ésta fue depositada, observando personalmente la coloración y tantas otras características que acompañan a la descripción de un *espécimen tipo*. Una foto del ave, así sean cientos, o una pluma con muestra de ADN, no es suficiente. El mundo científico sigue funcionando así, y si no atrapaba el animal y no lo sacrificaba, no podría publicar nuestro hallazgo. Digo

nuestro porque inmediatamente invité a Niels, a Henry Man como director general del proyecto de los orejiamarillos y a Gary Stiles, otro experto en *Grallaria* en el museo de Bogotá, a ser coautores.

—Pero tengo un problema, si me encuentra la Farc con el ave muerta en la mano me la harán comer cruda y con plumas, como le sucedió al señor que pescaba a escondidas truchas teniéndolo prohibido si eran para la venta —me dije preocupado al cortar.

—Además, no quiero preparar la piel, eso se lo dejo a Gary en Bogotá, por lo tanto tengo que congelar el pobre bicho y evitar que se pudra hasta llegar a la gran ciudad. ¡En que lío me he metido! —murmuré—, pero todo sea por la ciencia.

En efecto, matarla era por "la causa". No sólo iniciaba la descripción de la especie, sino que de esta manera podía conservarla de su extinción. Me explico. Sin nombre esta ave formalmente no existe. Si no existe no hay nada que hacer en el orden de pensamiento lógico de nuestra sociedad. Pregonar que una nueva especie recién descubierta para la ciencia se extingue era el precio que tenía que pagar al menos uno de los individuos que debía capturar. Es real que yo había comido garzas atrapándolas de un palazo, pero eso fue en otros tiempos. El problema en esta situación radicaba en el muy bajo número de individuos vivos disponibles. El máximo escuchado no llegaba a tres y no aparecieron en los otros parches de bosque. Me había propuesto no aniquilar lo que más amaba en la vida, las aves, y ahora debía matarlas con mis propias manos. Horrible pero "profesional". En definitiva, debía hacerlo.

Los próximos cinco días fueron vividos en la espesura, desplegando redes de neblina[1] (las mismas que utilizaba para atrapar los orejiamarillos), macheteando transectas, comiendo un sándwich cuando me acordaba de comer, yo hecho una bolita sentado junto al tronco de algún árbol enorme, entre la humedad del bambuzal, esperando corroborar dónde tenía la *Grallaria* su territorio. Haciendo *play back* lo

1 Trampa para atrapar pájaros y murciélagos vivos, consistente en una red negra de hilado fino y nudos cada dos a cuatro centímetros. El término 'neblina' tiene la connotación de no poder ser localizada una vez desplegada, pareciendo no existir frente a fondos oscuros, excepto cierta visión grisácea desde determinados ángulos.

veía, pero no podía hacer que cayera en la red. Siempre esquiva, cuando le pasaba la grabación de un lado, creyendo que atravesaría la red para venir a verme, hacía un recorrido en U espléndido, evitándola como si fuese un cartel publicitario iluminado. Siempre se escabullía. Era una cuestión personal atraparlo, no podía esperar a estar con mi asistente, que además avisaría a la guerrilla sin proponérselo, solo por contarle esta historia a sus próximos. Por lo tanto era "ahora o nunca". Si el ave adquiría la capacidad de guardar silencio de allí en más, perdería la oportunidad hasta una próxima temporada. Me desesperé, pero sin perder el ritmo de trabajo, cubriéndome de paciencia. No obstante, los días pasaban sin éxito. Le vi el plumaje en detalle varias veces más, me pasaba a dos metros de distancia en pleno silencio. A la quinta tarde, se posó sobre un helecho arborescente, el bicho estaba entre la red y yo. Salté salvajemente tipo resorte sin dudarlo un instante, gritando una sóla vez. Me sentí cavernícola, primitivo. Era un cazador. Si bien dejé de verlo cuando yo volaba hacia abajo incrustándome contra la vegetación, el ave se asustó como quería y en lugar de escaparse por tierra como gran caminadora que era, voló rebotando entre los tensores horizontales de la red. Atontado por la caída tardé un instante en darme cuenta donde estaba el cielo y la tierra. Incorporándome con dificultad entre la vegetación miré rápidamente la red pegada casi a mi nariz y ésta, estática, por un segundo vibró. Esperanzado y rápido, me asomé mirando a lo largo de la transecta, ¡y allí estaba!, enredada pero tratando de escapar.

La filmé cerca del sitio de captura, al aire libre y con buena luz, tomé fotografías, y respetando mi convicción de cómo debían ser las cosas, la sacrifiqué rápido para que no sufriera. Evité mirarla en el proceso de estrangularla, o provocarle un paro cardíaco apretando su espalda contra el esternón. Pero ya era tarde, había percibido su iris agrandado en ese momento crucial, cuando gimió. Me vio cuando la mataba, pero también era un compromiso hacia ella. No existe un solo biólogo taxónomo que no sufra en este instante, pero lo hace para multiplicar el conocimiento que puede permitir la conservación de las especies. Por más que duela matar una vez, sus congéneres lo agradecerían, de poder hacerlo, porque el significado es altruista (lo hago por la especie, para salvar a los demás), aunque mi motivo fuera

temporalmente ultraísta (te necesito para poder describirte y ponerte un nombre, hoy sólo busco eso). Un ama de casa mata con veneno una cucaracha, no duele porque es fea, un mosquito porque molesta, una vaca porque nos alimenta, un virus porque nos enferma… pero todos esos seres tienen un nombre científico, y éste no lo tenía. Además, qué decir de los gatos, las mascotas más queridas que comen pájaros de a cientos en sus vidas por más que creamos sean unos santos. De esta manera, lo que hice, aunque "no se justifica" como amigo de las aves, "se explica". Con todo esto, no quiero tanto ser comprendido por los hombres, sino que me entienda aquel tapir, el de Baritú, en mi promesa de conservar con *inteligencia* y *respeto*. Es la única manera y pasé la prueba.

El próximo paso consistía en pesarlo ese mismo día, en ese momento. Levanté la balanza a la altura de mi cabeza para poder enfocar bien la medida con el ceño apretado.

—¿Qué está haciendo, don? —me preguntó con voz gruesa y sorpresiva a mis espaldas, un campesino que me halló *infraganti.*

Todas las posibilidades a futuro se me pasaron por la mente en ese instante. Lo que menos me importaba era ser enjuiciado por las Farc ante la idea de perder aquel ejemplar que tanto me había costado obtener. Debía contestar en ese mismo instante y lo que dijera podía significar todo, es decir, lo bueno o lo malo, sin posición intermedia. La red estaba guardada, eso era importante, pero el ave colgaba desde sus patas y con las alas abiertas. No era precisamente una escena que me aventajara. Sí estaban alrededor mío un banquito de campaña, todo el equipo, llámese cámaras, videos, micrófonos, grabador. Con el corazón alerta contesté rapidísimo.

—¡Pero, los perros!

El hombre se apeó del caballo.

—¡Pero sí, esos perros de Ruiz son unas sabandijas! —dijo parco y luego agregó—, ¿cuándo lo encontró?

—Recién —mentí por supervivencia y agregué—, ¿usted sabe

cómo se llama este pájaro?

—No, don. Sé que son caminadores, andan entre las cañas. ¿Dónde lo encontró?

—Aquí mismo, a un costado, al lado del bosque. Si me permite me lo voy a llevar para estudiar.

—¡Pues claro! —me contestó y luego de hablar del clima y despedirnos se marchó cuesta abajo como venía haciendo, rumbo al mercado.

No sabía quién era Ruiz pero probablemente algunas de las personas que, muy de vez en cuando, debía pasar por ese sendero tan bien marcado donde yo estaba. Al ser mi captura silenciosa y no verme con una resortera o escopeta, para ese hombre la teoría del perro fue plausible. Si no me notó nervioso, con suerte, ni siquiera comentaría mucho por el pueblo lo del pájaro muerto excepto haberme visto estudiando un ave, así, en general. Agradecí que no pasara antes escuchando mi grito de oso mientras volaba. Mi secreto probablemente estaba salvado, pero debía apurarme para evitar complicaciones.

Número uno, hasta que decidiera partir a Bogotá debía congelar el ave. Número dos, necesitaba una heladera con buen congelador. Número tres, debía esperar al menos cuarenta y ocho horas para que el espécimen quedara duro como una roca. Número cuatro, necesitaba una nevera portátil y hielo para transportarlo durante doce horas sin que se pudra.

—Infráin, encontré un pájaro muerto que sería bueno depositarlo en el Instituto de Ciencias Naturales de Bogotá, ¡un tororoí, mirá!

—Ah, esos que caminan en el bosque y silban.

—Pues sí y se me ocurre que doña Clara en la carnicería podría mantenérmelo bien congelado hasta llevarlo algún día de estos.

—No veo el problema, Bernabé.

—Creo que tu amigo veterinario de la finca donde estaba el nido del orejiamarillo puede tener esos estuches de líquido refrigerante que seguramente usa para sus vacunas y tal vez una nevera, bien linda y fuerte.

—Ningún problema, él no está pero no creo que tenga problema en prestársela. Si usted se hace responsable de devolvérsela y me da su

palabra…

—Dalo por hecho Infráin —le contesté feliz.

Henry Man, en cambio, no quería que llevara el "descubrimiento" a Bogotá. Esa misma noche había hablado a Londres, siempre en clave pero sin parecer sospechoso (debido a las "escuchas" a las que era sometido mi teléfono). Henry no entendía, una vez más, las contingencias del lugar donde me encontraba. Uno, la guerrilla podía disponer del espécimen si se le ocurría investigarme, por lo tanto, cuanto antes lo sacara de allí mejor. Dos, en Roncesvalles podía cortarse la electricidad como a veces pasaba; si se descongelaba el espécimen ya no habría posibilidad de prepararlo como yo quería. Por ejemplo, Gary Stiles podía saber, de ser una hembra el ave que capturé, si los oviductos eran de una primeriza o una madre vieja, es decir, podía conocer al operarlo si el animal se había reproducido o no. Este único detalle me hacía descartar que fuese yo el que preparara el espécimen de descongelarse por accidente, cuereándolo a las apuradas para tenerlo escondido en la cabaña. Tres, nada mejor que hacer las cosas bien. Es decir, los especímenes residen en los museos, y allí debía estar éste, siendo el más cercano el de Bogotá, no el Natural History Museum de Londres. Henry no podía venir pronto a Colombia, más allá de que lograse un permiso para sacarlo del país, lo cual era más que improbable. Por otro lado, visto el peligro de los robos de ideas y de datos entre tantos colegas que conocí, lo mejor era oficializar mi captura y tomar liderazgo en un tema como éste, dentro del área de estudio de los orejiamarillos pero como tema aparte. Hallar una especie nueva de ave terminando el siglo XX era una rareza, un golpe de suerte que debía asegurar como tal.

Tres días después partía temprano, al alba. Seis horas en bus hasta Ibagué. Cambio de hielo. Y seis más hasta Bogotá. Entregué el ejemplar a Gary, todavía congelado.

Gary me consideraba un fantasma, me veía muy poco y cuando lo hacía, siempre en el museo, terminaba escabulléndomele, no por no querer estar allí, sino para no molestarlo y esta vez, además, ¡tenía que hacer muchos trámites!

—¿Cuándo vienes a comer a mi casa? —me preguntó.

—¡Hoy a la noche debo estar al menos en Ibagué, rumbo a Roncesvalles!

—Pero Loreta sabía que venías un día de estos, te estaba esperando (su mujer bogotana que conoció como estudiante en Costa Rica, años en que Gary escribió la guía de aves de aquel país).

—Gary… En tres horas debo partir, pensaba quedarme unos días en Bogotá pero debo regresar a Roncesvalles a devolver esta nevera —le comenté señalándosela mientras tiraba algo de agua por derretimiento del hielo en un lavatorio—, lo cual es extremadamente importante si quiero conservar mis amistades por allá, tú me entiendes. Además quiero que me revelen unas fotos en papel que le saqué a la *Grallaria* estando viva, para incluir en mi libreta de apuntes; acá en Bogotá es más rápido.

—Bueno, a ver, si es así dime ya que me has traído.

Desenvolví el paquete que cubría el espécimen, lo tomó con cuidado y lo estudió.

—Mmmmmm —murmuraba—. ¡Qué grande es! Pesado. Pero la misma coloración que la otra especie tan común. ¿Tres individuos dices que vocalizaban?

—Así es, pero no se escuchan siempre, no como las otras especies de *Grallaria* que vocalizan siempre y mucho.

—Necesito unas nueve más de estas Bernabé. Aunque pueden ser menos si me dices que es un ave rara.

—¡Olvídalo! Es rarísima. Trabajemos lo que resta con fotos y grabaciones, ¿te parece bien?

—Mmmmmm, está bien —dijo no muy convencido.

—¿Qué es lo que te hace dudar?

—Tiene color de una especie, pero forma de otra especie grande. Para mí podría ser un híbrido. Aunque no existen casos comprobados en todo este grupo de aves, excepto, tal vez, uno.

—En ese caso necesitaremos contar con un análisis molecular —comenté—, pero, por estadística, sería muy raro haber escuchado tres individuos, siendo los que cantan sólo los machos, sabiendo que ponen sólo dos huevos por nidada, por lo cual mis tres individuos provendrían

de al menos dos nidadas, generadas por un macho de una especie y una hembra de otra. Muy rebuscado.

—Sí —masculló—, pero en estos temas de la naturaleza, todo puede ser.

¿Gary Stiles tendría razón? Era sabio y lo suyo casi una sentencia. Tal vez quedaba ahora comprobar que era como él decía. Yo, ya no podía hacer más excepto hallar más individuos.

Nos despedimos y salí corriendo. Lamentablemente, Virginia no estaba en Bogotá por esos días, me quedaba entonces con la incertidumbre de cómo hubiese sido vernos. Pero en cierta forma mejor, porque no comprendería mi necesidad de volver así, en un viaje relámpago. Con mis fotos en la mano logré llegar a la terminal de ómnibus a tiempo y partir a Armenia en un vehículo de la flota Expreso Bolivariano, a los cuales prefería por ser los más sofisticados en esas rutas; y necesitaba dormir.

—Una vez más —pensaba—, un trabajo bien hecho. Misión cumplida.

Partí ese lunes de Bogotá a las 4 p.m. y no supe nada más de mí hasta el jueves. La película borrada durante cuatro días de mi vida.

¿Nueva especie o híbrido?

CAPÍTULO 31

Allí habíamos quedado, en el galpón de la seccional Laguna Blanca del Parque Nacional Pilcomayo. En tres semanas Sofía nos recogería para una nueva expedición, visitando otras regiones de Formosa. Estábamos en una región del parque más amable, con luz eléctrica e inclusive, caminando mucho podíamos llegar a unas cervezas. La laguna, del mismo nombre, o viceversa, debía ser prospectada en cuanto a su riqueza ictiológica nunca antes estudiada, y Coco, gran pescador, estaría encargado de su colecta. En lo que a mí respecta, deglutiría toda la información posible con respecto a aves en los alrededores.

Era época de cambios en la administración local del parque, ya que por alejado del control central administrativo, un antiguo funcionario realizó manejos económicos no muy ortodoxos, inclusive asociándose a cuatreros. Los ladrones de ganado eran conocidos en la región. El parque nacional contenía miles de vacas que podían ser robadas. Por qué había tantos bovinos dentro de sus límites también era un misterio por aquellos días. Al parecer y según cuenta el chisme, aquel señor permitía esa economía clandestina dando permisos tácitos, ganando porcentajes de la contraparte asociada al ganado, es decir, de los cuatreros. Cuando se supo que utilizaba la camioneta de Parques como unidad de transporte para llevar al pueblo las cosechas de algodón de los vecinos, y cobraba por ello, aparecieron las caras nuevas. La administración de parques en Buenos Aires, castigó al reo de la manera que hace la curia con los curas malos: enviándolo lejos, a otra parte.

Con el nuevo director, el ganado casi había desaparecido, un problema menos para el ecosistema del Pilcomayo. Si bien el cuatrerismo había disminuído mucho y los pobladores no consideraban ese territorio nacional como de su propio uso, quedaba la problemática de los cazadores. Esas redadas nocturnas podían ser complicadas y cada guardaparque salía armado. La metodología era esa aquella noche y con Coco nos quedamos esperando preocupados, hasta que nos venció el sueño ante tanta espera.

Ese viernes, en secreto, se prepararon los caballos para hacer recorridas nocturnas. El señuelo para que los cazadores se animaran a burlar a los guardias forestales era estacionar un vehículo de Parques frente a la casa de una supuesta novia, en el pueblo de Laguna Blanca. Tomaban algo juntos en alguna esquina conspicua y al atardecer se dejaba la camioneta en la misma esquina, sin moverla, frente a la casa de la doncella. El guardaparque volvía con sus compañeros en otro transporte, saliendo escondido por el pulmón de manzana. La trampa estaba armada, los cazadores del pueblo partirían con sus equipos creyendo la guardia baja en el parque. Durante largas horas en la noche, el cuerpo de guardaparques procuraría determinar de dónde provino algún disparo, o la luz de una fogata confiada. Aquel día, mientras Coco y yo dormíamos, nuestros amigos se acercaron en silencio a tres tipos rudos alrededor del fuego. Debían procurar no provocar disparos, menos fuego cruzado por peligroso para ellos mismos. Los rodearon en total silencio, muy lentamente, al acecho como si de animales se trataran. Un grupo comando. Cualquier ramita que hicieran crujir bajo sus borceguíes podría terminar en un desastre. Concentrados en su objetivo, olvidando sus familias, sus hijos, la tensión era grande. Y cuando todo estuvo listo gritaron la famosa frase.

—¡Arriba las manos!

Se pararon lentos. Los sorprendieron. Pero el momento era crucial, al que se moviera había que dispararle o podían morir ellos por lentos. Dos cazadores fijaron sus ojos en sus armas con el rostro en tensión, me contó uno de los guardaparques, pero notaron que el operativo iba en serio.

—Si te movés, te reviento —se escuchó decir a uno de los guardaparques—, por favor colaboren, están dentro de un parque nacional, cocinando carne de monte, a todos nos puede gustar pero dentro del parque ya no. Quedan detenidos.

—No puede esposarnos —dijo uno de los rudos.

—Lo vamos a esposar, mi amigo lo hará, si alguien se mueve, ya saben.

—Te digo cabrón mariquita que te vas a arrepentir.

—No, porque sólo hago mi trabajo, y aquí no se matan más

animales.

Luego de meses de burlas, por fin lograron sorprenderlos. Tres arrestados, los tres gendarmes de licencia, diezmando la fauna del parque. Con piezas de caza en sus caballos y la olla, esos señores no podían argumentar la vigilancia de fronteras con Paraguay. Así, las circunstancias eran por demás delicadas dado que la administración de parques desde Buenos Aires no podía imponerse a la gendarmería nacional. Con cualquier pretexto los dejarían libres.

Parques Nacionales y Gendarmería Nacional conviven por hallarse ambas jurisdicciones en áreas de frontera; si se mira el mapa de nuestros parques en Argentina se notará que la mayoría de ellos se halla pegado contra alguno de nuestros países limítrofes. Los gendarmes de Baritú eran de presencia habitual, y ya los nombré la vez del tapir. En el Parque Nacional Lanín, un observador de aves en el paso Tromen, contaba que un gendarme ebrio había hecho detonar una granada cuando se insultaba con un par. En gran medida, esas tierras alejadas, las de la frontera, son algo así *como tierra de nadie* y nuestros centinelas, con malos sueldos y ese tipo de actitud recurrente, desorden y cacería, impacta dentro de la jurisdicción de Parques Nacionales. En este caso que acabo de contar, de los cazadores en el Pilcomayo, tanto los gendarmes liberados como los guardaparques se verían cara a cara en el pueblo en algún momento, con un odio peligroso para el personal de Parques, totalmente civiles a pesar de deber utilizar armas de vez en cuando en defensa de ciervos de los pantanos y pecaríes con derecho oficial a vivir.

Puedo notar en tantas salidas de estudios de aves en nuestros parques, que algunos son especialmente peligrosos para sus guardaparques. Como ellos cambian de región cada cuatro o cinco años, sus experiencias van desde destruir rifles de cinco mil dólares contra los árboles en campamentos furtivos en patagonia, a perseguir jaguares con radiocollares acompañando a algún biólogo extranjero en Iguazú. Es decir, estas circunstancias en cierta manera suenan a inverosímiles y ellos tienen prohibido publicarlas. La siguiente historia en patagonia cuenta un poco sobre estas situaciones.

La región tiene bosques inmensos al occidente, en los Andes

compartidos con Chile, el bosque araucano. Y también ciervos europeos introducidos antiguamente con fines cinegéticos. Alguna vez circunscriptos a cotos privados de caza, hoy día se encuentran dispersos por las montañas del sur. La administración de parques permite darle cacería por tratarse de un elemento exótico que compite contra el Huemul, otro cérvido, pero autóctono y en extinción. Estos permisos son limitados y el cazador de turno debe pagar precios muy altos por una cornamenta de dieciocho puntas, por ejemplo. Algunos cazadores, ven como desafío entrar al Parque Nacional Nahuel Huapi (por dar un ejemplo) de manera ilegal. Viven a escondidas acampando en él para dar cacería a ejemplares conocidos, algunos ya famosos por su cantidad de puntas. Se trata de ejemplares que no fueron abatidos para mala suerte de los "clientes" de parques. Estos ciervos especiales seguidos como gran desafío año a año hasta darle captura a veces les son arrebatados por los cazadores clandestinos. Los mismos guardaparques con los que convivíamos en Pilcomayo, alguna vez habían hallado esos campamentos escondidos, con carpas de marca prestigiosa, bolsas de dormir excelentes y armas por el valor de decenas de miles de dólares. Nuevamente, por tener aquella gente contactos para ser exculpados y poder comprar a las autoridades policiales, no valía de nada arrestarlos. Por lo tanto, los guardaparques partían y doblaban las culatas y los caños de los fusiles contra los árboles, rajaban las carpas con cuchillos, apedreaban las lentes de las miras telescópicas y quemaban parte del equipo. La estrategia no era política oficial de parques, pero sí efectiva, ya que ninguno de los furtivos ausentes o escondidos a su regreso denunciaría, por principio, su ilegalidad.

Otro parque con cúmulo de historias insólitas es el Iguazú y este relato me fue contado así, mientras sucedían los hechos en mi área de estudio.

Los jaguares, si están viejos pueden tener la maña de cazar perros como presas fáciles. Se han visto *levantamientos* de cadáveres de pastores alemanes busca drogas en el aeropuerto contiguo al parque Iguazú, por perder la vida frente a éstos. La parafernalia consiguiente es compleja debido a que el cadáver es oficial y son tratados con todo el papelerío que corresponde a un efectivo del cuerpo policial. Ese mismo gato aparentemente, es decir, el mismo individuo que mató a

un pastor alemán, fue el que produjo una vez un gran desastre con los perros rastreros contratados por un biólogo que estudiaba jaguares. Él los venía atrapando vivos con trampas, la única manera de colocarles un radiocollar. Comprobó que el tamaño de su territorio podía ser de diez mil hectáreas, o que podían cruzar el río Paraná y el Iguazú sin dificultad pasando de un país a otro en el punto tripartito de Paraguay, Brasil y Argentina. A tal punto sorprendió este hecho, que recién entonces se comenzó a creer a gente del pueblo que en sus incursiones en bote cerca de la ciudad de Iguazú habían dicho ver una cabeza de jaguar mirándolos de cerca hasta llegar a la otra orilla.

Semanas después del suceso del aeropuerto, se vio partir desde la administración de parques, sección Cataratas, una camioneta con guardaparques (esto lo vi personalmente) para darle seguridad al mastozoólogo norteamericano y su equipo contratado de perros sabuesos. A aquel hombre le preocupaba que uno de sus jaguares emitiera la señal de su transmisor desde un mismo punto hacía días. Ésta llegaba vía satélite directamente a su computadora y el punto sobre el mapa indicaba que el animal estaba no muy lejos del borde de la ruta 101, en pleno corazón del parque nacional argentino, en plena selva. De no estar muerto cabía pensar que había sido herido, o, en su defecto, como ya le había pasado una vez, que un cazador hubiera escondido el collar. En este caso, la señal provenía de una zona sin viviendas a la redonda. No como esa vez en que la señal llegaba desde las afueras de Foz do Iguazú, en plena zona urbana, donde por las dudas llegó con la policía brasileña para allanar una casa donde encontraron armas y cueros de animales, pero no el radiocollar. Hasta que activó el receptor y lo halló oculto bajo unas tablas mientras el anfitrión, ya esposado, no podía entender como lo habían descubierto.

Ahora la búsqueda era en la selva, del lado argentino, sospechándose un suceso similar, es decir, la intervención humana en el hecho. Por esos días un lugareño en las periferias del parque había denunciado a los guardaparques que uno de los gatos lo había estado rondando.

—No voy a dejar que se lleve mis perros — protestaba el hombre según un testigo.

—Señor, a usted le enseñamos que guarde sus cerdos en la empalizada bajo su casa, nosotros mismos lo instruimos para construirla. ¿Y los perros donde se guardan? ¿Eh? ¡Sueltos! ¡Átelos cerca suyo! —protestaban los guardaparques.

—Ya es tarde, le disparé y creo que le di porque pude seguir hasta bien adentro del parque sus rastros de sangre.

Todo esto yo lo sabía como una novela en partes, pues si bien no me estaba permitido participar de las búsquedas, al final del día siempre escuchaba una u otra historia en el tiempo que permanecí en la zona. Con respecto a este hombre que le disparó al jaguareté, técnicamente la ley no lo acusaba, y sólo se le podía pedir que por favor la próxima vez no disparara. Como sea, los preparativos para la búsqueda del animal tenían que ver con ese movimiento de guardaparques, quienes brindarían apoyo en caso de que las cosas salieran mal. Partieron con armas largas y se reunirían con el mastozoólogo (a quién yo conocía de vista de una vez que hacíamos dedo y nos levantó en la zona de la Garganta del Diablo) y el rastreador brasileño, gran experto, con una veintena de perros adiestrados para "empacar". Este término consistía en hacer subir al gato a un árbol y que quedara temeroso de los ladridos mirando a los perros desde arriba hasta que se fueran, en definitiva como hace cualquiera de sus parientes bigotudos en nuestros confines domésticos. Con un dardo somnífero la cacería quedaría terminada y el investigador, junto a un veterinario, verían que hacer.

Sorteados los trámites de aduana esos canes llegaron en un acoplado cerrado. Estaban ansiosos de salir corriendo por la selva. Se largaron los perros seguidos por doce personas con diferentes quehaceres. Todos muy atentos, porque el radiocollar estaba fehacientemente en las inmediaciones, en un rango de aproximadamente doscientos metros. Pero algo iba saliendo mal. Normalmente la jauría produce un ladrerío infernal cuando tienen ubicado en alto al animal. Esta vez no. Se oían correr en círculos o gritar frenéticos y moribundos hasta el zarpazo final. Sólo quedaron unos pocos, mientras el rastreador gritaba en portugués quién lo indemnizaría, enojadísimo, desesperado en reunir sus perros con órdenes específicas pero no efectivas. Los pobres no le obedecían. Tenían las orejas arrancadas y uno las tripas grises afuera arrastrándolas al caminar. Lo más sorprendente es que aparecían desde diferentes

direcciones, pidiendo auxilio a su amo. Otros yacían muertos sobre el suelo de la selva. El tigre debía estar herido lo suficiente como para no poder trepar, y por ello no había resultado lo de los perros, atacándolos por turnos uno a uno, mientras caminaba alrededor de la comitiva, ya francamente alarmada. La confusión y temor se apoderó de todos, y no hablo ahora de los perros. El grupo humano se había desorganizado, no todos se veían las caras por el denso follaje, y entre ellos tenían un jaguar furioso. Los ladridos se fueron apagando y el silencio dominó la situación.

De repente se oyeron un par de disparos.

—¡No! —gritó el mastozoólogo creyendo que alguno de los guardaparques había visto el animal queriéndolo matar. Él sabía que había muy pocos jaguares, unos seis en ciento y pico mil hectáreas de selva. No quería otra baja. Se buscó a quién había disparado, nombrándose en voz alta cada uno de los guardaparques, los únicos que estaban armados, pero uno de ellos faltaba. Al final lo hallaron en el camino de tierra, la ruta 101, con tremendo ataque de nervios, revólver en mano, asegurando ver la bestia todavía. Lo tranquilizaron y desde ese día, luego supe, no le valdría más utilizar boinas de costado o cuchillos cruzados en el pecho, las oficinas de administración del parque le harían mejor como futuro trabajo. En esa fecha no hubo más que hacer, el veterinario evitó la muerte de sólo dos perros, los demás se perdieron, despanzurrados la mayoría, y otros tal vez perdidos en la selva heridos. Nunca se supo, pues nadie se atrevió a entrar de nuevo en la espesura.

En más el plan sería diferente. Ahora se sabía que el animal estaba vivo y era peligroso. La señal continuaba prácticamente en el mismo sector. Se mandó a construir una jaula enorme a modo de trampa. Como Coco había participado de la nueva redada pudo agregar con sus frases y detalles mayor información a esta narración. Yo conocía la jaula, de hecho la guardaban en la parte de atrás del centro de investigación del parque Iguazú. El armazón tenía dos compartimentos, uno pequeño y el otro como para que entrara un gato de esos. Era enorme y con rejas de hierro pintadas de negro, inclusive la separación. Se ingresó la estructura a la espesura en el mismo sitio de la anécdota anterior y se llevó a una perrita. La ataron en el compartimento pequeño y el otro

espacio quedó abierto con un dispositivo de cierre que no viene al caso explicar cómo funcionaba.

—Esa es la perrita que usted conoce, Bernabé —se apresuró a intervenir Coco mientras nos contaban.

—¿La perra loca?

—Pues sí, la perra esa de un señor que trabaja cerca del área de cataratas, ¿te acordás? La amarillita atigrada.

—¡Claro! La jaula está hecha para que el jaguar no la mate, pero ¡pobre perra!

—Exacto, fue diseñada así para que la perra no muera.

—¡Perfecto, pero la pobre se pasó toda la noche con el gato enfurecido a dos centímetros! —y me reí.

—Si, Bernabé, por eso ahora es loca, antes era normal. De allí que se esconde, llora y ladra histérica por cualquier estornudo, o risa.

Esa perra que conocía entonces, esperó la hambruna de semejante carnicero con terror, ladridos y adrenalina. Luego de una noche terrible para la cusca[1], al día siguiente el tigre estaba allí atrapado, hecho un demonio. Había pasado algún tiempo desde el incidente del disparo y el pelo tapaba cualquier lastimadura por arma de fuego. No obstante, había que identificar el problema del animal. Se lo durmió y todos los presentes se relajaron. El jaguar fue transportado a una clínica veterinaria adecuada a tal fin y las placas radiográficas mostraron municiones múltiples incrustadas contra los huesos de la cara y paletas, propio del escopetazo que había recibido. Si bien se la operó para mejorar su condición, a la larga moriría por la intoxicación del plomo, el cual no era posible extirpar de todos los huesos. A este ejemplar se lo llevó a un zoológico para su recuperación, que nunca sería total. De trece collares colocados en animales sanos entre los parques nacionales del lado argentino y el de Brasil, en un año habían sido cazados por furtivos más de la mitad.

En definitiva, quienes hacen a la administración de parques nacionales *in situ* (los guardaparques), los funcionarios administrativos, los investigadores, el personal de trabajos de mantenimiento, y aquellos

1 De cusco, perro (perrito) bastardo.

pocos que podemos de vez en cuando intervenir activamente en sus historias, no pueden lograr que el público que los visita en calidad de turistas entienda el "mundo de dificultades tan distintas" que padece cada sitio, según sus influencias culturales, situación geopolítica o problemática de frontera, épocas de sueldos bajos con manifestaciones delictivas en sus funcionarios, burocracias incomprendidas, a veces necesarias; es decir, nadie debiera criticar las irregularidades vistas desde afuera hasta conocer qué sucede en cada parque y en su interior. Parques Nacionales era más que bichos y fotografías, romanticismo y viajes, sombreros verdes con escuditos e historias. Mientras nosotros dormíamos, allá afuera un *Land Rover* permanecía en el pueblo y tres guardaparques se jugaban la vida.

Descontrol.

CAPÍTULO 32

—¿Gusta un turrón? —me preguntó la persona que se había sentado hacía unos minutos a mi lado.

No me gustaron nunca los turrones, no los como desde el primer día que los probé en alguna fiesta de fin de año con cuatro o cinco años de edad. Mi memoria me lleva hasta muy chico, pues evoco situaciones como estar en La Querencia, en Saladillo, comiendo tierra, bien negra y apisonada, igual que Mambrino, el caballo tordillo, hasta que me vieron en cuatro patas como él y me prohibieron hacerlo nuevamente. Puedo decir entonces que recuerdo muy bien no sólo no haberlo comido nunca, sino que me aburre y es de las pocas comidas inaceptables para mi paladar desde siempre.

—No señor, gracias —contesté.

El hombre, de unos cuarenta y cinco años de edad, flaco, de estatura normal para arriba, bien vestido con un abrigo liviano azul, de pelo lacio bastante corto oscuro con peinado típico de raya al costado, ojos azul grisáceos, cara algo angosta, tez blanca moderada a la intemperie, y nariz apenas prominente, siguió hablándome.

—¿Va para Armenia? Porque yo voy para Armenia, pero no he estado desde el terremoto, ¿sabe usted cómo quedó?

No me gusta hablar con extraños, ni que me den charla en los viajes excepto contadas ocasiones, y esta no era una de ellas. Me presentaba ante seis horas de un posible viaje incómodo y mi plan era dormir, lo necesitaba, por haber madrugado. Además es de mala educación ofrecer a un desconocido en esas circunstancias de viaje algo que comer, porque es sabido que en Colombia, algunos ladrones ponen una droga en la comida para atontar a su víctima y luego robarle. Por lo tanto, el nó era obligado y quien la ofrece un desubicado.

—Disculpe señor, no le acepto porque ando mal del estómago, usted disculpe. Y no conozco bien Armenia, sé lo que saben todos, que está destruida.

—¿Pero la ha visto?

—Sí, la he visto después del terremoto y antes también, pero no puedo decir como quedó por conocerla poco y no acordarme qué había en cada esquina si a eso se refiere.

—Ah, porque le cuento que hace mucho no voy por ahí —insistió mientras comía el turrón y abrió otro frente a mis ojos desgarrando el papel, con un gesto insistente por las dudas yo quisiera.

—Don, si no le parece mal, ando cansado, voy a dormir un poco —le dije mientras le decía que no con un gesto.

Y a sabiendas que tenía asegurada mi mochila entre las piernas, y que había escondido como siempre lo hacía, para no tentar a nadie, en la pierna sobre el talón, bajo la media, mi pasaporte, una buena cantidad de dólares y un reloj con altímetro, temperatura, etc. (todas cosas que a la vista son las que llaman la atención por abultar los bolsillos o la muñeca), le dejé de hablar. Así que, mirando por la ventanilla pegado al vidrio, cerré los ojos con medio cerebro alerta, en especial por resultarme incómoda la presencia de mi compañero de viaje.

Luego, no sé cuánto tiempo después y como si lo hubiese soñado, recuerdo estar masticando el turrón y charlando animadamente con él. Luego, no me acuerdo más.

El turrón, efectivamente, tenía burundanga[1]. Y se siente así.

Uno no se acuerda de absolutamente nada, pero hace absolutamente todo lo que le pidan. Para el que lo ve de afuera, si no nota las pupilas muy dilatadas, es imposible darse cuenta de los efectos, excepto, tal vez, si conoce a la persona, pues la notará desinhibida y "sin filtro". Mi viaje había comenzado un lunes en un ómnibus de la flota Expreso Bolivariano o Continental, no me acuerdo, empresa elegida por su mayor confort y viaje sin tantas escalas, sin música sobre todo. Esto

1 Escopolamina.

último puede llegar a ser mortífero para los oídos, porque es común que la pongan tan alto que desespera, aún de noche hasta la madrugada. La guía de viajes *Lonely Planet* recomienda no olvidar comprar tapones si se viaja por Ecuador y Colombia por ejemplo. En este ómnibus esto no pasaba y por eso viajaba en esa flota. Desde aquí, comienzo a narrar lo que pude reconstruir por lo que me contaron, habiéndolo vivido, pero sin consciencia hasta el jueves de la misma semana, cuando puedo decir que comprendí el mundo tal cual me rodeaba, teniendo memoria propia, de vuelta.

Antes de llegar a mi ciudad de destino, Ibagué, el ladrón pidió bajarse, aparentemente en la zona semi urbana. Por lo visto yo sabía que me había desvalijado, llevándose no sólo mi mochila con los binoculares más prestigiosos que siempre me acompañaban, sino también diez discos de música difícil de conseguir prestados, otra vez mi cortaplumas Victorinox completa, la guía de aves de Colombia que tanto quería por acompañarme desde años atrás en mi primer viaje a este país, el reloj, dólares y pasaporte que tenía escondidos bajo el pantalón, la máquina de fotos, unos libros más, la mismísima impecable mochila, y lo que más me dolió, mi libreta de campo, con pocas páginas por suerte, con las fotos y los negativos de un ave, la *Grallaria*, que parecía nueva para la ciencia, o híbrida entre dos especies, en definitiva el motivo por el cual yo estaba viajando de regreso de Bogotá.

Creo, como si fuese un vago recuerdo (pero debe haber sido algo así), que cuando me preguntó qué más tenía le ofrecí lo que ocultaba junto al zapato. Al irse el ladrón, los pasajeros notaron mi ansiedad. Quedando indocumentado en un país extranjero y sin manera de comprobar mi identidad, sin mi libreta de campo con los datos e imágenes perdidos para siempre, sin mis binoculares y tantas cosas más que sabría ya no tenía, habré quedado obediente al "ahora estate quieto" que el maldito seguro me ordenó para él poder escapar. Según parece me paraba, me sentaba, hablaba con la gente fuerte, lógico y claro (porque eso no se pierde con la burundanga), molestándola supongo, o no, no sé, pero supe que unos pasajeros que seguían de viaje a Loja, sin saber si yo me bajaba en esa ciudad o seguía para Armenia, le avisaron al chofer sobre mi estado.

Cuando llegamos a la terminal de ómnibus el chofer le avisó a la policía de turismo y ésta me llevó a un hospital, supuestamente, que nunca vi ni recuerdo como era. Soñé, pero luego me dijeron que era verdad, que me caía de una camilla cada vez que me subían. Me dijeron que los médicos me tuvieron tres días en observación, supongo medicado, donde un doctor impaciente se enojó con una enfermera y le dijo en frente mío.

—¡Ya me tiene cansado con eso que se bota de la camilla, arrójele un colchón en el piso y de allí no se va a poder caer!

En paralelo, necesitaba la administración del hospital contactar a un familiar (que no tenía en Colombia) o algún conocido que me viniera a socorrer. Sin ninguna evidencia de cómo me llamaba, agenda de contactos, nada, me preguntaban si me acordaba de algún número de teléfono. Parece que hice memoria pero me fallaba, porque los gastos de llamadas fueron altos para el hospital (luego me enteraría de la queja), telefoneando con los números que yo daba a medio país menos con la persona que buscaban, Sandra. Es así como terminaron llamando a un supermercado en Popayán, un restaurant en Armenia y una florería en Bucaramanga. En algún momento la policía me hizo firmar un documento que contuvo el médico, donde mi rúbrica la había hecho perfecta. Mientras, en el diario del Tolima, al tercer día se publicaba entre títulos tales como "*Flotaba en las aguas del río*", "*Masacre de las Farc: Catatumbo, puerta al contrabando*" y "*Campaña adelanta la policía: solicite escolta antes de retirar dinero en banco*", seguía: "*Se trata de Bernabé López Llanos* (por Lanús). "*Hallado bajo efectos de la escopolamina"*.

"Bajo los efectos de la escopolamina fue encontrada una persona en la Estación Terminal de Transportes de Ibagué. La víctima fue identificada como Bernabé López Llanos, de 30 años de edad, quien fue llevado al hospital Federico Lleras Acosta para que recibiera la respectiva atención médica. La persona intoxicada viajaba en el bus afiliado a empresa Continental, de placas SUK-607, que cubría la ruta Bogotá-Pasto. Las autoridades desconocen si a López Llanos le hurtaron elementos de valor o dinero. El caso pasó a órdenes de la autoridad competente."

Por primera vez aparecía mi nombre en una sección policial de un periódico.

Otro titular decía: "*Ojo, no le coma cuento a la escopolamina*", donde en una parte comentaba: "*Y si se habla de extranjeros, al ornitólogo Bernabé López-Lanús lo escopolaminaron viniendo hacia Ibagué y le robaron no sólo su equipo fotográfico, sino además su libreta de notas que llevaba sobre el último descubrimiento para la ciencia mundial.*" Esto último es una exageración de la periodista, la misma que recibió el premio por el artículo de los orejiamarillos, pero que buscaba el impacto que merecía situaciones como la mía.

¿Pero que es la burundanga? Esta sustancia es un alcaloide, se obtiene de un árbol que conozco, el borrachero, también conocido como cacao sabanero o campana amarilla, una solanácea gigante, que se desarrolla bien y como adorno en parques y jardines. Es un hipnótico químico y depresor del sistema nervioso central, que produce amnesia, delirio, alucinaciones, confusión y desorientación. Al despertar (todo esto lo transcribo, en parte, de la nota que salió en el diario), el paciente presenta gran ansiedad y en ocasiones requiere de sedantes. Como escopolamina, su nombre técnico propiamente dicho, es conocido en el uso farmacéutico; es una droga que sirve para el mareo, pero que en este país es utilizada además por los delincuentes, y como tales también, por los chicos en el colegio para obtener favores del bello sexo. Según los especialistas, sigue diciendo la periodista amiga mía, la dosis tóxica es de cien miligramos, pero con fines delictivos oscila entre los cincuenta y ochenta miligramos. Por último, se sabe que es camuflada en bebidas, caramelos, chocolates, cigarrillos, gracias a sus características físicas de ser inodora y con sabor ocultable.

El efecto puede durar de dos horas a dos días, caracterizados por síntomas de somnolencia, precedida de un estado de pasividad que hace a la víctima sugestionable y fácil de convencer para obedecer órdenes que en otras circunstancias no ejecutaría.

También sé que fue utilizada como "suero de la verdad" en la primera guerra mundial. El nombre del árbol proviene de su efecto embriagante si se está mucho tiempo bajo la planta, porque atonta o

emborracha, creo que su nombre científico es *Brugmansia*. En su presentación final el producto casero es un polvo fino.

Los médicos insisten en que la única forma de drogar a una persona es mediante su ingestión. Pero no recuerdo haber comido nada cuando mi voluntad estaba intacta, luego sí, pero como en tinieblas. Las dosis sin lugar a dudas son difíciles de controlar y se suministran al azar en condiciones de robo. Existen variedad de casos con la burundanga: entrar a los bancos y vaciar las cuentas a favor de los ladrones, entregar todos los objetos personales por los cuales preguntan, así estuviesen escondidos, o también, como quedó sugerido arriba, últimamente es de uso bastante corriente en las discos para doblegar la voluntad de las chicas, etcétera, etcétera. La víctima hace todo lo que le piden sin oponerse y para el observador, como dije, se ve como una persona bastante normal. Para la idiosincrasia del colombiano *vivo*, la burundanga es un atrapabobos, que curiosamente sólo se usa en Colombia, no en Ecuador o centro América, donde la planta es muy común también pero se ignora su uso delictivo. Pero, un conocido, abogado, también fue víctima como yo y lo único que se acuerda es ir al trabajo y al parar en la esquina esperando el semáforo, un auto sport descapotado lleno de chicas lo saludaron. Es su último recuerdo y allí se le borra la consciencia. O como dijo Manuel, mi amigo médico con quién padecí varias historias caninas, a él no le consta que sí o sí deba ser ingerida, al menos en el primer acto del delincuente, pues sabe que un diario abierto de golpe o una soplada con cierta cantidad del polvo muy fino puede llegar a quebrar luego la voluntad de la víctima, y después sí, se ingiere todo lo que ellos quieren. En el ambiente diplomático, como por ejemplo en la embajada de los Estados Unidos, los manuales de orientación avisan sobre esta droga para que su personal no vaya solo a los bares y se abstengan de comer en lugares que no son totalmente seguros. Lo más terrible es que si la dosis es alta puede tener un efecto adverso peligroso, secuelas como la esquizofrenia, psicosis, parálisis y delirios hasta por seis meses, o la muerte. ¡Creo no recordar haber visto hombrecitos verdes! En lo que a mí respecta, muchas veces rechacé caramelos o cualquier comida prevenido, pero así todo…, me pasó, y ya. Ante el típico chiste que hacen todos los nunca escopolaminados que te escuchan "*¿no te habrán hecho algo mas no*?", cabe tener paciencia, porque siempre es el mismo.

Por fin contestó una Sandra de verdad, que asustada dijo conocerme, efectivamente.

Sandra, mi amiga bióloga bogotana, prima de la mujer que me sacaba el sueño, con su *jeep* y tres amigos y amigas vinieron en mi rescate desde Salento, atravesando la "línea", es decir, la cordillera central, por esa ruta de cornisa que tantos evitaban y otros no la contaban, como era menester notar esos autos incrustados cuesta abajo entre el follaje. Para algunos una pavada, para ella un sacrificio válido.

A duras penas me acuerdo levantarme un jueves a la madrugada y pasearme desnudo en su casa mientras ella chillaba pidiéndome que me vista. Luego, de día, me visitaban muchísimas personas, muchas que jamás hubiesen golpeado las puertas de esa casa, por ser ex amigas, ex novias, ex *exes*, preguntando por mí. Y yo, todavía bajo los efectos de la droga, sin límites y la libido sin control, haciéndolas pasar más vergüenza ¡hasta que Sandra las tuvo que echar! ¡De esto algo me acuerdo! Pero lo anterior fueron cuatro días de mi vida borrados, no sé si comiendo o no, yendo al baño o no, cambiándome la ropa o no, sin saber lo que pasó entre Bogotá e Ibagué, ni saber de agujas, medicación, periodistas, nada. Noche y día, fueron un hueco en mi consciencia.

Lo más gracioso es que pedía hablar con otros amigos en Medellín, por ejemplo con el queridísimo mecenas ornitológico brasileño-germano-colombiano Walter Weber, de la asociación antioqueña de ornitología, mientras Sandra me decía.

—¡No! ¡Otra vez no lo llames!
—¡Pero si nunca lo llamé!
—¡Sí, lo llamaste hace una hora y le contaste todo!
—No, me parece, no. Jamás hablé con él, esperá, le voy a preguntar.

Y lo llamaba.

—¿Bernabé, *quiubo* amigo?
—¡Walter! No sabés lo que me pasó.
—¿Qué te pasó?

Y le contaba todo de nuevo, lo que él ya había escuchado en dos llamadas previas. Así es la burundanga, no duele, sin dolor de cabeza, sin un recuerdo. En lo muy íntimo mío no puedo decir que la pasé mal, sino por lo que me contaron, mal hice pasar a mis entrañables amigos, que no están todos nombrados en estas historias pero viven siempre en mí.

En los días que pasé en Salento recuperándome, donde tuve la buena idea de partir solo en una expedición a la montaña donde me desintoxiqué verdaderamente ante tanto jadeo y transpiración como suele pasar en esas trepadas, me di cuenta que la vida es magia y que esa magia pasa por uno. Proactivo y feliz, en una semana, para mí fue una anécdota, aunque para mi familia en Argentina a la cual recién les llegaban las noticias, un horror. A veces pienso que lo que me pasa es como que le pasa a otro, y a veces pienso que uno se olvida de quien es, y es bueno escribirlo cuando todavía se está a tiempo.

Cuando regresé a mi espacio dentro del pueblito en el Tolima, no me importaba la pérdida de dos mil dólares en equipo sino que el veterinario preguntase por su termo para las vacunas. Debí mentirle haciendo mención sobre unas truchas que debía transportar frescas, y como ya no existía por el robo, le regalé uno más grande y nuevo. Salvado de las Farc por retirar fauna sin permiso y la *Grallaria* espécimen en el museo de Bogotá, lo del medio fue solo una más de las vidas de gato que me acababa de gastar.

Sólo la ironía me lo recordará toda la vida, una canción muy divertida y con buen ritmo Caribe, que tiene que ver en Colombia con Bernabé, nombre de negro, de los que se ponía a los esclavos, y el destino, por llamarlo de una manera así pues no creo en él, me la hizo bailar y bailar en más, siempre que me la cantaban como una de las versiones más arraigadas desde niños en este país, y reza así.

Songo le dio a Borondongo
Borondongo le dio a Bernabé
Bernabé le pegó a Muchilanga le echó a burundanga
les hinchan los pies

Monina
Songo le dio a Borondongo
Borondongo le dio a Bernabé
Bernabé le pegó a Muchilanga le echó a burundanga
les hinchan los pies
Abambelé practica el amor
defiende a tus hermanos
porque entre hermanos se vive mejor
Abambelé practica el amor
defiende a tus hermanos
porque entre hermanos se vive mejor
Y nos sigue
Songo le dio a Borondongo
Borondongo le dio a Bernabé
Bernabé le pegó a Muchilanga le echó a burundanga
les hinchan los pies
Monina
Songo le dio a borondongo
borondongo le dio a Bernabé
Bernabé le pegó a Muchilanga le echó a burundanga
les hinchan los pies
¿Por qué fue que Songo le dio a Borondongo?
¿por qué Borondongo le dio a Bernabé?
¿por qué Borondongo le dio a Bernabé?
¿por qué Bernabé le pegó a Muchilanga?
¿por qué Bernabé le pegó a Muchilanga?
¿por qué Muchilanga le echó a burundanga?
¿por qué Muchilanga le echó a burundanga?
¿por qué burundanga le hinchan los pies?
(se repite)
Eh que lío
¿Abambelé ?..
¡¡Burundanga!!
(Celia Cruz) Mambo del Caribe.

Mala suerte con suerte.

CAPÍTULO 33

Acompañaba a Coco por las noches, curioso por su nueva actividad. Es necesario hacer constar que Coco no tenía conocimientos científicos, pero no se lo podía igualar como colector de fauna y ayudante de campo. Era un fuera de serie innato. Aunque a veces la integridad de los especímenes podía verse afectada. Le había sido encomendado dar con todos los peces posibles, pues según se sabía, la inmensa laguna, la Laguna Blanca del parque nacional Pilcomayo, no estaba prospectada bajo superficie. La realidad es que comenzó esta actividad de día, temprano por las mañanas, con un anzuelo.

—¿Un anzuelo Coco? ¿Vas a comenzar la colección de peces con UN anzuelo?

—No sé donde están los demás. Pero con uno es suficiente.

Y se fue contento, teniendo preparado un tanque de plástico de un metro de altura y con tapa, repleto de formol diluido esperando los peces.

Al mediodía lo encontré en el galpón de parques. Sin el anzuelo. Y como una especie cercana a las pirañas le cercenó un trozo de piel del dedo de la mano, no andaba de muy buen humor.

—¿Para qué quieren tantos pescados?

—¡Todos los que puedas, a ver si te encontrás con algo sin nombre!

—¿Sabés identificarlos?

—Ni idea Coco, sólo se bastante sobre aves.

—Ya no tengo más anzuelos, pero Bernabé, podrías darme los tuyos.

—¿Los que vienen en mi estuche de supervivencia con la *Victorinox*?

—Exacto.

—Coco… no sé qué decirte, ¿me prometés que no los vas a perder? Mirá que los tengo por algo, siempre deben acompañarme.

—¡Prometido!

Al día siguiente la escena era idéntica, otra vez sin anzuelos. Todos perdidos y sin capturas. Había que pensar en un plan B de emergencia porque definitivamente la caja con el equipo de pesca había quedado en la camioneta de Sofía y en una semana no volvería.

—Vamos al pueblo, compramos unos anzuel…
—Yo sé cómo voy a hacer —me interrumpió.

Esa noche dijo que se iba a pescar y salió con un machete y una linterna hacia las pasarelas, las cuales terminaban en una pérgola sobre pilotes que estaba ya dentro de la laguna, del otro lado de unos huajozales enormes, unas plantas parecidas a las achiras, pero de agua. No sé a qué hora habrá regresado, pero no lo escuché. Mi rutina era la de levantarme al alba, lo único horrible que tiene la ornitología en comparación con la botánica, donde los árboles no importa a qué hora del día se vayan a estudiar, siempre están. Al mismo tiempo, tampoco me acostaba temprano sino hasta que la última lechuza se acallara, por lo tanto mi vida era parecida a la de un *zombie*, durmiendo no más de cinco horas. Ojo, acostarse tarde no era siempre estar caminando con una linterna, obvio muchas veces en mi mano tenía una cerveza, pero dentro de un entorno como el parque, siempre el oído había que tenerlo atento y de escucharse algo, ahí salía disparado. Es por ello la disculpa eterna del ornitólogo ante cualquier protocolo de cualquier clase. Si se escucha o ve algo es válido salir corriendo dejando todo como está. Pero me fui por las ramas. El asunto es que al mediodía, ya tenía muchas horas de caminata. Si estaba cerca de la comida y me aparecía para morder carne disecada y pan seco, luego partía en dirección contraria a la de la mañana, y ese plan siempre me era conveniente.

Allí estaba Coco de nuevo, aburrido sin pescar, pero esta vez, el tanque tenía decenas de peces, con anguilas, palometas, bagres, un armado creo, la verdad, notable.

—¿Y esto? ¿Conseguiste los anzuelos?
—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó.
—Nada especial, quedarme por acá seguramente.
—¿Me acompañas?
—Claro, ¿a dónde vamos?

—A pescar —me dijo con cierto brillo en sus ojos.

Debí llevar mi machete y la linterna. Lo que observé luego me deslumbró. Cuando llegó a la pérgola, la inmensa laguna estaba totalmente espejada, sin luna se veía en el agua, bien negra, el brillo de Júpiter y tantas estrellas. Pero Coco encendió la linterna, alumbró el agua de inmediato marrón clara a la luz, me miró blandiendo el machete, luego se concentró mirando fijo para abajo, se agazapó cada vez más, en el aire lo hizo girar dos o tres veces sobre sí mismo hasta quedar con el canto para abajo y…

—¡Chuíc! —se escuchó como un beso dulce cortando el líquido tipo flash.
A los segundos un pez, que había quedado inmovilizado con la columna vertebral partida en dos se veía aflorar, y con su brazo hundido lo elevaba con la palma de la mano.

Coco siempre me sorprendía.

A veces se entusiasmaba y quedaban totalmente partidos por la mitad. Con este sistema llenó el tanque hasta la mitad y considerando que ya no había más peces que colectar porque se estaban repitiendo los especímenes, se dedicó a retozar. Las provisiones por aquel entonces nos conformaban. Agua, cecina[1], y salsa de tomate. Agua que tomábamos y agua que hervíamos aflojando la carne salada de cebú resecada al sol, coloreándola con puré de tomate. ¡Me fascinaba! Así en paz, calcinados por el calor a la hora de más sol, hablando de todo un poco y uniendo nuestras dos culturas tan distantes, nos enterábamos de los cumpleaños locales por la radio del lugar, emitida desde el pueblo Espinillo, porque en cualquier galpón que se preste, una Zenith destartalada, al menos, siempre hay. Y para Coco, era como su novia.

—¡Hoy festejamos el cumpleaños de Rita! ¡Rita Losada, que los cumplas muy feliz! —y a continuación seguía una grabación muy rococó con un—: ¡Que los cumplas, FELIZ, que los cumplas a ti (?).
—¡Hoy, también festejamos el cumpleaños de María Espínola,

1 Charqui, carne salada secada al sol.

tres añitos! ¡Que los cumplas muy feliz! —y de nuevo la misma canción por varios segundos.

—Hoy, también festej…

—¡¡¿Pero cuantos cumplen años en esta ciudad?!! —protestaba de repente Coco con sus creo veinte años de edad haciéndome reír para mis adentros, porque todos los días se quejaba de lo mismo.

Luego, venía lo mejor, una marcha fúnebre desafinada y los mismos tipos de nombres pero anunciados de manera lacónica. Tardes tórridas afuera, horas lentas bajo el techado de zinc. Parias en armonía rodeados de peces en formol y cientos de notas de campo que hacía sobre aves. Hasta que Coco sin darse cuenta mascullaba rabioso ante la falta de música.

—¡Pero se mueren más que los que cumplen años!

Como Sofía no volvía, nuestras caminatas fueron en otras áreas del parque nacional. Nos llevaban los guardaparques, de los cuales ya éramos compinches. Una vuelta, desde la seccional Estero Poí, vimos llegar un vehículo atípico para el parque, era un *Unimog Mercedes Benz* de gendarmería nacional, verde oscuro, uno de esos modelos todo terreno que tanto se ven a lo largo de las fronteras argentinas. Oh sorpresa, en la cabina no sólo iban gendarmes sino uno de los guardaparques. Por lo visto, más allá de lo que pasara, tenían apoyo mutuo de ser necesario y eso se veía bien. Darían una vuelta por los pastizales chapoteando y abriendo huella hasta llegar a un *Land Rover*, el del guardaparque, encajado hasta los ejes, dejado ahí por días. Nos tocó ir arriba con unos soldados y desde allí parecía que navegábamos pero en el barro, salpicábamos agua todo el tiempo y no se empantanaba nunca, era como ir en un tractor aunque la pericia del chofer uniformado debía ser la adecuada. Con tantos días de monotonía este contraste estaba bien y nos daba una visión de algunas áreas que no habíamos podido alcanzar previamente. Un último tumbo lo provocó la frenada brusca del aparato. Con voz de mando se nos anunció la presencia de un animal al frente.

—¡A ver, los que entienden allá arriba!

—Ey, señor, le hablan a usted —dijo un gendarme raso que teníamos al lado.

—¡Oigan! ¡Miren lo que hay adelante! —nos dijo el chofer.

—Un venado no puede ser —pensé—, esa cola larga y orejas cortas redondeadas no coincid...

—¡Un puma! —susurró Coco.

Para mí era la primera vez que observaba un gato tan largo. De estilizado y con perfil inmóvil pasó a saltar de una sola vez desapareciendo entre el pastizal. La voz de mando nos anunció, recobrándose del espectáculo.

—¡Un puma al frente muchachos!

Y repentinamente aceleró rabioso en aquella dirección haciéndonos doler las manos prendiéndonos al techo para no caer, por desprevenidos. La masa de pelos pardecinos había desaparecido como por magia. Los pumas no atacan, pero esa geografía de palmares, isletas de montes, bajíos con huajosales y esteros ya no la sentiríamos totalmente nuestra en más.

—¿Alguien quiere bajar? —dijo aquel chofer al parar sin encontrar nada (ese era el chiste).

Allí estaba, escondido, pero invisible, el esplendoroso puma al cual sorprendimos por curioso o confundido.

Luego veríamos, en un mar de pastizales altos hasta la cintura, de tanto en tanto, algo que asomaba cada cierto tiempo sobresaliendo negro. Una bola de crines negras. Un oso hormiguero de los grandes.

Por fin, llegó el día en que arribó Sofía, no podía ser otra, por la línea recta del camino frente al galpón, en la cual se veía la polvareda veloz que dejaba la camioneta blanca, como un punto primero; a nuestros pies instantes después.

—No tenemos tiempo, faltan quinientos kilómetros para llegar a la reserva natural Formosa —dijo triunfante a quien su marido llamaba “sacha Sofía”, por el quechua “monte”, es decir, “Sofía del monte”.

Los tanques con formol fueron subidos, más todo el equipo. Y

hacia allí partimos, con las recién llegadas herpetólogas especialistas en lagartijas (que luego con Coco nos repartiríamos pero jamás con éxito), y otros expertos que yo conocía bien de la Asociación. El paisaje fue cambiando paulatinamente, nunca más se vio un bañado ni un pastizal, todo era monte, y muy árido. Entrábamos en el chaco seco. Mi acción estaba bien definida y apenas llegamos, luego de una dormida rápida, al amanecer me sumergí en el monte por todo el día. Lo primero que me impresionó fue "correr" con la rapidez de un ciervo, no porque tenga patas, una boa constrictora. La llaman Lampalagua, realmente muy grande. Cuando me sintió aproximarme desprevenidamente se asustó, recorriendo dos metros hasta ocultarse en el hueco de un árbol caído, pero tan ruidosamente y veloz, que tardé un instante para comprender que esa bestia era una víbora. Luego me topé con un oso hormiguero, que sin miedo y con esos ojos chiquitos casi sin verme, pispió el aire levantando anquilosado el larguísimo hocico para luego irse manso atravesando un charco de agua cerca del río Bermejo. El lugar era salvaje.

—¿Quién se le acerca a una fiera de esas enojada? —me asustó una voz a mis espaldas desde un caballo.

Al darme vuelta me di cuenta que podía ser un guardaparque baquiano.

—¡Buenas tardes o buenas noches ya! ¿Y usted por qué dice que son una fiera?

—¡Es que yo a veces los enlazo como a los terneros, por divertirme, pero si se le ajusta mucho al cuello y no afloja el tiento, hay que matarlos, porque vaya uno a tratar de sacárselo, se paran y las uñas son de temer!

Voy a tener que hablar con Juan Carlos, pensé.

—Don, lo andan buscando, parece que su amigo, a ese que le llaman Coco, tiene un paro cardíaco. Por eso me mandaron a ver dónde usted andaba. Están saliendo para el pueblo ya, no puede ni respirar y le duele tremendo el pecho.

Llegamos preocupados al caserío, los síntomas eran reales, parecía tener un proceso de infarto. Los dos médicos que encontramos

juntos solucionaron el tema de un modo distinto al que creíamos.

—Le vamos a dar *Valium* —dijeron, una doctora, otro doctor, ambos con sus guardapolvos blancos y caras jóvenes de residentes.

—Si ustedes lo dicen —respondimos con cara de si estaban seguros de lo que hacían.

—Sí, es una contractura muscular, nos contó que está encargado de colectar peces para la expedición y que pasó un día entero en una lancha llenando con pescados un tanque con formol. A la tarde, al regresar, estando mojado y con el viento generado por la embarcación que iba ligero, provocó que se contracture de esa manera. Él dijo, por agarrarse todo el tiempo de una soga para no caerse. Es la única manera de aflojarlo y que se calme el dolor. ¡Ese chico está muy tenso!

Nos miramos con Sofía y nos reímos, porque si había algo más tranquilo y relajado que Coco, no lo conocíamos.

Siempre aprovechando los caminos de tierra como transectas, y por ser plena noche, la experta en mamíferos, Sofía, nos puso a contar tapetíes, unos conejitos de monte, algo chicos y marrones, muy redondos y como pompones, desde la caja de la camioneta. Había que avisar cada vez que veíamos uno a la luz de los faros que iluminaban el camino. Ella, aprovechaba cada minuto y no había tiempo que perder.

—¡Uno!

—¡Uno! —siempre diciendo la unidad en vos alta, ella se encargaba del odómetro mirando el tablero encendido y la herpetóloga anotaba a su lado dentro de la cabina.

—¿Ese vale? —pregunté.

—¡Sí! —gritó Sofía.

—¡Túc! —se escuchó de nuevo con una leve sacudida de la camioneta— ¿ese también vale?

—¡Sí!, ¡Sigan contando! —nos gritaba, mientras Coco adentro no entendía qué pasaba, boleado como estaba y en las nubes, reincorporándose un poco. Tan duro era el pobre que el *Valium* inyectado no servía para relajarlo, Coco era una piedra.

—¡Pero no seas bestia! ¡Andá más despacio que los estás

pasando a todos por arriba! —hubo que decirle. Pero ya estábamos llegando al campamento.

Pasados unos días, fogón de por medio en pleno monte, con una de esas fogatas duraderas sólo debido a dos o tres ramitas de quebracho, nuestros cuerpos cansados por el calor duro y la falta de una buena ducha, prontos a regresar, se me anuncia que estaba invitado a participar en un congreso Neotropical de ornitología. Por Neotrópico entiéndase, *grosso modo,* toda América del Sur, Centro América y el Caribe. Miré mi ropa y mi aspecto, pero visto que había tenido la precaución de viajar siempre listo para todo, también es cierto que me quedaban camisas limpias impecables, náuticos lustrados y más que nada, podía civilizarme un poco cortándome el pelo, del que todavía me quedaba en esos años. Con respecto a lo que consideraba una alergia a las picaduras de garrapatas, bueno, con paciencia podría disimularla un poco. Estaba preparado para ir.

—¿Dónde se hace?

—En Asunción —aclaró Sofía. Y si ella lo decía, era un hecho que íbamos.

—¿Cuándo?

—Luego de regresar a Iguazú, para luego del eclipse.

Una de las circunstancias que más me cansaba de mi trabajo de campo, era ser torturado por las famosas garrapatas. En América del Norte es sabido que produce una enfermedad crónica grave. En Sudamérica en cambio, varias enfermedades graves, que nadie conoce bien y no se habla mucho del tema. Al menos provocan unas doce dolencias y algunas, a la larga, matan. Mi prevención estaba superada por demás, siempre tenía una veintena, a veces menos, a veces más, agarradas a la piel. Ir a dormir significaba tardar unos quince o veinte minutos en descubrir, sin ropa, en los más insólitos rincones de nuestra anatomía humana, a esos insectos vampiros incrustados en la piel, los cuales supuestamente se sacan con varios tipos de métodos, pero en la práctica, se arrancan. Los más chicos, los que todavía son miniaturas, a los que llaman polvorines, a esos se los siente pero casi no se los ve y cada vez que creía que ya no me quedaba ninguno y me relajaba para depositar placenteramente esa estructura nuestra que llamamos cuerpo,

con huesos molidos sin apoyar la espalda sobre nada el día entero y los pies sin descanso, apagando la linterna con el acompañado "clí-qui", y relajarme sobre el piso con un resonante resoplido de placer, en ese momento, un último polvorín se decidía a seguir recorriéndome. Así, era necesario hacer toda la operación de nuevo, reincorporándome. Pero, había más: la alergia me hacía rascar tremendamente, peor que un perro y a escondidas de mis amigos (para no preocuparlos ni desalentarlos a que todavía me permitan estar cerca suyo), arrancaba una corteza de quebracho y la usaba de rasqueta para calmar el escozor, porque mis uñas ya me dolían y tenía los dedos hinchados. La única parte del cuerpo que se me había calmado era el abdomen. Lo había logrado probando desesperado, hacía algunos días en el galpón del Pilcomayo, empapándome del formol de los pescados la zona abdominal, donde más picaba, pero como este químico es tan agresivo, me dio miedo seguir usándolo en el resto del cuerpo y lo abandoné.

Con la mente en Paraguay, finalmente me dormí, pero algo tenía que hacer para evitar que tan tremenda picazón me agarrara en una reunión. Mientras, me adormilaba para pasar a ese otro estado de ausencia parecido a la muerte, el dormirse. Pero empecé a reírme al escucharla de golpe a Sofía protestar, todavía dando vueltas por el campamento, al darse cuenta que todos los peces del río Bermejo estaban mezclados con los de Laguna Blanca. A Coco no se le ocurrió sopesar la importancia de la "procedencia" de una colección de especímenes. Los tres tanques eran un cóctel.

Hacia nuevos horizontes.

CAPÍTULO 34

—¿Viene por su arepita señor?
—Sí señora, ¿cómo ha estado hoy?
—Bien, ¿fresquito ahora no?
—Lindo para una arepa bien calentita.
—Aquí tiene.
—Gracias señora, tome usted.
—Y esto… —finalizaba mientras buscaba el cambio en un delantal cuadriculado de blanco y celeste con un bolsillo para el dinero— es suyo, ahí estamos.

Y le devolví una sonrisa.

Una rutina y una conversación que se daba seguido con la señora de las arepas, de unos sesenta años, chiquita, de pelo y cejas todavía bien negros. Era verdad que algunos familiares de la guerrilla de Toche vivían en el pueblo, o al menos eso se chismorreaba. Es por ello, tal vez, que la misma Farc de esa región me dejaba bastante libre en este nuevo sitio, pues me vigilaban a diario y mientras se decidieran conmigo me dejaban hacer. Por otro lado supongo tenían referencias mías de Toche. O inclusive desde el volcán Tolima, bien arriba en su base de hielo, donde había estado.

Cuando entré a Colombia sabía que el luego coautor de uno de mis artículos sobre las aves en extinción de Toche, Tim Cowley, había sido secuestrado por las Farc dos años antes de mi ingreso a la región. Por estar "perdido en el campo" (así se llama en nuestro ambiente el permanecer sin noticias tanto para los que se quedan, es decir los que te saben en un sitio pero sin comunicación, como para uno, sin contacto con el exterior), no me había puesto a estudiar oficialmente el caso de Cowley. Aclaro que nunca lo conocí excepto epistolarmente. Cuando pisé por primera vez Toche sabía que a doscientos metros del caserío, por el mismo camino que yo pasaba, había sido retenido y capturado.

—Pues uno igual que usted, tuvo la mala suerte de venir a ver *pajaritos* cuando de casualidad los muchachos estaban en el pueblo tomando alguito. Cuando caminaban para el bosque primero cogiendo el camino cuesta arriba hacia el palmar, se toparon con un auto cuatro por cuatro, una "burbuja[1]". Manejaban dos. Uno era el chofer, y el otro, con binoculares, era un militar pero vestido como usted. Hablaba inglés y trabajaba para una embajada. Se lo llevaron enseguida a punta de pistola. Al chofer lo dejaron ir para que avise que fue secuestrado con un mensaje para sus superiores —narraba el cuñado de un guerrillero, en el almacén que a veces yo visitaba para comprar alimentos.

—¿Con cuál mensaje se fue?

—No sé, porque yo no estuve ahí, pero lo que sí supe es que lo último que gritó a su chofer es que avisara a un amigo que había visto los orejiamarillos que usted busca y la paloma del Tolima. Y después, en cuatro meses, no se lo vio más.

Creo que si hubiera leído los diarios publicados dos años atrás en Gran Bretaña sobre este tal Cowley jamás habría pisado Toche y por lo mismo, por ser estas noticias conocidas en su totalidad o a medias entre los ornitólogos colombianos, es que ninguno aceptó trabajar en zona roja. Mi ingreso en Colombia era simultáneo a una oleada de crímenes de orden público muy severa. A tal punto estaba descontrolada la situación que los noticieros diarios en televisión, especialmente los dos en el horario de la noche, 7 p.m. y 9 p.m., tenían una sección entera, la primera generalmente, para informar sobre los sucesos asociados al ejército, guerrillas y paramilitares. La verdad era como vivir en una guerra civil, con la mayor parte de la población habitando "segura" en las ciudades; pero los campos y montañas como tierras de nadie. Esos programas tenían una audiencia muy elevada, de alto consumo. Las filmaciones eran drásticas, con periodistas amarillistas que sin filtro mostraban cómo en una masacre en determinada parte del país, en un duelo entre guerrilleros (de extrema izquierda) y paramilitares (de extrema derecha), pero ambos bandos detrás del negocio de las drogas ya sin importarles a la mayoría las teorías políticas, los "*guerros*" (guerrilleros) habían perdido. Se les habían cortado las cabezas

1 Vehículo todo terreno sofisticado, tipo auto, al menos en esa época con estilo curvo y de vidrios polarizados, brillando como pompas de jabón.

incrustándose las mismas sobre unas estacas de un metro de altura en un sector del bosque en un camino vehicular, junto a un arroyo por el cual corría agua rápido, algunas de ellas a la vista de la audiencia televisiva. En lo personal, este tipo de material documental en más hizo que tratara de evitar ver los noticieros sin precaución, porque me afectaban grandemente esas escenas, sobre todo pudiendo ser yo el próximo. Supe que por medio de un decreto nacional, se prohibieron pasar esas imágenes a color. En más las mostraban en blanco y negro. Pero como las ventas por publicidad comenzaron a bajar abruptamente, a la semana volvieron a ponerlas en colores. El decreto se abolió. Increíblemente, el colombiano consumía violencia, no la ficticia de las películas baratas, sino de la real. Por lo tanto prefería no enterarme tanto de las cosas y aplicar el consejo que me dieron en Toche, "*el que nada debe, nada teme*" el primer día que llegué allí. Ya en mí esa frase era un estilo de vida, que de a poco se fue haciendo hábito, de la misma manera que era un hábito para el resto de la población vivir siempre amenazado, pero sin tanto miedo.

Con respeto a Tim Cowley, transcribo un artículo que seleccioné al azar, publicado en le prensa británica en aquellos días, utilizando para su búsqueda tres palabras claves en internet, donde encontré esto (mientras escribo estos capítulos, seguro en mi escritorio, todavía me pongo tenso). Cualquier error en la traducción es mera responsabilidad mía.

"Domingo 27 de agosto de 1995. Título: 'Un soldado trabajando en la embajada británica en Colombia fue secuestrado por guerrillas marxistas siendo capturado al azar en un retén de la ruta'.

Las negociaciones para liberar al sargento Timothy Cowley, han sido muy delicadas para la oficina de extranjería que mantenía las noticias del secuestro en secreto hace quince días, se supo ayer. No se sabe si se pide un rescate por el sargento Cowley, agregado en la oficina de defensa en la embajada situada en Bogotá, la cual analiza la situación de las guerrillas en Colombia, siendo éstas grupos subversivos que han luchado continuamente contra los gobiernos colombianos por más de treinta años. Un vocero de la oficina de extranjería dijo ayer:

'Esto es muy común que pase en Colombia. Él corrió con mala suerte y estamos haciendo todo lo posible para asegurar que regrese. Nuestra posición con los rescates es bien conocida, nosotros no pagamos'. Ralf White, miembro del parlamento conservador por Wycombe y presidente del Grupo Parlamentario Latinoamericano Británico, dijo: "La política de no tener trato con los secuestradores diplomáticos es la correcta. Si no fuese así habría una avalancha de secuestros. Las autoridades colombianas son las personas que deben negociar con los secuestradores." El sargento Cowley estaba manejando al sudoeste de Colombia cuando fue retenido en el camino no se sabe si por el Ejército de Liberación Nacional (ELN) o las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Él estaba consternado cuando ellos se dieron cuenta que era de la embajada británica.

Las FARC y el ELN tienen cerca de 7.000 combatientes y, junto a los carteles del narcotráfico, han vuelto a Colombia la capital del secuestro en el mundo. Más de 1.000 personas son tomadas cada año. Aunque el secuestro del sargento Cowley aparentemente no fue planeado por la guerrilla, las negociaciones para liberarlo no serán fáciles por el hecho de que los instructores británicos han estado entrenando las fuerzas especiales colombianas de operaciones antidrogas por un tiempo. Se piensa que la SAS (un regimiento de fuerzas especiales del ejército británico) ha sido involucrada. El ministerio de defensa actualmente está tratando de obtener en la corte la prohibición del nuevo libro de Andy McNab donde se cree que revela detalles de las operaciones de la SAS en Colombia.

A pesar del hecho de que el programa de entrenamiento no ha sido dirigido específicamente contra la guerrilla, éstas han estado envueltas con las pandillas de los infames carteles de la droga en Colombia. Es sabido que las guerrillas de las FARC han estado protegiendo los laboratorios de proceso de cocaína para financiarse. Cuando la guerrilla tomó el palacio de justicia en Bogotá en 1985 en un ataque en el cual una docena de magistrados de la corte suprema murieron con otros cien más, el involucramiento con los carteles del narcotráfico fue obvio. La justicia estaba discutiendo si extraditar o no a uno de los varones de la droga a Estados Unidos.

No se sabe si el sargento Cowley, quién trabaja para el agregado militar, coronel M.A. Ponikowski del cuerpo logístico real, estaba involucrado en el programa de entrenamiento. El peligro en el que el sargento Cowley se encuentra, está bien ilustrado dos semanas atrás cuando Trevor Catton, 22, un estudiante británico, fue ejecutado después de ser sostenida por dos meses la demanda de 330.000 libras de rescate por los secuestradores. Tres años atrás Peter Kessler, 65, un empresario británico, fue muerto de un disparo por sus secuestradores de las FARC cuando una patrulla armada del ejército se acercó al campamento donde él estaba retenido. Hace una semana las guerrillas liberaron a Thomas Hargrove, un periodista estadounidense a quién retenían desde septiembre, luego que su rescate fue pagado."

Todo esto que publicó la prensa años atrás no lo conocía. Se me había dicho que no pasaba nada y que Tim había estado unos días retenido. Cuando el sargento Hernández de la policía de Salento me habló del hecho no conocía su connotación oficial, tampoco cuando lo comentaban en Toche las personas del pueblito. Salir ileso de esa zona para ingresar a Roncesvalles era menos arriesgado, ahora recién lo sé, que aquel día que dormí en la base del glaciar del Tolima, área donde se suponía había estado Tim. No tenía carpa sino tan sólo un saco de dormir y mi meta era precisamente andar por el páramo conociendo las aves de allí, con la posibilidad, si se daba, de preguntarle a cualquiera más o menos observador, por los orejiamarillos y dónde podrían andar. Fue esa vez que dormí en una cueva de la que me habían hablado. Sabía que Tim (el sargento Cowley), había visto los orejiamarillos de nuevo, no sólo el día de su captura sino cuando estaba cautivo, cerca de la línea con el páramo, antes que el bosque se termine. Al menos ese era el rumor que me había hecho llegar Henry, el líder del proyecto. Yo juntaba esa información con la que me daban de vez en cuando los campesinos - se les escapaba -, percibiendo que el famoso soldado británico había vivido, o al menos pasado, por allí. Mi "lógica" era interpretar la *lógica* de la guerrilla. Ellos desde el páramo, sitio neurálgico, podían cruzar en poco tiempo de una provincia a otra rodeando el hielo del enorme volcán, así pasando desde Tolima a Quindío, o Risaralda en horas, esfumándose. De ahí su éxito de "estar en todas partes". Con el buen estado físico en que viven, a Tim lo tenían de un lugar para otro, según como pintaba el panorama. Como no encontré a nadie, ni nunca llegué

a la casita del páramo que me dijeron, siempre a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, fue que busqué la cueva hasta que la hallé. No es que se tratara realmente de una cueva, con su entrada y túnel interior todo oscuro, pero sí una hendidura profunda, de unos tres metros de longitud por dos de profundidad, justo al nivel del camino, un sendero de mulas rodeado de frailejones. El suelo era acogedor, porque muchos que pasaron por ahí (la misma guerrilla contaban, o el ejército, cuando patrullaban esas alturas) habían hecho una cama con las hojas felposas del frailejón. Estas hojas eran de color verde grisáceo muy pálido de fondo y terciopelo blanco como textura, pareciéndose todas juntas a un colchón. Era gracioso lo del ejército, porque se desplazaba con mucha pompa y ruido, una manera para avisar que no querían combate sino que estaban de pasada, aproximadamente cada dos años. También hice mi aporte, yendo a buscar más de esas "orejas de conejo" por su forma lanceolada y larga, que crecen como "limpia tubos" gigantes en esos pastizales de color amarronado, con alguna charca de montaña de vez en cuando adornándolos, y por supuesto, el imponente Tolima dormido.

Me llamaba la atención el gran Volcán, él quieto, pero sus raíces abajo con mucha actividad en potencia, sino ¿cómo podía el Machín, su mini hijo en Toche, estar tan vaporeante? Acomodado en mi casa de roca sin pared ni puerta, casi al aire libre, esperando una buena helada, sin prender una fogata con las pocas ramitas de arbustos que había en ese sector justo ahí, y solamente allí, ni la linterna para no llamar la atención, encendí la luz azul y oculta del reverbero a alcohol de mi Trangia, y mientras el agua bullía lento y con dificultad (debido a la altura) pensaba en los cuerpos de varios deportistas, escaladores, que contados con los dedos de la mano, se arriesgaron en hacer cumbre. Las rutas de acceso eran mal conocidas y presentaban grietas enormes en el glaciar, pero sobre todo esos deportistas se arriesgaron por la facilidad de ser observados, susceptibles de ser confiscados su equipos por las Farc. Hacía poco un equipo de escaladores, trepando por una ruta que presentaba desafíos nuevos debido al derretimiento paulatino del hielo .por el recalentamiento global, vieron algo que les llamó la atención sobre la nieve. Era el cuerpo de un viejo andinista, no por la cara de la persona, sino por el tipo de ropa que llevaba y la moneda en pesos con billetes ya bastante antiguos y fuera de uso. Las autoridades calcularon que habían descubierto a alguien que jamás se dio por buscado, no al menos

como escalador, y que nadie esperaba hallar. Raro dormir con el cielo estrellado en el casi eternamente nublado Tolima, con luna y sin viento. Finalmente me dormí, solo despertándome de vez en cuando por unos molestos conejos silvestres, que andaban por ahí, o por el búho real (¿*Bubo virginianus?*) que cantaba de manera atípica cada tanto.

Como suele pasar con mi metabolismo, de acostarme tarde levantándome tarde, por estar en medio de la naturaleza no me preocupé por abrir un ojo hasta que escuchara un ave cantar. El clima estaba de nuevo cerrado y cada tanto una fría llovizna pegaba fuerte. Mi plan era llegar a la supuesta casita y tal vez seguir de largo bajando a Toche por un poco conocido sendero prohibido. Un campesino, su mujer y una hija, me vieron llegar por la tarde. La humilde morada, miniatura por fuera, por dentro parecía más espaciosa como por arte de magia, tal vez por el suelo del piso a desnivel. Serio en su mirada, de pelo lacio corto negro azabache y como peinado a la gomina con raya a un costado, aquel señor, alma mater en la morada, me invitó a quedarme. Me observaba y me observaba. Dejé todas mis cosas pesadas y me fui a recorrer la zona por ahí. Primero me sorprendió encontrar decenas de unos teros de altura, los *Vanellus resplendens*, que en la guía de aves de Hilty y Brown de 1986 no estaban marcados para la cordillera central de Colombia, así que si bien no había encontrado noticias sobre los orejiamarillos este registro igual me tenía muy contento. Muchísimas ovejas por años habían dejado el césped cortito y repleto de sus boñigas negras tipo confites de chocolate. Un lugar diferente.

Por la noche, adelantada por tan mal clima, pensé que dormiría en la cocina, pues el otro espacio, el único más que había, era el que ocupaban ellos tres. Las camas consistían en cuatro palos con horquetas, dos troncos largos longitudinales como armazón principal y muchísimos palitos fuertes atravesados como hacen con las mesas de campaña en los campamentos organizados, y sobre ellos varios cojinillos de lana de oveja color crudo. Pero no, cuando fue la hora de acostarnos, donde casi al caminar se tocaba con la cabeza el techo (alguien alto debía encorvarse), esa cama de palo que era la matrimonial se convirtió en la mía, y ellos durmieron en otras de menor calidad a mi lado. La comida esa noche fue como en dos planetas, el planeta ellos, y el planeta yo, cada uno la suya. Afuera friísimo, el mutuo respeto y la conversación

sobre pájaros y loros nos unió alrededor del fuego por donde escapaba el humo a lo largo de un tubo de latas unidas a manera de chimenea… y de allí.

—Usted duerme en mi cama.
—No es necesario, puedo dormir en el piso, don.
—Bien pueda, lo he observado hace largo y usted me cae bien.

Y mientras, me estudiaba dibujando en lápiz a mano alzada los detalles de mis teros. Pasando luego a anotar, con cierta inclinación de mi libreta para que la fogata alumbrara más el papel cuadriculado (ese que a varios amigos induje a utilizar), *FINCA EL PLACER / PARQUE NACIONAL NATURAL LOS NEVADOS, Anzoátegui, Tolima (4°41'58,6"-75°20'1,9"), 8/dic/98, hasta 30 individuos juntos en un área de media a una hectárea; luego alrededor de la casa hasta 22 inds. (parte del grupo anterior) muy "aglomerados" como para estar protegidos de noche. Parecen tener diferencias en el plumaje respecto a lo que está ilustrado en la lámina del libro de Niels y Fjeldså*. Finalmente continúe con la descripción del plumaje de esas aves, hasta que lo aburrí.

Cuando estaba por dormirme, ya acomodado sobre los cojinillos y calentito dentro de mi bolsa de *duvet*, dejó de observarme por primera vez de ese modo, tan penetrante, como si me conociera, y fue cuando comentó…

—Ahí mismo durmió alguna vez el que era como usted —y apagó el candil —. Usted es valiente —agregó en la oscuridad siempre con voz gruesa y se durmió con el resto de la familia que en ningún momento dijo ni *mú*, ni me atreví a mirarla, pues los códigos en esas instancias se cumplen a rajatabla.

Me costó conciliar el sueño, estaba entonces durmiendo en la misma posición que el sargento Cowley. No sabía si al día siguiente no me vendrían a buscar. En Toche todos me conocían, pero ahí arriba podía ser diferente. Como fuera, ya estaba hecho, estaba en una trampa y debía esperar. No sé cómo, me dormí, supongo que igual que él cuando le tocó estar en ese preciso lugar, a la fuerza.

El día amaneció espléndido, azul refulgente, el sol estaba alto y nosotros también. Mi sombra seguía siendo elongada y me dio placer verla. Porque era raro en un país de montañas tener el horizonte plano y el sol pegado a él, gracias a ese minivalle cerca de la cumbre, que finalizaba en el vacío. Allí el césped era más verde que en cualquier lugar, el nevado más blanco, el azul azulísimo, el aire puro, imposible más, el agua cristalina, rica, helada, y el color amarronado y verdoso del páramo, eterno, por lo virgen. Miré alrededor girando casi totalmente. Un gran sector estaba todavía en sombras debido al gran cono helado del Tolima, justo por la bajada hacia el distante Toche, a donde me había dicho el señor que no debía seguir y al cual adustamente obedecí. Simulando que me agachaba para ajustarme los cordones de mis botas de *trekking*, pispié que no hubiera nadie cazándome. Todo vacío. Y respiré profundo disfrutando el paisaje. Una vez más era aceptado por ellos, las Farc. Para mí, homicidas e inclusive asesinos que decían *buen día, cómo está;* para ellos, yo, un argentino loco de atar.

Por ese señor supe que a Tim Cowley le habían permitido usar su cuaderno, escribir notas, mirar aves con sus binoculares, pero que como las Farc sabían que era un comando, lo tenían muy vigilado, con una correa corta entre los dos pies, como las maneas de los caballos para que no se vayan lejos (supongo yo tipo esposas). Supe también luego, por lo que me contaron en Toche (no ya mi anfitrión de la montaña), que lo trataban bien, que continuamente lo movían de lugar pero que a veces se quedaba en un solo sitio varios días, siempre vigilado a punta de cañón. Supe además que cuando lo entregaron, en Toche, no le devolvieron su libreta de apuntes por más que lo pidiera encarecidamente. Ellos la revisaban siempre por miedo a que hubiera tomado datos comprometiendo su organización, y finalmente se la quedaron. Por último supe lo más triste. Su libertad fue negociada. Se pagó una suma de un millón de dólares en pesos colombianos, cuya mitad, pasó a manos de un matrimonio de apellido alemán, creo, que se dedicaba a ese "loable" negocio como mediadores. La otra, la llevaron en una mochila al mismo camino donde Tim, ya hacía mucho tiempo, se había separado del chofer, sabiendo que no vería por un tiempo, o nunca más, a su hijita de un mes y su mujer que lo esperaban en Bogotá. Creo yo, el histrionismo del mensaje a su chofer "*avisa que vi el Orejiamarillo y la paloma*" era un mero acto de supervivencia para hacerles ver a

sus captores que realmente estaba ahí para buscar pajaritos raros y no husmeando lo que por satélite también se puede ver. Entonces, el día de la negociación, en ese camino se reunieron los intermediarios, gente de civil, un grupo de las Farc armados y un grupo de soldados armados, en dos o tres vehículos por lo que pude escuchar (porque nunca se pregunta de más, si se quiere sobrevivir allí). No sé bien como fue exactamente el intercambio del rescate por el cautivo, pero llegando Tim a los autos y corriendo la guerrilla para escaparse con el botín, ahora el "negocio" restante era que el ejército se quedara con esa tremenda cantidad de dinero, y salieron en su persecución disparando sus armas de fuego. Quien me lo contó, en esta parte se reía.

—No podía ser de otra manera, pero los muchachos ya se habían ido, perdiéndose por el bosque.

La siguiente información es la más "oficial" que encontré, del mismo periódico que publicó los hechos de esta manera.

"Domingo 10 de diciembre de 1995. Título: 'Soldados colombianos, trabajando cercanamente con la SAS y Scotland Yard, han rescatado al sargento británico que fue secuestrado por las guerrillas izquierdistas cuatro meses atrás mientras "observaba aves" en una remota región montañosa con producción de drogas.'

El sargento de equipo Timothy Cowley, 32, pasó cuatro meses en cautiverio, la mayor parte del tiempo envendado y atado a un árbol. Fue liberado ileso en un ataque realizado por un escuadrón especial colombiano, quienes estuvieron trabajando en cooperación con una unidad de la SAS enviada especialmente desde Hereford. Fuentes de la defensa británica dijeron que el SAS no tomó parte en el ataque propiamente dicho, pero aconsejaron a los colombianos y ayudaron a rastrear la pandilla guerrillera. Expertos en negociación de Scotland Yard también fueron enviados a Colombia para asistir en las transacciones con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), quienes habían demandado 1.300.000 libras por el británico cautivo.

Las noticias virtuales entorpecen el entendimiento del caso, ya

que se especuló que el alto monto del dinero exigido tiene que ver con el notable perfil del rescate, y llevó ayer a la especulación de que el sargento Cowley estaba efectivamente comprometido en la cooperación militar contra las fuerzas del narcotráfico. Pero fuentes de Whitehall insistieron ayer que él era un oficinista de archivo en la embajada británica en Bogotá, quién estaba en una remota región del Tolima por su interés en la ornitología. Las FARC, el grupo de guerrilleros más grande de Colombia, se especializan en secuestros y protección de producción de droga rural. La pandilla que mantenía cautivo al sargento Cowley huyó cuando los militares atacaron su escondrijo. El británico desaparecido fue encontrado atado a un árbol, con una cuerda alrededor de su cuello.

Hablando con los periodistas más tarde, todavía vistiendo el pañuelo rojo con el que lo tenían vendado, el barbudo sargento Cowley dijo que había sido tratado relativamente bien. Hablando en español, él dijo que se sentía 'muy bien'. 'Tengo algunos problemas con mis pies, pero básicamente estoy bastante sano, sostuvo ante la televisión de la Reuter'. 'Te acostumbras al ambiente en el que estás, el cual es vivir en el medio del bosque rodeado por personas que portan armas,' dijo 'eso es muy preocupante'. 'Tratas de ocuparte en ti mismo con varias cosas', agregó el sargento Cowley. 'Escribí en mi libreta de apuntes, la cual perdí, y observaba aves.'

El secretario de extranjería, Malcolm Rifkind, envió sus felicitaciones ayer a cada uno envuelto en el caso. Un vocero en la embajada de Bogotá dijo que probablemente el sargento Cowley podría regresar a su hogar en Inglaterra esta semana, aunque esto no está firmemente decidido.

Convencido de mi desquicio, ya podía vivir en Roncesvalles bastante seguro probablemente debido a mis antecedentes en Toche y en el páramo del volcán Tolima. Siempre me adapté a sus exigencias para sobrevivir, tratando de tener la suficiente cintura como para escaparme de las malas situaciones; por suerte, una vez más amanecía tranquilo en aquel villorrio rodeado de paisajes que me invitaban a quedarme.

Así, los estudios de los loros continuaban sin novedad. Pero un

día llegó otro personaje al pueblo. Infráin, mi protector de siempre, me pidió tener una entrevista con esa persona, ya que "así se solicitaba". Caminando hacia el punto de encuentro, un bar frente al parque central en Ronces, rápidamente me puse al tanto sobre la situación. Era clave conocer lo más posible a la persona en cuestión y se me mencionó que era un documentalista. Nos saludamos, y fijamos mutuamente caracteres. En lo que a mi concernía, el señor tenía unos cincuenta años o más, de piel curtida pero facciones gentiles, y conversación inteligente. El motivo del encuentro era conocer mi actividad sobre el estudio de los loros y fui interrogado al respecto. Por un momento sentí pánico respecto a sus intenciones.

Secuestro.

CAPÍTULO 35

De regreso en Iguazú, me encontraba hospedado en el centro de investigación del parque. Era una mañana especial de cielo azul y sol radiante y ese día pasarían dos cosas. Una la tenía a la vista, la otra se daría alrededor del medio día durante aproximadamente cinco minutos: un eclipse total de sol. El primero en mi vida y marcado a fuego en lo más profundo de mi ser.

—A ver, ¿quién de ustedes es Bernabé?

—Acá estoy, sé que estoy frente a Mauricio Rumboll, encantado de conocerlo.

—¡Eso dicen! —respondió simpático, colorado, grandote, con una merecida calvicie que yo alguna vez alcanzaría y sobre todo, mirada franca e inquisitiva.

Allí estaba *Maurice*, sentado con su gran amigo, Andrés Johnson, sabiendo que con Samuel, mi gran amigo, los últimos tres días habíamos tenido un Tucán Toco dentro de la casa en el centro de estudios. Uno de esos grandes, negro, con babero blanco, amarillo refulgente el pico, y colorado debajo de la cola. Lo alimentábamos con frutas y algo de carne sin saber mucho qué hacer, porque estaba crecido, bien emplumado, pero todavía era pichón y no sabía volar. Una tormenta nocturna con mucho viento y relámpagos de alguna manera lo había dejado en el suelo del parque circundante a la casa. Lo encontramos aterido de frío, bajo un hueco de un árbol seco que había sido su morada toda su corta vida, hasta aquel día que por alguna causa se cayó.

—¿Qué van a hacer con ese pichón? —nos preguntó Mauricio con su voz bonachona.

Lo miraba, a mi héroe, el naturalista, el que se había topado contra todo pronóstico con un macá nuevo para la ciencia en Patagonia, al que nominó *Podiceps gallardoi* cuando yo tenía seis años de edad.

—Buena pregunta, porque ya tiene nombre y nos tomó cariño —contesté.

—¿Por qué no lo llevan al árbol en que lo encontraron y lo ponen en una rama alta, a ver qué hacen los padres? —agregó, mientras se sentaba frente a una mesita con varias herramientas para preparar una piel de otro pájaro, éste un tangará multicolor desafortunado, que también había sido víctima de la tormenta y Mauricio no quería que se perdiera, al menos siendo depositado en la colección del museo de ciencias naturales en Buenos Aires.

Comenzó la disección y lo que parecía ejecutar al azar, en realidad era una clase teórica para mí, donde observé y recordé cada movimiento para poder hacerlo en más como él; ¡no como me quedaban a mí en los casos que me tocaba preparar una piel, amorfa y con los cuellos colgando!

—Mauricio, ¿cuándo fue la primera vez que vio preparar una piel?

—Bueno, no puedo acordarme, era muy chico, probablemente lo vi a mi tío Ernest Ronald Maurice Runnacles, hermano de mamá (otro famoso ornitólogo de la primera mitad del XX) preparando pieles en la estancia Los Yngleses, en General Lavalle.

—¿Y ese polvo qué es?

—Técnicamente bórax (un polvo absorbente mineral), pero ahora estoy usando maicena (¡polvo comestible derivado del maíz!) —me dijo mirándo socarronamente a Johnson, luego riendo por mi cara de concentrado.

—¿Y se usa para…?

—Para no ensuciar con sangre el plumaje de este pobre pajarito que ahora no dio su vida en vano, sino para la ciencia por haberlo convertido en “piel”.

Y enseguida agregó.

—Señores, ¿ya están preparados para el eclipse de hoy? Porque yo no. Y no me lo voy a perder…

—¿Que tendríamos que hacer? Ya preguntamos por radiografías viejas para hacer un filtro solar pero se las llevaron a todas.

—¡Busquen portaobjetos! Tenemos muchos microscopios aquí

supongo. ¡Andrés! Voy a necesitar tus fósforos (el gringo los sacó en segundos como buen fumador); y vos Bernabé a buscar velas también, con una alcanza.

Cuando regresé se rió, agregando.

—¿Miren su pichón con quien está?

Y efectivamente, nuestro tucán se había reunido con sus padres y recibía comida de ellos.

Ya había menos luz, cada vez menos, la sombra del trópico en pleno mediodía se iba desmarcando a pesar del pleno cielo despejado. Mauricio ahumó todos los portaobjetos que pudo utilizando la parte más alta de la llama de una vela, y los fue repartiendo entre nosotros con el compromiso nuestro de devolverlos sin romper al laboratorio. Inmediatamente alzamos la vista hacia el sol interponiendo las placas negras y allí estaba el astro, inmenso en fusión, siendo tapado por algo tan grande como la luna. Muy de a poco, como pasa con la luna cuando una parte no está iluminada, lo que llamamos "en cuarto menguante", ahora era el sol que iba desapareciendo, con un disco negro delante, un proceso que duraba horas. Y con entusiasmo nos fuimos al césped cortito del área cataratas, un sector del parque que recuerda a una cancha de golf, frente al viejo hotel del parque nacional, donde ahora está el museo y la administración.

Personajes de todo el mundo, conociendo la hora exacta del evento, se reunieron con sus telescopios astronómicos, máquinas fotográficas, sus anteojos especiales, fotos sacadas en otros eclipses totales, el último en Méjico, y nos decían.

—¿Ven? Esto es el diamante, el disco negro tapando totalmente el sol, excepto esta gran depresión en la luna que permite que se escape un rayo.

La foto era impresionante, grande, satinada, tomada en cielos forasteros. Había más de una dando vueltas entre los interesados que querían verla. En conjunto el Sol y la Luna parecían un anillo de

compromiso, levemente girado a la derecha el diamante. Negro intenso el disco de la luna más, a contraluz imposible, y el sol ausente; sólo luz radial todo alrededor del satélite. Luego de tanta espera y tensión, la claridad del día fue pasando a oscuro, pero no por un lado del horizonte, el Este, como en el crepúsculo en las puestas del sol. Esta vez el sol estaba arriba, y con el tronar sórdido de tanta inmensidad provocada por las cataratas del Iguazú, el cual se oye igual desde mucho antes que Álvar Núñez Cabeza de Vaca, comenzó un crepúsculo diferente. Nunca de noche, sino con esa luz tenue, 360° a mi alrededor estaban apagados hasta el horizonte. La vista era limitada por la selva, donde las mariposas *Morpho*, enormes y de alas azules, aparecieron por al parque volando bajo sin temor del sol. Cientos de vencejos de las cataratas se reunían repentinamente para pasar la noche detrás del agua que caía, agarrados a las rocas empapadas, ya nocturnas, con el día terminando, así de repente. Del lado de Brasil, mientras duró el eclipse, cientos y cientos de flashes refusilaban todo el tiempo sin parar, como sucede con las estrellas del cine; esta vez a una estrella de verdad. Y cerca nuestro, en el parque, gritos de júbilo, chicos que corrían, y un sacerdote de una religión *secundaria* casaba en masa a unas veinte parejas que, vestidos con túnicas blancas, esperaban la ocasión de la unión matrimonial del Sol y la Luna, como sucedía con ellos.

Sonándome las palabras de Mauricio *"ahora si lo pueden ver sin filtro que no pasa nada"*, levanté en aquel entonces mis Leica 10 x 50. Con la mejor óptica que se pueda pedir en un binocular de alta gama, impregné la imagen del diamante en mi más grato recuerdo, mientras, sin dolor, se quemaban mis células en la retina. Mis oftalmólogos en más siempre me preguntarían "¿*qué te pasó*?", además de mi miopía y astigmatismo que nada tiene que ver en esto.

Y así, viendo ese espectáculo que duró no más de seis minutos, algunas estrellas de las potentes que no reconocí marcándose en el firmamento negro azulado, de golpe fui consciente y feliz por el privilegio de vivir y de sentir aquel entorno tan especial. Iluminado filosofé...

—La muerte es ser lo que no fui hasta el día que existí. Es decir, después de la muerte nos convertimos en nada.

—Creer en Dios es un acto inválido y sólo para nuestra especie, por ser nosotros conscientes de que existimos y no poder explicar por qué, para qué, ni hacia dónde vamos (el hombre imagina que Dios es un ser consciente de que existe, más allá de que sepa si existimos o no, si nos escucha solamente o nos puede hablar).

—Cualquier Dios existe sólo a imagen y semejanza del hombre, al revés no tiene origen. El origen del concepto Dios es el hombre, sin hombre no hay Dios.

—Ser ateo es el desafío y el acto de valentía más horrible que le puede suceder a un no creyente, no por no recibir el gran premio luego de muerto, sino porque hay que tener cojones para saber que al morir, sólo serás nada (como para cualquier ser vivo que no tiene ni deja alma alguna -consciencia de ser = alma-; ni energía, es decir, nuestro metabolismo con sus "auras": acabados como le sucede a todas las otras vidas a los que los hombres le pusieron un nombre científico, nosotros incluidos).

—Nuestra realidad en los términos vertidos, da paz, absoluta, en un equilibrio perfecto, donde reconocemos a todos los que estén por venir, y a todos los que extrañamos porque se fueron, en las "cosas", porque hipotéticamente, siempre una partícula de lo que "fue" puede estar formando parte de nuestro entorno.

—No me invento cuentos ni fábulas, por eso no creo en Dios. Reconozco la incapacidad del hombre para comprender de donde vinimos y hacia dónde vamos, sin llegar a explicaciones sobrenaturales de lo que no nos consta, y nos parece verosímil. Ese es el verdadero significado del evolucionismo, la inexistencia de un creador consciente, no el ardid de si la evolución y sus etapas coinciden con un libro creado por el hombre. Me parece soberbio ser dueño de la verdad creándose el hombre un Dios y cobijarse luego en él (escribiendo supuestamente ese Dios en la mente de los hombres un listado de leyes, y éstos, legarlas por escrito, y por tan "singular" hecho que sea verdad lo que el hombre escribió). En definitiva, tener fe es creer en lo que queremos que exista, no en lo que realmente existe sin explicación para el hombre.

—Ese polvo, mensurable o no, es el que hace que la vida sea

vida, lo que tantos ven como milagro sobrenatural, vida sin atribuirla a nada ni a nadie como responsable consciente. Es lo que es, y el ser vivo más elemental no tiene una situación distinta a la mía (llámese, anular la altanería sin tratar de entender). Ningún ser vivo es más o menos privilegiado ni después de nacer, ni después de morir. La mística humana es cultural, pero no explica la realidad, como el bien o el mal es cultural (o se explica que matar está mal, pero en la guerra está bien; así, disparar es bueno o es malo según lo aceptado dentro de nuestro paradigma cultural).

Si alguien cree, lo respeto y lo defiendo, si le hace bien es bueno, aunque no por ello, sea real, y mucho menos, que ataque con su fe a un lógico ateo.

Todo esto que parece una digresión barata alocada, para una parte de una sociedad sesgada culturalmente (así como hablo español y no japonés según el lugar que me tocó nacer por puro azar), quería explayarlo por si algún día te preguntás por qué crees en el Dios occidental y no en un Buda de la India, hija/o mío, que no te conozco y no sé si alguna vez existirás, al que me gustaría que te llames como yo, al menos en uno de los nombres. Espero que reconozcas en todo lo que te rodea, tan vivo, tan colorido, partes de quién te amó, te amaron, en perfecta armonía con esta realidad, el mundo en que vivimos, sin importar si sos ateo, creyente o agnóstico, y tengas la libertad de decidir dándote cuenta que esa libertad es tuya. Te digo esto, aprovechando que escribo a "los míos" y aunque seas polvo hoy, si todo se combina y te convertís en un primate consciente porque otra cosa no podés nacer, sos parte de "Carta a Los Míos". Este pensamiento, mi pensamiento, debiera ser analizado, por más que parezca minoritario en tu ambiente, pues insisto, sólo por un hecho cultural se habla o se piensa de determinada manera. Pero si se someten estos axiomas a la razón, de pronto, te abre los ojos para que relativices todas tus supuestas obligaciones escritas por los hombres en nombre de Dios.

Licenciado para opinar tanto como quienes me rodean, total, tantos millardos lo han hecho antes, entiendo que no he ofendido a nadie. Y con esto en mente, resumido simbólicamente luego de la salida del sol por segunda vez en el mismo día, me fui con mi equipo para

preparar el viaje a Paraguay, ya que Juan Carlos y Sofía me llevaban y una nueva era comenzaba.

Unos días después, entrando una vez más en la ruta a Asunción, en mi ignorancia, Paraguay no me era un país atractivo. Igual me pasaba con Uruguay, por el mero hecho de no tener aves endémicas dentro de sus límites. Teniendo la opción, preferiría partir para Chile o pensaría en Bolivia y Brasil si de países limítrofes y cercanos a mí se trataba. Sin embargo, nuestra entrada por Ciudad del Este y de allí a la capital paraguaya, sería de experiencias dulces desde el principio.

En la aduana no había supervisión de entrada respecto a los vehículos.

—Éntrelo nomás —dijo un uniformado del Paraguay.

—¿Sin dejar datos ni dejar comprobantes de nuestras firmas?

—A ver, señora —tuvo que comenzar a trabajar el oficial, incorporándose, y mirándonos a todos.

Bien sabido es, y hace ya décadas, que los autos robados en Brasil y Argentina, si no son detectados en nuestras fronteras, una vez que entran en Paraguay no vuelven más ni se investigan. Por eso, en la aduana de bandera tricolor, no se pregunta por los papeles de los vehículos que entran a su país. Menos se sepa, mejor y es por eso que en Asunción luego se consiguen los Mercedes y los BMW a precios irrisorios. Eso sí, no se pueden sacar del país. Si no insistíamos en obtener un sello de entrada de la camioneta de Juan Carlos y Sofía oficializándola, no se podía egresar.

En la ruta, los soldados rasos aparentaban tener desde doce a dieciséis años. Les pregunté su edad, arreglándomelas para no ofender. Pero por no ser la reglamentaria todos me dijeron "*dieciocho señor*". Sólo había que falsificar la edad y entraban al ejército, jamás pude saber por qué. A estos soldados, en los alrededores de Ciudad del Este como en cualquiera de los pueblitos de Paraguay con presencia militar, se los veía a veces levantando casas de fin de semana para sus superiores, no necesariamente de alto rango. Funcionaban como albañiles a cambio de pan y agua, ¿de allí tal vez la necesidad de "emplearlos" a tan corta

edad? Su analfabetismo, en muchos de ellos, se confirmó cuando nos pedían nuestros documentos, no dándose cuenta que era importante mirarlos sin que se note que ponían todas las letras para arriba, excepto con los que acreditaban nuestra identidad estudiando una foto, en ese caso sabiendo qué parte iba para arriba.

A la mitad del congreso (todos duran por lo general de cinco a siete días), ya conocía bien a amigos británicos, hasta entonces epistolares. Si bien el hotel alcanzaba las cuatro estrellas y con dudas las cinco (afuera en la entrada conté cinco), el ambiente de bienvenida y camaradería en el lugar servía para dejar dormir a unos ornitólogos franceses venidos a menos bajo las mesas del *stand* de BirdLife International. Hacia las diez de la mañana, en plena pausa por receso en las ponencias y oportunidad de un café para la gente, podía oírse un bostezo largo, mientras aparecían desperezándose unas manos largas vestidas de *hippie*, que iban asomando lento por debajo de los géneros blancos que cubrían las mesas luego de una larga trasnochada. Aquella era su cama. Pero debo decir, la seriedad general de la organización del congreso se hacía notar siempre impecable. Desde el comienzo Paraguay me empezó a gustar, antes sólo había estado de paso, en más podía ser protagonista.

Se nos "privilegió" con el anuncio "no remunerado" de que guiaríamos por tierras paraguayas a gran parte de los asistentes. A la madrugada del día siguiente partiríamos en ómnibus para visitar humedales y palmares hasta a cien kilómetros de Asunción. Era obvio para muchos asistentes de Canadá, Estados Unidos y gran parte de los países latinoamericanos, querer conocer varias de las aves del país y sus ambientes.

Apenas sin dormir por el funcionamiento de la disco hasta tarde y con varios tragos de más, nos escondimos en el comedor del hotel para descansar unas horas. Al terminar el ágape de esa noche las puertas del gran salón se cerraron dejando copas, platos y toda la blanquería tal cual quedó hasta que se fue el último comensal. La limpieza se efectuaba al día siguiente. Con James y Rob, dos amigos ya de por vida, nos metimos subrepticiamente en ese lugar, y una vez adentro, cubriéndonos con manteles y haciendo almohadas con las servilletas, nos dormimos a

escondidas y bien quietos para no llamar la atención hasta el amanecer. Puntuales, llegaron los ómnibus y fue placentero salir a tiempo si se esperaba querer llegar temprano a las zonas de observación de aves. Una a una, reconocí autoridades legendarias como a algún experto mundial en carpinteros, a otro sobre las aves de México y Centro América, y así sucesivamente iban subiendo al bus. El organizador de esas expediciones, un argentino viviendo en Asunción conocido como Freddie, había dispuesto dos ómnibus, unidades enormes y nuevas. Una salía del hotel donde se realizaba el congreso, el otro de otro cercano. Pero, él no estaba ni había mandado a nadie en nombre de la empresa. El chofer nos miró feliz viéndonos subir, era muy gordo, grandote, pelado, con una camisa blanca que a duras penas se ajustaba al frente con sus botones tirantes, y pantalón azul.

En nuestro ómnibus los cuatro guías éramos amigos, Samuel, James, Rob y yo, en el segundo, no sabíamos quienes iban. "*Cuarenta y cinco personas*", se me ocurrió contarlas y le dije al chofer que estaban todos los asientos llenos. Le pregunté si era necesario esperar, pero decidió partir, sabía qué hacer.

—Ya está, nos podemos ir —aseveró y mientras arrancaba pesadamente mirando por el espejo retrovisor.

Luego agregó.

—*Verasore* carajo, vamos para el chaco *yera'a*[1].

Como el liderazgo es innato, dos de nosotros hablaba solo inglés y Samuel se fue al fondo a hacer relaciones públicas, el hombre decidió que yo era el guía, ¡no porque haya expresado nada! Esta vez, más innato que nunca. Siendo el vehículo un modelo fabricado en Brasil, de esos con una puerta entre la cabina y los pasajeros, el chofer quedó aislado del resto con su música. Mejor así. Y partimos, todos juntos y felices, no faltaba nadie.

Esos contrastes de gente me embelazaban. Todas las edades, todas las vestimentas, todos los poderes adquisitivos, los doctorados,

1 Amigo / compañero en guaraní.

los doctorandos, los estudiantes, los observadores de aves, tantas nacionalidades. Primero avanzamos hasta el puente del río Paraguay, esperamos allí cinco minutos a un costado; y en más entramos en el gran Chaco, inmenso y famoso cubriéndolo todo hasta Bolivia y Argentina, a buen paso y veloz por una perfecta ruta asfaltada, bien señalizada. Hablando con diferentes personajes de la ornitología, que tantas veces había leído en sus famosos libros, dos horas se me hicieron cortas. Pero dos y media me intranquilizaron. Debíamos haber llegado o estar por arribar. Freddie me había dicho que el trayecto duraría entre una hora u hora y media de viaje y que estaba todo bajo su control. Miré por la ventana y decía kilómetro ciento noventa y ocho. Si el kilómetro 0 se consideraba desde Asunción algo estaba mal. Debiera haberme quedado sentado, pero fui a la cabina del chofer.

Traté de abrir la puerta, pero el hombre la había trabado. Hube de golpearla con fuerza para que bajara la guarania[1] sonando fuerte, y entendiera de dónde provenía tanto golpe. Apenas tuve privacidad cerrándola a mis espaldas, le pregunté.

—¿Don, falta mucho para llegar?
—¡Si no sabe usted! —me respondió tranquilamente.

Lo miré incrédulo contra el espejo, mientras el mantenía firme el volante enorme delante de su barriga. Al frente noté que continuábamos en la misma ruta importante bien señalizada.

—A ver —le pregunté inmediatamente— ¿sus instrucciones cuáles eran?
—Pasar por el hotel, subir los pasajeros y salir para el chaco.
—¿Y qué más?
—¡Nada mas pues!
—¿Y el otro bus?
—Ah, a ese lo tenía que encontrar en el puente, pero como no lo vi, pensé que no me esperó, entonces ahora lo estamos persiguiendo a ver si le doy alcance.

1 Música folclórica de Paraguay que recuerda al chamamé.

Nuestro chofer en definitiva decidió dejarlos, o alcanzarlos sin saber a dónde iba.

—Pero si es tan amable en decirme, ¿usted por qué salió para este lado, es decir, por qué tomó esta ruta?

—Porque esta ruta es la que va al chaco…

—Mire que el chaco es grande… —le contesté, mientras al frente nos acercábamos a un monte grande con casitas como si fuesen de un regimiento militar.

—¿Ahora qué hacemos? —me preguntó el chofer.

—¿Hacemos? —pensé—. A ver, por favor, pare el ómnibus frente a la garita militar —le solicité.

—¿Qué? ¿Va a parar?

—Sí, sí, don, usted pare que quiero preguntar algo en la garita.

—¿Dónde? ¿Acá? —y mientras pensaba si sí, o si no, se pasó de largo.

—¡Pare de una vez señor, que estamos perdidos! ¡Ahora tenemos que regresar girando el ómnibus en medio de la ruta! Concéntrese en lo que le digo, por esto los pasajeros ya se van a avivar y quiero saber si en la garita vieron pasar otro ómnibus igual a este hace un rato. ¡Pues pare ya!

El chofer, protestando, fue parando hasta detenerse completamente, y con varias maniobras, cruzó el enorme bus en la ruta a la vista de un camión que venía cerca. Eso no me gustó, porque lo hizo parar. Nos conducía un hombre que no era lógico, ni prudente. En ese momento aparecieron mis tres amigos, asomándose en la cabina de adelante.

—¿Qué pasa que no llegamos? —preguntó Samuel.

Por respuesta recibió solo mi mirada. Cuando finalmente paramos frente a la garita, ahora contrarios a la dirección a la que llevábamos, el soldado vio aparecer frente a él el bus. Mi esperanza era que supiera si había visto pasar un ómnibus antes que el nuestro en esa ruta solitaria. Le pregunté al chofer cuáles eran las características de la otra unidad.

—Blanca, igual que esta.

—¿Sin nombre de empresa, todo igual?

—Todo igual.

—Mejor —pensé.

Y bajé rápido, solo.

—¡Buen día soldado!

—Buen día señor.

—Disculpe que le tenga que hacer una pregunta a ver si nos ayuda, habrá visto que tuvimos que dar recién la vuelta.

—Sí señor.

—Por esas casualidades, ¿usted vio pasar antes que nosotros a un ómnibus igual que este en dirección a Bolivia?

—Sí señor.

—¿Como hace cuánto tiempo?

—Recién, hace unos diez minutos o cinco señor.

—Oiga hombre, ¿no será que usted nos vio pasar a nosotros?

—¿Cómo dice? Si usted va para Asunción, ¡el que yo vi iba para allá! —y me señalo la dirección opuesta.

—Creo que usted no vio cuando dimos la vuelta recién hace un rato ¿verdad?

—Sí, no…

—No se preocupe, dígame, ¿usted hace mucho tiempo que está de guardia?

—Casi termino el turno, hace seis horas estoy acá.

—Entonces, que usted recuerde, ¿ningún otro ómnibus blanco pasó en la última hora? Excepto que no seamos nosotros, los que recién dimos la vuelta.

—No, señor.

—Gracias soldado. Una pregunta más, ¿la persona que está mirándonos allá es su superior? —le pregunté señalando con un gesto de la cara y apuntando con los ojos.

—Sí señor.

—¿Podría hablar con él?

—Ya lo llamo —y se alejó.

El superior se presentó. Le expliqué la situación y le pedí hablar

por teléfono a Asunción a la agencia de viajes, como un favor especial.

—No tenemos teléfono, sólo radio con la comandancia. ¿A quiénes buscan? —agregó.

Recordaba a Freddie haber nombrado no la estancia pero si al dueño.

—Vamos a lo de Zabala, ¿sabe si tiene su estancia por acá?

—Ehhhhhhh, tal vez, pero no, creo que tiene los campos más para el lado de Asunción.

La situación era grave y más allá de lo que decidiéramos hacer, debíamos aclararles a los pasajeros cuál era la situación exacta. Apenas subí, cuarenta y cinco expertos académicos esperaban abriera la puertita para que les anunciara algo. Les expliqué de forma concisa, porque sus mentes eran todas estructuradas, bien acostumbradas a realizar publicaciones científicas.

—Es lamentable, estamos perdidos, nuestro chofer manejó sin saber a dónde iba tratando de alcanzar al otro ómnibus por esta ruta. No tiene explicación, luego lo discutimos con la agencia de viajes. Como ya es media mañana y todavía podemos llegar a tiempo a nuestro punto de destino, vamos a intentar entrar a una estancia con antena de teléfono para llamar a Asunción y le indiquen al chofer por dónde conducir. El guardia del destacamento militar me dijo que la estancia de Zabala, el nombre del dueño del establecimiento a donde vamos, está en un punto intermedio entre nosotros y Asunción, pero no sabe a cuantos kilómetros. Si alguien está en desacuerdo con este plan que levante la mano —pero nadie dijo nada. Aun así observé caras de desaprobación y tristeza, no era para menos.

Enseguida le pedí a Samuel que explicara lo mismo por el micrófono del bus como había hecho yo, pero en inglés. Aceptó de mal grado como enojado conmigo y anunció en tres palabras.

—We are lost[1]!

1 ¡Estamos perdidos!

—Pero Samuel, explicá un poco mejor lo que haremos.

—¿Para qué? — resumió y me devolvió el micrófono definitivamente enojado, con la situación quiero suponer, no conmigo.

Por lo que sea, para esas cuarenta y cinco personas yo era el idiota que al subir al ómnibus en el hotel partí sin saber a dónde iba, una locura porque yo era el guía, pero no más que mis tres amigos con la misma categoría. No quería explicarme en mi pésimo inglés, no hacía falta aclarar nada porque sería peor. Sabía cuándo callarme. Así generamos el descontento contrapuesto entre los pasajeros. Los hispano parlantes más tranquilos. Los sajones indignados. De todas maneras, así en el estómago se me estuviera haciendo un agujero, no perdí la compostura, no le hice caso a las miles de picaduras que me torturaban la piel por las garrapatas (pues ya entraba en calor) y entero, inicié el regreso.

El primer intento de alcanzar una antena fue por ocurrencia del chofer. Repentinamente decidió ingresar a una casa, un rancho mejor dicho, a un kilómetro adentro desde la ruta, por un caminito de tierra. Hasta el día de hoy se deben acordar de la ocasión en que llegó a semejante soledad un elefante blanco lleno de locos con binoculares. Como aplastamos peligrosamente unas alcantarillas tuvimos miedo de atascarnos, resolviendo el chofer que todos los pasajeros debían bajarse para alivianar el peso. En la casa no tenían teléfono, además no entendían bien el español, o sí lo entendían pero no se animaban a hablarlo por balbucearlo mal, siempre prefiriendo la lengua guaraní.

—Zabala es más allá, señalaban.

Ya no sabía si el rango de búsqueda estaba entre veinte, cincuenta o cien kilómetros de carretera.

Al segundo intento, sí, parecía tener realmente teléfono. Una antena altísima pegada a la ruta con una casa importante parecía nuestra salvación. Lo único que buscaba era que me dijeran dónde estaba la estancia de Zabala, y/o hablar con Freddie para contarle la situación e interviniera hablando con su chofer. Pero, ya era medio día, y debía

apurarme antes de que cerraran la agencia de viajes en Asunción. Otro problema, ya definitivo, era que el chofer me confirmó que el agua y la comida habían sido cargados en el otro ómnibus. La gente se quejaba que tenía sed y hambre. Por otro lado, en esa parada, había unos bañados con buena vegetación anfibia, el momento fue oportuno como para que la ansiedad por el *bird watching*[1] disminuyera. Les pedí a mis amigos que distrajeran a los pasajeros, pero que les pidieran que no se quedaran en la ruta y que por favor, lo más importante, no se desperdigaran, porque con suerte solucionaríamos el problema pronto. Si todo salía bien no perderíamos la tarde.

Me atendieron unos peones armados con revólveres en la cintura (?).

—El patrón está durmiendo la siesta. No lo puede atender.

—Buenos días, don, o buenas tardes. Por favor dígale a su patrón que por favor me reciba. Estamos perdidos. Toda esta gente es extranjera. De un congreso internacional. Sea tan amable de avisarle que necesitamos su teléfono.

En 1994, en esta región prácticamente nadie tenía celulares.

Mientras conversábamos el chofer había bajado para abrir todas las puertas de los baúles del portaequipajes, en la parte inferior del micro. Al mismo tiempo los pasajeros se dispersaban con los binoculares en acción, eligiendo senderos. Cosa que le había pedido a Samuel que evitara, pero no sólo se fue el grupo sino que él mismo salió caminando con ellos. Le hice señas pero las evitó. En definitiva estaban ingresando al campo sin permiso. No era una mala idea (pidiéndolo), pero por otro lado resultaba inviable porque no teníamos alimentos. Idea descartada.

—Le dije señor que el patrón está durmiendo —me volvió a responder el hombre del arma.

Me concentré en él y disparé:

—¡Le ordeno que despierte a su patrón! Y yo soy más patrón que su patrón en este momento ¿oyó? ¡Quiero verlo ahora mismo!

1 Observación de aves

Nunca había sido tan autoritario pero la situación no daba para más y de allí el tono enfático. De todas maneras para mis adentros fui histriónico. No dijo nada, dio media vuelta, y trotó. Al rato reapareció al paso con un señor al cual le sobraba el don de gentes. Por fin alguien con quién poder hablar de igual a igual. Me atendió con una sonrisa mientras me escuchó agradecerle a su peón y que me disculpara el tono. El peón sonrió e hizo una seña bajando un poco la cabeza, alcanzando la mano al ala del sombrero y arqueándola suavemente para abajo.

La persona a la cual me presenté entendió la situación, sorprendido por lo que pasaba me hizo pasar a la sala de radio. Freedie contestó el teléfono en Asunción. Le pedimos que hablara por turnos por tratarse de una comunicación por radio-teléfono. Lo primero que supe era que efectivamente ignoraba la situación. El chofer del otro ómnibus nunca avisó sobre nuestra desaparición. Él, sabiendo que era el único que conocía el camino no fue lo suficientemente ocurrente como para preocuparse por su compañero de trabajo, nuestro chofer. Por otro lado, nunca pidió instrucciones a quien tomaba las decisiones, es decir Freedie, o alguien similar en la oficina de Asunción, cuando todavía estaba a tiempo de llamarlos usando un teléfono público. Al no ver el ómnibus, que nunca llegó o como de hecho había sucedido, se había ido antes de tiempo por la ruta que no era, alocadamente, decidió abandonarnos pensando quién sabe qué. En segundo término, me enteré que Zabala era el dueño de la mitad del chaco paraguayo, literalmente, por lo tanto nunca hallaríamos su estancia porque tenía decenas. Freddie quería hablar con el "*pelotudo del chofer*" (textual), a quién no veía conmigo hacía un rato mandándolo a llamar.

—¡Dame con el chofer, estás lejísimo! No podés dejar de encontrarte con el otro contingente porque tienen la comida en su micro. Cambio.

—Si Freedie, pará que lo están buscando. Cambio.

—Dale, dale, que la situación es grave. Cambio.

Pero el mensajero, uno de los peones, volvió con la noticia que el chofer no quería venir. Así que salí corriendo a buscarlo. La escena que encontré era surreal. Estaba durmiendo sobre un colchón de dos

plazas que había dispuesto en las bodegas, con una sábana estampada con flores, supongo para evitar las picaduras de los mbarigüíes, y sin camisa, porque el horario de la siesta lo respetaba, por supuesto luego de comer un sandwich enorme con su botella de gaseosa sabor guaraná a un lado. Allí lo vi de costado, acomodándose de repente mejor porque le incomodaba la almohada, sí, ¡una almohada de verdad!, y justo cuando entreabrió un ojo viéndome que me le iba al humo le señalé.

—¡¿Que cree que está haciendo?! ¡Por favor, su jefe quiere hablar con usted!

—No, yo no tengo nada que ver con él, mi jefe es el dueño de la empresa del ómnibus.

—¡Estamos de acuerdo don! Pero Freedie quiere hablar con usted para indicarle cuál es el camino. ¡Ya mismo se levanta y va a hablar con él! —le dije enfático porque las buenas maneras, en este país, no son tan efectivas en momentos de tomar decisiones básicas.

Transpirado, refunfuñó poniéndose la camisa. No se apuró, pero logré llegar al teléfono con él. Durante ese tiempo Freedie esperaba en línea. El chofer no sabía hablar por radio, era evidente cuando se puso el micrófono en la oreja. Freedie estalló de impaciencia pidiéndole se identificara.

—¿Urrutia, Urrutia, es usted? Identifíquese. Quiero saber dónde están. Cambio….

Pero Urrutia, del cual me acaba de enterar su apellido, se anuló, sin hablar ni dejarme tomar la radio que apretaba con sus manazas. El dueño de la finca fue cortés y se hizo pasar por el chofer, tomando la radio.

—Sí soy yo. Estamos a ciento treinta kilómetros del puente de Asunción en la ruta transchaco a Bolivia. Cambio.

En ese momento temí lo que pudiera decir Freedie.

—¡¡Pedazo de *pelotudo*[1]…!!, ¡cómo se te ocurre mandarte

1 Huevón.

así animal! Mirá Urrutia, tenés que tomar la otra carretera. Están a trescientos kilómetros, demasiado lejos. ¡¡La p… que te p…!! (textual).

En ese momento casi me muero. Pedí disculpas al dueño de la estancia, que abría desorbitados los ojos, pero le resultó divertido negando darme la radio.

—Deme la dirección Freedie, ¿a dónde tengo que ir?

Y recibimos las indicaciones, que a su vez se las repitieron a nuestro chofer diez veces por las dudas que no le quedara claro. Nunca podré estar a mano con este gran hombre al que no volví a ver. Se comportó como un caballero y le estoy grandemente agradecido. Era tarde para hacer trescientos kilómetros más siendo muy pasadas las doce. Lo sometería a votación antes consultándolo con mis amigos. La pregunta consistiría en quiénes querían llegar a destino y quiénes en cambio volver a Asunción, directo a la agencia de viajes. Decidido partí hacia el ómnibus pero el panorama me mareó. La gente no estaba en el bus sino dispersa radialmente por todo el campo. Hubo que ir a caballo para pedirles su regreso y no quedar feo gritándoles. Por el sistema democrático, y muy a la par los votos, ganó la moción de llegar a destino a pesar del tiempo que nos quedaba para estar en el campo de Zabala. Nos quedaría una sola hora de recorrido antes del anochecer. Por lo menos habría algunas aves para observar. Así hicimos. La agencia de viajes devolvió el dinero de la excursión a quien lo solicitara y los restantes dos días de congreso hicieron de mí un avergonzado. Dar la cara por los otros era un acto de dignidad con tal de ayudar a salirnos de esa situación. Por lo menos me quedó en mi haber de orgullo personal haber hecho lo correcto. Pero eso sí, en más, en el congreso me señalaron todos.

Cuestión de principios.

CAPÍTULO 36

—¿No estará pensando en conocer los sitios de los nidos para comerciar extrayendo pichones? —pensé de ese hombre, un documentalista de quién no tenía referencias y "que me llamó a entrevistar"—. ¿O simplemente es inteligencia de las Farc, Eln, paramilitarismo o del estado? —pensaba frente a él debiendo cuidarme de lo que contestara, siguiéndole la corriente. Cualquiera de esas opciones había que sondearlas con cuidado.

Se paseaba con una cámara de video compleja, digamos de seis mil dólares, y varios adminículos típicos usados en ese gremio, inclusive con una chaqueta sin mangas de color *kaki*. La alcaldía hacía varios días preparaba la conmemoración del septuagésimo quinto aniversario de la fundación de Roncesvalles, y él había arribado para realizar un documental de la zona por el acontecimiento. Tal vez sus intenciones eran únicamente esas, documentar, y de allí su "*preguntadera*" respecto a mi actividad.

Tomándolo por la posibilidad de que perjudicara la conservación de los loros orejiamarillos que yo estudiada, fui sincero. Le pregunté cómo me garantizaba que mi información no alteraría la buena consecución del proyecto. Hasta esa fecha nosotros no publicábamos la localidad para evitar mirones con ansias de comerciar los loros.

—Sería muy absurdo que aparecieran filmaciones con los orejiamarillos en un documental sobre esta localidad, esa es mi preocupación —argüí.

—Soy un profesional y usted me ofende. Soy un documentalista con experiencia, no por nada tengo más de sesenta años de edad y sé cómo hacer las cosas —me respondió duro y peligroso, sin levantar la voz pero con la estratagema de que lo escuchen tantos otros "mirones" sentados inocentemente en las otras mesitas.

A ese bar no iba nunca, ni a ninguno. Me era atípico estar ahí

sentado, más degustando un café que acepté por cortesía a su sugerencia, pues nunca lo tomo; directamente no va con mi hiperactividad y de beberlo, termino caminando por las paredes. Enseguida mencionó haber realizado varios trabajos para la *National Geographic Society* e inclusive la BBC. Me lo dijo seriamente, con su mirada penetrante, una mano levantando el pocillo y la otra dentro del bolsillo de su chaqueta de fotógrafo, el cual no tenía ningún bulto que me hiciera sospechar en un arma.

—¿Usted es documentalista de la *National Geographic*? ¡Magnífico! —me alegré esperanzado. Brillándome los ojos y ya con alegría, dije:— Por favor, cuénteme qué títulos le han publicado a ver si conozco alguno. De hecho hice un documental casero para Roncesvalles, y me gustaría que lo vea.

No supo que contestar y sus nervios incluyeron derramar el café que nos acababan de servir en segundas vueltas, quemándose. A pesar de su apariencia, ese hombre que era más grande de lo que yo pensaba, tenía algunas aristas en la conversación y modos en la forma de comportarse que no encajaban. Una vez más ya no le creía.

—Sí, lo vi, mejor dicho, me contaron que ya lo pasaron dos veces por el canal privado.

—¿Cómo se yo que usted no viene a buscar mis loros para venderlos en el mercado negro? A usted no lo conozco y no me parece que sea ningún documentalista —le pregunté a quemarropa para gran consternación de mi "padrino" Infráin, que comenzó a ponerse nervioso.

En lo personal todo bien, pero con los loros no se metía nadie y en esa situación en la que estaba, donde todo el tiempo uno era temeroso por todo, por primera vez me sentí superado por las circunstancias. Me había costado más de un año y medio poder hallarlos y estudiarlos como para que un papanatas me viniera con eso del documental. Sobre todo me sabía a cuento toda la conversación. El documentalista se puso tenso, sus manos estaban a la vista y apretaba con fuerza una libreta. La gente que me escuchaba en las mesas vecinas seguía "distraída" bebiendo sorbos de chocolate o café en una falsa actitud. Había quedado en evidencia ante mí y sobre todo ante el público allí presente. No me

pudo contestar y agregó muy poco.

—Quiero acompañarlo en sus próximas salidas.

Lo miré a Infráin y asintió con un movimiento de cabeza, a lo cual debí acceder por diplomacia. Quedamos en encontrarnos otro día y nos separamos algo ofuscados. En dos o tres horas, recapacitando, salí de mi aficina buscando a aquel hombre. Paraba en la casa de una tal doña Eutibia. Y allí fui, esta vez sin Infráin. Se sorprendió al verme, con cara de pocos amigos. Le pedí disculpas por mi encrucijada con él sin necesidad y le manifesté sinceramente mi preocupación por la seguridad del proyecto con los loros.

—Creo que le debo una disculpa, usted hace muchas preguntas con un perfil de periodista y debe comprender que es el último relicto de una especie con valor comercial y en extinción —me sinceré.

Nos dimos la mano y nos sentimos satisfechos. Fue el principio de una relación con respeto mutuo. Por todo lo que percibí y me fue informado, él era un documentalista nomás, un par mío en cuanto a que estaba allí temerariamente igual que yo. Mientras pasaban las semanas, Humberto -el personaje en cuestión-, varias veces intentó entrar a mi casa con una excusa u otra. Llegó a pedirme mi trípode, a lo cual accedí no muy convencido. Le pedí que no lo sometiera a la carga tremenda de su cámara, pero igual lo hizo, me constaba cuando un día de fiesta, en medio de la calle, filmaba las costumbres del pueblo y su banda municipal, tocando música con el alcalde declamando unas palabras. Me saludó ocupado y no quise protestar demasiado por lo del trípode ya que en definitiva no sabía con quién trataba. En cada visita que me hacía intentando entrar a la cabaña con la excusa de pedir algo prestado, lo atendía desde la parte de arriba, asomándome maleducadamente desde el balcón, sin bajar. A pesar de ponerle distancia teníamos un equilibrio. Con el tiempo estas tensiones soslayadas pasaron a segundo plano por varios eventos humanos de trascendencia, uno, largamente esperado.

Por aquellos días me había hecho bastante amigo de Manuel, un médico recién graduado de Bogotá, que realizaba sus prácticas (residencia) en el hospital del pueblo. Solitario como yo y consciente

del peligro de "meterse" con cualquiera de las doncellas allí vivientes, su mejor amiga era una guitarra eléctrica (para mí, mi libreta de apuntes y recientemente, en Bogotá, y más que amiga, Virginia), y un cachorro de raza *rottweiler* (yo una *setter* irlandesa). Y por los perros mayormente terminamos más de una vez tomándonos algunas cervezas juntos en su casa, es decir, una pieza en el edificio de media manzana donde funcionaba el hospital. Desde allí salían acordes de su bajo bien *rockero*. Debo decir, el pueblo campesino tenía dos personajes viviendo con ellos, no era solamente yo el "conspicuo" desde que Manuel llegó.

Mi setter había enfermado. Aunque en realidad digo mal "mi", porque la cachorra era compartida. Vivía tanto en esas montañas conmigo, como en Bogotá. Por temporadas. Dos dueños. En mis periodos de estudio en Roncesvalles me acompañaba a todas partes. Pero cuando descansaba en Bogotá, de visita en lo de Virginia, me la llevaba y se la entregaba a su otro dueño, es decir, dueña, una prima de Virginia, con la cual me quedaba a dormir (porque al principio quedarme en lo de mi querida novia estaba prohibido por su familia). Por lo tanto, esta gran familia de primas, la bióloga, la dueña de la perra que era publicista de televisión, y Virginia, eran mi mundo cuando iba a Bogotá. Mientras yo me dedicaba a Virginia, la perrita se quedaba en un elegante departamento con alfombras, sillones y paseos por las veredas.

Un día, encontrándomelo a Manuel caminando en Roncesvalles por la calle, le diagnosticó a la setter unos parásitos en el pulmón, a modo de gusanos pequeños.

—Es lo mismo que le sucede a los humanos, a los bebés sobre todo —me tranquilizó—, un veterinario sabrá que hacer, no te preocupes.

—¿Tu cachorro no tiene nada?

—¡No, y que no se junten!

Nos despedimos a la vista de todos. Ya el pueblo entero sabía que éramos conocidos. Esta enfermedad le provocaba tosidas extrañas dejándola pasmada y uno veía de golpe unas especies de sanguijuelas (no porque lo fueran sino por su parecido) moviéndose sobre el acolchado, en mi cabaña, tanta veces sin entender de dónde provenían. Ahora lo tenía claro. Visto que en las próximas dos semanas no pasaría

por Bogotá y debía recurrir a un veterinario, me tocaba hablar con el dueño de la finca donde estuvo el nido del orejiamarillo local. El único veterinario del pueblo. Pero como era tan linealmente especialista en ganado, y además nunca había quedado del todo contento con el color del termo para las vacunas que le repuse después de perderle el original, dijo que no podía hacer nada por mi perra.

Habiendo perdido la mañana con su respuesta luego de haberlo esperado largamente, sin saber qué hacer, cerca del medio día me acerqué al hospital. Allí había de todo, parejas, mamás con niños, llantos, filas de gente sentada esperando su turno. El único médico era Manuel y en una de sus apariciones fugaces entre paciente y paciente, antes de cerrar la puerta automáticamente, volvió a abrirla. No podía creer que yo estuviese sentado entre todos con la perra agarrada de una correa. Apenas despidió al enfermo de turno, con una seña me hizo pasar sin esperar, frente a todos.

—No, no, pará, espero —me escuchó decir toda aquella gente silenciosa.

—¡Qué haces acá! ¿Te pasó algo? —me preguntó una vez a solas.

—No encontré ningún veterinario.

Se quedó mirándome atónito, igual que sus dos enfermeras.

—Sé que estos parásitos son los mismos que los de los humanos doctor —le dije, mirándolo socarronamente pero serio debido a las enfermeras, no sólo por ofender a la medicina humana con un tema veterinario, sino por estar totalmente prohibido entrar con animales en un hospital.

Se sentó, sin decir una palabra, tomó el recetario, y escribió rápidamente mientras me preguntaba.

—¿Cuánto pesa usted, Bernabé?
—Calculo que veinte kilos doctor.
—¿Su edad?
—Siete meses doctor.

—De acuerdo, tómese dos cucharadas pequeñas cada cuatro horas, no sé si sirve pero con niños del mismo peso debiera funcionar. Venga a verme en una semana.

Colocó un sello. Me lo entregó. Y mientras abría la puerta me hizo una seña para que vaya a la farmacia del hospital, sala de espera de por medio. Me dijo susurrando con una risa contenida.

—¡Desaparece de aquí antes que me denuncien!

Frente a todos, pasé de nuevo a los tres minutos con la setter jugando con la correa, como si no me hubiesen atendido; un trámite, tal vez para quienes me observaban, que nada tenía que ver con mi salud ni la del animal (o por lo menos eso quería que pensaran).

—El que sigue —dijo una señora muy pero muy fea del otro lado de la ventanilla, protegida por una reja de hierro.

Su voz era chillona y nasal, tantas veces típico en este tipo de vantanillas. Por lo visto la farmacia del hospital debe haber sido asaltada por sus medicamentos, porque una reja en semejante soledad en la montaña era irrisoria, o tal vez, producto de una orden general nacional y de allí el motivo. Entregué el papel, e inmediatamente la señora entrecerró los ojos, se bajó de su asiento, y se perdió entre las estanterías que tenía a sus espaldas. De regreso se trepó de nuevo y me entregó dos cajas con la medicación y me devolvió el papel con la receta.

—¿Cuánto le debo? —le pregunté.
—Nada —y sonrió.

Mientras dejaba rápidamente el hospital abrí el papelito doblado en dos, la orden del medicamento decía "*Paciente: Bernabé López-Lanús, pagado*", el "pagado" había sido el sello.

¡Venga!, es la forma de llamar a los perros en Colombia para atraerlos cuando no se sabe su nombre. Y "Venga" se terminó por llamar mi setter de tantas veces que le decían venga, mis vecinos o yo. Virginia

me dijo que era ridículo que la llame así, por pasar yo por absurdo, pero eso a su vez le encantaba. En mí no encontraba a un convencional y ella tampoco lo era. Pero concentrado por ahora en esa setter con dos dueños, más allá de su nombre, pronto en Roncesvalles llamó la atención por otro aspecto. *Venga* tenía antena, como los autos. Era curioso verla porque del collar le salía parada una antena metálica unida a un transmisor. Se trataba de un radio de localización, inutilizable con los loros por tratarse de un modelo obsoleto.

Me estaba pasando, que la cachorra ya se iba cada vez más lejos de casa mientras yo escribía por horas y horas. Como no me gustaba tenerla encerrada en la cabaña tanto tiempo, siempre le dejaba la puerta entreabierta para que pudiera dar una vuelta por la vereda de césped bien cortado. Pero, por lo visto, se iba mucho más lejos de lo que pensaba, pues cuando pasaba por los almacenes a comprar alguna cosa, más de uno me contaba que la habían visto por su barrio, o en el límite del pueblito en la otra punta cerca de iglesia. Si la encerraba lloraba, si la soltaba se iba. Se me ocurrió esconderle el radiotransmisor en la parte interior del collar, con la antena enroscada por dentro, atada convenientemente. Cuando me sentaba decididamente frente al escritorio, con la ventana sin rejas, amplia, plena de paisaje, automáticamente encendía el radio receptor en frecuencia 606.707 hertz. Era muy fácil monitorear el orejiamarillo desde la casa, mucho más la perrita. Sin necesidad de conectarle la antena, por estar tan cerca, enseguida se escuchaba la señal como un goteo.

—BÍP!.....BÍP!……..BÍP!...

Ahora, si la señal disminuía era porque ya estaba a media cuadra de distancia o más.

—bép…….bép……bép….

En ese momento es cuando le pegaba el grito abriendo la ventana, o bien bajaba las escaleras para buscarla. Si por escuchar música no me percataba de la intensidad de la señal, a veces ya era tarde habiéndola perdido. En ese caso ya me tocaba cerrar la casa, y salir decididamente a perseguirla, con el radio receptor disimulado en la

mochila. Así, lentamente la fui educando, aunque a duras penas. Me preocupaba sobre todo su flacura, porque los parásitos la tenían a mal llevar y siempre que la curaba de un determinado cuadro parasitario, le aparecía otro bicho, como estos que ahora tosía, y a lo largo del tiempo nunca llegó al percentil de peso ideal. Me preocupaba el doble este problema, porque además, un comentario muy peligroso que había oído por ahí era que "*el argentino mucho que cuida los animales, pero a su propia mascota no le da de comer*". Un día la antena se desató, y ya no me ocupé de ajustársela de nuevo. En más, cuando me preguntaban si era una "perra espía" o si tenía una "cámara oculta", le pedía a la gente que no se la sacara, porque era para vigilarla cuando se me escapaba, ya que estaba enferma de los parásitos, y por eso andaba tan flaca, no porque no le diera de comer. Que por ello quería tenerla tan bien vigilada. ¡En más, si perdía la señal, ya salía con la antena receptora, la que parecía de televisión, caminando por el pueblo quijotescamente, girando 360° hasta oír el bíp…! El documentalista, en estos casos, era cuando más me miraba desconfiado. Infráin se reía. Y todo iba bien.

Una noche de tantas, sonó el teléfono y no era Virginia. Infráin, siempre apadrinándome, me llamó para pasarme un mensaje casi en clave. Entendí enseguida. La guerrilla mataría gente en el pueblo, me pidió que me ausente varios días. No me cuestioné si era real, o no, quién le contó, nada. Ahí se obedecía. Por lo tanto a primera hora de la mañana estaba en la plaza desde donde partía el ómnibus, con la *setter*, como otras veces había hecho. Poco equipaje, para no llamar la atención, es decir, que alguien pensara que estaba dejando el pueblo, e Infráin quedaba a cargo de mis cosas. A esa hora y en un día de semana no viajarían muchos pasajeros, pero previne cualquier incidente de espacio siendo precavido.

—Dos pasajes por favor.

—¿Pero con quién viaja? —me preguntó doña Mélida, entendiendo cuando le señalé a la cachorra que se encontraba sentada junto a mis pies.

Luego de discutir algunos términos con el chofer, pude viajar, una vez más, con el animal a bordo.

—No vomitará, señor, le di una pastilla de "Mareol" —fue lo último que lo convenció.

En otras ocasiones, en especial saliendo desde Ibagué, se me obligaba a utilizar un "huacal[1]", que en general se traducía en una caja de cartón "empapada de pipí" hasta desintegrase, mojando las papas y zanahorias de pasajeros indignados. Como esos buses rurales están separados por una reja que separaba a los pasajeros de la parte de carga al final del pasillo, esa vez no podía evitar nada excepto animarla con mi voz. A las dos horas de viaje la perra iba bien, con espacio en el asiento que le compré, y bajo los efectos de la droga. Sin vomitar y a mi lado por la bondad del conductor. A la media hora de viaje se sintió un ruido distinto en el motor y apareció humo por los respiraderos del techo. Estábamos varados y en la porra[2], como dijo el chofer, por lo menos a cuatro horas del destino sin contar las dos que debíamos esperar. Esa era la buena noticia, en un par de horas pasaría el bus que venía desde no sé dónde, y nos recogería.

—Aunque al señor de la perrita no sé... —agregó de la nada y repentinamente el chofer.

—Así "no se vale" —pensé en colombiano y debí soportar la situación con tensión hasta saber qué diría el nuevo chofer en el bus que llegaba. Mostrarle mis dos pasajes podría ayudar a convencerlo.

Entendí la situación apenas llegó el otro ómnibus, ya por el horario venía repleto de campesinos que también marchaban para la ciudad. Apenas si logré un puesto entre los cinco asientos de atrás, en el cual fuimos siete: un señor con dos piscos[3], las otras personas y yo con *Venga*. La droga había dejado de dar efecto por la cantidad de horas de espera y el espacio que tenía sobre mí era entre el asiento inmediato enfrente mío, la ventanilla a mi derecha, y a mi izquierda un señor hombro a hombro. Literalmente unos veinte o treinta centímetros cúbicos para respirar los dos, cara con cara, hocico contra nariz, porque *Venga* iba sentada sobre mí mirando hacia mi lado (ya no valía mi pasaje

1 Caja para transportar animales.
2 Muy lejos, en ninguna parte.
3 Pavos domésticos.

comprado para ella, si apenas tuve suerte de poder subir). Pero entre tanto tumbo en la carretera destruida y los zigzags del camino en cornisa, más la medicación para que no se maree esfumando sus efectos, pronto debí apretar mis codos contra la cintura y con las manos hacer como una piscina cobre mi estómago. Con las piernas cerradas, bien apretadas contra natura, retenía lo más que pudiese el fluido líquido de sus vómitos ,que salían de su boca cada vez que se encorvaba. Allí estaba, sobre mi cinturón, la pastilla nueva sin digerir, algo de alimento concentrado que le diera temprano, y unos trozos de salchicha tipo Viena que algún bobo le ofreció antes de salir, a escondidas mías. Todo esto a la vista, pues la sopa fétida se escurrió hacia alguna parte, no solo por capilaridad, sino mojando a mi vecino. En Ibagué debí bañarme y mudar de ropa antes de volar a Bogotá, pues estaba decidido, después de esto viajaría en avión.

En Colombia, por ser un país tan montañoso, los vuelos son muchos y las compañías que los ofrecen varias. Distancias cortas suelen demandar varias horas por tierra por ser necesario cruzar las cordilleras, por lo tanto esos vuelos se consumen mucho por su corta duración, y debido a la competencia, tienen un costo relativamente bajo. En los baños del aeropuerto logré cambiarme luego de secarme con papel lo más que pude y rociarme desodorante. Llamé desde mi flamante celular a Virginia, recién desde ese momento conectados, dado que arriba en la montaña no cogía la señal (contrario a lo que me prometieron cuando lo adquirí en Bogotá, cuando no), y ya seguro que la línea estaba "limpia" (no intervenida) le conté con detalle lo que pasaba y que llegaría cansado y tarde a Bogotá vía el aeropuerto internacional de El Dorado. En más ,sólo me bastaba hacer viajar a *Venga* en avión.

—Su viaje no fue previsto con más de setenta y dos horas de antelación señor, que *peeeeena*… —me decía una operaria de las oficinas de Baires, la línea aérea que realiza los transportes entre Ibagué y Bogotá—. Usted puede viajar, hay cupo, pero su perrita no... Porque no tenemos huacal, señor —me informaba.

—¿Cómo que no tienen huacal, está diciendo que esta compañía no puede transportarme hoy por falta de huacales? ¿No los tienen? ¿O no los tienen acá en Ibagué?

Mientras discutía con la gerente y luego el jefe de ella, un señor

vestido de piloto acarició a la cachorra, les dijo algo y se fue. En más el tono de la conversación se tornó en buscar una solución. Decidimos hacerle una caja con cartón, sellándola bien para que no se escapara haciendo estragos en el equipaje de los pasajeros. La señorita luego me confesó que esa empresa de operación nacional, sólo tenía un huacal para todos sus clientes. Sólo había que avisar con antelación suficiente. Terminado el último arreglo y encerrado el animal, de todas maneras se me anunció que apareció el huacal de la compañía, enviado urgente desde Barranquilla atravesando medio país, un largo recorrido para una protesta bien oída. Por lo tanto, en ese largo día, finalmente se cerraba la puertita de un huacal reglamentario, sellándolo con una cabuya (cuerda vegetal), despidiéndome del animal por un rato, aliviado (no iba a discutir).

A todo esto, ya se estaba haciendo de noche. No habían pasado todavía las veinticuatros horas desde que tuve que "huir" de Roncesvalles. Me faltaba poco para llegar al otro extremo de mi existencia, Virginia. Ya acostumbrado a que ante cualquier contingencia, ésta era una oportunidad para generar aún una situación mejor, mi marcha hacia la gran ciudad era feliz. La luna estaba enorme, según leía dulcemente en una revista en la sala de espera. En tantos miles de años más jamás estaría tan cerca de la tierra. Y en ese horario *blues* que a tantos les da melancolía pero yo asocio al *happy hour*, aprecié por el ventanal la minipampa del valle del Magdalena, con el cielo entre negro y azulado, con nubes hacia el Este. Disfrutando un corto *whisky on the rocks*, en minutos partiría con rumbo hacia mi querida Bogotá, donde volar entraría en mi nueva forma de viajar. Allá afuera sobre el asfalto oscuro veía a la cachorra vomitona, mi amiga y compañía, dentro de su jaula desplazándose en los acopladitos hacia el avión como un equipaje más; y ese turbohélice bimotor bien de montaña me llevaría a ese gran amor, esperándome del otro lado de la cordillera.

Cuando subí al aparato, la mayoría de sus treinta asientos estaban desocupados, la única azafata me saludó diciéndome que me ajustara el cinturón, y mientras le hacía caso por mi olvido le pregunté si podía filmar la luna en el vuelo, a pesar del mandato tan bien conocido de apagar todo tipo de equipo electrónico por temor a las microondas y quién sabe qué más.

—Un momento que le pregunto a los pilotos, señor —me contestó, reapareciendo enseguida con la respuesta.

—Dice el capitán que sí, puede filmar todo lo que guste, y que está invitado a volar en la cabina con ellos.

Esto me sorprendió, no entendí a qué se debía la invitación, pero entré con gusto a ese espacio privado que casi ningún pasajero conoce, menos en operaciones, y allí me quedé callado hasta que despegamos.

—Allí tiene la luna señor, y a mí también me gustan los *setters* —se presentó, sacándose los auriculares, dándome la mano mientras el copiloto continuaba con la navegación.

—Gracias por ayudarme con el huacal —respondí agradecido.

—El de cartón no serviría, suelen vomitar, pero el vuelo de Barranquilla le trajo uno. Bienvenido a bordo.

Ese es el contraste eterno de mi querida Colombia. Las situaciones son insólitas, extremas, de una punta a la otra si uno sabe recorrerlas con precaución. Allí estaba ahora, envuelto en cientos de relojitos iluminados, a oscuras, o a media luz mejor dicho. De repente volando sobre las nubes con el astro inmenso, plateado y luminoso, un gran disco. De repente sintiendo que las nubes dispersas, que de tanto en tanto atravesábamos, agrisadas, inmóviles y algodonadas, destruirían el aparato al chocarlas, pero sólo generando algo de turbulencia en el tranquilo vuelo a Bogotá. Hice muchos viajes en esa compañía, pero este resumiría a todos, en especial, cuando en ángulo de cuarenta grados, salimos por debajo de las nubes y de golpe, todo el color del panel de control con sus amarillos, azules, verdes y rojos, ya no podían competir contra las anchas pistas iluminadas del aeropuerto de El Dorado, donde aterrizamos ejemplarmente, minúsculos en comparación con los verdaderos pesos pesados.

Estaba Virginia, espiándome ansiosa, esperándome, viendo como me entregaban la perra que no sé cómo se había soltado, acompañada de un empleado de la compañía, mientras vi como los pocos bolsos de los pasajeros venían con regalitos, oportunidad para escabullirme rápido antes que notaran al culpable. Se abrieron las puertas de vidrio y sonriendo con su sweater *hippie* de rayas horizontales de cinco colores

entre el amarillo y el rojo que se había comprado en la Firenze italiana, nos abrazamos. Ella con sus diez años menos que yo, a media carrera de música e ingeniería en audio, y yo embrujado por la única sonrisa que terminó con mis prácticas de cazador de amores. Ella sería mi 52 y en ese número me quedé, debo decir, no porque lo supiese, sino porque una de mis hermanas una vez me contó todas las chicas a las que al menos les di un beso. La *setter*, mientras, se agachó como hacen ellas y fue agrandando enorme un charco de pipí que no parecía terminar nunca frente a pasajeros, guardias y azafatas.

La prima de Virginia también había ido, a buscar a su perra, que desde ese instante ya no era mía, y entre risas y recomendaciones se la llevaba a bañarse y hacer vida de ciudad en la zona norte de Bogotá. Por otra parte, en Roncesvalles, aquel pueblito de montaña del Tolima, en la misma noche y bajo la misma luna, ametrallaban con doce balas a dos personas, de catorce y diecinueve años, por haberse uno propasado de más, meses atrás, con una niña de ocho, y el más grande por comerciar en el pueblo con marihuana. Justicia de las Farc.

Venga!

CAPÍTULO 37

Desde el congreso en Asunción ya casi no volvería al Parque Nacional Pilcomayo. La información que había recabado sobre su ornitología era suficiente, ahora me tocaba averiguar por datos de terceros, publicaciones o museos. Mientras, el ámbito de Asunción me era propicio para hallar estudios relacionados. Estaba libre por un tiempo antes de sentarme a escribir y no quería perderme formar parte de una expedición anglo-paraguaya autonominada por sus integrantes Yacutinga '95 (yacutinga era el nombre de un ave relacionada a las pavas de monte, y el número por el año). La petrolera *British Petroleum*, la BP, patrocinaba el evento a través de *BirdLife International*, ejecutado por estudiantes avanzados de la Universidad de Cambridge, proyecto que necesitaba de una contraparte en Sudamérica, la fundación por la vida silvestre Moisés Bertoni, con sede en la capital del Paraguay. Me había autoinvitado al mismo tiempo que de alguna manera me invitaban. Gabriela Lichtenstein, bióloga argentina, durante el congreso de Asunción me había puesto en contacto con Joe Tobias, a su vez amigo de James Lowen y Rob Clay, los dos "guías" atribulados del viaje al chaco. Mi amigo de siempre ,Samu, hacía sus contactos en paralelo hasta que en un momento, cuando le avisé mi buena nueva y le pregunto si quería que intentara sumarlo, perdido por perdido, me confesó que él ya era parte del equipo. "Malos entendidos" que a veces suceden en el mundo de la observación de las aves. Ya estaba acostumbrado.

Por lo tanto, luego de darme una pasada por mis pagos de Saladillo, siempre caracterizados por los buenos asados en familia, y de tratar de ver a alguien que me gustaba mucho por Buenos Aires, sin mucho éxito, regresé sorpresivamente con los bolsillos cargados de billetes gracias a mi hermano Sebastián y mamá que los donaron por "la causa" (así somos los López-Lanús). Me reuní, de regreso en Paraguay, con el grupo en la fundación Bertoni. Por primera vez en meses mi presencia ahora era la de una persona normal, sin los ataques de rascadas a escondidas que hacían a muchos sospechar de mí como el más andrajoso que alguna vez conocieran. Porque mi comportamiento

no podía ser normal, iba mucho más allá de una alergia por garrapatas. En ese viaje a Buenos Aires unas amigas confesaron que siempre supieron lo que yo tenía, a las cuales miré fríamente.

—Tenemos que confesarte algo, porque nosotras también la tuvimos, estudiamos veterinaria, y por eso nos la pescamos —me dijeron de repente.

—¿De qué manera?

—Te bañaste una vez en casa, y usaste una toalla que te dimos sin querer.

—¡¡¡¿Qué tenía?!!!!

—Algo para lo que un ectoparasiticida de uso externo con tratamiento de la escabiosis ahora te puede ayudar.

—¿Y eso es…?

—¡Sarna, tuvimos sarna, tenés sarna! Pero no le digas a nadie. No te podemos ver más así, usá Detebencil, una sola vez, y tu mal habrá acabado.

¡Y así fue, (ellas sin avisarme por vergüenza), como por meses pasé desesperado sin saber qué tenía! De alguna manera la sarna está relacionada con las garrapatas, pero estas son microscópicas y se instalan debajo de la piel siendo imposible eliminarlas. Es por eso que alguna vez el formol me había calmado, es decir, las había matado. Lo importante, es que ahora me sentía perfectamente bien. Mientras esperábamos partir instalados en Asunción, el lugar de pernocte era la misma fundación. La mística de la expedición tenía eso, cien por ciento ornitología, sin separarnos del grupo casi nunca, ensimismados en cada plan por realizar, estudiando lo que no sabíamos a bocanadas, con una ansiedad espectacular típica de la edad, que me formó para siempre. Al mismo tiempo, eternamente estaré agradecido con Gabriela por el gran favor del contacto que me hizo.

Recorreríamos varias áreas a fin de prospectar las aves de diferentes partes del país, llegaríamos a la frontera con Brasil en varios puntos, a la de Argentina en otros, y volveríamos al chaco. Asunción era el punto de descanso y trampolín para alcanzar los nuevos destinos. En cada sitio nos quedábamos entre cinco y diez días, a veces encadenándolos por periodos largos. Lo magnífico es que cada vez

éramos más, pues se sumó un alemán, Rolf, que vivía en Uruguay y también un estadounidense polaco, Anatol, que buscaba información para su tesis doctoral con aves de la familia de los Furnáridos. El componente de biólogos paraguayos en representación de la fundación Bertoni estaba compuesto por "ellas", María, Alicita, Pipa, etc. Todos alternándose en sus tiempos, es decir, entre los que podían estar en unas fechas y otras no; por ejemplo Joe y Thomas Brooks se volvieron antes, pero apareció luego un querido español madrileño que trabajaba con la fundación y era coautor de uno de los libros que más consultábamos. Así que la expedición era tal, una "expedición" con todas las características y componentes de aventura, formación y camaradería que pudiera tener con un grupo único y sagaz; la ornitología llevada a la más extrema de las pasiones. Y la verdad, extremos ya éramos muchos ahí, así que enseguida comenzó la acción.

—¡Butifarra, butifarra! —pregonaba un vendedor ambulante transpirado, en esos días de calor pegajosos, subiendo en una parada corta a nuestro maltrecho bus de veinticinco asientos y cincuenta personas adentro.

Sin saber que existiesen en Paraguay, pero sí habiéndolos visto tanto en los artículos de las revistas de *National Geographic*, de repente subieron campesinos menonitas, todos colonos, vestidos en su usanza de siglos de distancia, con anteojos grandes cuadrados, sombreros tipo *cowboy*, y esposas rubias, vetustas y asustadas. En contraste se destacaba el resto de la carga humana, todos descendientes de guaraníes hablando perfectamente esa lengua, oficial en el país tanto como el castellano, ya bien mezclados con los españoles desde cuatrocientos cincuenta años atrás.

—¡Butifarra, butifarra! —se seguía escuchando mientras aquel señor con sombrero de paja aplastaba gente para avanzar por el pasillo, suspendiendo en alto y vertical aquello que suponía vender, un palito tipo *brochette* con carne asada o chorizos chorreando grasa y papas. En la misma mano sostenía un manojo de guaraníes[1] húmedos y teñidos por la tierra rojiza de la región. Como el paradero era importante y

1 Moneda corriente de Paraguay.

había bastante movimiento en ese pueblo, que jamás supe cómo se llamaba, si no vendía esa muestra ésta seguramente pasaría a otro micro recalentándola brevemente a las brasas. Junto a las gotitas de saliva de su voz y las fibras de ropa que recolectaba empujándose con la gente, ansioso por vender su mercadería, llegado al final del pasillo nos vio a todos y dando por terminada su faena se acercó insistiendo con su cantaleta "¡*butifarra, butifarra*!". Ahí James, que lo probaba todo en Paraguay, el líder moral del grupo, se permitió el suicidio de comprar unas para él mientras lo mirábamos consternados, junto a unos helados caseros, me imagino de consistencia densa por la cantidad de parásitos o porquerías del agua que contendrían. Exagero en éste último caso, sí. Pero habría que ver si sus intestinos resistirían, o por cuanto tiempo.

Aquellas ventas de carne al aire libre en las banquinas de la ruta expuestas a la intemperie, *smog*, sol y moscas, nuevamente contrastaban con la relativa civilización asuncena, donde llegamos a disfrutar en un *shopping center* la última sensación de confort de nuestras casas o costumbres de ciudad. Antes de partir varios de nosotros fuimos a ver una película, que fue cortada sin previo aviso en la mitad del rodaje. Esto tenía un fundamento, pues tanto se toma *tereré*[1] en el país, que es costumbre hacer un receso de diez minutos con el fin de evacuar aguas. Al principio creí que la electricidad se había cortado, pero nadie protestó sino que todos los presentes se levantaron murmurando tranquilos sus cosas. Unos compraban palomitas de maíz (el *pororó*), y los baños estaban concurridos. Pero volviendo a nuestro bus, de allí que mientras avanzáramos se vieran tan comúnmente a hombres haciendo pipí en la calle. No solo en esos pueblos en cualquier sitio, sino en las ciudades también, como por ejemplo los estacionamientos, o cualquier lugar donde hubiese un "neumático", poste o árbol. A esto yo le llamaba "el mal del país", es decir, mucho *tereré*. Hubo varias paradas de este tipo en nuestro viaje. Si no había baños igual daba, y en el medio del camino por ejemplo estaba bien. Los hombres bajaban y cada uno se ponía bajo una ventanilla sin importarle las damas, con la cara hacia un lado, pacientes, sin apurarse. Sorprendente para los nuevos, común en ellos.

1 Infusión compuesta por Yerba Mate y agua fría la cual se ingiere por medio de una bombilla. Contrario al mate, tomado caliente, el tereré se bebe frío, a menudo mezclado con hielo y otras hierbas aromáticas.

La expedición fue un éxito en cualquiera de los sitios que visitáramos. Cada lugar era un desafío por sus características. Así, muy mezcladamente contado, en uno no había agua, excepto para tomarla. En ese lugar pasamos veinte días sin bañarnos. Siendo paulatino pero en aumento, nuestras existencias pestilentes crecían, primero de a días y luego por horas. Hasta llegar a una meseta de *insoportabilidad* a la cual las pituitarias olfativas cedieron acostumbrándonos mutuamente. Al finalizar esa campaña la embajada británica nos envió un *Land Rover* y la Fundación Bertoni un *Jeep Cherokee* para trasladarnos a otro sitio.

—¿Cuál tenía aire acondicionado?

—La *cherokee* —dijo alguno y los que pudimos nos hicimos allí.

Habíamos estado todo el tiempo muy cerca de Pedro Juan Caballero, una pequeña ciudad compartida con Brasil donde de un lado de la calle es Paraguay y del otro Ponta Porá, Brasil, del mismo tamaño. La avenida separa los países, un semáforo queda de un lado y en el sentido contrario el mismo pertenece a otra nación. De igual manera, de un lado un restaurant se atendía en portugués o portuñol y del otro en guaraní o español. Su aeródromo, con pista de tierra, tenía unas veinte avionetas de día, pero de noche casi ninguna. El contrabando era su principal ingreso y fuente de riqueza, de ambos lados. Las fronteras reales (prácticas) funcionaban fuera de la ciudad, en las rutas. Por lo tanto era por ello que las carreteras estaban monitoreadas, más que "vigiladas", por el ejército. Conocía el lugar por haber pasado una vez o dos por allí rumbo al Pantanal Matogrossense buscando aves de vacaciones años atrás. De aquella vez había entendido el comentario de un socio amigo en el estudio R. y C. Lanús, cuando pasaba mis días trabajando en Buenos Aires. En su edificio de Belgrano R[1] había varias familias de empresarios japoneses de paso, digamos de los que no pasaban más de un año por el país. Uno de ellos, de la *Sony*, llegó a la Argentina para estudiar la región (el Mercosur) debido a la compra masiva de electrodomésticos en Paraguay versus la Argentina y sur de Brasil. Por cantidad de habitantes e ingreso *per capita* Paraguay no podía tener tantos compradores, pero Argentina debía presentar mayores ventas

1 Barrio de la ciudad de Buenos Aires.

en proporción a su población. El japonés pudo comprender lo ilógico viajando unas semanas por la región, y recién en el país guaraní entendió cabalmente a qué se refería nuestro amigo y consejero informal en Belgrano R sobre "el flujo de capitales", vuelos nocturnos en avionetas, y tantas situaciones *non sanctas* al respecto.

Con estos pensamientos en mente, no tardaríamos en ser detenidos en la ruta por un control militar, ya que íbamos en sentido a Asunción. El sol de mediodía provocaba espejismos sobre el asfalto. En el *Land Rover*, sin aire acondicionado, los que allí iban lo hacían con la ventanillas abiertas, nosotros, bien frescos, con todos los vidrios levantados y oscuros, mucho mejor. La chapa (patente) diplomática con bandera del Reino Unido quedaba tapada por ir nuestra *cherokee* adelante, la cual fue efectivamente detenida por dos soldados niños y un veterano en el primer retén. Con un botón fue bajándose el vidrio de una sola vez para atender la orden del soldado que nos dijo.

—Buenas tardes señores, documen…

Un fantasma del más extremo hedor salió en su mayor parte por la ventana. Luego de tantas horas de encierro y veinte días de gestación lo habíamos convertido en poderoso. Invadió la cara de aquel rústico militar que con una cara rara echándose para atrás agregó:

—¡Sigan!

Tres semanas sin comer algo que no se tratara de arroz y enlatados demandaban reparar energías. Una cerveza de litro por lo menos para cada uno era obligada, mas si teníamos choferes podrían ser dos. Pararíamos en un restaurant de la carretera. Quince personas queríamos almorzar. Milanesas[1] con papas fritas estaba bien. El dueño quedó preocupado, todos deseábamos lo mismo. Los precios estaban presentados en portugués y el listado de comidas y la mesera también, a pesar de que el gran gigante, Brasil, comenzara su soberanía a doscientos kilómetros de allí. No tardaron en martillar kilos de carne dura, de cebú, para disimular su calidad más bien dura. Efectivamente alguien vio, al

1 Apanados (chuletas en Valle, Colombia).

ir al baño y espiar la cocina, que usaban martillos de madera, y eso produjo carcajadas.

Con aquel almuerzo opíparo ya no necesitábamos más, trasladábamos de golpe nuestras existencias a la selva paranaense en el departamento de Canindeyú y nuestro estado de ansiedad no nos permitía oler la realidad. Apenas llegados, como siempre pasaba, con siquiera detener los vehículos, nos desperdigábamos enseguida. Esto no cambió nunca en mí desde aquel primer día de observación de aves en la laguna San Raúl en la cuenca del Salado bonaerense. Por lo visto los chicos ingleses tampoco eran diferentes. A la noche ya estábamos muy cansados como para bañarnos, y dormimos en nuestras carpas o una caseta, como pudimos. En una selva con riachuelos ahora, igual la costumbre del no bañarse comenzaba a perdurar. Si no lo habíamos hecho en tanto tiempo no se suponía que en más días fuésemos a cambiar. Todo el tiempo trabajábamos, inclusive de noche. En este último turno algunos con cocaína o derivados para aguantar (nunca fue mi apetencia engañar el cansancio, prefiero soportar el malestar). Recorrimos el bosque en busca de lechuzas, búhos y urutaúes. No una, sino durante casi dos noches caminado hasta la madrugada.

La última mañana, después de tanto esfuerzo pero habiendo prospectado bien el bosque nocturno, ya parecíamos muertos vivos. Se me avisó de repente que llegaba una comitiva de la fundación Bertoni con "ellas", María, Alicita y Pipa. Los únicos que salimos corriendo a bañarnos fuimos los dos argentinos, el resto, ni nos vio salir. Cuando llegué de regreso a la casa con una sensación de volar, por la buena enjabonada que le di al cuerpo, se había adelantado Samu, que como de costumbre se puso desodorante como cualquier persona siempre hace. ¡Pero lo estaban insultando por el olor horrible que tenía!

—Eres un exagerado. Invades todo con perfume…ve a bañarte… —escuché.

Así que bajé los brazos, por ser el segundo en la lista, y sin entrar disimulé aireándome afuera mientras me reía. Ahora bien, las chicas, si venían con intenciones hacia los "britones"… no sé cómo les habrá ido.

A medida que nos adentrábamos más en esos bosques, percibimos lo bien que había seleccionado la fundación Bertoni los sitios para que prospectemos. Algunos eran la primera vez que se sometían a un estudio ornitológico, otros supuestamente ya estaban bien estudiados. Con Rolf, que tenía un conocimiento cabal sobre la región y también sabía sobre las especies que quería ver por primera vez, Samu, con su suspicacia y lógica impecables (sumado a su lectura ávida sobre todo lo que sea ornitología), y el empuje de todos nosotros, fanáticos totales, nos dimos cuenta que el país recién comenzaba a arrojar datos a fondo con nuestra investigación. Siempre me sentí un mediocre al lado de tanto conocimiento en conjunto, pero todos aportábamos (unos más, otros menos) algo importante para los listados obtenidos. El que no sabía inglés fluido, se perdía la mitad de lo que pasaba, ese era mi caso, como si uno fuese un sordomudo y todo le retumbara alrededor de vez en cuando. Y los que lo hablaban por ser su lengua madre, no tenían mucha idea hasta qué punto uno podía aportar, y era mucho.

En una ocasión estábamos siendo acribillados por los mosquitos mbarigüíes. Son unas mosquitas chicas, amarillentas, visibles pero no sentibles, inclusive en sus faenas, hasta un minuto después que se van. Por cada una que estuvo posada en la piel sin sentirse, ahí comenzaba el escozor desesperante. Los puntos eran identificables primero como una manchita de sangre oscura bajo la piel, ésta inflamándose al poco tiempo, rosácea. En ese momento es cuando la sometíamos a la más tremenda rascada, y así por decenas (¡y que no sea en la punta del dedo gordo del pie!). En esas estábamos cuando sucedió que, apenas arribados en la reserva natural del bosque Mbaracayú, la situación se salió de control. Este sitio fue el inicio de una serie de circunstancias permanentes. Nos encontrábamos en un gran claro (pastizal inundable) dentro de la selva. Estábamos muy próximos a un camino de tierra, casi prácticamente un sendero, que a manera de túnel casi siempre y a la sombra, atravesaba el gran bosque Mbaracayú a lo largo de veinticuatro kilómetros. Era por allí que hacían sus recorridas en moto los guardaparques, quienes pasaban día por medio.

Uno de ellos, finalizando la tarde, se escuchó llegar desde el Este, fuerte el motor, justo en un momento en que todos estábamos concentrados en sacar aves de las redes de niebla. Cada pájaro se ponía

en una bolsa de género blanco, con un cordón para asegurar que no se escape. Pudiendo respirar bien gracias a los poros de la tela se lo llevaba al sitio donde uno de los chicos lo procesaba, es decir, lo pesaba, lo medía meticulosamente, tomaba datos sobre el crecimiento de sus plumas, cantidad de grasa en el cuerpo, etc. Esa actividad era lenta y dolorosa con los mbarigüíes, al punto que por primera vez vi que a pesar del calor sofocante y húmedo de ese día nublado, el que tomaba los datos prefería estar bajo un tul mosquitero. Ahí adentro empañaba sus anteojos con la respiración y sudando. Antes de perder la calma que se necesita para dictar correctamente las medidas tomadas, hacía rápido su trabajo. En mi cabeza tenía la cuenta de tres sitios con redes, dispuestas de a dos o tres juntas, todos concentrados en atrapar el ave más esperada, un *Micropygia schomburgkii* o polluela ocelada, que Rolf había descubierto por su insólito canto parecido a una ranita. Nadie la esperaba en la región. Pero había una red más, lejos del bajo inundado ese en el que estábamos operando, porque a veces notaba que en las bolsas había típicos pájaros de árboles.

El motor de la moto no se desaceleró esta vez por venir un guardaparque a saludarnos. Esto generó como en cámara lenta una reacción tardía en todos, y aquí aplica lo del sordomudo. No entendía lo que decían en inglés, alarmados, mis amigos, hasta ese momento todos hiper concentrados en nuestra actividad. El guardaparque respondió a nuestros saludos, pasando de largo con una mano en alto, diestro en el manejo de dos ruedas. Siguió así hasta perderse rumbo al Oeste, pero no era lo que pretendían los chicos, no lo estaban saludando sino gritándole que por favor se detuviera. Corriendo tres o cuatro hacia él para interponerse en su camino, ya tarde, la moto había pasado ingresando en la selva. Al momento se la escuchó acelerar raudamente a toda velocidad. Sin entender qué pasaba a ciencia cierta, varios nos quedamos mirando desde el bañado cómo aquellos cuatro de Cambridge salieron corriendo por el camino y se perdieron al mismo tiempo detrás del motor. Éste se escuchaba todavía cerca, pero se ahogó de golpe y se apagó.

Fui el último en llegar al camino, esperando con otros que volvieran con noticias. No habían llegado a tiempo.

—Fue atrapado por la red —dijo James consternado.

—¿Pero el guardaparque dónde está?

—Estaba como tonto, la red lo agarró a la altura de la cintura y lo despidió de la moto.

—¿Y la moto?

—Siguió andando sola unos metros hasta estrellarse.

—Pero, ¿y el guardaparque está vivo?

—Está entre atontado y furioso.

—¿Pero qué dijo?

—No entendí nada, habla en español o guaraní.

En ese momento escuchamos que la moto era encendida y se iba. Y allí nos quedamos todos con un nudo en la garganta, pues la reserva era monitoreada y vigilada por la fundación Bertoni, el guardaparque era parte de la fundación, e iría con la noticia a la cúpula de la fundación en Asunción, vía radio, en pocas horas. Nosotros allí, perdidos en el campo, no podíamos hacer nada como descargo atenuante. Sólo nos tocaba esperar la acusación y nos quedamos serios y angustiados. No sabía que allí había una red, lo hubiera desaconsejado.

A los pocos días, un hecho más enrareció el ambiente entre todos los que estábamos. Enseguida se nombraron posibles sospechosos. Los más nuevos éramos los dos argentinos, Samu y yo, nos conocían bien pero no basalmente. Quien más contacto tenía con nosotros era Rolf, un amigo nuestro bastante estrecho, pero no tomado por sospechoso por tener íntimo contacto con el grupo británico. Otro era Anatol, que por ser estadounidense no levantaba sospechas. También estaban las chicas, que habían estado en el hecho, pero no podían ser culpables porque en parte son las que hicieron la denuncia. María y Alicita a veces salían a caminar solas, pero el día anterior volvieron a la media hora de salir revolucionadas; en la parte del camino con pastizal un jaguar acostado no las había dejado pasar, y volvieron aterradas.

—¡Un jaguareté estaba sentado en medio del camino y ni se movió al vernos! —decían asustadas.

Pero como corazón que no ve corazón que no siente…

—¿No será *la* gato montés? —le preguntó James enamorado.
—No, era un jaguar —respondió Alicita.

Y entre ellos se arreglaron si era uno u otro gato, aunque la expedición quedó alerta con la noticia. De tal manera, las chicas en más iban acompañadas por alguno de los ingleses, y por la mañana habían descubierto una red de niebla *clandestina*, dentro del bosque. Con los palos torcidos, maltrecha, no bien estirada, la red no era de la expedición. Pero pertenecía a uno de los presentes, eso seguro. Alguien estaba haciendo capturas a escondidas, contrario a cualquier tipo de protocolo y ética expectable en un grupo de personas educadas y preparadas. Éramos unos quince y uno o unos, eran acusables.

A las chicas se les pidió que no dijeran nada y se hizo de cuenta que nadie estuvo en esa red, que dejaron intacta. Uno de los ingleses fue comisionado para descubrir al ornitólogo que estaba al margen de la ley. Hizo guardia escondido por horas y horas, sin resultado. ¿El acusado probablemente había percibido alguna sospecha en el grupo y prefirió dejar abandonada la red? Ésta, no tenía ningún tipo de identificación. James, Joe y Rob finalmente, aconsejados por Rolf, nos interrogarían cuando regresáramos de una larga caminata al terminar el día. ¡Éramos los primeros sospechosos, luego Anatol, sino alguno del grupo británico! Cacería de brujas.

Nosotros, Samu y yo, de esto todavía no sabíamos nada, pero al medio día las caras no fueron muy simpáticas cuando pasamos por el campamento. Igual, en lo que a mí respecta, no me afectó, ya con lo de la moto tendrían problemas suficientes como para que cada uno sea dueño de su cara preferida, y lo atribuí a ello. De repente, en la selva, el guardia comisionado para descubrir al reo escuchó el roce de las hojas moverse al paso de alguien que venía. Llegaba a escondidas y con sigilo, a buscar aves muertas o agonizantes en la red. A quien le había tocado hacer de guardia por horas junto a la red, uno de los chicos ingleses, fue sacando uno, dos, una decena de aves que caían en la trampa y las liberaba. Pues de dejarlas enredadas mucho tiempo podían morir, otra posibilidad es que fueran depredadas por otras aves carniceras como las urracas o algún azor. Por fin sabría quién era el dueño de tan poca profesionalidad y se escondió mejor para agarrar *in fraganti* a quien no lo esperaba allí.

Era Anatol. El plan inglés había funcionado.

Fue invitado cortésmente a abandonar el campamento en el primer vehículo que pasara. Mientras desarmaba su equipo de *camping* se le pidió una explicación completa de por qué estaba utilizando los recursos del proyecto para una actividad que, como científico, era válida a medias, pero como colega, se consideraba obviamente ruin. Más bien deplorable y una franca traición. Confesó, según nos contaron porque de esto no supimos sino hasta la noche cuando regresábamos, que en su tesis doctoral necesitaba contar con especímenes de Furnáridos que el museo de ciencias naturales de Asunción no tenía, ni había en Washington, New York, etc. al menos en buen número. Él sabía que nuestro proyecto no le podía dar permiso para matar (colectar) aves, por eso operaba a escondidas. De hecho, los pocos pájaros que a veces morían oficialmente en las redes, porque eso a veces pasa, los chicos las enterraban cerca, luego de medirlas y pesarlas como a cualquiera otra, figurando como "liberadas" en los registros de las planillas. Esto se debía a que estrictamente el estatuto interno de la expedición y los permisos de estudio en Paraguay, prohibía absolutamente cualquier tipo de colecta. Tal declaración llevó a que su carpa fuese requisada, y allí aparecieron en una caja el resultado de otras capturas realizadas bajo nuestras narices sin la más mínima sospecha. Hasta ese momento Anatol preparaba oculto las pieles, aparentemente dentro de la intimidad de su carpa. También sorprendió hallar nidos, uno confesó era de un Furnárido muy especial, un *Lochmias* que no viene al caso describir como es, pero sí que tenía su territorio en un riachuelo que con Samu conocíamos bien. Aceptó que se había escondido allí hasta que nosotros nos alejamos, para descubrir la nidada con huevos, robándola. Cuando me contaban todo esto no pude evitar preguntar qué había pasado con ese material científico. La respuesta fue tan descabellada como lo que hizo Anatol.

—El nido, como tenía todavía los huevos supuestamente "vivos" se regresó a la cueva de tierra donde estaba, y por las pieles, no preguntes.

Es decir, de nuestro campamento no saldrían ni se sabrían nunca estas historias. Supongo que los especímenes habrán sido enterrados para que no se sepa. En más, en los ágapes de la embajada británica en

Asunción, Anatol seguiría viéndose, como así también en la fundación Bertoni por supuesto, sin que nada se dijera y todos sonriendo. Esta actitud "diplomática", o debiera decir "aptitud", era practicada por los chicos sabiamente para no terminar en los diarios con escándalos y salvaguardando el buen nombre de su país ante una situación que si bien no tenían nada que ver, por estar involucrados podrían convertirse en mala noticia. Era mejor permitir que el estudio continuara, no sólo el que ejecutábamos, sino dejar el camino abierto a futuras expediciones. Sería por ello, por ejemplo, que sabíamos de una ONG paralela a la fundación Bertoni, la cual le había pedido a los chicos el importe de cuatro amortiguadores nuevos, a erogar del dinero del proyecto Yacutinga '95.

La expedición guardaba un importante importe en dólares para situaciones de emergencias. Esta ONG, con el cuento de que por prestarles una camioneta *Toyota* con chofer quedó con la amortiguación "muy gastada", exigían el pago de los mismos. Los chicos prefirieron aceptar la situación antes que tener un problema, bajando nuestras reservas unos dos mil dólares de un día a otro. A pesar de mi consternación, y aconsejarlos denunciar el robo que de "avivada criolla" solo tenía la connotación de "vergüenza regional", me respondieron:

—Igual es un dinero que se gasta para la conservación, no queremos mala reputación, sabemos que fuimos estafados, pero preferimos que esto no se convierta en un escándalo y continuar siendo todos amigos ¿no?

—No sé, porque dos viajes no acaban con los amortiguadores de nadie excepto *a priori* sean sometidos a cinco años de vapuleo, como es el caso.

—No importa *Barnaby*, no importa.

Ya de chicos eran bien británicos, y esa diplomacia bien practicada nos fue salvando de distintas situaciones, donde en caso necesario se podían canjear favores.

El ladrón científico.

CAPÍTULO 38

Calmados los ánimos en el pueblito, me avisaron que podía regresar. Habían asesinado a alguien más a la mañana siguiente de la "limpieza" que efectuaron las Farc en Roncesvalles. Pero, una semana después, todo había vuelto a la normalidad.

—¡Ay! Me rasca[1], que locha[2] —se quejaba Virginia restregándose los recuerdos de una pulga que le había dejado mi perra.

Allí estábamos de nuevo los dos en despedida temporal en Bogotá, ella representando el mundo de la cordura y vida moderada en familia, y yo pensando en mantener aquel trabajo en las montañas en zona roja. Desde el aeropuerto internacional la parafernalia del transporte de una mascota era diferente a la de Ibagué. Se les entregó la cachorra a unos ayudantes, y a última hora se ingresó a la jaula un hueso, una pelota y una sábana blanca, para que el estrés del animal y el escaso confort del viaje fueran más llevaderos. Dos horas después la situación era diversa. Apenas sentí mis pies sobre el asfalto de la pista en Ibagué, vi a dos empleados del aeropuerto jugando con mi perra. Por alguna razón la bajaban del espacio de carga de la nave sin huacal. Uno, arriba, la sostenía por las patas delanteras, y abajo, otro intentaba cogerla al patalear en búsqueda del suelo que no encontraba. Sin poder reaccionar ni desviarme de la fila de pasajeros que conformaba, por ser observados ante varios guardias, vi como la cargaron sobre un acoplado repleto de maletas. Los dos empleados corrían tras el tractor dando equilibrio a la perra, hasta llegar a la cinta sin fin. Mientras me la pasaban, la noté empapada. Obviamente otra vez había vomitado generosa. Un perro buscadrogas comenzó a ladrar furibundo al percatarse de su presencia y mientras le pedía disculpas al policía que no podía calmar al pastor alemán, un pasajero, y luego otro, se quejaban por encontrar una pelota y lo que es peor, el hueso masticado, sobre sus equipajes. La organización

1 Por me pica.
2 Por aburrida.

del aeropuerto de Ibagué hacía honores a la fama de su personal de tierra, la desidia. Venga, la verdad, era muy "vomitona", nunca entendí por qué se mareaba tanto, ¡y todavía me faltaba hacer el trayecto por tierra hasta Roncesvalles!

—*Juemíchica*[1]" —sentí decir a alguien en el bus mientras me dirigía a las montañas.

La señora era una profesora que conocía de vista de las veces que visitaba algún colegio o iban a la montaña con los chicos a conocer los orejiamarillos. La tenía frente a mí a dos asientos de distancia y la escuchaba bien a pesar de bajar la voz. Sin el ruido del motor del bus en una de las bajadas del camino para cruzar un arroyito, me llegaba mejor.

—Quedó vuelto *chicuca*[2], lo mataron de un balazo en la cabeza. Parece que asesinó a la maestra, esa que andaba siempre despelucada[3] y parecía una *gamina*[4]. Resulta que los niños vieron cuando mataban a su mamá.

—¿Cual mamá? —pregunto la amiga.

—¡La maestra pues! Los *guerros*[5] le preguntaron al más grandecito si había visto quién había sido. Y señaló para arriba, justo para lo de don Guzmán, en la casa sobre la lomada de la escuela. Por eso lo mataron al Guzmán. Si te digo que quedó chicuca. Pobrecito el niñito que lo vio todo.

—¿Pero quién puede haber mandado a hacer una cosa así? Los muchachos no pueden haber sido —le preguntó su amiga, mirando un poco para atrás por si alguien las oía, dándome cuenta, por lo cual un pozo del camino me sirvió como para hacerme que me despertaba y me volvía a dormir.

—Parece ser que el mismo comisario le dio el arma a don Guzmán para que la asesinara. Es por eso que a la guerrilla se le hizo raro que tuviera una pistola de esas, automática, cuando los *guerros* lo

1 De juepucha, la pucha.
2 Hecho pedazos.
3 Despeinada.
4 Andrajosa. De quienes piden dinero en las calles.
5 Guerrilleros.

visitaron. El viejo cantó la verdad, pero igual lo balearon. Confesó que había sido ese de la policía quien le había pedido el favor. Tan bobo.

—¿Cuándo pasó?

—Ayer tardecito. Parece que hoy lo van a bajar bien muerto como quedó.

Interesante el hecho (de cómo la policía podía estar involucrada en una barbaridad de ese tenor), espeluznante el cuento (que los chicos además de ver a su madre en tan triste final supieran quién había sido el culpable, sin hablar hasta que les preguntaron), e inquietantes las circunstancias (cualquier cosa nueva podía pasar en Ronces). También me llamó la atención cómo seguían llamándole "don" al tal Guzmán, el asesino, el don perduraba a pesar de todo. Es decir, quién sabe si era todo así como lo decían, había que tomarlo con pinzas, pero la verdad en Ronces las cosas se estaban poniendo cargaditas.

Al día siguiente, por la mañana, le dejé la perra a Manuel, así se entretenía con su *rottweiler* cachorro. Debo decir que esta raza siempre da miedo, pero el cachorro era una bola de pelo realmente simpática y es cierto que según como se los eduque, son bravos o animales normales. Cuando llegaba de regreso, tarde, luego de una larga recorrida comprobando la situación de los orejiamarillos, Manuel me llamó con una seña. Yo pasaba a verlo, atento a lo que sucedía en la "guardería canina". Siempre atado a sus pacientes, me corrió a un rincón para hablar rápido y en privado. Lo noté un poco nervioso.

—Los perros no pueden seguir viéndose.

—¿Qué pasó? ¿Otra vez mordisquearon las sábanas del hospital?

—No, hoy rompieron tres toallas, pero ya los reté.

—¿Hay que comprar nuevas?

—No, no es eso, pasó algo peor.

Me quedé en silencio atento a ver qué podía ser peor.

—Hoy tuve una queja y no es para menos. Tu *Venga* y el mío estuvieron royendo los pies de un muerto mientras sus familiares lo

reconocían.

—¿Qué?

—Sí, tienen esa maña, que no te conté porque quería decírtelo con tiempo.

—¿Qué maña?

—Se comen las biopsias —se apresuró a contestar en vos más baja—, las desentierran y se las engullen, prefieren tejidos crudos antes que el alimento balanceado.

—¿Vos me estás…?

—No, no, lo que pasa que don Eduardo, el cuidandero, las entierra en las parte de atrás de mi casa porque no hay ACPM[1] con qué quemarlas.

—¿ACPM?

—Es más, el pobre inclusive rompió un caño de agua hace dos días por no saber dónde más cavar.

—¿Hace cuánto tiempo pasa esto?

—Y, hace más de un mes, ya te iba a contar, pero andamos desencontrados, se comen las placentas, quistes extraídos y otras cosas.

—¡Veo que andas ocupado como cirujano más que desencontrado! ¿Qué pasó con eso del muerto? ¡Qué horrible! —le pregunté ya bajándome la presión porque todos estos temas los detesto y me impresionan.

—Los deudos de Guzmán mandaron a decir que los dos cachorros andaban tratando de comer los dedos del hombre, el que mataron las Farc antes de ayer. Lo bajaron hoy cruzado en una mula, como en las películas del lejano oeste. Le sobresalían los pies y las manos colgando y nuestros perros se la agarraron con los pies. Hay que sacarles la costumbre de comer carne cruda.

—Manuel, ¿será que vos sos médico?

—¿Qué quieres decir?

—¡Que estoy medio mareado ya, demasiado por hoy, buen resumen, o me caigo acá nomas, che!

—¡Vamos argentino! Que no es para impresionarse tanto.

—Guzmán…, increíble —pensé, entonces era verdad que lo habían matado y podía ser verdad todo lo otro también, no era para meterse en líos por culpa de los perros.

1 Combustible para motores.

—Ya mismo me la llevo. ¿Querés que tenga por un tiempo el tuyo también?

—No, no, lo tengo atado. Desaparecé con la tuya sacándola por atrás así nadie te ve.

Así, cansado como estaba de tanto caminar y andar por la montaña, me fui con la perra a mi casa, ya de noche, comprándome a mitad de camino una buena cerveza. La llevaba a *Venga* atada para que nadie diga más. La observé de costado acompañándome y no podía creer todo lo que podía hacer en tan poco tiempo. Dama, mi perra también *setter* de cuando era chico, no se podía comparar. Ésta ya llevaba un listado de situaciones récord. En la cabaña una vez había estado introduciendo huesos de vaca que sacó de una carnicería guardándolos debajo de mi cama. Con el tiempo me di cuenta por el olor descubriendo la fuente. Una de las tantas veces que probaba hacer pipí en el piso de madera de la casa, lo hizo con la coincidencia de que cuando me preparaba a abrir la ducha con el agua caliente en la planta baja, sentí gotas tibias en mi cabeza y la espalda. No comprendí dónde estaba la pérdida del agua, pero era ella con otras de sus descargas, esta vez en el piso de arriba, sobre mi cabeza, atravesando dos niveles de tablados. Por la noche me hacía abrir los ojos cuando dormía, a altas horas de la madrugada, sintiendo de repente que me faltaba el aire. Soñé que un jaguar me asediaba con su hocico a medio centímetro de mi nariz, cuando percibí que una presencia real estaba a mi lado. Me desperté asustado sorprendido por ella, que hacia minutos me observaba, sentada al lado de mi cama haciéndome compañía a milímetros de distancia.

—¡Te voy a lavar los dientes! —le dije mientras ella sacudía contenta la cola.

—Y pensar que en Bogotá duerme entre sábanas y le dan besitos en la nariz…si supiera su dueña —pensé, y así llegué a mi casa cerrando un día largo, típico de los de ahí.

Con esto de lo del comisario asesino, la guerrilla anunció la toma de la comisaría. Ellos empezaron a hacerse ver en las fincas y a realizar entrevistas en las periferias a Ronces. Según me contaron, esto es chisme y repito, no me consta aunque lo creo debido a múltiples aseveraciones, la maestra descubrió al jefe de la policía en no sé qué

irregularidad. Por medio de un familiar de ella se enteró la jefatura de Ibagué. Esta situación evitó que al comisario de Ibagué se lo ascendiera de rango en el próximo mes como estaba indicado, y castigado, se le anunció que debía quedarse en Roncesvalles un año más. El comisario, que conocía a Guzmán, le pidió que matara a la maestra quedando para todos nosotros como que había sido enjuiciada por la guerrilla. Esto había sucedido hacía algún tiempo y no se habló más. Con el pasar de los meses (la guerrilla se toma su tiempo), aparecieron las Farc con su *modus operandi* tan conciso. Ahora el pueblo pensaba que el cazador sería cazado y todos esperaban justicia, es decir, la muerte del comisario. El lugar donde mataron a la maestra yo lo conocía de vista, nunca había pasado por allí, por suerte; como así también la casa de arriba, la de Guzmán. A esas fincas las ubicaba de memoria ya que las veía desde donde estudiaba a los orejiamarillos, en su dormidero preferido pues varias veces quedaban detrás de mis lentes cuando seguía a los loros volando.

Varios días después, los doce policías que constituían la "comisaría fantasma" de Roncesvalles, por los motivos que ya expliqué capítulos atrás, parece que recibieron un ultimátum mediante un mensaje que consistía en algo parecido a esto:

"*Por lo que pasó con la maestra, se les avisa que deben abandonar el pueblo. De lo contrario mataremos a todos. Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia*"

Infráin me desaconsejó esta vez que me marche.

—No se va a ver bien si se va Bernabé, y si se va, lo pueden detener en el camino y traerlo de vuelta. O bien, suponga que logra pasar, ¿cómo entra de nuevo? Le será difícil volver. Usted no tiene nada que ver en esa encrucijada entre las Farc y la policía, quédese y siga haciendo su trabajo, no se meta con nadie, y estese tranquilo.

Obedecí.

Desde ese día, cada vez que debía ir hacia el mercado me desviaba tres cuadras dando un rodeo para no pasar cerca del destacamento

policial. Realmente era una suerte que no estuviera ubicada frente a la plaza. El miedo comenzaba a adueñarse del pueblo. El principio era seguir sobreviviendo en esas circunstancias a las que uno se acostumbra. Vivir con miedo y preocupación sin angustiarse. ¿Cómo es esto? Una fórmula que comencé a sentir cuando me *acolombiané*. Todos hacen lo normal, se ríen, trabajan, comen (sin preocupaciones). Si alguien escucha sobre una barbaridad a una cuadra de distancia, es como que pasó al otro lado del planeta, no es a uno a quién ajustician. Esa persona sabrá por qué lo buscaron para matarlo. Ahora bien… esto no quiere decir que no se viva con miedo. Yo por ejemplo sentía ese miedo. Tenía la posibilidad de irme con todas mis cosas, mudarme… pero ¿para qué? Igual me matarían. Eso es miedo. Me avisaron de un nuevo ajusticiado ahorcado en un tronco grueso que atravesaba el camino de salida cerca del pueblo. Yo conocía el árbol. Pero como me tenía que quedar y el asunto no era conmigo, disfrutaba lo que hacía a diario, las arepas en la esquina de la viejecita, salir con la perra, filmar los loros, pasar mi documental en el pueblo, y tantas otras cosas de la vida.

La amenaza tiene que haber sido real, porque una mañana desde la cabaña me quedé perplejo ante un repentino murmullo lejano que reconocí perfectamente. Tenía que ser un motor turbo eje de un Bell UH, helicóptero militar, de esos que simbolizan la guerra en Vietnam pero que siguen utilizando los *marines* de Estados Unidos para transporte de tropas. El ruido, grave, de ritmo lento y potente, era exactamente el mismo que me deleitaba de chico con diez años de edad, cuando a la salida del colegio en Saladillo me iba corriendo a la cancha de fútbol de la estación de trenes. Ese espacio, a veces era nuestro campo de deportes cuando así lo disponía nuestro colegio, pero en este caso el sitio donde desembarcaban las víctimas de la gran inundación del ochenta en la cuenca del Salado. Ellas eran rescatadas de sus techos, con perro inclusive. Así llegaban los refugiados al pueblo. Siempre andaban de a dos helicópteros. En minutos se cargaban con leche, pan, frutas, pastas secas y partían de nuevo, ahora repletos de comestibles, para llevarlos a centros de asistencia aislados. También ayudaban los bomberos voluntarios y el cuerpo de radioaficionados, del cual participaba el padre de un compañero de grado. Una noche en que estuve allí, hicieron un helipuerto de emergencia, formando en la cancha un gran cuadrilátero de autos, puestos uno al lado del otro. No entendía qué pasaba y cuando

sentí los motores venir en la oscuridad, me dio terror que no supieran y aterrizaran en la cancha como siempre pero sobre los autos. Genialmente los faros se prendieron todos al mismo tiempo y desde el aire el cuadrado de luz era perfecto. Tremendo el susto con el que bajaban los paisanos, apenas con unas pocas pertenencias. Este que escuchaba ahora no podía ser otro modelo.

Me asomé a una de las dos ventanas de la cabaña, no podía equivocarme, pero no era la primera vez que veía un helicóptero en el pueblo. A veces transportaban el dinero de la Caja Agraria[1]con una nave liviana. Así evitaban los robos de las Farc en las seis horas de camino hasta el pueblo. El UH apareció cerquísima y fugaz rodeando el pueblo varias veces como precaución. Pude seguirlo un trecho cada vez que pasaba de un lado u otro del caserío a favor de las agujas del reloj. Con mis binoculares bajo el cono de sombra del alero alpino de la ventana noté que cargaba ametralladoras y tropas. Podía distinguir las botas negras de varios policías, tipo comando. Luego de un descenso paulatino aterrizó cerca de la iglesia, como no debe sorprender, en una cancha de fútbol. Obvio me quedé escondido en la cabaña, atento al teléfono para saber si Infráin me indicaba realizar alguna acción a último momento. En cinco minutos, diez a más tardar, se escuchó el motor acelerar de nuevo y deslizándose valle abajo el helicóptero desapareció. Tan rápido como llegó se dejó de escuchar. Ansioso por saber que había pasado, mas sin noticias, debí aguantarme unas horas en la cabaña sin poder hacer nada.

Al mediodía salí a comprar pan. Me contaron que bajaron armados en posición de combate, corriendo a la comisaría, mientras, ya preparadas, subían las esposas e hijos de los policías que vivían hacía tiempo en el pueblo. De haber una toma planeada por las Farc, habría de ejecutarse en otra fecha por las nuevas circunstancias, pues ahora la policía tenía refuerzos. Pero, si hay algo que puede hacer la guerrilla, es esperar. El pueblo volvía a quedar solo y en los días venideros los "muchachos" se tomaron su tiempo. Según parece, no les importó esperar en una finca cercana. Jugaron al fútbol y comieron bien frente a los binoculares de la policía. Una gallinita y un cabrito también formaban parte de sus "vacaciones", período en que cada tanto las

1 Banco agrícola y ganadero.

fuerzas revolucionarias descansan. A los campesinos les tocaba colaborar, pero me imagino que más que colaborar era una fiesta.

Reencuentros de madres combatientes con sus hijos cuidados por las abuelas, hijos combatientes que saludaban a sus padres. Y de más está decir, que las Farc estaban en el pueblo de ahí en más, caminando con ropa de labriego, entre todos los que vivíamos en él. Fueron pasando los días y nada cambiaba, por lo tanto todos volvieron a su ritmo normal sin comentarios que hacer. Yo también.

Una mañana sonó la puerta. Era Humberto el documentalista. Necesitaba la cámara de video digital del proyecto, mi trípode y cintas vírgenes. Negué la cámara, no era mía, y le ofrecí todo lo otro. Pero se llevó todo. Me enteré en ese instante que lo habían comisionado para colaborar en un juicio revolucionario, un juicio de las Farc. Con un nudo en la garganta, ahora a Humberto lo debía tratar con más cuidado. En alguna hacienda perdida o dentro del monte, se realizaba el juzgamiento de un personaje de la comunidad que había robado varios millones de pesos trabajando para una entidad estatal. Antes eran rumores, ahora se lo filmaba acusado sobre un banquillo. Fueron pidiendo la presencia de testigos y acusadores, a los cuales se los recogía cerca del parque en Ronces con escolta armada guerrillera pero de civil, con caballos y mulas. Quien subía no sabía si regresaba. Yo no conocía al acusado, por lo cual jamás me llamaron.

Al poco tiempo el juicio había terminado. Estaba perdonado si devolvía el dinero. Ese día en el pueblo la tensión disminuyó, una vez más. Pero esa noche se cortó la energía eléctrica. Se restableció enseguida. A los minutos la luz se apagó en todo el pueblo de nuevo, pero se reconectó. Varias veces así. En uno de los apagones detonó un disparo. A los dos minutos sonó el teléfono. Me contaron que las Farc habían matado a "Huesito". Obviamente no es ese el nombre real por el cual era conocida esta persona, como tampoco lo es el de tantas otras que nombro en este libro por no querer involucrarlas. Si bien casi no conocía a este señor, debido a que era Leonarda, la sobrina de Infráin la que estaba encargada de la parte de educación ambiental del proyecto, había sido él quien pintó un mural con los dibujos del orejiamarillo en la escuela del pueblo. Acababan de matar a Huesito…, sí, y no lo

podía creer, era el artista del pueblo. Pero estaba más preocupado por mí. Huesito era otro de los denunciados como fumador de marihuana y además traficaba, por lo tanto era basura para las Farc. Se cortó la luz de nuevo en el pueblo, se oyó otro disparo. La volvieron a dar. Esperé a que sonara el teléfono y otra vez la misma voz, que no era la de Infráin, me anunciaba cortamente que habían matado a otra persona, que yo no conocía. Ahora pienso que las llamadas podían ser una manera de saber si yo todavía estaba en mi casa, con escucharme decir hola, ya bastaba.

El próximo ¿quién sería? Cincuenta y cincuenta, podía ser yo o no. Así que, siendo de noche, si corría para escapar, igual me perseguirían para matarme, si me escondía, en algún momento me agarrarían, así que con sangre fría y humor inalterable, bajé las escaleras, pasé al *living* (sala, como la llaman allá), prendí todas las luces de la casa, la de la galería también, dejé la puerta totalmente abierta, llamé a la perra y le permití que saliera, subí de nuevo las escaleras, llamé a Bogotá y hablé con Virginia.

—Vir.

—¡*Quiubo*! ¡Qué lindo que llame! (los novios en Colombia se tratan de usted)

—Acá estoy. Escuchando disparos. ¡Ey! Tranquila. Apagan la electricidad, matan a uno, y la vuelven a dar. Pero tranquila, no creo que me vengan a buscar. Tranqui. Perdoname que te llame poco, la línea está intervenida (era la primera vez que el tercero de turno me escuchaba sincerarme ante él), ahora mismo está intervenida porque se escucha ese ruido de fondo, pero si soy el próximo quería que sepas todo lo que te quiero. Y te pido perdón por hacerte pasar por todo esto.

No voy a entrar en detalles, pero fue una mujer muy fuerte. Nacida en cuna de oro, o de plata tal vez, Virginia es así y todo una sufrida mujer colombiana. Se la aguantó moqueando con el plan de que esperara al día siguiente, en que la volvería a llamar. Realmente confiaba que no sería el próximo, estaba convencido, pues *no debía nada, no debía temer*. Le quedaron resonando esas palabras y aceptó cortar. No podía usar tampoco el teléfono mucho, porque lo necesitaba para actuar si Infráin me llamaba. Por otro lado, me estaban escuchando. Me acosté sin cerrar la puerta, la perra volvió a mí y se quedó dormida. La miré

sorprendido.

—Pues claro, vos qué sabés de esto —le dije en vos alta despertándola brevemente al hablarle, siendo la segunda vez que sentí envidia de no ser un animal antes que estar en mis zapatos.

La luz quedó prendida toda la noche. Con la puerta de calle totalmente abierta. En algún momento me dormí, pues afuera no se escuchaba nada, absolutamente nada. En dos casas había un charco de sangre. La policía nunca salió de su *bunker*. Yo trabajaba por un sueldo para salvar una especie, por eso estaba allí, y por un tapir del Baritú al que alguna vez prometí conservar la vida silvestre con *inteligencia* y con *respeto*, aunque ahora fuese solamente un gemido de guerra sin fuerza. La verdad, hasta dónde había llegado, ya no podía decírmelo en vos alta. Me refugié en los últimos abrazos de mi querida Vir, de la cual simbólicamente me quise despedir por las dudas, aunque sabiéndola tranquila durmiendo en su segura Bogotá. Si amanecía vivo, me iría de Roncesvalles para nunca más volver.

Vencido por la angustia y por el cansancio, me desperté cuando las patas (manos) de *Venga* se posaron sobre mi brazo. Allí estaba alegre pensando en su comida. Las luces todavía estaban prendidas pero no alumbraban, el sol afuera brillaba fuerte, el aire arriba azul, muy azul. Me levanté vestido, pues claro, como para pijama estaba, o digamos la verdad, hacía años no lo usaba. El piso, el escritorio, las escaleras, y terriblemente el living abajo, estaba repleto de polillas muertas, era impresionante la cantidad que habían entrado debido a las luces. La puerta seguía abierta de par en par (así fuese de una sola hoja, una manera de decir). Me asomé a la galería, y caminando por ella, me sorprendí.

—¡Buenos días, don Bernabé! —me saludó un campesino que salía a caballo para una vereda.

No sabía quién era, pues jamás se me saludaba mucho que digamos.

—¡Buenos días don! —le respondí.

Cuando me di vuelta para entrar a la casa y llamar a Virginia, una voz de mujer me saludó.

—¡Buenos días, don Bernabé!
—¡Buenos días señora! —le contesté.

Probé quedarme en la galería, en medias, porque a esa hora seguía fresco, y cada uno que cruzaba me saludaba, los que no sabían mi nombre me decían don. Entendí lo que pasaba. Había ganado mi partida de *ajedrez*, un juego en el cual comanda un ejército contra el enemigo, o mejor dicho debiera decir el "*go"* como juego oriental de "encerrar territorios". Al final de cuentas estos "*guerros*" saben más de eso que de ajedrez, y si se trata de que gana el jugador que tenga más territorio, yo ya tenía dos palmares enteros de palmas de cera, uno de ellos repletos de loros.

—El argentino es uno de ustedes ahora ¿no? —pensaba—, la última noche de limpieza no podían comprobar que no era un elegido para un balazo en la nuca porque me encontraba en Bogotá, pero en ésta ya pueden saludarme y hasta están felices de verme vivo. Lo que son las cosas…

Subí corriendo las escaleras.

—¡Vir!
—¡Quiubo! ¡Tonto! ¿Estás bien? —y se puso a llorar.

Si Vir, se entiende todo, ya pasó todo. Ahora soy "don Bernabé".

A Huesito lo acusaron de traficar drogas. Con su bohemia creo que de traficante no tenía mucho, pero si en el pueblo estaba prohibido fumarlas no entiendo por qué los desafió. Algunas personas de la alcaldía sintieron temor y por alguna razón se escabulleron a Ibagué. Nunca más volvieron. Todo era muy loco. Lo de la "puerta abierta del argentino a toda luz" se comentó y fue en más el chiste "tenga cuidado con tantas polillas". Irme, desde ese día, era traicionarlos, traicionar a mi tapir, porque ya me podía quedar.

Pronto pude escribirle a Henry Man que la zona estaba abierta. No tardé mucho en recibir un correo electrónico diciendo que de inmediato me enviaría dos biólogos para que me ayudaran en mis tareas de campo. Mientras, continuaba subiendo a las montañas por donde se me había autorizado. La perra a veces ladraba y perseguía a los loros cuando volaban bajo, siempre haciendo vibrar la antena de metal que tenia amarrada al collar con el radiotransmisor. Esa tarde estaba más inquieta que otras veces y decidí volver más temprano debido al éxito de la jornada del día. Miré la hora, si me apuraba podía llegar a ver un programa en televisión que me gustaba. A buen paso tardaba cuarenta minutos en llegar al pueblo, debía hacerlo en treinta. Y corrí cuesta abajo sin perder tiempo. De repente, cerca de una isleta de monte entre potreros para pastoreo, apareció una perra negra. No se interrelacionó con la mía que corría a mi lado, sino que nos dio un rodeo y se fue, desapareciendo de nuevo en el bosque.

Un perro aislado no dice nada, pero nosotros pasábamos dos veces por día por ese puente (un árbol caído con un pasamanos que se cruzaba en dos zancadas). Sabía que no habitaban perros ni personas allí. El animal se me acercó sin ladrar, rápido, pensé que venía a saludar pero me evitó, lo dejé dar su vuelta, qué otra cosa podía hacer.

—Debe ser la perra de Fabiana, la comandante despiadada, era verdad que andaba por acá… —interpreté, creyendo que en segundos me rodearían, habiendo enviado a su perra entrenada para olfatear armas de fuego.

Eso se decía que hacía el animal, ladrar a los que llevan pólvora. Pero no podía quedarme parado y expectante, debía continuar mi marcha, seguir en mi ritmo, que sin darme cuenta, por hacer ese camino tan seguido, bajar una enorme quebrada y subir la otra en U, ya me era facilísimo y no un quiebra corazones como antes. Sin darme cuenta, esta vez mi descenso había sido a pleno salto y trote y obvio llamó la atención. No tardaría alguien en acercarse, así como al pasar, y preguntarme francamente en el pueblo.

—Oiga don Bernabé, usted el jueves pasado iba volviendo muy

apurado.

—El Jueves, el Jueves… Ah sí, corría por no perderme un programa de televisión.

—¿Ahhhh?

—Oiga don, no me ladró nadie en la bajada, ¿cuál es el problema de caminar rápido? —observé despiadadamente.

El hombre se quedó mirándome y comenzó a reírse. Y enseguida agregó.

—Usted sí que es… ¡que tenga un buen día!

—Gracias señor.

No lo conocía, o debo decir, lo había visto una o dos veces en el restaurant del pueblo. Era obvio que me vigilaban, contestarle a él era como hacerlo directamente al mismísimo comandante de las Farc, que andaban esos días por ahí de reposo y ordenando las cosas.

Lo encontré a Humberto en la calle. Decidí acercármele a pesar de tenerle tanto resquemor. Porque si de candidatos a sospechosos se trataba, él estaba primero en la línea, es decir, ¿dónde encajaba? ¿Era un espía directo de las Farc? ¿Era un soplón de las Farc? ¿Tenía independencia respecto de las Farc?

—¡Qué más, don Humberto, *quiubo* con mi trípode!

—Ya, ya, ya se lo devolveré. Confíe en mí.

—¡Pero lo uso para trabajar don Humberto! ¿Y la cámara de video?

Me observó con lástima, y se sinceró. Tal vez por la decencia que alguna vez lo había caracterizado, pues era un hombre de buenas maneras, o por algún cariño que me tenía, tal vez por reconocer en mí su irreverencia supuesta ante la vida, de repente susurró.

—En realidad, tiene que olvidarse del trípode, y de la carpa iglú esa que le pedí prestada también.

—Me imaginaba don Humberto, ¡pero me están dejando pelado! Por favor, al menos el trípode, pueden conseguir uno en cualquier

situación, yo acá trabajo con la comunidad de Roncesvalles, los chicos del colegio, saco las fotos usando el trípode, y no estoy usando el telescopio, que me sirve para saber qué frutos comen los orejiamarillos.

—Su trípode fue utilizado por el secretariado de las Farc en su viaje reciente a Escandinavia y el Vaticano.

Me quedé mudo.

Podría ser un gran cuento, pero por otro lado relacioné los últimos eventos aparecidos en las noticias, las cadenas nacionales, donde efectivamente se escuchaba a un personaje hablar en nombre de las Farc como "vocero" del movimiento en el exterior, limpio de persecución legal, aunque guerrillero al fin. Recordaba esos acontecimientos que hicieron vibrar al país, las Farc viajando inmunes por Europa con un supuesto mensaje pacificador y la venia del presidente colombiano.

—¿Pero mi trípode allí? ¿Cómo fue a parar al secretariado de las Farc?

Humberto me miró ofendido, sabía que no debía preguntarle. Pero entendió mi broma, lo hice sonreír. Era la primera vez que lo veía sonreír.

Preferí no pensar más en el tema. En esos días me concentré en recibir al primer estudiante de biología que entró a Roncesvalles, como quería Henry siempre liderando el proyecto. Ingresó oficialmente por unos días como un amigo de paso, al cual conocía de Bogotá, bien fogoneado por el activismo de izquierda en la universidad nacional. Roncesvalles no lo asustaba. Mi intención era poner un tercer radiocollar a los orejiamarillos de los cinco que teníamos en *stock*. Uno estaba funcionando, el otro quedó en la nada, probablemente masticado, así que necesitábamos tener un segundo ejemplar monitoreado. Mi argumento consistía en que siendo sólo setenta y dos los individuos que componían la población, y andar siempre todos juntos, un radiocollar era suficiente, pero, teniéndolos, ¿por qué no usarlos? Así fue como vía telefónica primero para organizar su viaje, y varios días después en Roncesvalles llegando en ómnibus, apareció el buen Jorge.

Allí andábamos, intentando adivinar dónde poner la red. Voy a ser sincero en algo que hasta el momento no conté y tiene que ver con el lugar donde colocar una red. Henry estuvo en Roncesvalles una vez. No hice mucha publicidad de esto y mejor que quede aquí, entre los míos. Fue al principio, la vez del primer radiocollar. Su entrada fue tipo comando, bien "quirúrgica" como a veces digo, cuando supe que los orejiamarillos todos los días dormían en las mismas palmas de cera. Como la red debía colocarse entre dos palmas, muy alta, con un sistema de poleas que no sabía utilizar, para poder entre dos subir y bajar el sistema como se hace con una bandera, Henry llegó desde el otro lado del Atlántico al rescate, con todos los artilugios del caso. Por mi parte, había desarrollado un sistema de cuerdas en los pies y otra en el pecho, para poder trepar peligrosamente por esos troncos lisos y cerosos de las palmas. Humberto supo de la entrada de Henry, Infráin y Leonarda ayudaron a su ingreso. En definitiva entró y salió ileso, con su título y aspecto de extranjero total. Fueron cuarenta y ocho horas de hiperactividad donde pasó de todo pero en un aspecto inesperado.

En la víspera de la captura del loro, al atardecer, festejamos la presencia de Henry con cervezas. Humberto lo entrevistó, como hacía él, en un bar, esta vez uno más chico, donde en la mesa de al lado, y esto cuesta creerlo, jugaban a las cartas un policía desarmado con un guerrillero vestido de campesino. Puestos allí a propósito o no, nunca entendí. Humberto le pidió a Henry el pasaporte, lo estudió, y se lo devolvió. Corroboró que fuese efectivamente Henry Man y nada más, ya sabiendo yo que Humberto tenía cierto poder en la región. Esa tarde hacía calor y mezclé cerveza con una gaseosa sabor a naranja. Contra todo pronóstico, por la noche me descompuse terriblemente. Mientras Henry dormía en uno de los cuartos, yo me la pasaba bajando y subiendo las escaleras "cada vez que me iba por los caños". Esto no evitaría que al día siguiente trabajara, me conocía muy bien a mí mismo. Menos si Henry estaba allí por un día y medio más. Apenas hubo luz me desperté, quedando totalmente impresionado por lo que veía.

Mis manos, brazos y mi zona abdominal tenían ronchas rosas de dos a tres centímetros de diámetro. Guardé la calma porque las conocía bien, no porque alguna vez me hubiese pasado sino porque era bastante usual en la costa de Ecuador, entre los que comen ceviche, es decir,

frutos del mar crudos con limón. Este plato, si bien exquisito y que tantas veces probé, más de una vez intoxicaba a la gente. Por lo tanto estaba lisa y llanamente intoxicado, mareado, desganado, con náuseas. Miré el reloj y tenía tiempo de ir al hospital para que Manuel me rescate. Sin decirle nada a Henry, pues lo único que me faltaba era quedar como un enfermo y complicado (más subyaciendo esas pequeñas diferencias que teníamos respecto a si podían o no entrar asistentes biólogos a la zona de estudio), aprovechando que seguía durmiendo me escabullí.

—Manuel, salvame —le dije, mientras me miraba divertido las manchas.

—¿Qué comiste? O mejor dicho, ¿no habrás tomado cerveza verdad?

—¿Hubo otros casos?

—Sí, sos el tercero en la semana, ha sido una remesa en mal estado, a veces pasa cuando las tapas de las botellas tienen una filtración. Se contaminan por el calor y los lugares donde las estiban. ¡Tengo que avisar a los del bar!

—Voy a darte reposo, y varios medicamentos.

—Imposible Manuel, tengo una visita, un biólogo en casa, y sí o sí debemos poner un radiocollar a un orejiamarillo, Se va mañana, es el único permiso que tiene para estar aquí, está durmiendo en la cabaña y no quiero que se entere que estoy hecho pedazos. Dame lo que sea pero yo de acá salgo caminando hasta el final del día.

—Ok, si vos lo pedís… —dijo mi amigo médico decidido.

Ordenó que me internen, me colocó una aguja endovenosa y en el *sachet* del suero me agregó un cóctel de medicamentos. En cuarenta minutos me fui recuperando y para cuando terminó de hacer efecto todo en mi organismo salí de allí como si nada me hubiera pasado. ¡Manuel era un genio!

—Vas a aguantar como hasta las cinco de la tarde, no estás curado, ¡estás drogado!

—¡No importa Manuel, me voy feliz! Me voy que ya es tarde.

Cuando llegué a la cabaña, Henry, Infráin y Leonarda estaban listos e intranquilos.

—¿Dónde estabas?
—Es una larga historia.
—¿Estás bien? —preguntó Henry preocupado.
—Sí, sí.
—Estuviste yendo al baño toda la noche ¿no?
—Sí, pero el médico ya me curó.
—¿Y esas ronchas rosadas?
—Intoxicación. ¡Pero estoy fuerte y sano, vamos nomás!

El punto es que nos fuimos cargados con todo el equipo para poner la red de altura en el dormidero de los orejiamarillos. El proceso era simple de implementar en un plano teórico, pero trepar a las palmeras fue otro tema. Con el calor del mediodía y la fricción de las cuerdas en los gruesos y altos troncos, entendí qué era aquello por lo cual a la planta se le llama palma de cera o *Ceroxylon*, ¡la superficie se fundía! De hecho mi método para trepar de esa forma lo copié de un grabado antiguo en un libro de Humboldt que mostraba la antigua "cosecha de cera" raspando con un metal la corteza desde cinco o seis metros de altura. La juntaban para elaborar las velas en la región. Esta cera no se nota en la base de la planta, donde la corteza se ve áspera, pero arriba la superficie es gris verdosa, muy lisa, y las cuerdas de escalada que rodeaban mi pie, con la fricción de cada apoyo de mi cuerpo a modo de escalón, se calentaban. En consecuencia la cera se derretía, ayudada por el calor de la tarde, y cedían ante mi peso. Tardaba muchísimo en ascender un metro, y las fuerzas se me agotaban. Henry miraba el reloj y me apuraba.

—¡Qué pasa allí arriba, pon la última polea *Barnaby*!
—¡Ya casi estoy, ya casi estoy!
—¡Te voy a sacar unas fotos, apúrate que ya se escuchan venir los loros!

Debía enganchar la polea a un alambre que rodeaba el tronco, y luego ajustarlo haciendo un torniquete dando vueltas la tenaza. Muchas veces lo había hecho, colgando inclusive como estaba, cuando jugaba a hacer fuertes y plataformas de chico. Todo juego es aprendizaje realmente.

—¡Ya casi está, ya casi está! —pensaba.

Pero Manuel calculó mal la duración de mi hechizo. Las tripas comenzaron a quejarse.

—¡No, no, no! —me decía, maldiciendo.

—¡Sí, sí, sí! —pregonaba el destino.

Y ¡¡¡flash!!!... El desastre de mis tripas en las alturas.

Como corría el viento (por lo tanto no ofendiendo a nadie), el sol a contraluz engañaba la cámara de Henry (sólo sacaba fotos en silueta muy artísticas). Los orejiamarillos definitivamente llegaron (más estrés por terminar) y ya no importaba mi situación. No le conté a nadie de los que me miraban desde allá abajo, o al menos nadie dijo nada. Continué haciendo mi trabajo con gran ruido y resoplidos estomacales mientras me mordía la lengua con las últimas vueltas de tenaza. Debilitándome finalmente, hice el último ajuste para garantizar el éxito del sistema de poleas. Recién en ese momento bajé rápido a *rapel*. Apenas llegué a tierra ellos ya pudieron levantar la red. La operación terminaría con éxito inmediatamente, un poco de *playback*, y de la bandada de loros curiosos el más inexperto, un juvenil de ese año, quedó envuelto en la red. El esfuerzo tuvo sus réditos en ambos sentidos, el radiocollar puesto con la liberación del individuo, y yo impresentable pero feliz.

Por lo tanto, esta vez el intento sería menos sofisticado, es decir, con Jorge pondría , como hice la última vez, las redes sobre el filo de las veredas (cresta de la pendiente). Eligiría los lugares en que había visto a *Venga* perseguir de cerca a los loros cuando llegaban a pasar a menos de un metro de altura sobre el pasto corto pastoreado por el ganado. Ese era el plan, pero las circunstancias siempre cambiaban. En coincidencia con la presencia de Jorge en Roncesvalles, los orejiamarillos ya no volaron bajo en esos días al llegar al palmar, sino que además, todos los días cambiaban de posición en el dormidero. Con paciencia comenzamos a buscar nuevos puntos de captura.

En uno de esos sitios, mientras esperábamos a que llegaran en un par de horas, se me ocurrió invitarlo a meternos dentro del bosque prohibido. Con mi título de "don Bernabé" oficializado, ya tenía cierta libertad para decidir ampliar un poco mi rango de acción. Pero hete

aquí… metidos en la selva primaria (bosque de nuboselva primario en realidad), que encontramos un sendero. Decidí seguirlo y sin esperarme algo así, llegamos a un claro en el medio de la verde espesura. Era un círculo extenso repleto de una plantación de yuyos verdes con pétalos azul violáceos. Muy lindos por cierto, pero, eran amapolas, el origen de la heroína. Por lo tanto estábamos en problemas. Así las escondían, en medio del bosque. No se veían de ninguna parte de los caminos de acceso al pueblo. Esto me sorprendió. Sabía que la altura y el clima húmedo eran propicios para la especie, Vicente el lechero de Salento, más de una vez las reconocía cuando iba por el camino. Ahora entiendo que él conocía más de lo que yo sabía. Apenas entendía todo aquello y listo para pedirle a Jorge que diera media vuelta para salir urgente de allí, un señor con aspecto de campesino nos miró desde el centro del claro, sin reconocernos. Estaba estático y a la expectativa sobre cuál decisión tomar. Levanté la mano como ademán de saludo, pero se asustó cuando mi amigo corrió detrás de mí, huyendo asustado. Me di cuenta que ese parche había estado ahí todo el tiempo de mi estadía en Roncesvalles, en línea recta a no más de trescientos metros del refugio donde había estudiado el nido del orejiamarillo. La situación podía estar de mi lado si no se salía de control.

—¡Jorge! —grité con voz de mando al estudiante desaparecido ¡volvé para acá!

Apenas me cercioré que el hombre había parado de correr (¡no porque se llamara Jorge también!, quiero suponer), sino que sintió confianza con respecto a mi intención, me di vuelta y le hablé a mi amigo esperando que me escuche el labriego de nuevo.

—Jorge, si te vas corriendo somos hombres muertos, jamás corras ni hagas nada que no te pida, ¿se entendió?

Mi buen amigo asintió asustado con la cara. El mensaje había llegado al desconocido, que felizmente no tenía arma alguna, ni había más personas con él, y allí seguía parado.

—Vamos a saludar a este señor, no hables, no te pasará nada —lo tranquilicé.

Y así fue como un argentino y un colombiano de ciudad se acercaron con la mano en alto, en un lenguaje de silencio pero de buena actitud con el cuerpo transmitiendo confianza, tal cual se estudia o sale instintivamente, no sé, de observar a quienes no hablan pero tienen un código de señas salvadoras si no se quiere pelea. Como los perros. El señor se tranquilizó. Acortamos la distancia entre ambos. Nosotros descendiendo cuesta abajo y él trepando cuesta arriba. Era una buena señal.

—Cómo le va don, buenas tardes, disculpe que esté aquí, tengo prohibido pasar el filo de la montaña —le dije sin dejar de hablar haciendo una seña con la mano en la dirección del lado del que veníamos.

—Buenas —apenas me dijo el hombre todavía asustado.

—Yo respondo por mi amigo, no se preocupe que él no dirá nada y en dos días se va. Y por mí, le pido un favor, yo jamás voy a hablar con nadie de haber estado aquí, ni que lo vi a usted. Yo a usted no lo conozco, ni quiero saber su nombre ¿oyó?

El hombre asintió en silencio.

—Por favor, no me delate. —agregué, fortaleciendo a su favor que no hablaría de él.

—Señor —comentó por lo bajo quebrando su silencio—, yo le pido lo mismo, porque "ellos" no saben que estoy acá, esta plantación se supone que está abandonada, pero no quiero pagarles el impuesto, así que yo no hablo ni usted habla, ¿ese es el trato?

—Sí señor, ese es el trato, quédese tranquilo.

Y nos dimos las manos.

Si pensé que el pobre Jorge había quedado fogueado por la circunstancia vivida, esa noche en el restaurant las cosas se complicaron de nuevo. No le comenté nada, pero para consternación mía, había una mujer de unos treinta y cinco años en el lugar. No la conocía. Era flaca, de pelo lacio negro suelto y largo, con raya al medio, bien limpio y lustroso, brazos y hombros angulosos, usaba ropa oscura y diría que, hasta algo vistosa. Gracias a mi alma, que ya pertenecía a Virginia, no la

salude sino con un duro buenas noches. Estaba parada, tal vez haciendo tiempo. Efectivamente, al sentarnos también lo hizo ella en una mesa detrás nuestro. La cara del mesero me dio la pauta de lo que estaba sucediendo. No porque me haya tratado de pasar alguna información, sino porque lo noté tenso, muy tenso. Por esas casualidades de la vida, el noticiero en la televisión, siempre prendida, recién comenzaba, y mostraban a varias personas de las Farc pero en la región de los llanos, al este del país, en su hábitat tropical. Declaraban algo a la población de Colombia. Felizmente, una mujer, que era la jefa, tenía en su hombro un loro del tipo hablador mientras manifestaba su mensaje en pantalla.

—¡Mira Bernabé, tiene un loro del género *Amazona* en el hombro! —mencionó Jorge.

Fue fantástico el comentario.

—¿Debe ser una *Amazona aestiva* supongo, o ahí en los llanos hay loros de la especie *mercenaria*?

Y así procuré que la conversación continuara toda la comida, bien aburrida para Fabiana, la comandante, la dueña del perro busca armas, perro que también allí estaba, sentado a sus pies, ambos detrás nuestro. Más tarde, con Jorge huido dos días después para no volver jamás (pues le conté lo de la comandante), en los días de feria en Roncesvalles me crucé con aquel señor de las amapolas. Lo reconocí, entre las mesitas de venta a los bordes de la calle principal, comprando con su familia zanahorias o gallinas como cualquier persona más. Nunca nos hablamos, y hacíamos como si no nos conociésemos. La mirada era fugaz, y el saludo apenas una mueca.

Me estaba "impregnando" de ese estilo de cosas, "permitirme vivir entre el peligro." Pero ante las nuevas circunstancias, la comandante pisándome los talones, debía hablar con Henry y prohibirle pensar en traer biólogos nuevos como asistentes.

—¡Pero hace unos días me dijiste que sí! —me decía por teléfono.

—Sí, pero ahora te digo que no —le respondía para que además el "tercero" del teléfono, si estaba monitoreándome, supiera cual era mi

posición.

No podía hacerme responsable de la seguridad de mis asistentes. Si bien a mí ya me habían aceptado en el pueblo no podía acarrear la culpa de que les pasara algo. Nuevamente la discusión se polarizó, esta vez por mail y en privado. Él argumentó que ya había estado en Ronces, y que no le había pasado nada, siendo ciudadano inglés, mucho menos si entraban asistentes colombianos de la universidad nacional. Yo le decía que ni lo piense hasta nuevo aviso, porque las cosas iban muy bien como estaban pero podían desmedirse de un momento a otro, y que tuviera paciencia. Los donantes debían comprender el delicado equilibrio de las circunstancias en el lugar de estudio. Pero su último mensaje fue rotundo. Resumió la conversación en que lo lamentaba, y que no aceptaba mis términos.

Si Henry no cambiaba de parecer, debía renunciar a mi trabajo.

El péndulo de la existencia.

CAPÍTULO 39

Todos regresados a Gran Bretaña, o casi todos, porque Rob se quedó en Asunción como atrapado para siempre, decidí pasar una temporada corta en el sector de Aguará Gnú, uno de los lugares más atractivos de la Reserva Forestal Mbaracayú. A la reserva la habíamos visitado por dos semanas unos doce investigadores. Y en Aguará Gñu fue que Samu encontró algo digno de mención, siendo el primero que lo vio. Se trataba de un ave de la familia de los caprimúlgidos, ave nocturna que pasa el día mimetizada sobre el suelo y atrapa polillas u otros insectos desde el anochecer, volando a baja altura. Este bicho era especialmente raro, primero porque no se conocía en Paraguay, además por ser casi una incógnita en el resto de su distribución. Segundo, era tratado como en peligro de extinción, y que se ampliara el conocimiento de su rango de distribución hasta la fecha conocido era motivo de admiración. Además, se recordó que Félix de Azara, el español que hacía doscientos años atrás había descripto a un *Caprimulgus* como "El de Alas Blancas" en la zona de Paraguay había sido ignorado, pues el ave formalmente fue descripta sesenta y cinco años después, pero en Brasil. Este ave tenía mucho blanco en su plumaje y en sus alas era muy notorio. Pero a Samu, el primero que lo vio, nadie le creyó. Genialmente, con Rolf, sospechó que podía tratarse de un *Caprimulgus candicans* en Paraguay, y tuvo razón cuando todos lo comprobamos en los días que siguieron.

Se hicieron censos, seguimientos y capturas. Sus fotos quedaron publicadas inclusive en los diarios de Asunción, que contaban sobre nuestro paso por Paraguay haciendo descubrimientos sobre las aves del país. "*En busca de las aves perdidas*" rezaba el artículo en varias páginas de la revista ABC del domingo, con excelentes fotos. Pero esa vez, en siete días partimos, abandonando para siempre aquella área de impresiones fuertes. Cuando la expedición terminó, yo quería volver, así sea solo. Tenía tiempo y estaba en Paraguay, ¡por qué no! Junto a la selva, un paisaje de quinientas hectáreas con pastizales naturales a modo de praderas, colinas suaves y onduladas, más palmas Yatay enanas diseminadas en lo alto de las lomas. Embrujaba al corazón novato. Y

ese era yo, que no había vivido lo suficiente en el "cerrado", término brasileño para referirse a este tipo de paisaje que describí. Tanta fue la atracción y la novedad sobre esos *Caprimulgus*, que decidí regresar, entre otras cosas, porque no se conocía a la hembra, ni cómo era el canto del macho en esas noches inmensas y olvidadas. Rob apoyó mi aventura.

—Si encuentras la hembra, te cuento que no está descripta para la ciencia —me avisó con cierto brillo de picardía en su mirada.

Rob no podía acompañarme, su leishmaniasis debía ser curada urgentemente. Si bien el cuadro no parecía serio, una úlcera de cuatro centímetros de diámetro y uno de profundidad se le había abierto en la pantorrilla. Tenía un pequeño cráter en la piel. De presentarse como una inflamación grave en el hígado o en el bazo podía ser fatal. Unas mosquitas en miniatura se lo habían transmitido en nuestros viajes, todo originado por unos microscópicos protozoos del género *Leishmania* que éstas inoculan al picar. Por lo tanto, mi plan fue el de "cargar baterías" en lo de los Petersen Lanús, vía una prima de mamá que felizmente estaba viviendo en Asunción. A los pocos días salí con mis kilos repuestos y pleno de vigor. Con ellos no se podía estar mejor. Hacia años no los veía, la última vez había sido en una estancia de 9 de Julio en la provincia de Buenos Aires. ¡Y nada más grato que recorrer la totalidad de los bares asuncenos con mi prima Karen!, o dormir hasta las doce del mediodía envuelto en el aire acondicionado de alguna de sus casas, y por qué no decirlo, ser observado seriamente por Alicia Lanús, en el almuerzo de Navidad, preguntándome dónde estaba mi prima (su hija) luego de una tremenda trasnochada de los dos.

—¿Karen dónde está?

—Durmiendo queridísima tía —respondí como un sonámbulo y ojeras de terror, pero no pudiéndole fallar en su opípara comida del mediodía, más con Juan Petersen y toda su escandinava tradición navideña detrás, el *pater familiae* que había vendido todas las máquinas *Caterpillar* del Paraguay. Juan, horas antes, cuando salía temprano a misa ese día, me vio caminar por la galería, y sorprendido me preguntó si me había levantado para ir a misa.

—Shhhh, recién llegamos, me voy a acostar… —le había contestado repleto de *toc-tocs* de tequila con *Seven-Up*.

Por lo tanto, ante la nueva pregunta de "Alicita" (como le decíamos todos en Buenos Aires), sobre su acusación de si yo estaba en condiciones de sentarme a la mesa sin dormir, como sospechaba, Juan me observaba serio pero divertido por dentro, a ver con qué me iba a salir.

—¡Pero sí, Alicita! —le contesté impaciente por su insistencia, con la mala suerte que me puse nervioso. Por hacerme parecer ante mis primas y sus maridos totalmente lúcido, apliqué con la mano un corto golpe sobre la gran mesa de madera de estilo inglés, pegando mi pulgar contra el filo de uno de los dos tenedores de plata. Esto provocó que lo catapulte por los aires dando vueltas más rápido que lo que subía, mientras sus nietitos siguieron toda la trayectoria alzando su vista hasta caer de nuevo en el mismo lugar, con gran ruido de copas de cristal.

Menos mal que Karen, a la cual todos conocían y dormía a pata suelta, se había tomado el trabajo, como regalo de navidad a su familia, de mandar a enmarcar un cuadro para el *hall* de entrada de la casa. Sorprendentemente con un dibujo a lápiz que yo les había hecho días atrás como recuerdo y agradecimiento por su hospitalidad (un Ipequí o ave del sol, nadando en su hábitat natural). Le había hecho poner un paspartú del color del vino que quedó notablemente bien en contraste, más allá de que la calidad de mi pintura dejara mucho que desear. Creo que aquello hizo que me perdonara, y todos rieron ayudándome a hacer orden.

En fin, así de distendido, partí de nuevo a la aventura llegando en doce horas a Mbaracayú. Lo primero que noté es que las condiciones climáticas habían cambiado. Con el cielo despejado, la mayoría de las veces la temperatura ascendía a más de cuarenta grados, todos los días. Una marmita de aluminio que funcionaba con alcohol, la Trangia, me asfixiaba al cocinar fideos los mediodías a pesar de estar al aire libre. Tan severa era esa temperatura para mi organismo, que trataba de adormilarme por las tardes cerca de los ríos, con algo de sombra sólo en el bosque en galería, con el fin de tener energías para caminar en

horas nocturnas. Pero desde el atardecer y por las noches era diferente. Mi imagen era la de una persona caminando con el resplandor de una linterna de mano y otra de las que se sostienen en la cabeza, las famosas de marca *Petzel* de origen francés, buscando aves en el pastizal. Mis luces aparecían y desaparecían en el inmensurable cerrado, con el pastizal hasta la cintura, entre lomas y lomadas. El paisaje de noche parecía más homogéneo que de día, guiándome por las estrellas para no desorientarme, pues andaba sin GPS. Volvía al campamento a las tres de la mañana para comer algo y luego aprovechar el fresco de esas horas para dormir.

En una de mis pasadas por el campamento, escondido en una isleta de árboles, me encontré con la carpa descuartizada. Se trataba del piso, que había sido devorado por unas hormigas excesivamente cortadoras. El único abrigo que tenía, abandonado en un rincón porque ningún uso le daba, había sido convertido en cientos de cortaduras, atacando el género como las plantas que cortan. No podía creer que lo hubiesen considerado alimento. Era un buzo verde que me había prestado Rob, el cual era imposible rescatar porque a contraluz pasaba la luz del sol por todas partes con trocitos colgando. Se hacía difícil vivir en esas condiciones de calor extremo e insectos picadores, pero la magia volvía todas las noches. Obviamente buscaba los *Caprimulgus*, ya los encontraría, me constaba que allí andaban al menos un par de meses atrás.

Por fin, en un sector del pastizal que no había prospectado la noche anterior, las luces de las linternas hicieron brillar sus pupilas dilatadas contra el fondo del ojo. Una lucecita, como un punto, en la oscuridad. Hasta el momento de estar muy cerca no podía saber si ese ojo que brillaba era el de un macho o el de la tan buscada hembra. Encandilados, con paciencia podía acercarme a los machos hasta veinte centímetros, posados en los termiteros de tierra desnuda que sobresalían sobre el pastizal. De un manotazo controlado, nunca llegando al punto de lastimarlos, lograba tenerlos en la mano. Estaba preparado para realizar con premura la serie de mediciones correspondientes que seguía. Con una balanza de precisión se pesaba, luego tomaba los datos biométricos, colocaba los anillos correspondientes en sus minúsculas patas y le sacaba una muestra de sangre. Para ese entonces, pues cada actividad

tomaba varios minutos, una nube de decenas de polillas, atraídas por las linternas desde gran distancia en vuelo directo, pronto chocaban contra mi cara, rígida por tanta concentración, pero a punto de explotar con tanta distracción. Para imaginarse la situación me sentía como el núcleo de un átomo con los electrones girando elípticamente alrededor mío. No podía ver bien, y las polillas zumbaban hasta golpearse contra la linterna o mi piel, disparando el polvo de su pelusa suave como una finísima lluvia plateada. Con una mano sostenía al animal, y con la otra tomaba los datos, escribía, dibujaba. De pronto, un aullido corto sonó a mis espaldas, tal vez a cincuenta o cien metros. Una ristra atávica de temor corrió por mi espinazo. Eran los lobos de crin, solitarios omnívoros no agresivos, que deambulaban por aquella zona. No estaba solo.

Para obtener las muestras de sangre, Rob me había indicado por radio desde Asunción, dónde estaba todo el material. Pero la comunicación era mala. Me explicó en cuales mochilas estaban las agujas, tubos, algodón y otras necesidades, que debía buscar en la casa de huéspedes en la entrada de la reserva Mbaracayú. Yo era inexperto, pero siempre hay una primera vez para todo, y lo hice bien, había observado mucho a mis amigos ingleses. Debajo del ala, a lo que correspondería la axila en los humanos, las plumas aparecían dispersas, luego de pegotearlas y amontonarlas a un costado con vaselina, se podía ver la piel rosada con algunas venitas por transparencia. Un pequeño pinchazo en el sitio adecuado y apareció una gota de sangre, con eso era suficiente. Era en ese momento cuando las polillas más me molestaban, pero debía hacer como que no existían. Con el calor que tenía, provocado sobre todo por la tensión de la captura con la mano, más la ansiedad por no malograr al individuo asustado, era en esos momentos cuando más ponía a prueba mi profesión, en especial teniendo un animal en peligro de extinción en mis manos. Solo, en esa inmensidad de la noche, a veinticuatro kilómetros de cualquier lugar, a las dos de la mañana. Los Aguara guazú[1] con sus aullidos y esa sensación de exclusividad en una noche estrellada a rabiar, provocaban en mi un momento incomparable para toda la vida. Puse la jeringa cargada de rojo con cuidado sobre la punta de mi zapato. En ningún momento debía tener contacto con

1 Lobo de Crin: cánido omnívoro de gran porte. Del guaraní: aguará (perro), guazú (grande).

otro tejido animal o estaría contaminando la muestra para su análisis molecular. Allí debía quedar porque necesitaba la misma mano para abrir uno de los tubos. Por lo tanto busqué en un bolsillo de mi chaleco la caja de los "tubitos", todos con una solución donde debía descargar la sangre. Pero un instante después mi equilibrio se esfumó.

—¡¡Maldición…!!, ¡¡maldición…!! —despotriqué veces y veces seguidas no pudiendo creer lo que me pasaba.

¡El tubo estaba vacío, seco! ¡Y el próximo!, ¡y el otro! La cajita decía veinte tubos de plástico a rosca, y por radio, debido a la mala comunicación, con saber dónde estaban me alcanzaba. Era obvio que debían tener líquido pero jamás escuché que debía cargarlos, ¿o se había evaporado? La caja nunca la había abierto.

—Maldición, maldición —seguía disparando mi indignación ante la situación, ahora en silencio para no asustar al macho que me miraba con cara de "cuando termina todo esto".

Debía pensar rápido. Y me dejé llevar por el instinto. No quería que se perdiera la muestra, y no tenía nada líquido ni sabía qué líquido era en el que debía colocarse la sangre. Pero se me ocurrió un plan. Primero debía evitar que la sangre se coagulara, por lo tanto la descargué en el tubo, y lo cerré bien, lo etiqueté con lápiz, hice la anotación respectiva en la libreta, y lo engullí. Sí, abrí la boca y me lo metí bajo la lengua, a 37° Celsius. Allí no se coagularía tan rápido y me daba tiempo para pensar qué hacer. Preparé el animal para liberarlo, colocándolo de nuevo sobre el montículo en que lo había capturado, y como un fantasma de sábanas blancas, por ser su cola y gran parte del ala de ese color, aquel atajacaminos, en lo que dura un pestañeo, ya no estaba donde lo había dejado. Se marchaba volando sobre el pastizal.

Apagué la linterna de cabeza librándome de las polillas y en más, durante una hora, corrí hacia el bosquecito de palmeras donde estaba la carpa. Creía recordar que en el botiquín (si a mi botiquín de primeros auxilios se lo podía llamar botiquín), no había alcohol. Apenas llegué fue lo primero que revisé, y efectivamente no había, solo tenía iodo. En mi boca había dos tubos, porque capturé otro macho en el camino, y

todo el esfuerzo sería en vano. Pero había algo más en el campamento que me podía servir, y estaba en el reverbero de la cocina. Alcohol azul de quemar.

—¿Por qué no? —me dije, aunque tal alcohol fue prendido fuego ya dos veces para cocinar los fideos de los dos últimos mediodías,

Con una jeringa aspiré una cantidad adecuada. Y es así, como metí un centímetro cúbico dentro de cada tubo, 90 exagerados grados de alcohol industrial. Los sacudí para que se fusione todo bien, y habría que esperar si mi experimento servía.

En más, todavía no había encontrado a la hembra. Mi figura solitaria por las noches en el cerrado no sería recordada por nadie. Ninguna persona pasaba por allí, menos de noche. Caminando un momento por un sector que había sido incendiado hace algún tiempo, a la luz de la linterna distinguí el esqueleto quemado de una víbora Yarará; había muerto enroscada. Debía andar con más cuidado. Mi objetivo esa noche era hallar una hembra, ¿o sería que tanto el macho como la hembra tenían el mismo plumaje? Un ojo brillando más, y hacia allá me dirigí derecho. La miré por primera vez para la ciencia con mis binoculares, antes de llegar. No era una especie parecida de las que ya conocía, todas arenadas, batarazas y manchadas uniformes. No tenía blanco en la cola, ni en las alas. Debía ser ella. Se me aceleró el corazón. Allí estaba posada en la parte alta de un termitero, una de esas torrecillas de terracota rojiza que sobresalían entre el pastizal a modo de hormiguero. Mientras daba pasos de diez centímetros cada uno sin romper ni una sola pajita por miedo a asustarla, una linterna le apuntaba al ojo desde mi frente, y la otra luz desde una lámpara de mano en ángulo de 20°. La mano libre, la replegué como hacen las ranas antes de saltar, manteniéndola tensa para ser disparada a su espalda, justo para evitar que abriera las alas al escapar, con el buen tino de no quedarme corto en el intento (la distancia de acercamiento debía ser la misma que el largo de todo mi brazo, sino fallaría). Allí estaba hipnotizada, desconfiada, porque algo se le acercaba pero de lo cual no podía escapar. El único intento de captura, de ser un fracaso, podía malograr la intención principal de mi viaje.

—Tenés que hacerlo bien…. —me decía todo agazapado.

Y ¡zás! allí estaba entre mis dedos. ¡No lo podía creer! Lo había logrado. Una satisfacción mucho más grande que tener un artículo científico en puerta como luego publicaría con Rob.

Apenas la solté, colocando unas plumas de la cola y el ala en mi libreta, noté que todas esas noches calmas y calurosas, me lo había pasado caminando en el pajonal. No tenía oído nada que supusiera pudiera tratarse de esta especie. Tampoco me había percatado de permitirme un minuto para saber qué se siente estar en un lugar así simplemente admirándolo. Este pensamiento no me vino solo, una gran luna por el Este asomaba enorme. Qué más podía pedir. Me senté sobre un tronco enano de palmera caída y abrí un chocolate derretido. Me quedé distraído mirando al horizonte escuchando de vez en cuando ese croar de sapos... Salmón-anaranjado, ya se había separado un metro de la Tierra, el astro de ahora en más era todo para mí. Pero como sucede tantas veces, la paz no dura mucho si uno está en el centro de la acción. Frente a la luna vi el perfil de un vuelo. Un *Caprimulgus* macho se vio blanquear en la obscuridad haciendo un baile extraño. Utilizaba esos hormigueros para posarse, eso ya lo sabíamos. Pero si no se lo perseguía ni se lo alumbraba, el ave se relajaba, y de allí volaba, de la cima de los termiteros, en una trayectoria ascendente elíptica. Coloqué en posición mis buenos binoculares con la luna detrás, y esperé. En un rato hizo la elíptica frente a la Luna de nuevo, ¡ya no cabía duda! ¡Los machos hacían un despliegue! Pero… ¿por qué cada vez que oía el *turrrút* ese del sapo, el ave volaba?

—*Barnaby*… —me decía pensando— *Barnab*…

¡Y de golpe coincidió! Era con las alas que imitan el croar de un sapo! ¡Quedé atónito, esta ave nocturna no cantaba como todas las otras, sino que tenía en las alas la capacidad de emitir un sonido a modo de instrumento! Un ruido mecánico para que llegara a las hembras, más la luna ayudando a darle color al blanco del plumaje en su despliegue. ¡Otros machos estaban cerca en otros hormigueros haciendo lo mismo! ¡No podía ser!

—¡Todos estos días escuchando eso sin darte cuenta! —me decía feliz.

En definitiva tendría que haberme resultado extraño creer que algún batracio tan gutural cantara en la sequedad de las lomadas sobre suelo tan arenoso. Pero gracias a hacer un alto en el camino y admirar la naturaleza que tanto quiero me llegó ese regalo desconocido. Pude grabar algunos de los sonidos, aunque no todos, por defecto de la grabadora (ver nota[1]), la humedad provocó cierto corto circuito, ¡pero lo importante quedó! La magia más penetrante de la vida me cautivaba en esos momentos de asombro, allí estaban mis anhelos cumplidos. El comienzo del estudio de la historia natural de una de las aves más extrañas y desconocidas del planeta.

Me quedé horas allí, hasta que el cielo comenzó a llenarse de nubes. Que importaba, era mi última noche y tenía grandes anuncios para enviar por radio al día siguiente. Me quedé sentado donde estaba, entre esas palmas petizas, escribiendo mis notas hasta considerar que nada se me había escapado. Comencé a caminar creyendo saber por dónde ir, pero no encontré el parche quemado.

—Pero cómo, debiera estar en esta dirección —pensé.

Miré a mi alrededor y debí serenarme. En el cielo ya no se veían las estrellas, y entre esas lomadas bajas, pero de varios metros como para ocultar el horizonte lejano, supe que estaba perdido. Ya no veía la Cruz del Sur, esas cuatro estrellas que conocía tan bien por indicar el punto cardinal. Ya no imaginaba cómo volver hacia el norte, al montecito que para aquel entonces era mi casa. Con las linternas trataba de ubicar algún rastro en el pastizal, mi caminar a menudo dejaba pajas aplastadas. Las siguientes tres horas fueron de angustia, porque estaba cansado, el cuerpo se agotaba con tanto andar, más la tensión de las capturas esa noche, y el sol previo en el día que amedrenta a cualquiera. Era como estar navegando en un mar de pasto alto, sin tierra en el horizonte.

De golpe paré la marcha, nunca me había topado con un Aguará Guazú, pero allí habían dos ojos brillantes de tonalidad verdosa, no rojiza como los *Caprimulgus*, además eran más grandes que los de los

1 Esta grabación se encuentra disponible en http://www.xeno—canto.org/45153 (nota el autor)

atajacaminos, y estaban relativamente cerca. Nervioso por la desesperación de saberme perdido, ahora además esos ojos endiablados. ¿Y si era un jaguar? Trague saliva y me acerque en línea recta. Cincuenta metros menos en distancia eran cincuenta metros más cerca de un colmillo, con la proporción de adrenalina del caso subiéndome. Caminé más y ya estaba muy cerca. El brillo acompañaba un vaivén de cabeza, a cuarenta centímetros del suelo. Mientras no podía evitar asustarme, la linterna lo encandilaba y esa era mi defensa. Pero de repente lo espantoso sucedió. Los ojos ascendieron lentamente, y los seguí haciéndolos brillar hasta a un metro y medio de altura, ¡casi la altura de una persona! *Búúf* se oyó que hacía el animal asustado y debí controlarme para continuar armado corporal y mentalmente. Un caballo que pastaba, tan atemorizado como yo bufó, antes con la cabeza cerca del suelo, por estar comiendo. El mundo se me desbarrancaba ante tanta tontería, y silbé para que el animal se tranquilizara. Detrás vi brillar una de las varas de mi carpa.

—Mejor imposible —me dije feliz, suspirando de alivio.

Las muestras en alcohol industrial, bien guardadas en mi equipo, contra todo pronóstico servirían para obtener el sexado por reacción en cadena de la polimerasa (PCR), chino para mí, no para uno de los coautores con los que publiqué, el experto en estas aves Nigel Cleere, que estaba escribiendo la "Guía de los Atajacaminos del Mundo". La importancia de formar equipos interdisciplinarios para publicar resultados iba tomando forma, a pesar de la soledad en la toma de datos.

Aguara Gñu.

CAPÍTULO 40

Y Henry no cambió de parecer. Igual me envió dos biólogos. Sabía que si los enviaba yo desistía.

Mi renuncia quedó confirmada al poco tiempo de la reunión que tuvimos en Monterrey, Méjico, durante la exitosa presentación de los primeros resultados de nuestro proyecto en un congreso Neotropical de ornitología. Creo que en el fondo yo les costaba muy caro y la intención, ahora que ya estaba resuelta la parte de encontrar los animales, más la zona despejada, era la de reemplazarme. Tal vez sí, tal vez no, pero todo parecía indicar que era así.

Mi negativa a seguir trabajando con los orejiamarillos causó controversia. Fuera de Colombia no pudo entenderse bien mi renuncia. Pero en Colombia era considerado una locura que continuara en esas circunstancias. Ante la llegada de las dos personas nuevas preferí estar fuera de Roncesvalles, pues ingresaban sin la venia formal de la guerrilla. Se me había prohibido ingresar con más personas. Infráin, junto a Leonarda, hicieron de anfitriones en las reuniones con los cabecillas de la Farc locales. Pero debo contar un poco más para que se entienda bien y de fondo mi posición. Hasta la fecha mi estancia en aquel pueblo no pasaba del buenos días y reuniones informales con personas que legalmente no podía comprobar si eran de la guerrilla, paras o quiénes. Es decir, la mismísima Fabiana, o Walter el comandante principal, nunca me mostraron una *credencial* de las Farc. No sé si se entiende a dónde quiero llegar. La relación era real y peligrosa, más no oficial. El proyecto ahora tomaba de alguna manera un perfil diferente en cuanto al compromiso social con cada quién. No podía seguir sosteniendo la neutralidad del mismo y si no me iba quedaba obligado a tomar partido. Las Farc matan, asesinan, y en lo personal, no negocio con ese tipo de "imposición", soy muy consciente al respecto. En las notas de los diarios siempre agregaban que "gracias" a las Farc los loros estaban protegidos. Una verdad a medias. Es como decir que debido a un monstruo devorador de hombres que existe en una isla,

nadie puede visitarla; entonces el monstruo como tal es el protector de esa isla. Pues bien, puedo asegurar que el monstruo buscará salir de esa isla donde está refugiado y se devorará a todos. Ese día, de la isla, no quedará nada más que un lindo campo de amapolas y la muerte detrás por el consumo de heroína (en sentido eufemístico). Esa es la cruel realidad. Las guerrillas son beligerantes por medio del secuestro y por mantener en jaque y con temor al gobierno y a la población. Sus ideas políticas son pretéritas, hoy sólo las pregonan como pantalla. De fondo su virulencia es reflejo de lo que forman parte, carteles del narcotráfico o mejor resumido, narcoterrorismo. Sus verdaderos ingresos provienen de esta actividad, inclusive con cuentas en el exterior vía testaferros. Con respecto al narcotráfico no se salva nadie, ni siquiera quienes combaten a las guerrillas, o a los paramilitares, desde el gobierno, con el apoyo directo de Estados Unidos en táctica y aporte de armas e inteligencia. Si no, ¿cómo se explica que recientemente un avión Hércules de la fuerza aérea colombiana haya sido descubierto en el aeropuerto de Miami con quinientos kilos de cocaína en compartimentos secretos? ¿Saben a quién pusieron detrás de las rejas como culpable? A uno de los pilotos. Salió en todos los diarios como "la barbaridad de la existencia del cartel azul", llamado así por el color de los uniformes de la fuerza aérea de Colombia. Nadie de las oficinas de inteligencia del país del norte hizo algo para investigar hasta dónde llegaba el cargamento dentro de las entrañas políticas de su país. Cada vez que veo los *black hawk* (helicópteros armados de alto poder de fuego) que presta Estados Unidos a Colombia regresando a Bogotá de sus redadas anti guerrillas, me pregunto si lo que buscan los gobiernos no es quedarse con el negocio de la droga, hoy en manos de los carteles del narcotráfico y detrás, la guerrilla. De ser así, jamás la droga se legalizará, vale demasiado así como está, como en la época de "la ley seca". Los núcleos de corrupción son alevosos. Es decir, así como están los que quieren combatir este flagelo, están los que se ocultan dentro de esa fuerza de combate, en ambos gobiernos, el colombiano y el de Estados Unidos, fomentando más destrucción y barbarie con tal de ponerle ellos precio a la droga. En la guerrilla pasará lo mismo, algunos serán revolucionarios ideológicos puros, pero la mayoría ya están desvirtuados. Un secuestro de un empresario cometido por las Farc en una ciudad, es llevado a cabo por fuerzas asociadas a la policía o el ejército, que luego pasan el "paquete" a las Farc. Se ejemplifica perfectamente en una película que causó bastante revuelo y

no se cree, pero vivo en Colombia y es así. Es totalmente real. El sistema está totalmente corrompido y ofende al olfato no sólo Colombia, sino también varias células políticas de los países consumidores de drogas. Pues bien, en ese ámbito me encontraba, y sólo percibía la violencia dentro de la cual vivía, en contraste con la libertad de los países vecinos cuando me pasaba a Venezuela o a Ecuador para renovar mis visas. Peligrosos igual por sus robos y pobreza, lo que se quiera decir, pero libres del flagelo "miedo" por las guerrillas y los paras. Esta es mi percepción, no puedo comprobarla con papeles y testigos, pero puedo asegurar que por sólo escribirlo, estoy en peligro.

Por lo tanto, me quedé en Bogotá unos días hasta saber qué pasaba en Roncesvalles. Dependía de Infráin y la información que me enviara, siempre atento a filtrar sus intereses en cuanto a todo lo que me decía. Caras nuevas hacían nuevos contactos, y no estaba participando de ellos. Para que se entienda mejor, los nuevos participantes del proyecto hacían contactos con las Farc desde niveles más altos.

—¿Qué hacer? —me preguntaba mil veces por día desde un lindo departamento alquilado en Bogotá y su vista aún mejor.

—¿Vuelvo o no vuelvo? O mejor dicho, ¿cuándo vuelvo?

La forma de entrar era anunciando previamente mi renuncia en el pueblo, fundamentada ante mi contacto y "padrino", Infráin, sobre la base de que Henry no acataba la "orden" de no ingresar más biólogos. Bien planteada mi posición, en una semana tuve noticias.

—Podés entrar —me avisó Infráin.

Y en Infráin yo confiaba, así como él confiaba en mí. Y partí.

¿Cómo puedo explicar la sensación de hacer por última vez aquel viaje entre cornisas hacia Roncesvalles? Simplemente tristeza y felicidad, y conste que tristeza lo escribí primero, esta era la que prevalecía en mi corazón. La felicidad a la larga podía ser de fondo, no de forma, liberándome de tanta anécdota nefasta, donde salir airoso de ese pueblo era partir vivo, no triunfante.

Así es como me animé a tener una reunión con las Farc, previamente concertada, para tratar este tema tan delicado. Sinceramente, me dio miedo que me obligaran a quedar y echaran a los dos nuevos. Ellos, los biólogos, se sentían como Henry, optimistas y negociadores. Infráin me buscó por la cabaña para llevarme al punto de reunión, el cual fue concertado en un bar en la calle principal. Pasamos de largo la esquina, la de aquella vez que me reuní con Humberto el documentalista, pues no era allí por lo visto. Otro lugar podía ser un barcito, el que conocía también por reunirme con Humberto, y oh sorpresa, allí entramos. Reconocí a los dos biólogos, con los que me llevaba de todas maneras muy bien, es decir, siempre pude separar "trabajo" de "roce humano" y en este caso, además, no tenía nada contra ellos, mi posición era política, no en relación a ellos dos. Nos saludamos y esperamos el contacto oficial de las Farc. De pronto entró Humberto. Lo saludé con una sonrisa y se sentó. Me pareció un poco descortés. Pero hizo un ademán de que todos nos sentemos. Lo interrogué con la vista, preguntándole si éramos todos. Y manifestó que sí.

Me quedé atónito. Su papel de documentalista había sido una pantalla siempre, de allí mi desconfianza con él. En especial desde el día en que le pidió tan orondamente el pasaporte británico a Henry, en la misma mesa donde estábamos sentados, o cuando se llevó el trípode con una buena parte de mi equipo. Pero hasta allí llegaba, lo controlaba siempre, por ejemplo, nunca dejé que subiera a mi escritorio, y le negué abiertamente el uso de mi mail cuando arguyó que debía usar mi nombre por el de él, para enviar mensajes de las Farc. Pero, para mí siempre fue un vocero, un "contacto" según Infráin. Ahora estaba en una mesa de negociación formal por parte de las Farc, presidiendo la mesa, como uno de ellos a título oficial. Fue serio por demás conmigo. Me hablaba como si no me conociera.

—Siéntese —me ordenó.

En la mesa de al lado comían tres policías desarmados. Me acerque sin temor, y les pedí permiso para retirar la silla que no utilizaban. Lo cual aceptaron con una seña afirmativa como atragantados.

Me pidió mis documentos. Eso era, mi pasaporte. Quería ver qué

tipo de visa tenía frente al estado Colombiano. Definitivamente lo habían ascendido en rango, su actitud era muy distinta a la que yo conocía. Adelante del resto estudiaba mi pasaporte nuevo (el anterior había sido el que me habían robado con burundanga, que denuncié como robado en el consulado de mi país). Quiero aclarar, nunca en Ronces se me había pedido el pasaporte, era la primera vez, pero en esta ocasión la visa decía algo que lo mantuvo a Humberto unos segundos callado mientras la estudiaba. Se quedó serio mirando, acababa de ser contratado por una institución para el estudio de los recursos biológicos de Colombia, y así figuraba en mi visa de trabajo, flamante. Quise hacerle una aclaración al respecto, pues desde ese instante ya sabía que abandonaba Ronces.

—Después —me cortó.

Comencé a preocuparme, justamente a Humberto yo lo había tratado de manera tirante todas las veces. Pedimos comida para todos, el típico sancocho en caldo con algo de carne hervida, papas y zanahorias. ¡A mi mucho no me gustaba pero no estaba para contradecirlo! No tenía idea qué estaba pasando, pero no habló, comió. Con los biólogos intercambié algunas palabras pero no se habló nada de más. En un momento se pararon para preguntar algo sobre el postre al mesero. En ese instante lo miré a Humberto y me permitió hablarle frente a Infráin.

—Antes que nada sepa disculpar mi actitud de siempre con usted. Me refiero a que aquella vez que nos conocimos. Pensé que su documental podía menoscabar la seguridad de los loros que estudiaba. Su aproximación a mí tenía un descaro del cual sospechaba. De allí mi trato hacia usted con desconfianza todo el tiempo. Jamás hubiese sido así si hubiese sabido con quién estaba hablando.

Me dejó terminar y agregó.

—Bernabé, en este pueblo últimamente han muerto muchas personas y otras se han tenido que ir. Si usted está vivo es precisamente por defender su trabajo y la protección de esos loritos como lo ha hecho. En especial la primera vez, esa que menciona usted cuando nos conocimos, donde prácticamente me hecha del pueblo si seguía inmiscuido en sus asuntos científicos. Créame que usted se salvó por

ello. Y lo estimo.

Nos miramos, y me permitió seguir.

—Otro tema que quiero dejar claro es…
—Además de ser querido por la señora que le vende las arepas en la esquina —y se sonrió apenas.

Esto último me dejó confundido, pero ya volverían los biólogos y quería pasarle personalmente la siguiente información.

—Me gustaría aclarar, más allá de la visa de trabajo que vio en mi pasaporte, por qué abandono a esta comunidad contra mi voluntad.

Esta vez me dejó continuar.

—Hace un año ya me quieren en Ronces, me saludan a diario, y por qué no decirlo, me protegen. Me frustra decir adiós dejando tantos proyectos inconclusos. Ustedes, me pidieron que no ingrese más gente al proyecto y...

Me interrumpió sonriendo con un ademán de mano y siguió con mi discurso en su boca.

—Y se le obligó a hacerlo, peleó con su jefe directo por no acatar nuestras sugerencias y aquí estamos. Usted nos dice adiós. No se preocupe que yo le voy a explicar a la comunidad qué ha pasado. Quédese tranquilo, don Bernabé.

Fue así que me robó las palabras, terminando por dejarme perplejo. Sabía bien lo que diría y en ese orden, con base en mis conversaciones telefónicas con Vir. Por lo visto mi línea estaba intervenida con un grado de meticulosidad sorprendente, pues recuerdo haber hablado únicamente de estos temas con ella. El trato de “don Bernabé” fue apoteósico.

Volvieron los dos biólogos anunciando que nos traerían dulce de guayabo con queso. De golpe Humberto ejecutó la reunión en un

monólogo ininterrumpido. Dijo ser la cabeza que mandaba, y debían comprender que así como ellos dos podían ser dueños de sus casas en sus hogares, él lo era de la misma manera de toda la región. Ambos chicos se quedaron serios, algo sorprendidos. No sé qué pudieran haber hablado antes todos ellos en los días previos en que estuve ausente, suponía por la actitud "fresca" que tenían, que no había más que decir, pero por lo visto no era así. Humberto les siguió dando instrucciones y de repente, enojado, me impresionó.

—¡¡Porque acá mando yo y por algo me dicen El Escorpión…!! —mostrando en un bolsillo de su chaqueta un frasco de vidrio con un escorpión en alcohol, el cual hizo luego tronar con violencia asentándolo sobre la mesa.

Se marchó, y allí quedó el bicho inerte dentro del líquido transparente. Hubo silencio, mirándonos serios todos. Nunca más volvería a ver a Humberto. Fui el único que comió el dulce con queso disfrutándolo. Al día siguiente me mudaba.

Así las cosas, no podía dejar de saludar a varias personas. Pero mi partida no era como la de Salento, esta vez los lazos de amistad no eran tan estrechos. Al alcalde y su amigo que me llegó a alquilar el caballo para que me mueva, mucho no los frecuentaba, además no los intoxiqué de casualidad la vez que sin saberlo, les regalé a cada uno una botella de whisky etiqueta negra pensando que eran adulteradas cuando me las mandé a traer desde Ibagué. Debido a que no reconocí el nuevo modelo de vidrio con las esquinas en ángulos, no redondeadas, me hizo desconfiar de ellas, aún más después de la burundanga por lo cual decidí no tomarlas. Pero el señor de los caballos las vio, y le debía un favor, no sólo a él sino al intendente del pueblo, así que se las regalé. ¡Quedé por meses cruzando los dedos para que no me digan que se descompusieron! Para gran consternación mía, en un gran supermercado de Bogotá, el día que fui a reponerlas por unas verdaderas, descubrí que la *Johnnie Walker* había cambiado el modelo de sus botellas ¡y todas eran con esquinas en ángulos! Volviendo al tema, a dos personas de la alcaldía, empleadas en ella, no podía saludarlas. Ya se habían ido asustadas por la amenaza de ataque de la policía o quién sabe por qué. A Infráin y Leonarda los seguiría viendo, supuestamente, en Ibagué. Sí me quedaba

entonces, saludar a un buen médico, y para allá me fui.

—¿Cómo has estado? Hace rato no te veía por aquí. ¿Caras nuevas? —me preguntó.

—Eso parece.

—Yo, complicado.

—Me cuentas esta noche, mañana temprano cargo todo y me voy.

—No va a ser posible, Bernabé, tengo que atender a un *guerro* herido en la montaña y salgo para allá, es la segunda vez en el mes.

—¿Vas a estar bien?

—Sí, ¿qué más podría hacer? ¿Irme?

—¡Juramento hipocrático! —lo fortalecí mientras se iba al quirófano a buscar el equipo para operar en el bosque y sacar una bala.

—Cuida a tu perra —me contestó. Y no lo vi más.

En adelante, mi vida tornaba a una actividad totalmente nueva, la elaboración de un libro sobre las aves que estaban amenazadas de extinción en Colombia. No pisaría en más aquel pueblo. Los loros quedaban a buen resguardo con los biólogos nuevos, allá ellos, los recién llegados, con su relación plena con las Farc. En más, el proyecto pagaría *el favor* de poder quedarse. No quiero entrar en detalles, una aplicación "*Henryana*" directa en conservación sobre "el fin justifica los medios". Él no me parecía inteligente ni mostraba *respeto* a los que morían luchando contra las Farc, soldados que nada tenían que ver con la cúpula política de mi querida Colombia. Si un peso llevo encima, es pensar que esos binoculares que tuve que "pagar" al comandante Walter por vivir en Toche, alguna vez fueron utilizados contra un civil o un soldado. Vir nunca más sufriría por mi azar vivido en esas montañas, ni yo tampoco. Impresionante era, que ella hubiese estado allí, en ese gran valle de los palmares junto a *Venga* y los loros, una semana entera conmigo, "permiso especial" que me "regalaron" las Farc. Lo cuento ahora, sí, casi de incógnito, pero fue en un periodo de Ronces más tranquilo, no como ahora que la policía andaba asustada por los rincones. *Venga*, la setter, obvio volvía conmigo, para vivir de ahora en más en un gran jardín en la casa de los tíos de Virginia. Antes de meterme en la cabaña a preparar mis maletas me fui a degustar mis últimas arepitas de Roncesvalles, preparadas por la viejecita de la esquina. Todavía me

resonaban las palabras de Infráin cuando le consulté por qué Humberto había dicho eso sobre "*además de ser querido por la señora que le vende las arepas en la esquina*".

—¿Viene por su arepita don?
—Si señora, ¿cómo ha estado hoy?
—Bien, hoy hizo calorcito.
—Lindo igual para una arepa bien calentita.
—Aquí tiene.
—Gracias señora, tome usted.

Y mientras me la llevaba, me di vuelta, la miré, y volví. Me acerqué a ella y le di la mano.

—Muchas gracias señora, usted ha sido como una madre para mi…
—Cuídese mucho don, y que esté muy bien.

Según Infráin, era la madre de Walter, el comandante de Toche.

El proyecto orejiamarillo continuó progresando en el seguimiento de la especie, educación ambiental, y con la innovación de un vivero para reforestación. Humberto había simpatizado con la causa, me contó por mail Infráin, solicitando pinceles para ayudar a pintar murales con motivos conservacionistas y loros orejiamarillos. Inclusive algunas ilustraciones fueron realizadas por él. No entendía el papel de ese señor. Consideré que se trataba de un asociado a las Farc, luego se presentó como "El Escorpión" de las Farc, y ahora, irónicamente, tenía tiempo como para ilustrar a colores lo mismo que le encomendábamos tiempo atrás a alguien que murió asesinado indirectamente por sus informes, "Huesito", el artista. ¿Querible? ¿Detestable? ¿Sorprendente?

Pero al poco tiempo de ayudar a pintar el mural, Humberto sería citado por las propias Farc. En una curva oscura de la carretera, apenas entrada la noche, a unas diez cuadras del pueblo. Iban a matarlo si no hablaba sobre un tema puntual que nunca supimos quienes lo conocimos, aparentemente sobre un problema de comisiones que desaparecían como impuesto a la siembra local de amapolas. También

comentaron que se trataba de un ex comandante del Ejército de Liberación Nacional, es decir, un guerrillero del ELN, el cual pensaba diferente respecto al manejo de fondos a nivel local. Una versión más generalizada lo dio como un espía del paramilitarismo en un juego de contraespionaje. Lo que sea terminó con él lenta y letalmente. Una bala en un codo, desmembrando la articulación. Luego en el otro. Una en la rodilla. Y como no hablaba, una cuarta en la otra. No pensaban rematarlo, como para que sufriera el escarmiento y sea ejemplo de lo implacable que son las Farc entre ellos mismos. Por su edad, por lo cansado de la vida que estaría, pidió piedad, argumentando que así quedaría tullido para siempre. Y el comandante de Toche, en Ronces ahora, lo escuchó.

—Walter, así no puedo seguir viviendo..., mátame —le pidió, según consternadamente me contaron, y consternadamente lo cuento yo.

Su agonía terminó con un quinto balazo, esta vez en la sien. Humberto, El Escorpión, ya no existía. Un favor final tal vez bien merecido en la idiosincrasia de las guerrillas. Fueron cientos de personas a su sepelio, pues la comunidad ya lo había comenzado a querer. Pocos sabían que por su verdadero nombre y apellido judío ya se lo había dado por muerto en Europa muchas décadas atrás, contado por el mismo una vez, quién sabe si sería de creer. Murió en el misterio de una verdad que nadie conoce bien. Y debo decir, ni quiero saberla. La mención de Walter, su verdugo, me daba escalofríos una vez más.

La señora de las arepas.

CAPÍTULO 41

Era el cumpleaños de Rolf, el integrante esporádico de algunos de los viajes que veníamos realizando con el proyecto Yacutinga '95. Una nueva expedición ahora tornaba hacia el sur de Paraguay. El mismo día que llegáramos a esa propiedad perdida entre isletas de monte y pastizales, el viento nos daba un mal día y el whisky de una sola malta mezclado con tragos de tequila, literalmente invitó a muchos a cantar feliz cumpleaños varias veces. Esa era la causa del largo retozo sobre el césped aquel mediodía. Rolf se había recuperado de una parasitosis que casi lo mata, aunque todos habíamos estado desfallecidos con diarreas severas. En esos días, varios cientos de kilómetros al norte por Canindeyú, la selva nos sorprendió con la dinámica violenta de una tormenta. Mientras el campamento parecía un hospital de campaña porque ya casi nadie podía ayudar a nadie. Todos estábamos enfermos.

Esa vez, por la noche Rolf recibió la caída de un árbol muy cerca de su carpa, o por lo menos desde esa dirección provenía el estruendo. Por ser él el más débil de todos, el más enfermo, tal vez ni hubiese gritado de tener un miembro aplastado, pensé. Así que salí gateando y preocupado de mi carpa, sin poder pararme por lo débil que estaba. Salí bajo la lluvia y los truenos resplandecían con luz furiosa azulada. Chapoteando rodillas y manos sobre el barro entre ramas y hojas caídas, el aguacero me azotaba el torso desnudo mientras buscaba hacia dónde ir. El contorno de la carpa de Rolf se veía con cada relámpago. No estaba en aprietos, si al árbol caído me refiero. Adentro una luz de linterna me señaló que aún tenía fuerzas, y al oír que alguien se acercaba pidió ayuda. No tenía ánimo para salir a evacuar aguas, sólo para hacerlo dentro de una botella sin salir de la carpa. Le pasé una. Pero le valió un escape líquido por detrás sin haber comenzado por delante, así el esfuerzo muscular haya sido mínimo.

—¡Ahhhh, me *descagué*! —se quejó en su híbrido español, no pudiendo parar de reír los dos a pesar de nuestro estado y la situación.

Se recuperó en Asunción, como todos nosotros, durmiendo en nuestro hotel, variando nuestras comidas entre tres o cuatro restaurants, los únicos de la zona y próximos a la fundación Bertoni. Nos estábamos preparando para la próxima partida muy lentamente. Una noche salió a cenar con Samu, ya de buen ánimo. El resto del grupo, no sé por qué, iríamos después, bastante más tarde. Estos dos se sentaron a comer, y lo hicieron como siempre, es decir, comieron bien. Y también bebieron bien. Como no llegábamos pidieron un buen postre, y luego, en definitiva, alargaron la mesa con café. La siguiente situación, más allá de que nosotros no llegábamos o si podían o no pagar todo lo que habían consumido, nos lleva a que de aquel día en más, ni ellos dos, ni el resto del grupo pudo regresar a esa parte de la ciudad. Nada teníamos que ver pero se sabía en el barrio que podíamos conocerlos por andar todos esos días en grupo. Desde aquel momento debíamos tomar dos taxis para todos los que éramos, o colectivos, cada vez que queríamos almorzar. ¡Su gracia fue la de correr de aquel elegante restaurant, mientras el mozo y el dueño los seguían gritándoles para que paguen!

Ahora estábamos comenzando la juerga del cumpleaños, tal vez todos hartos de tantos meses de viajes, calor, uras[1] y mordeduras de garrapatas. Decidí hacer un reconocimiento del nuevo sitio sin esperar al día siguiente. Volví recién entrada la noche, y desde lejos se sentía que continuaba la algarabía. El festejado me preguntó preocupado si se había perdido algo importante.

—¿Qué viste?

—Una cachirla, pero es una especie de *Anthus* que no reconocí, es decir, cantaba muy distinto a todo lo que he escuchado pero hay cachirlas que no conozco.

—¡Una *pieper*! Son difíciles. ¿Qué hacía?

—Lo típico, volaba alto y no pude verla, no descendía o cuando lo hacía estaba lejos y la perdía. ¿Me dejas escuchar tu colección de grabaciones?

—¿Justo ahora? ¡Estamos festejando!

—Por favor…

1 *Dermatobia hominis*, también conocido como Nuche. Larva de mosca que se alimenta y crece hasta su estado adulto bajo la epidermis de humanos, ganado y otros animales.

Y es así como el buen Rolf, que estaba sentado en la puerta de su minicarpa, desapareció en ella con su enorme cuerpazo y adentro protestaba buscando los *cassettes* con su compilado sobre cachirlas, unas avecitas jaspeadas de pastizal. Él decía tener ejemplo de todos sus cantos. Si yo las escuchaba a todas, en especial las especies que no conocía, unas dos, podía identificar el canto y de allí la especie en cuestión. De esta manera el grupo continuaría la fiesta conmigo, pero sin la sensación de que habían perdido el día.

— ¿A ver, es esta? —y me pasaba toda la grabación mientras el resto, mitad divertidos, mitad en sopor, seguían la situación.

Cuando llegó al final del listado, ninguno de los cantos coincidía con lo que escuché.

—Tienes mal oído —me dijo por ser jocoso, y todos al unísono se rieron.

—Dejame escuchar todas las grabaciones de nuevo, pero enteras.

—¡No, ya está! ¡No molestes!

Y hubo una risa de nuevo. Por lo tanto, me sumé a la fiesta, impresionado por cómo masticaba un gusano alucinógeno blanco con cabeza grisácea que había quedado al fondo de una botella de tequila. Al día siguiente partí temprano y no regresé hasta bien tarde, típico en mí, deleitado con esos campos característicos en la región del Yabebyry. Esta vez, con menos viento, o por lo que sea, no había escuchado la cachirla, pero ya le había pasado a Rolf el dato de por donde andaba el animal. Él se encargaría de ayudar con la identificación. A mi regreso, antes de llegar a la tranquera ya algunas voces y saludos con las manos en alto me anunciaban un buen suceso. La fiesta ahora era por otra causa, ¡Rolf había hallado una nueva especie para la ciencia!

Sorprendido y eufórico pregunté varias veces hasta que rompieron el misterio y James lo anunció.

—¡Una cachirla! ¡Canta diferente!

—¿Es nueva?

—¡*Ja*! —afirmó Rolf en alemán, oyéndose "iá"

Y lo palmeé fuertemente en la espalda felicitándolo, sin esperar un sólo comentario sobre mis cantos la noche anterior, así son los amigos ornitólogos. Como digo siempre, "costumbre". Pero algo me preocupó repentinamente.

—¿Seguro no está en tus *cassettes* el canto? —me cercioré.

—Seguro.

—¿Tienes todos los cantos de las cachirlas publicadas en la colección de Alberico? (un argentino decano de la bioacústica de campo).

—¡Si, por supuesto *cheeee*! —me contestó mofándose de mi argentinidad.

—Bueno, escuchen esto, tal vez no tengamos algo nuevo para la ciencia. Mejor dicho, sí lo sea, pero alguien nos ganó de mano…

—¡Ey,ey,ey,ey,ey! —saltaron—, ¡esto es nuestro secreto y hasta que se publique nadie habla!

—Totalmente de acuerdo —los tranquilicé—, pero esto les va a interesar y es una cuestión ética.

—¿A ver, ahora eres un aguafiestas? —dijeron "ellas", María, Margarita y Pipa, riéndose, representando el equipo por Paraguay.

—Bajo juramento de no hablar, en una mesa exclusiva de un departamento de Buenos Aires donde estuve con un selecto séquito de invitados de honor, antes de venir a Paraguay, Alberico nos anunció que tenía una nueva especie de cachirla para la ciencia, la que está describiendo para que se publique, con base en el canto, el cual es totalmente nuevo entre cachirlas.

De repente se hizo un grave silencio.

—Sé que el ánimo de todos es hallar algo importantísimo en estas expediciones, de allí que pensaran que el atajacaminos blanco del cerrado podía llegar a ser una nueva especie por diferencias en tres o cuatro plumas. Alberico es mi amigo, pero rompo el secreto que me pidió porque creo que esta cachirla es la que él ya encontró.

—¿Pero cómo sabes que es la misma? ¿La halló en Paraguay?

—No, en Argentina.

—¿Entonces qué tiene que ver?

—Que Argentina está a ciento cincuenta kilómetros de esta estancia.

—¿Y?

—¡El halló la especie en la provincia de corrientes, a ciento cincuenta kilómetros de aquí! Es el mismo ambiente. El porcentaje de posibilidad de que estemos ante la misma especie es altísimo. Lo lamento, pero les pido prudencia.

—¿A qué te refieres con prudencia? —me preguntó James.

—Que debemos pasarle la grabación de esta cachirla a Alberico, y que él nos diga si es o no su especie. De serlo, la perdimos, de no serlo, él guardará el secreto y nosotros seguiremos adelante con nuestra descripción. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —dijo James, como líder del proyecto y por supuesto, humanamente.

—¿Cómo se va a llamar esa nueva especie? —me preguntó Rolf.

—El nombre científico será el apellido de uno de los presentes en aquella mesa, pero no puedo hablar más.

En esa ocasión se alzaron los vasos haciendo tintinear cubitos de hielo. Alberico como ornitólogo le regaló el honor a su amigo allí presente, como naturalista, anunciando su descubrimiento.

—¿Y no nos vas a contar más?

—Señores, imposible, hasta acá he llegado.

Todos esos meses fuera de Argentina no me permitían conocer si la descripción de la especie de Alberico ya casi salía publicada, o fue retenida por alguna cuestión. Nadie de los que estábamos allí conocía algo sobre lo referido, síntoma de que el descubrimiento de Alberico continuaba hermético. Todos me prometieron ser profesionales, y mantener mi información dentro del proyecto Yacutinga'95.

In situ comenzó la planificación de una estrategia, donde Rolf era el regente, por conocimiento, por ser el descubridor, y por edad también. Habríamos de capturar por lo menos un ejemplar luego de

verlo vocalizar mientras se lo grababa. De morir accidentalmente el individuo, capturado con la red, no se enterraría, sino que se prepararía el espécimen para ser depositado en el museo de ciencias naturales de Asunción (siempre sobre la base del paradigma del pensamiento científico, el cual exigía por lo menos un ejemplar depositado en una colección ornitológica para poder describir una nueva especie).

Luego de caminar con la red portátil en alto y cortarse dos tensores por el viento fuerte que había, y más allá de varios intentos, obtuvimos el ejemplar. Para las chicas era imposible que un individuo se muriera, para el resto, yo incluido, era necesario que se muriese. No me acuerdo bien que escucharon las chicas pero de repente "ellas" podían sospechar de nuestra intención. En nombre de la ciencia Samu y yo las distrajimos, y cuando el resto del grupo fue a soltar el ejemplar, ¡verdaderamente, murió! ¡Ahora, si les contábamos no nos creerían! Obvio al ejemplar no lo íbamos a enterrar. Lo debíamos preparar como piel, en secreto, y esconderlo en el campamento hasta que este terminara y nos pasaran a buscar. El encargado de preparar la piel era Rolf, que dijo saber hacerlo mejor que yo. Con Samu y las chicas guardamos la red y recogimos todos los instrumentos de medición. El resto del grupo se había adelantado.

Cuando llegué al campamento dos horas después, tiempo suficiente como para que Rolf hubiese preparado el espécimen y haberlo escondido en su carpa, no pude evitar un pensamiento.

—¡Qué manera de tomarse todo solos!

La botella de whisky, de magnífico color *Cutty Sark* (el barco museo de Greenwich precisamente), por la mañana antes de salir la note casi llena, ahora con apenas cuatro centímetros, no evité mi comentario.

—¡Ey! ¡¿Festejando sin los amigos?!

—¡Hip! Te esperábamos, fue por una buena causa.

—Si claro. Mostrame Rolf. ¿Lo tienes en una caja de fósforos o está colgando?

—¡Ey,ey,ey,ey,ey! Tranquilo, no puedes verlo, está muy escondido (refiriéndose al espécimen).

—¿Mmmmm?

Esa noche, la última, luego de acostarnos tarde, ya casi entre sueños apareció frente a la carpa una silueta negra, de porte alto, recortada en la tela con luz de luna por detrás. Era James que venía a decirme algo, todavía con ganas de caminar luego de tan largo día cargado de emociones fuertes y decisiones difíciles de tomar, en especial para él. Agachado, flaco, balbuceó algunas palabras en inglés, otras en español enredado.

—Quiero hacerte saber, que tú amigo ornitólogo *kurepa*, siempre serás primero. Gracias por tu confianza con nosotros. No te preocupes —y se fue.

—¡James!—, le grité.

Los pasos sobre el césped dejaron de sonar, señal de que me estaba escuchando aun así su sopor etílico, igual al mío.

—Gracias…

Se sintió un murmullo, y los pasos continuaron. Nunca entendí qué me quizo decir pero básicamente, que éramos amigos.

De regreso a Asunción se me encomendó en secreto la custodia del espécimen. Hasta el momento siempre había sentido curiosidad en ver cómo había quedado preparado. Pero reconocí de inmediato que estaba en líquido, no se habían animado a prepararlo.

—Lo sumergieron en alcohol de farmacia…si serán bestias…. —pensé.

Era mejor dejarlo así, y fue a parar a uno de los guardarropas de Karen, mi prima Petersen Lanús en Asunción, bajo el juramento de que defenderían ese tubo con líquido con sus vidas.

—¿Qué tiene esa cosa? —preguntó desconfiada Karen con uno de sus lindísimos vestidos de flores orientales puesto y prontos a salir de juerga.

—Un pajarraco, confiá en mí, después te cuento.

A todo esto, Rob, el otro integrante del equipo, debido a su leishmaniasis seguía recluido en Asunción. Se moría por participar y de hecho sería uno de los coautores de la descripción de la nueva especie. O en su defecto, ser nuestro espécimen lo mismo que el ave de Alberico, publicar sobre esa base que en Paraguay también la cachirla existía. En más, habiendo sido éste el último viaje del proyecto Yacutinga'95, Rolf partió para Uruguay despidiéndose con pompa, llevándose resguardada la grabación, el espécimen acústico en definitiva. Asimismo, Samu se fue para Buenos Aires un tiempo. Mientras, el resto esperábamos instrucciones sobre qué hacer con el espécimen oculto en Paraguay. Es decir, James esperaba respuesta de los consejeros del proyecto en Gran Bretaña por el aspecto diplomático en cuanto al "accidente sucedido" con el ave nueva para la ciencia.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—¡Observación de aves! —sugirió el buen James.

—¿Dónde? —pregunté.

—Vamos todos a Río.

—¿Río de Janeiro?

—¿Por qué no? Todos nosotros, el grupo inglés, volamos a Londres desde Río. Para ir allí pasaremos frente al Parque Nacional Itatiaia, pues vamos por tierra, en bus. Nos queda de pasada. Te invito al Itatiaia, ¿quieres venir? Es una forma de retribuirte todos tus favores ayudándonos.

—Somos equipo, no pido nada.

—Si, por eso, ¿vienes?

—¡¡Claro que sí!!

—No puedo salir hasta dentro de tres días, y en siete debo estar en el aeropuerto de Río. Poco tiempo para ti, pero por favor, ve antes con Margarita, confío en que la cuides como mi novia hasta que yo llegue, creo que Samu se reunirá con ustedes también.

—¡Pará, pará, pará! Dame un mapa para saber cómo llegar.

—Aquí tienes, es uno que me hizo Joe hace meses, él estuvo justo antes de comenzar el proyecto. Existen muy buenos escondites para dormir.

—¡Pará, pará, pará! ¿Cómo escondites? ¿Dónde vamos a

dormir?

—En carpa, donde podamos, es aventura.

—Pero está muy vigilado por los guardaparques, ¿no hay un sector de camping?

—Nada.

Me acuerdo haber vivido dos días con Margarita en una de las situaciones más extrañas de mi vida. Entramos al parque casi de noche, estando la garita de guardia cerrada. El plan por el momento funcionaba bien. Nos habíamos bajado en la autopista en el poblado de Itatiaia, y cruzamos la misma por un puente peatonal hacia el Oeste, en dirección a donde estaban las montañas más altas de todo Brasil. En ese momento se presentaban totalmente tapadas por las nubes desde la mitad para arriba. Caminamos cuesta arriba horriblemente, Margarita también con peso, no daba más. La tenía que cuidar esperándola, pero al mismo tiempo llamándole la atención ya que no debíamos ser vistos.

—Cuanto antes lleguemos a la casa abandonada mejor.

—¿Falta mucho?

—Falta, sí.

—¿Cuántas curvas más?

—Miles…

Pasaban autos con luces altas. Como eran turistas nadie nos interrogó. El parque, si bien era nacional, a los flancos del camino tenía decenas de casas de fin de semana, es decir, propiedad privada. Nos costó muchísimo llegar a la casa abandonada, sin techo, pero con las paredes en buen estado, en medio de la selva, por donde se llegaba caminando en una bifurcación del camino vehicular. Una cuesta final agresiva para nuestros pies y hombros adoloridos. La fechoría de estar allí de incógnito era divertida. Además, se trataba del punto de encuentro con Samu, y luego James con otro de los chicos. Todos teníamos el mismo mapa secreto. De ser descubiertos, nos echaban, inclusive con una multa por no pagar la entrada. Los siguientes dos días fueron locos. Por ejemplo, por caminar no pasaba nada, muchos extranjeros andaban por allí, el punto era no hacernos ver por los guardaparques, que perfectamente podían preguntarnos cuál era nuestro hotel (que no teníamos). Recuerdo un momento de tensión, cuando vimos que se aproximaba un *jeep* de

parques por un camino de cornisa. Apenas tuvimos tiempo para tirarnos dentro de la frondosa selva sin que nos vieran. Adrenalina pura con decenas de aves fantásticas, como la Tijuca, pájaro con un silbo finito muy alto que logré imitar bien por falta de grabador, hasta atraerlo. ¡Una locura el lugar!

Ya era tiempo de que llegara Samu. A nuestro regreso de una tremenda caminata, entramos con cuidado a la casa abandonada, esperanzados en que nuestro equipo no hubiese sido decomisado. Samu no estaba, nuestras cosas sí. Pero había una nota en portugués.

—Ustedes han sido descubiertos. Aténganse a las consecuencias.

Nos pusimos muy nerviosos. Porque eso quería decir que nos estaban buscando, y de sacarnos de allí, perderíamos el punto de contacto con nuestros amigos. Por otro lado, el papel no tenía ningún membrete del parque, y lo lógico es que se hubiesen llevado nuestras cosas dejándonos una nota con el lugar donde ir a presentarnos. ¿Estábamos fritos? Mientras esperábamos la noche, tensos, escuchamos que se aproximaba alguien. Escuchándonos hablar, alto en español, para mermar la dureza del impacto si eran los guardaparques, una voz nos retó en portugués. Era Samu, ya riéndose.

—¡Maldición Samu! —le decía en un abrazo.
—¡Te odio! —protestaba Margarita.

Pero no dormimos allí, los guardaparques vinieron de verdad y muy amablemente nos pidieron que salgamos de la casa abandonada. Nuestro español efectivamente suavizó el encuentro, más cuando vieron todo el equipo óptico y los libros de aves que llevábamos. Nos pidieron que buscáramos un hotel, o alquiláramos una casa, o bien, que nos fuésemos del parque. Cansados como estábamos, pagamos religiosamente un predio con jardín donde se nos permitía armar nuestras carpas sólo de noche.

—Dejemos una nota a James para mañana en la casa abandonada con un mapa de dónde estamos —dije consternado, porque no entendía por qué nos habían encontrado luego que Samu llegó.

—¿Samu?

—¿Ahora qué?

—¿Te conozco hace años, no?

—¿A qué viene el comentario?

—¿Vos cómo llegaste al parque?

—En taxi, desde el pueblito que está al lado de la autopista.

—¿Y?

—¿Y qué? Pagué la entrada.

—Nosotros no, el plan era que no supieran que estábamos adentro o debíamos pagar un hotel. El desafío era otro.

—Bueno, ¿me vas a decir que está mal que pagué la entrada?

—Si no dijiste en que hotel te hospedarías, no entiendo dónde le pediste al taxista que te deje.

—Le mostré el mapa, le dije que buscaba una casa abandonada.

Con Margarita lo miramos serio suspendiendo nuestras actividades, armar las carpas de noche, acordándonos del sacrificio que nos fue llegar a la casa abandonada.

—¿Samu, el taxi que te trajo sabía que nosotros estábamos acá, y que vos dormirías en una casa abandona?

—Sí, obvio, por eso le di el mapa.

—Por supuesto, fuimos denunciados por el taxista.

—¿Por qué?

—Porque el dueño de esta casa me lo dijo, son parientes.

James, apareció al otro día desde la casa abandonada con su cara de desdicha ante la nota que traía en la mano, pero feliz de encontrarse con su Margarita. Mi misión había sido cumplida, ella estaba a salvo, y él con la boca abierta admirando su belleza. Esto lo hacía de manera particular, con lo que le quedaba de un cigarrillo armado a mano sin filtro, encendido, pegado el papel al labio de arriba contra cualquier regla de gravedad, sin notarlo.

En mi regreso a Asunción, luego de despedirnos todos en Itatiaia (lugar donde nos quedamos varios días más con Samu), lo primero que hice fue entrar en la fundación Bertoni para encontrarme con Rob.

—¿Y, Rob? ¿Cómo va el asunto de la cachirla?

—Estoy curado.

—Eso que quiere decir…

—Que no tenemos una grabación aquí de ella, que no la conozco, y que me gustaría que me lleves a verla para grabarla.

—¿Rolf no dejó ninguna?

—Ninguna. Solo una copia de su cassette con el compilado de cachirlas.

—¡Algo es algo! —me reí.

—¿Me acompañas?

—¿Querés ir al sitio? ¿Tan alejado?

—Por favor.

—Ok, vamos.

¡Fue la única vez en mi vida que dormí en la calle, en una plaza, como un ciruja! Llegamos al pueblito más cercano a la estancia donde habíamos estado, a las once de la noche. El plan era estar en el campo un solo día, y volvernos lo antes posible.

—Rob, calculamos mal, llegamos antes de lo que pensábamos.

—¿Qué sugieres? —me preguntó.

—Un hotel.

—Ni lo pienses, acá no hay hoteles, esperemos a que amanezca, es verano, y en pocas horas tendremos sol.

Y fue así como pusimos nuestras cabezas al lado de una palmera pintada de blanco hasta los dos metros de altura, la guía y los binoculares bajo la cabeza de almohada, y cubiertos con nuestras mochilas y algún abrigo, cada cual pasó la noche como pudo luego de dos cervezas. Nadie nos denunció. La expedición fue exitosa, había buen viento y las aves estaban activas y locuaces. Rob me preguntó cuál era el canto en cuestión y lo grabó muy bien. Con dos individuos distintos ya era suficiente. Nos volvimos a Asunción luego del mediodía. Otro viaje impecable en mi vida.

Ahora sí, con la grabación de Rob, y tranquilo en una oficina en la fundación Bertoni, podía hablar por teléfono con Alberico a Merlo, en la provincia de San Luis, donde él vivía, y contarle lo que estaba

pasando.

—¿Hola, Alberico?

—Bernabé, ¿dónde estás? —me contestó fuerte y claro reconociendo enseguida mi voz gracias a su famoso buen oído—, ¡gracias por enviarme las grabaciones del atajacaminos blanco, impresionantes!

—Me están prestando un teléfono en Asunción. Los de la fundación Bertoni, los mismos que te enviaron la grabación que decís. El proyecto descubrió una cachirla nueva para la ciencia muy cerca del área de Corrientes donde vos estuviste haciendo tu estudio, pero del lado de Paraguay, ¿me seguís?

—Si —me dijo, esta vez ya serio.

—Quiero saber si es la misma que la tuya, ¿te puedo hacer escuchar nuestra grabación?

—Por supuesto.

Y así es como el sonido de esas aves, que cantan a un máximo de cuarenta metros de altura, esta vez volaba por el aire más arriba de la estratósfera, vía satélite.

—A ver, pasámela de nuevo —me pidió.

Rob escuchaba la conversación al lado mío y James, que ya estaba por liberar la noticia en Londres, sólo esperaba una última llamada de Rob para aconsejarlo según lo que saliera de nuestra conversación con Alberico. La tensión era grande, no todos los días se encuentra un ave nueva para la ciencia. Para ellos, Alberico se las estaba sacando de las manos, para mí, el punto era que ellos no se la sacaran a Alberico de sus manos, legítimo descubridor. Por fin, me dijo.

—Escuchame.

—Sí, acá estoy.

—¿Vos hablaste a estos chicos ingleses sobre mi especie nueva?

—Sí.

—¿Y sobre el nombre que le *iba* a poner?

—No. ¿Pero como “ibas”? ¡”Vas” querrás decir! ¿O pasó algo con tu nueva especie?

Me emocionó saber que nuestra ave pudiera quedar liberada a nuestra autoría.

—Debías guardar el secreto, pero sé que lo hiciste porque querías proteger mi publicación —me contestó—, me hiciste quedar mal, pero estas cosas pasan.

—¿A qué te referís?

—Yo volví a Corrientes después de nuestra reunión. Para buscar más especímenes. Sorpresivamente, mis grabaciones de despliegues tan raros y canto nuevo, corresponden a una vocalización secundaria de la conocida Cachirla Dorada. Lo lamento.

—Lamento escucharlo. ¿Entonces nosotros grabamos esa vocalización secundaria a la cual te referías, o lo que acabas de escuchar es algo realmente nuevo?

—¡No, lo que vos me hiciste escuchar dos veces, y por eso te pedí que me la repitieras, es el canto principal y habitual de la cachirla que conocemos todos!

—¡Mierda! —protestó Rob en su lengua madre—. ¡Ya me parecía!

—¡Gracias Alberico! Nos sacaste de una gran duda.

—Deben tener más cuidado, si querés te mando más grabaciones pero con la que me hiciste escuchar sobra…

Cuando corté se hizo un silencio entre los dos, mirándonos para reponernos de la sorpresa y la vergüenza de creernos tan "agudos", pero en definitiva sólo habiéndonos dejado llevar por un error desde el comienzo.

—¿Vos Bernabé conocías la especie que dice Alberico?

—No la conocía, es decir, recién ahora. Hagamos una cosa, ¿dónde está el compilado de Rolf? Vamos a escucharlo, esto está muy raro.

—Sí, es lo que yo decía —agregó Rob—, muy raro, por eso quise que me mostraras el ave de aquella estancia en Yabebyry. Porque la Cachirla Dorada es habitual en ese hábitat pero ustedes nunca la registraron. Muy raro.

¡Oh, sorpresa, en el compilado de Rolf estaba el canto fuerte y claro de la misma cachirla que habíamos grabado todo el tiempo como

nueva para la ciencia! Con la salvedad, de que estaba del lado B de la cinta. Del lado A, el canto no era muy típico y se podía prestar a confusión, es verdad. ¡Jamás estuvimos ante nada nuevo entonces! Todo fue una desviación originada por un miembro del equipo, que el resto no supo advertir, corregida por Rob, y terminada de corroborar por Alberico vía telefónica a larga distancia.

—Asunto cerrado.. —dije distraído.

Pero eso disparó a Rob al teléfono para hablar con James, ansioso por una respuesta. El efecto fue drástico. ¡Paren las rotativas!

Esto no termina acá. Me dieron una orden. Debía hacer desaparecer el espécimen. Ingresarlo a la colección era provocar un escándalo. Y como buen soldado en aquellos días, obedecí.

—Samu —le comenté por teléfono a mi buen amigo ya en Argentina—, vuelvo a Buenos Aires. Ya estás enterado de la metida de pata sobre la cachirla. Tengo que hacer desaparecer el espécimen de un ave clasificada en peligro de extinción, habitual en la región donde estuvimos, que reventamos por ignorancia. ¿Se te ocurre algo?

—Traémela. Por lo menos que sirva el esqueleto.

Alicita Lanús, la queridísima prima de mamá, se alivió cuando le dije que me llevaba el bicharraco. Con Karen lo sacamos del mueble donde estaba escondido.

—¿En qué lo metieron?
—En alcohol de farmacia.
—¿Te lo llevás a Argentina?
—No sé realmente.
—A ver, quiero verlo.

Y fue así que desenrosqué la tapa cortando antes con dificultad las cintas que la sellaban, esas grises y gruesas bien pegajosas. ¡Pero un vaho a whisky inundó la habitación! ¡El Cutty Sark! En el fondo, entre el líquido amarillento, yacía el pájaro inerte que murió por nuestra equivocación.

Cutty Sark.

CAPÍTULO 42

Eran unos siete, por lo menos a la vista. Tres o cuatro me pidieron que abriera mi mochila. Debí separar con las manos los tubos de las armas por no darme espacio para correr una cremallera. La usaban a manera de bastón para ver qué "sentían" hurgando con los fierros sobre el género.

—Lo que les voy a mostrar, es un micrófono direccional. Soy ornitólogo y grabo los cantos de las aves. Pero por favor, tengan cuidado, porque esto de lejos puede parecerse al caño de un arma, así que no vayan a darme un balazo en el trasero.

En realidad, trasero lo dije soezmente: *culo*. Con entonación argentina les provocó mucha gracia, rompiendo el hielo entre tanta tensión mutua. Hacer reír a un grupo de paramilitares no estaba dentro del repertorio de lo que debía pasar en un retén en las afueras de un pueblito llamado Anorí. Mis amigos ornitólogos estaban nerviosos, no por ellos, sino por mí, no siendo colombiano. Lo que dijera o hiciera podía terminar en una masacre. Uno de los siete mientras revisó el *jeep*, y encontró mis binoculares, escondidos bajo el asiento hacía un minuto.

—¿De quién es esto? —preguntó el hombre.

—Lo escondí yo ahí, bajo el asiento, ¿cómo lo encontró? —contesté estúpidamente, a propósito, forzando la situación a pasar por desopilante.

—Sé buscar.

—Entonces quiere decir que no es un buen lugar.

—Explíquese.

—No es un buen lugar para evitar que los roben si nos paraban ladrones en el camino.

—Úuuuuf —debe haber pensado Andrés Cuervo, uno de mis amigos, —este argentino sí que sabe cómo salir.

Pero todavía la requisa seguía pesada, no estábamos a salvo en

esa región alejada de Antioquia, no hasta que nos dejaran partir. Como si estuviera dando clases les mostré todo mi equipo, mientras uno de ellos estudiaba mi pasaporte. Me sentía mal por poner tan en evidencia mi condición de extranjero, era por ello que mis amigos trataban de evitar a veces llevarme a sus viajes. Esto no lo esperábamos y por eso se habían animado a meterme allí. Lo último que había grabado era un ave pequeña, un *Thamnophilus*, que vive en los setos en los bordes de la selva. Me venía perfecto reproducir el sonido.

—¿Esto para qué lo usa? —me preguntó el mismo paramilitar, vistiendo una etiqueta azul que decía AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), todavía con mis binoculares en sus manos.

—Es un grabador, lo usamos para grabar las aves y atraerlas así —e hice sonar el canto del pajarraco sorprendiéndolos a todos.

—A ver, una vez más —pidió escuchar uno de los más jóvenes.

—Ahhh, sí, lo conozco —sumó otro, ya todos rodeándome sin posición de defensa como si fueran chicos en el colegio ante una novedad.

Por un momento me olvidé de cuan seria era la situación.

—¡Ya, ya! —se impacientó un superior, llamándolos al orden.

Este señor estaba algo alejado, más arriba en la barranca, hasta el momento en silencio. Los jefes nunca llevan insignias llegado el caso de una situación de combate donde siempre es posible ser capturado con mayor énfasis por el rango. Se acercó, también riéndose mientras mostraba en el hueco de un incisivo faltante un trozo de madera oscura. Nos dejaron pasar. En otras circunstancias pasar por gracioso es altamente peligroso. A mí me salió de esa manera porque así se dio, a pesar de lo que me había dicho un campesino una vez.

—Por más que hable con esa gente y los haga reír no significa que no lo maten antes de la puesta del sol. Puede estar decidido, dejan que se explaye, y luego la bala. Tenga cuidado.

Me resonaba con miedo el presagio. Pero al mismo tiempo era clave ser natural. De cualquier manera, una vez que uno se expone, ya

no hay marcha atrás. Qué más da.

Así eran mis cortas salidas al campo mientras vivía a salvo en Bogotá con mi nuevo trabajo. Volvía a ser una persona "civilizada". Por un buen tiempo me lo había pasado escribiendo, yendo al cine, comiendo cosas ricas, acompañando a Virginia a las canchas de golf con su familia, encontrándome con Jaime y Lucía, mis amigos paisas hasta la médula que ahora vivían cerca de Bogotá. Es decir, me encantaba todo aquello, y lo que más, yendo a ver a mi querida novia cantar, o tocar música. Luego debí mudarme a Villa de Leyva[1], donde estaba el plantel de biólogos de campo del Instituto Humboldt, en el cual funcionaba un banco de sonidos animales. Esto es, un museo pero de ruidos y cantos de cualquier especie animal. Era desde allí, la colonial Villa de Leyva considerada como Salento, patrimonio arquitectónico de la humanidad, que por segunda vez en Colombia vivía en un lugar único. Esta vez la arquitectura era la típica del español clásico, con tejas en los altos y anchos muros de los jardines y sus techos, aperturas de madera natural oscura, arcadas en la plaza principal, y sin un solo árbol ni planta sino piedras en las plazas, con la alcaldía y la iglesia rodeándolas. Tan colonial es el pueblito, que una vez, luego de estar trabajando en la oficina toda la mañana desde muy temprano, embotado, decidí salir un rato a despejar la mente antes del mediodía. El Instituto Humboldt, antiguamente un convento, daba frente a una plaza de esas empedradas. En su puerta principal, puertas adentro, por donde yo debía pasar para salir, la recepcionista me hizo una seña que no logré interpretar. No pudo explicarme porque hablaba con alguien importante por teléfono, sin poder detenerme.

—¡Corten! —se escuchó una orden afuera.

Por milésimas de segundo pensé estar en una máquina del tiempo. Fue mágico. Parejas de señoras con vestidos antiguos estaban a mi lado, con peinetas y abanicos, un carruaje a caballo avanzaba hacia mí y un señor de galera me saludó cortésmente con un además de mano. Obvio, estaban rodando una película, pero esa sensación por un instante fue genial. Debo decir, no obstante, que los abanicos estaban de más,

1 Localidad del departamento de Boyacá, al norte de Bogotá.

porque tanto aquí, con sus 19 a 22° todo el año, como Bogotá, otra ciudad fantástica por su temperatura anual entre los 14 y 24°, no son necesarios. Bien por lo contrario, la sensación es que uno puede vivir en estos lugares por mil años y la pesadez no existe nunca.

Virginia hacía su tesis de grado con el banco de sonidos en el Instituto Humboldt. Había convencido a las autoridades de su facultad de que un sonido natural era válido también en la carrera, ¡como si no! y luego de varias oposiciones por parte de los músicos puros, (el consejo), aceptaron su investigación. Mejor, imposible. Envidiable vida, desde la seguridad de mi escritorio en una cabaña pegada a un parque nacional, con la villa alejada a mis pies, disfrutando ese mueble tremendo y de estilo colonial americano, que me traje de Bogotá (esos con persiana, cajoncitos arriba, a los costados, dos lámparas adentro, cuero en el centro para escribir sin que se frene la tinta), es decir, estaba hecho un consentido total. Para ser un ornitólogo y tener unos treinta y tres o treinta y cuatro años de edad, estaba en mi salsa. Y sí, además intentaba bailar salsa, y el ballenato lo controlaba bastante bien "me mentía Vir". Todo muy divertido.

Es por ello que de vez en cuando buscaba aventura de la pura, y terminaba como ante estos paramilitares que cuento, que nos perdonaron la vida justo antes de entrar a Anorí. Mis escapadas las hacía aprovechando los congresos, viajes de trabajo a distintos museos del país, en cursos de bioacústica que dicté para principiantes en Barranquilla y La Guajira. Es así como visitaba de vez en cuando distintos puntos extremos de Colombia. Conocí algunas de las aves más raras del planeta, datos que luego iban directo al libro de los pájaros en extinción en Colombia que escribíamos. Tenía un año y medio de plazo para terminar una gruesa publicación de tapas duras con seis colegas más.

Virginia, incondicional como siempre pero, brava y chiquita al mismo tiempo, me decía que me estaba "impregnando" de ese estilo de cosas, "permitirme vivir entre la maldad." Tenía razón, no debería exponerme más. Pero siempre me auto engañaba pensando que los sitios que visitaba estaban libres de problemas. Mi personalidad, que no evitaba vivencias fuertes en panoramas extremos, y ella por quererme

tanto, fueron moldeando negativamente mi percepción.

Una experiencia "pasiva" en una salida de campo terminó por instruirme hasta qué punto se puede vivir "así" (asustado) en Colombia. Sensación muy vívida en un viaje por una reserva en Antioquia, tal vez lo que necesitaba para comenzar a pensar distinto en serio. De hecho, al releer todos estos capítulos, comparando los de mi infancia y crecimiento como persona, e inclusive los de Ecuador, desde mi entrada a Colombia la alegría está, existe en mí, pero envuelta en un dejo de "sinsentido" ¿no? Ya no era la Colombia de la anécdota sana, de vacaciones años atrás cuando vivía en Argentina, del cinco a cero en Utría en la provincia del Chocó por ejemplo, o de volver a Buenos Aires con el cuento de que mientras miraba aves con una amiga en una tal reserva Chicaque, en plena selva de montaña, abajo escuchábamos un combate horrible hasta que era evidente que teníamos que huir de allí porque los tiros no paraban, y además, se acercaban. Ya no tenía nada de qué reírme o contar como gracia. En realidad era un estúpido por exponerme. Llegué a soñar (ella nunca lo supo) en irme con Virginia a la universidad Cornell en Ithaca, en Estados Unidos, ambos por el mismo interés (en el audio, ella, y en la bioacústica, yo), ya que ella viajaba por allá y había dejado su *curriculum vitae*. Mi casa, armada y amoblada en Villa de Leyva, mi cuarta casa amoblada desde cero contando las que tuve en Argentina y luego "disolví", no era un ancla. Podía irme, me daba lo mismo, un escritorio como el que describí, *tótem* de mis escritos, no hacían a la cuestión.

—¿Qué es eso del cinco a cero? —preguntó *la Vir* regocijándose mientras me escuchaba hablar en estos términos, sentada con las rodillas bajo al mentón y los tobillos sostenidos abajo con sus manos para que no se zafaran del banquito.

—No viene al caso, algo que me pasó, hace muchos años.

—¿En Utría?

—Sí.

—¿Y qué te pasó?

—Como les gusta a ustedes acordarse de ese partido de fútbol ¿no? ¡Por qué lo viven tan visceralmente!

—Porque nunca supe que Colombia alguna vez les ganara a ustedes siendo las eliminatorias del mundial, dos veces campeones, y

con famosos jugando..

—Algo como que nosotros les ganemos a los *All Blacks* de Nueva Zelandia.

—¡Mucho más! —exclamó dulce con sus ojos grandes y cara de niña, esperando le contara una gran historia.

—¡No puedo creer que hasta tengan una película sobre ese día que nos ganaron, y un libro! ¿Tan importante fue para todo el país ganarnos por cinco goles al punto que por festejar, la fiesta haya terminado en tragedia. Ochenta y dos muertos y más de doscientos cincuenta heridos!

—¡Claro pues! ¿No era eso que ustedes estaban arriba y Colombia abajo, que quedaríamos fuera de la clasificación para jugar el mundial en Estados Unidos, y que Colombia no podía cambiar la historia? Además, acá el narcoterrorismo nos tenía tristes y con muy mala imagen, una alegría así era como dejar atrás el pasado y volver a ser parte del mundo.

Me dejó en silencio el contenido de esa respuesta, que no conocía. Pero seguí.

—Resulta, queeeee, había una vez…

—¡Vamos! ¡Cuénteme! —y se reía.

—Cuando llegué al aeropuerto de Bahía Solano, también conocido como ciudad Mutis, un pueblito en la costa del Pacífico —arranqué—, no podía pasar por la aduana sin mostrar mi pasaporte. El oficial que me atendió, pudo con su genio, me dio la bienvenida y agradecí que no me cargaran con el cinco a cero, porque lo había tenido que soportar en Bogotá dos veces y en Leticia también. Entrar a Solano sin las risitas me hacía bien. ¡Y ya, la historia terminó!

—¡Pero cuente pues!

—Dos semanas después de estar en el parque nacional Utría donde se entra en lancha con peces voladores de escolta, que si te distraes pensás que fueron veinte gaviotas las que aparecían y desparecían, y…

—¡Cuente pues!

—A las dos semanas me tocó pasar la noche en un hotel de Solano, cuando de repente vi volar un DC3 que de tan viejo y llevando lechugas y tomates el viento de la costa desde el Oeste no lo dejaba avanzar, haciendo ruido pero como parado donde est…

—¡Ya, cuente!

—Pues bueno, iba caminando por las callecitas de arena entre el pueblo, solo, al comenzar la noche cuando todas las familias comen, para dar una vuelta, y de golpe siento…

—¡Shhhhhhh….usted!

Paré por si era para mí, por las dudas, otro no había. No vi a nadie y seguí, pero a los pasos de nuevo.

—¡Ey! ¡Usted!

Me di vuelta y desde una esquina, iluminado el comedor, pero oscuro afuera, el silencio de la familia en esa casa se hizo total, había tantos que supuse festejaban un cumpleaños. Por un ligero movimiento de la cortina percibí que alguien me miraba asomado solamente de la nariz para arriba, para no ser reconocido.

—Escuche, escuche esto, argentino. ¡¡¡¡Cinco a cero!!!!

Apenas terminó, una rotunda carcajada tronó dentro de esa casa felicitando al oportuno bromista, que no podía creer supiera mi nacionalidad, volviendo la música y el jolgorio. Dos opciones no había, sólo una. Se trataba del oficial del aeropuerto.

¡Esa es la Colombia que me gustaba, dicharachera y sana!

Tenía unos tres días libres y podía atreverme a conocer Río Claro, una zona baja y de calor no muy lejana al río Magdalena. Estaba en Medellín y debía cruzar en bus la cordillera central hasta el otro lado. Pero las compañías de transporte conocidas no hacían el viaje por los muchísimos infortunios acontecidos en los últimos meses en esa ruta. Era verdad y el país lo sabía, esa ruta estaba atestada de guerrilleros del ELN, realizando retenes de hasta una semana, movilizando contraofensivas del ejército con la gente hambrienta y desesperada que oía disparos junto a sus autos y camiones inmovilizados. Los bebes llorando y los más ancianos esperando estoicos que pasara la balacera. Apenas se retiraba el ejército ese frente guerrillero volvía a las andadas. Como la semana anterior había sucedido uno de esos retenes, inclusive con el incendio

de dos buses, no era probable que aconteciera una situación similar tan rápido, e insistí en desplazarme hasta la zona como fuera. Una empresa de buses que pagaba "vacuna[1]" anunció su salida. Este tipo de garantía monetaria era para los dueños de los ómnibus y sus choferes, mas no para los pasajeros. Pero igual valía.

La carretera más transitada de Colombia estaba desértica. Durante dos horas no vimos pasar ningún vehículo de frente, señal de un posible retén revolucionario por delante. En algunas curvas sobre cornisas el corazón se nos agitaba a todos. Separados por diez metros uno del otro, a ambos flancos del camino a modo de doble fila, pasaban personas armadas. Sus botas de cuero daban la pauta que se trataba del ejército. Sea calzado de caucho o no, la sensación desagradable era similar. Ningún vehículo, pero tampoco ningún retén. De un momento a otro debía bajarme en la mitad de la carretera, luego de un puente, como se me había indicado (tenía un mapa). Una vez más sentía el ronroneo de un motor que se alejaba maliciosamente dejándome solo, los pies sobre suelo desconocido, y la mirada de varias personas desconfiadas ante mi figura foránea, en unas casitas que allí había. Humedad y calor. Una *Coca-Cola* mientras, para hacer preguntas. La señora de la tienda, rolliza, me sugirió el regreso. Pero insistí en que me indicase cómo llegar a las cabañas de la reserva. Ingresé lento, recorriendo a pie unos tres kilómetros. Una china[2] que lavaba ropa en el río me anunció que en ese sitio no habitaba nadie.

Me encontré con un complejo importante de construcciones adaptadas para el turismo. Pero no se escuchaban voces o música. La música es como el aire en Colombia, siempre está de haber gente. Todo parecía muy quieto, el césped alto. Di la vuelta a la casa y entré por las escaleras del restaurante. Llamé. Pero no hubo respuestas. Las mesas permanecían con vasos vacíos, cubiertos y platos dejados allí como cuando fueron servidos. Muchos de estos en el piso, quebrados, e inclusive alguna botella de cerveza a medio tomar. Polvo sobre las sillas y el piso. Fecas de alguna alimaña oportunista. Montones de tierra de algún hormiguero sobre el suelo de cerámicas. Los baños con basura

1 Impuesto ilegal solicitado por las guerrillas (o paramilitarismo).
2 Por niña.

adentro, la cocina lo mismo, y la parte del hotel con las camas tendidas, sábanas repletas de polvo, una escoba tirada en el suelo, colchones que faltaban por robos recientes y cerraduras violadas a patadas en algunas habitaciones donde ya no quedaba nada por llevarse.

Me fui impresionado. Jamás había visto un panorama como ese. Costeando el río encontré otra construcción, en medio de la selva, en la misma situación. Sin visitantes, sin cuidadores, todo abandonado. El fragor de los rápidos ante una creciente reciente no justificaba el nombre del sitio, cargando aguas repletas de sedimentos que arrastraban por erosión del suelo desde arriba. Se hacía de noche, y decidí esconderme en alguna de las tantas habitaciones abandonadas. Daba miedo estar ahí pero algunas podían ser reacondicionadas para darme morada de una manera decente. Sentí ruidos, dos niños me habían estado siguiendo. Uno tendría diez años, el otro unos doce, es difícil calcular. Me exigieron que pagara. Me dio rabia, porque alguien había perdido su negocio próspero, por la guerrilla seguramente, debiendo abandonarlo todo como estaba desde el día en que fueron amenazados. Y estos dos aprovechándose de la situación queriendo lucrar. Para disimular barrían las hojas acumuladas en los rincones, como queriendo hacerme notar que ellos pertenecían al complejo y tenían derecho de exigencia. Me contaron que el ELN había anunciado tomar el sitio instalándose durante dos semanas un mes atrás. Los dueños habían huido momentos antes de su arribo salvando sus vidas. Quien no paga un tributo por mes (la conocida vacuna) no tiene derecho a quedarse, y este había sido el caso. En esos términos, tratando de saber si los "muchachos" andaban cerca, les hice saber que no me quedaría en la reserva esa noche, sino que planeaba volver a Medellín en una hora. Una buena mentira, que debí disimular volviendo delante de ellos y escondiéndome entre los matorrales esperando que me rebasaran sin ser visto. El plan debía funcionar porque no andaban con perros. Pasé en cuclillas un buen tiempo hasta que los escuché. Cruzaron a diez metros pero la vegetación me ocultó. Ya podía volver. Al día siguiente temprano podría darme la oportunidad de hallar algún *Phylloscartes lanyoni* recientemente descripto por Gary Stiles, ese pajarito que había motivado el viaje. Alguien me puede decir que de dónde me salen tantas ganas en conocer algo tan pequeño, pero en la casa de Gary y Loreta en Bogotá, en el comedor, tienen los originales en la pared de todas las nuevas especies que él describió. Si con eso no alcanza la explicación,

es porque quien lee es normal, y no se dedica al estudio de las aves.

El diseño del hotel era llamativo. Dos de las paredes de cada habitación, a menudo tres, no existían. Solo había una barandilla a modo de balcón con vista a la selva. El concepto era el de estar allí protegido por un mosquitero, sin más (el cual no tenía). Limpié lo imprescindible y dispuse mi ropa de viaje sobre el colchón a modo de sábanas. La almohada la armé con un abrigo sin uso, enrollándolo, y me puse a escribir las notas del día. Estaba contento por un lado, la noche rugía por el río, pero estaba calma y no llovería. Por el otro debía aguantarme angustiado por la sensación de que en cualquier momento me viniera a buscar el ELN. Abrí una lata de pulpos en salsa y al agacharme un poco por el primer bocado sentí voces. Apagué las velas, unas que había encontrado en el baño. Y esperé. Nada. Encendí las velas, con luz de nuevo volví a probar los mariscos, lo único placentero para el cuerpo en ese día. Y oí voces de nuevo al agacharme. Se aceleró mi corazón, que nunca se acostumbraba a estas situaciones. Escuché atento, esta vez inclusive apagando la brasa de la mecha humeante luego del soplido. Probé comer en la oscuridad y de nuevo lo mismo. Debía tranquilizarme. En más las voces tenían que ver según la posición de mi cuerpo. Por resonancia y el ruido del río, no era lo mismo tener la cabeza treinta centímetros más arriba o cinco más abajo. Por eco sentía ruidos que no existían.

Estaba dando siempre un paso de más en sentir miedo, dormir con miedo, andar con miedo. Estos viajes no podían ser motivo de orgullo, por el contrario, mostraban mi otro aspecto, el de falto de cordura. Tanta "zona roja" terminaría con algún suceso desagradable. Además, por esos días, mis colegas del Instituto Humboldt criticaban a un experto en el estudio de las ranas y sapos, extranjero, que le hubiese puesto un nombre científico en pro de las Farc a una linda ranita arlequín, según él, para pagar el favor de la guerrilla en dejarlo trabajar en determinada región. Otra vez aplicaba "el fin justifica los medios". Y es así como bautizó *Atelopus farci* al animalito. No era ético, y tampoco lo mío lo había sido en Roncesvalles o Toche. Por suerte estaba volviendo a una vida más lógica, sin tanta *temerariedad* a punta de fusil. Por lo menos cinco veces me había pasado de exponerme a una muerte inmediata, situaciones en las que quedaba con vida porque en el

momento lo habían decidido así. Los colombianos están acostumbrados, yo no quería que me sucediera más. Walter el comandante había sido como un dios conmigo en todo momento, y debía estarle agradecido por el hecho de dejarme vivir. Fuerte, y absurdo, pues de hecho era él el que debía desaparecer, tras las rejas.

Feliz con mi trabajo nuevo, un buen día, sentado bien cómodo sobre un sofá en la casa de Virginia periódico en mano, leí impertérrito el final de una larga historia.

Lunes 17 de julio de 2000, Diario El Tiempo. "*Roncesvalles, lleno de horror. Durante 12 horas esta población vivió el terror de los explosivos de 18 cilindros de gas, la destrucción de casi todo el pueblo y el asesinato de los agentes*". Según Fernando Méndez Medina, el único agente que sobrevivió al ataque guerrillero en Roncesvalles (textual): "*Masacre a sangre fría. Eran las ocho y media de la noche y algunos vecinos nos llamaron a decir que la guerrilla iba a tomar al pueblo. De inmediato reportamos la situación al comando de Ibagué y tomamos posición de defensa y ataque. Llegaron más o menos doscientos guerrilleros y empezaron a detonar cilindros de gas. Los guerrilleros estaban en las casas que quedaban al frente de la comisaría. Yo estaba ubicado con el sargento Bocanegra en la torre. Con las tres detonaciones se destruyó el cuartel. El avión fantasma llegó a las once y media, pero fue poco lo que pudo hacer en ese momento. Todo empezó a las nueve y media. Nos enfrentamos con los guerrilleros, pero era imposible pelear con doscientas personas. A eso de las ocho de la mañana los subversivos nos dijeron que nos rindiéramos, que nos iban a perdonar la vida. Sin embargo, yo me quedé escondido en la torre. Mis compañeros salieron con las manos en alto y ya no tenían munición. Los guerrilleros los mataron uno a uno, mientras yo me estaba escondido. Fue una masacre a sangre fría. Éramos solo catorce policías frente a doscientos guerrilleros. Estábamos en desigualdad de condiciones. La gente de la guerrilla no tiene corazón ni compasión con nadie. Lo último que hicieron los guerrilleros fue detonar otro cilindro encima de los escombros y la torre en que yo me escondía se fue al piso. Yo me hice el muerto, hasta que llegaron unos vecinos y me sacaron de los escombros. Dios es muy grande conmigo. Pero me duele que mis compañeros estén muertos. Seis de ellos llevaban sólo una semana y*

otros terminarían servicios en los próximos días."

Una foto en blanco y negro mostraba un montículo amorfo de ladrillos, hierros y hormigón. Reconocí los sauces que quedaban detrás de la estación de policía, ahora totalmente visibles desde esa perspectiva. Al pie decía "*El comando de policía quedó convertido en escombros tras la explosión de varios cilindros de gas.*" Esos cilindros de gas de los que se habla tanto en las noticias son las mismas pipas[1] de gas modificadas como bombas dirigidas. En cada recipiente se introducen clavos, tornillos y otras piezas de metal. Cuando estallan destrozan paredes, pero son difíciles de manejar en cuanto a su orientación en el poder destructivo; inclusive pueden volar muchos metros en la dirección no deseada. No obstante fue de mi conocimiento que la población no quedó casi totalmente destruida (conversación telefónica de por medio apenas me enteré de lo sucedido, preguntando por amigos). El mismo titular continuaba: "*Luego de vivir la experiencia de este ataque guerrillero, lo único que les queda a los 3.500 habitantes de Roncesvalles (Tolima) es recordar esa eterna noche de cilindros, metralla y pánico. Es como si el tiempo se hubiera detenido la noche del viernes pasado, cuando todo el mundo comenzó a correr lleno de pánico por las angostas calles del pueblo. Se escuchaban murmullos y lamentos. Doña Lucero Jiménez se asomó a la ventana y un vecino le sugirió con palabras entrecortadas, que saliera con su familia, porque venían llegando los guerrilleros a tomarse el pueblo. Lucero, su esposo y sus hijos salieron corriendo hasta la iglesia. Muchos vecinos los siguieron, otros se desplazaron hacia las afueras del pueblo. Parecía la hora elegida, dijo Hernando Sánchez, un hombre de 50 años. A las carreras y comentarios de la gente comenzaron a unirse las explosiones, los gritos, y los vidrios y escombros que salían de todas partes. Según los cálculos de la gente, 200 guerrilleros de los frentes 21 y 52 de las Farc entraron al pueblo. Durante 12 horas vieron y escucharon como 18 cilindros de gas cargados con explosivos estallaron dejando destruidos la alcaldía, Telecom, el supermercado, el billar y una docena de viviendas. Sin embargo, a pesar de los daños materiales que obligarán a reconstruir el pueblo, lo que más les duele fue la muerte de 13 de los 14 miembros de la policía nacional que se defendieron hasta que se les acabó la munición. Hubo varias*

1 Garrafas.

explosiones de cilindros contra el comando que albergaba a los agentes. Cuando se les acabó la munición, uno a uno fueron saliendo de los escombros para entregarse a los guerrilleros, pues ya no tenían como defenderse. Uno a uno fueron asesinados. Después el comando fue terminado de destruir con una explosión. El único agente que sobrevivió al ataque se encuentra en recuperación en el comando de policía de Ibagué. El ataque terminó a las 10 de la mañana del Sábado, con la contraofensiva del ejército y la fuerza aérea."

Y eso es todo lo que decía la prensa. Información totalmente anecdótica con pensares de la gente o del policía sobreviviente. La información como tal estaba totalmente recortada. ¿Cómo murieron los once guerrilleros que no mencionan entonces? ¿Realmente estaba el pueblo muy destruido o solo eran una veintena de construcciones las que quedaron afectadas? Llamé de nuevo, esta vez a una señora que me conocía bien. Siempre le compraba alimentos en el almacén de su familia y teníamos un código de frases como al pasar pero que decían mucho si de estos temas se trataban. Su conversación fue inusualmente entrecortada.

—Sí.. no… usted ya sabe, estamos muy bien, el encargado del proyecto ahorita está vivo, sí. Que esté muy bien, don Bernabé.

Pero esa no era la manera de decirme las cosas en tiempos tranquilos. Algo sucedía. Y averigüé. El ejército llegó a tiempo al pueblo y gran parte de los doscientos guerrilleros no podían escapar sin ser vistos. Se vistieron como gente del pueblo y campesinos, escondiendo armas y uniformes. Los almacenes del parque central comenzaron a ser atendidos por las Farc, entregándole gaseosas y recibiendo pagas a los mismos soldados. Así duraron varios días y el nerviosismo de la gente común era grande por miedo a cualquier disturbio cruento frente a sus narices, inculpamientos o investigación. Se entiende de manera lógica que cualquier soplón sería asesinado con la ausencia de las fuerzas armadas, por lo tanto la histeria era contenida. Si bien el avión fantasma actuó como tal en las penumbras, no provocó bajas durante esa noche excepto darle a alguno que no tenía que ver en el asunto. El aparato cuenta con visión nocturna y armamento sofisticado, pero sobre una población civil no es mucho lo que puede hacer en una toma de este

estilo. La guerrilla podía prevenir su aproximación solo oyéndolo, y se escondía dejando de disparar. El avión roció el área con ráfagas de metralla perforando los techos de las viviendas a doscientos metros a la redonda, matando a dos inocentes pero sin darle a ningún subversivo.

Luego supe que al terminar la masacre de los policías no obstante una gran parte de las huestes de las Farc se dispersaron a plena luz del día perseguidos por el ejército. El avión fantasma reapareció esta vez de día por detrás de una colina justo cuando los "muchachos" trepaban la cuesta. Se les ocurrió huir por el palmar donde habitan los orejiamarillos. El estruendo del ataque (bombardeo) afectó la población de los loros desapareciendo durante tres días. Los cadáveres humanos quedaron a la intemperie durante días sin que nadie se arriesgara a tocarlos, abandonados por sus propios compañeros al buscar refugio y ante la entrada del ejército por tierra. Otros corrieron por el camino, y hallaron un auto blanco, el de Jobito, quien regresaba al pueblo sin saber qué pasaba. Vio a cinco guerrilleros, uno de ellos herido en un pie. Supo del avión de la fuerza aérea en las inmediaciones y se negó a llevarlos por tratarse de un blanco fácil. Su negativa correspondió a un balazo en la cabeza. Así murió una persona a quién conocía bien, que en varias oportunidades me brindó transporte en mis correrías siguiendo los movimientos de los loros que estudiaba. Toda esta información no aparecía en los periódicos.

Después se me informó que otra parte del grupo, cuando escapaba en dirección contraria a los palmares, al pasar por un colegio donde se había refugiado gente, secuestró nueve niños entre diez y trece años, en represalia por los compañeros muertos. De esa manera podrían adiestrar mentes jóvenes maleables. Esa situación produjo terror en las madres del pueblo. En los días siguientes muchos adolescentes fueron desplazados hacia Ibagué, ocultos en sacos o toneles de plástico por temor a que se repitiera ese tipo de redadas. La comunidad no volvió a normalizarse durante meses. Los soldados se retiraron a las semanas, pero ante la nueva entrada de la guerrilla buscando sapos[1], el ejército regresó. Quien se encargara del proyecto de los orejiamarillos en ese momento debió aceptar la convivencia de varios soldados mirando televisión en su casa. Estas situaciones pasan a la memoria corta de la mayoría de la

1 Soplón.

población. En definitiva era la tercera vez que los guerrilleros tomaban el pueblo y no cambiaba mucho la vida de la montaña colombiana colmada de historias como esta. Desde ese día Roncesvalles pasó de ser de un municipio a corregimiento[1]. De esta manera se prescinde de alcalde, policía y otros menesteres políticos para "salvar" una situación bochornosa donde el estado no puede tener jurisdicción. Se "explica" formalmente a los habitantes de las grandes ciudades que tal decisión se trata de una política de achicamiento del estado por reducción de presupuesto. Por otro lado debo asociar la declaración en televisión de un militar colombiano importante, el cual anunciaba que las Farc intentaban tener alcaldes títeres en sus zonas de influencia (es decir, casi todo el país). Puedo confirmarlo porque viví la experiencia de un conocido a quien le propusieron ser alcalde a cambio de lanzarlo como tal bajo la influencia subversiva. Tal vez, entonces, la política nacional no tenía que ver con reducción presupuestaria, sino con replegamiento de fronteras internas.

—¿Qué más te puedo resumir? —le pregunté con ironía a una argentina, sobrina de una queridísima persona que conocía de Buenos Aires, cuando me contactó luego de lo que pasó en Roncesvalles, recién llegada.

—Me impresiona lo que me contás, es mucho lo que debo asimilar.

—¿Para cuándo tenés planeado terminar tu tesis de maestría?

—Tengo un año, ¿será tiempo suficiente? —me preguntó.

—Mirá, si querés entender cómo funciona Colombia hacés bien en venirte un año para apenas comenzar a comprenderla. Desde el exterior no se percibe la realidad, te diría que tampoco desde las grandes ciudades como Medellín, Bogotá o Cali. Vos, como licenciada en ciencias políticas, ¿por qué elegiste este país para realizar tus estudios?

—Porque el mundo entero habla de Israel, Palestina, otros países del Medio Oriente, como los más peligrosos del mundo para vivir, pero no entiendo como Colombia, que lo es mucho más en estadísticas de muerte por conflictos armados, no aparece fehacientemente como uno de los estados más peligrosos del globo. Vengo a estudiar eso, precisamente es mi tesis de maestría.

1 Subdivisión política de un municipio, en Colombia.

—¿Vas a estar bien en Bogotá? ¿Ya tenés todo planeado y arreglado?

—Sí, ya me zambullí en esta sociedad, ya tengo amigos. ¿Vos que harás? ¿Te vas a seguir quedando en Colombia?

—Me quedaré, sí, quiero vivir acá —contesté, y luego pensé—, en ella, y con "ella", una gran mujer que amo. Ambas (el país y la persona) infinitamente adorables por terminar de formarme a la mitad de mi vida.

Ni Salento se había salvado, un poco antes de Roncesvalles, pero con mejor suerte. Un día fui con Vir de vacaciones por el viejo pueblito *paisa*, ya reconstruida la torre de la iglesia luego del terremoto y arreglados sus techos. Faltaba la alta palmera frente a la comisaría. No existía. Habían puesto una de pocos metros en su lugar, la cual necesitaba unos doscientos años más para verse como la anterior.

—¿Y la palmera?—, me preguntó Vir.

—Dicen que se secó, por la cantidad de balas que recibió en su base cuando Walter atacó la comisaría y el sargento Hernández la defendió.

—¿Hernández está bien?

—Sí, hizo bien su trabajo, es héroe en el Quindío.

—¿Y el tal Walter?

—Walter escapó ileso cuando decidieron abandonar el ataque. Luego atacó con otros comandantes Roncesvalles, y dicen que el avión fantasma lo mató, pero… así como sus nombres no son reales tampoco se sabe si es verdad que realmente mueren.

—¿Qué pasó con Infráin y su sobrina?

—Infráin al tiempo de irme de Roncesvalles me trató de rastrear, llegó a saber cuál era el teléfono del departamento de Bogotá. Y en Villa de Leyva una vez la recepcionista me pasó una llamada de un desconocido, y era él.

—¿Cómo sabía que trabajabas ahí?

—Saben todo, la guerrilla es una gran red, y debes escapártele a tiempo o te consume.

—¿Pero qué quería?

—Dinero, y bastante, para devolverme de un tercero la cinta que había quedado dentro de la cámara de video que se robó las Farc.

—¿Qué tenía la filmación?
—A nosotros dos en nuestro viaje a Ronces.
—¿Y qué vas a hacer?
—Hice, querrás decir. Le dije que la tuviera donde le quepa, que me decepcionaba su propuesta.

Se rió, y preguntó haciéndose la bebota…

—¿Y nuestros recuerdos?
—Sos vos, aquí presente —y la abracé.

Nunca más volví a vivir en las montañas, ni a hacer estudios en ellas por largo tiempo. Nunca más la táctica del asistente que me decía algo hablando sin mover los labios.

—Bernabé, no se sobresalte y continúe buscando los orejiamarillos con los binoculares, pero a su izquierda, bajando la colina cerca del bebedero con techo, vienen dos , y a la derecha, por la otra vereda veo cinco, estarán aquí en unos quince minutos, seguro habrá más a nuestras espaldas, pero no se de vuelta.

Y sabiendo que en ese tiempo los tendríamos por las espaldas, no quedaba más que seguir haciendo que mirábamos aves, disimulando que estábamos tranquilos, mientras por dentro la realidad nos destruía.

Finalmente, ahora que he salido de esa situación, y hecho mi aporte a costa de mi seguridad por los orejiamarillos, pude hablarle de nuevo a un viejo amigo del Baritú argentino, el tapir.

—Seguiré cumpliendo mi palabra, pero sin más locuras, al menos por un tiempo.
—Sí, no más locuras… —creí escuchar desde los cielos, engañado por el viento.

El regreso de la muerte.

CAPÍTULO 43

El regreso a Buenos Aires luego de casi medio año, me llevaba a terminar mi monografía sobre las aves del parque nacional Pilcomayo. Al llegar a la gran ciudad sabía qué hacer. Si bien me faltaban largas horas para encontrarme con los míos, mi mente transitaba entre un viaje extra que quería experimentar embarcándome en alta mar, o la oferta de visitar por tres meses Ecuador en un proyecto de estudio de aves muy similar al que acababa de vivir (en lugar de tratar de trabajar en la Antártida). Mirando por la ventanilla el paisaje, me perdía en el horizonte de las opciones, cómodamente sentado entre los recuerdos de las vivencias vividas, las que escuché que vivieron los demás, algunas serias, otras atrevidas, y el futuro que se avecinaba. Todo me había formado, y hecho crecer en este último viaje por Paraguay. En Buenos Aires, intentaría saber si Lucía, ese amor no correspondido, ahora era posible. Mientras avanzaba hacia mi Sur, escribía todo lo que había quedado por contar de lo que más me había llamado la atención de aquel grupo de ingleses, y sobre todo lo que ellos contaban sobre el mundo de la ornitología y la observación de aves como un faro para los ornitólogos. Copiado textual de unas notas que encontré, la idiosincrasia de aquel país era lo que yo acariciaba cuando leía por primera vez a Hudson en plena soledad pampeana pero escrito desde Inglaterra. Esto fue lo que le pasó a alguien, que calculo tenía mi misma edad en aquellos años míos de aves entre pastizales y vacas. Y dice así (textual).

"*Me contaron que un chico de quince años, hace quince años, en las afueras de Londres, disponía de una garza bruja taxidermizada (ave de color gris que hace ruidos raros de noche). En Europa existen, pero no en Gran Bretaña. Este chico, iba muy seguido a una lagunita cerca de su casa, donde había vegetación flotante, juncos y árboles; el hábitat de la garza bruja. En esos días le molestaba, no sé por qué, que un observador de aves mayor anduviera siempre por allí. Una noche no se le ocurrió mejor idea que trepar muy alto por uno de aquellos árboles, y atar el pajarraco de manera bien disimulada, para que*

parezca lo más real posible. Por ser una garza más bien nocturna, y de día descansar durmiendo como encorvada, pretendía espiar a aquel señor su comportamiento engañado. El señor apareció, y no tardó en descubrir la garza. Pocos minutos después se fue y volvió con alguien más. Ambos la miraban, y la miraban. Anotaron, y se fueron. Para este chico, no había más que ver, se rió, y decidió que por la noche iría al árbol a bajarlo y ponerlo en el lugar de donde lo había sacado. Se fue al colegio y a media tarde volvió. Tomó sus binoculares y libreta de apuntes y salió para su estanque preferido. Para su consternación allí había cientos de personas, todas con binoculares y libretas de apuntes. Aquel señor, nunca se le ocurrió qué podía pasar, dispuso su dato en una línea roja de teléfono, de las que funcionan las veinticuatro horas del día para quienes, pagando una mensualidad, quieran conocer de manera automática el último dato sobre un pájaro raro presente en el país. Este servicio, hace que miles de fanáticos los fines de semana, con tal de acrecentar sus listas de aves vistas, decidan a dónde partir. Tales situaciones llevan al punto de robar autos, o estafar a amigos en el destino con tal de ser el primero en poder ver la especie antes que ésta se marche. Siendo Viernes, se dio cuenta hasta donde el mal ya estaba hecho, se entremezcló entre la gente, disimuló, e hizo él también su anotación mientras escuchaba qué decían. De descubrirse, sería penado. Volvió a su casa preocupado. Ahora sí, más que nunca, por la noche debía recuperar su garza bruja. Por estar solo, y nervioso por la situación que había provocado, trató de distraerse con la televisión, justo a la hora que llegaba su madre, con la mala suerte que ella puso el canal de las noticias, pues le había llamado la atención la cantidad de gente que se aglomeraba en el barrio. Allí anunciaban que miles de personas se habían congregado en la lagunita de esa zona debido a que una garza bruja, nueva para Inglaterra, sospechosamente quieta, podía ser motivo de una burla para la comunidad de ornitólogos del país. Ambos vieron, sorprendidos, como el caso seguía siendo noticia, y ahora en un canal nacional, porque estaba resuelto que la garza era un muñeco, que nadie podía subir para sacarla con seguridad. Sin duda un niño muy temerario debía haberla puesto, ya que un adulto no podría llegar allí sin caer. Con la ayuda de un cazador, y el uso de una mira telescópica, se dispararía a la momia, y fue así como se vio que se hacía añicos explotando, y un segundo tiro terminó rompiendo la rama donde con alambre ese chico la había atado. Pero él, ya no miraba

televisión acompañado, porque la madre corrió al living de su casa para buscar, bajo una cúpula de cristal, el viejo regalo de casamiento que había pertenecido a sus suegros, parte de una aparatosa mesa y lámpara con el animal taxidermizado. Obviamente, la garza bruja no estaba."

Esta anécdota parece estúpida, genial o inocente según el que la lea, pero para mí, al escribirla, tenía la trascendencia del "carácter" de la ornitología británica. No importaba por cuántos estaba constituida la población de aquel país o el mío, haciendo alusión al millón de socios que tenía la Sociedad Real para la Preservación de las Aves y los apenas mil del nuestro, sino a la proporción de la población que se dedica a ese *hobby* en Gran Bretaña, mientras que en la Argentina, jamás hubiese sido noticia. Una información de ese tipo no existe, y tampoco vende.

Cuando llegué a Buenos Aires, no tardé un día en estar en problemas. El inicio de mi necesidad de acercarme a los médicos fue mi constipación instestinal total. Tenía un dolor general en la zona abdominal que me llevó al día siguiente a casi no poder sentarme para dejar la cama y vestirme. No pude subir a un taxi, ni me imaginaba hacerlo por la contorsión que significaba sentarme. Pero sí pude caminar lento semiarqueado. ¡Tantas veces en el monte, pastizales o montañas, para venir a morirme a Buenos Aires! No podía recurrir a ningún Dios, por negarlo desde hacía rato, rezar mientras no me valía de nada. Siendo tan temprano por la mañana no podía molestar a nadie. Estaba solo. Mordí los dientes e intenté no perecer, así y todo me lo merecía por exagerado, todo por deleitarme con un kilo de queso duro de rallar antes de viajar.

Apenas entré a la clínica un médico de guardia me sentó cuidadosamente sobre una de las camillas en la sala de emergencias. Parecía perderme en el dolor. Auscultó y el "diagnóstico" fue áspero.

—Intérnenlo. Constipado total.

Oí algunas indicaciones, enema evacuante o algo así. ¡Ni loco! Pensé que una pastilla descongestionante, por laxante, podría servir ahora que conocía la causa real. Al quedarme solo por un instante decidí

escapar. No me harían tal cosa así como así, menos terminar un par de días allí dentro en vísperas de un próximo viaje al mar con mis amigos. Pude evitar a una enfermera, que justo era para mí porque llegaba llena de mangueras. Haciéndome el sano y enderezándome, una vez en la calle nadie podría detenerme mezclándome entre la gente que recién salía de sus casas a trabajar. Ahora que estaba confirmada la causa de mis dolencias, debía encontrar una farmacia de turno. El vendedor me dijo.

—Tómese una de éstas y espere una hora.

Pero a la hora, de nuevo en mi casa, no hubo noticias, y mi situación era realmente grave. Ingerí las diecinueve pastillas que quedaban. El viaje en barco se suspendió, pues casi me desalmo con mi gran remedio automedicado. No es conveniente que entre en detalles. Solo, me quedé dentro de mi casa, a filosofar.

La situación estaba clara, sabía muy bien lo que quería y me conocía muy bien a mí mismo. Pero con los demás, mejor dicho, con las chicas, algo andaba mal. El número ascendía, luego alguien se enamoraba en serio, y era el más fiel de los penitentes, hasta que todo era un desastre de nuevo. No existe el amor y mujer perfecta para mí, porque siempre lo busqué mucho y nunca lo encontré. La ornitología es una ciencia, la observación de aves no, pueden ir de la mano, pero son temas diferentes. Y si bien una mujer no lo analizaba, o no lo discernía, lo sentía. La segunda parte de la ecuación, la de la observación de aves, es la que por tantos años me llevaba a no sentar cabeza. Yo no sé, pero mi entorno, por observar el mundo que me rodeaba más allá de los pajarracos, o porque realmente me pasaba, me llevaba a que me sucedieran más cosas que a los demás. Si no, cómo se puede dudar con tanto suceso en mi vida. Capaz que a todos les pasa lo mismo, pero no lo perciben, simplemente algunos se divierten observando, como yo. Los que se quedan en las ciudades, y en sus casas, no se imaginan ni remotamente qué es lo que sucede realmente allá afuera. Lucía miraba mi vida como desopilante supongo, porque yo se la contaba a través de mis ojos. Ella terminaba la carrera de veterinaria, y al mismo tiempo salía de una relación duradera pero venida abajo. Un amor frustrado de más de cinco años de noviazgo, con inercia de final feliz, es decir, se graduaba y se

casaban, niños y a esperar la vejez. Cualquier situación a futuro debía estabilizarla, no llenarla de una explosión loca de vida como la mía. Ella funcionaba así, yo era diferente. No la culpo por precipitar su huida de mí, porque cuando ella preguntaba, yo no escondía. Sin estrategia, o mejor dicho, con la estrategia de que me vea tal cual soy.

—¿Qué fue lo que terminó por decidirte dejar abogacía?

—La ornitología.

—¿Y ese día que lo decidiste cómo fue?

—Fue la gota que rebalsó el vaso, pero no la causa, la causa es la ornitología.

—Pero contame bien porque me interesa conocerte a fondo…

Me vino a la mente el profesor de la cátedra de Civil II, la cual hacía cinco años tenía el beneplácito de haber abandonado. Ya algo le había contado y quería indagar más. Ojo, ella era de las que sacaban fotos en la naturaleza, andaba a caballo, se mojaba los pies. Pero quería indagar más.

Aquel profesor nos había pedido que formáramos grupos de investigación. No sabía bien con qué se saldría pero tendría que ver seguramente con casos de jurisprudencia y ejemplos concretos ya publicados. Pero expuso un tema que todavía pegaba muy fuerte en la Argentina, supongo igual a ahora por la temática de muchas películas nacionales, pero para aquel entonces más, a menos de una década del último presidente militar.

—No sé si es divertido lo que te cuente Lucía, pero el profesor me dijo "*usted y sus compañeros de al lado investigarán sobre el caso von Tristen*." Lo dejé seguir para entender qué pasaba, pero debí interrumpir el anuncio de cómo armó los grupos de estudio. Supongo, como venían los temas a desarrollar, estaba buscando información para alguna publicación que preparaba él o algún colega. Pero la verdad, Civil II por más politizada que estuviera la facultad, no daba para ello.

—¿A ver a dónde querés llegar? —me preguntó con cara de estudio *la Lu*, quien una vez más me daba espacio en su vida.

—"*Profesor, se refiere a Amadeo A. von Tristen?*"

—"*¿Qué, lo conoce?*" —me preguntó duramente, y continuó hablando.

—"*Perdón, pero conozco muy bien a ese señor, es un cura, adelánteme qué hizo, porque me afecta, usted está desarrollando grupos de investigación sobre temas de derechos humanos, estamos en Civil II, ¿y el padre von Tristen además incluido?*"

Aquel señor lo tomó como una afrenta, o desacato a su autoridad. Para mi, terminar la materia era la meta ese semestre, pero no me esperaba aquella situación, justo cuando estaba casi casi por dejar derecho. Amadeo, o mejor dicho, el padre Amadeo, era el párroco de un pueblito que ni siquiera representaba una cabecera municipal, Norberto de la Riestra. Pertenecía al partido de 25 de Mayo, uno de los tantos que formaban la provincia de Buenos Aires, y que yo tan bien conocía. ¿Qué podía tener que ver él con la cátedra del profesor? Aunque atando cabos, tal vez sí, porque por su personalidad, la del padre, hubo de repente una colección de anécdotas en mi familia cuando vivíamos en pleno campo.

—¿Anécdotas? —preguntó Lucía.

—Y, si… Tata, mi abuelo del lado de mamá, visitándonos desde Buenos Aires, preguntó por él en una de las misas que celebraría en un colegio de campo, el San Tarsicio. La escuelita estaba apadrinada por los Gardey, una familia muy querida de la zona, a la cual yo asistía. Era tarde, y no llegaba, todos esperábamos. De pronto lo vio, venía junto a un personaje que no reconoció, bien presentado, rubio, alto, vestido con la remera del cocodrilito que llevaba con prestancia. Aquel señor, para mi querido abuelo, era quien traía al cura en un auto del año, con enganche en el paragolpes para transportar el tráiler de una moto, o la lancha. Un modelo raro, de esos importados japoneses que nadie conocía bien en el gobierno de Martínez de Hoz. Los dos hablaban recién bajados, aprestando sotanas, ostias y copas, apurando el paso. Al llegar a la gente, que esperaba al lado del mástil y un amplio parque de pasto bien cortado, papá los presentó con un saludo, abstrayéndolos de su conversación a los dos. A uno con su sonrisa espléndida, y al otro de cara feliz pero adusto en su expresión. Mi abuelo los saludó conforme a la presentación de papá, "*el padre Amadeo y José Gardey*". Tata le dio la mano primero al párroco, pero éste le respondió nerviosamente "*no soy el padre…, él es el cura*". No era el sacerdote el de camisa y pantalón de

trabajo, sino el rubio, alto, con poco pelo aún engominado hacia atrás y con *glamour*, dueño del auto y que sonrió presentándose adecuadamente como el padre Amadeo von Tristen.

—Seguí —me dijo Lucía—, que tengo hasta altas horas de la noche para estar con vos Ber…na…bé...

—El padre Amadeo me asistió en el santo sacramento de la confirmación en Riestra. Estuvo presente en la santa misa de ordenación del padre Fabián Beláustegui en Saladillo (un sacerdote colombiano que después te cuento). Bautizó a dos de mis hermanas. Y sin formar parte de las amistades de familia, siempre fue una persona agradable que se llevaba muy bien con papá y mamá. No había hecho "votos de pobreza". Entonces, en los carnavales bailaba con las chicas lindas del pueblo. En definitiva nadie sabía cómo podía haber ido a parar a semejantes lejanías, tan apartado de las teteras de porcelana que acostumbraba compartir normalmente en Buenos Aires con su familia. Papá supuso que la curia lo tenía castigado, una forma de decir, por ser un sacerdote demasiado polémico y conspicuo, habiéndolo "enterrado" en esa región. Precisamente junto a las miles de hectáreas de estancias pertenecientes a sus ancestros. En una de las primeras misas a las cuales asistimos en Riestra, me sorprendí porque no aparecía. Eran las diez, y debía comenzar. Ciento y algo de personas esperábamos adentro. Para las diez y diez los cánticos continuaban al son de las guitarras, rellenando el aire por el retraso. Hubo de partir uno de sus asistentes perdiéndose por cinco minutos. Al fin reaparecieron juntos. Entró al altar poniéndose francamente las sotanas blancas, verdes y violeta con una gran cruz dorada al frente y la espalda, al frente de todos. Mirando de costado el número de público, y sobre todo, que otros estancieros estaban allí parados, exclamó fuerte "*buenos días*". Antes de llegar a la mesa de mármol y apenas dando una curva rápida y alegre, siguió: "*en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, damos inicio a esta Santa Misa, y pido disculpas por la demora, pero estaba mirando la televisión, hoy se inicia el campeonato de fórmula 1 en Mónaco y Lole Reutemann* (memorable gran corredor argentino) *ha logrado en la largada estar quinto, necesita nuestro apoyo, a ver si lo ayudamos un poco con un… Padre Nuestro que estás en los…*" y todos rezamos el padre nuestro por Reutemann que en ese momento luchaba en el volante representándonos en el exterior.

—No te creo —empezó Lucía.

—Tal vez más sorprendente, o patético aunque me divertía mucho, fueron las vísperas de Navidad de aquel año. Si bien él tenía en su parroquia unos muy lindos muebles que había mandado a comprar de su pecunio, con escritorios de estilo y la cocina refaccionada, lo que correspondía a los gastos de la parroquia debían solventarse con los ingresos de los creyentes. Eran pocos los feligreses en la zona por aquellos días, y los que quedaban suponían que la limosna no haría ningún cambio en la economía ostentosa del padre. En una de las misas del domingo, lo oí algo enojado, casi con agitación en pleno sermón, regañando la tacañería de la comunidad. Lo hacía con prestancia, seguro de sí mismo, convencido, y luego anunció "*Sé que muchos para estas épocas quieren comulgar. ¡Es el nacimiento de Cristo! Pero muchos se tienen que confesar, porque hace rato están en pecado. Está muy mal lo que le hacen a Dios no ayudando con la economía de la iglesia. Por lo tanto decreto como cura de esta comunidad, que no los confesaré hasta que no vea limosnas respetables en las canastas que les pasen mis acólitos.*" Fue tan grande el pandemonio que armó con el pedido, que llegó a los pocos días a los oídos del obispo diocesano. Regañado, y llamado a la mesura, faltaban dos días para el nacimiento de Jesús, pero durante un mes había negado confesar a cualquiera. La pregunta que nos hacíamos todos, era cómo haría solo para perdonar en nombre de Dios tantos pecados, a tanta gente, en tan poco tiempo.

—Seguí…, pero creo que no te voy a creer...

Fue magistral. Creo que inédito. Nos anunció que procedería a una "confesión comunal". Y al día siguiente, un día de semana, me hicieron asistir al evento. El sistema era tan revolucionario que atrajo seguidores de todas las calañas. Porque el método consistía en una hoja repartida a cada uno de los presentes. En ella había un listado larguísimo de pecados. Y a cada opción una numeración, pero no correlativa, sino según parecía, acorde a la maldad cometida. Nos hizo arrodillar y comenzó lacónico con el primero de los pecados enumerado en la lista. "¿*Has cometido actos impuros*?" Mi pensamiento era una respuesta estilo "¡*Yo que sé! Es tan ambiguo.*" Ese pecado tenía una puntuación baja, un número dos. Luego seguía "¿*has matado?*" Ese por ejemplo

tenía una numeración de cincuenta puntos. Como había niños presentes y la iglesia estaba repleta como nunca antes se había visto, tampoco faltó el "*¿has robado caramelos o dulces a tus papás?*" Y así, fue enunciando con la misma seriedad, todos aquellos pecados, levantando un murmullo de sorpresa o júbilo en algunos, especialmente nosotros que éramos chicos.

—¿Sabés que no te creo? —insistía la *Lu* riéndose.

—Mientras un asistente de pocas luces que conocíamos todos, el de todos los domingos, perseguía un pájaro contra las ventanas blandiendo una escoba sacada de la parte de atrás del altar, el posible asesino, el posible timador, la prostituta casual o la gran mayoría que estábamos ahí, no perdíamos concentración. De pronto, el padre Amadeo terminó de leer la nómina y siguió "*oremos hermanos porque esta confesión comunal ha terminado.*" "*Te alabamos señor*" respondimos todos. "*Ahora pueden sentarse*", susurró, mirándonos de soslayo sobre sus anteojos caídos, levantándolos con un dedo desde el extremo de la nariz. El silencio era sepulcral. Se nos había pedido que marcáramos mentalmente cuales filas nos correspondía como pecados. Algunos faltos de memoria, habían recurrido a utilizar lapiceras, por lo cual si se era vivo podían contarse los pecados de los demás (mis hermanos), a los cuales era fácil espiarle las hojas. También era divertido ver a las señoras prestándose entre sí las biromes. "*Ahora hermanos, sumaremos las puntuaciones para cada pecado contemplado. Cada diez puntos corresponde a un Padre Nuestro, y por cada segundo punto un Ave María. Para que entiendan los más chicos, por ejemplo, si tenemos una suma de quince puntos dividiremos por tres, por lo tanto corresponden Un Padre Nuestro y cinco Ave Marías. La penitencia la pueden hacer en casa. Vayan con Dios.*" En media hora santo remedio, todo el pueblo estaba confesado. Y en esa Navidad comulgaron hasta los personajes más sospechosos de la comunidad.

—Vos me estas cargando ¿no? —me increpó Lucía ya a las carcajadas.

—No, y mi familia, que lo vivió al lado mío, como a veces sucede en familias como la mía, son incapaces de recordar, por negar la realidad. Hasta el día de hoy dicen que me lo inventé, no sólo lo de la

confesión comunal, sino lo de rezar por el corredor de autos.

—¿Y lo de la facultad?

—Al profesor lo interrumpí de nuevo, en ese instante mi interior abandonaba abogacía. En realidad no tenía nada que ver el padre Amadeo en que no siguiera mi carrera. Si bien tenía planeado terminar Civil II, junto a otras dos materias más, ya me veía en la selva estudiando aves. Además, el viaje de ese verano, de un mes en Colombia haciendo *bird watching*, me dio la pauta que estudiaba para generar ingresos a futuro, no porque me gustara la carrera; aplicaba el famoso dicho "serás lo que debas ser, y si no, serás abogado". Estar un tiempo en un país extranjero, cualquiera sea, te da la capacidad de contrastar las pautas sociales de cada sociedad, lo que para uno es un código acá, paro otros no existe. Qué sé yo, por ejemplo ponerte la mejor camisa de determinada marca. Si no te reconocen esa marca, el mensaje que das simplemente no llega, ni él a vos con su mejor marca. Es un ejemplo, quiero decir, todo es relativo en el "aparentarás", y quiero ser auténtico, creo haberlo logrado. Lo que resumió el profesor, medio ya indignado por mi pregunta, anunciando ya indefectiblemente un tema que concernía a derechos humanos, es que "*el padre Tristen es un cura castrense, por lo tanto al servicio de los militares, en el gobierno de facto de la junta militar de la República Argentina. A muchos subversivos de extrema izquierda había que hacerlos desaparecer. El cuento del avión sobre el Río de la Plata es bien sabido, se cargaba a los sentenciados con pesas en los pies, y se abría la puerta del avión a gran altura cerca de la desembocadura con el Océano Atlántico. Una buena manera de no desparramar sangre y no tener que limpiar luego, y una buena manera de despistar cualquier investigación. Este capellán del ejército les hacía la señal de la cruz antes de despachar uno a uno al agua a los reos.*"

—Entonces tu familia tenía razón, había sido castigado, pero en este caso, de ser real, enviándolo a un pueblo perdido para no exponerse a las acusaciones que se venían gestando.

—Sí. También supe que en los diarios salió la comunidad de Norberto de la Riestra manifestándose en contra del padre Amadeo, y el obispo intervino una vez más. Esta vez lo citó creo que en un pueblo llamado Bragado. Pero la población de ahí, al enterarse que llegaba el padre Amadeo, se reunió frente a la iglesia para lincharlo. Amadeo fue lo suficientemente suspicaz como para entrar por las puertas de atrás, pero

el obispo, desconocido por tratarse de otras diócesis, cuando estacionó no previno la confusión de aquella gente, y lo sopapearon de lo lindo en la entrada principal.

Pecados.

CAPÍTULO 44

Difícil lidiar con un hombre acostumbrado a la libertad total, nacida de la educación de mis padres y absorbida durante tantos años del núcleo familiar entre el campo y la ciudad, en mi región del Saladillo. Esa dificultad tenía preocupada a Virginia en mis relaciones con el Instituto Humboldt. Yo llevaba la bandera de la proactividad, del discutirlo todo si discutirlo era para mejor, y sobre todo que no me pasaran por arriba, al mismo tiempo sin querer pasar por arriba a los demás. Ella era tolerante conmigo en cuanto a mis viajes y salidas a lugares que ni ella sabía que existían en Colombia. E intolerante a cómo mi trabajo comenzaba a desgastarme con un grupo de colegas típicamente xenófobos (muy colombiano). Si bien profesionalmente el libro se estaba terminando de hacer, cuando mis pares se enteraron que yo no era académico me tomaron como punto de atención para hacerme la vida difícil. Algunos, enamorados de mi novia, agravaban la situación. Otros se consideraban traicionados por trabajar con una persona "no idónea" pero que les daba cátedra. Otros hablaban peste debilitando mi relación con Virginia. Y estaban los amigos de todos los días pero sus intenciones eran otras, precisamente Virginia. No sé cómo explicarlo, pero mi vida era como vivir con una horda de micos mordedores dentro de una jaula mientras comandaba un barco desde adentro concentrado en llevarlo a buen puerto. Buen puerto era terminar un trabajo reluciente, donde era autor mayoritario. Pero, eso no gustó, *al argentino había que sacárselo de encima*. Mi jefe directo, no sabía cómo controlar la presión de sus subalternos y algunos colegas. En tapa "no bastaba con ponerlo último a Bernabé", igual lo presionaban. Todos los días un ataque fugaz distinto. Es de notar que ser profesional en nuestros países para muchos es como adquirir un título de sangre azul, me refiero a Latinoamérica, región cada vez más escasa de honor y ética en el día a día. Felizmente fui rápido para ver venir el frente de ataque y su núcleo principal. Sólo había que descubrir el velo.

—¿Así que eres tú la que pregona que era yo el que acosaba a tu querida amiga en 1995 en Paraguay? —le pregunté a una compañera de

trabajo.

—Siempre pensé que eras tú, hasta el día de hoy se queja de ti.

—¿Y vos estuviste en Asunción con ella esos días?

—Sí, y te cuento que queda muy feo acosar a una mujer casada como mi amiga, a eso nosotros aquí lo llamamos acoso sexual —dijo haciendo reír a varios testigos.

—¿Te acuerdas de haberme visto con la recepcionista del congreso?

—No, ¿qué tiene que ver?

—Porque esa semana me la pasé entera con la recepcionista del congreso, paraguaya de ojos verdes y pelo castaño, tal vez te acuerdes de ella. ¿Tu amiga es paraguaya y tiene los ojos verdes? Así que no entiendo como podés haberme visto molestando a tu amiga, tan colombiana como vos, que ni siquiera sé cómo es ni cómo se llama, sobre todo porque soy una persona de buenas maneras y no de aquellas como la que describís. A ver, dame alguna pista, ¿recordás cómo estaba yo vestido la vez que molesté a tu amiga?

—Mmmm, con una chaqueta de *jean*, camisa a cuadros y pantalón azul. —De acuerdo, ahora sé que no soy yo.

—¿Por qué?

—Porque jamás he usado chaquetas de *jean* —le contesté con paciencia, dando por terminado el último murmullo de su lenguaraz actitud.

Esto la hizo enojar, y agregó, perdida por perdida…

—De todas maneras haré todo lo posible para que tú te vayas de esta institución —agregó lisa y llanamente.

—Prefiero tu sinceridad, así está mejor, sólo tienes que saber que no me iré hasta terminar mi trabajo.

—Eso lo vamos a ver… —dijo por lo bajo, provocando un silencio sepulcral entre todos los presentes.

Virginia con el tiempo comenzaba a enfriarse. Mi distracción en asuntos laborales y su escasa edad con ganas de acción diferente, tentada por sus amigos de la facultad, no nos ayudaba. Busqué refugio en mi trabajo, como hago siempre, antes que irme a una barra de un buen

pub. La había conocido en Salento, hablando de todas las cosas que me gustaban, sin siquiera pensar remotamente que luego sería *mi todo*. En esos días, nueve años de diferencia en edad la hacían un imposible para mí. Pero miramos Júpiter y sus lunas con el telescopio, una noche en las fiestas del pueblo donde la música subía al cosmos, y bailamos *salsa*. Ahora la había perdido, con desesperación por no evitarlo, sentía que algo se había terminado. Un hecho que puede hablar por si solo me quebró. Lo observé cuando todavía admirándola y respetándola noté que su inexperiencia ganaba a la falta de sabiduría, y entre el grupo burlón que me asediaba, que la había acogido, se quejó de mi acento argentino mezclado con colombiano una vez que me escuchó hablar. Ese día Virginia explotó. Y la anécdota, totalmente reversible si se quiere, en este caso constituía el resumen de un montón de imposibilidades entre los dos, ya no había respeto, ni admiración por mí en ella, sólo inercias de lo que fue. Y así, en poco tiempo, tratando de rescatarnos mutuamente porque nos queríamos, igual nuestro amor murió. Yo de "muertes" no quería hablar más, y esta era otra. Me perdía esa mujer íntegra e inteligente, la que justo frente a mí, separados por un centímetro, robándonos la respiración, pero sin rozar esta vez nuestros labios, se esfumó de mi vida eternamente. Yo más culpable, de forma, ella más, de fondo. Ese día, una estrella en el firmamento, nuestra preferida, dejó de brillar en Usaquén, barrio del Bogotá colonial, con su hechizo de viernes por la noche y daiquiris dobles para dos. Hoy, sin el fuego de chimeneas a carbón, puedo decir que la extraño inmensamente, y también, que soy un idiota por haberla perdido.

Virginia en extinción.

CAPÍTULO 45

Tenía varios días libres más, antes de recibir por correo los últimos datos sobre aves del Pilcomayo. Me estaban confirmando mi participación a un viaje a Ecuador, por pocos meses, al cual dije que sí. Al mismo tiempo, por cinco días, salí para el puerto de Necochea. ¿El objetivo? Realizar una de esas embarcadas en pleno mar, con la costa fuera de la vista, bien adentro en el océano, pero esta vez por varios días. Quería conocer al emperador de las aves, el albatros real. Llegamos de noche. Nos esperaba Fiameni, un conocedor de la fauna pelágica a esa latitud de la provincia de Buenos Aires. Enseguida nos dio una mala noticia, no zarparíamos tan rápido, sino que debíamos esperar.

Luego de una rica comida con su mamá de noventa años, *que hacía todo* (como servir la mesa, cocinar y apagar la hornalla del gas soplando), Fiameni nos llevó al puerto de la ciudad a media noche. Necochea normalmente está vacía, al menos que sea en época de vacaciones, cuando se convierte en un hormiguero por la cantidad de turistas. Siendo otoño la prefería así, fría y húmeda. Éramos cinco amigos. El capitán, amable y de buenos modales, esperaba a los marineros que todavía no habían aparecido. Fiameni fue desde el principio el contacto principal con ese señor.

—Para el capitán y su tripulación tenerlos embarcados será algo diferente en sus vidas, pórtense bien —nos dijo Fiameni como si se despidiese de unos chicos.

—¿A cambio de nada?

—Como mucho una buena botella de whisky… —nos aclaró, y se fue.

Pero, habría más retrasos. El capitán nos anunció que zarparíamos a las cuatro de la mañana. Esta postergación no era tan grave entonces, pero debíamos decidir. Esperar parados en el frío del muelle o dormir algunas horas en algún hotel. Con Samu decidimos ni lo uno ni lo otro. ¡A tomar cervezas! Esto no era cosa de alcohólicos,

sino que estaba bien fundamentado. Había que hablar de aves de mar, preparar nuestras mentes para los detalles que debíamos detectar, discutimos sobre Procellariformes y diferencias en sus familias, modos de identificar las especies en alta mar, y noticias recientes varias sobre avistajes de amigos.

Mientras el resto dormía pedíamos Quilmes[1] en un bar cercano, que no cerró por nosotros y varios otros que aprovechando el buen ánimo y ambiente, también se quedaron. El resto de nuestros amigos se fue a dormir así sean tan pocas horas de espera, por ahí cerca. A eso de las cuatro de la madrugada, éramos dos tinas borrachas. De todos modos, conscientes de la hora, pudimos llegar a la puerta del hotel, nuestra salvación por encontrar un baño. Cerrado. Y nadie atendía nuestras llamadas. Nuestros amigos no aparecían. De baño sirvieron unos autos en un estacionamiento; no precisamente las llantas. No me reconocía tan salvaje, pero luego de practicar con los ingleses en Paraguay ahora tenía licencia para lo "medianamente silvestre", o algo parecido.

Rogando que el resto del grupo no se quedara dormido, por ahí salieron tomando pastillas de *Dramamine* para no marearse, envueltos en sus camperas porque el frío arreciaba. El viento en la banquina del puerto apenas había amainado, normal a esa hora. Pero con Samu no sentíamos frío. Si bien en casi toda Argentina, o por lo menos en la zona templada, tomarse un trago de más está mal visto, para un capitán que sabía de fríos no hubo alarma al vernos, ni que anduviésemos en camisa sin otro abrigo que el pecho descubierto.

—¡Vamos por las pardelas! —me decía Samu.
—Pardelas o fardelas querrás decir, en Chile son con f.

Uno de nuestros amigos, normalmente abstemio, se percató del peligro. Debíamos cruzar cinco barcos para llegar al nuestro y había lobos marinos machos en las cubiertas[2] mostrándonos sus dientes amarillentos enormes y fauces rosadas.

1 Marca de cerveza Argentina.
2 Plano que cubre la parte interior de un barco.

—¡Cuidado con el perro! —aclaró Samu mientras yo por detrás pisaba al lado de su cola.

Para nosotros hilarante, para nuestros amigos un motivo de vergüenza. Puedo decir que esos momentos son fantásticos, y el contraste hace la diferencia. Siempre digo que existen dos países abstemios en el mundo, Argentina y Uruguay. Como buenos rioplatenses se enojan, pero los que hemos recorrido algo otros lugares, con tranquilidad vuelvo a sostener el mismo argumento, el resto de los países son definitivamente alcohólicos. Me refiero no al porcentaje de la sociedad bebedora, sino a la cantidad de ingestas desmedidas. A mi favor puedo decir, y el de mi amigo también, que lo nuestro era un término medio de una vez cada tanto, pues excederse, mata, como todas las cosas, y si hay algo que no me gusta es levantarme con dolor de cabeza. Así que, estar divertidos así era perfecto para empezar un gran viaje.

De alguna manera no fuimos a parar al agua. Yo, por ser bastante mayor que él, fui instalado en el camarote del capitán, para dormir un rato. Y Samu se arqueó sobre una mesa de madera en la cocina, dormitando y a la espera de partir. Llegó el resto de la tripulación, y al primer arranque del motor, con dos o tres tosidas y posterior silencio, supe que algo andaba mal. Sabía también que eso no debía estar sucediendo porque la gente de mar es muy supersticiosa, y en minutos nos iban a considerar "yetas.[1]" Escuché que un mecánico hacía esfuerzos por arreglar las cosas. Mientras, otros dos barcos iguales al nuestro, de los amarillos anaranjados, esos con línea de flotación colorado oscura y unos veinte metros de eslora, perdiendo horas de trabajo y capital si nos esperaban, se marcharon.

Arreglaron el motor y por fin, pudimos salir. Al pasar frente a la prefectura naval, ya con algo de claridad en el horizonte y todavía con las luces de la ciudad reflejadas en la negrura del agua, entró una llamada por la radio. La policía portuaria exigía una explicación acerca de nuestra presencia y la responsabilidad sobre nuestra seguridad en el aspecto civil. Nos habían visto. Supongo que la policía quería su parte, no siendo conscientes que el viaje nos era gratuito y además, le

1 Considerado por los demás como portador de desgracias o mala suerte.

estábamos haciendo perder, ahora sí, tiempo al dueño. Pero, lo que suele suceder seguido en tantas partes, esta vez también pasó. La negativa del capitán a no transigir ante aquel mensaje tácito, sólo sirvió para que nos llamaran frente a la autoridad principal. Debimos volver, y fui yo quien acompañara al capitán hasta la comisaría de la prefectura naval representando a mis amigos. Supongo que mi silencio no engañaba sobre el estado etílico que presentaba, pero supongo que podía liderar ese asuntillo haciéndole un gesto afirmativo con la cara al oficial de turno de que en efecto, era yo el que aparecía entre los documentos de todos mis amigos. Las próximas dos horas serían para esperar la firma de un sargento, el cual no nos permitiría zarpar tan fácilmente a esa hora, pues pensaba dormir hasta el amanecer sin inconvenientes, y así lo hizo. Me llenó de vergüenza, ya éramos yeta de verdad, pero del capitán y de nuestros bolsillos no salió un peso.

La experiencia que teníamos en estos transportes no era mucha. Dos de nosotros no tomamos pastillas de *Dramamine*, el resto abusaron de varias por considerarse propensos a los mareos. Esta vez sí partimos sin otra novedad, bien comenzado el día. Las próximas tres noches dormiríamos como pudiésemos entre el tronar del motor que nunca se apagaría hasta nuestro regreso. El río Quequén hacía de puerto, lo suficientemente profundo y ancho en su desembocadura inclusive para que amarraran barcos transatlánticos de doscientos metros de eslora, a la espera de ser cargados de granos. Era manso y en cierta forma al reparo del viento. La embarcación no podía mecerse ni en lo más mínimo en comparación a lo que es el mar abierto, pero mi amigo el que no había tomado la pastilla, ya vomitaba lánguidamente. Ningún marinero dijo nada, éramos la peste. Pude jactarme en silencio sobre mi condición innata en adaptarme al mar, pero ello era relativo. La euforia devoraba mi esencia, y las primeras anotaciones comenzaron a efectuarse a los flancos del barco, perdido el continente en el horizonte. Los primeros petreles pardos, algún albatros de ceja negra, y pingüinos ya justificaban el viaje. Las pastillas entorpecieron los sentidos de Samu, que junto a los litros de cervezas probadas, lo tumbaron rendido sobre cubierta. La operación de tendido de la red de arrastre hizo funcionar las poleas pasando acero encordado, rico en alambres deshilachados, rozando su nariz. Si le gritaba, con solo levantar un poco la cabeza, podía desgarrarse la nariz o cortarse una oreja. A pesar del ruido, siempre arrullado por el

motor de fondo, continuó tirado en la cubierta y no se despertó. No sabía qué hacer hasta que alguien solucionó la situación insultándolo, el más rudo de los marineros. Le buscamos un sitio distinto. Luego, con señas le avisé al capitán, que lo miraba todo desde el puente[1], que me ataría de la cintura para poder apreciar el mar desde el extremo de la proa[2] sin atemorizarlo con una caída accidental. Dos metros de cuerda de escalada, y unos mosquetones, solucionaron el problema. Olas de cuatro a seis metros por momentos no dejaban ver a los dos barcos cercanos que habían partido temprano esa mañana. Varios delfines acompañaban la nave, y ese otro mundo, volvía a sumergirme una vez más en mi compenetración con el entorno.

Una única red soportaba ser arrastrada por el lecho marino. Tres horas en una dirección y era recogida. Los cinco marineros habían dormido lo más que pudieron hasta el primer turno de arrastre. Sabían lo que les esperaba. Durante tres días, tres horas de sueño y dos de trabajo repartiendo pulpos, peces, y tirando al mar lo que no les servía. Día y noche no pararon nunca, durmiendo y despertándose con esa frecuencia fatal. Lluvia, frío o calor, no importaba, y al motor esforzado tampoco. Las aves pelágicas nadan, vuelan, duermen y comen, todo como en tierra, pero en la inmensidad del viento y el agua salada, tan a menudo rabiosas. Las puertas del barco estaban libradas al azar. Por su uso frecuente o conveniencia no eran aseguradas. Por lo tanto podían cerrarse de golpe con toda su carga de hierro, implacables. El mar estaba picado. Se nos había sugerido orar por nuestros dedos, lo cual era entendible porque un accidente de esos era cuestión de un instante. Si no se prestaba atención, podían fracturar todos los dedos juntos. Cabalgar sobre las olas, eso hacíamos. Un Petrel de las tormentas, un pajarito de aleteo rápido que se suspende en el aire para tocar con las puntas de las patas la superficie del agua, me dio el buen augurio de lo que venía por ver. Lo plasmé en mi retina por primera vez a través de las lentes de mis binoculares.

Esos marineros no comían peces, sino pollo al horno, pizza, milanesa a la napolitana con papas fritas, era increíble como reponían

1 La edificación que existe en la parte de arriba de un barco.
2 Parte delantera de una embarcación.

energías. Uno de ellos hacía de cocinero, y pude comer con placer mientras por las ventanas y la puerta estrecha el cielo y el mar daban vueltas según rolidos[1] y derivas[2]. Vasos por la mitad, cargados de *Coca-Cola*. Mi digestión resultó ser más lenta que en tierra al principio, supuestamente debía ingerir la mitad de alimentos. Tampoco podía fijar la mirada sobre papel con facilidad en un comienzo, y el escribir amenazaba marearme. Pero con las horas al menos, leía identificando los petreles que menos conocía, o estudiaba las características que tenía que observar si teníamos la suerte de encontrarnos con un albatros gigante, el motivo principal de esa expedición. Al pasar los días la única sensación distinta a tierra me fue el ruido del motor a ritmo parejo y constante. Aquello me gustaba. Los bichos podían acercarse a los desechos que arrojábamos con cada sacada de red y miles de aves revoloteando alrededor de la popa[3] atrapaban lo que podían. Como el agua era transparente y apenas verdosa, las pardelas podían verse inclusive bajo superficie, sumergidas momentáneamente a un metro de profundidad, mientras atrapaban las sobras. Conocedoras del ritmo de pesca, todas las pelágicas carroñeras esperaban hasta tres horas en las inmediaciones antes de una nueva recogida, sin marcharse a otro barco. De allí tantos puntos blancos flotando hasta tan lejos en los alrededores. Ese mar estaba repleto de emplumados.

Las guías de identificación de aves de mar eran muy diferentes a las que usábamos en tierra, por lo menos en la Argentina. Eran mucho más internacionales en su concepto, y por el buen mercado que significaba su venta cosmopolita, cerraban los números de los editores para que se publicaran con fotografías excelentes a color, algunas con pinturas impecables. Otro planeta en nuestro *hobby*, y otro planeta donde nos hallábamos. Pero lo mejor que esperábamos ver no se nos daba. El albatros de tres metros de envergadura por lo menos ese día no se había presentado. Para dormir, debí colocar la bolsa de dormir en el piso transversalmente al eje principal de la embarcación. Me adormilé

1 Movimiento del barco no entre la parte de adelante y atrás del mismo, sino de izquierda a derecha o viceversa.

2 Utilizado aquí para hacer notar el leve desplazamiento de costado de una embarcación.

3 Extremo trasero de una embarcación.

pronto, bajo el nivel de flotación, en la parte más baja del casco[1]. El sueño total se apoderó de mí sintiendo de fondo al motor imparable y sin fin, pero unas gotas de agua salada sobre mis labios cada tanto me alarmaron. Entreabrí los ojos pero una mancha obscura me aplastó la cara de un pisotón mojado y cargado de escamas más olor a pescado. Uno de los marineros había olvidado mi presencia, ante tanta rutina de años al bajar a dormir de manera automática. Me pidió disculpas luego de verificar mi estado, mientras yo lo hacía por haberme interpuesto en su camino. Ya no éramos yeta, estaban pescando bien, ahora le dábamos suerte, y aquel hombre estaba contento.

—¡No hay sangre! ¡A dormir! —dijo rústicamente, como rústica era su mirada, barba y piel.

Por otro lado, las plumas de mi cama estaban mojándose con el pegote de la sal, residuos de calamar y el trajín de los laboradores en cada turno. Pero, no estaba allí para quejarme. A media noche, tendría la primera experiencia de ir al baño en el mar. Porque esto no se cuenta jamás, en ningún libro de los que yo leí, ni Cook, ni Darwin, Shackleton, Sarmiento, infinitos. En una pequeña cabina con un inodoro de acero inoxidable pero donde, según mi investigación previa, al cerrar la puerta no había luz y tampoco como desagotar los residuos, comenzó mi intento. Al mismo tiempo, los impermeables y capotes de lluvia se guardaban en ese lugar estrecho, una vez más optimizando el espacio disponible en el barco. Debí visitar el lugar a esa hora por no aguantar más. Me las arreglé bastante bien hasta la parte de cómo deshacerme de mis responsabilidades depositadas (quiero ser eufemista). Un marinero ocupado en trozar vientres de no sé cuáles peces, me señaló una manguera poderosa que arrojaba cientos de litros de agua de mar por minuto. Siempre estaba funcionando, y sin duda se la utilizaba para limpiar la cubierta de manera drástica y efectiva. Hubiese preferido una de jardín, pero esta me hacía pensar en industrias. Pesada por su carga permanente, se me advirtió seriamente que no inundara los capotes. Lo primero que pasó. Ese géiser desprendió las ropas de caucho yendo a parar al suelo, sobre lo mío en el centro del inodoro, y el único rollo de papel que ya estaba empapado. Logré incrustar la salida de agua en

1 El "cascarón" que mantiene a flote una embarcación.

el centro del *water* y obviamente se desparramó todo hacia abajo para deleite de los peces. Ir al baño en un barco pesquero, de ese tamaño al menos, es cosa seria. Pero de la misma manera se limpia rápido todo, y cerré la puerta para que no se viera el caos del desorden que dejé en aquel aposento. Cuando miré para adelante, tres marineros estaban a las carcajadas mirándome, hacía rato.

Volví a dormir. La fatalidad del azar, o el vaivén permanente en aquellas circunstancias, me hacía creer escuchar sonidos agudos. Sirenas, o algo por el estilo. Mis amigos descansaban como podían, algunos recuperándose con el sueño de tantas vomitadas y mareos por horas. Preferí no despertarlos para que escucharan. Luego preguntaría a los marineros cuando regresaran a descansar en su próximo turno. Pero volvían a sentirse, atrapantes y misteriosos, durante minutos, largo tiempo. No aguanté. Subí descalzo a cubierta, con la excusa de desagotar las últimas aguas de la comida, pero en realidad para comprobar si "veía" la fuente del misterio.

Mientras me sostenía como podía en la popa con una mano, bajo las luces potentes que no se apagaban en toda la noche para vigilar el cable de arrastre, uno de los marineros me reprendió por la imprudencia de no usar zapatos.

—¡Los hongos de los barcos son imposibles de quitar de la piel! —me gritó sobre el ruido del motor.

Ya sabiéndome descubierto, no podía parar de terminar mi faena. Al mismo momento que mi chorro líquido iba a parar parabólico al mar, acortando o agrandando la altura según el mecer de la nave y mi esfuerzo por no perder el equilibrio, de repente los sonidos volvieron a oírse. El agua se veía negra total, profunda, abismal. De golpe me asusté con la aparición de tres cabezotas de delfines. Jugaron a centímetros mío, y cantaban de esa manera. ¡Corté por la mitad todo lo que estaba haciendo! Bajo la superficie, dentro de los camarotes, se sentían puros, sin tanto ruido de motor, desde afuera mucho menos notable. Los faros no iluminaban mucho los alrededores en la noche, por lo tanto la espuma del agua provocada con cada chapoteo de esos animales, parecía fosforecer.

—¡Nos siguen para atrapar peces gratis, o porque sí! —me contestaban aquellos marineros.

Si quería estar despabilado al día siguiente, suponía que lo mejor era volver a dormir. Pero no pude hacerlo por varios minutos, por observarlos, y luego, lo mismo acostado, por escucharlos. El mar en ese viaje ya era mi otro yo. Mucho más al día siguiente. Un amanecer sin viento en el océano, no se comparaba con uno en las pampas. Esto era increíblemente diferente. Un espectáculo no vedado para aquellos pescadores que no dejaban de admirarlo por más que fuese común para ellos. La espuma y las olas habían desaparecido, los otros barcos se localizaban por detrás de la curvatura de la tierra, apenas por el humo tenue de sus chimeneas o una señal roja encendida en la parte alta de un mástil. El agua se tiñó del mismo color del cielo, pareciendo viscosa en su aspecto, un aceite extraño mezclado de rojizos y pasteles. ¿Sería ese el día del gran albatros? Tal vez el mismo individuo que pudiéramos observar luego, a esas horas descansaba nadando por falta de brisas. Arrancado el viento luego de despuntar el sol, mi línea impecable del no vómito se acabaría para placer de mis compañeros maltrechos. Tenía sed, encontré mi vaso en el lavatorio de la cocina, con algo de agua, consideré que era el mío, y sin pensarlo me lo tomé distraído. ¡Tenía agua de mar y jabón! ¡Chiste o no, era tarde! Corrí a la baranda de babor (izquierda) e hice una descarga tipo calamar ante la sonrisita y caras pálidas de los ornitólogos presentes. Volví a la mesita refrescado, con los ojos llorosos. Todavía la recuerdo como una de las salidas en búsqueda de aves más gloriosas, no de las pelágicas (de mar), sino de todas las que he hecho en mi vida. Historia que se repetiría con pasión.

Al tercer día, después de mediodía, sólo faltaba regresar. El viento arreció y la situación se tornó en típicamente tormentosa. La noche no amainó el viento, ni la sensación de que tres días habían parecido horas al lado de aquel tamaño de olas. El regreso se preparaba para parecer eterno. No obstante, para el capitán era normal. Apenas se vio la luz del faro del puerto de Quequén, me cedió el timón, un honor que no me esperaba. Los marineros que dormían, en un rato percibieron la deriva del barco, y velozmente, corriendo algunos a cubierta para comprobar qué sucedía, se quedaron duros mirándome timonear. Sin

duda no era fácil cabalgarlas como el capitán. La luz desaparecía a cada rato tras las más altas de las ondas negras y líquidas frente a mí, con el viento despeinando sus corderos[1] en los filos, haciéndome perder en esos momentos la dirección. Perdí enseguida mi timón y en más me contenté con observar el resplandor tenue de la cabina, con tonalidades verdosas del sistema de posicionamiento satelital, control de tormentas en pantalla por radar y las luces del sistema de comunicaciones. En silencio, aquella hora de expectativa se hizo larga. Para el capitán, momentos de mayor tensión. A los costados o atrás, las puntas encendidas de los mástiles de nuestros vecinos se veían de vez en cuando lejos, acompañándonos.

¿Y el albatros? Sí, gigante, lo mejor…, lo reconozco, no se puede comparar, por su envergadura y su longevidad, por desafiar el medio en todos los climas, ser un superado majestuoso, presentar ese plumaje más pulcro que cualquier ave, ningún rincón de su cuerpo sin estilizar, fuerte, y de morada remota…el albatros me dejó su impronta para siempre.

El albatros real.

1 Espuma blanca sobre las olas.

CAPÍTULO 46

Enero de 2001

Por Ana Inés López-Lanús
También su hermana.

El último capítulo de mi hermano Bernabé, el cuarenta y seis, presentaba un listado de palabras sueltas a modo de ayuda memoria. El manuscrito, enviado por un amigo a quién le agradecemos padres y hermanos, en esta sección decía.

Artículos (agregar).
Cartas mails.
Ver tema Grallaria.
El regreso.
Historia del guacamayo.

En relación a la *Grallaria* (la especie nueva o híbrida), sabemos que resultó ser un híbrido, y así fue publicado con su coautoría; lo mismo el libro de las aves en extinción de Colombia. Acerca de "El regreso" nos hace pensar que terminaría su libro en nuestro país, Argentina, y de ahí que no estuviese escrito este capítulo. El resto del manuscrito se publica textual, tal cual lo tenía impreso.

Me tomo el atrevimiento, y supongo así lo hubiese él permitido, de cerrar su historia, por un lado publicando su "*Carta a Los Míos, Sucesos y Vida de una Pasión Difícil*" como lo recibimos; y por el otro contando, con su particular estilo de escribir, no sé si del todo bien emulado en esta página, qué sabemos de él. Quiero hacerlo corto y discreto, y además nada es definitivo.

Primero, conocemos que su pasaporte fue robado, y denunciado por él mismo cuando sucedió, como lo cuenta páginas atrás, o como nos escribió en sus pocos mails enviados. También que la embajada le dió un pasaporte nuevo, como nos consta. Así y todo, el pasaporte robado andaría perdido por ahí, siempre con su mismo número de documento. Por lo tanto, potencialmente, utilizado ilegalmente.

Segundo, hace poco tiempo, en el diario El Tiempo, el periódico de mayor tirada en Colombia, como así también en la muy conocida radio Caracol, se mencionó que en un enfrentamiento entre militares y las FARC se abatió entre los guerrilleros a un argentino, generando la situación dos posiciones de pensamiento en Bogotá, por un lado que la guerrilla contaba con la mano de otros países de Sudamérica en su levantamiento contra el gobierno, y por el otro, la posición de los detractores, que comentaban con cuánta facilidad la guerrilla tapa la identidad de sus combatientes utilizando documentos falsos para que en el caso de ser muertos o atrapados, su identidad sea confusa.

Tercero, en paralelo, en el diario La Nación de Buenos Aires se mencionó que un *Bernabé López* fue muerto en Colombia en un tiroteo entre guerrilleros y el ejército, siendo argentino y caído en combate.

No puede ser él. Pero coincidentemente tampoco sabemos de él. Y ya ha pasado algún tiempo sin noticias.

El hermetismo que encontramos entre quienes lo conocieron no nos ayuda a saber qué sucedió. Para las autoridades, tanto colombianas como las de nuestro país "todo puede ser", y esa respuesta no nos permite acelerar ninguna conclusión contundente. Hacerlo es azaroso, porque su vida, como hemos leído, *ya no tenía siete vidas* (como él a veces ironizaba), y siempre reaparecía. Virginia no quiere hablar, para ella es como que Bernabé murió en su corazón, para nosotros, muerto o no, siempre estará entre nosotros. Y es lo que importa. Además, si estás raptado Bernabé, probablemente reaparezcas.

No tenemos más para contar, por eso su libro termina, cronológicamente, en el capítulo anterior. Es lo que es, su libro. La historia del guacamayo, que una vez nos envió por correo, no sabemos

cómo la hilaría. Dice así.

"La Lapa Verde Mayor, un guacamayo de nombre científico *Ara ambigua*, forma parte de una historia romántica de la ornitología sudamericana. Me tocó estudiarla en la región de Guayaquil, en las montañas de Chongón-Colonche, en la región costera de Ecuador. Para mí es una de las vivencias más íntimas y que más me han llegado al alma de cuantas viví haciendo estudios de aves. Me instalé en un valle, dentro de un bosque, para estudiar la vida íntima de una pareja que encontré con su nido. Fueron cuatro meses, a diario, de sol a sol, adaptándome al ritmo de esos dos individuos, el padre y la madre. Llegaron a conocerme muy bien. Si bien los observaba, ellos también me observaban a mí en un sendero. Al principio, con sólo hacer crujir una rama por accidente, desde lejos volaban gritando ensordecedoramente. Pero hacia el final del estudio eran ellos los que a veces me sorprendían haciendo crujir un palito sobre mi cabeza, cuando menos lo esperaba, mirándome sin miedo mientras masticaban alguna de sus sabrosas orquídeas preferidas. Estaban "aclimatados" a mi presencia y yo a la de ese bosque.

Su nido, el único hueco espacioso en la vecindad ubicado en el extremo de una ceiba, árbol enorme pariente del baobab africano, era la razón de mi ser por esos días. Mi aprovisionamiento de alimentos llegaba los días lunes. Los esperaba con ansiedad más que nada para poder hablar un rato con alguien, recibir mis asistentes, estudiantes de biología, tener noticias del exterior. Los guardaparques hacían de porteadores, bajando desde la cresta de un cerro hasta donde llegaba un sendero para vehículos, varias cajas con pan, tomates, lechuga, etcétera. De vez en cuando, mientras descendían a lo lejos lentamente, podía ver entre la vegetación cerrada del sendero los bultos sobre sus cabezas en fila india cual hormigas cortadoras de hojas. Con suerte podía recibir correspondencia, y de paso enviar la mía, la cual con paciencia algún día llegaría a destino en Argentina o Gran Bretaña.

El tiempo pasó. Era evidente que los guacamayos ya tenían al menos un pichón. Los viajes desde y hacia el nido comenzaron a ser seguidos, indicio de que ya no había huevos para incubar sino un recién llegado al mundo. El único pichón que nació, o bien el único que sobrevivió, una vez asomó la cabeza en la entrada del gran hueco. A

las dos o tres semanas fue tomando confianza y ya se encaramaba en el borde del nido.

Fue en esos días que me visitaron periodistas locales y nacionales tratando de contar qué pasaba en ese valle, concientizando a la población de Guayaquil lo mal que hacía la gente en tener guacamayos de mascota en sus casas. La especie se extingue debido a que desaparecen sus bosques. A que escasean cada vez más los árboles enormes con huecos naturales posibles de ofrecer un nido para estos loros gigantes de cola larga. Y a que se los atrapa para tenerlos en cautiverio. Antes de encontrar el nido había fracasado durante meses en hallar uno. Como parte del proyecto de conservación de esta especie se me pidió que agrandara huecos con un hacha y un cincel con martillo, precisamente en la parte alta de esos árboles enormes de ancho y alto, que localmente llamaban *pigíos*, pertenecientes a las familias de las bombacáceas. Su madera era dura, y de no estar podrida o seca difícilmente cedería a mis esfuerzos. A mí no me resultaba para nada gracioso estar en la cima de esas torres, en especial aquellos árboles ya decrépitos con pocas ramas en la cúspide, prontos a morir, como fósforos verticales en las pendientes del valle, alcanzando hasta 15 metros de altura. Los guardaparques me apabullaban atándome un arnés casero, hechos por ellos mismos en ese momento, con una soga; según me contaban gracias a sus conocimientos de primeros auxilios. Una vez, mientras dos me preparaban atándome ese poco sofisticado método de escalada, otros dos pasaron una piedra atada a un hilo por arriba de una pequeña horqueta que sobresalía en la punta del árbol. Cuando quise saber qué hacían me asieron al arnés a una cuerda que colgada desde lo alto. Apenas me disponía a protestar por la falta de seguridad del dispositivo, traccionaron a pulmón la cuerda corriendo los cuatro cuesta abajo con todo el peso de sus cuerpos. Me subieron a gran velocidad como en un ascensor mientras sin poder evitar girar en helicoide veía deslizarse rápido frente a mis ojos la pulida corteza gris claro del *pigío*. Casi sin tiempo para aterrarme, de golpe quedé atascado arriba, presuroso a subirme a una de las ramas más confiables metiendo los pies dentro del hueco que se suponía debía agrandar. Pero la madera no cedía. Varias horas después los guardaparques volvían, para bajarme con la misma brutalidad. Aunque debo decir, sin haberme hecho un rasguño nunca. Es así, que conocía el valor de este nido natural, ese gran hueco al que nunca quise trepar so pena de que mis guacamayos

abandonaran la nidada.

Pero siempre pasa algo en la vida, y esta vez era en la vida de esa familia de tres guacamayos. Algo venía a nublar sus días felices y los míos. Una pareja de halcones monteses. Los v*elociraptors* aladados como yo los llamaba, de nombre *Micrastur semitorquatus*. Ellos querían comerse al pichón, o eso parecía. Al principio los había visto en la zona, luego a pocos metros de mi *hide*, el escondite desde donde estudiaba el nido a corta distancia. No volando, sino corriendo ambos por el suelo entre el sotobosque del bosque, los halcones monteses realizaban capturas por tierra sin tenerme miedo, pues ellos también se habían aclimatado a mi presencia. Mucha rabia me dio cuando supe que en sus objetivos ahora estaba "mi" pichón. Los ataques los realizaban desde el aire, en picada, tratando de hacer caer el ave verde, bien emplumada, ya con frente rojo terciopelo como es característico en los adultos de estos guacamayos. Los halcones ponían en juego la finalización de mis estudios, lo truncarían evitando conocer luego de tanto esfuerzo cuántos días duraba su reproducción, cuál sería el comportamiento de los padres una vez que el pichón volara, y otros datos de interés.

A favor, vi que mi protegido ya tenía buen tamaño, practicaba desplegar sus alas y aleteaba. Pronto volaría y se valdría por sí mismo sin tener que temer más ataques. Sus padres se enojaban ante los halcones, les gritaban, e inclusive los perseguían, pero mucho más no podían hacer. Éstos, vegetarianos y más o menos mansos, los otros, carnívoros y ágiles voladores de ataque. Era precisamente en estos momentos, cuando el pichón se encontraba en la puerta del nido, que de vez en cuando la hembra del halcón, la más grande, trataba de darle caza. Un día sucedió, para mi consternación, que más osada que nunca la hembra no sólo lo golpeó pasando rasante, sino que esta vez lo enganchó de los hombros y lo extirpó del nido dejándolo inmediatamente caer al vacío.

Todo fue muy rápido, el pichón instintivamente intentó aletear, pero todavía no estaba preparado para volar. Dando vueltas en elipse como esas hojas que caen de los árboles casi vertical, se estrelló contra el sotobosque espinoso y enmarañado.

—Ahora se lo van a comer en tierra! — pensé.

Pero nada más lejos de la realidad. La pareja de halcones no lo molestaron, sino que persiguieron ahora a los padres guacamayos, y una vez que estos dejaron de gritar fuertemente, ambos se instalaron en lo que necesitaban. No carne de pichón. Sino el nido del pichón. ¡Al hueco lo usurparon para reproducirse ellos!

Apenas lo comprendí di por terminado los estudios de la reproducción de mis guacamayos. Me arrojé entre las densas ramas y espinas tratando de hallar el guacamayo en tierra. No sabía cómo reaccionaría ante mi presencia. Estaba transitando un camino nuevo. No tardé en encontrarlo. Allí estaba lo más *pancho* mirándome con susto pero sin terror. Lo agarré sin dificultad y lo noté fuerte y sano. No me agredió, por el contrario, me pasaba el pico por la mano como acariciándome, por mera curiosidad. Lo coloqué en mi hombro mientras me apresté a salvarlo rumbeando para el campamento. Allí decidiría qué hacer, y fue el primer día de una rutina de casi cuatro meses en que estuve en mi campamento de día.

No tenía planeado una contingencia como esa, pero era fácil decidir. Estaba solo y no podía avisar a la administración de la reserva qué estaba pasando. No tenía suficiente comida para intentar alimentarlo hasta que sea lunes, en dos días. Sólo cabía una posibilidad, llevarlo al centro de rescate de fauna de la reserva. Era lejos, casi un día de caminata entre las montañas. Debía apurarme si quería llegar de día, al menos que, pidiera auxilio en una fábrica de cemento, la gran calera Cerro Blanco, en definitiva dueña de la reserva que albergaba mis estudios. Si tomaba ese camino podría transitar por un sendero vehicular de cornisa, el mismo que utilizaban los guardaparques cuando me traían la comida. Para que el buen pichón no se asustase lo coloqué en mi mochila de mano bien cerrada, y partimos sin tardarnos.

Seis horas después no estaba tan convencido de si mi idea había sido acertada. Ingresaba a un área fabril, con camiones gigantescos que transportaban rocas enormes. Sus ruedas eran de casi tres metros de altura y con los motores rugientes se dirigían a una moledora de proporciones inimaginables. Las rocas las obtenían de un gran muro desnudo de caliza detonándolas con dinamita. Me apresuré para llegar con algo de luz a la guardia, atravesando el horno y múltiples

construcciones, oficinas, barracas y estacionamientos de maquinarias. Deseaba en lo más profundo que no se me tomara por un intruso a punta de pistola. Debía llegar a la garita de sopetón para poder hablar y explicarme rápido.

—Tu ropa, Bernabé, tu ropa! — pensaba torturándome al percibir que mi vida en la montaña por tanto tiempo había hecho girones mis camisas y pantalones.

Estaba sucio y desgreñado por la caminata, pero más bien me encontraba "raído" de base. El único lugar con agua para sumergirse a diario se encontraba en un piletón de un riacho junto al campamento. Pero éste se había alterado con el jabón pasando sus aguas a tener musgos y color verdoso. La más dificultosa de las "duchas" no alcanzaba para convertirme en "gente", sino por el contrario en un aromático personaje semi salvaje. Recordaba ahora más que nunca a un fotógrafo del diario más conocido de Guayaquil cuando me dijo.

—¿No puedo tomarle una foto mientras mira por el telescopio sin que se vea una rajadura en su camisa? — con lo cual me sugirió que girara para el otro lado probando suerte, efectivamente era más favorable, y así fue publicada.

—Buenas noches. No se asusten. Soy Bernabé, el ornitólogo que estudia los guacamayos— le dije al oficial de turno que me miró asustado apenas me distinguió del otro lado del vidrio.

—Ahhh. Si. Así que usted existe… ¿Que hace por aquí? ¿Se encuentra bien?— balbuceaba, mientras su compañero se incorporaba a la conversación con cara de desaprobación por mi aspecto.

—Disculpe mi *facha*— agregué, mientras percibía que tenía ramas y hojas entre el pelo, resultado de mi aventura buscando el pichón entre el matorral.

Por nada del mundo debía indicarle que sacaba un guacamayo de la reserva. Mi intención era llegar por la ruta hasta la entrada del centro de rescate de fauna y estaba prohibido hacerlo con un animal del

parque más allá de cualquier explicación.

—¿Qué desea?

—Llame a la guardia del centro de rescate de fauna de la reserva, y avíseles que estoy aquí. Y hágame un favor, pídale a cualquier obrero o contratista que parta para Guayaquil que me lleve hasta la puerta de entrada del director de la reserva sobre la ruta, porque por adentro desde aquí no hay senderos— dije ocurrentemente al ver pasar autos con gente que los saludaba con un "hasta mañana".

Así se hizo, con la mala suerte que me pararon el próximo vehículo que se aproximaba. Ya era tarde para *peros*. Una espléndida camioneta con aire acondicionado y vidrios ahumados se detuvo frente a mí, con los faros encendidos. No sabía dónde esconderme.

—¿Si?— dijo el conductor algo serio al guardia mientras terminaba de bajar su ventanilla.

En pocas palabras aquel guardia le explicó que yo era el ornitólogo argentino que había salido en los diarios. Con lo cual aquel señor, atípicamente trajeado para aquellos días en la calurosa Guayaquil y dueño accionista mayoritario de la empresa, accedió llevarme.

Apenas me senté disfruté el tapizado de cuero del asiento de atrás, tratando de no levantar los brazos por miedo a aseverar aún más las consecuencias de mi caminata por pendientes en 50° bajo el sol ecuatorial y una humedad insoportable. El fresco de la cabina me ayudaría y contestando las primeras preguntas la conversación se fue animando, con lo cual me relajé. La secretaria, como copiloto, me miraba de reojo, desaprobándome. Miró mis botas de *trekking*, pantalones con bolsillos, una libreta en el bolsillo a la altura de mis rodillas. Me eché para atrás para disminuir su escrutinio y sin querer le di un codazo a mi mochila.

—¡Groáak!— se quejó el pichón que no vocalizaba desde esa mañana en el momento del ataque.

La exclamación fue fuerte, gutural, cavernosa y clara. Si lo hacía de nuevo me descubriría y me quedé estático con un rictus en la cara atroz. La secretaria miró a su jefe mientras el empresario también la miró. Desde ese momento no me hablaron más, creyéndome semejante bruto capaz de dar tal eructo. ¿Y saben qué? Mejor así. Porque no se entendería la situación así la explicara. Me dejaron en la puerta del centro de rescate rompiendo el silencio con un —¡Adiós!— ¡Espero alguna vez me lean para salvar mi buen nombre!

Fiel a mi estilo, dejé el pichón y volví a la madrugada al campamento. Me incomodaba haber abandonado todo el equipo a merced de cualquier cazador de paso. Pero todo estaba bien. Continué mis estudios ahora comprobando fehacientemente que los halcones habían desplazado a los guacamayos. Eran esas rapaces ahora las que se defendían de los dueños del nido, los padres del pichón, que no sabían si todavía estaba en ese hueco y qué pudiera haber pasado. El primer día los vi acercarse con gran gritería pero luego de dos vueltas sobre el valle decidieron alejarse. El segundo día no aparecieron. Perdí a mis guacamayos.

La tercera mañana desde mi regreso la situación fue idéntica. Me disponía a hacer guardia pero de repente, desde lo cima del valle, noté que entraban los guardaparques. Me llamó la atención la mayor cantidad de personas. Todos bajaban con cajas sobre sus cabezas. Esta vez no tomaron el camino hacia el campamento sino que cruzaron el valle hacia mi encuentro. En veinte minutos los tuve sobre mí con gran algarabía. También estaban las estudiantes de biología y otras caras que no conocía.

—Dice el director que le traigamos todo esto— comentó el responsable del grupo con una sonrisa franca.

Una caja de bananas. Otra de manzanas. Otra de naranjas. Otra de… La cuarta caja tenía el pichón!! Otra de lechuga… Otra de tomates…

—¿Pero qué es todo esto?— me pregunté en silencio mientras los interrogaba con los ojos.

—El pichón volaba dentro de la casa— me aclararon sin dar crédito a lo que oía. —El director no lo alojó en una jaula sino que lo mantuvo en su casa mirando televisión o trabajando. Cuando se dio cuenta que volaba decidió devolvérselo—

Tomé el pichón de las patas procurando que mirara el vacio del valle en frente suyo. Levanté los brazos y de repente los bajé con cierta velocidad para darle la sensación de vuelo. Aleteó emitiendo un grito ronco. ¡En dos días había crecido! Se veía más fuerte y decidido. Naturalmente echó las patas para atrás, la cabeza para adelante, y con un brusco movimiento de escape entendí sus ganas. Lo dejé volar.

—Se me escapó— mentí no muy convincentemente mientras una de las estudiantes lloraba.

Con suerte, los padres volverían por la tarde. El guacamayo ya no era un pichón, sino un juvenil libre que debía unirse a sus progenitores. Voló hasta lo alto de unos *pigíos* y se perdió entre el follaje. No vocalizó. Ni los adultos aparecieron. La comitiva se marchó dejándome con kilos y kilos de frutas. A la puesta de sol la angustia de los que quedábamos allí se hizo evidente. No había sido buena idea liberarlo tan rápido. No en ausencia de los padres. Ahora no sabíamos si estaba vivo o muerto. No se lo escuchó más y se hizo oscuro. Nos fuimos a dormir tarde luego de cavilar varias acusaciones y pormenores. ¿Volverían los guacamayos al día siguiente?

Me quedé mirando las estrellas antes de entrar a la carpa. En alguno de los millardos de ramitas de ese bosque recortadas negras sobre la Vía láctea tenía que estar nuestro amigo emplumado.

—¡Groáak!— se manifestó el pichón a media noche aliviándonos a todos.

¡Estaba a cien metros del campamento!

Fue al otro día, con un desayuno repleto de plátanos y otras frutas como nunca, que amaneció glorioso el cielo pintando de ocre las cortezas de los *pigíos*. Se me acusaba, ya decididamente, de provocar la

muy probable muerte del animal.

En silencio fuimos al *hide* a continuar nuestras observaciones. Los halcones, desentendidos de nosotros, parecían al menos haber puesto un huevo, pues ya se veía uno solo en la entrada del nido. Entraron en el valle en el sector de sombra dos siluetas silenciosas. Al pichón no le pasaron desapercibidas y probó dar un grito fuerte. Para nosotros fue un mandato ponernos de pie de un salto para saber dónde estaba escondido. Más no fue necesario esperar. De inmediato el sol iluminó la espléndida paleta de colores de los padres, verdes, amarillos, rojos y azules al mismo tiempo que prorrumpían en decenas de exclamaciones de júbilo y tal vez, por qué nó, de franca alegría. Su hijo les contestaba y comenzaron a realizar círculos concéntricos en vuelo hasta que lo vieron volar. Pero pobre… voló el pichón para cualquier lado… ¡rumbo a Guayaquil! Así lo reconocieron los adultos, y volviendo sobre sus pasos dieron un amplio vuelo sobre el pichón confundido, y esta vez éste los siguió en la dirección correcta.

En más el estudio continuó por otro mes, siendo monitoreados los tres, como familia, desde los puntos más altos de las montañas. En todo el país se supo que allí vivía un ave con suerte, quien había habitado unos días con el hombre, mas su lugar era la libertad, y mi sensación "la del deber cumplido". No por el azar de que así salieran las cosas… sino por aquel viejo tapir del Baritú, con el cual ahora volaba mi espíritu siguiendo las tres aves con el binocular, perdiéndose por última vez en la cordillera boscosa Chongón-Colonche."

Para quién *sé que me viste nacer*.
Y te quiero volver a ver.
¿Lo hice bien?
Ana.

Desaparecido en acción.

CAPÍTULO 47

Lucía, tan italiana por ascendencia, cariño y pasión, me desvelaba a la luz de la luna, mientras observaba ya seca y marchita la rosa tinta sobre la última carta de amor que le escribí, y que nunca se llevó. La misma luz, en el mismo lugar, tantas lunas después, con tantos recuerdos de amor, y presencia.

Mi departamento alquilado ya no era un santuario, estaba vacío. Yo, estaba vacío.

Con la última documentación obtenida sobre el Parque Nacional Pilcomayo, llámese libros y artículos, más compilados varios de aves de esa región enviados por colegas reconocidos, podía ponerme a escribir la monografía como había prometido a la Administración de Parques Nacionales, a la Asociación Ornitológica del Plata, y al editor. Decidí mudarme de Buenos Aires a Saladillo. Y trasladé todo a la casa paterna. Pocos muebles, cientos de libros. Ellos me los cuidarían. Tenía un plan.

Siendo mi trabajo guiar de vez en cuando a extranjeros y nacionales ornitólogos, no tenía trabajo en verdad. Por lo tanto no se justificaba quedarme en Buenos Aires, más sabiendo que a pocas cuadras podía toparme con ella. No soportaba tal forma de vivir. Como además perfilaba un viaje largo en puerta, a un país de Sudamérica que quería conocer, ¿por qué no acabar con mis suspiros llenándome la mente de paisajes, otras culturas y plumas que jamás pensé conocer? ¿Por qué no?

En realidad tenía cincuenta días para deshacerme del departamento rescindiendo el contrato, mudarme a la casa de campo de los viejos, y redactar cien páginas inteligentes con la historia natural de las aves del parque nacional. El tiempo me alcanzaba, porque cuando menos tiempo se tiene, más uno se organiza, y hasta funciona mejor. Además tendría espacio mental para planificar un gran viaje. Esto último, fuese como fuese, ya que estaba invitado por los mismos amigos británicos que conocí en Paraguay. No tenía los pesos necesarios en la

mano para llegar, pero sabría cómo logarlo, por ahora todo mi capital disponible sería utilizado en la mudanza. Seguramente, la casa de los viejos, la afamada "La Rinconada" de nosotros, los López-Lanús, era el sitio adecuado para concentrarme y pensar en enfrentar el porvenir de una manera diferente. Para mí era una contracción en el espíritu, para explotar luego en mil quehaceres.

Y así hice. Mientras escribía, el parque de dos hectáreas de la casa me daba el sosiego que necesitaba. Cada cinco días telefoneaba a Buenos Aires para confirmar alguna noticia sobre la expedición con los ingleses. Pero me preocupaba no tenerlas. Todas las tardes, salía a recorrer el campo aledaño, haciéndome en la memoria espacio para absorber en detalle aquellos magníficos atardeceres que antes de irme ya extrañaba. Mi estancia con los viejos y mis hermanos, hizo posible ordenar mis ideas. Y más allá de los cortes de electricidad que acababan repentinamente con páginas de mi trabajo apagándome la computadora, la presencia de Pilar golpeando a la puerta de mi escritorio con una bandeja a la hora del té, repletas de *scons* y chocolate caliente, me acostumbraron mal en esas pocas semanas. Con sus quince años trataba de conocer mis pensamientos, debo hacer notar que poco me conocía, y pedía permiso para sentarse en frente mío por largo tiempo, sólo para mirarme. Doce horas de concentración por día apenas si me eran suficientes, incluso olvidándome de su presencia cuando se sentaba a las horas del ocaso, ya casi de noche afuera, apenas iluminado por el cono de luz de la lámpara que me atrapaba en el escritorio. Era gracioso escucharla explotar indignada, sentada desde un sillón de mimbre, pidiéndome atención luego de haber pasado allí veinte minutos sin hablarme, porque sabía que yo debía cerrar una idea y no quería cortar sin redondearla.

—¡¡¡Pero Bernabé..!!! —saltaba de repente con una entonación alargada tan dulce y característica, siempre con las palmas de su manos sosteniendo sus mejillas mientras apoyaba los codos sobre las rodillas, motivo por el cual ya me correspondía descansar, atendiéndola con una risa.

Pero me alarmaba no recibir noticias de Londres, era ilógico que no llegaran. Papá apareció un día con un sobre en la mano. A

la mitad de la carta ya había comprendido lo sucedido. Samu, cuando no, me había escrito enviando lo urgente por correo ordinario, no llamándome como habíamos acordado (pacto de amigos, quebrado). Se me pedía reconfirmara mi presencia en el aeropuerto de Quito. Habían pasado tres días para ello y al no haber usado el teléfono ya era tarde para responder a tiempo. No sabía cuáles podían ser las consecuencias. Con respecto a la amistad con él, no la entendía bien, debía acusarlo de cínico, pero jamás lo hice.

Me quedaba entonces responder por sí aunque con retraso. Y permanecí a la espera de nuevas noticias. Partiría en días. Terminé de revisar el último capítulo de la monografía, preparé mis cosas para el largo viaje. Beso a mamá, Regina, Rosario, Pili, abrazo a papá, Sebastián, Gonzalo, y partí para Buenos Aires en remís rumbo a la terminal de ómnibus de Saladillo. Quería irme así, sin que me lleven al pueblo, quedándome con el recuerdo de ver a todos parados, con la mano en alto, *Dama* mi vieja setter sentada entre ellos, el parque grande de dos hectáreas con el pasto recién cortado y el aroma verde crudo en el aire, la casa detrás, la pileta, el fuego del asado por cocinar, y mi llave en la mano, no la de la casa, pues no era necesaria, nunca la usaban, sino la del mueble de madera, donde tenía mis tesoros, los mejores CDs de música, mis cartas de un amor ya perdido y su foto, la de ambos sonrientes, mapas de lugares a los que todavía debía esperar ir, tres meses me eran nada, pero cierta sensación me impedía creerlo. Vivir era un milagro, y así los recordaría.

—¿Llevás el libro para el editor?
—Sí, tengo el diskette.
—¿Pasaporte?
—Sí.
—¿Plata para el pasaje?
—Sí, vendí la cámara y la lente.
—¿Estás chiflado?
—La recupero apenas llegue a Quito.
—¡Cuidate Toto! —fue lo último que oí.

FIN

MAPAS

Mapa 1: Pampas del Saladillo – cuenca del río Salado. Región Bonaerense. Buenos Aires.

Mapa 2: Sudamérica.

Mapa 3: Ecuador.

Mapa 4: Colombia.

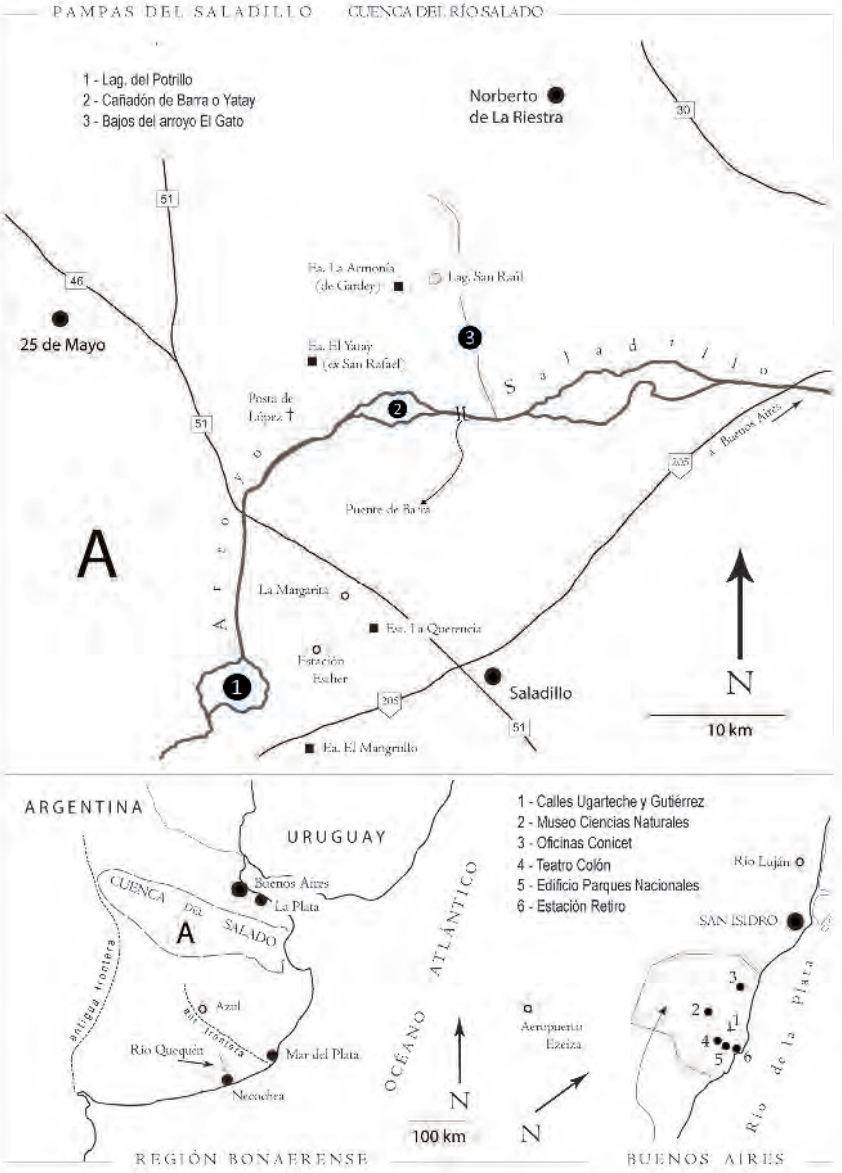
Mapa 5: Parque Nacional Baritú y alrededores. P. N. Lanín. Costa Chile.

Mapa 6: Noreste Argentino. Noreste de Formosa. Norte de Misiones.

Mapa 7: Paraguay.

Pampas del Saladillo – cuenca del río Salado
Región Bonaerense. Buenos Aires

Mapa 1

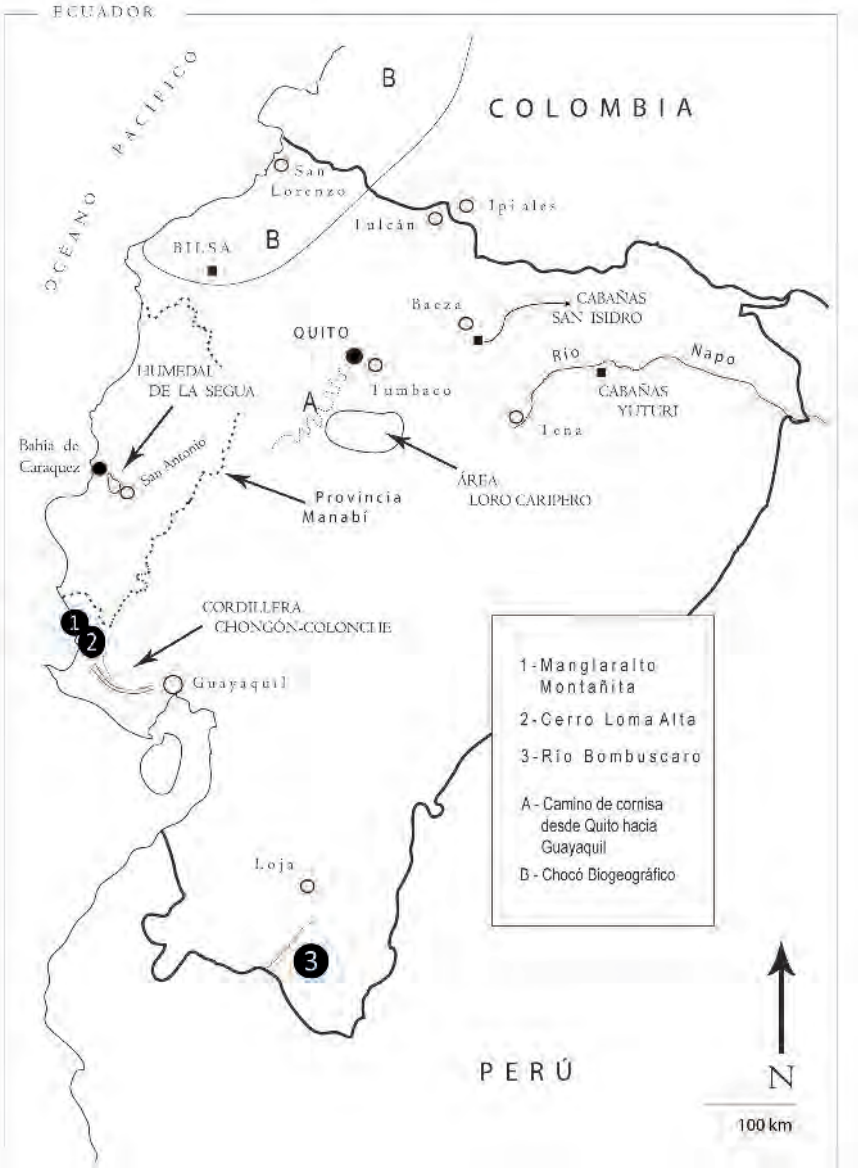


Sudamérica

Mapa 2

Ecuador

Mapa 3



Colombia

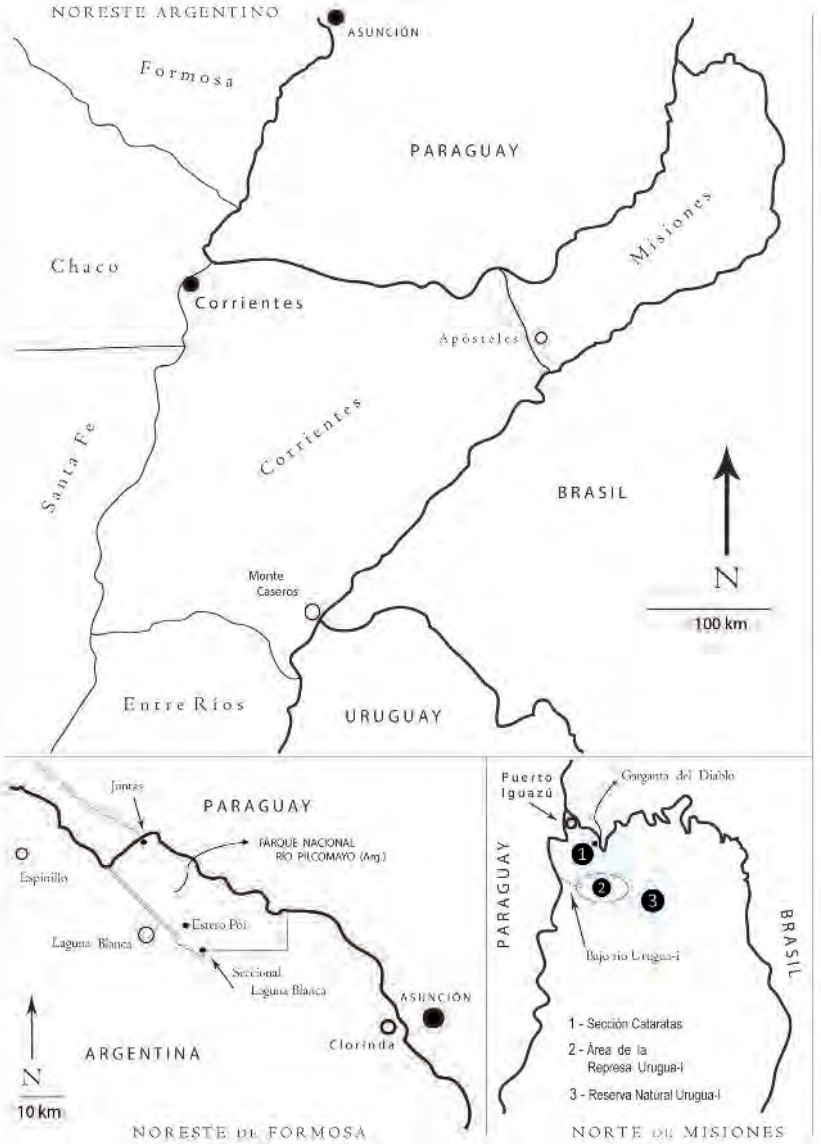
Mapa 4

Parque Nacional Baritú y alrededores
P. N. Lanín. Costa Chile

Mapa 5

Noreste Argentino. Noreste de Formosa
Norte de Misiones

Mapa 6



Paraguay

Mapa 7

AGRADECIMIENTOS

A Carlos Ernesto Lanús y Cecilia Maugeri por la lectura y comentarios al manuscrito original. A Adriana Salinardi por la lectura aguda del manuscrito final y la revisión total del mismo en su estilo y tipografía respetando los modismos regionales utilizados y la forma coloquial del texto. A Mariana I. Lanús por la revisión parcial del manuscrito. A Miguel Ángel Roda por su consejo en temas gráficos e impresión del libro. A Sebastián Rissotto por asesoramiento en software de diseño editorial

A mi familia íntima, padres, hermanos y hermanas. Los López-Lanús. No la cambiaría por nada del mundo! El libro entero es un "agradecimiento" a ellos. A los otros miembros de la familia, *Indio*, *Cacique*, *Comanche*, *Brown* y *Dama*, en sus razas pastor alemán, collie, semi collie, cusco ratonero y setter irlandés, por tan gratos momentos de aventuras y amistad… sumando además a *Venga*! A Julio I. López Alconada, Carlos E. Lanús, Alejandro M. Lanús Büll y María Cristina López Alconada por sus tantos aportes financieros apoyando la causa de un sobrino novato poco común. A mis queridos abuelos, admirados tíos, loquísimos primos. A mis amigos, mis maestros, mis profesores y mis vecinos de campo, quienes siempre "sumaron y se sumaron" a lo insólito de mis propuestas. A mis queridos amores en el tiempo, los románticos imposibles y los reales, mis más sinceros perdones por esta libertad y nomadismo que me caracteriza.

Agradezco haber nacido en las pampas, bien bonaerense y Argentina, la patria mía, *en el amor y su pasado que me hicieron alguien* como digo al comenzar. Paisaje y costumbres de *fases tolerantes y al mismo tiempo intolerantes* según sus circunstancias, que en definitiva dieron espacio a estas páginas que nacieron entre caballos y pasturas, pero sobre todo pastizales vírgenes y lagunas repletas de aves ignotas para mi espíritu de aquellos días, *sucesos y vida de una pasión difícil*. Mi pasión.

Por lo tanto, a las aves por sus sonidos, sus misterios, sus secretos no siempre develados así se les tenga paciencia, porque gracias a ellas descubrí el mundo.

A El Pampa Gardey del Veinticinco,
por gran amigo, personal y de la familia,
quien ha actuado de mecenas en el financiamiento de esta edición.
Ojalá el próximo sea su libro, en lista de espera. Bienvenido su
relato de travesía campera si así le parece.

ÍNDICE

Prefacio		Página
Capítulo 1	*El principio*	12
Capítulo 2	*El viaje*	22
Capítulo 3	*No me lleven a pescar*	38
Capítulo 4	*Al extremo*	48
Capítulo 5	*El clan de Los López-Lanús*	62
Capítulo 6	*La cirugía, y ya menos de siete vidas*	72
Capítulo 7	*¡Los demonios de las pampas!*	88
Capítulo 8	*Ética*	104
Capítulo 9	*Llegar al colegio*	118
Capítulo 10	*Inmerso en Ecuador*	128
Capítulo 11	*Amigos sin edad*	144
Capítulo 12	*¿Academia o pensamiento lateral?*	160
Capítulo 13	*Publíquese y archívese*	186
Capítulo 14	*Un nuevo destino*	192
Capítulo 15	*Mantente caminando*	210
Capítulo 16	*Walter, el comandante guerrillero*	220
Capítulo 17	*La carrera*	232
Capítulo 18	*Monos*	242
Capítulo 19	*Baritú*	262
Capítulo 20	*Modismos*	282
Capítulo 21	*Baritú II y una promesa*	292
Capítulo 22	*Armenia*	302
Capítulo 23	*Vida nueva*	312
Capítulo 24	*Esperanza*	326
Capítulo 25	*El caldero de oro*	338
Capítulo 26	*¡Por fin!*	346
Capítulo 27	*El venado sin cabeza*	358
Capítulo 28	*Virginia*	368
Capítulo 29	*Satisfacción*	378
Capítulo 30	*¿Nueva especie o híbrido?*	390
Capítulo 31	*Descontrol*	402
Capítulo 32	*Mala suerte con suerte*	412

Capítulo 33 *Hacia nuevos horizontes* 422
Capítulo 34 *Secuestro* 432
Capítulo 35 *Cuestión de principios* 444
Capítulo 36 *Venga!* 462
Capítulo 37 *El ladrón científico* 476
Capítulo 38 *El péndulo de la existencia* 490
Capítulo 39 *Aguara Gñu* 514
Capítulo 40 *La señora de las arepas* 524
Capítulo 41 *Cutty Sark* 534
Capítulo 42 *El regreso de la muerte* 550
Capítulo 43 *Pecados* 568
Capítulo 44 *Virginia en extinción* 580
Capítulo 45 *El albatros real* 584
Capítulo 46 *Desaparecido en acción* 594
Capítulo 47 *FIN* 606

Mapa 1: Pampas del Saladillo – cuenca del río Salado. Región Bonaerense. Buenos Aires. 611
Mapa 2: Sudamérica. 612
Mapa 3: Ecuador. 613
Mapa 4: Colombia. 614
Mapa 5: Parque Nacional Baritú y alrededores. P. N. Lanín. Costa Chile. 615
Mapa 6: Noreste Argentino. Noreste de Formosa. Norte de Misiones.
Mapa 7: Paraguay. 617

Agradecimientos 618

Impreso en La Plata,
provincia de Buenos Aires,
Argentina,
por Arte Gráfico Servicop,
200 ejemplares.
Septiembre de 2017.